

Günter Grass

El tambor de hojalata

Con prólogo de Mario Vargas Llosa,
semblanza biográfica de Francisco J. Satué
y una ojeada retrospectiva de
Günter Grass

Mario Vargas Llosa
REDOBLE DE TAMBOR

Leí por primera vez *El tambor de hojalata*, en inglés, en los años sesenta, en un barrio de la periferia de Londres donde vivía rodeado de apacibles tenderos que apagaban las luces de sus casas a las diez de la noche. En esa tranquilidad de limbo la novela de Grass fue una aventura exaltante cuyas páginas me recordaban, apenas me zambullía en ellas, que la vida era, también, eso: desorden, estruendo, carcajada, absurdo.

La he releído ahora en condiciones muy distintas, mientras, de una manera impremeditada, accidental, me veía arrastrado en un torbellino de actividades políticas, en un momento particularmente difícil de mi país. Entre una discusión y un mitin callejero, después de reuniones desmoralizadoras, donde se cambiaba verbalmente el mundo y no ocurría nada o luego de jornadas peligrosas, con piedras y disparos. También en este caso la rabelesiana odisea de Óscar Matzerath, su tambor y su voz vitricida fueron una compensación y un refugio. La vida era, también, eso: fantasía, verbo, sueño animado, literatura.

Cuando *El tambor de hojalata* salió en Alemania, en 1959, su éxito instantáneo fue atribuido a diversas razones. George Steiner escribió que, por primera vez luego de la experiencia letal del nazismo, un escritor alemán se atrevía a encarar resueltamente, con total lucidez, ese pasado siniestro de su país y a someterlo a una disección crítica implacable. Se dijo, también, que esta novela, con su verba desenfadada y frenética, chisporroteante de invenciones, injertos dialectales, barbarismos, resucitaba una vitalidad y una libertad que la lengua alemana había perdido luego de veinte años de contaminación totalitaria.

Probablemente ambas explicaciones sean ciertas. Pero, con la perspectiva actual, cuando la novela se acerca a la edad en que, figuradamente, su genial protagonista comienza a escribir —los treinta años— otra razón aparece como primordial, para el impacto que el libro ha seguido causando en los lectores: su desmesurada ambición, esa voracidad con que pretende tragarse el mundo, la historia presente y pasada, las más disímiles experiencias del circo humano, y trasmutarlos en literatura. Ese apetito descomunal de contarlos todo, de abrazar la vida entera en una ficción, que está tan presente en todas las cumbres del género y que, sobre todo, preside el quehacer narrativo en el siglo de la novela —el XIX— es infrecuente en nuestra época, de novelistas parcos y tímidos a los que la idea de competir con el código civil o de pasear un espejo por un camino, como pretendían Balzac y Stendhal, parece ingenuo: ¿no hacen eso, mucho mejor, las películas?

No, no lo hacen mejor (sino distinto). También en el siglo de las grandes narraciones cinematográficas la novela puede ser un deicidio, proponer una reconstrucción tan minuciosa y tan vasta de la realidad que parezca competir con el Creador, desmenuzando y rehaciendo —rectificado— aquello que creó. Grass, en un emotivo ensayo, ha reivindicado como su maestro y modelo a Alfred Dóblin, a quien, con algo de retraso, se comienza ahora a hacer justicia como el gran escritor que fue. Y, sin duda, en *Berlín Alexanderplatz* hay algo de la efervescencia protoplasmática y multitudinaria que da a *El tambor de hojalata* su carácter de amplio fresco de la historia humana. Pero en este caso no hay duda de que la ambición creadora del discípulo superó a la del maestro y que, para encontrarle una filiación, tenemos que remontarnos a los momentos más altos del género, aquellos en que el novelista, presa de un frenesí tan exagerado como ingenuo, no vacilaba en oponer al mundo real un mundo imaginario en el que aquél parecía capturado y negado, resumido y abjurado como en un exorcismo.

La poesía es intensa; la novela, extensa. El número, la cantidad, forman parte constitutiva de su cualidad, porque toda ficción se despliega y realiza en el tiempo, es tiempo haciéndose y rehaciéndose bajo la mirada del lector. En todas las obras maestras del género ese factor cuantitativo —ser abundante, múltiple, durar— está siempre presente: por lo general la gran novela es, también, grande. A esa ilustre genealogía pertenece *El tambor de hojalata*, donde todo un mundo complejo y numeroso, pletórico de diversidad y de contrastes, se va erigiendo ante nosotros, los lectores, a golpes de tambor. Pero, a pesar de su abigarramiento y vastedad, la novela nunca parece un mundo caótico, una dispersión animada, sin centro (como ocurre, en cambio, con *Berlín Alexanderplatz* o con la trilogía de *Dos Passos, U.S.A.*), pues la perspectiva desde la cual está visto y representado el mundo ficticio da trabazón y coherencia a su barroco desorden. Esta perspectiva es la del protagonista y narrador, Óscar Matzerath, una de las invenciones más fértiles de la narrativa moderna. Él suministra un punto de vista original, que baña de originalidad y de ironía todo aquello que describe —independizando, así, la realidad ficticia de su modelo histórico— al mismo tiempo que encarna, en su imposible naturaleza, en su condición de creatura anómala, a caballo entre la fantasía y lo real —una metáfora de lo que es, en sí misma, toda novela: un mundo aparte, soberano, en el que, sin embargo, se refracta esencialmente el mundo concreto; una mentira en cuyos pliegues se transparenta una profunda verdad.

Pero las verdades que una novela hace visibles son rara vez simples como aquellas que formulan las matemáticas o tan unilaterales como las de ciertas ideologías. Por lo general, adolecen, igual que la mayoría de las experiencias humanas, de relativismo, configuran una imprecisa entidad en la que la regla y su excepción, o la tesis y la antítesis, son inseparables o tienen valencias morales semejantes. Si hay un mensaje simbólico encarnado en la peripecia histórica que relata Óscar Matzerath, ¿cuál es? Que, a los tres años, por un movimiento de la voluntad, decida dejar de crecer, significa un rechazo del mundo al que tendría que integrarse de ser una persona normal y esta decisión, a juzgar por los horrores y absurdos de ese mundo, delata indiscutible sabiduría. Su pequeñez le confiere una especie de extraterritorialidad, lo minimiza contra los excesos y las responsabilidades de los demás ciudadanos. Desde ese margen en el que su estatura insignificante lo coloca, Óscar goza de una perspectiva privilegiada para ver y juzgar lo que sucede a su alrededor: la del inocente. Esta condición moral se transmuta en la novela en atributo físico: Óscar, que no es cómplice de aquello que ocurre en torno suyo, está revestido de una invisible coraza que le permite atravesar indemne los lugares y situaciones de más riesgo, como se hace patente, sobre todo, en uno de los cráteres del libro: la defensa del correo polaco de Danzig. Allí, en medio del fragor de la metralla y la carnicería, el pequeño narrador observa, ironiza y cuenta con la tranquila seguridad del que se sabe a salvo.

Esa perspectiva única impregna al testimonio de Óscar su originalísimo tono, en el que se mezclan, como en una bebida exótica de misteriosas fragancias, lo insólito y lo tierno, la irreverencia cívica y una trémula delicadeza, las extravagancias, la ferocidad y las burlas. Igual que la imposible combinación de los dos tótems intelectuales de Óscar —Goethe y Rasputín—, su voz es una anomalía, un artificio que imprime al mundo que describe —mejor dicho, que inventa— un sello absolutamente personal.

Y, sin embargo, pese a la evidente artificialidad de su naturaleza, a su condición de metáfora, el enanito que redobla su tambor y nos relata el Apocalipsis de una Europa desangrada y descuartizada por la estupidez totalitaria y por la guerra, no nos comunica una animadversión nihilista hacia la vida. Todo lo contrario. Lo sorprendente es que, al

mismo tiempo que su relato es una despiadada acusación contra sus contemporáneos, rezuma una cálida solidaridad hacia este mundo, el único que obviamente le importa. Desde su pequeñez monstruosa e indefensa, Óscar Matzerath se las arregla, aun en los peores momentos, para transmitirnos un amor natural y sin complejos por las buenas y divertidas cosas que también tiene este mundo: el juego, el amor, la amistad, la comida, la aventura, la música. Por razones tal vez de tamaño, Óscar siente con sensibilidad mucho mayor aquello que corresponde a lo más elemental y lo que está más cerca de la tierra y del barro humano. Desde allí abajo, donde está confinado, descubre —como aquella noche, cuando, agazapado bajo la mesa familiar, sorprendió los nerviosos movimientos adúlteros de las piernas y los pies de sus parientes— que en sus formas más directas y simples, las más terrestres y plebeyas, la vida contiene posibilidades formidables y está cuajada de poesía. En esta novela metafórica, esto se halla maravillosamente representado en una imagen recurrente en la memoria de Óscar: el cálido y acampanado recinto que conforman las cuatro faldas que usa su abuela, Ana Koljaiczek, cuando ésta se agacha, y que ofrece a quienes buscan allí hospitalidad un sentimiento casi mágico de salvaguarda y de contento. El más simple y rudimentario de los actos, al pasar por la voz rabelesiana de Óscar, puede transubstanciarse en un placer.

¿Voz rabelesiana? Sí. Por su jocundia y su vulgaridad, su desparpajo y su ilimitada libertad. También, por el desorden y la exageración de su fantasía y por el intelectualismo que subyace al carácter populachero de que se reviste. Aunque leída en una traducción, por buena que ésta sea (es el caso de la que presento) siempre se pierde algo de la textura y los sabores del original, en *El tambor de hojalata* la fuerza poco menos que convulsiva del habla, del vozarrón torrencial del narrador, rompe la barrera del idioma y llega hasta nosotros con fuerza demoledora. Tiene el vitalismo de lo popular pero, como en el *Buscón*, hay en ella casi tantas ideas como imágenes y una compleja estructura organiza ese monólogo aparentemente tan caótico. Aunque el punto de vista es tercamente individual, lo colectivo está siempre presente, lo cotidiano y lo histórico, menudos episodios intrascendentes del trabajo o la vida hogareña o los acontecimientos capitales —la guerra, las invasiones, los pillajes, la reconstrucción de Alemania—, si bien metabolizada por el prisma deformante del narrador. Todos los valores en mayúscula, como el patriotismo, el heroísmo, la abnegación ante un sentimiento o una causa, al pasar por Óscar, se quiebran y astillan como los cristales al impacto de su voz, y aparecen, entonces, como insensatas veleidades de una sociedad abocada a su destrucción. Pero, curiosamente, el catastrofismo que el lector de *El tambor de hojalata* percibe inscrito en la evolución de la sociedad, no impide que ésta, mientras se desliza hacia su ruina, sea siempre vivible, humana, con seres y cosas —paisajes, sobre todo— capaces de despertar la solidaridad y la emoción. Ésta es, sin duda, la mayor hazaña del libro: hacernos sentir, desde la perspectiva de las gentes humildes entre las que casi siempre se mueve, que la vida, aun en medio del horror y la enajenación, merece ser vivida.

A diferencia de su gran versatilidad estilística, llena de brío inventivo, la estructura de la novela es muy sencilla. Óscar, recluido en un sanatorio, narra episodios que se remontan a un pasado mediato o inmediato, con algunas fugas hacia lo remoto (como la risueña síntesis de las diversas invasiones y asentamientos dinásticos en la historia de Danzig). El relato muda continuamente del presente al pasado y viceversa, según Óscar recuerda y fantasea, y ese esquema resulta a veces un tanto mecánico. Pero hay otra mudanza, también, de naturaleza menos obvia: el narrador habla a veces en primera persona y otras en tercera, como si el enanito del tambor fuera otro. ¿Cuál es la razón de este desdoblamiento esquizofrénico del narrador a quien vemos, a veces, en el curso de una

sola frase, acercarse a nosotros con la intimidad abierta del que habla desde un yo y alejarse en la silueta de alguien que es dicho o narrado por otro? En la casa de las alegorías y las metáforas que es esta novela haríamos mal en ver en esta identidad cambiante del narrador un mero alarde estilístico. Se trata, sin duda, de otro símbolo más, que representa aquella doblez o duplicación inevitable que padece Óscar (¿que padece todo novelista?), al ser, simultáneamente, el narrador y lo narrado, quien escribe o inventa y el sujeto de su propia invención. La condición de Óscar, desdoblándose así, siendo y no siendo el que es en lo que cuenta, resulta una perfecta representación de la novela: género que es y no es la vida, que expresa el mundo real transfigurándolo en algo distinto, que dice la verdad mintiendo.

Barroca, expresionista, comprometida, ambiciosa, *El tambor de hojalata* es, también, la novela de una ciudad. Danzig rivaliza con Óscar Matzerath como protagonista del libro. Este escenario se corporiza con rasgos a la vez nítidos y escurridizos, pues, como un ser vivo, está continuamente cambiando, haciéndose y rehaciéndose en el espacio y en el tiempo. La presencia casi tangible de Danzig, donde ocurre la mayor parte de la historia, contribuye a imprimir a la novela su materialidad, ese sabor de lo vivido y lo palpado que tiene su mundo, pese a lo extravagante e incluso delirante de muchos episodios.

¿De qué ciudad se trata? ¿Es la Danzig de la novela una ciudad verídica traspuesta por Grass a la manera de un documento histórico o es otro producto de su imaginación desalada, algo tan original y arbitrario como el hombrecito cuya voz pulveriza las vidrieras? La respuesta no es simple porque, en las novelas —en las buenas novelas—, como en la vida, las cosas suelen ser casi siempre ambiguas y contradictorias. La Danzig de Grass es una ciudad—centauro, con las patas hundidas en el barro de la historia y el torso flotando entre las brumas de la poesía.

Un misterioso vínculo une la novela con la urbe, un parentesco que no existe en los casos del teatro y de la poesía. A diferencia de éstos, que florecen en todas las culturas y civilizaciones agrarias, antes de la preeminencia de las ciudades, la novela es una planta urbana a la que parecen serle imprescindibles para germinar y propagarse las calles y los barrios, el comercio y los oficios y esa muchedumbre apiñada, variopinta, diversa de la ciudad. Lukács y Goldmann atribuyen este vínculo a la burguesía, clase social en la que la novela habría encontrado no sólo su audiencia natural, sino, también, su fuente de inspiración, su materia prima, su mitología y sus valores: ¿no es el siglo burgués por excelencia, el siglo de la novela? Sin embargo, esta interpretación clasista del género no tiene en cuenta los ilustres precedentes de la novelística medieval y renacentista —los romances de caballerías, la novela pastoril, la novela picaresca— donde el género tiene una audiencia popular (el «vulgo» analfabeto escucha, hipnotizado, las gestas de Amadises y Palmerines, contadas en los mercados y en las plazas) y, en algunas de sus ramas, también palaciega y aristocrática. En verdad, la novela es urbana en un sentido comprensivo, totalizador: abraza y expresa por igual a ese conglomerado policlasista que es la sociedad urbana. La palabra clave es, tal vez, «sociedad». El universo de la novela no es el del individuo sino el del individuo inmerso en un tejido humano de relaciones múltiples, el de un hombre cuya soberanía y cuyas aventuras están condicionadas por las de otros como él. El personaje de una novela, por solitario e introvertido que sea, necesita siempre del telón de fondo de una colectividad para ser creíble y persuasivo; si esa presencia múltiple no se insinúa y opera de algún modo la novela adquiere un aire abstracto e irreal (lo cual no es sinónimo de «fantástica»: las pesadillas imaginadas por Kafka, aunque bastante despobladas, están firmemente asentadas en lo social). Y no hay nada que simbolice y encarne mejor la idea de sociedad que la urbe, espacio de muchos, mundo compartido,

realidad gregaria por definición. Que ella sea, pues, la tierra de elección de la novela parece coherente con su predisposición más íntima: representar la vida del hombre en medio de los hombres, fingir la condición del individuo en su contexto social.

Ahora bien, hay que entender aquellos verbos —representar, fingir— en su más estricta acepción teatral. La ciudad novelesca es, como el espectáculo que contemplamos en el escenario, no lo real sino su espejismo, una proyección de lo existente a la que el proyeccionista ha impregnado una carga subjetiva tan personal que lo ha hecho mudar de naturaleza, emancipándolo de su modelo. Pero, esa realidad vuelta ficción por las artes mágicas del creador —la palabra y el orden— conserva, sin embargo, un cordón umbilical con aquello de lo cual se ha emancipado (o, en todo caso, debería conservarlo para ser una ficción lograda): cierto tipo de experiencias o fenómenos humanos que esta transfiguración novelesca de la vida saca a la luz y hace comprensibles.

La ciudad de Danzig, en *El tambor de hojalata*, tiene la consistencia inmaterial de los sueños y, a ratos, la solidez del artefacto o de la geografía; es un ente móvil cuyo pasado se incrusta en el presente y un híbrido de historia y fantasía en el que las fronteras entre ambos órdenes son inciertas y traslaticias. Ciudad en la que diversas razas, lenguas, naciones han pasado o coexistido, dejando ásperos sedimentos; que ha cambiado de bandera y de pobladores al compás de los vendavales bélicos de nuestro tiempo; que, al comenzar a evocar sus recuerdos el narrador de la historia, ya no existe de ella prácticamente nada de aquello que es materia de su evocación —era alemana y se llamaba Danzig; ahora es polaca y su nombre es Gdansk; era antigua y sus viejas piedras testimoniaban una larga historia; ahora, reconstruida de la devastación, parece haber renegado de todo pasado—, el escenario de la novela no puede ser, en su imprecisión y en sus mudanzas, más novelesco. Se diría obra de la imaginación pura y no un producto caprichosamente esculpido por una historia sin brújula.

A caballo entre la realidad y la fantasía, la ciudad de Danzig, en la novela, late con una soterrada ternura y la circula la melancolía como una leve niebla invernal. Es tal vez el secreto de su encanto. Ante sus calles y su puerto de muelles inhóspitos y grandes barcazas, su operático Teatro Municipal o su Museo de la Marina —donde Heriberto Truczinski muere tratando de hacer el amor con un mascarón de proa— las ironías y la beligerancia de Óscar Matzerath se derriten como el hielo ante la llama y brota en su prosa un sentimiento delicado, una solidaridad nostálgica. Sus descripciones matizadas y morosas de los lugares y las cosas humanizan la ciudad y le dan, en ciertos episodios, una carnalidad teatral. Al mismo tiempo es poesía pura: un dédalo de calles, o descampados ruinosos, o estaciones sórdidas que se suceden sin ilación, en el vaivén de los recuerdos, metamorfoseados por los estados de ánimo del narrador. Flexible y voluble, la ciudad de la novela, como su personaje central y sus aventuras, es, también, un hechizo que a fuerza de verbo y delirio, nos ilumina una cara oculta de la historia real.

Barranco, 28 de setiembre de 1987

Günter Grass

EL TAMBOR DE HOJALATA

Para Arma Grass

Los personajes y la trama de esta novela son imaginarios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es puramente casual.

LIBRO PRIMERO

Las cuatro faldas

Pues sí: soy huésped de un sanatorio. Mi enfermero me observa, casi no me quita la vista de encima; porque en la puerta hay una mirilla; y el ojo de mi enfermero es de ese color castaño que no puede penetrar en mí, de ojos azules.

Por eso mi enfermero no puede ser mi enemigo. Le he cobrado afecto; cuando entra en mi cuarto, le cuento al mirón de detrás de la puerta anécdotas de mi vida, para que a pesar de la mirilla me vaya conociendo. El buen hombre parece apreciar mis relatos, pues apenas acabo de soltarle algún embuste, él, para darse a su vez a conocer, me muestra su última creación de cordel anudado. Que sea o no un artista, eso es aparte. Pero pienso que una exposición de sus obras encontraría buena acogida en la prensa, y hasta le atraería algún comprador. Anuda los cordeles que recoge y desenreda después de las horas de visita en los cuartos de sus pacientes; hace con ellos unas figuras horripilantes y cartilagosas, las sumerge luego en yeso, deja que se solidifiquen y las atraviesa con agujas de tejer que clava a unas peanas de madera.

Con frecuencia le tienta la idea de colorear sus obras. Pero yo trato de disuadirlo: le muestro mi cama metálica esmaltada en blanco y lo invito a imaginársela pintarrajeada en varios colores. Horrorizado, se lleva sus manos de enfermero a la cabeza, trata de imprimir a su rostro algo rígido la expresión de todos los pavores reunidos, y abandona sus proyectos colorísticos.

Mi cama metálica esmaltada en blanco sirve así de término de comparación. Y para mí es todavía más: mi cama es la meta finalmente alcanzada, es mi consuelo, y hasta podría ser mi credo si la dirección del establecimiento consintiera en hacerle algunos cambios: quisiera que le subieran un poco más la barandilla, para evitar definitivamente que nadie se me acerque demasiado.

Una vez por semana, el día de visita viene a interrumpir el silencio que tejo entre los barrotes de metal blanco. Vienen entonces los que se empeñan en salvarme, los que encuentran divertido quererme, los que en mí quisieran apreciarse, restarse y conocerse a sí mismos. Tan ciegos, nerviosos y mal educados que son. Con sus tijeras de uñas raspan los barrotes esmaltados en blanco de mi cama, con sus bolígrafos o con sus lapiceros azules garrapatean en el esmalte unos indecentes monigotes alargados. Cada vez que con su ¡hola! atronador irrumpe en el cuarto, mi abogado planta invariablemente su sombrero de nylon en el poste izquierdo del pie de mi cama. Mientras dura su visita —y los abogados tienen siempre mucho que contar— este acto de violencia me priva de mi equilibrio y mi serenidad.

Luego de haber depositado sus regalos sobre la mesita de noche tapizada de tela blanca encerada, debajo de la acuarela de las anémonas, luego de haber logrado exponerme en detalle sus proyectos de salvación, presentes o futuros, y de haberme convencido a mí, al que infatigablemente se empeñan en salvar, del elevado nivel de su amor al prójimo, mis visitantes acaban por contentarse de nuevo con su propia existencia y se van. Entonces entra mi enfermero para airear el cuarto y recoger los cordeles con que venían atados los paquetes. A menudo, después de ventilar, aún halla la manera, sentado junto a mi cama y desenredando cordeles, de quedarse y derramar un silencio tan prolongado, que acabo por confundir a Bruno con el silencio y al silencio con Bruno.

Bruno Münsterberg —éste es, hablando ahora en serio, el nombre de mi enfermero— compró para mí quinientas hojas de papel de escribir. Si esta provisión resultara insuficiente, Bruno, que es soltero, sin hijos y natural de Sauerland, volverá a ir a la pequeña papelería, en la que también venden juguetes, y me procurará el papel sin rayas necesario para el despliegue exacto, así lo espero, de mi capacidad de recuerdo. Semejante servicio nunca habría podido solicitarlo de mis visitantes, de mi abogado o de Klepp, por ejemplo. Sin la menor duda, el afecto solícito hacia mi persona habría impedido a mis amigos traerme algo tan peligroso como es el papel en blanco y ponerlo a disposición de las sílabas que incesantemente segrega mi espíritu.

Cuando le dije a Bruno: —Oye, Bruno, ¿no querrías comprarme quinientas hojas de papel virgen?— Bruno, mirando al techo y apuntando con el índice en la misma dirección en busca de un término de referencia, me respondió: —Querrá usted decir papel en blanco, señor Óscar.

Yo insistía en la palabreja «virgen» y le rogué a Bruno que así lo pidiera en la tienda. Cuando regresó al anochecer con el paquete, me pareció que venía agitado por no sé qué pensamientos. Miró varias veces fijamente hacia el techo, de donde acostumbra derivar todas sus inspiraciones, y algo más tarde manifestó: —Me aconsejó usted la palabra correcta. Pedí papel virgen y la dependienta se puso colorada antes de traérmelo.

Temiendo una conversación prolongada a propósito de las dependientas de las papelerías, me arrepentí de haber llamado virgen al papel, guardé silencio, esperé a que Bruno saliera del cuarto, y sólo entonces abrí el paquete con las quinientas hojas.

Durante un rato, pero no mucho, estuve levantando y sopesando el paquete poco flexible. Luego conté diez hojas y guardé el resto en la mesita de noche; la estilográfica la encontré en el cajón, al lado del álbum de fotos. Está llena, no me faltará tinta: ¿cómo empiezo?

Uno puede empezar una historia por la mitad y luego avanzar y retroceder audazmente hasta embarullarlo todo. Puede también dárseles uno de moderno, borrar las épocas y las distancias y acabar proclamando, o haciendo proclamar, que se ha resuelto por fin a última hora el problema del tiempo y del espacio. Puede también sostenerse desde el principio que hoy en día es imposible escribir una novela, para luego, y como quien dice disimuladamente, salirse con un sólido mamotreto y quedar como el último de los novelistas posibles. Se me ha asegurado asimismo que resulta bueno y conveniente empezar aseverando: Hoy en día ya no se dan héroes de novela, porque ya no hay individualistas, porque la individualidad se ha perdido, porque el hombre es un solitario y todos los hombres son igualmente solitarios, sin derecho a la soledad individual, y forman una masa solitaria, sin hombres y sin héroes. Es posible que en todo eso haya algo de verdad. Pero en cuanto a mí, Óscar, y en cuanto a mi enfermo Bruno, quiero hacerlo constar claramente: los dos somos héroes, héroes muy distintos sin duda, él detrás de la mirilla y yo delante; y cuando él abre la puerta, pese a toda la amistad y a toda la soledad, no por eso nos convertimos, ni él ni yo, en masa anónima y sin héroes.

Comienzo mucho antes de mí; porque nadie debería escribir su vida sin haber tenido la paciencia, antes de fechar su propia existencia, de recordar por lo menos a la mitad de sus abuelos. A todos ustedes, que fuera de mi clínica llevan una vida agitada, a vosotros, amigos y visitantes semanales que nada sospecháis de mi reserva de papel, aquí os presento a la abuela materna de Óscar.

Mi abuela Ana Bronski se hallaba sentada en sus faldas, al caer la tarde de un día de octubre, a la orilla de un campo de patatas. Por la mañana se habría podido ver todavía con qué destreza mi abuela se las arreglaba para juntar con un rastrillo las hojas secas en montoncitos regulares. A mediodía comió una rebanada de pan untada con manteca y endulzada con melaza, dio al campo una última escarbada con el azadón, y finalmente se sentó en sus faldas entre dos cestos casi llenos. Deíantes de las suelas verticales de sus botas, que casi se tocaban por las puntas, ardía sin llama un fuego de hojarasca que de vez en cuando se avivaba, como en espasmos asmáticos, y esparcía a ras del suelo ligeramente inclinado una humareda baja y perezosa. Era el año noventa y nueve. Estaba sentada en plena tierra cachuba, cerca de Bissau, pero más cerca todavía del ladrillar; allí estaba, delante de Ramkau y detrás de Viereck, en dirección de la carretera de Brenntau, entre Dirschau y Karthaus, teniendo a la espalda el negro bosque de Goldkrug; y allí sentada, iba empujando patatas bajo el rescoldo con una varita de avellano carbonizada por la punta.

Si acabo de mencionar expresamente las faldas de mi abuela y si dije con suficiente claridad, como espero, que estaba sentada en sus faldas; más aún, si pongo por título a este capítulo «las cuatro faldas», es porque sé perfectamente todo lo que debo a esta prenda. Mi abuela, en efecto, llevaba no una falda, sino cuatro, una encima de la otra. Y no es que llevara una falda y tres enaguas, no, sino que llevaba cuatro verdaderas faldas: una falda llevaba a la otra, pero ella llevaba las cuatro juntas conforme a un sistema que cada día las iba alternando por orden. La que ayer quedara arriba, venía a quedar hoy inmediatamente debajo; la que ayer fuera segunda era hoy tercera falda, y la tercera de ayer quedaba hoy junto a la piel. La falda que ayer le quedaba pegada al cuerpo exhibía hoy públicamente su muestra, es decir, ninguna; porque las faldas de mi abuela optaban todas por el mismo color patata. Es de suponer que este color le quedaba bien.

Además de este color uniforme distinguía a las faldas de mi abuela la profusión extravagante de tela que en la confección de cada una de ellas entraba. Redondeábanse ampliamente y se hinchaban cuando soplabla el viento, languidecían cuando éste aflojaba, rechinaban a su paso, y las cuatro juntas flotaban delante de nii abuela cuando tenía el viento en popa. Cuando se sentaba, recogía sus faldas a su alrededor.

Además de las cuatro faldas constantemente hinchadas o colgantes o haciendo pliegues, o bien quietas, rígidas y vacías, al lado de su cama, mi abuela poseía una quinta falda. Esta prenda no difería en nada de las otras cuatro color patata. Ni esta quinta falda era siempre la quinta. Lo mismo que sus hermanas —puesto que las faldas son del género femenino— hallábase sometida a la rotación, formaba parte de las cuatro faldas puestas y, lo mismo que las otras, había de pasar cuando llegaba su turno, o sea cada quinto viernes, al barreño de lavar, el sábado a la cuerda de tender delante de la ventana de la cocina y, una vez seca, a la tabla de planchar.

Cuando, después de uno de estos sábados de mucho asear, guisar, lavar y planchar, después de haber ordeñado a la vaca y haberle dado su ración, mi abuela entraba toda ella en la bañera, comunicaba algo de sí al agua jabonosa y la dejaba luego escurriendo para sentarse, envuelta en un trapo floreado, a la orilla de la cama, tras de alinear en el suelo, ante ella, las cuatro faldas en uso y la quinta recién lavada. Se apoyaba en el índice derecho el párpado inferior de su ojo derecho y, sin dejarse aconsejar por nadie, ni siquiera por su hermano Vicente, tomaba rápidamente su decisión. Se levantaba y apartaba con los pies descalzos aquella de las faldas que había perdido más su brillo color patata. Y la prenda limpia pasaba a ocupar el lugar vacante.

En honor de Jesús, del que tenía unas ideas muy precisas, el orden renovado de las faldas era inaugurado la siguiente mañana del domingo, en ocasión de ir a misa a Ramkau. ¿Dónde llevaba mi abuela la falda lavada? Como era no sólo una mujer limpia, sino además un tanto vanidosa, claro está que llevaba la mejor prenda a la vista y, si el tiempo era bueno, al sol.

Era pues un lunes por la tarde el día en que mi abuela estaba sentada detrás del fuego de hojarasca. La falda del domingo había avanzado el lunes un lugar, en tanto que la que su piel había caldeado el domingo colgaba ahora melancólicamente de sus caderas, por encima de las otras, en una disposición de ánimo muy propia de los lunes. Silbaba, sin silbar precisamente melodía alguna, y con la varita de avellano iba sacando fuera del rescoldo la primera patata a punto. Empujó el tubérculo bastante lejos del montón humeante para que el viento lo rozara y lo enfriara. Luego, con una rama puntiaguda picó la patata ennegrecida, costrosa y hendida, y se la acercó a la boca que ya no silbaba, sino que, con los labios resecos y agrietados, soplabla la cascara para quitarle la ceniza y la tierra.

Mientras soplabla, mi abuela cerró los ojos. Cuando creyó que ya había soplado bastante, los volvió a abrir, primero el uno y después el otro; dio un mordisco con sus incisivos un tanto separados pero por lo demás impecables y volvió a liberar sus dientes en seguida; mantenía la media patata, demasiado caliente todavía, harinosa y humeante, en la cavidad abierta de su boca, en tanto que sus ojos redondos miraban por encima de las aletas dilatadas de su nariz, que aspiraban el humo y el aire de octubre, a lo largo del campo; la línea del horizonte quedaba dividida por los postes del telégrafo, de entre los cuales sobresalía apenas el tercio superior de la chimenea del ladrillar.

Algo se movía entre los postes del telégrafo. Mi abuela cerró la boca, frunció los labios, entornó los ojos y empezó a mascar la patata. Algo se movía entre los postes del telégrafo. Algo saltaba. Tres hombres corrían entre los postes, los tres hacia la chimenea, luego la rebasaban y uno de ellos, dando una media vuelta, emprendía nueva carrera. Parecía bajito y fornido, rebasaba el ladrillar, en tanto que los otros dos, más delgados y altos, rebasaban también apenas el ladrillar, y ahora se dejaban ver otra vez entre los postes, pero el bajito y fornido corría en zigzag y parecía tener más prisa que los otros dos corredores altos y delgados, los cuales tenían que volver al ladrillar, porque el otro ya se había lanzado otra vez como una bola hacia allá cuando ellos, apenas a dos pasos, tomaban nuevo impulso y, de repente, desaparecían, abandonando al parecer el juego, y también el bajito caía, en medio de su salto desde la chimenea, detrás del horizonte.

Y allí se quedaban descansando, o mudándose de ropa, o haciendo ladrillos, y por ello les pagaban.

Pero cuando mi abuela, aprovechando la pausa, quiso picar su segunda patata, picó en el vacío. Porque he aquí que aquel que parecía bajito y fornido se encaramaba por encima del horizonte como por una empalizada, con la misma ropa de antes, como si hubiera dejado plantados a sus perseguidores detrás de la cerca, entre los ladrillos o sobre la carretera de Brenntau; pero seguía teniendo prisa, quería adelantarse a los postes del telégrafo, daba unos saltos largos y lentos por el campo, de sus suelas saltaba el barro, se esforzaba por salir del fangal; pero, por mucho que saltara, de todos modos se arrastraba tenazmente por el barro. Y unas veces parecía quedar pegado abajo, mientras que otras permanecía suspendido tanto tiempo en el aire, que hallaba manera de enjugarse la frente, bajito y fornido, antes de que su pierna libre volviera a posarse en el campo recién arado que, al lado de las cinco yugadas de patatas, tendía sus surcos hacia la cañada.

Y logró llegar hasta ésta; pero apenas el bajito y fornido había desaparecido en la cañada, cuando ya los otros dos altos y delgados que entre tanto habían visitado tal vez el ladrillar, se encaramaban a su vez por encima del horizonte y se metían con sus botas de tal manera en el barro, altos y delgados pero sin llegar a flacos, que una vez más mi abuela no logró ensartar su patata; porque no era cosa ésta que se viera todos los días, que tres adultos, si bien de talla diversamente adulta, saltaran alrededor de los postes del telégrafo, llegaran casi a tumbar la chimenea del ladrillar y luego a intervalos, primero el bajito y fornido y luego los altos y delgados, pero con igual fatiga los tres, arrastrando tenazmente cada vez más barro bajo sus suelas fueran brincando alegremente a través del campo labrado la antevíspera por Vicente, para luego desaparecer en la cañada.

Y ahora los tres se habían ido, y mi abuela pudo dedicarse de nuevo a picar una patata medio fría. Sopló superficialmente la ceniza y la tierra de la cascara, se la metió en seguida entera en la boca y pensó, si es que pensaba: esos deben de ser del ladrillar; y estaba en plena masticación, cuando de pronto surgió uno de la cañada, miró con aire fiero por encima de un negro bigote, y se plantó en un par de brincos junto al fuego; estaba a un mismo tiempo delante, detrás y al lado de éste, y aquí juraba y allí temblaba, y no sabía para dónde tirar: atrás no podía, porque de atrás venían los delgados y altos por la cañada; daba manotazos, se golpeaba en las rodillas y tenía ojos en la cabeza que querían salirse de ella, y el sudor le escurría por la frente. Y jadeante, con tembloroso bigote, se fue acercando hasta la abuela, hasta muy cerquita, hasta sus suelas, y miraba a mi abuela como un animalito bajito y fornido, lo que la hizo suspirar; y ya no podía ella masticar las patatas, y dejó que se separaran las suelas de sus botas, y ya no pensaba ni en el ladrillar, ni en los ladrilleros ni en los ladrillos, sino que se levantó la falda, qué digo, las cuatro faldas se levantó a la vez, tan alto, que aquel que no era del ladrillar, pero sí bajito y fornido, pudo meterse por completo debajo, y desapareció con su bigote, y ya no parecía un animalito ni era ya de Ramkau o de Viereck, sino que se hallaba con su miedo bajo las faldas y ya no se golpeaba en las rodillas, y ya no era ni bajito ni fornido, sino que ocupaba su lugar, olvidando el jadeo, el temblor de los manotazos en las rodillas; y se hizo un silencio como en el primer día, o en el último; sólo una brisa ligera acariciaba el fuego de hojarasca, los postes del telégrafo se contaban en silencio, la chimenea del ladrillar se mantenía erecta y ella, mi abuela, se alisaba debidamente la falda superior sobre la segunda y apenas lo sentía a él bajo su cuarta falda ni acababa de comprender, con su tercera falda, qué era aquello que a su piel se le antojaba nuevo y sorprendente. Y porque era en realidad sorprendente, aunque la falda superior se veía lisa y bien compuesta, en tanto que la segunda y la tercera no acababan de comprender de qué se trataba, sacó del rescoldo dos; o tres patatas, cogió otras cuatro crudas del cesto que quedaba bajo su codo derecho, las metió una tras otra en el rescoldo, las cubrió de ceniza y hurgó hasta reavivar la humareda. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Apenas las cuatro faldas de mi abuela se habían sosegado, apenas la humareda espesa de la hojarasca, que a causa de los manotazos en las rodillas, de las evoluciones y del hurgar perdiera su dirección, volvió a fluir amarillenta a ras del suelo, tomando, con el viento, hacia el sureste, he aquí que cual una aparición surgieron los dos altos y delgados que iban tras el bajito pero fornido, el cual se encontraba ahora bajo las faldas; emergieron de la cañada, y pudo apreciarse ahora que los dos altos y delgados llevaban, por razón de su oficio, el uniforme de la guardia rural. Casi habrían pasado disparados junto a mi abuela. ¿No brincó incluso uno de ellos por sobre el fuego? Pero de repente sintieron sus tacones, y en éstos sus cerebros; frenaron, dieron vuelta, se acercaron con sus botas, se hallaron con sus uniformes provistos de botas en la humareda, sustrajeron tosiendo sus

uniformes a ésta, y arrastrando algo de ella y tosiendo todavía preguntaron a mi abuela si había visto a Koljaiczek, porque tenía que haberlo visto, puesto que estaba sentada junto a la cañada y que Koljaiczek se había escapado por la cañada.

Pero mi abuela no había visto a ningún Koljaiczek, porque no conocía a ninguno. Si no sería del ladrillar, preguntó, porque ella sólo conocía a los del ladrillar. Y los uniformes le describieron a Koljaiczek cual uno que nada tenía que ver con el ladrillar, sino que más bien era bajito y fornido. Mi abuela recordó en esto que efectivamente había visto correr a uno que respondía a esas señas y, con una patata humeante al extremo de la rama puntiaguda, mostró en dirección a Bissau, hacia un punto que, conforme a la patata, quedaba entre el sexto y el séptimo poste del telégrafo, empezando a contar desde la chimenea hacia la derecha. Pero que dicho corredor fuera un Koljaiczek mi abuela lo ignoraba, y disculpaba su ignorancia con el fuego que tenía junto a las suelas: éste le daba ya bastante quehacer, porque ardía muy mal, de modo que no tenía tiempo para preocuparse por la gente que por allí andaba corriendo o permanecía en la humareda, y además, ella tampoco se preocupaba nunca por la gente que no conocía, y sólo sabía quiénes había en Bissau, en Ramkau, en Viereck y en el ladrillar.

Dicho esto, mi abuela emitió un pequeño suspiro, suficiente, sin embargo, para que los uniformes quisieran saber qué era lo que había allí que hiciera suspirar. Ella inclinó la cabeza hacia el fuego, lo que quería dar a entender que había suspirado a causa del fuego y también un poco por la mucha gente que permanecía allí en la humareda; a continuación, mordió de la patata la mitad, se entregó por completo al acto de englutirla y entornó los ojos hacia arriba a la izquierda.

Los de los uniformes de la guardia rural no pudieron sacar de la mirada ausente de mi abuela indicación alguna; no sabían si habían de buscar Bissau detrás de los postes del telégrafo y, por consiguiente, empezaron entretanto a hurgar con sus machetes en los montones de hojarasca vecinos, que no ardían todavía. De repente, obedeciendo a una súbita inspiración, volcaron casi simultáneamente los dos cestos de patatas bajo los codos de mi abuela y tardaron mucho en comprender cómo era que de los cestos sólo salieran rodando patatas ante sus botas y, en cambio, ningún Koljaiczek. Recelosos, empezaron a dar vueltas de puntillas alrededor del hoyo en que habían caído las patatas, como si en tan poco tiempo Koljaiczek hubiera podido enterrarse en él; pincharon también con sus machetes deliberadamente el montón y se extrañaron de no oír el grito de ningún herido. Sus sospechas no perdonaron matorral alguno, por raquítico que fuera, ni ratonera alguna, ni una topera que allí había, en tanto que mi abuela, que seguía sentada como si estuviera enraizada, iba lanzando suspiros y entornando los ojos, dejando de todos modos visible el blanco de los mismos, y evocaba en cachuba los nombres de todos los santos, todo lo cual, según lo daba a entender en voz alta y tono plañidero, se refería exclusivamente al fuego de hojarasca que no quería arder bien y a los dos cestos de patatas volcados.

Los uniformes permanecieron allí durante una buena media hora. Se alejaban del fuego y volvían a acercarse, se orientaban tomando como punto de referencia la chimenea del ladrillar y hablaban de ocupar Bissau, pero luego pospusieron el ataque y tendieron sobre el fuego unas manos rojas y amoratadas, hasta recibir cada uno de ellos de mi abuela, que no por ello interrumpía sus suspiros, una patata reventada. Pero a medio comérsela, los uniformes se acordaron de sus uniformes y corrieron cosa como de una pedrada a lo largo de la retama de la orilla de la cañada, ahuyentando a una liebre que de todos modos nada tenía que ver con Koljaiczek. Junto al fuego volvieron a hallar los tubérculos harinosos que olían a rescoldo y se decidieron pacíficamente, aunque también algo cansados de guerrear,

a volver a juntar las patatas crudas en aquellos cestos que poco antes su deber les mandara volcar.

Y sólo cuando el anochecer exprimió del cielo de octubre una llovizna oblicua y un crepúsculo color de tinta la emprendieron una vez más, de prisa y sin gana, contra un mojón lejano que se anegaba en la oscuridad y, liquidado éste, abandonaron la partida. Un rato más de desentumecerse las piernas y de extender unas manos bendicientes sobre el fuego medio apagado por la lluvia, que desprendía abundante humareda; un poco más de toser en el humo verdoso, los ojos lacrimosos en el humo amarillento, y luego un alejarse de las botas entre toses y lágrimas en dirección de Bissau. Porque, puesto que Koljaiczek no estaba allí, había de estar en Bissau. Para los guardias rurales, en efecto, no se dan nunca más de dos posibilidades.

La humareda del fuego que se iba extinguiendo lentamente envolvía a mi abuela como en una quinta falda, tan espaciosa, que con sus cuatro faldas, sus suspiros y sus santos ella se encontraba, lo mismo que Koljaiczek, bajo la falda. Y no fue sino hasta que los uniformes ya no eran más que dos puntos oscilantes que se iban hundiendo lentamente en la noche entre los postes del telégrafo, cuando mi abuela se levantó, con tanta fatiga como si hubiera echado raíces e interrumpiera ahora, arrancando fibras y tierra, el crecimiento apenas iniciado.

Al encontrarse así de repente sin cofia bajo la lluvia, bajito y fornido, Koljaiczek sintió frío. Con gesto rápido se cerró la bragueta que, bajo las faldas, el miedo y un deseo infinito de refugio le habían hecho desabrocharse. Sus dedos manipularon con presteza los botones, temiendo un enfriamiento demasiado rápido de su émbolo, ya que el tiempo estaba lleno de peligros otoñales de catarro.

Fue mi abuela la que encontró todavía bajo el rescoldo cuatro patatas calientes. Tres de ellas se las dio a Koljaiczek, y la cuarta se la dio a sí misma, y antes de morderla le preguntó todavía si era del ladrillar, aunque a aquellas alturas había de saber perfectamente que Koljaiczek venía de cualquier parte, excepto de los ladrillos. Por lo que tampoco hizo caso de su respuesta, sino que, cargándole a él con el cesto más liviano y doblándose ella bajo el más pesado, con una mano libre todavía para el rastrillo y el azadón, se hizo a la vela con sus cuatro faldas, su cesto, sus patatas, su rastrillo y su azadón con rumbo a Bissau—Abbau.

Esto no era el propio Bissau, sino que quedaba un poco más hacia Ramkau. Dejando pues el ladrillar a la izquierda, avanzaron hacia el negro bosque, en el que queda Goldkrug y, más atrás, Brenntau. Y pasando el bosque, en una hondanada, allí queda Bissau—Abbau. Allí siguió a mi abuela, bajito y fornido, Koljaiczek, que ya no lograba despegarse de las faldas.

Bajo la balsa

No es nada fácil para mí, desde la cama metálica reluciente de la clínica y bajo la doble vigilancia de la mirilla y del ojo de Bruno, reconstruir la humareda perezosa de los fuegos de hojarasca cachubas y los rayos oblicuos de una lluvia de octubre. Si no tuviera mi tambor, que, tratado con paciencia y habilidad, me va dictando todos los pormenores necesarios para verter al papel lo esencial, y si no contara además con la autorización del establecimiento para tocarlo de tres a cuatro horas diarias, sería yo ahora un pobre hombre sin abuelos conocidos.

En todo caso dice mi tambor: Aquella tarde de octubre del año noventa y nueve, mientras en el África del Sur el tío Kruger se limpiaba las hirsutas cejas anglófobas, ocurrió que entre Dirschau y Karthaus, junto al ladrillar de Bissau, bajo cuatro faldas de color uniforme, en medio de la humareda, de angustias y suspiros, bajo una lluvia oblicua acompañada de los nombres invocados en tono plañidero de los santos y bajo las preguntas insulsas y las miradas lacrimosas de dos guardias rurales, mi madre Agnés fue engendrada por el bajito pero fornido José Koljaiczek.

Ana Bronski, mi abuela, cambió de nombre en la oscuridad de aquella misma noche: dejóse así convertir, con el auxilio de un sacerdote liberal en materia de sacramentos, en Ana Koljaiczek, y siguió a José, si no a Egipto, por lo menos a la capital de la provincia, en las márgenes del Mottlau, en donde José encontró trabajo como balsero y, por el momento, la paz en lo que se refiere a los gendarmes.

Es sólo para avivar un poco la curiosidad por lo que no indico aquí todavía el nombre de aquella ciudad de la desembocadura del Mottlau, aunque siendo el lugar natal de mamá, bien merecía que se la nombrara desde ahora. A fines de julio del año cero cero —justo cuando el Kaiser acababa de decidir la duplicación de su flota de guerra— vio mamá la luz del día bajo el signo del León. Confianza en sí mismo y exaltación, generosidad y vanidad. La primera casa, llamada también *Domus Vitae*, en el signo del Ascendente: los Peces, propensos a sufrir influencias. La constelación del Sol en oposición a Neptuno, séptima casa o *Domus Matrimonii Uxoris*, había de acarrear complicaciones. Venus en oposición a Saturno, que, como es sabido, trae la enfermedad del bazo y del hígado y al que se llama el planeta ácido, que reina en el Capricornio y celebra su aniquilamiento en el León, que ofrece anguilas a Neptuno y recibe en cambio el topo, que gusta de la belladona, las cebollas y la remolacha, tose lava y agria el vino; compartía con Venus la octava casa, la mortal, y auguraba accidentes, en tanto que la concepción en el campo de patatas prometía una felicidad harto precaria bajo la protección de Mercurio en casa de los parientes.

He de hacer constar aquí la protesta de mamá, pues siempre ha negado que hubiera sido concebida en un campo de patatas. Sin duda su padre lo había intentado allí mismo —esto lo admitía— pero su posición, lo mismo que la de Ana Bronski, no parecía la más acertada para proporcionar a Koljaiczek los supuestos necesarios de la fecundación.

—Hubo de ocurrir por la noche, durante la huida, o en la carreta del tío Vicente, o puede que incluso en el Troyl, cuando los balseros nos dieron techo y albergue.

Con semejantes palabras solía mamá fechar la fundación de su existencia, y mi abuela, que bien debía saberlo, inclinaba con paciencia la cabeza y daba luego a entender a los presentes: —Claro que sí, mi hijita, que tuvo que ser en la carreta, o incluso puede que

en el Troyl; ¡cómo iba a ser en el campo, con aquel ventarrón, y además que llovía a cántaros!

Vicente era el nombre del hermano de mi abuela. Después de la muerte prematura de su esposa, había emprendido la peregrinación a Tschenstochau, donde la Matka Boska Czestochowska le había ordenado ver en ella a la futura reina de Polonia. Desde entonces, se pasaba los días leyendo libros raros, hallaba en cada frase la confirmación de las pretensiones de la Madre de Dios al trono de Polonia y dejaba a su hermana al cuidado de la casa y de los dos pedazos de tierra. Jan, su hijo, que a la sazón contaba cuatro años y era un niño endeble, siempre a punto de llorar, cuidaba las ocas, coleccionaba estampitas y — ¡precocidad fatal!— sellos de correo.

A aquella granja consagrada a la reina celestial de Polonia llevó pues mi abuela los cestos de patatas y a Koljaiczek, y cuando Vicente se enteró de lo que había sucedido corrió a Ramkau y despertó al cura para que, provisto de los sacramentos, lo acompañara y viniera a casar a Ana y José. Apenas el medio dormido reverendo hubo impartido su bendición entrecortada por bostezos y vuelto su eclesiástica espalda para irse, provisto de una buena tajada de tocino, Vicente enganchó el caballo a la carreta, cargó a los novios en la parte trasera de la misma, preparóles con paja y sacos vacíos una cama, sentó junto a sí en el pescante a su hijo Jan que tiritaba y soltaba algunas lágrimas y dio a entender al caballo que ahora se trataba de andar derecho y ligero en plena oscuridad, pues los desposados tenían prisa.

La noche era negra todavía, pero estaba ya a punto de desmayar, cuando el vehículo llegó al puerto maderero de la capital de la provincia. Unos amigos que, como Koljaiczek, ejercían el oficio de balseros, acogieron a la pareja fugitiva. Vicente pudo pues dar vuelta y enderezar otra vez el caballejo hacia Bissau: una vaca, la cabra, la marrana con sus lechones, las ocho ocas y el perro guardián esperaban en efecto su pitanza y, además, había de meter en cama al pequeño Jan, que tenía un poco de calentura.

José Koljaiczek permaneció oculto por espacio de tres semanas; acostumbró su pelo a un nuevo peinado con raya, se afeitó el bigote, se procuró papeles sin tacha, y encontró trabajo de balsero bajo el nombre de José Wranka. Ahora bien, ¿por qué para visitar a los negociantes de madera y los aserraderos necesitaba Koljaiczek llevar en el bolsillo los papeles del balsero Wranka, que se había ahogado a resultas de una riña en el Bug, más arriba de Modlin, sin que de ello se enteraran las autoridades? Pues porque, abandonando en una ocasión el oficio de balsero, había trabajado por algún tiempo en un aserradero cerca de Schwetz, y se había peleado con el amo. La cosa sucedió debido a que la mano provocadora de Koljaiczek había pintado una empalizada con los colores rojo y blanco, y el amo, para mostrar probablemente que a él no se la pintaba nadie, arrancó dos de aquellos maderos polacos, uno rojo y uno blanco, y los hizo astillas blanquirrojas sobre la espalda de Koljaiczek: motivo sobrado para que el apaleado esperara a la siguiente noche, más o menos estrellada y, en altas llamaradas rojas, hiciera subir al cielo el blanco aserradero, nuevo y rencián enjalbegado: férvido homenaje a una Polonia dividida, sin duda, pero no por ello menos unida.

O sea que Koljaiczek era un incendiario, y un incendiario recurrente. Porque a continuación y por espacio de algún tiempo, en toda la Prusia Occidental los aserraderos y los parques de madera fueron proporcionando uno tras otro pasto frecuente a la explosión flagrante de los sentimientos patrióticos polacos. Y, como siempre que se trata del futuro de Polonia, también la Virgen María andaba metida en aquel juego de incendios, no faltando testigos oculares —tal vez algunos vivían todavía— que afirmaran haber visto en

los tejados de más de un aserradero a punto de hundirse a la Madre de Dios, ceñida la cabeza con la corona de Polonia. Cuentan que el pueblo, que nunca falta en los incendios espectaculares, entonaba entonces el himno de la Bogurodzica, la Madre de Dios, por donde se echa de ver que los incendios de Koljaiczek hubieron de ser algo solemne, y aun eran ocasión de juramentos.

Mientras el incendiario Koljaiczek iba así acumulando cargos en su contra, el balsero Wranka, en cambio, había sido siempre un individuo honrado, huérfano, inofensivo, inclusive algo limitado de facultades, al que nadie buscaba y nadie apenas conocía: un individuo que mascaba tabaco y lo repartía en raciones diarias, hasta el día en que el Bug lo acogió en su seno; dejó tras sí, en los bolsillos de su cazadora, sus papeles, amén de tres raciones de tabaco. Y comoquiera que el ahogado Wranka ya no podía presentarse y que nadie hubiera formulado a su propósito preguntas indiscretas, he aquí que Koljaiczek, que era más o menos de su estatura y tenía el cráneo redondo como él, se metió primero en su cazadora, luego en sus papeles y, finalmente, en su piel carente de antecedentes penales; dejó la pipa, se puso a mascar tabaco y adoptó aun lo más personal de Wranka, su tartamudez. De modo que, en los años que siguieron, fue un honrado balsero, ahorrador y ligeramente tartamudo, que condujo bosques enteros por el Niemen, el Bobr, el Bug y el Vístula. Hay que añadir que en los húsares del Kronprinz y a las órdenes de Mackensen llegó a sargento con el nombre de Wranka, porque éste no había hecho todavía su servicio militar, en tanto que Koljaiczek, que era cuatro años mayor que el ahogado, había servido ya como artillero en Thorn, donde fue conocido por su mala conducta.

Por mucho que roben, maten e incendien, los más peligrosos entre los ladrones, asesinos e incendiarios no dejan generalmente de estar al acecho de alguna ocasión que les permita abrazar un oficio más seguro. A algunos de ellos, buscada o casual, esta oportunidad llega a presentárseles. Y así Koljaiczek, convertido en Wranka, fue un excelente esposo, tan curado de su inflamado vicio que la simple vista de una cerilla le daba escalofríos. En su presencia, ni las inocentes cajas de cerillas abandonadas por descuido sobre la mesa de la cocina se sentían seguras —y eso que él habría podido ser su inventor. Por la ventana arrojaba de sí la tentación. Mi abuela, la pobre, pasaba toda clase de apuros para tener la comida lista al mediodía y llevarla caliente a la mesa. Y a menudo, durante las veladas, la familia permanecía sentada en la oscuridad, porque a la lámpara de petróleo le faltaba su llamita.

No quiere decir esto que Wranka fuese un tirano. Los domingos acompañaba a su Ana Wranka a la iglesia de la parte baja de la ciudad y, como antaño en el campo de patatas, le permitía, a ella que era su legítima esposa, que llevara puestas sus cuatro faldas. Durante el invierno, cuando los ríos estaban helados y los balseros no tenían trabajo, se quedaba tranquilamente en el Troyl, donde sólo vivían balseros, estibadores y obreros de los astilleros, y cuidaba de su hija Agnés, que, por lo visto, salía al padre, porque cuando no se deslizaba debajo de la cama se metía en el armario ropero, y cuando había visita, permanecía sentada con sus muñecas bajo la mesa.

Gustábale pues a la niña Agnés esconderse y saborear en su retiro una seguridad del mismo tipo, aunque de placer distinto, del que en su día hallara José bajo las faldas de Ana. Koljaiczek el incendiario estaba lo bastante chamuscado él mismo para comprender la necesidad de protección que sentía su hijita, y de ahí que en ocasión de construir en el saliente en forma de balcón de su pisito de un cuarto y medio una conejera, le añadiera a ésta un pequeño compartimiento hecho exactamente a la medida de la niña. Allí jugaba

mamá con sus muñecas, y allí creció. Más adelante, cuando ya iba a la escuela, parece que abandonó las muñecas para jugar con bolas de vidrio y plumas de colores, mostrando así su precoz sentido de la belleza perecedera.

En gracia a que ardo en deseos de anunciar el inicio de mi propia existencia, se me permitirá que sin más comentarios deje deslizarse tranquilamente la balsa familiar de los Wranka hasta el año trece, aquel en que fue botado el *Columbus* en Schichau. Fue entonces cuando la policía, que nada olvida, dio con la pista del supuesto Wranka.

La cosa empezó con que Koljaiczek, como todos los años al finalizar el verano, había de conducir en agosto del año trece la gran armadía desde Kiev por el Pripet, a través del canal, luego por el Bug hasta Modlin y de aquí Vístula abajo. En el remolcador *Radaune*, que trabajaba por cuenta del aserradero, partieron en total doce balseros, desde Neufahr—Oeste por el remanso del Vístula hasta Einlage; luego remontaron el Vístula, pasando frente a Kásemark, Letzkau, Czattkau, Dirschau y Pieckel, y al anochecer anclaron en Thorn. Aquí subió a bordo el nuevo dueño del aserradero, que había de vigilar en Kiev la compra de la madera. Al levar anclas el *Radaune* a las cuatro de la mañana, corrió la voz de que se hallaba a bordo. Koljaiczek lo vio por vez primera a babor, a la hora del desayuno. Estaban sentados todos, unos frente a otros, mascando y sorbiendo café de cebada. Koljaiczek lo reconoció en seguida. El hombre, fornido y con el pelo empezándole a clarear la coronilla, hizo traer vodka y servirlo en las tazas vacías de café. En plena deglución y mientras en la otra punta seguían sirviendo vodka, se presentó: —Para información de ustedes, soy el nuevo dueño del aserradero, me llamo Dückerhoff y exijo disciplina.

A petición suya, por el orden en que estaban sentados y uno después de otro, los balseros fueron diciendo sus nombres y vaciando a continuación sus respectivas tazas, con la correspondiente sacudida, cada vez, de la nuez de la garganta. Koljaiczek vació su taza y dijo luego, mirándole a los ojos: «Wranka». Dückerhoff inclinó ligeramente la cabeza, como lo había hecho con los otros, y repitió el nombre Wranka, lo mismo que lo había hecho antes con los de los demás balseros. Sin embargo, Koljaiczek tuvo la impresión de que había pronunciado el nombre del balsero ahogado con una entonación algo especial: no con mayor fuerza, sino más bien en forma un tanto pensativa.

Con el concurso de pilotos que se iban relevando, y sorteando hábilmente los bancos de arena, el *Radaune* cabeceaba contra la corriente arcillosa de fluir constante. A derecha e izquierda, más allá de los diques, el paisaje era siempre el mismo: un paisaje acá llano, allá ondulado, de campos ya cosechados. Setos, cañadas, depresiones invadidas por la retama, entre granjas aisladas: un paisaje hecho para cargas de caballería, para una división de ulanos operando una conversión a la izquierda en la depresión arenosa, para húsares saltando por encima de los setos, para los sueños de jóvenes capitanes de caballería, para la batalla que ya fue una vez y que siempre vuelve de nuevo, pidiendo el cuadro histórico: tártaros boca abajo, dragones encabritados, caballeros teutónicos que caen, el Maestre de la Orden manchando el manto con su sangre, sin que falte un detalle a la coraza, hasta ese otro al que derriba con su sable el duque de Masovia; caballos como no se ven en ningún circo, tan blancos y nerviosos, llenos de borlas, los tendones reproducidos con minuciosidad extrema, los ollares hinchados, color carmesí, de los que salen unas nubéculas atravesadas por lanzas con banderolas, apuntando hacia abajo, y, partiendo el cielo y los arreboles de la tarde, los sables; y allí, al fondo —porque todo cuadro tiene su fondo—, pegada al horizonte, una aldehuela que humea apaciblemente entre las patas traseras del caballo azabache, una aldehuela con sus chozas de techos de musgo y paja y,

detrás de las chozas, provisionalmente en reserva, los lindos tanques que sueñan en el mañana, en el día en que también ellos puedan figurar en el cuadro y desembocar en la llanura, más allá de los diques del Vístula, cual potros juguetones entre la caballería pesada.

Cerca de Wloclawek, Dückerhoff tocó con un dedo la chaqueta de Koljaiczek: — Oiga, Wranka, ¿por casualidad no trabajó usted, hace tantos y cuantos años, en el aserradero de Schwetz, aquel que luego ardió, eh? —Koljaiczek sacudió pesadamente la cabeza, como si le costara trabajo moverla, y logró imprimir a su mirada una expresión tan triste y cansada, que Dückerhoff, expuesto a ella, se abstuvo de más preguntas.

Cuando al llegar a Modlin, en la confluencia del Bug con el Vístula, Koljaiczek, como lo hacen todos los balseros, escupió tres veces por la borda, Dückerhoff, que estaba con un puro junto a él, le pidió fuego. Al oír esta palabreja y la de cerilla que siguió, Koljaiczek cambió de color. —¿Qué le pasa, hombre? No hay que ruborizarse porque le pida fuego. ¿Es usted una muchacha, o qué?

Y no fue hasta que hubieron dejado atrás Modlin cuando se le quitó a Koljaiczek aquel rubor, que no era en modo alguno de vergüenza, por supuesto, sino más bien un reflejo tardío de los aserraderos que él había entregado a las llamas. Entre Modlin y Kiev, o sea remontando el Bug, a través del canal que une a éste con el Pripet, y hasta que el *Radaune*, siguiendo el Pripet, llegó al Dniéper, no se produjo entre Koljaiczek—Wranka y Dückerhoff coloquio alguno digno de mención. Cierto que en el remolcador, entre los balseros, entre éstos y los maquinistas, entre el timonel, los maquinistas y el capitán, y entre éste y los pilotos en relevo constante, pasarían naturalmente muchas cosas, como las que dicen que pasan, y seguramente pasan, entre los hombres. Por mi parte, puedo imaginarme fácilmente una disputa entre los balseros cachubas y el timonel, natural de Stettin, o aun un conato de motín: reunión a popa, se echan suertes, se dan consignas, se afilan las navajas.

Pero dejemos esto. No hubo ni disputas políticas, ni puñaladas germano—polacas, ni otra acción principal alguna en forma de motín provocado por la injusticia social. Devorando tranquilamente su carbón, el *Radaune* seguía su curso; en una ocasión —creo que fue un poco más allá de Plock— encalló en un banco de arena, pero logró desprenderse por sus propios medios. Un breve cambio de palabras entre el capitán Barbusch y el piloto ucraniano, fue toda la consecuencia: el diario de a bordo apenas tendría más que consignar.

Si yo debiera o quisiera llevar un diario de a bordo de los pensamientos de Koljaiczek, o aun un diario de la vida interior de un dueño de aserradero como Dückerhoff, tendría sin duda incidentes y aventuras bastantes que consignar: sospechas, confirmación, recelo y, casi al propio tiempo, disimulo presuroso del recelo. Lo que es miedo, lo tenían los dos. Más Dückerhoff que Koljaiczek, porque nos hallábamos en Rusia. Dückerhoff hubiera podido caer fácilmente por la borda, como en su día el pobre Wranka; hubiera podido encontrarse —porque ahora estábamos ya en Kiev—, en alguno de aquellos grandes parques madereros, tan vastos, que uno puede fácilmente perder en semejante laberinto de madera a su ángel de la guarda, bajo una pila de troncos que se desmorona de repente y que ya nada puede contener. O también hubiera podido ser salvado. Salvado por un Koljaiczek que primero pescara al dueño del aserradero de las aguas del Pripet o del Bug, o que luego, en el supremo instante, tirándolo hacia atrás, sustrajera a Dückerhoff, en el parque maderero sin lugar para el ángel de la guarda, a la avalancha de los troncos. ¡Qué bello sería poder narrar ahora que Dückerhoff, medio ahogado o medio aplastado, respirando aún con dificultad y con la sombra de la muerte todavía en la mirada, le había

dicho al supuesto Wranka al oído: —Gracias, Koljaiczek, gracias —y luego, después de la pausa indispensable—: Ahora estamos en paz: ¡no se hable más de ello!

Y, con ruda amistad, se habrían mirado sonriendo algo confusos, los ojos varoniles enturbiados por las lágrimas, cambiando luego un apretón de manos algo tímido pero calloso.

Ya hemos visto esta escena en películas de perfecta técnica fotográfica, cuando al director se le ocurre convertir a dos hermanos de actuación, pero enemigos, en compinches unidos en adelante en la fortuna y la adversidad y destinados a correr juntos mil aventuras todavía.

Pero Koljaiczek no halló oportunidad ni de dejar que Dückerhoff se ahogara ni de arrancarlo de las garras de la muerte en forma de troncos que rodando se le vinieran encima. Atento y velando por los intereses de su empresa, Dückerhoff compró en Kiev la madera, vigiló todavía la composición de las nueve balsas, repartió entre los balseros, conforme a la costumbre, un buen puñado de dinero en moneda rusa para el viaje de retorno, y se sentó luego en el tren que, pasando por Varsovia, Modlin, Deutsch—Eylau, Marienburg y Dirschau lo llevó donde estaba su negocio; el aserradero se encontraba en el puerto maderero, entre los astilleros de Klawitter y de Schichau.

Antes de dejar que desde Kiev los balseros desciendan durante varias semanas de arduo trabajo río abajo, pasen luego el canal y lleguen finalmente al Vístula, me pregunto si Dückerhoff estaba seguro de haber reconocido en Wranka al incendiario Koljaiczek. Diría por mi parte que, mientras se hallaba a bordo de un mismo barco con el inofensivo y servicial Wranka, al que todos querían a pesar de sus limitaciones, el dueño del aserradero confiaba en no tener de compañero de viaje a un Koljaiczek dispuesto a todo. Esta esperanza no lo abandonó hasta que se vio sentado en el acojinado compartimiento del ferrocarril. Y al llegar el tren a la terminal y hacer su entrada en la estación central de Danzig —ahora sí lo digo—, Dückerhoff había tomado sus decisiones a la Dückerhoff: hizo cargar su equipaje en un coche que se lo llevara a la casa, se dirigió con paso ligero, puesto que no llevaba maleta, a la delegación de policía del Wiebenwall, que queda allí cerca, subió de dos en dos las escaleras hasta la puerta principal, y, después de una breve búsqueda presurosa, halló aquel cuarto que estaba amueblado con la sobriedad necesaria para sacarle a Dückerhoff un informe sucinto y limitado exclusivamente a los hechos. No es, pues, que el dueño del aserradero presentara ninguna denuncia, sino que pidió simplemente que se investigara el caso Koljaiczek—Wranka, del que la policía le prometió ocuparse.

Durante las semanas siguientes, mientras la madera con las caobanas de caña y los balseros se deslizaba río abajo, fueron llenándose en múltiples oficinas numerosas hojas de papel. Había aquí, en primer lugar, el acta del servicio militar de José Koljaiczek, soldado de segunda del regimiento número tantos de la artillería de campaña de la Prusia Occidental. Dos veces tres días de arresto había debido cumplir el mal artillero por haber gritado a voz en cuello consignas anarquistas, mitad en alemán y mitad en polaco, en estado de embriaguez. Tales manchas en vano se habrían buscado en los papeles del sargento Wranka, que había cumplido su» servicio en el segundo regimiento de los húsares de la guardia, en Langfurk. Antes bien, el tal Wranka se había distinguido gloriosamente en calidad de enlace de su batallón y había causado al Kronprinz, en ocasión de las maniobras, una excelente impresión, habiendo recibido de éste, que llevaba siempre táleros en el bolsillo, un tálero Kronprinz de regalo. Claro que este tálero no figuraba en la hoja de

servicios del sargento Wranka, sino que fue mi abuela Ana la que lo confesó, entre grandes lamentos, al ser sometida a interrogatorio junto con su hermano Vicente.

Y no fue sólo dicho tálero lo que invocó para combatir el calificativo de incendiario. Podía exhibir papeles en los que resultaba reiteradamente que ya en el año cero cuatro José Wranka había ingresado en el cuerpo de bomberos voluntarios de la municipalidad de Danzig, y durante los meses de invierno, en los que todos los balseros estaban cesantes, había combatido más de un incendio. Existía también un acta oficial atestiguando que, cuando el gran incendio del depósito del ferrocarril del Troyl, el año cero nueve, el bombero Wranka no sólo había apagado el fuego, sino que había salvado a dos aprendices cerrajeros. Y en términos análogos se expresó el capitán Hecht, de los bomberos, citado como testigo. Éste declaró lo siguiente: —¿Cómo puede ser incendiario aquel que vemos que apaga? ¿Acaso no lo veo todavía en lo alto de la escalera cuando ardió la iglesia de Heubude? Cual fénix surgiendo de entre las cenizas y las llamas, apagaba no sólo el fuego, sino el incendio de este mundo y la sed de Nuestro Señor Jesucristo. En verdad os digo: El que a este hombre con el casco de bombero, que tiene prioridad de paso en las calles, al que quieren las compañías de seguros, y que siempre lleva un poco de ceniza en el bolsillo, sea ello como símbolo o por razón de su oficio; el que a este fénix magnífico quiera llamarlo gallo rojo, ése merece en verdad que con una rueda de molino atada al cuello...

Ustedes se habrán dado cuenta de que el capitán Hecht, de los bomberos voluntarios, era un pastor elocuente, que subía domingo tras domingo al pulpito de su parroquia, la de Santa Bárbara de Langgarten, y que mientras duraron las investigaciones contra Koljaiczek—Wranka no desdeñó inculcar en sus feligreses, con palabras por ese estilo, parábolas del celeste bombero y el incendiario infernal.

Sin embargo, comoquiera que los funcionarios de la policía no iban a la iglesia de Santa Bárbara y que, por otra parte, la palabreja fénix les sonara más a ofensa contra Su Majestad que a justificación de Wranka, la actividad de éste como bombero voluntario se convirtió más bien en cargo adicional.

Se mandaron recoger testimonios de varios aserraderos y apreciaciones de los municipios de origen: Wranka había visto la luz del día en Tuchel, en tanto que Koljaiczek era natural de Thorn. Pequeñas contradicciones en las declaraciones de algunos balseros más viejos y de parientes lejanos. El cántaro volvía siempre a la fuente, y al fin no le quedaba más remedio que romperse. Al llegar los interrogatorios a este punto, la gran armadía entraba precisamente en territorio del Reich, y a partir de Thorn se la vigiló discretamente, apostándose observadores en los puertos de escala.

Mi abuelo sólo se dio cuenta de la vigilancia pasado Dirschau. Se lo esperaba. Puede que esa pereza rayana en melancolía que lo invadía de vez en cuando le impidiera intentar en Letzkau, o tal vez en Kásemark, una fuga que allí, en una región que le era tan familiar, y con la ayuda de algunos balseros abnegados, habría resultado todavía posible. A partir de Einlage, al entrar las balsas lentamente y chocando unas contra otras en el remanso del Vístula, un bote pescador con más tripulación de lo necesario empezó a seguirlas, disimuladamente y no tan disimuladamente. Poco después de Plehnenhof, las dos lanchas motoras de la policía portuaria salieron de repente de entre los cañaverales de la orilla, y zigzagueando sin cesar, empezaron a agitar con sus surcos las aguas cada vez más salobres que anunciaban ya el puerto. Pasado el puente de Heubude empezaba el cordón de los «azules». En los parques madereros frente al astillero de Klawitter, en los astilleros más chicos, en el puerto maderero que se iba ensanchando cada vez más hacia el Mottlau, en

los pontones de los distintos aserraderos, en el puente de su propia empresa, en el que lo esperaba su familia: por todas partes se veían azules. Por todas partes, excepto del lado de Schichau, en donde todo estaba empavesado: aquí se preparaba otra cosa, se iba, sin duda, a botar algo; había un gran gentío y un revuelo de gaviotas; todo estaba de fiesta —¿sería; en honor de mi abuelo?

Sólo cuando mi abuelo vio el puerto maderero repleto de uniformes azules y cuando las lanchas empezaran a marcar un curso cada vez más ominoso, haciendo pasar las olas por encima de las balsas, fue cuando comprendió que el lujo de aquel despliegue de fuerzas le estaba dedicado a él, y cuando despertó en él su antiguo corazón de Koljaiczek incendiario: entonces, escupiendo lejos de sí al manso Wranka, escabullándose de la piel del bombero voluntario Wranka y desprendiéndose en alta voz y sin atascarse del Wranka tartamudo, huyó sobre las balsas, descalzo por las vastas superficies fluctuantes, descalzo por un entarimado sin cepillar, de un tronco a otro, en dirección a Schichau, donde las banderas ondeaban alegremente al viento, siempre adelante, hacia donde estaban a punto de botar algo sin menoscabo de la abundancia de troncos en el agua. Ni de los bellos discursos, en que nadie llamaba a Wranka y menos aún a Koljaiczek, sino en que se decía: Yo te bautizo con el nombre de barco de S. M. *Columbus*, América, más de cuarenta mil toneladas de desplazamiento, treinta mil HP, barco de Su Majestad, salón de fumadores de primera clase, cocina de segunda clase a babor, sala de gimnasia de mármol, biblioteca, América, barco de Su Majestad, cubierta de paseo. Salud a Ti oh vencedor entre laureles, la banderola del puerto de matrícula, el Príncipe Enrique junto al timón; y mi abuelo Koljaiczek, descalzo, rozando apenas los troncos con la punta de los pies, hacia la charanga sonora, un pueblo que tiene tales Príncipes, de balsa en balsa, el pueblo lanza gritos de júbilo, Salud a Ti oh vencedor entre laureles, y las sirenas de todos los astilleros y de todos los barcos y remolcadores anclados en el puerto, y las de los yates, *Columbus*, América, libertad; y dos lanchas que lo persiguen con feroz alegría de balsa en balsa, las balsas de Su Majestad, y que le cortan el paso, y obligan al aguafiestas a detenerse, ahora que iba tan lanzado. Y hele ahí solitario sobre una balsa, abandonado a sí mismo, cuando ya creía vislumbrar América; pero las lanchas se le llegan y no tiene más remedio que despegar —y allí pudo verse nadar a mi abuelo: nadaba hacia una balsa que se adentraba en el Mottlau. Pero hubo de sumergirse a causa de las lanchas y a causa de ellas hubo de permanecer bajo el agua, y la balsa flotaba por encima de él, interminable, sin acabar nunca de pasar, cada balsa engendrando otra balsa, hasta que: balsa de tu balsa, por todas las balsas de los siglos, amén.

Las lanchas pararon sus motores. Ojos inexorables escrutaban la superficie del agua. Pero ya Koljaiczek se había despedido definitivamente y se había sustraído a la banda de música, a las sirenas, a las campanas de los barcos y al barco de Su Majestad, al discurso bautismal del Príncipe Enrique y a las gaviotas alocadas de Su Majestad; se había sustraído definitivamente al «Salud a Ti oh vencedor entre laureles» y a las adulaciones a Su Majestad en ocasión de la botadura del barco de Su Majestad; se había sustraído definitivamente a América y al *Columbus*, a las investigaciones de la policía y a la madera infinita.

Jamás se logró encontrar el cadáver de mi abuelo. Y yo, convencido firmemente por mi parte de que halló la muerte bajo la balsa, he de atenerme de todos modos, en gracia a la verosimilitud, a dar aquí todas las versiones de posibles salvamentos milagrosos.

Se dijo que bajo la balsa había hallado un hueco entre los maderos suficiente para permitirle mantener sus órganos respiratorios sobre la superficie del agua. Hacia arriba el

hueco se hacía tan angosto que escapó a la vista de los policías, que, hasta muy entrada la noche, fueron registrando las balsas y aun las cabañas de caña sobre las mismas. Luego (se sigue contando) se habría dejado llevar por la corriente bajo el manto de la oscuridad y habría alcanzado, extenuado sin duda pero con buena fortuna, la otra orilla del Mottlau y el terreno del astillero de Schichau; aquí se habría escondido en el depósito de chatarra, y más adelante, con el auxilio probablemente de unos marinos griegos, habría logrado subir a bordo de uno de aquellos buques petroleros grasientos que ya en más de una ocasión han brindado protección a otros fugitivos.

Otros han sostenido que Koljaiczek, que era un buen nadador y contaba con mejores pulmones todavía, habría logrado atravesar bajo el agua no sólo la balsa interminable, sino también el ancho restante, considerable todavía, del Mottlau, habría alcanzado felizmente la orilla del lado del astillero de Shichau, se habría mezclado aquí disimuladamente entre los obreros del astillero, y finalmente, confundido con la multitud entusiasta, habría entonado con ella el «Salud a Ti oh vencedor entre laureles» y habría escuchado y aplaudido ruidosamente el discurso inaugural del Príncipe Enrique a propósito del *Columbus*; después de lo cual, una vez terminada felizmente la botadura y con su ropa a medio secar, se habría escabullido sigilosamente, para colocarse al día siguiente como polizón —y aquí la segunda versión coincide con la primera— en alguno de aquellos petroleros griegos de mala fama.

Para completar, vaya aquí todavía una tercera fábula absurda, según la cual mi abuelo, lo mismo que un leño flotante, habría sido llevado por la corriente hasta alta mar, donde unos pescadores de Bolhnsack lo habrían recogido y entregado, fuera de las tres millas jurisdiccionales, a una balandra sueca. Y allí, en Suecia, la fábula lo deja recuperarse lenta y milagrosamente, llegar a Malmö, etcétera, etcétera.

Todo esto no son más que bobadas y habladurías de pescadores. Yo, por mi parte, tampoco daría un solo centavo por las afirmaciones de aquellos testigos oculares, charlatanes de todos los puertos, que pretendían haber visto a mi abuelo en Buffalo, EE. UU., poco después de la primera Guerra Mundial. Joe Colchic se habría llamado aquí, achacándosele el comercio de madera con el Canadá. Lo describían como accionista de manufacturas cerilleras, fundador de compañías de seguros y hombre inmensamente rico, y lo pintaban sentado en un rascacielos detrás de un escritorio enorme, con los dedos cargados de brillantes deslumbrantes, adiestrando a su escolta personal, que llevaba el uniforme de los bomberos, cantaba en polaco y se llamaba la Guardia del Fénix.

La mariposa y la bombilla

Un hombre abandonó todo lo que poseía, cruzó el charco, llegó a América e hizo fortuna. Basta por lo que toca a mi abuelo, llamárase éste Goljaczek en polaco, Koljaiczek en cachuba o Joe Colchic en americano.

Resulta difícil extraer de un simple tambor de hojalata, que puede conseguirse en las tiendas de juguetes y en los bazares, balsas de madera que corren sobre el río hasta casi el horizonte. Y sin embargo, he logrado sacarle el puerto maderero, toda la madera flotante que se balancea en los recodos de los ríos o se enreda en los cañaverales, y, con menor fatiga, las gradas del astillero de Schichau, del astillero de Klawitter, de los numerosos astilleros menores —en parte dedicados sólo a reparaciones—, el depósito de chatarra de la fábrica de vagones de ferrocarril, los rancios depósitos de coco de la fábrica de margarina y todos los escondrijos del muelle de depósito que me son tan familiares. Y ahora está muerto, no da respuesta ni muestra interés alguno por las botaduras imperiales, por la decadencia de un barco, que se inicia con la botadura y se prolonga a menudo por espacio de algunas décadas; en este caso se llamaba *Columbus* y se le designaba también como el orgullo de la flota, y, como es natural, hacía el servicio de América, hasta que un día fue hundido, o se fue a pique él mismo, o tal vez fue llevado a reparar y transformado y rebautizado o, finalmente, se convirtió en chatarra. Es posible también que el *Columbus* sólo se sumergiera, imitando a mi abuelo, y que siga hoy a la deriva, digamos a seis mil metros de profundidad, por la fosa marítima de las Filipinas o de Emden, con sus cuarenta mil toneladas, su salón para fumadores, su sala de gimnasia de mármol, su piscina, sus cabinas de masaje y todo lo demás, lo que puede verificarse en el Weyer o en los anales de la flota. Tengo entendido que el primer *Columbus*, o tal vez el segundo, optó por irse a pique porque el capitán no quiso sobrevivir a alguna deshonra relacionada con la guerra.

Leí a Bruno una parte de mi relato de la balsa y, rogándole que fuera objetivo, le formulé mi pregunta.

—¡Hermosa muerte! —dijo Bruno entusiasmado, y acto seguido empezó, sirviéndose de sus cordeles, a plasmar a mi abuelo ahogado en uno de sus muñecos de nudos. Debería darme por satisfecho con su respuesta y no permitir que mis pensamientos temerarios emigren a América en pos de una herencia.

Mis amigos Klepp y Vittlar vinieron a verme. Klepp me trajo un disco de jazz con King Oliver en las dos caras; Vittlar me ofreció con mucha afectación un corazón de chocolate suspendido de una cinta color de rosa. Hicieron toda clase de bromas, parodiaron algunas escenas de mi proceso, y yo, por mi parte, para ponerlos contentos, me mostré de buen humor y me reí aun con sus chanzas más estúpidas. Pero como sin querer, y antes de que Klepp pudiera dar comienzo a su inevitable conferencia didáctica sobre las conexiones entre el jazz y el marxismo, conté la historia de un hombre que el año trece, o sea antes de que todo el lío empezara, fue a parar bajo una balsa interminable y no volvió a aparecer, sin que nunca llegara a hallarse su cadáver.

Ante mi pregunta —hecha con desenfado y en un tono de aburrimiento manifiesto—, Klepp movió malhumorado la cabeza sobre su cuello adiposo, se desabrochó y volvió a abrochar los botones de la chaqueta, efectuó unos movimientos de natación, hizo como si se encontrara él mismo bajo la balsa y, finalmente, rehuyó la respuesta, dando como pretexto la hora temprana de la tarde.

Vittlar, por su parte, se mantuvo tieso, cruzó una pierna sobre la otra, cuidando de no alterar los pliegues de su pantalón, mostró aquel orgullo estafalario, de rayas finas, que ya sólo debe estilarse entre los ángeles en el cielo, y dijo: —Me encuentro sobre la balsa. Se está bien sobre la balsa. Me pican los mosquitos: es molesto. —Me encuentro bajo la balsa. Se está bien bajo la balsa. Ya no me pican los mosquitos: es agradable. Podría vivirse bajo la balsa, creo yo, si no se tuviera al propio tiempo la intención de hacerse picar por los mosquitos viviendo sobre la balsa.

Vittlar hizo aquí su inevitable pausa, me observó, arqueó luego sus cejas, ya altas de por sí, como lo hace siempre que quiere parecerse a una lechuza, y adoptando un tono teatral, añadió: —Supongo que el hombre debajo de la balsa era tu tío abuelo o, inclusive, tal vez tu abuelo. Comoquiera, pues, que en cuanto tío abuelo tuyo, y no digamos ya en cuanto abuelo tuyo mismo, se sentía obligado hacia ti, escogió la muerte, porque nada te resultaría más molesto que tener un abuelo vivo. Por consiguiente, tú eres no sólo el asesino de tu tío abuelo, sino, además, el asesino de tu abuelo. Ahora bien, como él quería castigarte un poco, igual que todos los abuelos, no te dejó esa satisfacción del nieto que mostrando un cadáver hinchado de ahogado, pudiera decir con orgullo: Mirad, éste es mi abuelo muerto. ¡Fue un héroe! Se echó al agua al verse perseguido. —Tu abuelo sustrajo al mundo y a su nieto su cadáver, a fin de que el mundo y su nieto puedan seguir ocupándose de él por mucho tiempo.

Y en seguida, cambiando de entonación —un Vittlar astuto, ligeramente inclinado hacia adelante, fingiendo con mímica de prestidigitador una reconciliación: —América, ¡albricias, oh Óscar! Tienes un objetivo, una misión. Ahí te absolverán, te pondrán en libertad. ¿Y a dónde irás, sino a América, en donde todo se vuelve a encontrar, inclusive un abuelo desaparecido?

Por muy burlona y hasta ofensiva que fuera la respuesta de Vittlar, me infundió más seguridad que los aspavientos de mi amigo Klepp, en los que apenas podría distinguirse entre vida y muerte, o la respuesta del enfermero Bruno, que sólo encontraba bella la muerte de mi abuelo porque a continuación de ella el barco *Columbus* de S. M. había entrado al agua levantando olas. Después de todo, prefiero la América de Vittlar, la conservadora de abuelos, el objetivo aceptado, el modelo que me servirá para levantarme cuando, cansado de Europa, quiera deponer las dos cosas, el tambor y la pluma: «¡Sigue escribiendo, Óscar; hazlo por tu abuelito Koljaiczek, inmensamente rico pero ya cansado, que en Buffalo, EE. UU., se dedica al comercio de madera y juega en su rascacielos con cerillas!»

Cuando Klepp y Vittlar, luego de despedirse, se marcharon, Bruno expulsó del cuarto, aireándolo vigorosamente, todo el molesto olor de mis amigos. Acto seguido volví a mi tambor, pero no ya para evocar los troncos de balsas encubridoras de muerte, sino que me puse a tocar al ritmo rápido y agitado al que, a partir del año catorce, todos los hombres hubieron de obedecer. Y así tampoco podrá evitarse que hasta la hora de mi nacimiento, mi texto despache con unas cuantas alusiones el camino de aquella comunidad afligida que mi abuelo dejara en Europa.

La desaparición de Koljaiczek bajo la balsa llenó de angustia entre los parientes de los balseros que se hallaban en la pasarela del aserradero a mi abuela y su hija Agnés, a Vicente Bronski y a su hijo Jan, que andaba entonces por los diecisiete años. Un poco aparte se encontraba Gregorio Koljaiczek, el hermano mayor de José, al que en ocasión de los interrogatorios habían llamado a la ciudad. Dicho Gregorio se las había arreglado para dar siempre a la policía la misma respuesta: —Apenas lo conozco, a mi hermano. En el

fondo, lo único que sé es que se llamaba José, y que cuando lo vi por última vez tendría unos diez o, digamos doce años. Solía limpiarme las botas y traernos cerveza, cuando mi madre y yo queríamos cerveza.

De modo que, aunque de ello resultara que mi bisabuela había sido una bebedora de cerveza, la respuesta de Gregorio Koljaiczek de poco le sirvió a la policía. En cambio, de tanto mayor provecho había de ser la existencia del mayor de los Koljaiczek para mi abuela Ana. Gregorio, que había pasado algunos años de su vida en Stettin, en Berlín y finalmente en Schneidemühl, se quedó en Danzig, encontró trabajo en la fábrica de pólvora del «Bastión de los Conejos» y, transcurrido un año, una vez que todas las complicaciones como la del matrimonio con el supuesto Wranka quedaron aclaradas y archivadas, se casó con mi abuela, a la que por lo visto le había dado por los Koljaiczek, y que nunca se habría casado con Gregorio, o en todo caso no tan rápidamente, si no hubiera sido un Koljaiczek.

Su trabajo en la fábrica de pólvora libró a Gregorio del uniforme de colores que poco después había de convertirse en gris verdoso. Vivían los tres en el mismo piso de una alcoba y media que durante tantos años brindara refugio al incendiario. Revelóse sin embargo que un Koljaiczek no resulta necesariamente igual al siguiente, porque, apenas transcurrido un año de matrimonio, mi abuela se vio precisada a tomar en alquiler la tienda de los bajos del edificio del Troyl donde tenían el piso y que precisamente se hallaba desocupada y, vendiendo cachivaches, desde alfileres hasta repollos, hubo de ganar el sustento para la familia, ya que Gregorio, pese a que en la fábrica ganaba buen dinero, no llevaba a la casa ni para lo más elemental, pues se lo bebía todo. O sea que Gregorio, que había salido probablemente a mi abuela, era un bebedor, en tanto que mi abuelo Koljaiczek sólo de vez en cuando tomaba su copita. Y no es que Gregorio bebiera porque estuviera triste. Aun estando contento, lo que le ocurría raramente, ya que tenía propensión a la melancolía, no bebía para alegrarse. Bebía porque le gustaba en todo ir hasta el fondo de las cosas, y así también en materia de alcohol. Nadie vio nunca que Gregorio Koljaiczek, en todos los días de su vida, dejara una copita a medio vaciar.

Mamá, que era entonces una moza regordeta de quince años, aportaba su concurso: ayudaba en la tienda, pegaba los cupones del racionamiento, repartía los sábados la mercancía y escribía unos recordatorios de pago desmañados, sin duda, pero no por ello menos de fantasía, destinados a activar el cobro de las deudas de los clientes que compraban a crédito. Es lástima que no tenga yo ahora ninguna de estas cartas. ¡Sería magnífico, en efecto, si pudiera yo citar en este punto alguno de aquellos gritos de angustia, mitad infantiles y mitad virginales, de las epístolas de una semihuérfana! Porque lo que es Gregorio Koljaiczek, nunca fue un padrastro completo. Antes bien, mi abuela y su hija se veían siempre en apuros para salvar su caja, con mucho más de cobre que de plata, y que consistía en dos platos de peltre superpuestos, de la mirada melancólica, muy a la manera de Koljaiczek, del sediento polvorero. Así que sólo hacia el año diecisiete, al morir Gregorio Koljaiczek de la gripe, fue cuando el margen de beneficio de la tienda miscelánea empezó a aumentar, aunque no mucho, porque ¿qué es lo que podía venderse el año diecisiete?

La alcoba del piso de un cuarto y medio, que se hallaba vacía desde la muerte del polvorero porque mamá, temiendo el infierno, no quería dormir en ella, fue ocupada por Jan Bronski, el primo de mamá, que a la sazón tenía unos veinte años y había dejado Bissau y a su padre Vicente para iniciar ahora, provisto de un buen certificado de la escuela secundaria de Karthaus y habiendo concluido su aprendizaje en la oficina de correos de la capital del distrito, su carrera administrativa en la central de correos de Danzig I. Además

de su baúl, Jan llevó a la habitación de su tío su voluminosa colección de sellos. Había empezado a coleccionarlos desde muy niño, de modo que su relación con el servicio de correos era no sólo profesional, sino además personal y circunspecta. El mozo, que era delgado y andaba algo encorvado, tenía una bella cara ovalada, un poco demasiado dulce tal vez, y unos ojos suficientemente azules como para que mamá, que contaba entonces diecisiete años, pudiera enamorarse de él. Había pasado ya tres veces la revista, pero otras tantas había sido dado por inútil, a causa de su estado lamentable. Esto, en aquella época, en la que cualquier cosa, por poco que se mantuviera derecha, se mandaba a Verdun para ponerla en el suelo de Francia en la horizontal perpetua, es muy significativo por lo que hace a la constitución física de Jan Bronski.

De hecho, el amorío habría debido de empezar ya al mirar juntos los álbumes de sellos, o al examinar, cabeza con cabeza, el dentellado de los ejemplares particularmente raros. Sin embargo, sólo se inició, o por lo menos sólo se declaró al pasar Jan su cuarta revista. Mamá lo acompañó en esta ocasión a la comandancia de distrito, puesto que de todos modos tenía que ir a la ciudad, y lo esperó allí cerca de la garita ocupada por uno de la reserva, convencida, lo mismo quejan, que esta vez éste tendría que ir a Francia para curarse allí, en aquel aire saturado de hierro y plomo, su tórax deficiente.

Es posible que mamá se haya puesto a contar repetidamente, con resultados contradictorios, los botones del reservista. Puedo imaginarme por mi parte que los botones de todos los uniformes están dispuestos de tal manera que, al contarlos, el último significa siempre Verdun, una de las numerosas colinas del Hartmannsweiler o algún riachuelo: el Soma o el Marne.

Cuando, transcurrida apenas una hora, el mozo revisado por cuarta vez salió del portal de la comandancia, bajó atrepellándose la escalinata y, echándole los brazos al cuello, le murmuró a mamá al oído aquella sentencia tan dulce de escuchar en aquellos tiempos: «¡Ni riñones, ni cogote: pospuesto hasta el año próximo!», entonces mamá apretó a Jan por vez primera contra su pecho, y no sé si en alguna otra ocasión pudo volver a apretarlo con mayor felicidad.

Los detalles de aquel tierno amorío de guerra me son desconocidos. Jan vendió una parte de su colección de sellos para poder satisfacer los deseos de mamá, que tenía un gusto muy pronunciado por lo bello, lo elegante y lo caro, y aun parece que llevaba en aquella época un diario íntimo que más tarde, por desgracia, se perdió. Mi abuela, por lo visto, se mostró tolerante con la afinidad de la pareja —de la que cabe suponer que iría más allá del mero parentesco—, porque Jan siguió ocupando su habitación en el diminuto piso del Troyl hasta poco después de la guerra. Sólo la dejó cuando la existencia de un tal señor Matzerath se hizo manifiesta y ya no podía negarse por más tiempo. A dicho señor hubo de conocerlo mamá en el verano del dieciocho, al servir ella en calidad de enfermera auxiliar en el hospital de Silberhammer, cerca de Oliva. Alfredo Matzerath, natural de Renania, yacía allí con un muslo atravesado de parte a parte, y no tardó, con su jovial manera renana, en convertirse en el favorito de todas las enfermeras, incluida la señorita Agnés. Cuando estuvo medio curado, empezó a cojear por el corredor, apoyado ora en una ora en otra de las enfermeras, y ayudaba a la señorita Agnés en la cocina, en parte porque la cofia le quedaba bien a la carita redonda de ella y, en parte, porque él mismo era un cocinero apasionado, que sabía transformar los sentimientos en sopas.

Una vez curado del todo, Matzerath permaneció en Danzig, donde en seguida halló trabajo en calidad de representante de su empresa renana, un negocio importante en el ramo del papel. La guerra ya se había agotado. Se estaban improvisando tratados de paz,

cuidando de que pudieran procurar motivos de nuevas guerras: la región alrededor de la desembocadura del Vístula, más o menos desde Vogelsang hasta Pieckel, y de aquí, siguiendo el curso del Vístula, hasta Czattkau, donde formaba un ángulo recto hasta Schónf liess y luego una bolsa alrededor del bosque de Saskosch hasta el lago Otomín, dejando a un lado Mattern, Ramkau y el Bissau de mi abuela y alcanzando el Báltico junto a Klein—Katz, se convirtió en Estado libre y quedó bajo la tutela de la Sociedad de Naciones. En el territorio mismo de la ciudad, Polonia obtuvo un puerto libre, la Westerplatte con el depósito de municiones, la administración de los ferrocarriles y un servicio propio de correos en la plaza Hevelius.

En tanto que los sellos del Estado libre daban a la correspondencia postal un fasto hanseático de naves y escudos de armas en oro y rojo, los polacos franqueaban sus cartas con escenas macabras en color morado que ilustraban las historias de Casimiro y Batory.

Jan Bronski se pasó al Correo polaco. Este paso fue espontáneo, lo mismo que su opción en favor de Polonia. Muchos quisieron ver en la actitud de mamá hacia él la razón de su preferencia por la nacionalidad polaca. El año veinte, en efecto, o sea aquel en que el mariscal Pilsudski batió al ejército rojo en Varsovia, siendo atribuido el Milagro del Vístula por gente como Vicente Bronski a la Virgen María, y por los expertos militares al general Sikorski o al general Weygand, en dicho año polaco, pues, prometiéndose mamá con el alemán Matzerath. Casi estoy por creer que mi abuela Ana, lo mismo que Jan, desaprobaba estos esponsales. En todo caso, dejó la tienda del Troyl, que había llegado a prosperar bastante, a su hija, se trasladó al cortijo de su hermano Vicente en Bissau, o sea en territorio polaco, se hizo cargo nuevamente del manejo de la casa y de los campos de remolachas y de patatas, como en los años anteriores a Koljaiczek, dejando así en mayor libertad de comercio y coloquio con la virginal reina de Polonia a su hermano, al que la gracia se le iba subiendo cada día más a la cabeza, y se contentó con acurrucarse en sus cuatro faldas detrás de fuegos otoñales de hojarasca y con mirara al horizonte que los postes del telégrafo seguían dividiendo.

Las relaciones dejan Bronski con mamá no volvieron a mejorar hasta que él encontró a Eduvigis, una muchacha cachuba de la ciudad, pero que poseía algunas tierras en Ramkau, y se casó con ella. En ocasión de un baile en el café Woyke, en el que se encontraron casualmente, parece ser que mamá presentó a Jan a Matzerath. Los dos señores tan distintos entre sí pero unánimes a propósito de mamá, simpatizaron, aunque Matzerath con una franqueza muy renana, calificara la conversión de Jan al Correo polaco de idea inspirada por el alcohol. Jan bailó con mamá, y Matzerath con la huesuda e imponente Eduvigis, que tenía la mirada indefinible de una vaca, lo que daba lugar a que se la pusiera en perpetuo estado de gravidez. Siguieron bailando y cambiándose las parejas; cada baile era como un anticipo del siguiente, y así pasaron del titubeo del tango a la oscilación del vals inglés, hasta que, recobrada la confianza con el charleston, se volcaron en el slowfox con una sensualidad casi mística.

Al casarse mamá con Matzerath en el año veintitrés, o sea aquel año en que por el valor de una cerilla podía tapizarse una habitación adornándola con ceros, Jan fue uno de los testigos, y un tal Mühlen, negociante de ultramarinos, el otro. De este Mühlen no tengo mucho que contar. Sólo lo menciono porque mamá y Matzerath le compraron la tienda de ultramarinos del suburbio de Langf uhr, que iba mal y estaba medio arruinada por la venta a crédito, en el momento en que se introdujo el marco consolidado. Y mamá, que en los bajos del Troyl había aprendido a tratar hábilmente con los clientes que compran a crédito y poseía además el sentido de los negocios y una réplica siempre a punto, no tardó en

enderezar la cosa a tal grado que Matzerath hubo de abandonar su representación del ramo del papel, en el que de todos modos había mucha competencia, para poder ayudar en la tienda.

Los dos se completaban admirablemente. Lo que mamá conseguía de los clientes detrás del mostrador, lo obtenía igualmente el renano en su trato con los agentes y por medio de sus compras de mayoreo. A esto se añadía el gusto de Matzerath por el arte culinario, que se extendía asimismo al lavado de los platos, con lo que descargaba a mamá, que, por su parte, prefería los guisos sumarios.

La vivienda contigua a la tienda, con todo y ser angosta y mal distribuida, era lo bastante pequeñoburguesa, comparada con el piso del Troyl que yo sólo conozco de oídas, para que mamá se sintiera allí a gusto, por lo menos durante los primeros años de su matrimonio.

Además del corredor largo ligeramente acodado, en el que por lo regular se amontonaban los paquetes de Persil, había la cocina espaciosa, aunque llena también en una buena mitad de mercancías de avena. El salón, cuyas dos ventanas daban al jardín del frente —adornado durante el verano con conchas del Báltico— y a la calle, constituía el núcleo central del piso bajo. Si en el empapelado de las paredes dominaba aquí el color vinoso, el canapé, en cambio, era casi de color púrpura. Una mesa extensible, redondeada de las esquinas, cuatro sillas de cuero negro y una mesita de fumar redonda, que había de cambiar constantemente de lugar, se sustentaban con sus pies negros sobre una alfombra azul. Entre las dos ventanas, dorado y negro, el reloj de pared. Negro, contiguo al canapé, el piano, primero de alquiler, pero luego pagado poco a poco en abonos, con su taburete giratorio sobre una piel de pelo largo amarillenta. Enfrente, el aparador. El aparador negro, con sus puertas correderas de vidrio biselado enmarcadas por óvalos y adornadas las de abajo, que encerraban la vajilla y los manteles, con frutas esculpidas en un negro opaco; con sus pies en forma de garra, negros, su remate perfilado negro —y entre el platón de cristal con frutas de adorno y la copa ganada en una lotería, aquel vacío que había de llenarse más adelante, gracias a la actividad comercial de mamá, con el aparato de radio color café claro.

En el dormitorio, que daba al patio del edificio de cuatro pisos, dominaba el amarillo. Créanmelo: el baldaquín de la ancha cama conyugal era azul claro, y en la cabecera, en una luz azul clara, se veía tendida en una cueva a la Magdalena arrepentida, enmarcada con su cristal, en color de carne natural, suspirando hacia el borde superior derecho y tapándose el pecho con tantos dedos, que siempre había que contarlos de nuevo para cerciorarse de que no eran más de diez. Frente al lecho conyugal, el ropero laqueado en blanco con sus puertas provistas de espejos; a la izquierda, un tocadorcito, y a la derecha una cómoda con cubierta de mármol; colgando del techo, pero no con pantalla como la del salón, sino con dos brazos de latón a los que bajo sendas copas de porcelana ligeramente rosada estaban fijadas las bombillas, de modo que permanecían visibles esparciendo su luz, la lámpara del dormitorio.

Hoy me he pasado la mañana tocando el tambor, haciéndole preguntas, queriendo saber si las bombillas de nuestro dormitorio eran de cuarenta o de sesenta vatios. No es ésta la primera vez que me pregunto a mí mismo y le pregunto al tambor esto que es para mí tan importante. A menudo se pasan horas antes de que logre remontarme hasta dichas bombillas. Porque, ¿no necesito acaso olvidar los mil manantiales luminosos que al entrar o salir de alguna habitación he animado o extinguido respectivamente, encendiéndolos o apagándolos, a fin de poder remontarme, a través de un bosque de cuerpos luminosos

normalizados y tocando el tambor sin el menor floreo, hasta aquellas luces de nuestro dormitorio en el Labesweg?

Mamá dio a luz en la casa. Al empezar los dolores, hallábase todavía en la tienda llenando de azúcar unos cucuruchos azules de libra y media libra. Finalmente no dio tiempo para llevarla a la maternidad; hubo que llamar de la Hertastrasse, que quedaba allí cerca, a una antigua comadrona que ya sólo tomaba su maletín de vez en cuando. En el dormitorio, pues, nos ayudó a mamá y a mí a separarnos.

Vi pues la luz del mundo en forma de dos bombillas de sesenta vatios. De ahí que, aun hoy en día, ese texto bíblico que dice: «Que la luz sea, y la luz fue», se me antoje como el lema publicitario más acertado de la casa Osram. Excepto por el obligado desgarramiento del perineo, mi nacimiento estuvo muy bien. Sin fatiga especial me liberé de la posición de cabeza tan apreciada a la vez por las madres, los fetos y las comadronas.

Para decirlo de una vez, fui de esos niños de oído fino cuya formación intelectual se halla ya terminada en el momento del nacimiento y a los que después sólo les falta confirmarla. Y si en cuanto embrión sólo me había escuchado imperturbablemente a mí mismo y había contemplado mi imagen reflejada en las aguas maternas, con espíritu tanto más crítico atendía ahora a las primeras manifestaciones espontáneas de mis padres bajo la luz de las bombillas. Mi oído era sumamente sensible, y aunque mis orejas fueran pequeñas, algo plegadas, y pegadas, pero no por ello menos graciosas, es el caso que conservo todas y cada una de aquellas palabras tan importantes ahora para mí, porque constituyen mis primeras impresiones. Es más, lo que captaba con el oído lo ponderaba al propio tiempo con ingenio agudísimo, y después de haber reflexionado debidamente sobre todo lo que había escuchado, decidí hacer esto y aquello y no hacer, en ningún caso, eso y lo otro.

—Es un niño —dijo aquel señor Matzerath que creía ser mi padre—. Más adelante podrá hacerse cargo del negocio. Ahora sabemos por fin para quién trabajamos.

Mamá pensaba menos en el negocio y más en la ropita de su bebé: —Ya sabía yo que iba a ser un niño, aunque alguna vez dijera que sería una nena.

Así tuve ocasión de familiarizarme tempranamente con la lógica femenina, y en seguida dijo: —Cuando el pequeño Óscar cumpla tres años, le compraremos un tambor.

Por un buen rato estuve reflexionando y comparando la promesa materna y la paterna. Mientras, observaba y escuchaba una mariposa nocturna que se había extraviado en el cuarto. De talla mediana y cuerpo hirsuto, cortejaba a las dos bombillas de sesenta vatios, proyectando unas sombras que desproporcionadamente grandes en relación con la envergadura verdadera de sus alas desplegadas, cubrían, llenaban y agrandaban a sacudidas la habitación y sus muebles. Pero, más que aquel juego de luz y sombras, lo que retuve fue el ruido que se producía entre la mariposa y las bombillas. La mariposa parloteaba sin cesar, como si tuviera prisa por vaciarse de su saber, como si no debiera tener ya más ocasión de futuros coloquios con las bombillas, como si el diálogo entablado con ellas hubiera de ser su última confesión y, una vez obtenido el género de absolución que suelen dar las bombillas, ya no hubiera más lugar para el pecado y la ilusión.

Y hoy Óscar dice simplemente: la mariposa tocaba el tambor. He oído tocar el tambor a conejos, a zorros y marmotas. Tocando el tambor, las ranas pueden concitar una tempestad. Dicen del pájaro carpintero que, tocando el tambor, hace salir a los gusanos de sus escondites. Y finalmente, el hombre toca el bombo, los platillos, atabales y tambores. Habla de revólveres de tambor, de fuego de tambor; con el tambor se saca a la gente de sus

casas, al son del tambor se las congrega y al son del tambor se la manda a la tumba. Esto lo hacen, tocando el tambor, niños y muchachos. Pero hay también compositores que escriben conciertos para cuerdas y batería. Me permito recordar la Grande y la Pequeña Retreta y señalar asimismo los intentos de Óscar hasta el presente: pues bien, todo esto es nada comparado con la orgía tamborística que en ocasión de mi nacimiento ejecutó la mariposa nocturna con las dos sencillas bombillas de sesenta vatios. Tal vez haya negros en lo más oscuro del África, o algunos en América que no han olvidado al África todavía; tal vez les sea dado a esas gentes rítmicamente organizadas poder tocar el tambor en forma disciplinada y desencadenada a la vez, igual o de modo parecido al de mi mariposa, o imitando a mariposas africanas, las cuales, como es sabido, son más grandes y más hermosas que las mariposas de la Europa oriental: por mi parte debo atenerme a mis cánones europeos—orientales y contentarme con aquella mariposa no muy grande, empolvada y parduzca de la hora de mi nacimiento, a la que llamo el maestro de Óscar.

Fue en los primeros días de septiembre. El sol estaba en el signo de la Virgen. Desde lejos avanzaba en la noche, moviendo cajas y armarios de un lado para otro, una tormenta de fines de verano. Mercurio me hizo crítico, Urano fantasioso, Venus me deparó una escasa felicidad; Marte me hizo creer en mi ambición. En la casa del Ascendente subía la Balanza, lo que me hizo sensible y me llevó a exageraciones. Neptuno entraba en la décima casa, la de la mitad de la vida, andándome definitivamente entre el milagro y la simulación. Fue Saturno, en oposición a Júpiter en la tercera casa, quien puso mi filiación en duda. Pero, ¿quién envió la mariposa y les permitió, a ella y al estrépito de una tormenta de fines de verano, parecido al que arma un maestro de escuela, aumentar en mí el gusto por el tambor de hojalata prometido por mi madre y hacerme el instrumento cada vez más manejable y deseable?

Gritando pues por fuera y dando exteriormente la impresión de un recién nacido amoratado, tomé la decisión de rechazar rotundamente la proposición de mi padre y todo lo relativo al negocio de ultramarinos, y de examinar en cambio con simpatía en su momento, o sea en ocasión de mi tercer aniversario, el deseo de mamá.

Al lado de estas especulaciones relativas a mi futuro, me confirmé a mí mismo que mamá y aquel padre Matzerath carecían del sentido necesario para comprender mis objeciones y decisiones y respetarlas en su caso. Solitario, pues, e incomprendido yacía Óscar bajo las bombillas, habiendo llegado a la conclusión de que aquello iba a ser así hasta que un día, sesenta o setenta años más adelante, viniera un cortocircuito definitivo a interrumpir la corriente de todos los manantiales luminosos; perdí en consecuencia el gusto de la vida aun antes de que ésta empezara bajo las bombillas, y sólo la perspectiva del tambor de hojalata me retuvo en aquella ocasión de dar a mi deseo de volver a la posición embrionaria en presentación cefálica una expresión más categórica.

Para entonces ya la comadrona había cortado el cordón umbilical, de modo que tampoco se podía hacer otra cosa.

El álbum de fotos

Guardo un tesoro. Durante todos estos malos años, compuestos únicamente de los días del calendario, lo he guardado, lo he escondido y lo he vuelto a sacar; durante el viaje en aquel vagón de mercancías lo apretaba codiciosamente contra mi pecho, y si me dormía, dormía Óscar sobre su tesoro: el álbum de fotos.

¿Qué haría yo sin este sepulcro familiar al descubierto, que todo lo aclara? Cuenta ciento veinte páginas. En cada una de ellas hay pegadas, al lado o debajo unas de otras, en ángulo recto, cuidadosamente repartidas, respetando aquí la simetría y descuidándola allá, cuatro o seis fotos, o a veces sólo dos. Está encuadernado en piel, y cuanto más viejo se hace, tanto más va oliendo a ella. Hubo tiempos en que el viento y la intemperie lo afectaban. Las fotos se despegaban, obligándome su estado desamparado a buscar tranquilidad y ocasión para asegurar a las imágenes ya casi perdidas, por medio de algún pegamento, su lugar hereditario.

¿Qué otra cosa, cuál novela podría tener en este mundo el volumen épico de un álbum de fotos? Pido a Dios —que cual aficionado diligente nos fotografía cada domingo desde arriba, o sea en visión terriblemente escorzada y con una exposición más o menos favorable, para pegarnos en su álbum— que me guíe a través del mío, impidiendo toda demora indebidamente prolongada, por agradable que sea, y no dando pábulo a la afición de Óscar por lo laberíntico. ¡Cuánto me gustaría poder servir los originales junto con las fotos!

Dicho sea de paso, hay en él los uniformes más variados; cambian las modas y los peinados, mamá engorda y Jan se hace más flaco, y hay gente a la que ni conozco; en algunos casos puede adivinarse quien tomaría la foto; y luego, finalmente, viene la decadencia: de la foto artística de principios de siglo se va degenerando hasta la foto utilitaria de nuestros días. Tomemos por ejemplo aquel monumento de mi abuelo Koljaiczek y esta foto de pasaporte de mi amigo Klepp. La simple comparación del retrato parduzco del abuelo y la foto brillante de Klepp, que parece clamar por un sello oficial, basta para darme a entender a dónde nos ha conducido el progreso en materia de fotografía. Sin hablar del ambiente de estas fotos al minuto. A este respecto, sin embargo, tengo más motivos de reproche que mi amigo, ya que en mi condición de propietario del álbum estaba yo obligado a cuidar de su calidad. Si algún día vamos al infierno, uno de los tormentos más refinados consistirá sin duda en encerrar juntos en una misma pieza al hombre tal cual y las fotos enmarcadas de su tiempo. Y aquí cierto dramatismo: ¡Oh, tú, hombre entre instantáneas, entre fotos sorpresa y fotos al minuto! ¡Hombre a la luz del magnesio, erecto ante la torre inclinada de Pisa; hombre del fotomatón, que has de dejar iluminar tu oreja derecha para que la foto sea digna del pasaporte! Dramas aparte, tal vez dicho infierno resulte de todos modos soportable, porque las impresiones peores son aquellas que sólo se sueñan, pero no se hacen, y si se hacen, no se revelan.

En nuestros primeros tiempos, Klepp y yo mandábamos hacer nuestras fotos en la Jülicherstrasse, en la que comiendo espaguetis contrajimos nuestra amistad. En aquel tiempo yo andaba a vueltas con planes de viaje. Es decir: estaba tan triste, que quería emprender un viaje, y necesitaba para ello un pasaporte. Pero comoquiera que no disponía de dinero bastante para pagarme un viaje completo, o sea un viaje que comprendiera Roma, Nápoles o por lo menos París, me alegré de aquella falta de metálico, porque nada hubiera sido más triste que tener que partir en estado de depresión. Y como sí teníamos los dos dinero bastante para ir al cine, Klepp y yo frecuentábamos en aquella época las salas en

las que, conforme a su gusto, pasaban películas del Far West, y conforme al mío cintas en las que María Schell lloraba, de enfermera, y Borsche, de cirujano en jefe, tocaba, inmediatamente después de una operación de las más difíciles y con las puertas del balcón abiertas, sonatas de Beethoven, patentizando al propio tiempo su gran sentido de responsabilidad.

Lo que más nos hacía sufrir era que las funciones sólo duraran un par de horas. Algunos de los programas los hubiéramos vuelto a ver de buena gana. Y no era raro que después de alguna sesión nos levantáramos con el propósito de pasar por la taquilla para adquirir los billetes de la sesión siguiente. Pero apenas habíamos salido de la oscuridad, la vista de la cola más o menos larga frente a la taquilla nos quitaba el valor. Y no era sólo la taquillera la que nos hacía sentir vergüenza, sino también todos aquellos individuos desconocidos que escrutaban nuestras caras con la mayor desfachatez, intimidándonos hasta el punto de que ya no nos atrevíamos a alargar la cola frente a la taquilla.

Y así íbamos entonces, después de cada sesión de cine, a un gabinete fotográfico que quedaba junto a la Plaza Graf Adolf, para hacernos sacar unas fotos de pasaporte. Allí ya nos conocían y sonreían al vernos entrar, pero nos invitaban de todos modos amablemente a tomar asiento. Eramos clientes y como a tal se nos respetaba. En cuanto se desocupaba la cabina, una señorita, de la que sólo recuerdo que era simpática, nos introducía a uno después de otro, nos daba unos ligeros retoques, primero a mí y luego a Klepp, y nos mandaba mirar a un punto fijo, hasta que un relámpago y un timbre sincronizado con él nos advertían que habíamos quedado grabados, seis veces consecutivas, sobre la placa.

Apenas fotografiados, tensos aún los labios, la señorita —simpática, nada más, y también bien vestida— nos sentaba en sendas sillas cómodas de mimbre y nos rogaba amablemente que tuviéramos cinco minutos de paciencia. Al fin teníamos algo por qué esperar. Transcurridos apenas siete minutos, la señorita, que seguía siendo simpática pero que por lo demás no acierto a describir, nos entregaba dos bolsitas, y pagábamos.

¡Qué aire de triunfo en los ojos ligeramente saltones de Klepp! Tan pronto como teníamos las bolsitas, teníamos también un pretexto para dirigirnos a la próxima cervecería; porque a nadie le gusta contemplar su propia imagen en plena calle polvorienta, en medio del ruido, convertido en obstáculo para los demás transeúntes. La misma fidelidad que teníamos a la galería fotográfica, se la teníamos a la cervecería de la Friedrichstrasse. Después de haber pedido cerveza, morcilla con cebollas y pan negro, y aun antes de que nos sirvieran, extendíamos todo alrededor del tablero de la mesa las fotos todavía húmedas y nos sumíamos, entre la cerveza y la morcilla que mientras tanto nos habían servido, en la contemplación de nuestras propias expresiones faciales.

Además, llevábamos siempre con nosotros alguna de las fotos tomadas en ocasión de nuestra sesión de cine anterior, lo que permitía establecer comparaciones; y, habiendo oportunidad para comparación, la había también para un tercero y un cuarto vaso de cerveza, a fin de crear alegría o, como se dice en el Rin, ambiente.

Sin embargo, no quisiera en modo alguno que se entendiera aquí que le es posible a un hombre triste desobjetivar su tristeza mirando su foto de pasaporte; pues la tristeza es ya inobjetiva de por sí, por lo menos la mía, y la de Klepp no se dejaba derivar de algo concreto y revelaba, precisamente en su falta casi jovial de objetividad, una fuerza que nada era capaz de atenuar. Si existía algún modo de familiarizarnos con nuestra tristeza, ello sólo resultaba posible contemplando las fotos, porque en aquellas instantáneas en serie nos veíamos a nosotros mismos, si no distintos, sí por lo menos pasivos y neutralizados, y

eso era lo importante. Por ello podíamos comportarnos con nosotros mismos como nos viniera en gana, bebiendo cerveza, ensañándonos con la morcilla, creando ambiente y jugando. Plegábamos las pequeñas fotos, las doblábamos y las recortábamos con unas tijeritas que ex profeso llevábamos siempre encima. Combinábamos retratos más antiguos con los más recientes, nos representábamos tuertos o con tres ojos, pegábamos narices a nuestras orejas, hablábamos o callábamos con la oreja derecha, y juntábamos la frente con la barbilla. Y esto lo hacíamos no sólo cada uno con sus propias fotos, sino que Klepp escogía algunos detalles de las mías y yo tomaba a mi vez algo característico de las suyas, logrando por medio de estos montajes crear nuevos individuos que fueran, así lo deseábamos, más felices. De vez en cuando regalábamos una foto.

Habíamos tomado la costumbre —me refiero exclusivamente a Klepp y a mi dejando a un lado a los personajes montados— de regalar al camarero de la cervecería, al que llamábamos Rudi, una foto en cada visita, lo que significa por lo menos una por semana. Rudi, que era un tipo que merecía tener doce hijos y ocho más en tutela, sabía de nuestra pena y poseía ya docenas de fotos nuestras de perfil y otras tantas de frente, a pesar de lo cual ponía siempre una cara llena de simpatía y nos daba las gracias cada vez que, después de larga deliberación y de una selección meticulosa, le entregábamos las fotos.

A la señorita de la barra y a la muchacha pelirroja que llevaba la tabaquería sobre la barriga Óscar nunca les regaló una foto, porque a las mujeres no habría nunca que regalarles fotos, ya que sólo hacen mal uso de ellas. En cambio Klepp, que a pesar de su gordura no perdía ocasión de lucirse frente a las mujeres y, comunicativo hasta la temeridad, se habría mudado la camisa ante cualquiera de ellas, es seguro que hubo de dar en una ocasión, sin que yo me enterara, una foto suya a la muchacha de los cigarros, ya que acabó prometiéndose con dicha mocosa desdeñosa y casándose un buen día con ella, para así recuperar su foto.

Me he anticipado algo y he dedicado demasiadas palabras a las últimas hojas del álbum de fotos. Estas instantáneas estúpidas que no se lo merecen o, en su caso, sólo a título de comparación destinada a hacer ver la fuerte e inaccesible impresión, la impresión artística que me produce todavía hoy la foto de mi abuelo Koljaiczek de la primera página del álbum.

Bajo y fornido, se le ve de pie al lado de una mesita torneada. Por desgracia no se dejó tomar la foto como incendiario, sino como bombero voluntario Wranka. Le falta, por consiguiente, el bigote. Pero el uniforme bien ceñido, con la medalla de salvamento, y el casco que convierte a la mesita en altar alcanzan casi a compensar el bigote del incendiario. ¡Qué mirada sería, la suya, consciente de toda la miseria de principios de siglo! Esa mirada, en que el orgullo no oculta la inmensa tragedia, parece haber estado de moda durante el Segundo Imperio, ya que la muestra también Gregorio Koljaiczek, el polvorero borracho, que en las fotos da más bien la impresión de estar sobrio. Más mística, por estar tomada en Tschenschow, la foto que reproduce a Vicente Bronski con un cirio bendito en la mano. Una foto de juventud del endeble Jan Bronski constituye un testimonio de virilidad melancólica obtenido con los medios de la fotografía primitiva.

En las mujeres de aquella época esa mirada de superioridad era más rara. Inclusive mi abuela Ana, que bien sabe Dios que era todo un personaje, se adorna en las fotos anteriores a la primera guerra con una insulsa sonrisa insistente y no deja sospechar absolutamente nada de la capacidad de asilo de sus cuatro faldas superpuestas, ejemplo de discreción.

Y aun durante los años de la guerra siguen sonriéndole al fotógrafo que, con movimientos de bailarina, disparaba con un clic—clic bajo su trapo negro. Tengo, montadas sobre cartón, en tamaño doble del de una tarjeta postal, nada menos que a veintitrés enfermeras del hospital de Silberhammer, entre ellas mamá, agrupadas tímidamente alrededor de un médico mayor que sirve de pivote. Algo más desenvueltas preséntanse estas damas del hospital en la escena figurada de una fiesta de disfraces, en la que participan también soldados convalecientes de sus heridas. Mamá se atreve hasta a guiñar un ojo y hace como que tira un besito en su boca que, a pesar de sus alas de ángel y sus cabellos de estopa, parece decir: También los ángeles tienen sexo. Matzerath, arrodillado ante ella, ha escogido un disfraz que de buena gana habría llevado todos los días de su vida: se le ve de jefe cocinero, blandiendo un cucharón, con un gorro blanco almidonado. De uniforme, en cambio, condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase, también mira de frente, como los Koljaiczek y los Bronski, con la misma mirada trágicamente consciente, y se le ve en todas las fotos superior a las mujeres.

Después de la guerra la cosa cambia. Los hombres tienen todos un aire de reclutas, y ahora son las mujeres las que saben adaptarse al marco, las que tienen motivo para mirar seriamente y que, aun cuando sonríen, no pretenden esconder el empaste del dolor que han aprendido. ¿No logran acaso, ya sea sentadas, de pie o semitendidas, con medias lunas de pelo negro pegadas a las sienes, establecer un nexo conciliador entre la Madona y la venalidad?

La foto de mamá a los veintitrés años —hubo de haber sido tomada poco antes de su embarazo— muestra a una señora joven, la cabeza redonda y bien hecha, ligeramente inclinada sobre un cuello carnoso bien torneado, que mira directamente a los ojos del que contempla la imagen y transfigura los contornos puramente sensuales mediante la aludida sonrisa melancólica y un par de ojos que parecen acostumbrados a considerar las almas de sus semejantes, y aun la suya propia, más en gris que en azul y a la manera de un objeto sólido, digamos como una taza de café o una boquilla. Sin embargo, la mirada de mamá no encajaría con la palabra «espiritual» si se me antoja adjuntársela a guisa de adjetivo calificativo.

No más interesantes, sin duda, pero sí más fáciles de juzgar y por consiguiente más ilustrativas resultan las fotos de grupos de aquella época. Sorprende ver cuánto más bellos y nupciales eran los vestidos de novia al tiempo de firmarse el tratado de Rapallo. En su foto de casamiento, Matzerath lleva todavía cuello duro. Está bien, elegante, casi intelectual. Con el pie derecho un poco adelantado trata tal vez de parecerse a algún actor de cine de aquellos días, tal vez a Harry Liedtke. En dicho tiempo las faldas se llevaban cortas. El vestido de novia de la novia, mamá, un vestido blanco plisado en mil pliegues, apenas le llega debajo de la rodilla y permite apreciar sus piernas bien torneadas y sus lindos piecitos bailadores en zapatos blancos con hebilla. Entre los concurrentes vestidos a la manera de la ciudad y los que se dedican a posar siguen siempre destacando, por su rigidez provinciana y por esa falta de aplomo que inspira confianza, mi abuela Ana y su bienaventurado hermano Vicente. Jan Bronski, que desciende al igual que mamá del mismo campo de patatas que su tía Ana y que su devoto padre, logra disimular tras la elegancia dominguera de un secretario del Correo polaco su origen rural cachuba. Por pequeño y precario que pueda parecer entre los que rebosan salud y los que ocupan mucho lugar, sus ojos poco comunes y la regularidad casi femenina de sus facciones constituyen, aun cuando esté a un lado, el centro de toda la foto.

Hace ya un rato que estoy contemplando un grupo tomado poco después del casamiento. Necesito recurrir a mi tambor para tratar de evocar con mis palillos, ante el rectángulo mate y descolorido, el trío identificable sobre el cartón.

La ocasión de esta foto hubo de ofrecerse en la esquina de la calle de Magdeburg con el Heeresanger, junto al Hogar de los Estudiantes Polacos, o sea en la casa de los Bronski, porque muestra el fondo de un balcón en pleno sol, medio emparrado por una trepadora, tal como sólo los solían ostentar las casas del barrio polaco. Mamá está sentada, en tanto que Matzerath y Jan Bronski están de pie. Pero, ¿cómo está sentada, y cómo están los otros de pie? Por algún tiempo fui lo bastante tonto como para querer medir, con la ayuda de un compás escolar que Bruno hubo de comprarme, y con regla y escuadra, la constelación de dicho triunvirato: ya que mamá bien valía por un hombre. Ángulo de inclinación del cuello, un triángulo escaleno; procedí a translaciones paralelas, a equivalencias forzadas, a curvas que se cortaban significativamente más allá, o sea en el follaje de la trepadora, y daban un punto; porque yo buscaba un punto, creía en un punto y necesitaba un punto: punto de referencia, punto de partida, suponiendo que no se tratara de un punto de vista.

De estas mediciones de aficionado sólo resultaron unos agujeritos minúsculos pero no menos molestos que hice con la punta de mi compás en los lugares más importantes de la valiosa foto. ¿Qué tenía, pues, de particular la copia? ¿Qué es lo que me hacía buscar y aun encontrar en este rectángulo relaciones matemáticas y, lo que es más ridículo, cósmicas? Tres seres: una mujer sentada y dos hombres de pie. Ella, morena, con su permanente al agua; el pelo de Matzerath, rubio crespo, y el de Jan, pegado, peinado hacia atrás, castaño. Los tres sonríen: Matzerath más que Jan Bronski, mostrando ambos sus dientes superiores, entre los dos cinco veces más que mamá, que sólo ostenta un trazo de sonrisa en la comisura de los labios y ninguna en absoluto en los ojos. Matzerath posa su mano izquierda sobre el hombro derecho de mamá, en tanto que Jan se limita a apoyar ligeramente su mano derecha en el respaldo. Ella, con las rodillas inclinadas hacia su derecha, pero por lo demás de frente, de las caderas para arriba, tiene en sus manos un cuaderno que por algún tiempo tomé por uno de los álbumes de sellos de Bronski, luego por una revista de modas y, finalmente, por una colección de cromitos de las cajetillas de cigarrillos con las fotos de los actores de cine. Las manos de mamá hacen como si se dispusieran a hojear el cuaderno tan pronto como se haya impresionado la placa y tomado la foto. Los tres parecen felices y como tolerantes el uno respecto del otro en materia de aquella clase de sorpresas que sólo se producen cuando uno de los miembros del pacto tripartido anda con secretos o los oculta desde el principio. Con la cuarta persona, o sea con la esposa de Jan, Eduvigis Bronski, antes Lemke, que posiblemente en aquella época estaba ya encinta del futuro Esteban, sólo guardan relación en cuanto ésta tiene por misión enfocar el aparato fotográfico hacia los otros tres y hacia la felicidad de estos otros tres seres, a fin de que esta triple felicidad se deje preservar por lo menos mediante la técnica de la fotografía.

He despegado asimismo otros rectángulos del álbum para compararlos con éste. Vistas en las que se puede identificar a mamá con Matzerath o con Bronski. En ninguna de ellas resulta lo irrevocable, la última solución posible, tan clara como en la foto del balcón. Jan y mamá en una misma placa: esto huele a tragedia, a aventura y a extravagancia que lleva a la saciedad, saciedad que lleva consigo la extravagancia. Matzerath al lado de mamá: aquí destila un amor de fin de semana; aquí campean las chuletas a la vienesa, las riñas antes de la cena y los bostezos después; aquí, para dar al matrimonio un fondo espiritual, hay que contarse chistes o evocar la declaración de impuestos antes de irse a la

cama. De todos modos, prefiero este aburrimiento fotografiado a la ominosa instantánea de algunos años más tarde, que muestra a mamá sobre las rodillas de Bronski en el escenario del bosque de Oliva, cerca de Freudental. Porque esta obscenidad —Jan introduce su mano bajo el vestido de mamá— no hace más que captar la ciega pasión furiosa de la desgraciada pareja, adúltera desde el primer día del matrimonio Matzerath, a la que aquí, según supongo, el propio Matzerath sirve de fotógrafo complaciente. Nada se percibe ya de aquella serenidad del balcón, de aquellas actitudes cautelosamente cómplices, que probablemente sólo se daban cuando los dos hombres se ponían al lado o detrás de mamá, o estaban tendidos a sus pies, como en la playa del establecimiento de baños de Heubude: véase la foto.

Hay aquí otro rectángulo que muestra, formando un triángulo, a los tres personajes más importantes de mis primeros años. Aunque no tan concentrado como la imagen del balcón, irradia de todos modos aquella paz tensa que probablemente sólo puede establecerse y posiblemente firmarse entre tres personas. Por mucho que se pueda criticar la técnica triangular tan apreciada en el teatro, ¿qué pueden hacer dos personas solas en el escenario sino discutir hasta el hastío o bien pensar secretamente en el tercero? En mi pequeña foto están los tres. Están jugando al skat. Esto quiere decir que tienen los naipes cual abanicos bien dispuestos en las manos, pero no miran a sus triunfos como si estuvieran jugando, sino al aparato fotográfico. La mano dejan, excepto por el índice algo levantado, reposa plana al lado de un montón de monedas; Matzerath clava las uñas en el paño, y mamá se permite, según me parece, una bromita: en efecto, ha sacado una carta y la presenta al objetivo del aparato, pero sin mostrarla a los otros dos jugadores.

¡Con qué facilidad, mediante un simple gesto, mediante la mera exhibición de la dama de corazones, puede evocarse un símbolo discreto! Porque, ¿quién no juraría por la dama de corazones?

El skat —que, como es sabido, sólo se puede jugar entre tres— era para mamá y los dos señores no sólo el juego más adecuado, sino también su refugio, el puerto al que volvían siempre que la vida quería llevarlos, en esta o aquella combinación de dos, a jugar a juegos insulsos como el sesenta y seis o el tres en raya.

Baste ya de los tres que me trajeron al mundo, aunque no les faltara nada. Antes de llegar a mi persona, una palabra a propósito de Greta Scheffler, la amiga de mamá, y de su esposo el panadero Alejandro Scheffler. Calvo él, ella riendo con una dentadura de caballo compuesta por una buena mitad de dientes de oro. Él, corto de piernas, sin alcanzar la alfombra cuando estaba sentado; ella, en vestidos de punto tejidos por ella misma con infinidad de motivos ornamentales. Más adelante, otras fotos de los dos Scheffler, en sillas extensibles o ante los botes de salvamento del transatlántico *Wilhelm Gustloff* o sobre la cubierta de paseo del *Tannenberg*, del servicio marítimo prusiano—oriental. Año tras año hacían viajes y traían recuerdos intactos de Pillau, de Noruega, de las Azores, de Italia, a su casa del Kleinhammerweg, donde él cocía panecillos y ella adornaba fundas de cojín con puntos de diente de ratón. Cuando no hablaba, Alejandro Scheffler se humedecía infatigablemente el labio superior con la lengua, lo que el amigo de Matzerath, el verdulero Greff, que vivía del otro lado de la calle casi frente a nosotros, le criticaba como una falta indecente de gusto.

Aunque Greff fuera casado, era sin embargo más jefe de exploradores que esposo. Una foto lo muestra fornido, seco y sano, en uniforme de pantalón corto, con los cordoncillos de jefe y el sombrero de los exploradores. A su lado se encuentra un muchacho rubio de unos trece años, de ojos tal vez demasiado grandes, al que Greff pone

la mano sobre la espalda apretándolo contra sí en señal de afecto. Al joven no lo conocía, pero a Greff lo había de conocer y comprender más adelante a través de su esposa Lina.

Me pierdo aquí entre instantáneas de viajeros de la organización La Fuerza por la Alegría y testimonios de un delicado erotismo explorador. Salto rápidamente algunas hojas para llegar a mi primera reproducción fotográfica.

Era yo un bello bebé. La foto fue tomada la Pascua de Pentecostés del año veintiocho. Contaba entonces ocho meses, dos menos que Esteban Bronski, que figura en el mismo tamaño en la página siguiente e irradia una vulgaridad indescriptible. La tarjeta postal, impresa probablemente en cierto número de ejemplares para uso de la familia, presenta un borde ondulado, recortado con arte, y tiene rayas en la parte posterior. El medallón fotográfico muestra sobre el rectángulo apaisado un huevo excesivamente simétrico. Desnudo y representando la yema, me encuentro tendido boca abajo sobre una piel blanca que algún oso polar hubo de legar a un fotógrafo europeo—oriental especializado en fotos de niños. Lo mismo que para tantas otras fotos de la época, también se escogió para mi primer retrato aquel tono pardo cálido inconfundible, que por mi parte llamaría humano, en oposición a las copias en blanco y negro inhumanamente brillantes de nuestros días. Una fronda mate borrosa, probablemente pintada, forma el fondo que sólo aclaran contadas manchas luminosas. En tanto que mi cuerpo liso, sano, reposa en posición plana y ligeramente diagonal sobre la piel y deja que se refleje en él la patria polar del oso, levanto muy alto, con gran esfuerzo, una cabeza preferentemente redonda, y miro al contemplador eventual de mi desnudez con ojos brillantes.

Se dirá: una foto como todas las fotos de niños. Pero, háganme ustedes el favor de mirar las manos, y tendrán que convenir en que mi retrato más precoz se distingue marcadamente de las innúmeras obras de arte de muchos otros álbumes que muestran siempre la misma monada. A mí se me ve con los puños cerrados. Nada de dedos en salchicha jugando olvidados, con un impulso todavía vagamente prensor, con los mechones de la piel. Mis pequeños puños, por el contrario, se concentran seriamente a ambos lados de mi cabeza, a punto siempre de dejarse caer y de dar el tono. ¿Qué tono? ¡El del tambor!

Todavía no está, puesto que sólo me lo prometieron, bajo la lámpara, para mi tercer aniversario; pero no le había de resultar nada difícil a un montador experto de fotos introducir el cliché correspondiente, o sea el cliché reducido de un tambor de niño, sin necesidad de hacer el menor retoque a la posición de mi cuerpo. No habría más que quitar, eso sí, la absurda piel del animal, de la que no hago el menor caso. Constituye en efecto un cuerpo extraño en esta composición por lo demás feliz, a la que se puso por tema aquella edad sagaz, vidente, en la que quieren salir los primeros dientes de leche.

Más tarde ya no volvieron a ponerme sobre pieles de oso. Tendría un año y medio cuando, en un cochecito de ruedas altas, me empujaron ante una empalizada cuyas puntas y travesanos destacan a tal grado sobre el fondo de una capa de nieve, que he de suponer que la foto fue hecha en enero del veintiséis. La manera tosca de la empalizada, que parece desprender un olor de madera alquitranada, se asocia en mí, si me detengo a contemplarla, al suburbio Hochstriess, cuyos vastos cuarteles albergaran primero a los húsares de Mackensen y, en mi tiempo, a la policía del Estado libre. Comoquiera, sin embargo, que no recuerdo a nadie que viviera en dicho suburbio, es probable que la foto la tomarían en ocasión de una visita única de mis padres a gente que luego ya no volveríamos a ver más o sólo muy raramente.

A pesar del frío, mamá y Matzerath, que tienen el cochecito entre los dos, no llevan abrigo. Antes bien, mamá exhibe una blusa rusa cuyos ornamentos bordados se adaptan al paisaje invernal dando la impresión de que en el corazón de Rusia se está tomando una foto de la familia del zar; Rasputín está a cargo del aparato, yo soy el zarevich, y tras la empalizada se agazapan mencheviques y bolcheviques que se entretienen haciendo bombas de mano con el propósito de acabar con la familia autocrática. El aire pequeño—burgués, muy centroeuropeo, de Matzerath, grávido (según oportunamente se verá) de futuro, quiebra la aspereza violenta del ambiente lóbrego que dormita en dicha foto. Estábamos probablemente en el apacible Hochstriess, dejamos por un momento la casa de nuestro anfitrión, sin ponernos los abrigos, nos dejamos tomar una foto por el señor de la casa, con el pequeño Óscar hecho una monada en medio, para luego volver al interior caldeado y pasar, con café, pastel y nata batida, un rato agradable.

Hay todavía una buena docena más de instantáneas del pequeño Óscar: de un año, de dos años, de dos años y medio; tendido, sentado, gateando y andando. Las fotos son todas ellas más o menos buenas y forman en conjunto los preliminares de aquel retrato de cuerpo entero que se me había de hacer el día de mi tercer aniversario.

Aquí sí lo tengo ya, el tambor. Nuevecito, con sus triángulos pintados en rojo y blanco, pegado a la barriga. Yo, plenamente consciente y con expresión decidida, cruzo los palillos de madera sobre la superficie de hojalata. Llevo un suéter rayado y zapatos de charol. El pelo tieso, como un cepillo ávido de dar lustre; en cada uno de mis ojos azules se refleja una voluntad de poder que se las sabía arreglar sola. Logré entonces una actitud que no tenía motivo alguno de abandonar; dije, resolví y me decidí a no ser político en ningún caso y, mucho menos todavía, negociante en ultramarinos, sino a poner un punto y a quedarme tal cual era: así me quedé, con la misma talla y el mismo equipo durante muchos años.

Gente menuda y gente grande, el pequeño y el gran Belt, el pequeño y el grande ABC, Pipino el Breve y Carlomagno, David y Goliat, Gulliver y los Enanos; yo me planté en mis tres años, en la talla de Gnomo y de Pulgarcito, negándome a crecer más, para verme libre de distinciones como las del pequeño y el gran catecismo, para no verme entregado al llegar a un metro setenta y dos, en calidad de lo que llaman adulto, a un hombre que al af etitarse ante el espejo se decía mi padre y tener que dedicarme a un negocio que, conforme al deseo de Matzerath, le había de abrir a Óscar, al cumplir veintiún años, el mundo de los adultos. Para no tener que habérmelas con ningún género de caja registradora ruidosa, me aferré a mi tambor y, a partir de mi tercer aniversario, ya no crecí ni un dedo más; me quedé en los tres años, pero también con una triple sabiduría; superado en la talla por todos los adultos, pero tan superior a ellos; sin querer medir mi sombra con la de ellos, pero interior y exteriormente ya cabal, en tanto que ellos, aun en la edad avanzada, van chocheando a propósito de su desarrollo; comprendiendo ya lo que los otros sólo logran con la experiencia y a menudo con sobradas penas; sin necesitar cambiar año tras año de zapatos y pantalón para demostrar que algo crecía.

Con todo —y aquí Óscar ha de confesar algún desarrollo—, algo crecía, no siempre por mi bien, y acabó por adquirir proporciones mesiánicas. Pero ¿qué adulto, entonces, poseía la mirada y el oído a la altura de Óscar, el tocador de tambor, que se mantenía a perpetuidad en sus tres años?

Vidrio, vidrio, vidrio roto

Si hace un momento describía una foto que muestra a Óscar de cuerpo entero, con tambor y palillos, y anunciaba al propio tiempo las decisiones cuya adopción vino a culminar durante la escena de la fotografía, en presencia de la compañía reunida con motivo de mi cumpleaños en torno al pastel con las tres velas, ahora que el álbum calla cerrado a mi lado he de dejar hablar a aquellas cosas que, si bien no explican la perennidad de mis tres años, sucedieron de todos modos, y fueron provocadas por mí.

Desde el principio lo vi con toda claridad: los adultos no te van a comprender, y si no te ven crecer de modo perceptible te llamarán retrasado; te llevarán, a ti y a su dinero, a cien médicos, para buscar, si no consiguen tu curación, por lo menos la explicación de tu enfermedad. Por consiguiente, con objeto de limitar las consultas a una medida soportable, había de proporcionar yo mismo, aun antes de que el médico diera su explicación, el motivo más plausible de mi falta de crecimiento.

Estamos en un domingo resplandeciente de sol del mes de septiembre, en la fecha de mi tercer aniversario. Atmósfera delicada y transparente de fines de verano: hasta las risotadas de Greta Scheffler suenan como en sordina. Mamá pulsa al piano los acentos del *Barón Gitano*; Jan está detrás de ella y del taburete, le toca ligeramente la espalda y hace como que sigue las notas. Matzerath ya está preparando la cena en la cocina. Mi abuela Ana se ha ido con Eduvigis Bronski y Alejandro Scheffler a la tienda del verdulero Greff, enfrente, porque éste siempre tiene alguna historia que contar, historias de exploradores en que siempre se exaltan el valor y la lealtad. Además, un reloj vertical que no omitía ninguno de los cuartos de hora de aquella fina tarde de septiembre. Y comoquiera que, al igual que el reloj, todos estaban sumamente ocupados, y que se había establecido una especie de línea que, desde la Hungría del Barón Gitano, pasaba junto a los exploradores de Greff en los Vosgos y frente a la cocina de Matzerath, en la que unas cantarelas cachubas se estaban friendo en la sartén con unos huevos revueltos y carne de panza, y conducía a lo largo del corredor hasta la tienda, la seguí, tocando suavemente mi tambor. Y heme ya aquí en la tienda y detrás del mostrador: lejos quedaban ya el piano, las cantarelas y los Vosgos, y observé que la trampa de la bodega estaba abierta; probablemente Matzerath, que había ido a buscar una lata de ensalada de fruta para los postres, se habría olvidado de cerrarla.

Necesité de todos modos un buen minuto para comprender lo que la trampa de la bodega exigía de mí. Nada de suicidio, ¡por Dios! Eso hubiera sido realmente demasiado sencillo. Lo otro, en cambio, era difícil, doloroso y exigía un sacrificio de mi parte, lo que, como siempre que se me pide un sacrificio, hizo que me volviera el sudor a la frente. Ante todo, mi tambor no había de sufrir daño alguno; era cuestión pues de bajarlo indemne los dieciséis peldaños desgastados y de colocarlo entre los sacos de harina, de tal modo que su buen estado no ofreciera sospechas. Y luego otra vez arriba hasta el octavo peldaño; no, uno menos, o quizá bastaría desde el quinto. Pero no, desde ahí no parecían conciliarse la seguridad y un daño verosímil. Así que arriba otra vez, hasta el décimo peldaño, demasiado alto, para precipitarme finalmente desde el noveno, de cabeza sobre el piso de cemento de nuestra bodega, arrastrando en mi caída un estante de botellas llenas de jarabe de frambuesa.

Aun antes de que mi conciencia corriera la cortina, me fue dado confirmar el éxito del experimento: las botellas de jarabe de frambuesa arrastradas adrede hicieron un

estrépito suficiente para arrancar a Matzerath de la cocina, a mamá del piano, al resto de la compañía de los Vosgos y atraerlos a todos a la trampa de la bodega y escalera abajo.

Antes de que llegaran dejé actuar sobre mí el olor del jarabe de frambuesa derramado, observé asimismo que mi cabeza sangraba y me pregunté, cuando ellos bajaban ya por la escalera, si sería sangre de Óscar o las frambuesas lo que esparcía aquel perfume tan dulce y embriagador; pero estaba contento de que todo hubiera salido tan bien y de que mi tambor, gracias a mi previsión, no hubiera sufrido el menor daño.

Creo que fue Greff el que me subió en sus brazos. Y no fue hasta que estuve en el salón cuando Óscar volvió a emerger de aquella nube, hecha sin duda por mitades de jarabe de frambuesa y de su joven sangre. El médico no había llegado todavía. Mamá gritaba y le pegaba a Matzerath, que trataba de calmarla, repetidamente; y ello no sólo con la palma de la mano, sino también con el dorso, y en la cara, llamándole asesino.

Así pues —y los médicos lo han confirmado una y otra vez—, con una sola caída, no del todo inofensiva, sin duda, pero bien dosificada por mi parte, no sólo había proporcionado a los adultos la razón de mi falta de crecimiento, sino que, a título de propina y sin habérmelo propuesto en realidad, había convertido al bueno e inofensivo de Matzerath en un Matzerath culpable. Él era, en efecto, el que había dejado la trampa abierta, y a él le echó mamá toda la culpa; cargo que le repitió después inexorablemente, si bien no con frecuencia, y que él hubo de soportar por muchos años.

La caída me valió cuatro semanas de permanencia en la clínica, dejándome luego, con excepción de las ulteriores visitas de los miércoles al doctor Hollatz, relativamente tranquilo por lo que hace a los médicos. Ya desde mi primer día de tambor había logrado proporcionar al mundo un signo, y el caso quedaba aclarado antes de que los adultos pudieran comprenderlo conforme al verdadero sentido que yo mismo le había dado. De ahí en adelante había pues de decirse: el día de su tercer aniversario nuestro pequeño Óscar rodó por la escalera de la bodega y, aunque no se rompió nada, desde entonces dejó de crecer.

Y yo, por mi parte, empecé a tocar el tambor. Vivíamos en un piso alquilado de una casa de cuatro. Desde el portal subía tocando hasta la buhardilla y volvía a bajar. Iba a Labesweg a la Plaza Max Halbe, y de ahí seguía por la Nueva Escocia, el paseo Antón Móller, la calle de la Virgen María, el Parque de Kleinhammer, la Fábrica de Cerveza, Sociedad Anónima, el estanque, el Prado Fróbel, la Escuela Pestalozzi y el Mercado Nuevo, hasta volver al Labesweg. Mi tambor lo resistía todo, pero no así los adultos que querían interrumpirlo, cortarle el paso, echarle la zancadilla a toda costa. Afortunadamente, la naturaleza me protegía.

En efecto, la facultad de poner entre mí y los adultos, por medio de mi tambor de juguete, la distancia necesaria, revelóse poco después de mi caída por la escalera de la bodega, casi simultáneamente con el desarrollo de una voz que me permitía cantar, gritar o gritar cantando en forma tan sostenida y vibrante y a un tono tan agudo, que nadie se atrevía, por mucho que le estropeara los oídos, a quitarme mi tambor; porque cuando lo intentaban, me ponía a chillar, y cada vez que chillaba algo costoso se rompía. Tenía la condición de poder romper el vidrio cantando: con un grito mataba los floreros; mi canto rompía los cristales de las ventanas y provocaba en seguida una corriente; cual un diamante casto, y por lo mismo implacable, mi voz cortaba las cortinas, y sin perder su inocencia, se desahogaba en su interior con los vasitos de licor armoniosos, de noble porte y ligeramente polvorientos, regalo de una mano querida.

No había de transcurrir mucho tiempo sin que mis facultades fueran conocidas de toda nuestra calle, desde el camino de Brösen hasta la urbanización contigua al aeropuerto, o sea, en todo el barrio. Y al verme los otros niños, cuyos juegos como el «un, dos, tres, al escondite inglés» o el «qué quiere usted» o el «veo, veo, ¿qué ves?» no me interesaban, saltaba en seguida el coro desafinado y gangoso:

*Vidrio, vidrio, vidrio roto,
Cerveza sin grano,
La bruja abre la ventana
Y toca el piano.*

Por supuesto, una cancioncilla infantil estúpida y sin sentido. Yo seguía avanzando detrás de mi tambor, marcaba el paso por entre el vidrio y la bruja y, lejos de sentirme molesto, adoptaba el ritmo, que no carece de encanto, y al compás del vidrio, vidrio, vidrio roto, me llevaba a todos los niños detrás, sin ser el cazador de ratas de Hamelin.

Todavía hoy, cuando, por ejemplo, limpia Bruno los cristales de mi cuarto, reservo en mi tambor un lugarcito a esta musiquilla.

Más molesto que esta copla de los niños del vecindario, sobre todo para mis padres, resultaba el hecho de que fueran puestos a mi cargo, o mejor dicho al de mi voz, todos los cristales de ventana rotos en nuestro barrio por alguna pedrada de muchachos malcriados. Al principio mamá pagaba religiosamente todos los vidrios de cocina, rotos en su mayoría por tirachinas, pero finalmente acabó también ella por comprender mi fenómeno vocal y exigió que en los casos de demanda de indemnización le presentaran las pruebas, adoptando en tales ocasiones una mirada fría y gris muy objetiva. Los vecinos eran realmente injustos conmigo, porque nada era más erróneo en aquel tiempo que suponerme poseído de un furor infantil de destrucción o achacarme un odio hacia el vidrio que exhiben efectivamente, en desenfundadas carreras extenuantes, sus vagas y oscuras antipatías. Sólo el jugador destruye por gusto. Por mi parte, yo nunca jugaba, sino que trabajaba con mi tambor, y en cuanto a mi voz, respondía por el momento a una estricta necesidad de defensa. No era sino la preocupación por la continuidad de mi trabajo con el tambor la que me hacía servirme de mis cuerdas vocales en forma tan consciente de mi misión. Si con los mismos tonos y procedimientos me hubiera sido posible desgarrar los tediosos manteles bordados en punto de cruz, hijos de la fantasía ornamental de Greta Scheffler, o destruir el brillo sombrío del piano, de buena gana habría dejado todo lo vitreo en su sonora integridad. Pero, por desgracia, los manteles y el lustre permanecían indiferentes a mi voz. Ni lograba borrar mediante un grito sostenido los motivos del papel tapiz, ni engendrar por medio de dos tonos alargados, alternativamente ascendentes y descendentes y frotados pacientemente, como en la edad de piedra, el uno contra el otro, el calor suficiente para hacer saltar la chispa que convirtiera en llamas decorativas las cortinas resacas, impregnadas de humo de tabaco, de las dos ventanas de nuestro salón. No logré con mi voz quebrar ni una pata de silla en que pudieran haber estado sentados Matzerath o Alejandro Scheffler. De buena gana me hubiera defendido en forma más inofensiva y menos milagrosa, pero nada inofensivo me servía: sólo el vidrio me oía y por oírme pagaba.

La primera exhibición de esta clase la ofrecí poco después de haber cumplido los tres años. Por entonces tenía ya más de cuatro semanas con el tambor y, dada mi actividad, ya lo había roto. Sin duda, el cilindro llameante rojo y blanco mantenía todavía unidos la superficie y el fondo, pero el agujero en el centro del lado en que se toca ya no se dejaba ignorar por más tiempo y, como yo despreciaba el fondo, se iba agrandando cada vez más:

sus bordes se rompían, haciéndose cada vez más dentados y cortantes: algunas partículas de hojalata hechas astillas por el golpear incesante habían caído dentro de la caja y, a cada golpe, resonaban desagradablemente, en tanto que por otra parte relucían esparcidos por la alfombra del salón y por el entarimado rojo pardo del dormitorio minúsculos pedacitos blancos de esmalte que ya no lograban aguantar más sobre la hojalata martirizada de mi tambor.

Temíase que pudiera lastimarme con los filos peligrosamente cortantes de la hojalata. En particular Matzerath, que desde mi caída por la escalera de la bodega no sabía qué precauciones adoptar, me recomendaba prudencia al tocar el tambor. Y como efectivamente las arterias de mis muñecas rozaban continuamente en movimiento violento aquellos filos puntiagudos, he de confesar que los temores de Matzerath, aunque exagerados, no carecían absolutamente de fundamento. Es claro que con un nuevo tambor todos aquellos peligros hubieran quedado automáticamente eliminados. Pero la idea de comprarme un nuevo tambor ni se les pasaba por la cabeza, y lo único que se proponían era quitarme mi viejo tambor, aquel tambor que había caído conmigo, que me había acompañado a la clínica y que había sido dado de alta junto conmigo; aquel tambor que subía y bajaba conmigo y que me acompañaba por la calle, ya sobre el empedrado, ya sobre la acera, y que pasaba conmigo por entre el «un, dos, tres, al escondite inglés», el «qué quiere usted» y el «veo, veo, ¿qué ves?», pensaban quitármelo, sin ofrecerme en cambio sustitución alguna. Con miserable chocolate creían poder engañarme. Mamá me lo ofrecía, haciendo mohincitos como para darme un beso. Pero fue Matzerath el que, sacando fuerzas de flaqueza, asió mi instrumento inválido. Yo me aferré a la chatarra. Él tiró. Ya mis fuerzas, que sólo alcanzaban a tocar el tambor, empezaban a flaquear. Una tras otra se me iban escapando de las manos las llamas rojas, y ya estaba a punto de escurrírseme el marco cilíndrico, cuando le salió a Óscar, que hasta aquel día había pasado por un niño tranquilo y hasta demasiado dócil, aquel primer chillido destructor y eficaz; y he aquí que el disco de vidrio biselado que protegía del polvo y de las moscas agonizantes la esfera amarillenta de nuestro reloj se partió y cayó, volviendo a quebrarse, sobre el entarimado rojo pardo —porque he de precisar que la alfombra no llegaba hasta la base del reloj. Sin embargo, el interior de aquel precioso objeto no sufrió daño alguno, sino que su péndulo siguió caminando tranquilamente —si es que puede decirse esto de un péndulo—, lo mismo que las manecillas. Y ni siquiera el carrillón, que en otras ocasiones solía reaccionar en forma por demás sensible y casi histérica al menor golpe o al pasar rodando por la calle los carros de cerveza, mostróse afectado por mi chillido en lo más mínimo. Sólo el vidrio se rompió pero eso sí, de veras.

—¡Se ha roto el reloj! —gritó Matzerath soltando el tambor. Una ojeada rápida me convenció de que mi grito no le había ocasionado al reloj daño alguno, y que sólo el vidrio había sufrido. A Matzerath, sin embargo, y lo mismo a mamá y a mi tío Jan Bronski, que aquel domingo por la tarde estaba de visita, parecíales que se había roto algo más que el vidrio que protegía la esfera. Pálidos y con los ojos asustados y desamparados se miraban unos a otros; alargaban las manos como buscando apoyo en la chimenea de azulejos, se mantenían junto al piano y al aparador, y Jan Bronski, con los ojos entornados, movía unos labios secos en un esfuerzo que aun hoy en día me hace pensar que se cifraba en formular una plegaria pidiendo a Dios socorro y compasión, por el estilo del: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis*. Y a esto, repetido tres veces, lo de: ¡Oh, Señor! No soy digno de que Tú entres bajo mi techo; pero di una sola palabra...

Naturalmente, el Señor no pronunció palabra alguna. Además tampoco era el reloj lo que estaba estropeado, sino que sólo se había roto el vidrio. Pero la relación entre los

adultos y sus relojes es sumamente singular y, además, infantil en un sentido en el que yo nunca lo he sido. Tal vez el reloj sea, en efecto, la realización más extraordinaria de los adultos. Pero sea ello como quiera, es lo cierto que los adultos, en la misma medida en que pueden ser creadores —y con aplicación, ambición y suerte lo son sin duda—, se convierten inmediatamente después de la creación en criaturas de sus propias invenciones sensoriales.

Por otra parte, el reloj no es nada sin el adulto. Él es, en efecto, quien le da cuerda, lo adelanta o lo atrasa, lo lleva al relojero para que lo limpie y en su caso lo repare. Y es que, lo mismo que en el canto del cuclillo cuando parece durar menos de lo debido, y que en el salero que se vuelca, en las arañas por la mañana, en el gato negro que nos sale al encuentro por la izquierda, en el retrato al óleo del tío que se cae de la pared porque el clavo se aflojó al hacer la limpieza, los adultos ven también en el espejo, en el reloj y detrás del reloj mucho más de lo que éste representa en realidad.

Fue mamá, que a pesar de algunos rasgos de entusiasmo fantasioso poseía una mirada muy sensata y en su frivolidad sabía interpretar favorablemente toda supuesta señal, la que en aquella ocasión halló también la palabra liberadora.

—¡Los vidrios rotos traen suerte! —gritó haciendo chasquear los dedos, y fue a buscar la pala de la basura y el cepillo para recoger los vidrios rotos o la suerte.

Si he de atenerme a las palabras de mamá, bien puedo decir que he traído suerte a mis padres, a mis parientes y a muchas otras personas conocidas o desconocidas, ya que a cualquiera que intentara quitarme el tambor le rompí, quebré e hice añicos, a gritos y chillidos, cristales de ventana, vasos de cerveza llenos, botellas de cerveza vacías, frascos de perfume que llenaban el aire de primavera, platonos con frutas de adorno y, en una palabra, toda clase de objetos de vidrio manufacturados por el vidriero y puestos a la venta, en parte como simple vidrio y en parte como vidrio artístico.

Con objeto de no ocasionar estragos excesivos, porque me gustaban y siguen gustando los vasos de formas bellas, cuando por la noche me querían quitar el tambor, que yo guardaba conmigo en mi cuna, hacía polvo una o varias bombillas de las cuatro que soportaba la lámpara colgante de nuestro salón. Así por ejemplo, al cumplirse mi cuarto aniversario a principios de septiembre del año veintiocho, sumergí en una oscuridad como la que reinaba antes de la creación del mundo, de un solo chillido que aniquiló las cuatro bombillas a la vez, a todos los que se habían reunido para festejarme: mis padres, los Bronski, mi abuela Koljaiczek, los Scheffler y los Greff, que me habían traído todos los regalos imaginables: soldaditos de plomo, un barco de vela, un auto de bomberos, todo, menos un tambor; a todos ellos, que querían que me entretuviera con soldaditos de plomo y jugara con aquel estúpido auto de bomberos, sólo por la envidia que les daba mi viejo y fiel tambor, que querían arrebatarme de las manos y cambiármelo por aquel miserable barquito cuyas velas, por lo demás, estaban aparejadas en forma inapropiada; a toda aquella colección de ciegos con ojos que no me veían a mí ni a mis deseos.

Y he aquí cómo son los adultos: después de los primeros gritos de terror y de un anhelo casi ferviente de que volviera la luz se acostumbraron a la oscuridad, de modo que cuando mi abuela Koljaiczek, la única que, con el pequeño Esteban Bronski, no podía sacar de la oscuridad provecho alguno, regresó de la tienda a donde había ido a buscar unas velas y entró con éstas encendidas, iluminando así la habitación, con el pequeño Esteban lloriqueando y agarrado a sus faldas, el resto de la compañía, medio borracha, se ofreció a su vista en una curiosa distribución por parejas.

Como era de esperar, mamá estaba sentada con su blusa en desorden sobre las rodillas de Jan Bronski. Al maestro panadero Scheffler, con sus piernas cortas, era repelente verlo poco menos que dentro ya de la Greff, en tanto que Matzerath lamía los dientes áureos y equinos de Greta Scheffler. Sólo Eduvigis Bronski estaba sentada a la luz de las velas, con sus mansos ojos vacunos, las manos sobre la falda, cerca pero no demasiado del verdulero Greff, que no había bebido y sin embargo cantaba dulcemente, melancólicamente, arrastrando nostalgia y tratando de que Eduvigis Bronski le hiciera segunda. Cantaba una canción de exploradores a dos voces, en la que se decía que un cierto Cuentanabos había de vivir confinado en calidad de fantasma en el Monte de los Gigantes.

De mí se habían olvidado por completo. Debajo de la mesa estaba Óscar sentado con lo que le quedaba del tambor, sacándole todavía algún ritmo a la lámina, y es muy posible que los sonidos parcos pero acompasados del tambor sonaran gratamente a los que allí yacían o permanecían sentados en la habitación, trastocados y extasiados. Porque, cual un barniz, el tamboreo recubría los ruidos chasqueantes o succionantes que escapaban de aquella demostración febril y esforzada, producto de tanto celo reunido.

Ni siquiera me moví de debajo de la mesa cuando llegó mi abuela con las velas y, como un arcángel encolerizado, contempló Sodoma a la luz de las velas y reconoció a Gomorra, y con las velas temblándole en las manos soltó un juramento, dijo que aquello era una porquería y, colocando las velas sobre sendos platitos, puso fin lo mismo a los idilios que a las apariciones de Cuentanabos en el Monte de los Gigantes; tomó luego del aparador unos naipes de skat, los echó sobre las mesa y, sin dejar de consolar a Esteban que seguía lloriqueando, anunció la segunda parte de la fiesta del cumpleaños. Acto seguido enroscó Matzerath nuevas bombillas en los portalámparas, se acercaron las sillas a la mesa, se destaparon con los correspondientes chasquidos otras tantas botellas de cerveza y se armó sobre mi cabeza una partida de skat de a décimo de pf ennig. De entrada había propuesto mamá que se jugara de a cuatro de pf ennig, lo que a mi tío Jan le pareció demasiado arriesgado, de modo que si de vez en cuando algún pase general o un sin triunfo no hubieran engrosado considerablemente las puestas, las partida se habría mantenido efectivamente en aquella chapucería de a décimo de pfennig.

Yo estaba muy a gusto debajo de la mesa, resguardado por el mantel colgante. Con el ritmo apagado de mi tambor acompañaba los puños que sobre la mesa iban soltando las cartas, logré seguir el curso del juego y, al cabo de media hora, pude verificar: Jan Bronski está perdido. Tenía buenas cartas, pero perdía de todos modos. Lo cual no era extraño, ya que no prestaba atención.

Pensaba en efecto en cosas muy distintas de sus diamantes sin doses. Desde el principio mismo del juego, mientras hablaba con su tía y le quitaba importancia a la pequeña orgía que se organizara momentos antes, había dejado deslizar el zapato negro de su pie izquierdo y con éste, provisto de un calcetín gris, había buscado y encontrado, por delante de mi cabeza, la rodilla de mamá. Apenas sintió el contacto, mamá acercó más su silla a la mesa, de tal modo quejan, al que precisamente Matzerath disputaba una baza y había pasado con treinta y tres, levantando el borde de la falda de mamá pudo introducir primero la punta y luego el pie entero, con el calcetín que afortunadamente era del mismo día y casi limpio, entre sus muslos. Mi más sincera admiración para mamá, la cual, a pesar de aquella molestia lanuda bajo la mesa, iba ganando arriba, sobre el tenso tapete, con gran aplomo y acompañamiento de los propósitos más chistosos, los juegos más osados, entre ellos un trébol sin cuatros; en tanto que Jan, cada vez más audaz por debajo, perdía arriba unos juegos que el mismo Óscar habría ganado con la seguridad de un sonámbulo.

Más tarde el pequeño Esteban, cansado, vino también bajo la mesa, pero se durmió en seguida, sin comprender nada de lo que la pierna del pantalón de su papá andaba buscando allí bajo la falda de mamá.

Sereno a nublado. Lovizna aislada por la tarde. Al día siguiente vino Jan Bronski, se llevó el barco de vela que me había regalado para mi cumpleaños, lo cambió en la tienda de Segismundo Markus del pasaje del Arsenal por un tambor, volvió al anochecer, ligeramente mojado, con aquel tambor de llamas rojas y blancas que me era tan familiar y, entregándomelo, me quitó al propio tiempo mi viejo adorado desecho de hojalata, al que ya sólo quedaban contados fragmentos de barniz blanquirrojo. Y mientras Jan cogía el tambor viejo y yo el nuevo, sus ojos, los de mamá y los de Matzerath no perdían de vista a Óscar —me entraron ganas de echarme a reír: ¿pensarían que era yo un tradicionalista, que iba a aferrarme a quién sabe qué sagrados principios?

Sin soltar el chillido que todos esperaban, sin exteriorizar el canto vitricida, entregué tranquilamente el tambor viejo para dedicarme acto seguido con ambas manos al nuevo instrumento. Después de dos horas de ejercicio atento ya me lo había adaptado por completo.

Sin embargo, no todos los adultos que me rodeaban se mostraron tan perspicaces como Jan Bronski. En efecto, poco después de mi quinto aniversario en el veintinueve —se hablaba entonces mucho de un derrumbe de la Bolsa de Nueva York, y yo me preguntaba si acaso también mi abuelo Koljaiczek, comerciante en maderas más allá en la lejana ciudad de Buffalo, habría perdido dinero— empezó mamá, a la que mi falta de crecimiento preocupaba, con las visitas de los miércoles al consultorio del doctor Hollatz del Brunshóferweg, a las que me llevaba tomándome de la mano. Soporté sin rebelarme aquellos exámenes prolongados y sumamente molestos porque el uniforme de enfermera de la señorita Inge, auxiliar de Hollatz, que era de un blanco que descansaba la vista, me gustaba ya entonces, porque me recordaba la época de enfermera de mamá que yo conocía por la foto y además, al reclamarme toda la atención con sus pliegues incesantemente cambiantes, me permitía ignorar el ruido sordo, deliberadamente enérgico a veces y gruñón otras, como de algún tío antipático, de la verborrea del doctor.

Reflejando en los vidrios de sus anteojos el inventario del consultorio —había allí mucho cromo, níquel y esmalte pulido, y además estantes y vitrinas en las que, en unos frascos de vidrio pulcramente etiquetados, se veían serpientes, salamandras, sapos, embriones de puerco, de hombre y de mono— y cazando en ellos la imagen de estos monstruos en alcohol, después de los exámenes Hollatz solía mover la cabeza con aire preocupado, repasaba siempre de nuevo la historia clínica de mi caso, se hacía contar una vez más por mamá mi caída por la escalera de la bodega, y la tranquilizaba cuando comenzaba a insultar desaforadamente a Matzerath, que había dejado la trampa abierta y era, pues, el único culpable.

Cuando, después de algunos meses, durante una de aquellas visitas de los miércoles, quiso quitarme el tambor, probablemente para demostrarse a sí mismo y tal vez también a la señorita Inge el éxito de su tratamiento, le destruí la mayor parte de su colección de sapos y serpientes y de todo lo que en materia de fetos de distintas procedencias había reunido.

Exceptuando los vasos de cerveza, llenos, pero sin tapa, y los frascos de perfume de mamá, era ésta la primera vez que Óscar probaba sus facultades con una cantidad de botes de vidrio llenos y cuidadosamente tapados. El éxito fue único, y para todos los asistentes, inclusive mamá, que conocía mi relación con el vidrio, aplastante, inenarrable. Ya con el

primer sonido, algo contenido todavía, rajé a lo ancho y a lo alto la vitrina en la que Hollatz guardaba todas aquellas curiosidades repelentes, hice caer luego de la parte por donde se mira hacia adelante, y sobre el linóleo, una placa de vidrio casi cuadrada que, conservando dicha forma, se rompió en mil pedazos, di a continuación al chillido algo más de perfil y una urgencia decididamente pródiga y, con aquel registro tan ricamente matizado, me aboqué a la destrucción de los frascos.

Se rompieron con un estallido. El alcohol verdoso, parcialmente viscoso, saltó a chorros, se derramó arrastrando consigo sobre el linóleo rojo del consultorio sus macilentos contenidos que parecían como acongojados, y llenó el cuarto de un olor tan tangible, podría decirse, que a mamá le dio un vahído y la señorita Inge hubo de correr a la ventana que daba al Brunshóferweg para abrirla.

El doctor Hollatz supo arreglárselas para convertir en éxito la pérdida de su colección. En efecto, pocas semanas después de mi atentado aparecía en la revista científica *El Médico y el Mundo*, de su mano, un artículo sobre mí, Óscar M., el fenómeno vocal vitricida. Y parece ser que la tesis sustentada por el doctor Hollatz en más de veinte páginas causó sensación en los círculos competentes nacionales y extranjeros, provocando objeciones pero también adhesiones por parte de bocas autorizadas. Mamá, que recibió varios ejemplares de la revista, se sentía orgullosa de aquel artículo en una forma que a mí me daba que pensar, y a cada rato leía y releía algún pasaje a los Greff, a los Scheffler, a su Jan y, siempre después de las comidas, a su esposo Matzerath. Hasta los clientes de la tienda de ultramarinos tuvieron que soplarse las lecturas y con ello ocasión de admirar a mamá, que, aunque pronunciara las expresiones técnicas incorrectamente, lo hacía de todos modos con mucha fantasía. En cuanto a mí, el hecho de que mi nombre de pila figurara por vez primera en una revista no me causó prácticamente la menor impresión. Mi escepticismo, despierto ya en aquella época, me hacía apreciar el opúsculo del doctor Hollatz en lo que realmente valía, esto es, cual digresión marginal, no exenta de todos modos de habilidad, del médico que aspira a una cátedra.

En su clínica psiquiátrica, hoy que su voz ya no alcanza siquiera a mover su vaso de dientes; hoy, que entran y salen de su cuarto médicos parecidos a aquel Hollatz y practican con él experimentos de los llamados de Rorschach, de asociación y otras pruebas más con objeto de dar a su internación forzosa un nombre rimbombante; hoy piensa Óscar con complacencia en los tiempos protoarcaicos de su voz. Y si en dicha época primera sólo destruía con ella productos de cuarzo en caso de necesidad, aunque a fondo, eso sí, más tarde, en cambio, en el período de grandeza y decadencia de su arte, se sirvió de sus facultades sin que le obligara a ello coacción externa alguna. Por mero pasatiempo, siguiendo el manierismo de una época decadente y entregado por completo al arte por el arte: así es como más tarde adaptó Óscar su voz al vidrio, y fue envejeciendo.

El horario

A veces, Klepp se dedica a matar las horas proyectando horarios. El hecho de que durante la elaboración no pare de tragar morcilla y lentejas recalentadas, confirma mi tesis, según la cual, sin distinción, todos los soñadores son tragones. Y el hecho de que Klepp no escatime el esfuerzo para llenar sus tablas viene a dar razón a mi otra teoría: sólo los auténticos perezosos son capaces de hacer inventos para ahorrar trabajo.

También este año se ha esforzado Klepp durante quince días por planificar su día en horas. Al visitarme ayer, después de estarse un rato haciéndose el interesante, pescó del bolsillo interior de su chaqueta el papel doblado en nueve pliegues, y me lo tendió radiante y hasta satisfecho: una vez más había logrado un invento para ahorrar trabajo.

Eché un vistazo al papelito y comprobé que no contenía nada nuevo: a las diez, desayuno; hasta mediodía, meditación; después de la comida, una horita de siesta; luego café —de ser posible en la cama—; luego, sentado en la cama, una hora de flauta; luego, levantado, una hora de gaita dando vueltas por la habitación y media hora de gaita al aire libre, en el patio; y un día sí y otro no, o dos horas de morcilla y cerveza o dos horas de cine: en cualquier caso, sin embargo, y bien antes del cine o bien durante la cerveza, media hora de discreta propaganda en favor del PC —media hora, ¡no hay que exagerar! Por las noches, tres días a la semana tocar en el «Unicornio»; los sábados, la cerveza de la tarde y la propaganda favor del PC se relegaban a la noche, porque la tarde está reservada al baño con masaje en la Grünstrasse, y luego al «U 9», tres cuartos de hora de higiene con muchacha; a continuación, con la misma muchacha y su amiga, café con pasteles y, en su caso, cortarse el pelo, hacerse tomar una foto en el fotomatón, y luego cerveza, morcilla, propaganda PC y ¡a dormir!

Alabé la obra pulcramente trazada a la medida por Klepp, le pedí una copia de la misma y le pregunté en qué forma superaba los puntos muertos que pudieran presentarse. Después de breve reflexión me contestó: —Dormir o pensar en el PC.

¿Y si yo le contara en qué forma entabló Óscar conocimiento con su primer horario?

Empezó sin mayor trascendencia en el kindergarten de la señorita Kauer. Eduvigis Bronski venía a buscarme todas las mañanas y me llevaba junto con su Esteban a la casa de la señorita Kauer del Posadowskiweg, en donde con otros seis a diez rapaces —algunos estaban siempre enfermos— nos hacían jugar hasta provocarnos náuseas. Por fortuna, mi tambor era considerado como juguete, de modo que no se me imponían cubitos de madera y sólo se me montaba en un caballito mecedor cuando se necesitaba un caballero con tambor y gorro de papel. En lugar de papel de música me servía para mis ejecuciones del vestido de seda negra de la señorita Kauer, abrochado con mil botones. Puedo decirlo con satisfacción: con mi hojalata llegaba a vestir y desvestir varias veces al día a la flaca señorita, hecha toda de arruguitas, abrochando y desabrochando los botones al son de mi tambor, sin pensar propiamente en su cuerpo.

Los paseos de la tarde, siguiendo las avenidas de castaños hasta el bosque de Jeschkental para subir al Erbsberg pasando frente al monumento de Gutenberg, eran tan agradablemente aburridos y tan deliciosamente insípidos, que aún hoy en día siento nostalgia de aquellos paseos de libro de estampas, agarrado de la mano de pergamino de la señorita Kauer.

Aunque sólo fuéramos ocho o doce mocosos, habíamos de someternos a los arneses. Éstos consistían en un ronzal azul celeste, hecho de punto de medida, que quería ser un pértigo. A derecha e izquierda de este pértigo de lana salían seis arreos, también de lana, para un total de doce rapaces. Cada diez centímetros había un cascabel. Delante de la señorita Kauer, que llevaba las riendas, trotábamos haciendo clinclincling y parlotando — y yo tocando densamente mi tambor— por las calles suburbanas y otoñales. De vez en cuando, la señorita Kauer entonaba «Jesús por ti vivo, Jesús por ti muero», o también la «Estrellita marinera», lo que conmovía a los transeúntes, al lanzar nosotros al aire transparente de octubre un «¡Oh, María, socórreme!» o un «Madre de Dios, du—u—u—ulce madre». Así que atravesábamos la calle principal había que detener el tránsito. Los tranvías, los autos y los carruajes de caballos se acumulaban mientras nosotros desfilábamos por el empedrado entonando la estrellita marinera hacia el otro lado de la calzada. Y cada vez, con su mano de papel apergaminado, la señorita Kauer daba las gracias al policía de tránsito que nos cuidaba el paso.

—Nuestro Señor Jesucristo se lo pagará —le prometía, con un crujir de su vestido de seda.

De veras lo sentí cuando Óscar, en la primavera siguiente a su sexto cumpleaños, hubo de abandonar por causa de Esteban y junto con éste a la abrochable y desabrochable señorita Kauer. Como siempre que se trata de política, hubo violencia. Estábamos en el Erbsberg. La señorita Kauer nos quitó los arneses de lana, el bosque primaveral brillaba, en las ramas empezaba la muda. La señorita Kauer estaba sentada en un mojón que bajo un musgo abundante indicaba diversas direcciones para paseos de una o dos horas. Cual una doncella que no sabe lo que le pasa en primavera tarareaba un airecillo con ligeras sacudidas de cabeza como las que sólo suelen observarse en las perdices, y nos tejía unos nuevos arneses que esta vez habían de ser endiabladamente rojos, pero que yo, por desgracia, ya no había de llevar. Porque de repente se oyeron unos chillidos en la maleza; la señorita Kauer aleteó y se dirigió a zancadas, con su tejido y arrastrando tras sí la lana colorada, hacia la maleza y los chillidos. Yo la seguí a ella y a la lana, y no tardé en ver más rojo todavía: la nariz de Esteban sangraba abundantemente, y uno que se llamaba Lotario, que era de pelo rizado y tenía unas venitas azules en las sienes, estaba sentado sobre el pecho de aquel ser tan raquítrico y llorón que se comportaba como si quisiera hundirle a Esteban la nariz hacia adentro.

—¡Polaco! —restallaba entre golpe y golpe—: ¡Polaco!—. Cuando la señorita Kauer nos tuvo nuevamente enganchados cinco minutos más tarde a los arneses azul celeste —yo era el único que andaba suelto, enmadejando la lana colorada—, nos recitó a todos una plegaria que normalmente se recita entre la consagración y [a comunión: «Confuso, lleno de arrepentimiento y de dolor...»

Y luego, bajada de Erbsberg y parada ante el monumento a Gutenberg. Señalando con su largo índice tendido a Esteban, que lloriqueando se apretaba un pañuelo contra la nariz, externó suavemente: —El pobrecito no tiene la culpa de ser polaco.

Por consejo de la señorita Kauer, Esteban no debía seguir yendo al jardín de niños. Y Óscar, aunque no era polaco ni apreciaba especialmente a Esteban, se declaró de todos modos solidario de éste. Y luego vino Pascua, y decidieron intentarlo. El doctor Hollatz opinó detrás de sus anteojos de gruesa montura de cuerno que aquello no podía causar ningún daño, y formuló acto seguido su diagnóstico en voz alta: —Eso no puede hacerle al pequeño Óscar ningún daño.

Jan Bronski, que pasada la Pascua quería también mandar a su Esteban a la escuela pública polaca, no se dejó disuadir, y a cada rato les decía a mamá y a Matzerath que él era funcionario polaco y que por su trabajo correcto en el servicio del Correo polaco el Estado polaco le pagaba a él correctamente. Después de todo, decía, él era polaco, y Eduvigis lo sería también tan pronto como se aprobara su instancia. Por otra parte, un niño despejado y más que medianamente dotado como lo era Esteban aprendería sin duda alguna el alemán en la casa, y en cuanto a Óscar —siempre que pronunciaba mi nombre, Jan dejaba escapar un ligero suspiro—, éste contaba seis años, exactamente como Esteban, y aunque no hablara bien todavía y estuviera en términos generales bastante atrasado para su edad, y particularmente en su crecimiento, de todos modos había que probarlo, según él, ya que, a fin de cuentas, la obligación escolar era la obligación escolar; a condición, por supuesto, que la autoridad escolar no se opusiera.

La autoridad escolar puso algún reparo y exigió un certificado médico. Hollatz dijo de mí que era un niño sano, que en cuanto al crecimiento parecía de tres años, pero que en cuanto al desarrollo intelectual, aunque no hablara bien, no les iba en nada a la zaga a los de cinco o seis. Dijo algo también de mi tiroides.

En el curso de todos los exámenes y pruebas, a los que ya me había acostumbrado, me mantuve tranquilo, indiferente y aun condescendiente, sobre todo porque nadie trataba de quitarme mi tambor. La destrucción de la colección de serpientes y embriones de Hollatz estaba todavía presente en la memoria de todos los que me examinaban y les infundía respeto.

Sólo en casa, y ello el primer día de escuela, me vi obligado a hacer actuar los diamantes de mi voz, ya que Matzerath, fuera de razón, pretendía que hiciera sin mi tambor el camino hasta la Escuela Pestalozzi, frente al Prado Fróbel, y que tampoco me lo dejaran meter dentro de la escuela.

Cuando recurrió a la violencia y trató de quitarme lo que no le pertenecía y no sabía usar, pues le faltaba fibra para ello, rompí por la mitad un florero del que se decía que era auténtico. Viendo el florero auténtico roto en auténticos pedazos sobre el suelo, Matzerath, que lo estimaba mucho, quiso soltarme un bofetón. Pero aquí saltó mamá, y Jan, que con Esteban y su clásico cucurucho de papel acertaba a pasar por allí, de prisa y como casualmente, se interpuso.

—Por favor, Alfredo —dijo con su manera tranquila y untuosa, y Matzerath, acosado por la mirada azul de Jan y la gris de mamá, bajó la mano y se la metió en el bolsillo del pantalón.

La Escuela Pestalozzi era una especie de caja nueva, de color rojo ladrillo, de tres pisos, rectangular y de techo plano decorada a la moderna con esgrafitos y frescos, que había sido construida por el Senado para aquel suburbio de población escolar numerosa bajo presión de los socialdemócratas, que en aquella época desplegaban todavía una gran actividad. Salvo por el olor y los muchachos estilo juventud moderna que en los esgrafitos y frescos aparecían practicando deportes, a mí la caja no me desagradaba.

De la gravilla frente al portal surgían unos arbolitos desmesuradamente pequeños, que además empezaban a verdear, protegidos por unas varillas de hierro en forma de báculos. Por todos los lados avanzaban madres llevando cucuruchos de diversos colores y arrastrando tras sí a niños chillones o de buen comportamiento. Nunca hasta entonces había visto Óscar a tantas madres avanzando en la misma dirección. Parecía como si se dirigieran

en peregrinación a un mercado para ofrecer allí en venta a sus primogénitos y a sus benjamines.

Ya en el vestíbulo dominaba ese olor escolar que ha sido descrito con tanta frecuencia y sobrepasa en intimidad a cualquier perfume conocido de este mundo. Sobre las losas del vestíbulo se levantaban, sin orden ni concierto, cuatro o cinco tazas de granito de cuyas cavidades saltaba el agua en un surtidor de varios chorros. Rodeadas de niños, inclusive de algunos de mi edad, me recordaban la marrana de mi tío Vicente, en Bissau, que a veces, tumbada sobre un costado, toleraba un brutal apretujamiento parecido por parte de sus ansiosos lechones.

Los muchachos se inclinaban sobre las tazas y las torrecillas verticales de agua en desplome constante y, con el pelo colgándoles por delante, dejaban que los chorros se les metieran por la boca, a manera de otros tantos dedos. Ignoro si bebían o jugaban. A veces dos de ellos echaban la cabeza para atrás casi a un mismo tiempo y, con los carrillos hinchados, se escupían a la cara, en emisión simultánea de ruidos indecentes, el agua todavía tibia de sus respectivas bocas, mezclada sin duda con saliva y migajas de pan. Y yo, que al entrar en el vestíbulo había cometido la imprudencia de echar una ojeada a la sala de gimnasia que se veía allí junto y que estaba abierta, sentí a la vista del caballo de cuero, de las barras y de las cuerdas de trepar y de la barra fija, que parece exigir siempre una vuelta completa, una sed tan irresistible que de buena gana me hubiera tomado, al igual que los otros muchachos, mi sorbo de agua. Sin embargo, se me hacía imposible pedirle a mamá, que me tenía cogido de la mano, que levantara a Óscar el pequeñín a la altura de una de aquellas tazas. Ni aun subiéndome sobre mi tambor hubiera alcanzado yo el surtidor. Pero además, habiendo podido ver, de un brinco, cómo una de aquellas tazas estaba llena de desperdicios y restos de pan que obstruían considerablemente el desagüe, y que también el agua estaba hecha un caldo inmundo, se me pasó aquella sed que se me había acumulado de pensamiento, sin duda, aunque no por ello fuera menos real, al extraviarme entre todos aquellos aparatos gimnásticos.

Por una escalinata monumental, hecha a la medida de gigantes, y a lo largo de corredores resonantes, me llevó mamá hasta una sala en el dintel de cuya puerta había un letrerito que decía: la. La sala estaba llena de niños de mi edad. Sus mamas se amontonaban contra la pared opuesta a la de las ventanas, apretujando entre los brazos cruzados los cucuruchos multicolores, más altos que yo y cerrados por arriba con papel de seda, que señala la tradición para el primer día de clases. También mamá llevaba uno de esos cucuruchos.

Al entrar yo, cogido de su mano, hubo risas entre el pueblo y entre las mamas del pueblo. A un muchacho gordito, que quería darle a mi tambor, tuve que propinarle, para no tener que romper vidrios, varias patadas en la espinilla, lo que le hizo caer y darse de cabeza, con todo y su peinado, contra uno de los bancos, y me valió a mí un manotazo de mamá en el cogote. El pobre rompió a chillar: yo no, por supuesto, porque yo sólo chillaba cuando me querían quitar mi tambor. Mamá, a la que esta escena en presencia de las demás madres llenaba de vergüenza, me empujó hacia el primer banco de la sección del lado de las ventanas. Naturalmente, el banco era demasiado alto. Pero hacia atrás, donde el pueblo se iba haciendo cada vez más grosero y más pecoso, los bancos eran más altos todavía.

Me di por satisfecho y me quedé sentado y quietecito en mi sitio, porque no tenía motivo de inquietud alguno. Mamá, que parecía estar algo confusa todavía, se escabulló entre las otras mamas. Se avergonzaba probablemente, frente a sus congéneres, de mi

supuesto atraso. Y las otras hacían como si tuvieran motivo para estar orgullosas de sus hijos que, en mi sentir, habían crecido con indebida rapidez.

No alcanzaba a mirar por la ventana el Prado Fróbel, porque la altura del antepecho era tan poco adecuada a mi talla como la de los bancos. Y bien que me hubiera gustado poder echar una mirada al Prado Fróbel, pues sabía que bajo la dirección del verdulero Grefflos exploradores armaban allí sus tiendas de campaña, jugaban a los lansquenets y, como corresponde a los exploradores, realizaban toda clase de acciones meritorias. No es que me interesara particularmente por esta glorificación exagerada de la vida de campamento, no: lo único que me llamaba la atención era ver a Greff de pantalón corto. Tal era su amor por los muchachos delgados y, hasta donde cupiera, de ojos grandes, aunque pálidos, que le había consagrado el uniforme del inventor de los exploradores Baden—Powell.

Privado por una arquitectura infame de un espectáculo digno de verse, sólo podía mirar al cielo, y acabé por hallarle gusto. Nubes siempre nuevas iban pasando sin cesar de noroeste a sureste, como si esta dirección tuviera para las nubes algún atractivo especial. Apreté mi tambor, que hasta entonces nunca había soñado un solo instante en nada relacionado con la emigración, entre mis rodillas y el cajón del pupitre, cuyo respaldo, previsto para la espalda, protegía la nuca de Óscar. Detrás de mí graznaban, vociferaban, reían, lloraban y armaban escándalo mis llamados condiscípulos. Me tiraban bolitas de papel, pero yo ni volvía la cabeza, considerando mucho más estético el espectáculo de las nubes que seguían su curso sin desviarse que la vista de aquella horda de mocosos mal educados que no paraban de hacer muecas.

Calmóse algo la clase la al entrar una señora que resultó luego llamarse señorita Spollenhauer. Yo no necesité calmarme, porque ya antes me habían mantenido quieto en espera de los acontecimientos. Para ser totalmente sincero, la verdad es que Óscar ni se había tomado la molestia de esperar los acontecimientos, ya que no necesitaba distracción alguna y, por consiguiente, no la esperaba, sino que sólo se mantenía quieto en su banco, cerciorándose de la presencia de su tambor y divirtiéndose con el desfile de las nubes detrás o, mejor dicho, delante de los cristales de la ventana, que habían sido lavados en ocasión de la Pascua.

La señorita Spollenhauer llevaba un traje sastre de corte rectilíneo que le confería un adusto aspecto masculino, aspecto que reforzaban además una pechera plisada y un cuello semiduro, cerrado a la garganta y, según me pareció, postizo. Apenas hubo entrado en la clase con sus zapatos planos de campo, quiso congraciarse inmediatamente con los niños: —A ver, hijitos, ¿no me vais a cantar alguna cancioncita?

A manera de respuesta se oyó un rugido colectivo, que ella interpretó sin más como una afirmación, porque acto seguido entonó con voz afectadamente impostada la canción primaveral «Ha llegado el mes de mayo», aunque sólo estábamos a la mitad de abril. Anunciar ella mayo y desencadenarse el infierno fue todo uno, porque sin esperar la señal de entrada, sin saberse la letra y sin el menor sentido del ritmo elemental de la cancioncita en cuestión, la banda que tenía tras de mí se puso a bramar más que a cantar, en espantosa confusión y como para provocar el desprendimiento del revoque de las paredes.

A pesar de su tez amarillenta, de su melena recortada y del corbatín masculino que le asomaba bajo el cuello, la Spollenhauer me dio lástima. Arrancándome de las nubes, que manifiestamente estaban de vacaciones, me concentré, saqué con gesto decidido los palillos de entre mis tirantes y, en forma sonora e insistente, empecé a marcar con mi tambor el compás de la canción. Pero la banda que estaba tras de mí no tenía para ello ni

sentido ni oído. Sólo la señorita Spollenhauer me animaba con sus movimientos de cabeza, dirigió una sonrisa al grupo de madres pegado a la pared y le guiñó especialmente el ojo a mamá, lo que yo interpreté como una señal para seguir tocando, primero tranquilamente y luego en forma más complicada, hasta acabar en una exhibición completa de mis facultades tamborísticas. Hacía ya rato que la banda tras de mí había dejado de mezclar sus voces bárbaras a mi tamboreo. Imaginábame ya que mi tambor daba la clase, enseñaba y convertía a mis condiscípulos en mis discípulos; la señorita Spollenhauer vino frente a mi banco, se puso a observar mis manos y mi tambor, atentamente y aun como entendida, y, olvidándose de sí misma, trató sonriendo de marcar el compás conmigo; por espacio de un minuto se dejó ver como una señorita de cierta edad, no exenta de simpatía, la cual, olvidando su carrera de maestra y desembarazándose de la caricatura de existencia que le estaba prescrita, se humaniza, es decir: se hace niña, curiosa, intuitiva, inmoral.

Sin embargo, comoquiera que no logró captar en seguida el ritmo de mi tambor en forma correcta, volvió a caer en su papel anterior, rectilíneo, insulso y por añadidura mal pagado, se sacudió como las maestras han de sacudirse de vez en cuando, y dijo: —Tú eres sin duda el pequeño Óscar, ¿verdad? De ti hemos oído ya hablar mucho. ¡Qué bien tocas! ¿No es cierto, niños, que nuestro Óscar es un buen tambor?

Los niños bramaron, las mamas se apretujaron más: ya la Spollenhauer había recobrado el dominio de sí misma. —Pero ahora —dijo con su voz de falsete— vamos a guardar el tambor en el armario, pues debe estar cansado y tendrá sueño. Después, al terminar la clase, te lo podrás llevar.

Y mientras iba desovillando estos propósitos hipócritas, mostróme sus largas uñas recortadas de maestra e intentó acercar sus manos, diez veces recortadas, a mi tambor que, Dios me valga, ni estaba cansado ni tenía sueño. Primero aguanté firme y puse mis brazos con las mangas del suéter alrededor del cilindro llameante rojo y blanco; la miré, y luego, viendo que conservaba impertérrita su rutinaria mirada inmemorial de maestra de escuela pública, la traspasé con los ojos y encontré en el interior de la señorita Spollenhauer materia suficiente como para llenar tres capítulos de escándalo; pero, como de lo que se trataba era de defender mi tambor, me arranqué de su vida interior, y anoté, al pasar mi mirada por entre sus omóplatos, sobre una piel relativamente bien conservada, una peca del tamaño de un florín recubierta de largos pelos.

Sea que se sintiera penetrada en sus intenciones por mi mirada o a causa tal vez de mi voz, con la que a guisa de advertencia y sin causarle daño rascaba yo el lente derecho de sus anteojos, es el caso que renunció a la pura violencia que le pintaba ya de blanco las muñecas —tal vez no soportara sin escalofríos el rascado del vidrio—, retiró con un respingo las manos de mi tambor y dijo: —Eres un Óscar malo —y lanzando a mamá, que ya no sabía dónde esconderse, una mirada llena de reproche, me dejó mi tambor, que no dormía en absoluto, dio media vuelta, y con el paso marcial de sus tacones planos se fue hasta su pupitre. Aquí, hurgando en su cartera, extrajo de ella otro par de anteojos, probablemente los de leer, quitóse de la nariz con ademán resuelto aquellos cuyo cristal mi voz había rascado —como se rascan con las uñas los vidrios de las ventanas—, hizo como si yo hubiera violado sus anteojos, asentóse sobre la nariz, alzando el meñique, la segunda montura, se irguió haciendo crujir sus huesos y, volviendo a hurgar en su cartera, indicó: —Ahora voy a leeros el horario.

Extrajo de la cartera de piel de cerdo un manojo de hojitas de papel, guardóse una para sí, repartió las demás entre las madres, dándole también una a mamá, y reveló finalmente a los niños de seis años, que empezaban ya a agitarse: «Lunes: Religión,

Escritura, Cálculo, Juegos; Martes: Cálculo, Caligrafía, Canto, Historia natural; Miércoles: Cálculo, Escritura, Dibujo, Dibujo; Jueves: Historia patria, Cálculo, Escritura, Religión; Viernes: Cálculo, Escritura, Juegos, Caligrafía; Sábado: Cálculo, Canto, Juegos, Juegos».

Todo eso lo anunciaba la señorita Spollenhauer como un destino irrevocable, prestando a aquel producto de un comité pedagógico su voz severa, sin omitir una sola letra; luego, recordando sus tiempos de normalista, se fue dulcificando progresivamente para prorrumper finalmente en un tono de jovialidad pedagógica: —Y ahora, hijitos míos, vamos a repetirlo todos juntos. A ver: ¿Lunes?

La horda bramó: ¡Lunes!

Y ella, a continuación: —¿Religión?—. Los paganos bautizados bramaron la palabreja religión: Yo me abstuve, pero hice sonar en cambio las sílabas religiosas en la hojalata.

Detrás de mí gritaban, alentados por la Spollenhauer: «¡Eri—tu—ra!» Cuatro golpes de mi tambor. «¡Cál—cu—lo!» Tres golpes más.

Y así fueron siguiendo, detrás de mí, los bramidos, y delante, las invitaciones de la Spollenhauer; y yo, poniendo a juego necio buen semblante, seguía marcando moderadamente las sílabas con mi tambor, hasta que la Spollenhauer —no sé por indicación de quién— se levantó de repente, manifiestamente enojada, pero no con los energúmenos de atrás, sino conmigo. Era yo quien le ponía aquel rubor héctico en las mejillas: el inocente tambor de Óscar era para ella motivo de escándalo suficiente.

—Óscar, ahora me vas a escuchar a mí. Jueves: ¿Historia patria?—. Prescindiendo de lo de jueves, di cinco golpes para Historia patria: para Cálculo y Escritura, respectivamente, tres y cuatro golpes, y para Religión, como corresponde, no cuatro, sino tres golpes trinitarios de tambor, únicos y verdaderos.

Pero la Spollenhauer no notaba las diferencias. Para ella todo tamboreo era igualmente insoportable. Multiplicando por diez la muestra de sus uñas recortadas, como antes, trató de echarme mano con el mismo número.

Pero antes de que tocara mi hojalata solté el grito vitricida que dejó sin vidrios superiores las tres desmesuradas ventanas de la clase. Los de en medio cayeron víctimas de otro grito. El tibio aire primaveral invadió sin obstáculo la clase. Que de un tercer chillido eliminara los vidrios inferiores resultaba superfluo y hasta petulante de mi parte, porque ya al ceder los cristales superiores y de en medio la Spollenhauer contrajo sus garras. En lugar de atentar por mero capricho, artísticamente discutible por lo demás, contra los últimos vidrios, Óscar habría sin duda hecho mejor no perdiendo de vista a la Spollenhauer que reculaba tambaleándose.

Dios sabe de dónde, como por arte de encantamiento, sacó la caña. En todo caso, es lo cierto que de repente estaba allí, tremolando en aquel aire primaveral que se mezclaba con el aire de la clase. Y a través de este aire mixto la hizo silbar, alentando su flexibilidad, alentando su hambre y sed de abatirse sobre la piel que revienta, alentándola a obsesionarse en el sst, en la innúmeras cortinas que una caña es capaz de sugerir, en la satisfacción de ambas partes. Y la dejó caer como un trueno sobre la tapa de mi pupitre, de tal modo que la tinta del tintero pegó un salto violáceo, y al negarme yo a someter mi mano a los golpes, le dio un golpe a mi tambor. ¿Cómo se atrevía ella a pegar? Y si quería hacerlo, ¿por qué había de ser a mi tambor? ¿No había detrás de mí picaros despabilados en cantidad suficiente? Entonces, ¿por qué, precisamente, a mi tambor? ¿Cómo era posible que una

señorita que no entendía nada, pero absolutamente nada del arte del tamboreo, se atravesara a atentar contra mi tambor? ¿Qué le brillaba en la mirada? ¿Cómo se llamaba la bestia que quería pegar? ¿De cuál parque zoológico se había escapado, qué clase de alimento buscaba, de qué andaba en celo? Óscar se creció: algo penetró en él subiendo de no sé cuáles profundidades a través de las suelas de sus zapatos, a través de las plantas de sus pies; se abrió paso hacia arriba, ocupó sus cuerdas vocales y le hizo emitir un rugido que habría bastado para dejar sin vidrios una magnífica catedral gótica de bellos ventanales luminosos y refringentes.

Produje, en otros términos, un doble chillido que pulverizó literalmente los dos lentes de los anteojos de la Spollenhauer. Con las cejas ligeramente ensangrentadas y haciendo guiños a través de los aros vacíos de la montura, fue reculando a tientas y se puso a lloriquear de un modo horrible y con una falta de dominio absolutamente impropia de una maestra de escuela pública, en tanto que la banda tras de mí enmudecía de terror, quiénes desapareciendo bajo los bancos, quiénes castañeteando los dientes. Algunos se fueron deslizando de banco en banco hacia sus madres. Pero éstas, al advertir la magnitud de los daños, buscaban al culpable y querían echarse sobre mamá, lo que sin duda habrían acabado por hacer si yo, tomando mi tambor, no me hubiera salido del banco.

Pasando frente a la Spollenhauer, que estaba medio ciega, me abrí paso hasta mamá por entre aquellas furias, la tomé de la mano y la saqué de la clase Ia, expuesta ya a todas las corrientes de aire. Corredores resonantes y escalinata para niños gigantes. Restos de pan en tazas chorreantes de granito. Gimnasio abierto con unos muchachos temblando bajo la barra fija. Mamá seguía todavía con la hojita de papel en la mano. Ante el portal de la Escuela Pestalozzi se la tomé y convertí el horario en una inocua bolita de papel.

Pero eso sí: al fotógrafo, que entre las columnas del portal acechaba a los alumnos del primer año con las mamas y los cucuruchos, Óscar le permitió que le tomara una foto de él y del suyo, que había salido indemne de toda aquella confusión. Salió el sol; arriba se oía el zumbido de las clases. El fotógrafo colocó a Óscar ante un telón como pizarra en la que se leía: Mi primer día de escuela.

Rasputín y el ABC

Contándoles el primer encuentro de Óscar con un horario, acabo de decirles a mi amigo Klepp y al enfermero Bruno, que sólo me escucha a medias: Sobre aquella pizarra, que brindaba al fotógrafo el fondo para sus fotos tamaño tarjeta postal de los niños de seis años con sus mochilas y cucuruchos, se leía: Mi primer día de escuela.

Claro está que la frasecita sólo podían leerla las mamás, que se agrupaban detrás del fotógrafo y estaban más excitadas que los niños. En cuanto a éstos, colocados delante de la pizarra, sólo podrían leer la inscripción al año siguiente, en ocasión del ingreso de los nuevos alumnos de primer año, después de la Pascua, o bien descifrar, en las fotos mismas que guardaban, que aquellas hermosas instantáneas habían sido tomadas en su primer día de escuela.

Escrita en caligrafía Sütterlin, aquella inscripción que marcaba con tiza el inicio de una nueva etapa de la vida, extendíase con sus puntas agresivas, falseada en las curvas por el relleno, a lo ancho de la pizarra. De hecho, la escritura Sütterlin se presta para lo notable, las frases breves, para las consignas, por ejemplo. También para algunos documentos, que nunca he visto, a decir verdad, pero que me represento de todos modos escritos en letra Sütterlin: cosas como los certificados de vacuna, los diplomas deportivos y las sentencias de pena capital escritas a mano. Ya en aquella época, en la que sin duda no podía leer todavía la escritura Sütterlin sino sólo penetrarla, el doble lazo de la M sutterliniana con que empezaba la inscripción de marras —traicionera y oliendo a cáñamo—, me hacía pensar en el patíbulo. Y, con todo, me hubiera gustado poder leerla letra por letra en vez de presentirla sólo oscuramente. No vaya a pensarse que yo diera a mi encuentro con la señorita Spollenhauer un giro tan excelsamente vitricida y el carácter de una rebelión de protesta tamborística porque ya me supiera el ABC. ¡De ningún modo! Sabía perfectamente bien, por el contrario, que no bastaba en modo alguno con adivinar vagamente la escritura Sütterlin, y que carecía del saber escolar más elemental. Desgraciadamente, lo que a Óscar no podía gustarle era el método mediante el cual la señorita Spollenhauer se proponía instruirlo.

De ahí que al abandonar la Escuela Pestalozzi no decidiera en modo alguno que mi primer día de escuela fuera también el último. Se acabó la escuela, vivan las vacaciones. Nada de eso. Ya al tiempo que el fotógrafo me confinaba para siempre en la imagen pensaba para mí: Hete aquí ahora delante de una pizarra, y bajo una inscripción probablemente y posiblemente fatídica; puedes sin duda interpretar la inscripción por el carácter de la escritura y representarte asociaciones de ideas tales como la de la incomunicación, arresto preventivo, residencia vigilada y todos a la misma cuerda; pero lo que no puedes hacer es descifrarla. Por otra parte, y pese a tu ignorancia que clama al cielo seminublado, tienes el propósito de no volver a poner los pies en esta escuela con horario. Y entonces, Óscar, ¿dónde vas a aprender el pequeño ABC, y el grande?

Que existían un ABC pequeño y uno grande lo había colegido yo, entre otras cosas, de la existencia innumerable e ineludible de personas mayores que se llamaban a sí mismos adultos. Claro que a mí seguramente con el pequeño me bastara. Pero, en efecto, nadie cesa de justificar a cada paso la existencia de un ABC grande y uno pequeño con la de un catecismo grande y uno pequeño o de una tabla de multiplicar grande y una pequeña, y en ocasión de las visitas oficiales suele hablarse asimismo, según la concurrencia de diplomáticos y dignatarios condecorados, de una recepción grande o una pequeña.

Durante los meses siguientes, ni mamá ni Matzerath se preocuparon más por mi instrucción ulterior. Les bastaba con el único intento, por lo demás tan duro y humillante para mamá, que habían hecho para llevarme a la escuela. Al igual que el tío Bronski, cuando me contemplaban desde arriba suspiraban y sacaban a relucir viejas historias, como por ejemplo la de mi tercer aniversario: —¡La trampa abierta! Fuiste tú quien la dejaste abierta, ¿no es cierto? Tú estabas en la cocina y habías ido previamente a la bodega, ¿no es cierto? Fuiste a buscar una lata de ensalada de fruta, ¿no es cierto? Dejaste la trampa abierta, ¿no es cierto?

Todo lo que mamá le echaba en cara a Matzerath era cierto y, sin embargo, según sabemos, no lo era. Pero él llevaba el peso de la culpa, y a veces hasta lloraba, porque era capaz de enternecerse. Entonces mamá y Jan tenían que consolarlo, y me llamaban a mí, Óscar, una cruz que era necesario llevar, un destino probablemente inmutable, una prueba que no se sabía cómo había podido merecerse.

Ningún auxilio era pues de esperar por parte de estos portadores de cruz tan duramente castigados por el destino. También la tía Eduvigis, que a menudo venía a buscarme para llevarme a jugar con su pequeña Marga de dos años en el cuadro de arena del Parque Steffen, quedó eliminada como maestra para mí: tenía buen corazón, sin duda, pero era de una simplicidad de espíritu como la del cielo azul. Hube asimismo de apartar de mi mente a la señorita Inge, la del doctor Hollatz, y no porque no fuera azul celeste ni de corazón manso; por el contrario, era inteligente, y no una simple recepcionista de consultorio, sino una asistente insustituible, de modo que no disponía de tiempo para mí.

Varias veces al día subía y bajaba yo los ciento y tantos peldaños de la escalera del edificio de cuatro pisos, tocaba el tambor, en busca de consejo, a cada descansillo, y olía lo que había de comer en los departamentos de los diecinueve inquilinos, pero sin llamar a puerta alguna, porque ni en el viejo Heilandt ni en el relojero Laubschad, y no digamos ya en la gorda señora Kater o, pese a toda mi simpatía, en mamá Truczinski, alcanzaba yo a ver a mi futuro magister.

Arriba en la buhardilla vivía el músico y trompetista Meyn. El señor Meyn tenía cuatro gatos y estaba siempre borracho. Tocaba música de baile en el local «Zinglers Hohe», y la noche de Navidad iba pesadamente por las calles y la nieve con otros cuatro o cinco borrachines de su calaña, luchando, a fuerza de corales, contra el frío riguroso. Un día me lo encontré en su desván, tendido boca arriba sobre el suelo, de pantalón negro y camisa blanca de etiqueta, haciendo rodar entre sus pies sin zapatos una botella vacía de ginebra y tocando al mismo tiempo la trompeta como los propios ángeles. Sin quitarse el instrumento de la boca, me echó una mirada de reojo y alcanzando a verme plantando detrás de él, me aceptó tácitamente como tambor acompañante. Para él su latón no valía más que el mío. Nuestro dúo ahuyentó a sus cuatro gatos hacia el tejado e hizo vibrar ligeramente los canalones.

Cuando terminamos la música y dejamos los instrumentos, yo saqué de debajo de mi jersey un viejo ejemplar de las *Últimas Noticias*, lo alisé, me acurruqué al lado del trompetista Meyn, le tendí la lectura y le pedí que me enseñara el grande y el pequeño ABC.

Pero apenas hubo dejado su trompeta, el señor Meyn se quedó dormido. Para él sólo había tres verdaderas ocupaciones: la botella de ginebra, la trompeta y el sueño. Hasta que ingresó como músico en el cuerpo montado de la Sección de Asalto y dejó la bebida por algunos años, ejecutamos todavía con frecuencia y sin ensayo previo algunos otros

dúos en el desván, para las chimeneas, los canalones, las palomas y los gatos; pero para maestro no servía.

Probé entonces con el verdulero Greff. Sin mi tambor, porque a Greff no le gustaba el sonido del metal, visité en varias ocasiones la tienda de los bajos casi enfrente de nuestra casa. Allí parecían darse todas las premisas de un estudio a fondo, ya que por todas partes, en la vivienda de dos piezas, en la misma tienda, arriba y detrás del mostrador y aun en el almacén relativamente seco para las patatas, había libros: libros de aventuras, libros de canciones, el *Querubín vagabundo*, las obras de Walter Flex, la *Vida sencilla* de Wiechert, *Dafnis y Cloe*, monografías de artistas, pilas de revistas de deportes, inclusive volúmenes ilustrados, con grabados de muchachos medio desnudos corriendo siempre, no se sabe por qué razón, detrás de balones, la mayoría de las veces en la playa, y mostrando unos músculos tan lustrosos que parecían aceitados.

Ya en aquella época tenía Greff muchos disgustos con su negocio. Al controlar su balanza y sus pesas unos inspectores de pesas y medidas habían comprobado algunas deficiencias. Sonó la palabrita fraude. Greff hubo de pagar una multa y comprar nuevas pesas. Lleno de preocupaciones como andaba, ya sólo lograban distraerlo sus libros y las veladas y las excursiones de fin de semana con sus exploradores.

Apenas si se dio cuenta de que yo entraba en la tienda; siguió marcando sus etiquetas con los precios, y yo aproveché la oportunidad para tomar tres o cuatro cartones blancos y un lápiz rojo y, con mucha aplicación e imitando la escritura de Sütterlin, sirviéndome como modelo para ello de las etiquetas ya marcadas, traté de atraer la atención del verdulero.

Pero probablemente Óscar era demasiado pequeño para él, y sus ojos no eran tampoco lo bastante grandes ni su tez lo bastante pálida. En vista de eso, solté el lápiz rojo, escogí un libróte lleno de desnudeces susceptibles de llamar la atención a Greff y, colocándome ostensiblemente de lado, en forma que también él pudiera verlos, empecé a contemplar grabados de muchachos que se inclinaban hacia adelante o se tendían hacia atrás, y que yo sospechaba podrían decirle algo.

Comoquiera que cuando no tenía en la tienda clientes que le pidieran zanahorias el verdulero se absorbía por completo en la confección de sus etiquetas, necesitaba yo abrir y cerrar el libro ruidosamente, o volver rápidamente las páginas con un crujido, con objeto de sacarlo de sus etiquetas y hacer que se fijara en mí y en mi avidez de lectura.

Más vale decirlo de una vez: Greff no me comprendió. Cuando había exploradores en la tienda —y por las tardes andaban siempre por allí dos o tres de sus lugartenientes—, no se daba cuenta para nada de la presencia de Óscar. Y cuando no había nadie, lo irritaban a tal punto mis interrupciones que se levantaba y ordenaba severamente: —¡Deja el libro en paz, Óscar! ¡No es para ti! Eres demasiado tonto y pequeño todavía, y sólo me lo vas a estropear y vale más de seis florines. Si quieres jugar, ¡aquí hay patatas y repollos suficientes para ello!—. Y quitándome el libróte de las manos y hojeándolo sin la menor contracción de su cara, me dejaba allí entre berzas, coles de Bruselas, coles lombardas, repollos, nabos y tubérculos, solitario y abandonado porque Óscar no tenía consigo a su tambor.

Claro que quedaba todavía la señora Greff, y así, después de las reprimendas del verdulero, solía con frecuencia deslizarme hacia el dormitorio del matrimonio. En aquella época, la señora Lina Greff estaba en cama desde hacía varias semanas, andaba enferma,

olía a camisa de dormir putrefacta y tomaba todo lo que se le ponía por delante, con excepción de algún libro que hubiera podido instruirme.

Con cierta envidia miraba Óscar en aquella época las carteras de los muchachos de su edad, a cuyo lado colgaban columpiándose y dándose importancia las esponjas y los trapitos de las pizarras. Y sin embargo, no recuerda haber tenido nunca pensamientos por el estilo de: tú mismo te lo buscaste, Óscar; hubieras debido ponerle buena cara al juego escolar; no hubieras debido romper tan para siempre con la Spollenhauer; ahora estos rapaces te van a adelantar; seguramente ellos ya han pasado el ABC grande y el pequeño en tanto que tú no sabes siquiera tener correctamente las *Ultimas Noticias*.

Con cierta envidia, acabo de decir, y no iba más allá, en efecto. Una sola prueba olfatoria superficial me había bastado para apartar la nariz definitivamente de la escuela. ¿No han olfateado ustedes alguna vez las esponjitas y los trapitos mal lavados y medio carcomidos de esas pizarras de marco amarillo que se van desgastando y retienen en el cuero barato de las carteras las emanaciones de la caligrafía, de la pequeña y la grande tabla de multiplicar y el sudor de los pizarrines chirriantes, humedecidos con saliva, que alternativamente se atascan y resbalan? De vez en cuando, cuando algunos muchachos, al salir de la escuela, acertaban a dejar cerca de mí sus carteras para jugar a la pelota, yo me inclinaba hasta las esponjas que se tostaban al sol, y me decía para mí que emanaciones tan acres sólo podían exhalarlas los sobacos de Satanás, si es que existía.

Así, pues, la escuela de las pizarras difícilmente podía gustarme. Pero con ello tampoco pretende dar a entender Óscar que aquella Greta Scheffler que de allí a poco había de hacerse cargo de su instrucción fuera la encarnación perfecta de su gusto.

Todo el inventario de la habitación de panaderos de los Scheffler en el Kleinhammerweg me ofendía. Aquellas carpetitas de adorno, los cojines bordados con escudos de armas, las muñecas a la Käthe—Kruse al acecho en los ángulos de los sofás, animales de trapo por todas partes, porcelana que clamaba por un elefante, recuerdos de viajes en todas direcciones, labores en curso de ejecución: de ganchillo, de tejido, de bordado, de trenzado, de anudado, de bolillo y orlas de puntilla. A este interior tan empalagosamente mono, tan deliciosamente hogareño, minúsculo hasta la asfixia, sobrecalentado en invierno y envenenado con flores en verano, sólo alcanzo a encontrarle una explicación, a saber: Greta Scheffler no tenía hijos; ella, a la que tanto le hubiera gustado tenerlos para tejerles cositas de punto, que se moría ¡ay! —¿sería culpa de Scheffler o culpa de ella?— por tener un hijito al que hacerle ropita de ganchillo, con cuentecitas, con volantitos, y al que cubrir con besitos de punto de cruz. Y aquí fue donde vine yo a parar para aprender el pequeño y el grande ABC. Me esforcé porque la porcelana y los recuerdos de viaje no sufrieran daño alguno. Dejaba como quien dice mi voz vitricida en casa y, cuando a Greta le parecía que ya se había tamboreado bastante, y, enseñándome en una sonrisa sus dientes de oro caballunos, me quitaba el tambor de las rodillas y lo ponía entre los ositos Teddy, yo cerraba un ojo.

Hice amistad con dos de las muñecas Käthe—Kruse, las apretaba contra mi pecho y flirteaba como un enamorado con las pestañas de estas dos damiselas que me miraban con perpetuo asombro; y así, por medio de esta amistad fingida con las muñecas —que por ser fingida parecía ser más real— iba tejiendo una red alrededor del corazón de Greta Scheffler, tejida también dos vueltas al derecho, dos al revés.

Mi plan no era malo. Ya a la segunda visita me abrió Greta su corazón o, mejor dicho, deshizo sus mallas, como se deshacen las mallas de una media, y puso al descubierto su larga hebra, deshilachada ya en algunos sitios y anudada en otros, abriendo

delante de mí todos los armarios, todas las cajitas, exponiendo a mi vista todas aquellas monadas adornadas con cuentecitas —pilas de chaquetitas de punto, de baberos y de pantaloncitos como para niños de cinco años—, tendiéndolas hacia mí, probándomelas y volviéndomelas a quitar.

Mostróme luego las medallas de tiro ganadas por Scheffler en la asociación de combatientes, con sus correspondientes fotos que en parte coincidían con las nuestras, y no fue hasta el final, al recoger toda la ropita y buscar todavía alguna otra monada, cuando hicieron su aparición algunos libros. Óscar había contado firmemente con que detrás de la ropita tenía que haber algún libro, ya que había oído a Greta hablar con mamá de libros y sabía con qué afán las dos, de solteras todavía y luego de casadas jóvenes las dos, casi a la misma edad, habían cambiado libros entre sí y solían tomarlos prestados de la biblioteca circulante junto al Palacio del Film para, saturadas de lectura, poder conferir a los matrimonios ultramarino y panadero más mundo, más amplitud y más brillo.

Sin duda, lo que Greta podía ofrecerme no era mucho. Probablemente ella, que desde que tejía ya no leía, lo mismo que mamá, que a causa de Jan Bronski ya no tenía tiempo de leer, habría regalado los bellos volúmenes de la Cooperativa del Libro, de la que ambas habían sido suscriptoras, a gentes que leían todavía, porque ni tejían ni tenían a ningún Jan Bronski.

Pero también los malos libros son libros y, por lo tanto, sagrados. Lo que allí encontré era una mezcolanza y provenía en buena parte del cajón de libros de su hermano Theo, que había perecido de marino en el Doggerbank. Siete u ocho volúmenes del *Calendario de la Flota de Köhler*, llenos de barcos hundidos desde hacía mucho, los *Grados de Servicio de la Marina Imperial*, *Paul Beneke, el héroe marino*, todo lo cual apenas podía constituir el alimento por el que suspiraba el corazón de Greta. También la *Historia de la ciudad de Danzig*, de Erich Keyser, y aquella *Lucha por Roma*, que hubo de efectuar un individuo llamado Félix Dahn con la ayuda de Totila y Teya, de Narses y Belisario, y que había perdido entre las manos del hermano marino mucho de su brillo y consistencia. Pensé, en cambio, que procedía de la estantería de la propia Greta un libro que trataba del Debe y el Haber, algo sobre *Afinidades electivas* de Goethe y el grueso volumen ricamente ilustrado que tenía por título *Rasputín y las mujeres*.

Después de mucho titubeo —habiendo poco que elegir no era fácil decidirse rápidamente—, escogí, sin saber lo que escogía, por pura obediencia a mi conocida vocecita interior, primero a Rasputín y luego a Goethe.

Esta doble elección estaba llamada a fijar e influir mi vida, por lo menos la vida que pretendía llevar al margen de mi tambor. Hasta la fecha —en que Óscar, ávido de instrucción, va atrayendo a su cuarto uno tras otro los libros de la biblioteca del sanatorio— oscilo, riéndome de Schiller y sus adláteres, entre Goethe y Rasputín, entre el curandero y el omnisciente, entre el individuo tenebroso, que fascinaba a las mujeres, y el príncipe luminoso de los poetas, al que tanto gustaba dejarse fascinar por ellas. Y si temporalmente me inclinaba más por Rasputín y temía la intolerancia de Goethe, ello se debía exclusivamente a la vaga sospecha que me hacía decirme: Goethe, Óscar, si tú hubieras tocado el tambor en su tiempo, sólo habría visto en ti lo anormal, te habría condenado como encarnación material de la antinaturalidad, y su naturaleza —que a fin de cuentas tú siempre has admirado tanto y a la que siempre has aspirado, por mucho que se pavoneara en forma poco natural—, su natural, digo, lo habría atiborrado de confites empalagosos, en tanto que a ti, pobre diablo, te habría pulverizado, si no a golpes del Fausto, sí por lo menos con un grueso volumen de su *Teoría de los colores*.

Pero volvamos a Rasputín. Éste, con el concurso de Greta Scheffler, me ha enseñado en efecto el pequeño ABC y el grande, me ha enseñado a tratar amablemente a las mujeres, y, cuando Goethe me ofendía, ha sabido consolarme.

No fue nada fácil aprender a leer haciéndome al propio tiempo el ignorante. Esto había de resultarme más difícil que la simulación, prolongada durante muchos años, de mojar la cama. Pues en este último caso se trataba simplemente de poner cada mañana de manifiesto una deficiencia de la que en el fondo habría podido prescindir. En cambio, hacerme el ignorante significaba para mí ocultar mis rápidos progresos y sostener una lucha constante con mi incipiente vanidad intelectual. Que los adultos vieran en mí a un niño que mojaba la cama me tenía perfectamente sin cuidado, pero tener que pasar un día sí y otro también por bobo era bastante molesto para Óscar y para su maestra.

Tan pronto como hube salvado los libros de entre la ropita para bebé, Greta comprendió inmediatamente y llena de júbilo su vocación pedagógica. Logré arrancar a esa mujer sin hijos de la lana que la tenía aprisionada, y casi llegué a hacerla feliz. En realidad, ella hubiera preferido que escogiera como libro escolar aquel de Debe y Haber, pero yo insistí en Rasputín, me quedé con Rasputín cuando, para la segunda lección, ella había ya comprado un auténtico ABC para principiantes y, al ver que me volvía siempre con novelitas inocentes y cuentos como el del *Enano narigón* y el *Pulgarcito*, me decidí a hablar. «¡Rasputín!», gritaba, o también «¡Rachuchín!»». A veces me hacía el perfecto idiota: «¡Rachu, Rachu!»», se le oía parlotear al pequeño Óscar, con objeto de que Greta comprendiera por una parte cuál lectura prefería y permaneciera por otra a oscuras acerca de los progresos de su genio delectante.

Aprendía rápida y regularmente, sin poner en ello excesiva atención. Al cabo de un año sentíame en San Petersburgo, en las habitaciones privadas del autócrata de todas las Rusias, en el cuarto infantil del zarévich siempre enfermizo, entre conspiradores y popes, así como cual testigo ocular de las orgías rasputinianas, completamente como en mi casa. Aquello tenía un colorido que me gustaba: todo se movía alrededor de una figura central, lo que confirmaban asimismo los grabados contemporáneos esparcidos por el libro, que mostraban al barbudo Rasputín con sus ojos de carbón en medio de damas que llevaban medias negras, pero desnudas en cuanto a lo demás. La muerte de Rasputín me impresionó: lo envenenaron con pastel envenenado, con vino envenenado, y, como pidiera más pastel, lo acribillaron a tiros de revólver, y comoquiera que el plomo en el pecho le diera ganas de bailar, lo ataron y lo hundieron en el Neva por un agujero hecho en el hielo. Todo eso lo hicieron unos oficiales masculinos, porque las damas de San Petersburgo nunca hubieran dado pastel envenenado al padrecito Rasputín aunque sí, en cambio, todo lo demás que les hubiera pedido. Y es que las mujeres creían en él, en tanto que los oficiales hubieron de eliminarlo para poder creer de nuevo en sí mismos.

¿Tiene nada de particular, en estas condiciones, que no fuera yo solo el que hallara placer en la vida y el fin del atlético curandero? Greta volvió a hallar a tientas el camino de las lecturas de sus primeros años de casada. A veces, al leer en voz alta, disolviase literalmente, temblaba al caer sobre la palabrita orgía, pronunciaba la palabra mágica orgía con una entonación especial, se disponía para la orgía cuando decía orgía y, sin embargo, no era capaz de representarse, bajo el nombre de orgía, ninguna orgía verdadera.

Lo malo era cuando mamá me acompañaba al Kleinhammerweg y asistía, en el cuarto de arriba de la panadería, a mis lecciones. Entonces la cosa degeneraba a veces en orgía, se convertía en fin propio y no ya en clase para el pequeño Óscar. A cada segunda o tercera frase brotaban unas risas sofocadas, los labios se ponían secos y a punto de

agrietarse; las dos mujeres casadas, al simple capricho de Rasputín, se iban juntando más y más, se ponían inquietas sobre los cojines del sofá, se les ocurría apretarse los muslos, y las risas sofocadas del comienzo acababan por convertirse en suspiros. La lectura de unas doce páginas de Rasputín daba lugar a lo que tal vez no se había querido y apenas esperado, pero que de todos modos se aceptaba de buena gana, aunque fuera en plena tarde; y contra ello Rasputín no habría tenido objeción alguna sino que, por el contrario, lo distribuía gratuitamente y lo seguirá distribuyendo por toda la eternidad.

Finalmente, mientras las dos mujeres, después de haber dicho diosmíodiosmío, se componían algo confusas el peinado, asaltábale a mamá la duda: —¿Será cierto que Oscarcito no entiende nada de esto? —¿Qué va! —decía Greta tranquilizándola— con el trabajo que me da no logro hacerle aprender nada, y lo que es leer, dudo que nunca lo consiga.

Y para dar testimonio de mi ignorancia a toda prueba, añadía: —Fíjate, Agnés, que arranca las páginas de nuestro Rasputín, las arruga y luego ya no están. A veces quiero darme por vencida, pero cuando veo lo feliz que es con el libro, le dejo que lo rompa y lo deshaga. Por lo demás, ya le tengo dicho a Alex que para la Navidad nos regale un nuevo Rasputín.

En el curso, pues, de tres o cuatro años —tantos fueron, y aun más, los que Greta me instruyó— conseguí, como ustedes habrán observado, hacerme con más de la mitad de las hojas de Rasputín; con prudencia, eso sí, haciendo ver que era por travesura y arrugándolas, para luego, una vez en casa, sacarlas en mi rincón de tocador de tambor de debajo de mi jersey, alisarlas y guardarlas con vistas a ulteriores lecturas clandestinas, sin que me estorbaran las dos mujeres. Y lo propio hacía con el Goethe, que cada cuarta lección pedía a Greta, gritando: «¡Doethe!» No quería, en efecto, confiarme sólo a Rasputín, porque no había tardado en darme cuenta de que, en este mundo, cada Rasputín tiene enfrente a un Goethe, que Rasputín lleva tras sí a un Goethe, o Goethe a un Rasputín y, lo que es más todavía, lo crea en su caso, para después poder condenarlo.

Cuando Óscar, acurrucado con sus hojas sin encuadernar en el desván o en el cobertizo del viejo señor Heilandt, entre las bicicletas destartadas, mezclaba las páginas sueltas de las *Afinidades electivas* con otras de Rasputín, a la manera como se barajan los naipes, leía el libro de nueva creación con sorpresa creciente, pero no por ello menos divertida: veía a Otilia pasearse recatada del brazo de Rasputín por entre jardines centroalemanes, y a Goethe, sentado con una noble Olga licenciada en un trineo, deslizarse de orgía en orgía a través de San Petersburgo invernal.

Pero volvamos una vez más a mi sala de clase del Kleinhammerweg. Aunque yo no pareciera hacer progreso alguno, Greta disfrutaba conmigo como si fuera una adolescente. Florecía junto a mí poderosamente bajo la mano abrasadora del curandero ruso, invisible por supuesto pero no por ello menos hirsuta, arrastrando en su florecer sus tilos y sus cactus de salón. ¡Si solamente Scheffler hubiera sacado una que otra vez los dedos de la harina y cambiado los panes de la panadería por otra clase de panes! No cabe duda que Greta se habría dejado amasar, abatanar, bañar y hasta cocer. ¿Quién sabe lo que habría salido del horno? Tal vez un bebé. Valía la pena que se le concediera a Greta esa alegría.

Y en cambio permanecía sentada después de la lectura excitante de Rasputín, con la mirada encendida y el pelo ligeramente en desorden, moviendo sus dientes áureos y equinos, pero sin tener qué morder, y decía diosmíodiosmío pensando en la levadura eterna. Y como mamá, que tenía a su Jan, no podía ayudarla en nada, los minutos que

seguían a esta parte de mi enseñanza fácilmente hubieran podido acabar mal, si no fuera porque Greta tenía un corazón como unas Pascuas.

Corría rápidamente a la cocina, volvía de ella con el molinillo del café, lo agarraba como se agarra a un amante y, mientras el café se convertía en polvo, cantaba acompañada de mamá y con melancolía apasionada los *Ojos negros* o *El rojo sarafán*, se llevaba los ojos negros a la cocina, ponía agua a calentar y, mientras ésta se calentaba en la llamita del gas, bajaba corriendo a la panadería y traía de allí, a menudo contra las objeciones de Scheffler, pasteles frescos y otros rancios, llenaba la mesita con tacitas floreadas, la jarrita para la crema, el azucarerito, tenedores para pastel, esparcía unos pensamientos en los huecos libres, servía el café, entonaba melodías del «Zarévich», ofrecía brazo de gitano, pocillos de amor, «Estaba un soldado de guardia a orillas del Volga», y coronitas de Francfort salpicadas con pedacitos de almendra, «¿Cuántos angelitos tienes allá arriba contigo?», así como merengues de los llamados besos, con nata, tan dulces ¡ay! tan dulces; y entre bocado y bocado salía de nuevo a relucir Rasputín, pero ahora sí manteniéndose la distancia, para escandalizarse ellas, saturadas ya de pasteles, a propósito de aquellos tiempos tan abominables y tan profundamente corrompidos del zarismo.

En aquellos años me atracaba decididamente de pasteles. Como puede comprobarse por las fotos, Óscar no crecía por ello, pero sí engordaba y se hacía deforme. En ocasiones, después de las clases excesivamente empalagosas del Kleinhammerweg, apenas llegaba al Labesweg no tenía más remedio que irme detrás del mostrador, y en cuanto Matzerath desaparecía, bajar un pedazo de pan seco atado a un cordel hasta el pequeño tonel noruego en el que se guardaban los arenques en conserva, sumergirlo en él y subirlo de nuevo cuando ya estaba bien empapado de salmuera. Ustedes no pueden imaginarse hasta qué punto, después del consumo exagerado de pasteles, dicho bocadillo actuaba como vomitivo. No era raro que, para adelgazar, Óscar devolviera en el retrete por más de un florín de pasteles de la panadería Scheffler, lo que en aquella época era mucho dinero.

Pero además había de pagar las lecciones de Greta todavía en otra forma. En efecto, ella, a la que tanto gustaba coser y tejer cositas para niños, se servía de mí como maniquí. Y yo no tenía más remedio que probarme toda clase de blusitas, gorritos, pantaloncitos, abriguitos con y sin capuchita, y someterme a ellos.

No recuerdo si fue ella o mamá la que en ocasión de mi octavo aniversario me convirtió en un pequeño zarévich digno de ser fusilado. En aquella época el culto rasputiniano de las dos mujeres había llegado al paroxismo. Una foto de aquel día me muestra junto al pastel de aniversario, cercado por ocho velitas que no escurren, con una blusa rusa bordada, bajo un gorro cosaco audazmente ladeado, tras las cartucheras cruzadas y con pantalón bombacho blanco y botas cortas.

Por suerte mi tambor fue admitido a formar parte de la foto. Y por suerte también, Greta Scheffler, posiblemente a instancias mías, me cortó, me cosió y finalmente me probó un traje lo bastante weimariano y electivamente afín para evocar en mi álbum, hoy todavía, el espíritu de Goethe; traje que atestigua mis dos almas y, con un solo tambor, me permite descender hasta las Madres, en San Petersburgo y Weimar a la vez, y celebrar orgías con las damas.

Canto de acción a distancia desde la torre de la ciudad

La doctora señorita Hornstetter, que viene casi todos los días a mi cuarto el tiempo preciso para fumarse un cigarrillo y debería tratarme como médico, pero que, tratada por mí, abandona la habitación menos excitada; ella, tan tímida que apenas debe de tener más trato íntimo que con su cigarrillo, se empeña en sostener que en mi juventud hube de carecer de contactos: que he jugado demasiado poco con otros niños.

Por lo que se refiere a los niños, es posible que no esté del todo equivocada. Hallándome tan absorbido por la actividad pedagógica de Greta Scheffler y solicitado a tal punto entre Goethe y Rasputín, aun con la mayor buena voluntad no hubiera tenido tiempo para jugar al corro o al escondite. Pero además, cada vez que, por imitar a los sabios, abandonaba los libros y aun maldecía de ellos como sepulcros de letras para buscar contacto con el pueblo, venía a toparme con los granujas de nuestra casa de pisos, y podía considerarme feliz si después de algún comercio con tales caníbales lograba volver sano y salvo a mis libros.

Óscar podía dejar la casa de sus padres ya fuese a través de la tienda, lo que le ponía en el Labesweg, o bien por la puerta de la casa, que daba a la caja de la escalera, desde donde, a la izquierda, podía salir directamente a la calle, o subir los cuatro tramos hasta el desván, donde el músico Meyn tocaba su trompeta; el patio del edificio le ofrecía una última posibilidad. La calle estaba adoquinada. En la tierra apisonada del patio multiplicábanse los conejos y se sacudían las alfombras. El desván ofrecía, además de los dúos ocasionales con el borracho señor Meyn, un buen panorama, una perspectiva y ese agradable aunque ilusorio sentimiento de libertad que buscan los que se suben a las torres y que hace de todos los inquilinos de buhardillas unos soñadores.

Mientras que el patio estaba lleno de peligros para Óscar, el desván le brindaba la seguridad, hasta que Axel Mischke y su pandilla acabaron por perseguirlo también allí. El patio tenía el ancho del edificio, pero sólo siete pasos de profundidad, y colindaba, separado de ellos por una empalizada de postes alquitranados provistos en lo alto de alambre de púas, con tres patios más. Ese laberinto se dominaba perfectamente bien desde el desván: las casas del Labesweg, de las dos calles transversales Hertastrasse y Luisenstrasse y la calle de la Virgen María que quedaba enfrente y más alejada, delimitaban un rectángulo considerable formado por patios en el que se encontraban también una fábrica de pastillas para la tos y varios talleres de reparaciones. Aquí y allá levantábase en los patios algún árbol o arbusto que indicaba la estación del año. En cuanto a los conejos y las alfombras, todos los patios, aunque diferían en tamaño, eran por el estilo. Y si bien los conejos se veían todo el año, en cambio las alfombras, con arreglo al reglamento anterior, sólo podían sacudirse los martes y los viernes. En tales días el complejo del patio se manifestaba en toda su grandeza. Óscar podía contemplarlo y oírlo desde lo alto del desván: más de cien alfombras de habitación, de corredor y de cama eran frotadas con col fermentada, cepilladas, golpeadas y obligadas finalmente a revelar los dibujos tejidos. Cien amas de casa sacaban arrastrando otros tantos cadáveres de alfombras, exhibían los brazos carnosos y desnudos, protegíanse el pelo y los peinados con pañuelos bien anudados, colgaban las alfombras de las barras, echaban mano a los sacudidores de mimbre trenzado y a fuerza de golpes trascendían la estrechez de los patios.

Óscar odiaba este himno unánime a la limpieza. Trataba de luchar con su tambor contra el fenomenal estruendo, pero aun en el desván, que quedaba distante, tenía que confesar su impotencia frente a las amas de casa. Cien mujeres sacudiendo alfombras son

capaces de tomar el cielo por asalto y embotar las alas de las jóvenes golondrinas; con unos cuantos golpes, hundían el templete que el tambor de Óscar se construía en el aire abrilero.

Los días en que no se sacudían alfombras, la chiquillería del edificio practicaba ejercicios en la barra de madera del sacudidor. Rara vez iba yo al patio. Sólo el cobertizo del viejo señor Heilandt me brindaba allí cierta seguridad, ya que el viejo me admitía únicamente a mí en su trastero y apenas dejaba a los otros muchachos echar una mirada a sus máquinas de coser descompuestas, a sus bicicletas incompletas, sus tornos, sus poleas y los clavos torcidos y vueltos a enderezar que guardaba en viejas cajas de cigarros. Había hecho de eso una ocupación: cuando no arrancaba precisamente los clavos de las tablas de alguna caja, enderezaba sobre un yunque los clavos arrancados la víspera. Aparte de no dejar que se perdiera un solo clavo, era también el que ayudaba en las mudanzas, el que las vísperas de las fiestas mataba los conejos, y escupía por todas partes, en el patio, en la caja de la escalera y en el desván, el jugo de su tabaco de mascar.

Un día en que, como suelen hacerlo los niños, los rapaces cocían una sopa junto a su cobertizo, Nuchi Eyke rogó al viejo Heilandt que escupiera tres veces en el puchero. El viejo lo hizo desde lejos, y desapareció luego en su antro, y estaba ya golpeando otra vez sus clavos cuando Axel Mischke añadió a la sopa otro ingrediente: un ladrillo triturado. Óscar contemplaba estos ensayos culinarios con curiosidad, pero se mantenía a cierta distancia. Con colchas y cobertores, Axel Mischke y Harry Schlager habían armado una especie de tienda de campaña, para que ningún adulto les mirara su sopa. Cuando la harina de ladrillo empezó a hervir, el pequeño Hans Kollin vació sus bolsillos y donó para la sopa dos ranas vivas que había cogido en el estanque de la cervecería. Susi Kater, la única muchacha bajo la tienda, hizo un mohín de decepción y disgusto al ver que las ranas se sumergían en la sopa sin el menor aspaviento y sin intentar siquiera un salto lateral. Primero fue Nuchi Eyke el que se desabrochó el pantalón y, sin consideración alguna por Susi, orinó en el puchero. Axel, Harry y el pequeño Hans Kollin siguieron su ejemplo. Pero cuando el Quesito quiso mostrarse a la altura de los muchachos de diez años, el asunto no funcionó. Entonces todos se volvieron hacia Susi, y Axel Mischke le tendió una cazuela esmaltada azul persil, abollada en los bordes. En este punto, Óscar ya hubiera querido irse, pero esperó todavía a que Susi, que a buen seguro no llevaba bragas bajo su falda, se agachara agarrándose las rodillas, habiéndose previamente deslizado la cazuela debajo, para quedarse mirando al vacío y arrugar la nariz en el momento en que un sonido metálico de la cazuela vino a revelar que Susi sí tenía con qué contribuir a la sopa.

Entonces me eché a correr. No debí haber corrido, sino que hubiera debido irme tranquilamente. Pero como me oyeron correr, todos los ojos que un momento antes pescaban todavía en la sopa se fijaron en mí. Oí la voz de Susi Kater: —Éste va a delatarnos. Si no, ¿por qué corre?—. Lo que me hizo subir tropezando los cuatro tramos de la escalera para no recobrar mi aliento hasta llegar al desván.

Yo tenía entonces siete años y medio. Susi tal vez nueve. El Quesito apenas llegaría a los ocho, en tanto que Axel, Nuchi, el pequeño Hans y Harry andarían por los diez u once. Y estaba también María Truczinski, que era algo mayor que yo, pero que no jugaba nunca en el patio, sino con sus muñecas en la cocina de mamá Truczinski o con su hermana mayor, Gusta, que estaba de auxiliar en un kindergarten protestante.

¿Qué tiene de particular que hoy todavía me crise los nervios oír a una mujer orinar en un orinal? Cuando en aquella ocasión Óscar apenas había calmado su oído tocando el tambor y se sentía en su desván al abrigo de la sopa que burbujeaba abajo, vio venir de repente a todos los que habían contribuido a hacerla, descalzos unos y otros con

sus zapatos de lazos, y Nuchi cargando el puchero. Se colocaron alrededor de Óscar, en tanto que el Quesito protegía la salida. Se daban uno a otro con el codo, cuchicheando: ¡Anda, dásela tú!, hasta que Axel cogió a Óscar por detrás, lo inmovilizó, y Susi, riendo con la lengua entre sus dientes húmedos y regulares, dijo que no tenía reparo en hacerlo. Cogió a Nuchi la cuchara, la limpió hasta sacarle brillo en sus muslos, la sumergió en el puchero hirviente, removiéndolo lentamente probando la resistencia del caldo, como lo hacen las buenas amas de casa, sopló luego sobre la cuchara llena para enfriarla un poco, y, finalmente, le hizo tragar a Óscar la sopa, me la hizo tragar a mí: en mi vida he vuelto a comer algo parecido, ni es fácil que llegue nunca a olvidar aquel gusto.

Sólo cuando por fin toda aquella familia tan excesivamente solícita por el bien de mi cuerpo me dejó, porque Nuchi hubo de vomitar en el puchero, logré arrastrarme hasta el tendedero, en el que en aquella ocasión no había más que un par de sábanas, y devolví el par de cucharadas de aquel caldo rojizo, pero sin poder descubrir en la devolución la menor traza de las ranas. Me encaramé sobre una caja bajo el tragaluz abierto del desván, miré hacia los patios lejanos, e hice crujir restos de ladrillo entre mis dientes, sintiendo la necesidad de alguna hazaña; examiné las ventanas distantes de la calle de la Virgen María, de vidrio reluciente; grité, chillé hacia allá con proyección a distancia, pero no pude observar resultado alguno. Y sin embargo, estaba yo tan convencido de las posibilidades de la acción distante de mi canto, que en adelante el patio y los patios se me hicieron demasiado estrechos y, sediento de lejanía, de distancia y de perspectiva, aproveché en lo sucesivo toda oportunidad que, solo o de la mano de mamá, me llevara lejos del Labesweg y del suburbio y me sustrajera a las emboscadas de todos los cocineros de sopas de nuestro estrecho patio.

Los jueves de cada semana mamá solía hacer sus compras en la ciudad. La mayoría de las veces me llevaba con ella, y me llevaba siempre que se trataba de comprar en la tienda de Segismundo Markus del pasaje del Arsenal, junto al Mercado del Carbón, un nuevo tambor. En aquel tiempo, o sea entre mis siete y mis diez años, me acababa un tambor cada quince días. De los diez a los catorce no necesitaba ni una semana para romperlo tocando. Más adelante había de llegar a convertir un tambor en chatarra de tambor en un solo día de tamboreo mientras que, por otra parte, en caso de estado ecuaníme de espíritu, podía tocarlo durante tres o cuatro meses, con cuidado pero no por ello menos fuerte, sin que con excepción de alguna grieta en el esmalte se apreciara en mi tambor daño alguno.

Pero quisiera hablar ahora de aquella época en que dejaba nuestro patio con su barra de sacudir, con el viejo enderezador de clavos Heilandt y los rapaces inventores de sopas y, en compañía de mamá, iba cada quince días a la tienda de Segismundo Markus para escoger de entre su provisión de tambores de juguete, un tambor. A veces mamá me llevaba también con ella aunque mi tambor estuviera todavía en buen uso, y aquellas tardes en el pintoresco barrio viejo de la ciudad, con su perpetuo aspecto de museo y el repicar constante de estas o las otras campanas, saboreábalas yo con delicia.

Por lo general las visitas transcurrían con una regularidad agradable. Una que otra campana en Leiser, Sternfeld o Machwitz, y luego nos llegábamos hasta la tienda de Markus, que había tomado la costumbre de decirle a mamá toda clase de piropos selectos y halagadores. No cabe duda que la cortejaba, pero, que yo sepa, nunca fue más allá de un beso silencioso sobre la mano de mamá, de la que se apoderaba con ardor y decía que valía su peso en oro —con excepción, sin embargo, de la vez aquella en que se le puso de rodillas, como luego se dirá.

Mamá, que había heredado de la abuela Koljaiczek la figura arrogante, maciza y derecha, así como una amable vanidad asociada a un carácter bonachón, aceptaba aquellas atenciones tanto más gustosamente cuanto que Segismundo Markus, de vez en cuando, más bien le regalaba que le vendía, a precios irrisorios, surtidos de seda para coser y medias adquiridas en ocasión de gangas pero no por ello menos impecables. Sin hablar de mis tambores, sacados de detrás del mostrador y a un precio ridículo cada dos semanas.

En cada visita, exactamente a las cuatro y media, mamá rogaba a Segismundo que le permitiera confiarme, a mí, Óscar, a su custodia allí en la tienda, so pretexto todavía de algunos encargos rápidos e importantes. Con una sonrisita maliciosa inclinábase Markus respetuosamente y prometía a mamá que me guardaría, a mí, Óscar, como a la niña de sus ojos, mientras ella se dedicaba a sus tan importantes ocupaciones. Un tono ligeramente burlón, pero sin llegar a molesto, daba a sus frases un carácter especial y hacía eventualmente que mamá se sonrojara y sospechara que Markus estaba al corriente.

Pero también yo conocía la índole de aquella clase de asuntos que mamá llamaba importantes y a los que se dedicaba con excesivo celo. Durante un tiempo había tenido que acompañarla a una pensión barata de la calle de los Carpinteros, donde ella desaparecía por la caja de la escalera para reaparecer unos tres cuartos de hora después, en tanto que yo había de esperar junto a la patrona, que por lo regular sorbía su «mampe», detrás de una limonada que me servían sin decir palabra y era siempre igualmente detestable, hasta que mamá volvía, apenas cambiada, se despedía de la patrona, que ni siquiera levantaba la vista, y me tomaba de la mano, sin darse cuenta de que la temperatura de la suya la delataba. Con las manos calientes una en la otra nos íbamos luego al Café Weitzke, de la calle de los Tejedores, en donde mamá pedía un moka y Óscar un helado de limón y esperábamos hasta que, no mucho después como por casualidad, pasara por allí Jan Bronski, se sentara junto a nosotros y se hiciera asimismo servir un moka sobre el mármol refrescante de la mesa.

Hablaban delante de mí con desenfado, y sus palabras me confirmaban lo que yo ya sabía hacía tiempo; que mamá y tío Jan se encontraban casi cada jueves en un cuarto de la pensión de la calle de los Carpinteros alquilado por él, para pasar juntos unos tres cuartos de hora. Probablemente fue Jan quien manifestaría el deseo de que no se me llevara más a la pensión y a continuación al Café Weitzke. En ocasiones era muy pudoroso, más que mamá, que no veía ningún mal en que yo fuera testigo de aquella hora de amor en vías de extinción, de cuya legitimidad, por lo demás, incluso después de los hechos, parecía estar perfectamente convencida.

Así pues, por indicación dejan, permanecía yo todos los jueves por la tarde desde las cuatro y media hasta poco antes de las seis en la tienda de Segismundo Markus, donde podía contemplar y utilizar todo el surtido de tambores y aun podía tocar varios tambores a la vez —¿en dónde más hubiera podido hacer lo mismo?— al tiempo que veía la cara de perro triste que ponía Markus. Porque aunque yo ignorara de dónde procedían sus pensamientos, sabía bien a dónde iban a parar, y que se detenían en la calle de los Carpinteros y raspaban allí las puertas numeradas o que, al igual que el pobre Lázaro, se acurrucaban bajo la mesa de mármol del Café Weitzke, esperando ¿qué? ¿Migajas, tal vez?

Pero mamá y Bronski no dejaban migaja alguna. Se lo comían todo ellos mismos. Tenían ese enorme apetito que no se sacia nunca y se muerde su propia cola. Y estaban tan ocupados que, a lo sumo, habrían tomado los pensamientos de Markus bajo la mesa por la caricia molesta de una corriente de aire.

Una de aquellas tardes —hubo de ser en septiembre, porque mamá dejó la tienda de Markus en su traje sastre color rojo otoño—, sabiendo a Markus sumergido, enterrado y aun probablemente perdido detrás del mostrador, me animé a salir con mi tambor nuevo, acabado de comprar, al pasaje del Arsenal, aquel túnel fresco y oscuro a cuyos lados se alineaban, un escaparate tras otro, los comercios más distinguidos, tales como joyerías, tiendas de comestibles finos y librerías. No me entretuve viendo los objetos expuestos, valiosos sin duda pero enteramente fuera de mis posibilidades, sino que seguí por el túnel y llegué hasta el Mercado del Carbón. Allí me planté, en medio de una luz polvorienta, frente a la fachada del Arsenal, cuyo gris basalto estaba tachonado de balas de cañón de distintos tamaños, procedentes de los diversos períodos de sitio, a fin de que dichas jorobas de hierro recordaran a todo transeúnte la historia de la ciudad. A mí las balas no me decían nada, sobre todo porque sabía que no habían ido a incrustarse allí por sí mismas, sino que había en la ciudad un albañil al que el Servicio de Edificaciones ocupaba y pagaba, junto con el Servicio para la Conservación de Monumentos, para que empotrara en las fachadas de diversas iglesias y ayuntamientos, lo mismo que por delante y por detrás del Arsenal, las municiones de los siglos pasados.

Quería entrar en el Teatro Municipal, cuyo portal de columnas se levantaba allí cerca, a mano derecha, separado sólo del Arsenal por una callejuela angosta y oscura. Pero como estaba cerrado, lo que ya me suponía —la taquilla no abría hasta las siete de la noche—, me fui tocando el tambor hacia la izquierda, indeciso y pensando ya en la retirada, hasta que Óscar se encontró de repente entre la Torre de la Ciudad y la Puerta de la calle Mayor. No me atreví a atravesar la Puerta, tomar por la calle Mayor y, doblando a la izquierda, entrar a la calle de los Tejedores, porque allí estaban sentados mi madre y Jan Bronski o, de no estar allí, entonces es que estaban terminando en la calle de los Carpinteros o estaban ya tal vez camino del café reparador en la mesita de mármol.

No sé cómo llegué a atravesar la calzada del Mercado del Carbón, entre los tranvías que pasaban constantemente enfilando hacia la Puerta o que salían de ésta tocando la campanilla y chirriando al tomar la curva para meterse luego por el Mercado del Carbón y el Mercado de la Madera en dirección de la Estación Central. Posiblemente algún adulto, tal vez un policía me tomaría de la mano y me conduciría sano y salvo a través de los peligros del tránsito.

Y ahora me hallaba al pie de la Torre de la Ciudad, cuya mole de ladrillo se levantaba escarpada hacia el cielo, y en realidad sólo casualmente y de puro aburrimiento introduje los palillos de mi tambor entre la obra de albañilería y el batiente guarnecido de hierro de la puerta de la Torre. Alcé los ojos para mirar a lo alto, pero me resultaba difícil abarcar con la vista toda la fachada, porque a cada momento las palomas se echaban a volar desde algún nicho del muro o desde las ventanas de la Torre, para posarse acto seguido en alguna gárgola o en algún saliente y, después de descansar en él breves instantes, lo más que aguanta una paloma, volvían a levantar el vuelo llevándose prendida mi mirada.

El juego de las palomas me resultaba molesto. Me dolía que mi mirada se extraviara en aquella forma, así que la aparté y me concentré seriamente, y también para quitarme el enojo, en usar los palillos como palanca. Y he aquí que la puerta cedió, y antes de que se abriera por completo, ya Óscar se hallaba en el interior de la Torre, en la escalera de caracol, y subía ya, levantando siempre primero la pierna derecha y haciendo seguir luego la izquierda, hasta llegar a las primeras mazmorras enrejadas, y se enroscaba cada vez más hacia arriba, dejando ya tras sí la cámara de las torturas con sus instrumentos

cuidadosamente conservados e instructivamente etiquetados, y subía más —ahora echando por delante la pierna izquierda y haciendo seguir la derecha—, y lanzaba una mirada por una ventana estrecha con barrotes, apreciaba la altura, calculaba el espesor del muro, ahuyentaba las palomas, volvía a encontrarlas una vuelta más arriba de la escalera de caracol, empezaba de nuevo con la derecha y hacía seguir la izquierda y, al llegar después de otro cambio de piernas a lo alto, Óscar hubiera podido seguir subiendo y subiendo todavía por mucho tiempo, aunque tanto la pierna derecha como la izquierda se le hacían de plomo. Pero la escalera se había dado por vencida prematuramente. Óscar comprendió la falta de sentido y la impotencia que caracterizan la construcción de torres.

Ignoro cuál era la altura de la Torre y cuál sigue siendo, pues ha sobrevivido a la guerra. Tampoco tengo gana de pedirle a mi enfermero Bruno que me traiga alguna obra de consulta sobre la arquitectura gótica en ladrillo de la Alemania Oriental. Considero que hasta la punta de la Torre habrá más o menos sus buenos cuarenta y cinco metros.

En cuanto a mí, y la culpa es de la escalera de caracol que se cansó antes de tiempo, tuve que detenerme en la galería que circunda la flecha. Me senté, colé mis piernas entre las columnitas de la balaustrada, me incliné hacia adelante y, abrazado con el brazo derecho a una de las columnas y asegurándome con el izquierdo el tambor que había hecho toda la ascensión conmigo, miré hacia abajo, al Mercado del Carbón.

No voy a aburrir ahora a ustedes con la descripción de un panorama poblado de torres, sonoro de campanas, de respetable antigüedad, atravesado todavía según dicen por el sople de la Edad Media y reproducido en mil buenos grabados: una descripción de la ciudad de Danzig a vista de pájaro. Tampoco me voy a ocupar de las palomas, aunque se haya dicho tantas veces que de ellas puede escribirse mucho. A mí una paloma no me dice prácticamente nada; prefiero una gaviota. La expresión paloma de la paz no es más que una paradoja, a mi juicio: antes confiaría yo un mensaje de paz a un azor o un buitre que a la paloma, la más pendenciera de las aves bajo el cielo. En fin: en la Torre de la Ciudad había palomas, pero después de todo las hay también en toda torre digna de este nombre y que con ayuda de su correspondiente conservador se respete a sí misma.

Mi vista se posaba en algo muy distinto; el edificio del Teatro Municipal que había encontrado cerrado al salir del pasaje del Arsenal. Con su cúpula, el viejo edificio exhibía una semejanza diabólica con un molinillo clásico de café descomunadamente aumentado, aunque le faltaba en la cima la manivela que hubiera sido necesaria para reducir a una papilla horripilante, en un templo de las Musas y de la Cultura lleno cada noche a rebosar, un drama en cinco actos con sus actores, los bastidores, el apuntador, los accesorios, los telones y todo lo demás. Me irritaba la construcción y las ventanas flanqueadas de columnas del foyer que el sol poniente, cada vez más rojo, se resistía a abandonar.

En aquella hora, a unos treinta metros por encima del Mercado del Carbón, de los tranvías y de los empleados que salían de las oficinas, muy por encima del baratillo de Markus con su olor empalagoso, de las frías mesitas de mármol del Café Weitzke, de dos tazas de moka y de mamá y Jan Bronski, y dejando asimismo muy abajo nuestra casa de pisos, el patio, los patios, los clavos torcidos o enderezados, los niños del vecindario y sus sopas de ladrillo, yo, que hasta entonces nunca había gritado como no fuera por motivos coercitivos, me convertí en gritón sin motivo ni coerción. Y si hasta el momento de mi ascensión a la Torre de la Ciudad sólo había lanzado mis sonidos penetrantes contra la estructura de un vaso, contra las bombillas o contra alguna botella vacía de cerveza cuando querían quitarme mi tambor, ahora, en cambio, grité desde lo alto de la Torre sin que mi tambor tuviera nada que ver con ello.

Nadie quería quitarle a Óscar el tambor, y sin embargo Óscar gritó. Y no es que alguna paloma dejara caer una inmundicia sobre el tambor para arrancarle un grito. Por allí cerca había cardenillo en las láminas de cobre, pero no vidrio, y sin embargo Óscar gritó. Las palomas tenían ojos brillantes con reflejos rojizos, pero ningún ojo de vidrio lo miraba, y sin embargo gritó. ¿Y hacia dónde gritó, qué distancia lo atraía? ¿Tratábase acaso de demostrar aquí deliberadamente lo que desde el desván se había intentado sin propósito fijo, por encima de los patios, después de la delicia de aquella sopa de harina de ladrillo? ¿Cuál vidrio tenía Óscar en la mente? ¿Con cuál vidrio —y no puede tratarse sino de vidrio— quería Óscar efectuar experimentos?

Era el Teatro Municipal, era aquel dramático molinillo de café lo que atraía mis sonidos de nuevo cuño, ensayados por primera vez en el desván y casi manieristas, diría yo, hacia sus ventanas iluminadas por el sol poniente. Tras algunos minutos de chillar con mayor o menor intensidad aunque sin resultado, logré producir un sonido casi inaudible y, con satisfacción y mal disimulado orgullo, pudo Óscar hacer acto de presencia: dos de los cristales centrales de la ventana izquierda del foyer habían debido renunciar al sol y se veían cual dos rectángulos negros que exigían nuevos cristales en forma imperiosa.

Era preciso confirmar el éxito. Me produje como uno de esos pintores modernos que, una vez que dan con el estilo que han buscado por espacio de muchos años, lo ilustran regalando al mundo estupefacto una serie completa de ejercicios manuales de su manera, igualmente magníficos, igualmente atrevidos, de igual valor y a menudo de idéntico formato todos ellos.

En menos de un cuarto de hora logré dejar sin vidrios todas las ventanas del foyer y parte de las puertas. Frente al Teatro se juntó una multitud que, según podía apreciarse desde arriba, parecía excitada. Nunca faltan los curiosos. A mí los admiradores de mi arte no me impresionaban mayormente. A lo sumo, indujeron a Óscar a trabajar en forma más estricta y más formal todavía. Y ya me disponía, por medio de un experimento aún más audaz, a poner al descubierto el interior de las cosas, es decir, a enviar al interior del Teatro, oscuro a aquella hora todavía, a través del foyer abierto y pasando por el ojo de la cerradura de un palco, un grito especial que había de atacarse a lo que constituía el orgullo de todos los abonados: la araña central con todos sus colgajos de vidrio pulido, reluciente y cortado en facetas refringentes, cuando de pronto percibí entre la multitud congregada ante el Teatro una tela de color rojo otoño: mamá había acabado ya lo del Café Weitzke, había saboreado su moka y dejado ya a Jan Bronski.

Hay que confesar sin embargo que, de todos modos, Óscar emitió todavía un grito dirigido contra la araña. Pero parece que no hubo de tener éxito, porque los periódicos del día siguiente sólo hablaron de los cristales del foyer y de las puertas, rotos en forma enigmática. Y por espacio de varias semanas más, la prensa diaria, en su sección editorial, dio acogida a investigaciones seudocientíficas y científicas en que se dijeron sandeces increíbles a varias columnas. Las *Últimas Noticias* sacaron a relucir los rayos cósmicos. Elementos del Observatorio, esto es, investigadores intelectuales altamente calificados, hablaron de las manchas solares.

Bajé entonces por la escalera de caracol con toda la prisa que mis cortas piernas me permitían y llegué echando el bofe ante el portal del Teatro donde la multitud seguía congregada. Pero el traje sastre color rojo otoño de mamá ya no estaba: debía de hallarse ya en la tienda de Markus, explicando tal vez allí los daños que mi voz acababa de causar. Y el tal Markus, que tomaba mi supuesto retraso y mi voz diamantina como la cosa más

natural del mundo, debía de estar chasqueando la punta de su lengua, pensaba Óscar, y frotándose las manos blanquiamarillas.

Al entrar en la tienda, ofrecióseme un cuadro que me hizo olvidar en el acto todos los éxitos de mi canto destructor de vidrios a distancia. Segismundo Markus estaba arrodillado ante mamá, y con él parecían querer arrodillarse también todos los animales de trapo, los osos, monos, perros y aun las muñecas de párpados movedizos, así como los autos de bomberos, los caballos mecedores y todos los demás títeres que guarnecían su tienda. Tenía prendidas con ambas manos las dos de mamá y, exhibiendo sobre el dorso de las suyas unas manchas parduzcas recubiertas de un vello claro, lloraba.

También mamá parecía seria y afectada, como correspondía a aquella situación. — No, Markus, por favor —decía—, no aquí en la tienda.

Pero Markus seguía alegando, y su discurso tenía una entonación a la vez suplicante y exagerada, difícil de olvidar: —No siga usted con ese Bronski, ya que está en el Correo, que es polaco, y esto anda mal, digo, porque está con los polacos. No juegue usted en favor de los polacos; juegue, si quiere jugar, con los alemanes, porque éstos suben, si no hoy, mañana, porque ya están subiendo, y la señora Agnés sigue jugando en favor de Bronski. Si por lo menos jugara en favor de Matzerath, al que ya tiene, entonces bien. O bien, si quisiera ¡ojalá! jugar en favor de Markus y venir con Markus, ya que se acaba de hacer bautizar. Vamos a Londres, señora Agnés, donde tengo gente y todos los papeles que hacen falta: ¡ay, si quisiera usted venir! Pero si no quiere usted venir con Markus, porque lo desprecia, entonces está bien, desprécielo. Pero él le ruega de todo corazón que no juegue más en favor de ese loco de Bronski, que sigue en el Correo polaco, y a los polacos pronto los van a liquidar, cuando lleguen ellos, los alemanes.

Y precisamente en el momento en que mamá, confusa ante tantas posibilidades e imposibilidades, estaba también a punto de echarse a llorar, viome Markus a la entrada de la tienda, con lo cual, soltando una de las manos de mamá y señalando hacia mí con cinco dedos que parecían hablar, dijo: —Pues bien, sí señor, a éste también nos lo llevaremos a Londres, y lo trataremos como un principito, sí señor, como todo un principito.

Ahora volvióse también mamá hacia mí, y en sus labios se dibujó una sonrisa. Tal vez pensaba en las ventanas huérfanas de cristales del Teatro Municipal, o bien la perspectiva de la metrópoli londinense le infundía buen humor. Pero, con gran sorpresa de mi parte, sacudió la cabeza y dijo, con la misma sencillez que si rehusara un baile: — Gracias, Markus, pero no puede ser; es realmente imposible a causa de Bronski.

Como si el nombre de mi tío hubiera constituido un santo y seña, Markus se levantó automáticamente, hizo una inclinación rígida como de cuchillo de muelles y dijo: — Perdónele usted a Markus; ya me temía que no podría ser a causa de éste.

Al dejar la tienda del pasaje del Arsenal, aunque fuera todavía temprano, el tendero echó la cortina y nos acompañó hasta la parada de la línea 5. Frente al Teatro Municipal seguían todavía congregándose los transeúntes y había algunos policías. Pero yo no sentía miedo alguno y apenas me acordaba ya de mis éxitos contra el vidrio. Markus se inclinó hacia mí y me susurró al oído: —¡Qué cosas sabe hacer Óscar, toca el tambor y arma escándalo delante del Teatro!

Calmó con gestos de su mano la intranquilidad que se apoderó de mamá a la vista de los vidrios rotos, y al llegar el tranvía, después que nosotros hubimos subido al remolque, imploró una vez más, en voz baja, temiendo ser oído de otros: —Si es así, quédese usted por favor con Matzerath, al que ya tiene, y no esté con los polacos.

Al recordar hoy, tendido o sentado en su cama metálica pero tocando su tambor en cualquier posición, el pasaje del Arsenal, los garabatos de las paredes de los calabozos de la Torre de la Ciudad, la Torre misma y sus instrumentos aceitados de tortura, los tres ventanales del foyer del Teatro Municipal con sus columnas y otra vez el pasaje del Arsenal y la tienda de Markus para poder reconstruir los detalles de una jornada de septiembre, Óscar evoca al propio tiempo a Polonia. ¿La evoca con qué? Con los palillos de su tambor. ¿La evoca también con su alma? La evoca con todos sus órganos, pero el alma no es ningún órgano.

Y evoco la tierra de Polonia, que está perdida pero no está perdida. Otros dicen: pronto perdida, ya perdida, vuelta a perder. Aquí donde me encuentro buscan a Polonia con créditos, con la Leica, con el compás, con radar, con varitas mágicas y delegados, con humanismo, jefes de oposición y asociaciones que guardan los trajes regionales en naftalina. Mientras aquí buscan a Polonia con el alma —en parte con Chopin y en parte con deseos de revancha en el corazón—, mientras aquí se rechazan las particiones de Polonia de la primera a la cuarta y se planea ya la quinta, mientras de aquí se vuela a Polonia por la Air France y se deposita compasivamente una pequeña corona allí donde en un tiempo se levantaba el ghetto, mientras de aquí se buscará a Polonia con cohetes, yo la busco en mi tambor y toco: perdida, aún no perdida, vuelta a perder, ¿perdida en manos de quién?, perdida pronto, ya perdida, Polonia perdida, todo perdido, Polonia no está perdida todavía.

La tribuna

Al romper con mi canto los vidrios de las ventanas del foyer del Teatro Municipal, buscaba yo y establecí por vez primera contacto con el arte escénico. A pesar de los apremiantes requerimientos del vendedor de juguetes Markus, mamá hubo sin duda de darse cuenta aquella tarde de la relación directa que me unía al teatro, porque es el caso que, al aproximarse la Navidad siguiente, compró cuatro entradas, para ella, para Esteban y Marga Bronski y también para Óscar, y el último domingo de Adviento nos llevó a los tres a la función infantil. Estábamos en primera fila de la segunda galería. La soberbia araña, colgando sobre la platea, daba lo mejor de sí. Celebré no haberla hecho polvo con mi canto desde la Torre de la Ciudad.

Ya entonces había muchos más niños de los debidos. En las galerías había más niños que mamás, en tanto que en la platea, donde estaban los ricos, menos propensos a procrear, la relación entre niños y mamás se veía prácticamente equilibrada. ¡Los niños! ¿Por qué no podrán estarse quietos? Marga Bronski, sentada entre mí y Esteban, que se estaba portando relativamente bien, se dejó resbalar de su asiento de sube y baja, quiso volver a encaramarse, pero encontró en seguida que era más bonito hacer ejercicios allí junto al pretil de la galería, por poco se coge los dedos en el mecanismo del asiento y empezó a chillar, aunque, en comparación con todos los demás que berreaban a nuestro alrededor, en forma relativamente soportable y breve, porque mamá le llenó de bombones su tonta boca de niña. Chupeteando y prematuramente cansada de sus ejercicios de tobogán con el asiento, la hermanita de Esteban se durmió apenas empezaba la representación, y había que despertarla al final de cada acto para que aplaudiera, lo que hacía efectivamente muy a conciencia.

Representaban el cuento de *Pulgarcito*, lo que me cautivó desde la primera escena y, como se comprenderá, me afectó personalmente. Lo hacían bien: a Pulgarcito no se le veía para nada, sino que sólo se oía su voz, y los adultos iban de un lado para otro buscando al héroe titular, invisible pero muy atractivo. Se escondía en la oreja del caballo, dejábase vender a buen precio por su padre a dos vagabundos, paseábase por el borde del sombrero de uno de ellos, hablaba desde allí, deslizábase más tarde en una ratonera, luego en una concha de caracol, hacía causa común con unos ladrones, iba a parar al heno y, con éste, a la panza de la vaca. Pero a la vaca la mataban, porque hablaba con la voz de Pulgarcito, y la panza de la vaca, con su diminuto prisionero dentro, iba a dar al estiércol, donde se la tragaba un lobo. Entonces Pulgarcito se las arreglaba con mucha habilidad para ir guiando al lobo hasta la casa y la despensa de su padre, y, en el preciso momento en que el lobo se disponía a robar, armaba un gran escándalo. El final era tal como sucede en el cuento: el padre mataba al lobo, la madre abría con unas tijeras el cuerpo y la panza del glotón, y de allí salía Pulgarcito; es decir, sólo se le oía gritar: —¡Ay, padre, estuve en una ratonera, en el vientre de una vaca y en la panza de un lobo, pero, en adelante, me quedo con vosotros!

Este final me conmovió y, al levantar los ojos hacia mamá, vi que escondía su nariz en el pañuelo, porque, lo mismo que yo, había visto la acción que se desarrollaba en el escenario en forma íntimamente personal. Mamá se enternecía fácilmente, y en las semanas siguientes, sobre todo durante las fiestas de Navidad, me apretaba con frecuencia contra su pecho, me besaba, y unas veces en broma y otras con melancolía llamaba a Óscar: Pulgarcito. O: mi pequeño Pulgarcito. O: mi pobre, pobre Pulgarcito.

No fue hasta el verano del treinta y tres cuando se me había de volver a brindar la ocasión de ir al teatro. Ciertamente, debido a una equivocación de mi padre, la cosa fue mal, pero a mí me dejó una impresión perdurable. Hasta el punto que aún hoy resuena y se agita en mí, porque sucedió en la Ópera del Bosque de Zoppot, en donde verano tras verano, bajo el cielo abierto, confiábase a la naturaleza música wagneriana.

Sólo mamá mostraba algún entusiasmo por las óperas. Para Matzerath aun las operetas sobraban. En cuanto a Jan, éste se guiaba por mamá y se entusiasmaba por las arias, aunque a pesar de su aspecto de filarmónico fuera absolutamente sordo para la bella música. En cambio, conocía a los hermanos Formella, que habían sido condiscípulos suyos en la escuela secundaria de Karthaus y vivían en Zoppot, donde tenían a su cargo la iluminación del muelle, del surtidor frente al casino y de éste mismo y actuaban también como encargados de la iluminación en los festivales de la Ópera del Bosque.

El camino de Zoppot pasaba por oliva. Una mañana en el parque del castillo: peces de colores, cisnes, mamá y Jan Bronski en la célebre Gruta de los Secretos. Luego, otra vez peces de colores y cisnes que trabajaban mano a mano con un fotógrafo. Mientras tomaban la foto, Matzerath me subió a caballo sobre los hombros. Yo apoyé mi tambor sobre su cabeza, lo que provocaba la risa general, aun más adelante, cuando el retrato estaba ya pegado en el álbum. Despedida de los peces de colores, de los cisnes y de la Gruta de los Secretos. No era sólo domingo en el parque del castillo, sino también afuera de la verja, en el tranvía de Glettkau y en el casino de Glettkau, donde comimos, en tanto que el Báltico, como si no tuviera otra cosa que hacer, invitaba insistentemente al baño: era domingo en todas partes. Cuando, siguiendo el paseo que bordea la costa, fuimos a pie a Zoppot, el domingo nos salió al encuentro, y Matzerath hubo de pagar las entradas de todos.

Nos bañamos en los Baños del sur, porque parece que había allí menos gente que en los del norte. Los hombres se cambiaron en la sección para caballeros, en tanto que mamá me llevó a una caseta de la sección para damas y se empeñó en que yo me exhibiera desnudo en el compartimiento para familias, mientras ella, que ya en aquella época desbordaba exhuberancia, virtió sus carnes en un traje de baño amarillo paja. Para no presentarme demasiado al descubierto ante los mil ojos del baño para familias, me tapé la cosa con el tambor y luego me tendí en la arena boca abajo; ni quise tampoco meterme en las incitadoras aguas del Báltico, sino que escondí mis partes en la arena, practicando la política del avestruz. Matzerath y Jan Bronski se veían tan ridículos con sus barrigas incipientes, que casi daban pena, de modo que me alegré cuando al caer la tarde volvimos a las casetas, en donde cada uno untó de crema su piel quemada por el sol y, oliendo a Nivea, volvió a meterse en su respectivo traje dominguero.

Café y pasteles en la Estrella de Mar. Mamá quería una tercera porción de pastel de cinco pisos. Matzerath estaba en contra, Jan a favor y en contra a la vez, mamá la pidió, le dio un bocado a Matzerath, atiborró a Jan y, habiendo satisfecho así a sus dos hombres, se puso a engullir, cucharadita a cucharadita, la punta archiempalagosa del pastel.

¡Oh santa crema de mantequilla, tú, tarde dominguera, de serena a nublada, espolvoreada con azúcar! Junto a nosotros estaban sentados unos aristócratas polacos tras sus gafas protectoras azules y unas limonadas intensivas de las que no hacían caso. Las damas jugaban con sus uñas color violeta, dejando llegar hasta nosotros, con la brisa marina, el olor a polvos de naftalina de sus estolas de piel alquiladas ocasionalmente para la temporada. A Matzerath esto le parecía afectado. A mamá también le habría gustado alquilarse una estola semejante, aunque sólo fuera por una tarde. Jan afirmaba que el aburrimiento de la nobleza polaca estaba en aquel momento tan floreciente que, pese a las

deudas cada vez mayores, ya no se hablaba entre ella más francés, sino, por puro esnobismo, polaco del más vulgar.

No podíamos permacer indefinidamente sentados en la Estrella de Mar mirando insistentemente los anteojos oscuros y las uñas color violeta de unos aristócratas polacos. Mamá, saturada de pastel, necesitaba movimiento. Esto nos llevó al parque del casino, donde me subieron a un burro y tuve que volver a posar para una foto. Peces de colores, cisnes —¡qué no se le ocurrirá a la naturaleza!—, y más cisnes y peces de colores, adorno de los estanques de agua dulce.

Entre unos tejos peinados, pero que no susurraban como suele pretenderse, encontramos a los hermanos Formella, los Formella, iluminadores del casino y de la Ópera del Bosque. El menor de los Formella había de soltar siempre cuanto chiste hubieran podido recoger sus oídos de iluminador. El mayor, que ya se los sabía todos, no por eso dejaba de reír en forma contagiosa en el momento apropiado, por amor fraternal, mostrando en estas ocasiones un diente de oro más que su hermano menor, que sólo tenía tres. Fuimos al Springer a tomar una copita de ginebra. Mamá hubiera preferido ir al Príncipe Elector. Luego, sin cesar de obsequiarnos con más chistes de su cosecha, el dadivoso Formella menor nos invitó a cenar al Papagayo. Allí encontramos a Tuschel, y Tuschel era propietario de una buena mitad de Zoppot y, además, de una parte de la Ópera del Bosque y de cinco cines. Era asimismo el patrón de los hermanos Formella y se alegró, como nosotros nos alegramos, de habernos conocido y de haberlo conocido. Tuschel no paraba de dar vueltas a un aro que llevaba en uno de sus dedos, pero que no debía ser en modo alguno un anillo mágico, ya que no pasaba nada en absoluto, como no sea que Tuschel empezó a su vez a contar chistes, por cierto los mismos de Formella, sólo que mucho más complicados, porque tenía menos dientes de oro. Pese a lo cual, toda la mesa reía, porque el que contaba los chistes era Tuschel. Yo era el único que me mantenía serio, tratando con mirada glacial de aguarle los chistes a Tuschel. ¡Y cómo disfrutaban todos con aquellas explosiones de risa, por más que fuesen fingidas, y tan semejantes a los cristalitos abombados de colores de la ventana de la sala en que estábamos comiendo! Tuschel, agradecido, seguía contando chistes sin parar, mandó traer aguardiente, y ahogándose en la risa y el aguardiente, dio de repente vuelta a su anillo en el sentido opuesto, y ahora sí pasó algo: Tuschel nos invitó a todos a la Ópera, ya que una parte de ésta le pertenecía: que por desgracia él no podía, compromiso previo, etcétera, pero que de todos modos nos sirviéramos aceptar sus puestos, era un palco con cojines, el nene podría dormir si estaba cansado; y con un lapicero de plata escribió palabras tuschelianas en una tarjetita de visita tuscheliana, que nos abriría todas las puertas —dijo—, y así fue efectivamente.

Lo que sucedió se deja contar en pocas palabras: era una noche tibia de verano, la Ópera del Bosque a reventar, todo gente de fuera. Ya desde mucho antes de empezar se habían posesionado de aquello los mosquitos. Pero no fue hasta que el último mosquito, que llega siempre un poco tarde porque eso viste mucho, anunciara zumbante y sediento de sangre su llegada, cuando la cosa empezó de verdad y en ese mismo momento. Daban *El buque fantasma*. Un barco, más cazador furtivo que pirata marino, salía de aquel bosque que daba nombre al teatro. Unos marineros cantaban a los árboles. Yo me dormí, sobre los cojines de Tuschel, y al despertarme los marineros seguían cantando o volvían a cantar: Timonel alerta... pero Óscar volvió a dormirse, contento de ver cómo su mamá se apasionaba tanto por el holandés que parecía estar meciéndose sobre las olas y cómo inflaba y desinflaba su seno un soplo wagneriano. No se daba cuenta de que Matzerath y su Jan, detrás de sus respectivas manos encubridoras, estaban aserrando ambos sendos troncos

de distinto grueso, y que yo mismo me escurría de Wagner, hasta que Óscar despertó definitivamente, porque, en medio del bosque, una mujer solitaria estaba chillando. Tenía el pelo amarillo y gritaba, porque algún iluminador, probablemente el menor de los Formella, la cegaba con su foco y la molestaba. —¡No! —gritaba— ¡desventurada de mí! ¿quién me hace tal?—. Pero Formella, que era quien se lo hacía, no por eso apagaba el reflector, y el grito de una mujer solitaria, que mamá había de designar luego como solista, se convertía en un gimoteo que de vez en cuando se encrespaba argentino y, si bien marchitaba prematuramente las hojas de los árboles del bosque de Zoppot, no afectaba en cambio en lo más mínimo ni eliminaba el proyector de Formella. Su voz, aunque dotada, se iba apagando. Era preciso que Óscar interviniera y, descubriendo la luminaria mal educada, con un grito a distancia más imperceptible aún que el ligero zumbido de los mosquitos, matara aquel reflector.

Que se produjera un corto circuito, oscuridad, salto de chispas y un incendio forestal que pudo ser dominado pero que no por ello dejó de sembrar pánico, no estaba en mis propósitos, ya que en el tumulto perdí a mamá y a los dos hombres arrancados rudamente de su sueño. También mi tambor se perdió en la confusión.

Este mi tercer encuentro con el teatro decidió a mamá, que después de la noche de la Ópera del Bosque aclimatada a Wagner, en partitura reducida, a nuestro piano, a darme a probar, en la primavera del treinta y cuatro, el aire del circo.

Óscar no se propone hablar aquí ni de las damas plateadas del trapecio, ni de los tigres del circo Busch ni de las hábiles focas. Nadie cayó desde lo alto de la cúpula del circo. A ningún domador se lo comieron, y en definitiva las focas sólo hicieron lo que habían aprendido: una serie de juegos malabares con pelotas, en pago de lo cual les echaban arenques vivos. Mi deuda con el circo es por el gusto con que vi las representaciones infantiles y por el encuentro, para mí tan importante, con Bebra, el payaso filarmónico que tocaba *Jimmy the Tiger* con botellas y dirigía un grupo de liliputienses.

Nos encontramos en la casa de fieras. Mamá y sus dos señores aceptaban toda clase de afrentas ante la jaula de los monos. Eduvigis Bronski, que por excepción formaba parte del grupo, mostraba a sus hijos los poneys. Después que un león me hubo bostezado en las narices, me enfrenté sin mayor reflexión con una lechuza. Traté de mirarla fijamente, pero fue ella quien me miró a mí con tal fijeza que Óscar, confuso, con las orejas ardientes y herido en lo más íntimo, escurrió el bulto y se desmigajó entre los carros—vivienda blancos y azules, donde, fuera de unas cabritas enanas atadas, no había más animales.

Pasó junto a mí con sus tirantes y sus zapatillas, llevando un cubo de agua. Nuestras miradas sólo se cruzaron superficialmente, y sin embargo nos reconocimos en seguida. Dejó el cubo en el suelo, ladeó su enorme cabeza, se me acercó, y yo aprecié que me rebasaba en unos nueve centímetros.

—Fíjate —rechinó, envidioso, desde arriba—, hoy en día los niños de tres años ya no quieren seguir creciendo —y como yo no respondiera, añadió—: Mi nombre es Bebra; desciendo en línea directa del Príncipe Eugenio, cuyo padre fue Luis Catorce, y no, como se pretende, un saboyano cualquiera —y como yo siguiera callado, se soltó de nuevo—: Cesé de creer en mi décimo aniversario. Algo tarde, por supuesto, pero ¡en fin!

Al ver que hablaba con tanta franqueza, me presenté a mi vez, pero sin alardear de árboles genealógicos, sino nombrándome sencillamente Óscar. —Decidme, estimado Óscar, debéis contar ahora unos catorce o quince, acaso dieciséis añitos. ¡Imposible!, ¿qué me decís, tan sólo nueve y medio?

Ahora me tocaba a mí calcularle la edad, y apunté deliberadamente demasiado bajo.

—Sois un adulator, amiguito. ¿Treinta y cinco? ¡Eso fue en su día! En agosto próximo celebraré mi quincuagésimo tercer aniversario. Podría ser vuestro abuelo.

Óscar le dijo algunas finezas acerca de sus realizaciones acrobáticas de payaso, lo calificó de músico excelente y, movido de ligera ambición, le dio una pequeña muestra de su habilidad. Tres bombillas de la iluminación del circo saltaron en añicos; el señor Bebra exclamó bravo, bravísimo, y quería contratar a Óscar inmediatamente.

A veces siento hoy todavía haberme negado. Traté de escabullirme y le dije: —Sabe usted, señor Bebra, prefiero contarme entre los espectadores, y dejo que mi modesto arte florezca a oscuras, lejos de todo aplauso, pero soy el último en no aplaudir las exhibiciones de usted—. El señor Bebra levantó su dedo arrugado y me amonestó: —Excelente Óscar, haced caso a un colega experimentado. Nosotros no debemos estar nunca entre los espectadores. Nuestro lugar está en el escenario o en la arena. Nosotros somos los que hemos de llevar el juego y determinar la acción, pues en otro caso son ellos los que nos manejan, y suelen tratarnos muy mal.

E inclinándose casi hasta mi oreja me susurró al oído, al tiempo que ponía unos ojos inmemoriales: —¡Ya se acercan! ¡ocuparán los lugares de la fiesta! ¡organizarán desfiles con antorchas! ¡Construirán tribunas, llenarán las tribunas y predicarán nuestra perdición desde lo alto de las tribunas! ¡Estad atento, amiguito, a lo que pasará en las tribunas! ¡Tratad siempre de estar sentado en la tribuna, y de no estar jamás de pie ante la tribuna!

Con esto, como me llamaron por mi nombre, el señor Bebra cogió su cubo, —ós están buscando, mi estimado amigo. Pero volveremos a vernos. Somos demasiado pequeños para perdernos. Por lo demás, Bebra dice siempre que para los pequeñines como nosotros hay siempre un lugarcito, aun en las tribunas más abarrotadas. Y si no en la tribuna, entonces debajo de la tribuna, pero nunca delante de la tribuna. Es lo que dice Bebra, que desciende en línea directa del Príncipe Eugenio.

Mamá, que salía en aquel momento de detrás de uno de los carros, llamándome, alcanzó a ver todavía cómo el señor Bebra me besaba en la frente cogía su cubo y se iba, moviendo los hombros, hacia uno de los carros.

—¡Imaginaos! —indignábase algo más tarde mamá en presencia de Matzerath y de Bronski—. ¡Estaba con los liliputienses! ¡Y un gnomo le ha besado en la frente! ¡Con tal que esto no traiga mala suerte!

Y sin embargo, el beso de Bebra había de significar mucho todavía para mí. Los acontecimientos políticos de los años siguientes le dieron la razón: la época de los desfiles con antorchas y de las multitudes ante las tribunas había comenzado.

Así como yo seguí los consejos del señor Bebra, así también tomó mamá a buena cuenta una parte de las advertencias que Segismundo Markus le hiciera en el pasaje del Arsenal y le seguía naciendo en ocasión de sus visitas de los jueves. Y si bien no se fue a Londres con Markus —contra lo cual no hubiera tenido yo nada que objetar—, quedóse de todos modos con Matzerath y sólo veía a Jan Bronski con moderación, es decir, en la calle de los Carpinteros, a expensas de Jan, y en las partidas familiares de skat, que a Jan le fueron resultando cada vez más onerosas, porque siempre perdía. En cuanto a Matzerath, en cuyo favor mamá había apostado y en quien, siguiendo los consejos de Markus, dejó su apuesta, pero sin doblarla, Matzerath, digo, ingresó el año treinta y cuatro —o sea, pues,

reconociendo relativamente temprano las fuerzas del orden— en el Partido, a pesar de lo cual sólo había de llegar a jefe de cédula. En ocasión de este ascenso, que como todo lo extraordinario brindaba oportunidad para una partida de skat familiar, dio Matzerath por vez primera sus advertencias a Jan Bronski a propósito de su actividad burocrática en el Correo polaco, que por lo demás nunca había dejado de hacerle, un tono más severo, aunque también más preocupado.

En cuanto a lo demás, las cosas no cambiaron mucho. De encima del piano descolgóse del clavo la imagen sombría de Beethoven, regalo de Greff, y en el mismo clavo fue colgada la imagen no menos sombría de Hitler. Matzerath, poco afecto a la música seria, deseaba desterrar al músico sordo por completo. Pero mamá, que apreciaba las frases lentas de las sonatas beethovenianas, que había aprendido dos o tres de ellas en nuestro piano y de vez en cuando, más lentamente todavía de lo que estaba indicado, dejaba gotear de él sus notas, insistió en que, si no encima del diván, Beethoven fuera por lo menos a dar encima del aparador. Y así se llegó a la más sombría de las confrontaciones: Hitler y el Genio, colgados frente a frente se miraban, se adivinaban y, sin embargo, no lograban hallarse a gusto el uno frente al otro.

Poco a poco Matzerath fue comprándose el conjunto del uniforme. Si no recuerdo mal, empezó con la gorra del Partido, que le gustaba llevar, aunque hiciera sol, con el barbuquejo rozándole la barbilla. Durante algún tiempo se puso, junto con dicha gorra, camisa blanca con corbata negra, o bien un chaquetón impermeable con un brazalete. Cuando se hubo comprado la primera camisa parda, quería también adquirir, la semana siguiente, los pantalones caqui de montar y las botas. Mamá se oponía, y así transcurrieron nuevamente varias semanas más hasta que Matzerath logró, por fin, reunir el equipo completo.

Había varias oportunidades por semana para ponerse el uniforme, pero Matzerath se limitó a participar en las manifestaciones dominicales del Campo de Mayo, junto al Salón de los Deportes. En esto, eso sí, se mostraba inexorable, por pésimo que fuera el tiempo, negándose asimismo a llevar un paraguas con el uniforme, y no tardamos en oír una muletilla que había de convertirse en locución permanente. «El servicio es el servicio», decía Matzerath, «y el aguardiente, el aguardiente». Y todos los domingos por la mañana, después de haber preparado el asado de mediodía, dejaba a mamá, poniéndome a mí en situación violenta, porque Jan Bronski, que entendió en seguida la nueva situación política dominical, visitaba con sus hábitos inequívocamente civiles a mi abandonada mamá, en tanto que Matzerath andaba en la formación marcando el paso.

¿Qué otra cosa podía hacer yo sino escurrir el bulto? No sentía vocación ni para estorbarlos en el diván ni para observarlos. Así pues, tan pronto como mi padre uniformado se perdía de vista y se aproximaba la visita del civil, al que ya entonces llamaba yo mi padre putativo, salía de la casa tocando el tambor y me dirigía al Campo de Mayo.

Dirán ustedes, ¿y por qué necesariamente al Campo de Mayo? Pues porque los domingos no había en el puerto absolutamente nada que hacer: yo no acababa de decidirme por los paseos en el bosque y, en aquella época, el interior de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús no me decía nada todavía. Cierto que quedaban los exploradores del señor Greff, pero, frente a aquel erotismo de vía estrecha, confieso sin ambages que prefería el jaleo del Campo de Mayo, aun a riesgo de que ustedes me llamen ahora compañero de viaje.

Los que hablaban allí eran Greiser y Löbsack, el jefe de adiestramiento del distrito. Gresier nunca me llamó particularmente la atención. Era demasiado moderado y fue

sustituido más adelante por el bávaro Forster, que era más enérgico y fue designado jefe del distrito. Löbsack, en cambio, hubiera sido el hombre susceptible de sustituir al tal Forster. Es más, si Löbsack no hubiera tenido su joroba, difícilmente hubiera podido el hombre de Fürth poner nunca el pie en el empedrado de la ciudad portuaria. Apreciando a Löbsack debidamente y viendo en su joroba un signo de gran inteligencia, el Partido lo designó jefe de adiestramiento del distrito. El hombre conocía su oficio. En tanto que Forster, con su pésima pronunciación bávara, sólo repetía con machacona insistencia «Vuelta al Reich», Löbsack entraba más en detalle, hablaba todas las variantes del dialecto de Danzig, contaba chistes de Bollermann y Wullszki y sabía cómo había que hablarles a los trabajadores portuarios de Schichau, al pueblo de Ohra y a los ciudadanos de Emmaus, Schidlitz, Bürgerwiesen y Praust. Y cuando tenía que habérselas con comunistas de verdad o cortar las interrupciones vergonzantes de algún socialista, daba gusto oír hablar a aquel hombrecito, cuya joroba resaltaba todavía más con el pardo del uniforme.

Löbsack era ingenioso, extraía su ingenio de su joroba y llamaba a ésta por su nombre, porque eso siempre le gusta a la gente. Antes perdería él su joroba, afirmaba Löbsack, que llegaran los comunistas al poder. Era fácil de prever que él no perdería su joroba, que su joroba no había quién la meneara y, por consiguiente, la joroba estaba en lo cierto y, con ella, el Partido —de donde puede sacarse la conclusión de que una joroba constituye la base ideal para una idea.

Cuando Greiser, Löbsack y más adelante Forster hablaban, lo hacían desde la tribuna. Tratábase de aquella tribuna que en su día el señor Bebra me elogiara. De ahí que por algún tiempo yo tomara al tribuno Löbsack, jorobado e ingenioso cual se le veía en la tribuna, por un delegado de Bebra, el cual, bajo el disfraz pardo, defendía desde la tribuna su causa y, en el fondo, también la mía.

¿Qué cosa es una tribuna? Da enteramente igual para quién y ante quién se levante una tribuna, el caso es que ha de ser simétrica. Así, también la tribuna de nuestro Campo de Mayo junto al Salón de Deportes era una tribuna marcadamente simétrica. De arriba abajo: seis cruces gamadas, una al lado de la otra. Luego, banderas, banderolas y estandartes. Luego, una hilera de negros SS con los barbuquejos bajo la barbilla. Luego, dos hileras de SA que, mientras se cantaba y discursaba, permanecían con las manos puestas en la hebilla del cinturón. Luego, sentados, varias hileras de camaradas del Partido en uniforme; detrás del atril del orador, más camaradas, jefas de las organizaciones femeninas con caras de mamas, representantes del Senado, de paisano, invitados del Reich y el prefecto de la policía o su delegado.

El pedestal de la tribuna se veía rejuvenecido por la Juventud hitleriana o, más exactamente, por la charanga regional de los Muchachos y la banda de tambores y cornetas de la JH. En algunas manifestaciones, se encomendaba a un coro mixto, asimismo dispuesto siempre simétricamente a derecha e izquierda, la tarea de recitar consignas o bien de cantar el Viento del Este, tan popular, y que, a voz en cuello, es el más apto de todos los vientos para el despliegue de los trapos de las banderas.

Bebra, que me había besado en la frente, había dicho también: «Óscar, no te pongas nunca delante de una tribuna. ¡A nosotros nos corresponde estar en la tribuna!»

La mayoría de las veces lograba yo hallar sitio entre algunas de las jefas de las organizaciones femeninas. Por desgracia, durante la manifestación, aquellas damas no dejaban, por motivos de propaganda, de acariciarme. Con los bombos, las charangas y los tambores al pie de la tribuna no podía yo mezclarme a causa de mi tambor, ya que a éste le repugnaba el estilo mercenario de los bombos. Por desgracia falló también un intento del

jefe de adiestramiento del distrito Löbsack. Este hombre me decepcionó gravemente. Ni era, como yo lo había supuesto, delegado de Bebra, ni supo apreciar, a pesar de su joroba tan prometedora, mi verdadera grandeza.

Cuando uno de los domingos de tribuna me le acerqué hasta casi el atril, le hice el saludo del Partido, lo miré, primero sin mirarlo, pero luego guiñando un ojo, y le susurré: —¡Bebra es nuestro Führer!—, no experimentó Löbsack la menor revelación, sino que me acarició exactamente lo mismo que la organización femenina NS, para finalmente disponer —puesto que había de pronunciar su discurso— que se llevaran a Óscar de la tribuna; entonces dos jefas de la Federación de Muchachas Alemanas me tomaron entre ellas y no cesaron, durante todo el resto de la manifestación, de preguntarme por mi «papi» y mi «mami».

Nada tiene de sorprendente, pues, que ya en el verano del treinta y cuatro y sin que el putsch de Röhm tuviera nada que ver con ello, el Partido empezara a decepcionarme. Cuanto más contemplaba la tribuna, plantado frente a ella, tanto más se me iba haciendo sospechosa aquella simetría, que la joroba de Löbsack apenas lograba atenuar. Es obvio que mi crítica había de dirigirse ante todo contra los tambores y los músicos de la charanga, y así, en el verano del treinta y cinco, un domingo bochornoso me las hube contra todos ellos.

Matzerath salió de casa a las nueve. Le había ayudado a limpiar las polainas de cuero pardo para que pudiera salir más temprano. Ya a esa hora precoz el calor era insoportable, y aun antes de llegar a la calle el sudor marcaba en los sobacos de su camisa del Partido unas manchas oscuras que se iban extendiendo. A las nueve y media en punto hizo su aparición Jan Bronski en un ligero traje claro de verano, zapato gris elegante lleno de agujeritos y sombrero de paja. Jugó un rato conmigo, pero sin quitarle los ojos de encima a mamá, que la víspera se había lavado el pelo. No tardé en apercibirme de que mi presencia cohibía la conversación del par, ponía en sus actos cierta rigidez y daba a los movimientos de Jan un algo de forzado. Manifiestamente, su ligero pantalón veraniego no daba más de sí, de modo que me largué siguiendo las huellas de Matzerath, sin por ello proponérmelo como modelo. Evitando cautelosamente las calles llenas de uniformes que conducían al Campo de Mayo, me acerqué por vez primera al lugar de la manifestación desde las pistas de tenis, contiguas al Salón de los Deportes. A este rodeo debo la visión de la parte posterior de las tribunas.

¿Han visto ustedes alguna vez una tribuna por detrás? Antes de congregarla ante una tribuna —lo digo sólo a título de proposición—, habría que familiarizar a toda la gente con la vista posterior de la misma. Él que una vez haya contemplado una tribuna por detrás estará en adelante inmunizado, si la contempló bien, contra cualquier brujería de las que, en una forma u otra, tienen lugar en las tribunas. Lo propio se aplica a la visión posterior de los altares de las iglesias: pero esto irá en otro capítulo.

Óscar, sin embargo, que siempre había sido propenso a ir hasta el fondo de las cosas, no se detuvo en la contemplación del andamiaje desnudo y, en su fealdad, poderosamente real, sino que, acordándose de las palabras de su mentor Bebra, se acercó por detrás a la tarima destinada a ser vista de frente, colóse con su tambor, sin el que no salía nunca, entre los palos, se dio con la cabeza en una lata de filo, se desgarró la rodilla con un clavo que salía alevosamente de la madera, oyó escarbar sobre él las botas de los camaradas del Partido y luego los zapatos de las organizaciones femeninas, llegando finalmente hasta el lugar más sofocante y más propio de aquel mes de agosto: bajo la tribuna, por dentro, detrás de una placa de madera, encontró lugar y abrigo suficiente para

poder saborear con toda tranquilidad el encanto acústico de una manifestación política, sin que lo distrajeran las banderas ni los uniformes le ofendieran la vista.

Me acurruqué bajo el atril de los oradores. Por encima de mí, a derecha e izquierda, se mantenían de pie, según ya lo sabía, con las piernas separadas, cerrando los ojos cegados por la luz del sol, los jóvenes tambores de la banda juvenil y sus mayores de la Juventud Hitleriana. Y luego la muchedumbre, olíala yo a través de las grietas del revestimiento de la tribuna. Allí estaba, de pie, apretujándose los codos y los trajes domingueros; había venido a pie o en tranvía; había asistido en parte a misa temprana, sin hallar en ella satisfacción; había venido llevando a la novia del brazo, para ofrecerle a ésta un espectáculo; quería estar presente cuando se hace la historia, aunque en ello perdiera la mañana.

No, se dijo Óscar, no habrán hecho el camino en vano. Aplicó un ojo al agujero de un nudo del revestimiento y observó la agitación procedente de la Avenida Hindenburg. ¡Ahí venían! Sobre su cabeza se oyeron voces de mando, el jefe de la banda de tambores agitó su bastón, los de la charanga empezaron a soplar como probando sus instrumentos, se los aplicaron definitivamente a la boca y ¡allá va!: como una horrible colección de lansquenets atacaron su metal deslumbrante de sidol hasta hacer a Óscar sentir náuseas y decirse: —¡Pobre SA Brandt, pobre joven hitleriano Quex, caísteis en vano!

Y como para confirmar esta evocación postuma de los mártires del movimiento, mezclóse acto seguido a la trompetería un redoble sordo de tambores hechos de piel tensa de ternero. Aquel callejón que entre la muchedumbre conducía hasta la tribuna hizo presentir de lejos la proximidad de los uniformes, y Óscar anunció: —¡Ahora, pueblo mío, atención, pueblo mío!

El tambor ya lo tenía yo en posición. Con celestial soltura hice moverse los palillos en mis manos e, irradiando ternura desde las muñecas, imprimí a la lámina un alegre y cadencioso ritmo de vals, cada vez más fuerte, evocando Viena y el Danubio, hasta que, el primero y el segundo tambor lansquenets se entusiasmaron con mi vals, y también los tambores planos de los muchachos mayores empezaron como Dios les dio a entender a adoptar mi preludio. Claro que entre ellos no dejaba de haber unos cuantos brutos, carentes de oído musical, que seguían haciendo bumbum, bumbumbum, cuando lo que yo quería era el compás de tres por cuatro, que tanto le gusta al pueblo. Ya casi estaba Óscar a punto de desesperar, cuando de repente cayó sobre la charanga la inspiración, y los pífanos empezaron, ¡oh Danubio!, a silbar azul. Sólo el jefe de la charanga y el de la banda de tambores seguían sin creer en el rey del vals y con sus inoportunas voces de mando; pero ya los había yo destituido; no había ya más que mi música. Y el pueblo me lo agradecía. Empezaron a oírse risotadas delante de la tribuna, y ya algunos me acompañaban entonando el Danubio, y por toda la plaza, hasta la Avenida Hindenburg, azul, y hasta el Parque Steffen, azul, iba extendiéndose mi ritmo retozón, reforzado por el micrófono puesto a todo volumen sobre mi cabeza. Y al espiar por el agujero del nudo hacia afuera, sin por ello dejar de tocar mi tambor con entusiasmo, pude apreciar que el pueblo gozaba con mi vals, brincaba alegremente, se le subía por las piernas: había ya nueve parejas, y una más, bailando, aparejadas por el rey del vals. Sólo Löbsack, que, rodeado de altos jefes y jefes de secciones de asalto, de Forster, Greiser y Rauschning, y con una larga cola parda de elementos del estado mayor, hervía entre la multitud, y ante el cual la callejuela frente a la tribuna amenazaba con cerrarse, sólo a él parecía no gustarle, inexplicablemente, mi ritmo de vals. Estaba acostumbrado, en efecto, a que se le promoviera hacia la tribuna al son de alguna marcha rectilínea, y hete aquí que ahora unos sonidos insinuantes venían a

quitarle su fe en el pueblo. A través del agujero veía yo sus cuitas. Entraba el aire a través del agujero, y a pesar de que por poco hubiera yo pillado una conjuntivitis, me dio lástima, y pasé a un chárleston, a «Jimmy the Tiger», aquel ritmo que el payaso Bebra tocaba en el circo con botellas vacías de agua de seltz. Pero los jóvenes que estaban frente a la tribuna no entraban al chárleston, y es que se trataba de otra generación; no tenían, naturalmente, noción alguna del chárleston ni de «Jimmy the Tiger». No tocaban —¡oh amigo Bebra!— ni Jimmy ni el Tiger, sino que golpeaban como locos, soplaban en la charanga Sodoma y Gomorra. Y en esto se dijeron los pífanos: es igual brincar que saltar. Y el director de la charanga echaba pestes contra fulano y mengano, pese a lo cual los jóvenes de la charanga y de la banda seguían redoblando, silbando y trompeteando con un entusiasmo de todos los diablos, y Jimmy extasiábase en pleno día tigre—canicular de agosto, hasta que, por fin, los miles y miles de camaradas que se apretujaban ante la tribuna comprendieron y exclamaron: ¡es Jimmy the Tiger, que llama al pueblo al chárleston!

Y el que en el Campo de Mayo hasta ahí no bailara, echó ahora mano rápidamente, antes de que fuera demasiado tarde, de las últimas damas disponibles. Sólo al pobre Löbsack le tocó bailar con su joroba, porque todo lo que allí llevaba faldas estaba ya tomado, y las damas de las organizaciones femeninas, que hubieran podido ayudarlo, escabullíanse lejos del Löbsack solitario por los bancos de la tribuna. Pero de todos modos también él bailaba, sacando tal vez la inspiración de su joroba, decidido a ponerle buena cara a la alevosa música de Jimmy y a salvar lo que pudiera salvarse.

Pero ya no quedaba nada por salvar. El pueblo se fue bailando del Campo de Mayo, después de dejarlo bien pisoteado aunque verde aún y, desde luego, completamente vacío. El pueblo, con «Jimmy the Tiger», se fue perdiendo por los vastos jardines del Parque Steffen. Porque allí se ofrecía la jungla prometida por Jimmy, allí los tigres andaban sobre patas de terciopelo: un sustituto de selva virgen para aquel pueblo que poco antes se agolpaba en el prado. La ley y el sentido del orden desaparecieron con las flautas. Y en cuanto a los que preferían la civilización, podían gozar de mi música en los anchurosos y bien cuidados paseos de la Avenida Hindenburg, plantada por vez primera en el siglo dieciocho, talada durante el sitio por las tropas de Napoleón en mil ochocientos siete y vuelta a replantar en mil ochocientos diez en honor de Napoleón; esto es, en terreno histórico, porque sobre mí no habían desconectado el micrófono y se oía hasta la Puerta de Oliva, y porque yo no aflojé hasta que, con el concurso de los bravos muchachos del pie de la tribuna y del tigre suelto de Jimmy, logramos vaciar el Campo de Mayo, en el que no quedaron ni las margaritas.

Y aun después que hube concedido a mi tambor su bien merecido descanso, los muchachos de los tambores se negaron a poner fin a la fiesta: se requería algún tiempo antes de que mi influencia musical dejara de actuar.

Hay que añadir, por otra parte, que Óscar no pudo abandonar el interior de la tribuna inmediatamente, porque, por espacio de más de una hora, delegaciones de los SA y de los SS golpearon con sus botas las tablas, buscando al parecer algo entre los palos que sostenían la tribuna —algún socialista, acaso, o algún grupo de agentes provocadores comunistas— y desgarrándose la indumentaria parda y negra. Sin entrar a enumerar aquí las fintas y las estratagemas de Óscar, baste decir escuetamente que a Óscar no lo encontraron, porque no estaban a la altura de Óscar.

Al fin se hizo la calma en aquel laberinto de madera que tendría más o menos la capacidad de aquella ballena en la que Jonás permaneció, impregnándose en aceite. Pero no, Óscar no era profeta, y además tenía hambre. No había allí Señor alguno que dijera: —

¡Levántate, ve a la ciudad de Nínive y predica con ella—. Para mí tampoco había necesidad alguna de que ningún Señor hiciera crecer un ricino que posteriormente, por mandato del mismo Señor, un gusano viniera a destruir. Ni tenía por qué lamentarme a propósito de tal ricino bíblico ni a propósito de Nínive, aunque ésta tuviera por nombre Danzig. Metíme mi tambor, que nada tenía de bíblico, bajo el jersey, pues bastante quehacer tenía conmigo mismo y, sin tropezar contra cosa alguna ni estropearme la ropa en ningún clavo, hallé la salida de las entrañas de una tribuna para manifestaciones de toda clase, que sólo por casualidad tenía las proporciones de la ballena engullidora de profetas.

¿Quién prestaría la menor atención a aquel chiquitín que silbando y al paso lento de sus tres años caminaba por la orilla del Campo de Mayo en dirección al Salón de los Deportes? Más allá de las pistas de tenis seguían brincando mis muchachos del pie de la tribuna con sus tambores lansquenetes, sus tambores planos, sus pífanos y sus charangas. Ejércitos punitivos, verifiqué, sin sentir más que una ligera compasión al verlos brincar obedeciendo a los silbatazos de su jefe. A un lado de su amontonado estado mayor, Löbsack se paseaba con su joroba solitaria. En los extremos de la pista que se había hecho, donde daba media vuelta sobre los tacones de sus botas, había conseguido arrancar toda la hierba y todas las margaritas.

Al llegar Óscar a su casa, la comida estaba ya servida: había estofado de liebre con patatas al vapor, col morada y, de postre, budín de chocolate con crema de vainilla. Matzerath ni chistó. Durante la comida, los pensamientos de la mamá de Óscar vagaban por alguna otra parte. Por la tarde, en cambio, hubo escándalo familiar por cosas de los celos y del Correo polaco. Al atardecer, una tormenta refrescante, con aguacero y soberbio redoble de granizo, brindó una función bastante prolongada. El metal agotado de Óscar pudo al fin encontrar reposo y escuchar.

Escaparates

Por espacio de algún tiempo o, más exactamente, hasta noviembre del treinta y ocho, con ayuda de mi tambor, acurrucado bajo las tribunas y con mayor o menor éxito, disolví manifestaciones, hice atascarse a más de un orador y convertí marchas militares y orfeones en valsos y en foxtrots.

Hoy, que todo esto pertenece ya a la Historia —aunque se siga machacando activamente, sin duda, pero en frío—, poseo, en mi calidad de paciente particular de un sanatorio, la perspectiva adecuada para apreciar debidamente mi tamboreo debajo de las tribunas. Nada más lejos de mis pensamientos que el presentarme ahora, por seis o siete manifestaciones dispersadas y tres o cuatro marchas o desfiles dislocados con mi tambor, cual un luchador de la resistencia. Esta palabra se ha puesto muy de moda. Se habla del espíritu de la resistencia, y de los grupos de la resistencia. Y aun parece que la resistencia puede también interiorizarse, lo que trae a cuento la emigración interior. Sin hablar de tantos respetables e íntegros señores que durante la guerra, por haber descuidado en alguna ocasión el oscurecimiento de las ventanas de sus dormitorios, se vieron condenados a pagar una multa, con la correspondiente reprimenda de la defensa antiaérea, en gracia a lo cual se designan hoy a sí mismos como luchadores de la resistencia, hombres de la resistencia.

Echemos una vez más una ojeada debajo de las tribunas de Óscar. ¿Dio Óscar una verdadera exhibición de tamboreo a los que allá se reunían? ¿Tomó la acción en sus manos, siguiendo los consejos de su maestro Bebra, y consiguió hacer bailar al pueblo delante de las tribunas? ¿Logró desconcertar alguna vez al jefe de adiestramiento del distrito Löbsack, a aquel Löbsack de réplica tan vivaz y que en su vida había hecho ya de todo? ¿Disolvió por vez primera, un domingo de plato único del mes de agosto del treinta y cinco, y luego algunas veces más, manifestaciones pardas gracias a su tambor, que por no ser rojo y blanco era precisamente polaco?

Todo eso hice, y ustedes habrán de convenirlo conmigo. Ahora bien, ¿puede deducirse de ello que yo, huésped de un sanatorio, haya sido un luchador de la resistencia? Por mi parte he de contestar la pregunta negativamente, y he de rogar también a ustedes, que no son huéspedes de sanatorio alguno, que no vean en mí más que a un individuo algo solitario que, por razones personales y evidentemente estéticas, y tomando a pecho las lecciones de su maestro Bebra, rechazaba el color y el corte de los uniformes y el ritmo y el volumen de la música usual en las tribunas, y que por ello trataba de exteriorizar su protesta sirviéndose de un simple tambor de juguete.

En aquel tiempo era todavía posible establecer contacto, mediante un miserable tambor de hojalata, con la gente que estaba en las tribunas y la que estaba delante de ellas, y he de confesar que, lo mismo que mi canto vitricida a distancia, llevé mi truco escenográfico hasta la perfección. Y no me limité en modo alguno a tocar el tambor contra las manifestaciones pardas. Óscar se coló asimismo bajo las tribunas de los rojos y los negros, de los exploradores y de las camisas verde espinaca de los PX, de los Testigos de Jehová y de la Liga Nacionalista, de los vegetarianos y de los Jóvenes Polacos del Movimiento de la Zona Oriental. Por más que cantaran, soplaran, oraran o predicaran, mi tambor sabía algo mejor.

Mi obra era, pues, de destrucción. Y lo que no lograba destruir con mi tambor, lo deshacía con mi voz. Así vine a iniciar, al lado de mis empresas de día contra la simetría de

las tribunas, mi actividad nocturna: durante el invierno del treinta y seis al treinta y siete jugué al tentador. Las primeras enseñanzas en el arte de tentar a mis semejantes me vinieron de mi abuela Koljaiczek, la cual, en aquel rudo invierno, abrió un puesto en el mercado semanal de Langfuhr o, en otros términos, acurrucada en sus cuatro faldas detrás de un banco del mercado, ofrecía con voz plañidera «¡huevos frescos, mantequilla dorada y oquitas, ni muy gordas ni muy flaquitas!», para los días de fiesta. El mercado se celebraba todos los martes. Venía ella de Viereck en el corto, quitábase, poco antes de llegar a Langfuhr, Jas zapatillas de fieltro previstas para el viaje en el tren, bajaba de éste en unos zuecos deformes, colgábase de los brazos las asas de los dos canastos y se dirigía a su puesto de la calle de la Estación, en el que una placa rezaba: Ana Koljaiczek, Bissau. ¡Qué baratos eran los huevos en aquel tiempo! Los quince valían un florín, y la mantequilla cachuba costaba menos que la margarina. Mi abuela se acurrucaba entre dos pescaderas que gritaban «¡platija y bacalo! ¿a quién le servimos?». El frío ponía la mantequilla como piedra, mantenía los huevos frescos, afilaba las escamas del pescado como hojas de afeitar extrafinas y proporcionaba ocupación y salario a un buen hombre que se llamaba Schwerdtfeger y era tuerto, el cual calentaba ladrillos en un brasero de carbón de leña y los alquilaba, envueltos en papel de periódico, a las vendedoras del mercado.

A punto de cada hora, mi abuela dejaba que Schwerdtfeger le deslizara bajo las cuatro faldas un ladrillo caliente. Esto lo hacía el, tal Schwerdtfeger sirviéndose de una pala de hierro. Deslizaba bajo la tela apenas levantada un paquete humeante; un movimiento de descarga, otro de carga, y la pala de hierro de Schwerdtfeger salía con un ladrillo casi frío de debajo de las faldas de mi abuela.

¡Cuánto envidiaba yo a aquellos ladrillos que, envueltos en papel de periódico, conservaban el calor y lo difundían! Aun hoy en día me gustaría poder resguardarme como uno de aquellos ladrillos, cambiándome continuamente conmigo mismo, bajo las faldas de mi abuela. Dirán ustedes: ¿Qué es lo que busca Óscar bajo las faldas? ¿Imitar acaso a su abuelo Koljaiczek, abusando de la anciana? ¿O tal vez el olvido, una patria, el nirvana final?

Óscar contesta: Bajo las faldas buscaba yo al África y, eventualmente, a Napóles que, como es notorio, hay que haber visto. Allí, en efecto, concurrían los ríos y se dividían las aguas; allí soplaban vientos especiales, pero podía también reinar la más perfecta calma; allí se oía la lluvia, pero se estaba al abrigo; allí los barcos hacían escala o levaban el ancla; allí estaba sentado al lado de Óscar el buen Dios, al que siempre le ha gustado estar calentito; allí el diablo limpiaba su catalejo y los angelitos jugaban a la gallina ciega. Bajo las faldas de mi abuela siempre era verano, aunque las velas ardieran en el árbol de Navidad, aunque estuvieran por salir los huevos de Pascua o se celebrara la fiesta de Todos los Santos. En ningún otro sitio podía yo vivir mejor conforme al calendario que bajo las faldas de mi abuela.

Pero ella, en el mercado, no me dejaba buscar albergue bajo sus faldas y, fuera de él, sólo raramente. Me estaba acurrucado a su lado sobre la cajita, disfrutando en sus brazos de un sustituto de calor, contemplaba cómo los ladrillos iban y venían, y dejábame entretanto aleccionar por mi abuela en el truco de la tentación. Atado a un cordel, lanzaba el viejo portamonedas de Vicente Bronski sobre la nieve apisonada de la acera, que los esparcidores de arena habían ensuciado hasta el punto que sólo yo y mi abuela podíamos ver el hilo.

Las amas de casa iban y venían y no compraban nada, pese a que todo era barato; probablemente lo querían de regalo, con algo de propina además, porque ya una dama se

inclinaba hacia el portamonedas allí tirado de Vicente, ya sus dedos tocaban el cuero, cuando de repente mi abuela tiraba hacia sí del anzuelo junto con la distinguida señora, que se mostraba algo confusa, atraía hacia su caja a aquel pez bien vestido y se mostraba muy amable: —¿En qué puedo servirle, señorita? ¿algo de esta mantequilla dorada, o unos huevitos, a florín los quince?

En esta forma vendía Ana Koljaiczek sus productos naturales. Pero yo me iba percatando con ello de la magia de la tentación; no de la tentación que atraía a los muchachos de catorce años, con Susi Kater, a los sótanos para allí jugar al médico y al enfermo. Eso a mí no me tentaba; antes bien, después que los rapaces de nuestra casa, Axel Mischke y Nuchi Eyke en calidad de donadores de suero, y Susi Kater de médico, me hubieron convertido en paciente que había de tragar medicinas no tan arenosas sin duda como la sopa de ladrillo pero de todos modos con un regusto de pescado descompuesto, lo rehuía. Mi tentación, por el contrario, se presentaba en forma casi incorpórea y mantenía a distancia a las víctimas de mi juego.

Bastante después del anochecer, una o dos horas después del cierre de las tiendas, escapábame de mi mamá y de Matzerath. Salía a la noche invernal. En calles silenciosas y casi desiertas, contemplaba desde el nicho abrigado de algún zaguán los escaparates de enfrente: tiendas de comestibles finos, mercerías y, en una palabra, todas aquellas que exhibían zapatos, relojes, joyas, cosas deseables y fáciles de llevar. No todos los escaparates estaban iluminados. Y yo inclusive prefería aquellas tiendas que, lejos de los faroles callejeros, mantenían su oferta en la semioscuridad; porque la luz atrae a todos, aun al más vulgar, en tanto que la semioscuridad sólo hace detenerse a los elegidos.

No me interesaban las gentes que, callejeando, echaban de paso un vistazo a los escaparates deslumbrantes, más a las etiquetas con los precios que a los objetos mismos, o que se aseguraban, en el reflejo de los cristales, de que llevaban el sombrero bien puesto. Los clientes a los que yo esperaba en medio del frío seco y sin viento, detrás de una tormenta de nieve de grandes copos, dentro de una espesa nevada silenciosa o bajo una luna que aumentaba con la helada, eran los que se detenían ante los escaparates como obedeciendo a una llamada y no buscaban mucho tiempo en los anaqueles, sino que, al poco rato o en seguida, posaban su mirada en uno solo de los objetos allí expuestos.

Mi propósito era el del cazador. Requería paciencia, sangre fría y una vista libre y segura. Sólo cuando se daban todas estas condiciones correspondíale a mi voz matar la caza en forma incruenta y analgésica: correspondíale tentar. Pero, ¿tentar a qué?

Al robo. Porque, con un grito absolutamente inaudible, cortaba yo en el cristal del escaparate, exactamente a la altura del plano inferior y, de ser posible, delante mismo del objeto deseado, unos agujeros perfectamente circulares y, con una última elevación de la voz, empujaba el recorte del cristal hacia el interior del escaparate, donde se producía un tintineo prontamente sofocado, pero que no era el tintineo del vidrio al romperse, aunque yo no pudiera oírlo, porque Óscar estaba demasiado lejos. Pero aquella joven señora de la piel de conejo en el cuello del abrigo pardo, vuelto ya seguramente una vez al revés, ella sí oía el tintineo y se estremecía hasta su piel de conejo; quería irse a través de la nieve, pero no obstante se quedaba, tal vez precisamente porque estaba nevando, o bien porque cuando está nevando, siempre que la nieve sea suficientemente espesa, todo está permitido. ¿Y que sin embargo mirara a su alrededor, como sospechando de los copos de nieve, como si detrás de los copos no hubiera siempre más copos; que siguiera mirando a su alrededor cuando ya su mano derecha salía del manguito, recubierto asimismo de piel de conejo? Y luego, sin preocuparse más de su alrededor, metía la mano por el recorte circular, empujaba

primero a un lado el redondel de vidrio, que se había volcado precisamente sobre el objeto ansiado, y sacaba primero uno de los zapatitos de ante negro, y luego el izquierdo, sin estropear los tacones y sin lastimarse la mano en los cantos vivos del agujero. A derecha e izquierda desaparecían los zapatos, en los correspondientes bolsillos del abrigo. Por espacio de un instante, por espacio de cinco copos, Óscar veía un lindo perfil, por lo demás insulso; y cuando empezaba ya a pensar que se trataba tal vez de uno de los maniqués de los almacenes Sternfeld salido milagrosamente de paseo, he aquí que se disolvía entre la nieve que caía, volvía a hacerse ver bajo la luz amarillenta del siguiente farol y, abandonando el cono luminoso, la joven recién casada o el maniquí emancipado desaparecía.

Una vez realizado mi trabajo —y todo aquel esperar, espiar, no poder tocar el tambor y, finalmente, encantar y derretir el vidrio helado era, en verdad, una labor ardua—, no me quedaba otra cosa que hacer que irme para casa igual que la ladrona, pero sin botín; con el corazón ardiente y frío a la vez.

No siempre conseguía, por supuesto, llevar mi arte tentador hasta un éxito tan categórico como en el caso típico que acabo de describir. Así, por ejemplo, mi ambición era hacer de una parejita de enamorados una pareja de ladrones. Pero, o bien no querían ni el uno ni la otra, o bien él ya metía la mano pero ella se la retiraba, o era ella la que se atrevía y él, suplicante, la hacía desistir y, en adelante, despreciarlo. En una ocasión, durante una nevada copiosa, seduje delante de una tienda de perfumería a una parejita de aspecto particularmente joven. Él se hizo el valiente y robó un agua de Colonia. Ella rompió a llorar, afirmando que prefería renunciar a todos los perfumes. Pero él quería darle la loción, y logró imponer su voluntad hasta el farol siguiente. Aquí, sin embargo, en forma ostensible y como si se hubiera propuesto vejarme, la niña lo besó, poniéndose para ello de puntillas, hasta que él volvió sobre sus pasos y devolvió el agua de Colonia al escaparate.

Lo mismo me ocurrió en varias ocasiones con señores de cierta edad, de los que esperaba lo que su paso decidido en la noche invernal parecía prometer. Se detenían frente al escaparate de una tabaquería, miraban adentro con devoción, dejaban sin duda vagar sus pensamientos por la Habana, el Brasil o las islas Brisago, pero cuando mi voz practicaba su agujero a medida y dejaba finalmente caer el vidrio del recorte sobre una caja de «Prudencia negra», los señores se me cerraban como navajas de resorte. Daban media vuelta, atravesaban la calle como si remaran con el bastón, pasaban a toda prisa y sin verme junto a mí y mi zaguán, y daban lugar a que Óscar, viendo sus caras de viejitos descompuestas y agitadas como por el diablo, se sonriera; con una sonrisa, sin embargo, en la que se mezclaba algo de preocupación, porque les entraban a aquellos señores —todos ellos, por lo regular, fumadores de puro de avanzada edad— unos sudores alternativamente fríos y calientes, que los dejaban expuestos, sobre todo si cambiaba el tiempo, a pillar un resfriado.

En aquel invierno, las compañías de seguros hubieron de pagar a las tiendas de nuestro barrio, aseguradas en su mayoría contra robo, cantidades considerables. Aunque yo nunca tolerara robos al por mayor y cortara deliberadamente los vidrios de tal manera que sólo pudieran sacarse uno o dos objetos, los casos designados como de ef racción se acumularon a tal punto que la policía criminal no se daba punto de reposo, lo que no era obstáculo para que la prensa la calificara despectivamente de incapaz. Desde noviembre del treinta y seis hasta marzo del treinta y siete, momento en que el coronel Koc formó en Varsovia un gobierno de frente nacional, contáronse sesenta y cuatro tentativas de ef racción y veintiocho efracciones efectivas del mismo tipo. Cierto es que los funcionarios

de la policía criminal pudieron recuperar parte del botín de algunas de aquellas señoras de cierta edad, de aquellos jóvenes inexpertos, de las muchachas de servicio o de algunos maestros retirados, que no eran en modo alguno ladrones apasionados; o bien ocurriáseles a aquellos rateros aficionados presentarse a la policía, después de una noche de insomnio, y decir: —Disculpen ustedes, no lo volveré a repetir, pero es el caso que de repente vi que había un agujero en el vidrio, y cuando logré reponerme a medias del susto, y lejos ya del escaparate, pude observar que albergaba en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, en forma ilegal, un par de soberbios guantes para caballero, de piel fina, sin duda alguna muy caros o inclusive prohibitivos.

Pero como la policía no cree en milagros, lo mismo los que fueron descubiertos con los objetos robados que los que se presentaron espontáneamente hubieron de cumplir penas de prisión que iban de cuatro semanas a dos meses.

Yo mismo quedé más de una vez bajo arresto domiciliario, porque mamá sospechaba, naturalmente, aunque fuera suficientemente inteligente como para no confesárselo a sí misma y menos a la policía, que mi voz vitricida andaba metida en aquel juego delictivo.

Frente a Matzerath, en cambio, que presumía afectadamente de honradez y procedió a un interrogatorio en toda forma, me negué a hacer la menor declaración y me refugié, con habilidad cada vez mayor, detrás de mi tambor y de mi talla permanente de niño atrasado de tres años. Después de esta clase de interrogatorios, mamá, volvía siempre a repetir: —La culpa de todo la tiene aquel liliputiense que besó a Oscarito en la frente. En el acto me di cuenta de que aquello tenía algún significado, porque Óscar era antes muy distinto.

Admito que el señor Bebra influyó sobre mí en forma ligera y duradera, pues ni los arrestos domiciliarios lograron impedir que, en un rato de suerte y sin pedir permiso, naturalmente, consiguiera eclipsarme por una hora, lo bastante para practicar con mi canto, en el vidrio del escaparate de alguna mercería, el sospechoso agujero circular y convertir a un joven admirador de la mercería en feliz poseedor de una corbata de seda pura color rojo vino.

Si ustedes me preguntan: ¿Era el Mal lo que impelía a Óscar a aumentar la tentación, ya grande de por sí, que ejerce un vidrio brillante de escaparate, mediante un acceso practicado a la medida de la mano? Tengo que responder: Era el Mal, en efecto. Y era el Mal, entre otras razones, por el simple hecho de que me ocultara en zaguanes oscuros. Porque el zaguán, como debería saberse, es la guarida favorita del Mal. Por otra parte, y sin tratar por ello de desvirtuar lo malo de mis tentaciones, he de decirme a mí mismo y he de decirle a mi enfermero Bruno, hoy que no tengo ya ocasión para la tentación ni siento por ella inclinación alguna: Óscar, tú no sólo has satisfecho los pequeños y grandes deseos de todos aquellos paseantes invernales silenciosos enamorados de algún objeto de sus sueños, sino que has ayudado además a las gentes que se detienen ante los escaparates a conocerse a sí mismas. Más de una de aquellas damas elegantes, más de algún excelente tío, más de una de aquellas señoritas de edad ya avanzada pero frescas todavía en materia de religión jamás habrían sospechado que su naturaleza fuera propensa al robo si tu voz no los hubiera inducido a él, transformando así por añadidura a más de uno de aquellos ciudadanos que anteriormente veían en cualquier pobre ratero inexperto a un bribón peligroso y condenable.

Después de haberlo estado acechando noche tras noche antes de que, a la cuarta vez, se decidiera a picar y a convertirse en ladrón al que la policía nunca había de

descubrir, el doctor Erwin Scholtis, temido fiscal y acusador de la Corte Penal, se transformó en un jurista benigno, indulgente y casi humano porque, ofreciéndome un sacrificio, a mí, el semidiós de los ladrones, se robó una brocha de afeitar de auténtico pelo de tejón.

En enero del treinta y siete estuve apostado por mucho tiempo, tiritando de frío, frente a una joyería, la cual, a pesar de su situación tranquila en una avenida del suburbio plantada de arces, gozaba de buen nombre y reputación. Presentóse ante el escaparate adornado con joyas y relojes toda clase de caza que, de haberse tratado de otras exhibiciones, de medias para dama, de sombreros de terciopelo o de botellas de licor, yo habría abatido inmediatamente y sin el menor reparo.

Lo que tienen las joyas: con ellas uno se vuelve caprichoso, circunspecto, se adapta uno al curso de cadenas interminables, mide el tiempo no ya por minutos sino por años de perlas, parte del punto de vista de que la perla sobrevivirá al cuello, de que es la muñeca y no el brazalete lo que enflaquece, de que se han encontrado en las tumbas anillos a los que el dedo no resistió; en una palabra, se considera a un admirador del escaparate demasiado jactancioso para adornarlo con joyas; a otro, demasiado mezquino.

El escaparate del joyero Bansemer no estaba demasiado recargado. Algunos relojes selectos, manufactura suiza de calidad, un surtido de anillos de compromiso sobre terciopelo azul celeste y, en el centro, seis, o mejor dicho, siete piezas de lo más escogido: una serpiente que se enroscaba tres veces sobre sí misma, forjada en oro de colores diversos, cuya cabeza de talla fina adornaban, dándole realce, un topacio y dos diamantes, en tanto que los ojos eran dos zafiros. Por lo regular no soy aficionado al terciopelo negro, pero debo admitir que a la serpiente del joyero Bansemer ese fondo le quedaba muy bien, lo mismo que el terciopelo gris que, bajo aquellas piezas de plata de formas tan encantadoramente sencillas y de regularidad tan poco común, difundía un reposo cosquilleante. Un aro engastado con una gema tan bella que se veía que estaba llamado a ir desgastando las manos de mujeres igualmente bellas, al paso que él se iría haciendo cada vez más bello hasta alcanzar ese grado de inmortalidad que probablemente sólo está reservado a las joyas. Cadenitas que nadie podría ponerse sin hacerse merecedor de un castigo, cadenas lánguidas; y, finalmente, sobre un cojín de terciopelo blanco amarillento que imitaba con sencillez la forma de un escote, un collar de lo más elegante: la distribución fina, el engarce un sueño, la trama un bordado. ¿Qué araña podía haber segregado su oro en forma que quedaran presos en su red seis rubíes pequeños y uno mayor? ¿Dónde se escondía? ¿Qué acechaba? No estaba, sin duda, al acecho de más rubíes, sino más bien de alguien a quien los rubíes aprisionados en la red le parecieran brillar cual gotas de sangre moldeada, cautivando su mirada. En otras palabras: ¿A quién debía regalarle yo a mi antojo, o al antojo de la araña tejedora de oro, aquel collar?

El dieciocho de enero del treinta y siete, sobre una nieve apisonada que crujía bajo el paso, una noche que olía a más nieve, a tanta nieve, a tanta nieve como pueda desear uno que todo quisiera confiarlo a la nieve, vi a Jan Bronski atravesar la calle, a la derecha de mi escondite, y pasar frente a la joyería sin levantar la vista, para luego vacilar o, más bien, pararse como obedeciendo a un mandato: dio media vuelta, o se la dieron, y he ahí a Jan delante del escaparate, entre arces silenciosos cargados de nieve.

El refinado Jan Bronski, algo enfermizo siempre, humilde en su profesión pero ambicioso en amor, tan tonto como enamorado de la belleza; Jan, el que vivía de la carne de mamá; el que, según lo creo y lo dudo hoy todavía, me engendró en nombre de Matzerath, estaba allí parado, con su elegante abrigo de invierno que parecía cortado por

un sastre de Varsovia, convertido en estatua de sí mismo, tan petrificado que casi se me antojaba verlo ante el cristal cual un símbolo, con la mirada fija entre los rubíes del collar de oro, a la manera de Parsif al, que estaba también de pie en la nieve y veía sangre en ella.

Hubiera podido llamarlo, hubiera podido advertirle con el tambor, que llevaba conmigo. Lo sentía bajo mi abrigo. Bastábame abrir un botón y por sí mismo habría emergido al aire glacial. Con llevarme las manos a los bolsillos del abrigo habría tenido en ellas los palillos. Huberto, el cazador, no disparó cuando ya tenía a tiro al ciervo singular. Saulo, se convirtió en Pablo. Atila, al levantar el papa León el dedo con el anillo, dio media vuelta. Pero yo sí disparé, y ni me convertí ni di media vuelta, sino que me mantuve cazador, me mantuve Óscar, tratando de ir hasta el final: no me desabroché, no dejé que mi tambor saliera al aire glacial, no crucé mis palillos sobre la blanca lámina invernal, ni permití que la noche de enero se convirtiera en noche de tamboreo, sino que grité en silencio, grité como gritan tal vez las estrellas, o los peces en lo más profundo; grité primero a la estructura del hielo, para que dejara caer nieve fresca, y luego al vidrio: al vidrio espeso, al vidrio caro, al vidrio barato, al vidrio transparente, al vidrio que dividía en dos los mundos, al vidrio místico y virginal; practiqué con mi grito en el vidrio del escaparate, entre Jan Bronski y el collar, un agujero a la medida de la mano de Jan, que ya conocía, y dejé que el recorte circular del vidrio resbalara como si fuera una trampa: como si fuera la puerta del cielo y del infierno. Y Jan no se estremeció, sino que dejó que su mano finamente enguantada emergiera del bolsillo del abrigo y penetrara en el cielo, y el guante abandonó el infierno y tomó del cielo o del infierno un collar cuyos rubíes estaban hechos a la medida de todos los ángeles, inclusive de los caídos, y dejó que la mano llena de rubíes y de oro volviera al bolsillo; y seguía allí, ante el escaparate abierto, aunque eso fuera peligroso y no sangraran allí ya más rubíes que impusieran a su mirada o la de Parsif al una dirección inmutable.

¡Oh, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Era preciso recurrir al espíritu, para que a Jan, el padre, no le sucediera nada. Óscar, el hijo, se desabrochó el abrigo, cogió rápidamente los palillos y, sobre la lámina, gritó: ¡papá, papá!, hasta que Jan Bronski se volvió lentamente, atravesó lenta, lentamente la calle, y encontró a Óscar en el zaguán.

¡Qué bien que en el momento en que Jan seguía contemplándome sin expresión, pero a punto ya del deshielo, empezara a nevar! Alargóme una mano, pero no el guante que había tocado los rubíes., y me condujo en silencio pero sin sobresalto a casa, en donde ya mamá estaba inquieta por mí y Matzerath, en su estilo, amenazaba con severidad afectada pero muy poco en serio con dar parte a la policía. Jan no dio ninguna explicación, ni quiso tampoco jugar al skat al que Matzerath, poniendo botellas de cerveza sobre la mesa, lo invitaba. Al despedirse, acarició a Óscar, y éste no supo si lo que deseaba era un silencio encubridor o su amistad.

Al poco tiempo, Jan Bronski regaló el collar a mamá. Ésta, enterada sin duda de la procedencia de aquella joya, sólo se lo ponía a ratos, cuando Matzerath no estaba, ya fuera para sí misma, para Jan Bronski o, acaso, también para mí.

Poco después de la guerra lo cambié en el mercado negro de Düsseldorf por doce cartones de cigarrillos americanos Lucky Strike y una cartera de piel.

Falla el milagro

Hoy, en la cama de mi sanatorio, echo a menudo de menos aquella fuerza que tenía entonces a mi disposición inmediata y con la que derretía flores de escarcha, abría escaparates y llevaba al ladrón como de la mano.

¡Cuánto me gustaría, por ejemplo, eliminar el vidrio de la mirilla del tercio superior de la puerta de mi cuarto para que Bruno, mi enfermero, pudiera observarme mejor!

¡Cuánto sufrí, el año que precedió a mi internamiento forzoso en el sanatorio, a causa de la impotencia de mi voz! Cuando por las calles nocturnas emitía mi grito, exigiéndole éxito sin obtenerlo, llegaba a darse el caso de que yo, que detesto la violencia, recurriera a una piedra y apuntara a alguna ventana de cocina en aquel miserable suburbio de Düsseldorf. Me hubiera gustado, sobre todo, poder hacer alguna exhibición ante Vittlar, el decorador. Cuando, pasada la media noche, lo reconocía, protegido en su mitad superior por una cortina y metidos los pies en sus calcetines de lana rojos y verdes, tras el vidrio del escaparate de alguna tienda de modas masculinas del Paseo del Rey o de una perfumería próxima a la antigua sala de conciertos, de buena gana le habría roto el vidrio a ese hombre que es mi apóstol, sin duda, o que podría serlo, porque a estas alturas sigo sin saber si he de llamarlo Judas o Juan.

Vittlar es noble y su nombre de pila es Godofredo. Cuando, después de un fracaso humillante de mi canto, llamaba la atención del decorador por medio de un tamborileo discreto en el cristal ileso del escaparate, cuando él salía por un cuarto de hora a la calle, charlaba conmigo y hacía mofa de sus artes de decorador, tenía que llamarlo Godofredo, porque mi voz no producía aquel milagro que me hubiera permitido llamarlo Juan o Judas.

El canto frente a la joyería, que hiciera de Jan Bronski un ladrón y de mamá la poseedora de un collar de rubíes, había de poner un paréntesis a mi cantar ante escaparates con objetos codiciables. Mamá se hizo piadosa. ¿Qué le hizo serlo? Fue su relación con Jan Bronski, el collar robado y la dulce fatiga de una vida de mujer adúltera lo que la hizo piadosa y ávida de sacramentos. ¡Qué bien se deja organizar el pecado! Los jueves se encontraban en la ciudad, dejaban a Oscarcito con Markus, esforzándose por lo regular hasta darse gusto en la calle de los Carpinteros, refrescándose luego con moka y pasteles en el Café Weitzke, mamá iba después a buscar a su hijito a la tienda del judío, dejábase proveer por éste de algunos piropos y algún paquetito casi regalado de seda de coser, tomaba su tranvía número 5, saboreaba sonriendo y con los pensamientos muy lejos de allí el trayecto entre la Puerta de Oliva y la Avenida Hindenburg, miraba apenas aquel Campo de Mayo junto al Salón de los Deportes en el que Matzerath pasaba sus mañanas dominicales, aceptaba sin disgusto el rodeo por el Salón mencionado —¡qué horrible resultaba dicha construcción cuando se acababa de gozar de algo bello!—, otra curva a la izquierda, y allí estaba ya, detrás de unos árboles polvorientos, el Conradinum con sus estudiantes de gorras rojas —¡ay, si Oscarcito llevara también una de esas gorras rojas con la C dorada!: acababa de cumplir doce años y medio y podría estar ya en cuarto año, empezaría con el latín y se comportaría como todo un pequeño Conradino, aplicado, pero también algo insolente y arrogante.

Después del paso subterráneo, en dirección a la Colonia del Reich y a la Escuela Helena Lange, perdíanse los pensamientos de la señora Agnés Matzerath y olvidaba el Conradinum y las posibilidades fallidas de su hijo Óscar. Otra curva más, frente a la iglesia

de Jesús, con su campanario en bulbo, para bajarse en la Plaza Max Halbe, delante de la tienda del café Kaiser. Un último vistazo a los escaparates de los competidores, y luego, fatigosamente, cual un viacrucis, a remontar al Labesweg: el malhumor incipiente, el niño anormal de la mano, los remordimientos y el deseo de repetición. Insatisfecha y saciada a la vez, dividida entre la aversión y el afecto bonachón hacia Matzerath, mamá cubría fatigosamente el trayecto del Labesweg conmigo, mi tambor y el paquetito de seda, hasta la tienda, hasta las cajas de avena, el petróleo al lado de los barriles de arenques, las pasas de Corinto y las de Málaga, las almendras y las especias, hasta los polvos de levadura del Dr. Oetker, hasta Persil es Persil, hasta el «yo lo tengo» de Urbín, hasta el Maggi y el Knorr, el Kathereiner y el café Hag, Villo y Palmín, el vinagre Kühne y la mermelada de cuatro frutos, y hasta aquellos dos mosqueros untados de miel que, colgados arriba del mostrador, zumbaban en dos tonos distintos y habían de cambiarse en verano cada tercer día; y cada sábado, con un alma igualmente endulzada, que lo mismo en verano que en invierno atraía todo el año pecados que zumbaban alto y bajo, mamá se iba a la iglesia del Sagrado Corazón a confesarse con el reverendo Wiehnke.

Lo mismo que mamá me llevaba con ella los jueves y me convertía en cierto modo en su cómplice, también me llevaba los sábados a través del portal hasta las frescas baldosas de la iglesia católica, metiéndome primero el tambor debajo del jersey o del abrigo, ya que sin tambor no había nada que hacer conmigo, y sin el metal sobre la barriga nunca me hubiera yo santiguado a la católica, tocándome la frente, el pecho y los hombros, ni me hubiera arrodillado como para ponerme los zapatos, ni me hubiera mantenido quietecito, dejando que se me fuera secando lentamente el agua bendita en la base de la nariz, sobre el banco pulido de la iglesia.

Recuerdo todavía la iglesia del Sagrado Corazón del día de mi bautizo: había habido alguna dificultad a causa de mi nombre pagano, pero mamá insistió en lo de Óscar, y Jan, que era el padrino, hizo lo mismo bajo el portal. Entonces el reverendo Wiehnke me sopló tres veces a la cara, lo que debía expulsar de mí a Satanás, hizo el signo de la cruz, me puso la mano encima, esparció algo de sal y dijo una serie de cosas, siempre contra Satanás. En la iglesia volvimos a pararnos ante la capilla bautismal propiamente dicha. Me mantuve quieto mientras se me ofrecían el Credo y el Padrenuestro. Luego parecióle indicado al reverendo Wiehnke decir una vez más *Vade retro*, Satanás, y se imaginó que tocándole a Óscar la nariz y las orejas le abría los sentidos, a mí, que desde siempre los tuve abiertos. Luego quiso oírlo una vez más en alta voz y en forma clara, y preguntó: —¿Renuncias a Satanás, a sus pompas y vanidades?

Antes de que yo pudiera sacudir la cabeza —porque no pensaba para nada en renunciar—, dijo Jan tres veces por mi cuenta: —Renuncio.

Y sin que yo me hubiera puesto a mal con Satanás, el reverendo Wiehnke me ungió pecho y espalda. Ante la pila bautismal, una vez más el Credo, y luego, finalmente, tres veces agua, unción de la piel de la cabeza con unguento de San Cresmo, un vestido blanco para hacerle manchas, un cirio para los días oscuros, y la despedida —Matzerath pagó—; y al sacarme Jan ante el portal de la iglesia del Sagrado Corazón, donde el taxi nos esperaba por tiempo de sereno a nublado, pregunté al Satanás que llevaba dentro: —¿Todo ha ido bien?

Satanás brincó y susurró: —¿Te fijaste en los ventanales de la iglesia, Óscar? ¡Vidrio, todo vidrio!

La iglesia del Sagrado Corazón fue edificada durante los años de la fundación: de ahí que en cuanto al estilo fuera neogótica. Comoquiera que se empleó para los muros un

ladrillo que ennegrece rápidamente y que el cobre que recubre el campanario no tardó en adoptar el verdín tradicional, las diferencias entre las iglesias de ladrillo del gótico antiguo y las del nuevo gótico sólo resultaron apreciables y molestas para los expertos. En cuanto a la confesión, la práctica era la misma en los dos tipos de iglesias. Lo mismo que el reverendo Wiehnke, otros cien reverendos sentados en confesonarios aplicaban los sábados, después del cierre de las oficinas y las tiendas otras tantas hirsutas orejas sacerdotales al pulido enrejado negruzco, en tanto que los feligreses trataban de enhebrar en aquellas orejas, a través de las celosías, el hilo en el que se ensartaba, cuenta a cuenta, un adorno pecaminosamente barato.

Mientras mamá, siguiendo la Guía del Confesor, comunicaba a las instancias supremas de la iglesia católica, única verdadera, por conducto del canal auditivo del reverendo Wiehnke, todo lo que había hecho y dejado de hacer, lo que había sucedido de pensamiento, palabra y obra, abandonaba yo, que no tenía nada que confesar, la madera demasiado lisa de la iglesia y me quedaba de pie sobre las baldosas.

Reconozco que las baldosas de las iglesias católicas, el olor de las iglesias católicas y todo el catolicismo me sigue todavía cautivando hoy en forma inexplicable, a la manera de, ¿de qué diré?, de una muchacha pelirroja, aunque el pelo pelirrojo quisiera hacerlo teñir, y el catolicismo me inspira unas blasfemias que vuelven siempre a delatar que, aunque en vano, sigo estando bautizado irrevocablemente según el rito católico. A menudo, en ocasión de los quehaceres más triviales, como al lavarme los dientes e incluso en el excusado, me sorprende a mí mismo ensartando comentarios a propósito de la misa por el estilo de: en la sagrada misa se renueva el derramamiento de la sangre de Jesucristo a fin de que fluya para tu purificación, éste es el cáliz de su sangre, el vino se convierte real y verdaderamente en la sangre de Cristo y se derrama, la sangre de Cristo está presente, mediante la contemplación de la sagrada sangre, el alma es rociada con la sangre de Cristo, la preciosa sangre, es lavada con sangre, en la transustanciación fluye la sangre, lo corpóreo manchado de sangre, la voz de la sangre de Cristo penetra en todos los cielos, la sangre de Cristo difunde un perfume ante la faz de Dios.

Ustedes habrán de convenir conmigo en que he conservado cierta entonación católica. Antes no podía estar esperando un tranvía sin que inmediatamente hubiera de acordarme de la Virgen María. La llamaba llena de gracia, bienaventurada, bendita, virgen de vírgenes, madre de misericordia. Tú alabanda, Tú veneranda, que al fruto de tu vientre, dulce madre, madre virginal, virgen gloriosa, déjame saborear la dulzura del nombre de Jesús cual Tú la saboreaste en tu corazón materno, es verdaderamente digno y propio, conveniente y saludable, reina, bendita, bendita...

Esto de «bendita», al visitar mamá y yo todos los sábados la iglesia del Sagrado Corazón, me había endulzado y envenenado a tal punto, más que cualquier otra cosa, que daba gracias a Satanás por haber sobrevivido en mí al bautizo y haberme proporcionado un contraveneno que, aunque blasfemando, me permitiera de todos modos andar derecho sobre las baldosas de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

Además de en los sacramentos, Jesús, de cuyo corazón la iglesia llevaba el nombre, mostrábase reiteradamente en los cuadrillos coloreados del viacrucis en forma pictórica, y, además, tres veces en forma plástica, aunque también coloreada, en distintas posiciones.

Había primero uno de yeso pintado. Con el pelo largo, estaba de pie en su túnica azul de Prusia sobre una peana dorada y llevaba sandalias. Se abría la túnica a la altura del pecho y, contrariamente a toda ley natural, mostraba en el centro mismo del tórax un

corazón sangrando de color tomate, glorificado y estilizado, a fin de que la iglesia pudiera ostentar el nombre de dicho órgano.

Ya en ocasión de la primera contemplación atenta de este Jesús de corazón abierto hube de comprobar que el Salvador se parecía con perfección a mi padrino, tío y padre putativo Jan Bronski. ¡Aquellos ojos azules de soñador, infantilmente seguros de sí mismos! ¡Aquella boca florida, hecha para los besos y siempre a punto de llorar! ¡Aquel dolor varonil que subrayaba las cejas! Mejillas plenas, sonrosadas, que invitaban al castigo. Los dos tenían esa misma cara hecha para los bofetones que induce a las mujeres a acariciarla. Y además las manos lánguidamente femeninas, mostrando, cuidadas e ineptas para el trabajo, los estigmas, como obras maestras de un orfebre a sueldo de alguna corte principesca. A mí me torturaban aquellos ojos a la Bronski, trazados al pincel en la cara de Jesús, con su incompreensión paternal. Exactamente aquella misma mirada azul que tenía yo, que sólo puede entusiasmar, pero no convencer.

Óscar se apartó del corazón de Jesús de la nave lateral derecha y pasó sin detenerse de la primera estación del viacrucis, en la que Jesús carga con la cruz, hasta la séptima, en la que bajo el peso de la cruz cae por segunda vez, y de allí al altar mayor, arriba del cual el otro Jesús, totalmente esculpido asimismo, se hallaba suspendido. Sólo que éste, sea que los tuviera cansados o con el fin de concentrarse mejor, tenía los ojos cerrados. Pero, en cambio, ¡qué músculos! Este atleta, con su figura de luchador de decatión, me hizo olvidar inmediatamente al Corazón de Jesús a la Bronski y, cada vez que mamá se confesaba con el reverendo Wiehnke, me concentraba yo devotamente contemplando al gimnasta ante el altar mayor. ¡Y vaya si rezaba! Mi dulce monitor, lo llamaba, deportista entre todos los deportistas, vencedor en la suspensión de la cruz con auxilio de clavos de a pulgada. ¡Y nunca se estremecía! La luz eterna se estremecía, pero en cuanto a él, ejecutaba la disciplina con la mejor puntuación posible. Los cronómetros hacían tic tac. Le tomaban el tiempo. Ya en la sacristía unos monaguillos de dedos sucios estaban bruñendo la medalla que le correspondía. Pero Jesús no practicaba el deporte por el placer de los honores. La fe me invadía. Me arrodillaba, por poco que mi rodilla me lo permitiera, hacía el signo de la cruz sobre mi tambor y trataba de relacionar palabras como bendito o doloroso con Jesús Owen y Rudolf Harbig, con la olimpiada berlinesa del año anterior; lo que sin embargo no siempre conseguía, porque Jesús no había jugado limpio con los mercaderes. De modo que lo descalifiqué y, volviendo la cabeza a la izquierda, cobré nuevas esperanzas al percibir allí la tercera representación plástica del celeste gimnasta en el interior de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

—No me hagas rezar hasta que te haya visto tres veces. —tartamudeando, volvía a encontrar las baldosas con mis suelas, servíame de su tablero de ajedrez para dirigirme al altar lateral izquierdo y me decía a cada paso: Te está siguiendo con la vista, los santos te siguen con la vista; Pedro, al que crucificaron cabeza abajo, y Andrés, al que clavaron en una cruz de aspa —que de él sacó el nombre. Además hay también una cruz griega, al lado de la cruz latina o cruz de la Pasión. En los tapices y los libros se reproducen cruces cruzadas, cruces con muletas y cruces graduadas. Veía yo cruzadas plásticamente la cruz en garra, la cruz en ancla y la cruz en trébol. Bella es la cruz de Gleven, codiciada la de Malta y prohibida la cruz gamada, la cruz de De Gaulle, la cruz de Lorena; en los desastres navales invócase la cruz de San Antonio: *crossing the T*. En la cadenita la cruz pendiente, fea la cruz de los ladrones, pontifical la cruz del Papa, y esa cruz rusa que se designa también como cruz de Lázaro. También hay la Cruz Roja. Y la Cruz Azul. Los cruceros se hunden, la Cruzada me convirtió, las arañas cruceras se devoran entre sí, nos cruzamos en las encrucijadas, prueba crucial, el crucigrama dice: resuélveme. Cansado de la cruz, me

volví, dejé la cruz tras de mí, y también al gimnasta de la cruz, exponiéndome a que me diera con la cruz, porque me acercaba a la Virgen María, que tenía al Niño Jesús sentado sobre su muslo derecho.

Óscar estaba ante el altar izquierdo de la nave lateral izquierda. La Virgen tenía la misma expresión que tendría seguramente la mamá de Óscar a los diecisiete años, cuando, de vendedora en la tienda del Troyl, no tenía dinero para ir al cine y, como sustituto, se extasiaba contemplando carteles de películas de Asta Nielsen.

Pero no se dedicaba a Jesús, sino que observaba al otro niño que estaba sobre su rodilla derecha, al cual, para evitar equívocos, designo en seguida como Juan el Bautista. Los dos niños tenían mi talla. Para ser exacto, a Jesús le habría dado dos centímetros más, aunque según los textos era más joven que el niño bautista. El escultor se había complacido en representar al Salvador a los tres años, desnudo y sonrosado. Juan, en cambio, como más tarde había de ir al desierto, llevaba una piel con mechones color de chocolate, que le cubría medio pecho, el vientre y su regaderita.

Óscar habría hecho mejor quedándose ante el altar mayor o, sin compromiso, al lado del confesonario, que cerca de aquellos dos muchachos precoces que se le parecían terriblemente. Por supuesto, tenían los ojos azules y su mismo pelo castaño. Y no habría faltado sino que el escultor peluquero les hubiera dado a los dos el peinado en cepillo de Óscar cortándoles aquellos insulsos tirabuzoncitos.

No quiero detenerme demasiado en el niño bautista, que con el índice izquierdo señalaba al niño Jesús, como si empezara a decirle: a, e, i, o, u, borriquito como tú. Dejando aparte los juegos de niños, llamo a Jesús por su nombre y compruebo: ¡uniovular! Habría podido ser mi hermanito gemelo. Tenía mi misma estatura y mi misma regaderita, que entonces sólo servía de regaderita. Abría al mundo unos ojos azul cobalto absolutamente Bronski y, para fastidiarme más, adoptaba mis propios gestos.

Mi reproducción levantaba ambos brazos y cerraba los puños de tal manera que sin la menor dificultad hubiera podido metérsele algo en ellos, por ejemplo, mis dos palillos; y si el escultor lo hubiese hecho y le hubiera puesto en yeso sobre la rodilla sonrosada mi tambor rojo y blanco, habría sido yo, el Óscar más perfecto, el que se sentara sobre la rodilla de la Virgen y llamara a los feligreses con el tambor. ¡Hay cosas en este mundo que, por muy sagradas que sean, no pueden dejarse tal cual son!

Tres gradas cubiertas con una alfombra llevaban a la Virgen, vestida de verde plateado, a la piel con mechones color de chocolate de Juan y hasta el Niño Jesús color de jamón cocido. Había aquí un altar de María con cirios anémicos y flores de distinto precio. La Virgen verde, el pardo Juan y el Jesús sonrosado llevaban pegadas a la parte posterior de la cabeza unas aureolas del tamaño de platos. El dorado de la hoja acrecentaba su valor.

Si no hubiese habido las tres gradas ante el altar, yo nunca hubiera subido. Gradas, picaportes y escaparates han tentado a Óscar desde siempre, y aún hoy, en que su cama de sanatorio debería bastarle, no lo dejan del todo indiferente. Dejóse pues tentar de una grada a la otra, sin por ello salirse de la alfombra. Ya junto al pequeño altar de María, las figuras quedaban al alcance de la mano de Óscar, así que éste pudo permitirse respecto de los tres personajes un ligero toque de nudillos, en parte despectivo y en parte respetuoso. Sus uñas estaban en condiciones de practicar ese raspado que bajo la capa de pintura pone el yeso al desnudo. Los pliegues de la túnica de la Virgen continuaban dando vueltas, hasta el banco de nubes a sus pies. La espinilla apenas entrevista permitía suponer que el escultor había modelado previamente las carnes, para luego inundarlas con el ropaje. Al manosear Óscar

a fondo la regaderita del Niño Jesús, acariciándola y apretándola con cuidado como si tratara de moverla —por error no estaba circuncisa—, sintió, de modo en parte agradable y en parte desconcertante por su novedad, su propia regaderita, en vista de lo cual se apresuró a dejar la del Jesucristo en paz, para que éste dejara en paz la suya.

Circunciso o no, no me preocupé más por ello, me saqué el tambor de debajo del jersey, me lo descolgué del cuello y, sin estropear la aureola, se lo colgué a Jesús. Habida cuenta de mi estatura, sobra decir cuánto trabajo me costó. Para poder proveer a Jesús del instrumento hube de encaramarme a la escultura, sobre el banco de nubes que reemplazaba la peana.

Esto no lo hizo Óscar en ocasión de su primera visita a la iglesia después de su bautizo, en enero del treinta y seis, sino en el curso de la Semana Santa de aquel mismo año. Durante todo el invierno, su mamá se había visto en apuros para hacer conciliables la confesión y su asunto con Jan Bronski. De modo que Óscar dispuso de tiempo y de sábados suficientes para concebir su plan, condenarlo, justificarlo, examinarlo bajo todos los aspectos y, finalmente, abandonando todos sus planes anteriores, ejecutarlo sencilla y directamente, con ayuda de la oración de las gradas, el lunes de la Semana Santa.

Comoquiera que mamá sintiera la necesidad de confesarse antes de los días de gran actividad en la tienda que preceden a la fiesta de Pascua, me tomó de la mano al anochecer del Lunes Santo y me llevó por el Labesweg hasta el Mercado Nuevo y luego por la Elsenstrasse y la calle de la Virgen María, pasando frente a la carnicería de Wohlgemuth, hasta el Parque de Kleinhammer; luego doblamos a la izquierda para cruzar el paso subterráneo bajo el ferrocarril a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, frente al terraplén del tren.

Era ya tarde. Sólo esperaban ante el confesonario dos viejecitas y un joven acomplejado. En tanto que mamá procedía a su examen de conciencia —hojeaba la Guía del Confesor como si se tratara de sus libros de contabilidad, humedeciéndose para ello el pulgar, y como si estuviera calculando una declaración de impuestos—, me deslicé fuera del banco de encino y, eludiendo las miradas del Sagrado Corazón y del Jesús gimnasta de la cruz, me fui directamente al altar lateral de la izquierda.

Aunque había que proceder aprisa, no quise saltarme el correspondiente Introito. Tres gradas: *Introito ad altare Dei*. Ante Dios que alegra mi juventud. Descolgarme el tambor del cuello, alargando el Kyrie, hacia el banco de nubes, sin detenerme en la regaderita, antes bien, justo antes del Gloria, colgárselo a Jesús ¡cuidado con la aureola! bajar otra vez de las nubes, remisión, perdón y absolución, pero antes todavía ponerle a Jesús los palillos en los puños que estaban como pidiéndolos; una, dos, tres gradas; levanto mi mirada hacia la mole, aún queda algo de alfombra y, por fin, las baldosas y un pequeño reclinatorio para Óscar, que se arrodilla sobre el cojín, junta sus manos de tambor ante su cara —*Gloria in excelsis Deo*— y espía por entre los dedos de Jesús y su tambor, esperando el milagro: ¿tocará, o acaso no sabe tocar, o no se atreve a tocar? O toca o no es Jesús verdadero, y si no toca, entonces el verdadero Jesús es más bien Óscar.

Cuando se desea un milagro, hay que saber esperar. Pues bien, yo esperé, y al principio lo hice inclusive con paciencia, pero tal vez no con la paciencia suficiente, pues a medida que me iba repitiendo el texto «óh, Señor, todas las miradas te esperan», sin más variante, de acuerdo con las circunstancias, que la de decir orejas en lugar de miradas, más decepcionado sentíase Óscar en su reclinatorio. De todos modos, brindó todavía al Señor toda clase de oportunidades y cerró los ojos, para ver si Él, no sintiéndose observado, se decidía más fácilmente, aunque fuera tal vez con poca habilidad, a empezar; pero

finalmente, después del tercer Credo, después del Padre, Criador, visible e invisible, del único Hijo, engendrado por el Padre, verdadero de verdadero, engendrado, no creado, uno con él, por él, por nosotros y para nuestra salvación descendió de, se hizo, fue muerto y enterrado, resucitó, ascendió, a la diestra de, ha de venir, sobre los muertos, no tendrá fin, creo en, será al propio tiempo, habló por, creo en la santa Iglesia, una, católica...

Ya estaba bien. Aún lo tengo en las narices, el catolicismo. Pero en cuanto a creer, ni hablar. Y aun el olor no me interesaba, quería otra cosa: quería oír mi tambor, quería que Jesús me tocara algo, aunque no fuera más que un pequeño milagrito a media voz. No pretendía yo en modo alguno que fuera un redoble retumbante, que atrajera al vicario Rasczeia y al reverendo Wiehnke, arrastrando éste penosamente sus adiposidades al lugar del milagro, con protocolos a la sede episcopal de oliva y visto bueno del obispado a Roma. No, yo no tenía ninguna ambición; Óscar no aspiraba a ser beatificado. Lo que pedía era un simple milagrito para uso personal, para ver y oír, para decidir de una vez por todas si Óscar había de tocar el tambor en favor o en contra: para que se supiera con toda claridad cuál de los dos uniovulares de ojos azules podría en adelante llamarse Jesús.

Esperaba, pues, sentado. Entretanto, pensaba yo inquieto, mamá debe estar ya confesándose y habrá pasado ya del sexto mandamiento. El viejito ese que siempre suele ir tambaleándose por las iglesias habíase ya tambaleado frente al altar mayor y, finalmente, ante el altar lateral, saludó a la Virgen con el Niño, y vio tal vez el tambor, pero no comprendió nada. Siguió su camino, arrastrando sus zapatos y envejeciendo.

Lo que quiero decir es que el tiempo pasaba y Jesús no tocaba el tambor. Oí voces en el coro. ¡Por Dios, pensaba yo con sobresalto, que no se le ocurra a nadie tocar el órgano! Son muy capaces, mientras se entrenan para el día de Pascua, de anegar con su bramido el redoble tal vez incipiente, tenue como el aliento, del Niño Jesús.

Pero nadie tocó el órgano, ni Jesús el tambor. No se produjo milagro alguno. Y yo me levanté del cojín, hice crujir mis rodillas y me dirigí a pasitos, aburrido y de mal humor, sobre la alfombra hasta las gradas; las subí una después de otra, dejando de lado todas las oraciones de introito que sabía, me encaramé a la nube de yeso, hice caer sin querer algunas flores de precio módico y me dispuse a quitarle el tambor al tonto aquel desnudo.

Lo digo hoy todavía y me lo vuelvo a repetir siempre: fue un error querer instruirlo. No sé qué fue lo que me impulsó a cogerle primero los palillos, dejándole a él el tambor, para luego empezar a tocarle algo, primero bajito pero luego cada vez más fuerte, a la manera de un maestro que se va impacientando, y volver luego a poner los palillos en las manos, para que mostrara lo que con Óscar había aprendido.

Antes de que, sin preocuparme ya por la aureola, pudiera quitarle al más inepto de los discípulos los palillos y el tambor, ya el reverendo Wiehnke estaba detrás de mí —mi tamboreo había retumbado por la iglesia en todas direcciones—, estaba detrás de mí el vicario Rasczeia, estaba mamá, estaba el viejito, y el vicario me levantó en vilo, el reverendo me soltó un manotazo, mamá rompió a llorar, el reverendo me reprendió en voz baja, y el vicario, hincando previamente la rodilla, subió arriba y le quitó a Jesús los palillos, y, con los palillos en la mano, volvió a hincar la rodilla y volvió a subir por el tambor, se lo quitó, le dobló la aureola, le dio en la regaderita, rompió algo de la nube y bajó las gradas, volvió a hincar la rodilla, la hincó otra vez, y no quería devolverme el tambor, lo que me puso todavía más furioso y me hizo darle unas patadas al reverendo y vergüenza a mamá, que se avergonzaba de que le diera patadas al reverendo, lo mordiera y lo arañara, hasta que logré soltarme del reverendo, del vicario y del viejito, y heme aquí ya

frente al altar mayor, donde sentí a Satanás brincarme dentro y decirme, como cuando el bautizo: —Mira todo eso, Óscar, ¡ventanas y ventanas, vidrio, todo vidrio!

Y por encima del gimnasta de la cruz, que no se movió, dirigí mi canto a los tres grandes ventanales del ábside, que sobre fondo azul representaban en rojo, amarillo y verde a los doce apóstoles. Pero no puse el ojo en Marcos ni en Mateo, sino que, por encima de ellos, apunté a aquella paloma que se mantenía colgada boca abajo celebrando la Pentecostés; apunté al Espíritu Santo, lo hice vibrar, luchando con mi diamante contra el pájaro. ¿Fue culpa mía? ¿O fue que el gimnasta, sin moverse, no lo quiso? ¿ó tal vez fue el milagro, que nadie comprendió? El caso es que me vieron temblar y lanzar mudos gritos hacia el ábside y, con excepción de mamá, creyeron que rezaba, cuando lo que yo quería eran vidrios rotos. Pero Óscar falló: su tiempo no había llegado todavía. Me dejé pues caer sobre las baldosas y rompí a llorar amargamente, porque Jesús había fallado, porque Óscar fallaba y porque el reverendo y Rasczeia, interpretándolo todo al revés, empezaron a decir una sarta de sandeces a propósito de mi arrepentimiento. La única que no falló fue mamá. Ella interpretó mis lágrimas correctamente, aunque debió alegrarse de que no hubiera rotura de vidrios.

Entonces mamá me cogió en brazos, rogó al vicario que le devolviera el tambor y los palillos y prometió pagar los daños, a continuación de lo cual recibió la absolución *a posteriori*, ya que yo había interrumpido la confesión. También Óscar entró en la bendición, pero eso no me importaba.

Mientras mamá me sacaba de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, yo iba contando con los dedos: hoy lunes, mañana martes, miércoles, Jueves Santo, y Viernes Santo, acabad con él, que ni siquiera sabe tocar el tambor, que no me concede romper los vidrios que se me parece y sin embargo es falso, que bajará a la tumba, en tanto que yo puedo seguir tocando y tocando mi tambor pero sin que vuelva jamás a ocurrírseme desear un milagro.

Comida de Viernes Santo

Contradictorios: ésta sería la palabra para expresar mis sentimientos entre el Lunes y el Viernes Santo. Por una parte me irritaba contra aquel Niño Jesús de yeso que no quería tocar el tambor, pero, por otra parte, con ello me aseguraba el tambor como objeto de uso exclusivo. Y si por un lado mi voz falló frente a los ventanales de la iglesia, Óscar conservó por el otro, en presencia del vidrio coloreado e ileso, aquel resto de fe católica que le había de inspirar todavía muchas otras blasfemias desesperadas.

Otra contradicción: si bien por una parte logré, en el camino de regreso a casa desde la iglesia del Sagrado Corazón, romper con mi voz, a título de prueba, la ventana de una buhardilla, por otra parte mi éxito frente a lo profano había de hacer más notorio en adelante mi fracaso en el sector sagrado. Contradicción, digo. Y esta ruptura subsistió y no llegó a superarse, y sigue vigente hoy todavía, que ya no estoy ni en el sector profano ni en el sagrado, sino más bien arrinconado en un sanatorio.

Mamá pagó los daños del altar lateral izquierdo. El negocio de Pascua fue bueno, pese a que por deseo de Matzerath, que era, a buen seguro, protestante, la tienda hubo de permanecer cerrada el día de Viernes Santo. Mamá, que por lo demás solía salirse siempre con la suya, cedía los Viernes Santos, pero exigía en compensación, por razones de orden católico, el derecho de cerrar la tienda el día del Corpus católico, de cambiar en el escaparate los paquetes de Persil y de café Hag por una pequeña imagen de la Virgen, coloreada e iluminada con focos, y de ir a la procesión de Oliva.

Teníamos una tapa de cartón que por un lado decía: «Cerrado por Viernes Santo», en tanto que en el otro podía leerse: «Cerrado por Corpus». Aquel Viernes Santo siguiente al Lunes Santo sin tambor y sin consecuencias vocales, Matzerath colgó en el escaparate el cartelito que decía «Cerrado por Viernes Santo» y, en seguida después del desayuno, nos fuimos a Brösen en el tranvía. Volviendo a lo de antes, el Labesweg se comportaba contradictoriamente. Los protestantes iban a la iglesia, en tanto que los católicos limpiaban los vidrios de las ventanas y sacudían en los patios interiores todo aquello que tuviera la más remota apariencia de alfombra, y lo hacían con energía y resonancia tales que hubiérase en verdad creído que unos esbirros bíblicos clavaban en todos los patios de la casas de pisos a un Salvador múltiple en múltiples cruces.

Por nuestra parte, dejando atrás aquel sacudir de alfombras grávido de pasión, nos sentamos en la formación acostumbrada, a saber: mamá y Matzerath, Jan Bronski y Óscar, en el tranvía de la línea número 9, que atravesando el camino de Brösen y pasando junto al aeropuerto y los campos de instrucción, el antiguo y el nuevo, nos llevó a la parada de trasbordo junto al cementerio de Saspe, donde esperamos el tranvía descendente de Neufahrwasser—Brösen. A mamá la espera le brindó oportunidad para hacer, sonriente, algunas consideraciones melancólicas. Del pequeño cementerio abandonado en el que se conservaban unas lápidas sepulcrales del siglo pasado, inclinadas y recubiertas de musgo, dijo que era bonito, romántico y encantador.

—Aquí me gustaría reposar un día, si todavía estuviera en servicio —dijo mamá con aire soñador. En cambio Matzerath encontraba el suelo demasiado arenoso, y empezó a echar pestes contra la invasión de cardos y de avena loca que allí proliferaban. Jan Bronski hizo observar que el ruido del aeropuerto y de los tranvías que salían y llegaban podría tal vez perturbar la paz de aquel lugar, por lo demás idílico.

Llegó el tranvía descendente, nos subimos, el conductor tocó dos veces la campanilla y nos pusimos en marcha, dejando Saspe y su cementerio atrás, hacia Brösen, un balneario que en aquella época del año —probablemente fines de abril— tenía un aspecto triste y desolado. Las barracas de refrescos cerradas con tablas, el casino ciego, la pasarela sin banderas: en el establecimiento de baños alineábanse unas junto a otras doscientas cincuenta casetas vacías. En la pizarra donde se indicaba el estado del tiempo se percibían todavía trazas de tiza del año pasado: Aire, veinte; Agua, diecisiete; Viento, nordeste; tiempo probable, de sereno a nublado.

Primero todos queríamos ir a pie a Glettkau, pero luego, sin consultarnos, temamos el camino opuesto, el camino del muelle. El Báltico, ancho y perezoso, lamía la arena de la playa. Hasta la entrada del puerto, entre el blanco faro y el muelle con su semáforo, no encontramos ningún alma viviente. Una lluvia caída el día anterior había impreso en la arena su tramado uniforme, que resultaba divertido desbaratar dejando encima las huellas de nuestros pies descalzos. Matzerath hacía brincar sobre el agua verdosa pedazos afilados de ladrillo del tamaño de un florín poniendo en ello mucho amor propio, en tanto que Bronski, menos hábil, entre uno y otro ensayo se dedicaba a buscar ámbar, del que efectivamente encontró algunas astillas, así como un pedazo del tamaño de un hueso de cereza, que regaló a mamá, la cual corría descalza igual que yo, y a cada rato se volvía y mostraba encantada sus propias huellas. El sol brillaba con prudencia. El tiempo era fresco, claro y sin viento; a lo lejos podía reconocerse la franja que formaba la península de Hela, así como dos o tres penachos evanescentes de humo y, subiendo a sacudidas por encima de la línea del horizonte, las superestructuras de un barco mercante.

Uno después de otro y a intervalos diversos fuimos llegando a los primeros bloques de granito de la base anchurosa de la escollera. Mamá y yo volvimos a ponernos las medias y los zapatos. Me ayudó a anudarlos, en tanto que ya Matzerath y Jan iban brincando de piedra en piedra sobre la cresta desigual de la escollera hacia mar abierto. Barbas tupidas de algas colgaban en desorden de las juntas de cemento. A Óscar le hubiera gustado peinarlas. Pero mamá me tomó de la mano y seguimos a los dos hombres, que saltaban y disfrutaban como chicos de escuela. A cada paso el tambor me pegaba en la rodilla; pero ni aquí me lo quería dejar quitar. Mamá llevaba un abrigo de primavera azul claro, con cuello y bocamangas color frambuesa. Los bloques de granito eran desastrosos para sus zapatos de tacón alto. Como todos los domingos y días festivos, yo iba con mi traje de marinero, de botones dorados con un ancla en relieve. Una vieja cinta, procedente de la colección de recuerdos de viaje de Greta Scheffler, con la inscripción «S. M. S. Seydlitz», ceñía mi gorra de marinero y habría ondeado si hubiera soplado el viento. Matzerath se desabrochó el gabán pardo, en tanto que Jan, elegante como siempre, no se desprendía de su úlster con solapas de terciopelo.

Fuimos brincando hasta el semáforo, en la punta de la escollera. Al pie del semáforo estaba sentado un hombre de cierta edad, con una gorra de estibador y chaqueta acolchada. A su lado había un costal de patatas que daba sacudidas y no cesaba de moverse. El hombre, que era probablemente de Brösen o de Neufahrwasser, sujetaba el extremo de una cuerda de tender la ropa. Enredada de algas, la cuerda desaparecía en el agua salobre del Mottlau que, no clarificada todavía y sin el concurso del mar, batía contra los bloques de la escollera.

Nos entró curiosidad por saber por qué el hombre de la gorra pescaba con una cuerda ordinaria de tender la ropa y, obviamente, sin flotador. Mamá se lo preguntó en tono amistoso, llamándole tío. El tío se rió irónicamente, nos mostró unos muñones de

dientes tostados por el tabaco y, sin más explicación, echó un salivazo fenomenal que dio una voltereta en el aire antes de caer en el caldo entre las jorobas inferiores de granito untadas de alquitrán y de aceite. Allí estuvo la secreción balanceándose, hasta que vino una gaviota, se la llevó al vuelo evitando hábilmente las piedras, y atrajo tras sí otras gaviotas chillonas.

Nos disponíamos ya a marcharnos, porque hacía fresco en la escollera y el sol no era de mucho auxilio, cuando de pronto el hombre de la gorra empezó a tirar de la cuerda, braza tras braza. Mamá quería irse de todos modos, pero a Matzerath no había quien lo moviera de allí. Tampoco Jan, que por lo regular no le negaba nada a mamá, quiso en esta ocasión ponerse de su lado. En cuanto a Óscar, le era indiferente que nos quedáramos o que nos fuéramos. Pero, ya que nos quedamos, miré también. Mientras el hombre, a brazas regulares y separando las algas a cada tirón, iba recogiendo la cuerda entre sus piernas me cercioré de que el mercante, que apenas media hora antes empezaba a mostrar sus superestructuras sobre el horizonte, había cambiado ahora el curso y, muy hundido ya en el agua, se acercaba al puerto. Si se sumerge tanto, calculó Óscar, debe ser un sueco cargado de mineral.

Al levantarse el hombre dando traspies me desentendí del sueco. —Bien, vamos a ver qué trae —dijo dirigiéndose a Matzerath que, sin comprender nada, hizo de todos modos un gesto de aquiescencia. —Vamos a ver... vamos a ver —repetía el hombre mientras iba halando la cuerda, pero ya con mayor esfuerzo, y bajando por las piedras al encuentro de la cuerda —mamá no se volvió a tiempo—, tendió ambos brazos hacia la cala que regurgitaba entre el granito, buscó algo, agarró algo, lo agarró con ambas manos, tiró de ello y, pidiendo sitio a voces, arrojó entre nosotros algo pesado que chorreaba agua, un bulto chisporroteante de vida: una cabeza de caballo, una cabeza de caballo fresca como en vida la cabeza de un caballo negro, o sea de un caballo de crines negras, que ayer todavía, en todo caso anteayer, pudo haber relinchado; porque es el caso que la cabeza no estaba descompuesta ni olía a nada, como no fuera a agua de Mottlau, a lo que allí en la escollera olía todo.

Y ya el de la gorra —la tenía ahora echaba hacia atrás, sobre la nuca—, con las piernas separadas, estaba sobre el pedazo de rocín, del que salían con precipitada furia pequeñas anguilas verde claro. Le costaba trabajo agarrarlas, ya que, sobre las piedras lisas y además mojadas, las anguilas se mueven muy aprisa y hábilmente. Por otra parte, en seguida nos cayeron encima las gaviotas y sus gritos. Precipitábanse, apoderábanse jugando entre tres o cuatro de una anguila pequeña o mediana, y no se dejaban ahuyentar, porque la escollera les pertenecía. A pesar de lo cual el estibador, golpeando y metiendo mano entre las gaviotas, logró echar unas dos docenas de anguilas pequeñas en el saco que Matzerath, servicial como siempre, le mantenía abierto. Lo que le impidió ver que mamá se ponía blanca como el queso y apoyaba primero la mano y luego la cabeza sobre el hombro y la solapa de terciopelo de Jan.

Pero cuando las anguilas pequeñas y medianas estuvieron en el saco y el estibador, al que entretanto la gorra se le había caído de la cabeza, empezó a extraer del cadáver anguilas más gruesas y oscuras, entonces mamá tuvo que sentarse, y Jan quiso que volviera la cabeza hacia otro lado; pero ella, sin hacerle caso, siguió mirando fijamente, abriendo unos ojos como de vaca, la extracción de gusanos por parte del estibador.

—¡Vamos a ver! —resollaba el otro, y seguía resollando—. A ver... —y de un tirón, ayudándose con una de sus botas de agua, abrió al caballo la boca y le introdujo un palo entre las mandíbulas, de modo que dio la impresión de que toda la dentadura

amarillenta del animal se echaba a reír de repente. Y cuando el estibador —hasta ahora no se vio que era calvo y tenía la cabeza en forma de huevo— metió las dos manos en las fauces del caballo y extrajo de ellas dos anguilas a la vez, gruesas y largas por lo menos como un brazo, entonces también a mamá se le abrió la dentadura, y devolvió sobre las piedras de la escollera todo el desayuno: albúmina grumosa y yema de huevos, que ponía unos hilos amarillos entre Pellas de pan bañadas de café con leche; y seguía todavía haciendo esfuerzos, pero ya no vino nada más; porque no había tomado más desayuno que eso, ya que tenía exceso de peso y quería adelgazar a toda costa, para lo cual probaba toda clase de dietas que sin embargo, sólo rara vez observaba —comía a escondidas—, siendo la gimnasia de los martes en la Organización Femenina lo único de lo que no se dejaba disuadir, a pesar de quejan e incluso Matzerath se rieran de ella, al ver que iba con su saco de deporte a la sala de aquellas tipas grotescas, practicaba vestida de satén azul ejercicios con pesas, y con todo no lograba adelgazar.

Ahora, mamá había devuelto a las piedras, media libra a lo sumo y, por más esfuerzos que hizo, no logró quitarse nada. No conseguía dar de sí más que una mucosidad verdosa —y vinieron las gaviotas. Vinieron ya cuando ella empezó a vomitar, revolotearon más abajo; se dejaban caer, lisas y gordas, disputándose el desayuno de mamá, sin miedo a engordar, y sin que nadie —¿quién?— pudiera ahuyentarlas: Jan Bronski les tenía miedo y se tapaba con las manos sus bellos ojos azules.

Pero tampoco obedecieron a Óscar, al recurrir éste a su tambor y ponerse a redoblar con sus palillos sobre la blanca lámina contra toda aquella otra blancura. Esto no surtía efecto alguno; a lo sumo, hacía a las gaviotas más blancas todavía. En cuanto a Matzerath, no se preocupaba por mamá en lo más mínimo. Reía y remedaba al estibador, presumiendo de un temple a prueba. Pero cuando el otro se fue acercando al término de la faena y acabó extrayendo al caballo una gruesa anguila de la oreja, con la que salió babeando toda la blanca sémola del cerebro del animal, entonces también Matzerath se puso blanco como el queso, aunque no por ello renunció a darse importancia, sino que le compró al estibador, a un precio irrisorio, dos anguilas medianas y dos gruesas, tratando inclusive de sacarle todavía una rebaja.

Aquí hube yo de elogiar a Jan Bronski. Parecía a punto de echarse a llorar y, sin embargo, ayudó a mamá a levantarse, le pasó un brazo por detrás, le cogió el otro por delante y se la llevó del lugar, lo que daba risa, porque mamá iba taconeando de piedra en piedra hacia la playa, se doblaba a casa paso y, sin embargo, no se rompió los tobillos.

Óscar se quedó con Matzerath y el estibador, porque éste, que se había vuelto a poner la gorra, nos mostraba y explicaba por qué el saco de patatas estaba a medio llenar con sal gruesa. La sal del saco era para que las anguilas se mataran al correr y para quitarles al propio tiempo las mucosidades de fuera y de dentro. Porque vez que las anguilas están en la sal, ya no paran de correr, y siguen corriendo hasta que caen muertas y dejan en la sal todas sus mucosidades. Esto se hace cuando luego se las quiere ahumar. Claro que está prohibido por la policía y por la Sociedad Protectora de Animales; pero hay que dejarlas correr de todos modos. Si no ¿en qué otra forma se les podría quitar toda la mucosidad exterior y purgarlas de la interior? Luego que están muertas se frota a las anguilas cuidadosamente con turba y se las cuelga, para ahumarlas, sobre un fuego lento de leña de haya.

A Matzerath le pareció correcto que se hiciera correr a las anguilas en la sal. Bien que se meten en la cabeza del caballo, dijo. Y también en los cadáveres humanos, añadió el estibador. Parece ser que las anguilas eran excepcionalmente gruesas después de la batalla

de Skagerrak. Y no hace mucho me contaba un médico del sanatorio de una mujer casada que buscó satisfacción con una anguila viva; se le agarró de tal modo que hubo que internar a la mujer y después ya no pudo tener niños.

Cerrando el saco con las anguilas y la sal, el estibador se lo echó a la espalda, sin importarle que se siguiera agitando. Se colgó al cuello la cuerda de tender, que hacía un momento acababa de recoger, y, al tiempo que el mercante hacía su entrada en el puerto, se alejó al paso de sus botas en dirección de Neufahrwasser. El barco aquel desplazaba unas mil ochocientas toneladas y no era sueco, sino finlandés, ni llevaba mineral, sino madera. El estibador debía conocer a alguien de la tripulación, porque hacía señales con la mano al casco herrumbroso y gritó algo. Los del finlandés respondieron a la seña y también gritaron algo. Pero que Matzerath hiciera señas a su vez y gritara una necesidad como «¡Ohé, el barco!» sigue siendo un enigma para mí. Porque, siendo del Rin, no entendía absolutamente nada de marina, y finlandeses, no conocía ni uno solo. Pero así era justamente: siempre hacía señas cuando los demás hacían señas, y siempre gritaba, reía y aplaudía cuando los otros gritaban, reían o aplaudían. De ahí también que ingresara en el Partido relativamente temprano, cuando todavía no era necesario, no reportaba nada y sólo le ocupaba sus mañanas de domingo.

Óscar caminaba lentamente detrás de Matzerath, del hombre de Neufahrwasser y del finlandés sobrecargado. De vez en cuando me volvía, porque el estibador había dejado la cabeza de caballo bajo el semáforo. Pero ya no podía verse nada de ella, porque las gaviotas la habían empolvado. Un agujero blanco, tenue en el mar verde botella. Una nube recién lavada, que a cada momento podía elevarse limpiamente en el aire, ocultando a gritos una cabeza de caballo que no relinchaba, sino que chillaba.

Cuando me harté, eché a correr dejando atrás a las gaviotas y a Matzerath, y saltando y golpeando el tambor me adelanté al estibador, que ahora fumaba una pipa corta, y alcancé a Jan Bronski y a mamá a la entrada de la escollera. Jan seguía sosteniendo a mamá lo mismo que antes, pero ahora una de sus manos desaparecía bajo la solapa del abrigo de ella. Esto, como tampoco que mamá tenía metida una mano en el bolsillo del pantalón de Jan, Matzerath no podía verlo, porque se había quedado muy atrás y estaba atareado envolviendo en papel de periódico que había recogido entre los bloques de la escollera las cuatro anguilas que el estibador le había dejado aturcidas con una piedra.

Cuando Matzerath nos alcanzó, parecía venir remando con su paquete de anguilas y dijo: —Uno cincuenta quería por ellas, pero yo sólo le di un florín, y basta.

Mamá tenía ya mejor cara y las manos otra vez juntas, y dijo: —No te imagines que voy a comer de esa anguila. Nunca más volveré a comer pescado, y anguilas, ni hablar.

Matzerath se echó a reír: —¡Ah, qué muchachita ésta! Como si no supieras ya cómo se cogen las anguilas, y sin embargo bien que las has comido siempre, incluso crudas. Pero espérate a que este humilde servidor las haya preparado de primera, con todo lo que haga falta y un poquitín de verdura.

Jan Bronski, que había sacado oportunamente su mano del abrigo de mamá, no dijo nada. Y yo me puse a tocar el tambor, para que no volvieran a empezar con las anguilas hasta que estuviéramos en Brösen. Tampoco en la parada del tranvía y en el remolque dejé hablar a los tres adultos. Las anguilas, por su parte, se mantuvieron relativamente quietas. En Saspe no tuvimos que pararnos, porque ya estaba listo el tranvía de vuelta. Poco después del aeropuerto, a pesar de mi tamboreo, Matzerath empezó a hablar de su enorme apetito. Mamá no reaccionó y siguió mirando a lo lejos, hasta que Jan le ofreció uno de sus

«Regatta». Al darle fuego y adaptarse ella la boquilla dorada a los labios, miró sonriendo a Matzerath, porque sabía que a éste no le gustaba que fumara en público.

Bajamos en la Plaza Max Halbe, y mamá, contrariamente a lo que yo esperaba, se agarró del brazo de Matzerath y no del de Jan. Este iba a mi lado, me tomó de la mano y siguió fumando hasta acabar el cigarrillo de mamá.

En el Labesweg, las amas de casa católicas seguían sacudiendo todavía sus alfombras. Mientras Matzerath abría nuestra puerta vi a la señora Kater, que vivía en el cuarto piso, junto al trompeta Meyn. Con poderosos brazos amarotados manteníase en equilibrio sobre el hombro derecho una alfombra parda enrollada. En ambos sobacos brillábanle unos pelos rubios que el sudor salaba y enredaba. La alfombra se doblaba hacia adelante y hacia atrás. Con la misma facilidad hubiera cargado al hombro un borracho; pero su marido ya había muerto. Al pasar junto a mí con su masa adiposa envuelta en tafeta negra, alcanzóme un efluvio de amoniaco, pepino y carburo: debía de tener la regla.

Al poco rato oí, viniendo del patio, aquel tableteo uniforme de la alfombra que no me dejaba punto de reposo en el piso, me perseguía, y me llevó finalmente a refugiarme en el armario ropero de nuestro dormitorio, porque allí los abrigos de invierno que estaban colgados absorbían por lo menos la peor parte de aquellos ruidos prepascuales.

Pero no fue sólo la señora Kater con su sacudir la alfombra lo que me hizo refugiarme en el armario. Mamá, Jan y Matzerath no se habían despojado todavía de sus respectivos abrigos, y ya empezaba la pelotera a propósito de la comida de Viernes Santo. La cosa no se limitó a las anguilas, y hasta yo mismo salía otra vez a relucir con mi célebre caída de la escalera de la bodega: Tú tienes la culpa, no, la tienes tú, ahora mismo preparo la sopa de anguilas, no te pongas tan delicada, haz lo que quieras, con tal que no sean anguilas, hay conservas bastantes en la bodega, toma unas cantarelas, pero cierra la trampa, que no vuelva a suceder, acaba de una vez con tus bobadas, habrá anguilas y basta, con leche, mostaza, perejil y patatas al vapor y una hoja de laurel además, y un clavo, pero no, Alfredo, no insistas si ella no quiere, tú no te entrometas, o crees que compré las anguilas por nada, las voy a lavar y limpiar bien, no, no, ya veremos, esperad a que estén sobre la mesa y ya veremos quién come y quién no.

Matzerath cerró violentamente la puerta del salón y desapareció en la cocina, donde le oímos maniobrar en forma particularmente ruidosa. Mató las anguilas con los cortes en cruz a la base de la cabeza, y mamá, que tenía una imaginación excesivamente viva, hubo de tenderse sobre el diván, en lo que Jan Bronski la imitó en seguida; y hételos ahí asidos ya de las manos y susurrando en cachuba.

Cuando los tres adultos se hubieron distribuido por el piso en la forma indicada, no estaba yo sentado todavía en el armario, sino también en el salón. Había allí, junto a la chimenea de azulejos, una silla de niño. Allí estaba yo sentado, bamboleando las piernas, cuando vi que Jan me miraba fijamente y sentí que estorbaba a la pareja, aunque no pudieran hacer gran cosa, ya que Matzerath, si bien invisible, no dejaba de amenazarlos desde el otro lado del tabique en forma suficientemente clara con anguilas medio muertas, agitándolas a manera de látigos. Así que se cambiaban las manos, apretaban y tiraban con veinte dedos a la vez, hacían crujir sus articulaciones y me daban, con estos ruidos, la puntilla. ¿No bastaba con el sacudir de la alfombra de la Kater en el patio? ¿No atravesaba ya éste todas las paredes y parecía ir acercándose, aunque no aumentara en volumen?

Óscar se deslizó de su sillita, se acurrucó un momento al lado de la chimenea de azulejos, para no dar a su salida un carácter demasiado manifiesto, y a continuación se

escurrió definitivamente, absorbido por completo en su tambor, fuera del salón y hacia el dormitorio.

Para evitar cualquier ruido, dejé la puerta del dormitorio entreabierta, y vi con satisfacción que nadie me llamaba. Consideré todavía si Óscar debía meterse debajo de la cama o en el armario ropero, y me decidí por este último, ya que debajo de la cama hubiera ensuciado mi traje azul de marinerito, que no era muy sufrido. Llegaba justo hasta la llave del armario; le di una vuelta, abrí las puertas provistas de espejos y, sirviéndome para ello de los palillos, corrí a un lado de la barra las perchas que colgaban de ella con los abrigos y los vestidos de invierno. Para alcanzar y poder mover las pesadas telas tuve que encaramarme sobre mi tambor. Finalmente, el hueco logrado en el centro del armario era, si no grande, al menos suficiente para admitir a Óscar, que subió y se acurrucó en él. No sin trabajos conseguí inclusive coger desde dentro las puertas con espejos y fijarlas, por medio de una estola que encontré en el suelo del armario, de tal manera que, en caso de necesidad, una rendija del ancho de un dedo me proporcionara vista y ventilación. Me puse el tambor sobre las rodillas, pero no lo toqué, ni siquiera bajito, sino que me dejé invadir y penetrar lánguidamente por los efluvios de los abrigos de invierno.

¡Qué suerte que hubiera el armario y telas pesadas que apenas dejaban respirar, para permitirme concentrar mis pensamientos, reunirlos en un manojo y dedicárselos a un ensueño, lo bastante rico para aceptar el regalo con una alegría moderada y apenas perceptible!

Como siempre que me concentraba y quedaba atenido a mi propia capacidad, trasladábame de pensamiento al consultorio del doctor Hollatz, del Brunshöferweg, y saboreaba aquella parte de las visitas de los miércoles de cada semana que a mí me interesaba. Así, pues, dejaba volar mis pensamientos no tanto alrededor del médico que me examinaba en forma cada vez más minuciosa cuanto de la señorita Inge, su ayudante. A ella le consentía yo que me desvistiera y me vistiera, y era ella la única que podía medirme, pesarme y examinarme; en resumen, todos los experimentos que el doctor Hollatz efectuaba conmigo los ejecutaba ella con una corrección que no excluía la reserva, para luego anunciar, no sin mofa, los fracasos que el doctor Hollatz calificaba de éxitos parciales. Rara vez la miraba yo a la cara. Era el blanco limpio y almidonado de su uniforme de enfermera, la ingrávida armazón de su cofia, el broche sencillo adornado con la Cruz Roja lo que daban reposo a mi mirada y a mi corazón, de vez en cuando agitado, de tambor. ¡Cómo me gustaba poder observar la caída siempre renovada de los pliegues de su uniforme de enfermera! ¿Tendría un cuerpo bajo la tela? Su cara, que iba envejeciendo, y sus manos, huesudas a pesar de todos los cuidados, la descubrían sin embargo como mujer. Pero olores que revelaran una consistencia corpórea como la de mamá, por ejemplo, cuando Jan o aun Matzerath la descubrían ante mí, de éstos no los desprendía la señorita Inge. Olía más bien a jabón y a medicamentos soporíferos. ¡Cuántas veces no me sentí invadir por el sueño, mientras ella auscultaba mi cuerpecito que se suponía enfermo! Un sueño ligero, un sueño surgido de los pliegues de tela blanca, un sueño envuelto en ácido fénico, un sueño sin sueño, a menos que, qué sé yo, que a lo lejos, por ejemplo, su broche fuera agrandándose hasta convertirse en un mar de banderas, en una puesta de sol en los Alpes, en un campo de amapolas, maduro para la revuelta, ¿contra quién?, qué sé yo: pieles rojas, cerezas, sangre de la nariz; contra las crestas de los gallos, o los glóbulos rojos a punto de concentración, hasta que un rojo acaparador de la vista entera se convertía en fondo de una pasión que, entonces como hoy, es tan comprensible como imposible de definir, porque con la palabreja rojo nada se ha dicho todavía, y la sangre de la nariz no la define, y el paño de la bandera cambia de color, y si a pesar de todo sólo digo rojo, el rojo

no me quiere, vuelve su manto del revés: negro, viene la Bruja Negra, el amarillo me asusta, azul me engaña, azul no lo creo, no me miente, no me hace verde: verde es el ataúd en el que me apaciento, verde me cubre, verde soy yo y, si sol verde, blanco: el blanco me hace negro, el negro me asusta amarillo, el amarillo me engaña azul, el azul no lo quiero verde, el verde florece en rojo, rojo era el broche de la señorita; llevaba una cruz roja y la llevaba, exactamente, en el cuello postizo de su uniforme de enfermera. Pero era raro que yo me atuviera a ésta, la más monocroma de todas las representaciones; y así también en el armario.

Un ruido tornasolado, procedente de la estancia, golpeaba las puertas de mi armario, despertándome de mi duermevela incipiente dedicada a la señorita Inge. En ayunas y con la lengua espesa estaba yo sentado, con el tambor sobre las rodillas, entre abrigo de invierno de diversa traza, y olía el uniforme del Partido de Matzerath, que tenía cinturón y bandolera de cuero, y ya no quedaba nada de los pliegues blancos del uniforme de enfermera: caía la lana, el estambre colgaba, la pana rozaba la franela, y sobre mí cuatro años de sombreros, y a mis pies zapatos, zapatitos, botas y polainas ilustradas, tacones, con y sin herraje, que un rayo de luz venido de fuera permitía distinguir; Óscar lamentaba haber dejado una rendija abierta entre los dos batientes.

¿Qué podían ofrecerme ya los del salón? Tal vez Matzerath había sorprendido a la pareja sobre el sofá, lo que apenas podía creerse, ya que Jan conservaba siempre, y no sólo en el skat, un resto de prudencia. Tal vez, y así era en efecto, Matzerath había colocado sobre la mesa del comedor, en la sopera y a punto de servirse, las anguilas muertas, lavadas, cocidas, condimentadas y desabridas, y había osado, ya que nadie quería tomar asiento, elogiar la sopa enumerando todos los ingredientes que entraban en su receta. Mamá se puso a gritar. Gritaba en cachuba, lo que Matzerath ni entendía ni podía sufrir y, sin embargo, tenía que aguantarla, comprendiendo bien, por lo demás, lo que ella quería, ya que no podía tratarse más que de anguilas y, como siempre que mamá se ponía a gritar, de mi caída por la escalera de la bodega. Matzerath contestó. Ambos se sabían bien sus papeles. Jan formulaba objeciones. Sin él no había teatro. En seguida, el segundo acto: abríase de golpe la tapa del piano y, sin notas, de memoria, con los pies sobre los pedales, resonaba en terrible confusión el coro de cazadores del *Cazador furtivo*: ¿Qué es lo que en la tierra...? Y en pleno alalá otro golpazo, los pedales que se sueltan, el taburete que se vuelca, y mamá se acerca, está ya en el dormitorio: echó todavía una mirada rápida al espejo, se tumbó, según pude observar por la rendija, atravesada sobre el lecho conyugal bajo el baldaquín azul, y rompió a llorar y a retorcerse las manos con tantos dedos como los que contaba la Magdalena arrepentida de la litografía con marco dorado que estaba en la cabecera de la fortaleza conyugal.

Por algún tiempo no oí más que los sollozos de mamá, un ligero crujir de la cama y un murmullo atenuado de voces procedente del salón. El murmullo se fue apagando y Jan entró en el dormitorio. Tercer acto: estaba ahí frente a la cama, considerando alternativamente a mamá y a la Magdalena arrepentida, luego se sentaba cautelosamente en la orilla de la cama y le acariciaba a mamá, que estaba tendida boca abajo, la espalda y el trasero, hablándole en cachuba, hasta que, viendo que las palabras no surtían efecto, le introducía la mano bajo la falda, con lo que mamá cesaba de gemir y Jan podía apartar la vista de la Magdalena de dedos múltiples. Había que ver cómo, una vez cumplida su misión, Jan se levantaba, se frotaba ligeramente las puntas de los dedos con el pañuelo y se dirigía a mamá en voz alta, no ya en cachuba, sino pronunciando distintamente palabra por palabra, para que Matzerath pudiera oírlo desde el salón: —Ven ya, Agnés, vamos a olvidarlo todo. Hace rato ya que Alfredo se ha llevado las anguilas y las ha echado por el

retrete. Vamos a jugar ahora una partidita de skat, si queréis inclusive de a cuarto de pfennig, y cuando todo esto haya pasado y nos sintamos otra vez a gusto, Alfredo nos hará unos hongos revueltos con huevo y patatas fritas.

Mamá no contestó, se dio la vuelta sobre la cama, se levantó, puso la colcha en orden, se arregló el peinado ante los espejos de las puertas del armario y salió del dormitorio en pos de Jan. Aparté mi ojo de la rendija y, al poco tiempo, oí cómo barajaban los naipes. Unas risitas cautelosas, Matzerath cortó, Jan dio, y empezó la subasta. Creo que Jan envidiaba a Matzerath. Éste pasó con veintitrés. A continuación mamá hizo subir hasta treinta y seis a Jan, que tuvo que abandonar aquí, y mamá jugó un sin triunfo que perdió por muy poco. El juego siguiente, un diamante simple, lo ganó Jan sin la menor dificultad, en tanto que mamá se anotó el tercer juego, un cazador sin damas, por poco, pero de todos modos.

Seguro de que este skat familiar, interrumpido brevemente por unos huevos revueltos, hongos y patatas fritas, había de durar hasta muy entrada la noche, dejé de prestar atención a las jugadas y traté de volver a la señorita Inge y a su vestido profesional blanco y adormecedor. Pero la permanencia en el consultorio del doctor Hollatz me había de resultar enturbiada. Porque no sólo el verde, el azul, el amarillo y el negro volvían siempre a interrumpir el texto del broche con la Cruz Roja, sino que además venían ahora a entremezclarse también a todo ello los acontecimientos de la mañana: cada vez que se abría la puerta del consultorio y de la señorita Inge, no se me ofrecía la visión pura y leve del uniforme de la enfermera, sino que, en ella, bajo el semáforo de la escollera de Neufahrwasser, el estibador extraía anguilas de la cabeza chorreante y efervescente del caballo, y lo que tenía yo por blanco y quería atribuir a la señorita Inge eran las alas de las gaviotas que, de momento, ocultaban en forma engañosa la carroña y sus anguilas, hasta que la herida volvía a abrirse, pero sin sangrar ni difundir rojo, sino que el caballo era negro, el mar verde botella, el finlandés ponía en el cuadro algo de herrumbre y las gaviotas —que no vuelvan a hablarme de palomas— formaban una nube alrededor de la víctima, y entrecruzaban las puntas de sus alas y acababan lanzando la anguila a mi señorita Inge, la cual la cogía, le hacía fiestas y se convertía en gaviota, adoptando forma, no de paloma, sino de Espíritu Santo, y en dicha forma, que se llama aquí gaviota, baja en forma de nube sobre la carne y celebra la fiesta de Pentecostés.

Renunciando a más esfuerzos dejé el armario, abrí malhumorado las puertas de espejos, bajé de mi escondite, me encontré inalterado ante los espejos, pero contento, sin embargo, de que la señora Kater ya no siguiera sacudiendo alfombras. Había terminado para Óscar el Viernes Santo: la pasión había de iniciarse para él después de Pascua.

Afinado hacia el pie

Pero también para mamá había de empezar sólo después de aquel Viernes Santo de la cabeza de caballo rebosante de anguilas, sólo después del día de Pascua, que pasamos con los Bronski en Bissau, en casa de la abuela y del tío Vicente, un calvario que ni el tiempo risueño de mayo pudo atenuar.

No es cierto que Matzerath obligara a mamá a volver a comer pescado. Espontáneamente y como poseída de una voluntad enigmática, transcurridas apenas dos semanas desde la Pascua, empezó a devorar pescado en tales cantidades y sin la menor consideración por su figura, que Matzerath hubo de decirle: —No comas tanto pescado; cualquiera creería que se te está obligando.

Empezaba por desayunarse con sardinas en aceite; a las dos horas, aprovechando que no hubiera clientes en la tienda, caía sobre las anchoas ahumadas de Bohnsack de la cajita de madera contrachapeada, pedía a mediodía platija frita o bacalao con salsa de mostaza y, por la tarde, ya andaba otra vez con el abrelatas en la mano: anguila en gelatina, rueda de atún, arenque frito y, si Matzerath se negaba a volver a freír o cocer pescado para la cena, se levantaba tranquilamente de la mesa, sin decir palabra, sin renegar, y volvía de la tienda con un pedazo de anguila ahumada, lo que nos quitaba el apetito, porque con el cuchillo raspaba la piel de la anguila hasta quitarle el último vestigio de grasa y, por lo demás, ya sólo comía el pescado con el cuchillo. En el curso del día vomitaba varias veces. Matzerath, desconcertado y preocupado, le decía: —¿Será que estás encinta, o qué?

—No digas bobadas —contestaba mamá, si es que lo hacía. Y cuando un domingo, al aparecer sobre la mesa anguila en salsa verde con pequeñas patatas tempranas anegadas en mantequilla, la abuela Koljaiczek dio un manotazo entre los platos y dijo: —¡Pues bien, Agnés, dinos ya de una vez lo que te pasa! ¿Por qué comes pescado, si no te sienta bien, y no das la razón, y te comportas como loca? —Mamá no hizo más que sacudir la cabeza, apartó las patatas, sumergió la anguila en la mantequilla derretida, y siguió comiendo deliberadamente, como si estuviera empeñada en alguna tarea de aplicación. Jan Bronski no dijo nada. Pero cuando más tarde los sorprendí a los dos en el diván, cogidos de las manos como de costumbre, y sus ropas en desorden, llamáronme la atención los ojos llorosos de Jan y la apatía de mamá, que repentinamente cambió de humor. Se levantó de un salto, me agarró, me levantó en vilo, me apretó contra su pecho y me dejó entrever un abismo que, a buen seguro, no podría colmarse ni con enormes cantidades de pescado frito o en aceite, en salmuera o ahumado.

Unos días más tarde la vi en la cocina no sólo a vueltas con sus malditas sardinas en aceite, sino que vertía en una pequeña sartén el aceite de varias latas viejas que había conservado, y lo ponía a calentar sobre la llama del gas, para luego bebérselo, en tanto que a mí, que presenciaba la escena desde la puerta de la cocina, las manos se me caían del tambor.

Aquella misma noche hubo de trasladar a mamá al Hospital Municipal. Antes de que llegara la ambulancia, Matzerath lloraba y gemía: —¿Pero por qué no quieres a ese niño? ¡No importa de quién sea! ¿O es por culpa todavía de aquella maldita cabeza de caballo? ¡Ojalá no hubiéramos ido! Olvídate ya de ello, Agnés, no hubo intención alguna por mi parte.

Llegó la ambulancia. Sacaron a mamá. Niños y adultos se agolparon en la calle. Se la llevaron, y era manifiesto que mamá no había olvidado ni la escollera ni la cabeza de

caballo y que se llevó el recuerdo del caballo —llamárase éste Fritz o Hans— consigo. Sus órganos se acordaban en forma dolorosa y harto notoria de aquel paseo de Viernes Santo y, temiendo una repetición del mismo, dejaron que mamá, que estaba de acuerdo con sus órganos, se muriera.

El doctor Hollatz habló de ictericia y de intoxicación por el pescado. En el hospital comprobaron que mamá se hallaba en el tercer mes de su embarazo, le dieron un cuarto aparte y, por espacio de cuatro días, nos mostró a quienes teníamos autorización para visitarla, su cara deshecha y descompuesta por los espasmos, y que, en medio de su náusea, a veces me sonreía.

Aunque ella se esforzaba en procurar pequeños placeres a sus visitantes, lo mismo que hoy me esfuerzo yo por aparecer feliz en los días de visita de mis amigos, no podía con todo impedir que una náusea periódica viniera a retorcer aquel cuerpo que se iba agotando lentamente y que ya no tenía nada más por restituir, como no fuera finalmente, al cuarto día de tan dolorosa agonía, ese poco de aliento que cada uno ha de acabar por soltar para hacerse merecedor de un acta de defunción.

Al cesar en mamá el motivo de aquella náusea que tanto desfiguraba su belleza, todos respiramos aliviados. Y tan pronto como estuvo lavada en su sudario, volvió a mostrarnos su cara familiar redonda, mezcla de ingenuidad y astucia. La enfermera jefe le cerró los párpados, en tanto que Matzerath y Jan lloraban como ciegos.

Yo no podía llorar, ya que todos los demás, los hombres y la abuela, Eduvigis Bronski y Esteban Bronski, que iba ya para los catorce años, lloraban. Como tampoco me sorprendió, apenas, la muerte de mamá. En efecto, Óscar, que la acompañaba los jueves al barrio viejo y los sábados a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, ¿no había tenido ya la impresión de que ella andaba buscando desde hacía ya algunos años la oportunidad de disolver aquella relación triangular de tal manera que Matzerath, al que posiblemente odiaba, cargara con toda la culpa de su muerte y que Jan Bronski, su Jan, pudiera continuar sirviendo en el Correo polaco con pensamientos por el estilo de: Ha muerto por mí, no quería ser un obstáculo en mi carrera, se ha sacrificado?

Toda la premeditación de que los dos, mamá y Jan, eran capaces cuando se trataba de proporcionar a su amor una cama que nadie perturbara, infundíales aún mayor capacidad para el romance: puede verse en ellos, si se quiere, a Romeo y Julieta, o a aquellos niño y niña de reyes, que, según cuentan, no pudieron unirse, porque el agua era demasiado profunda.

Mientras mamá, que había recibido oportunamente los sacramentos, yacía fría y ya para siempre imperturbable bajo las plegarias del cura, encontré tiempo y ocio para observar a las enfermeras, que en su mayoría pertenecían a la confesión protestante. Unían sus manos de otro modo que las católicas, en forma más consciente, diría yo, recitaban el Padrenuestro con palabras que se apartaban del texto católico original y no se santiguaban como lo hacía mi abuela Koljaiczek, pongamos por caso, o los Bronski o yo mismo. Mi padre Matzerath —lo designo ocasionalmente así, aunque sólo fuera mi presunto progenitor— que era protestante, distinguíase en la plegaria de los demás protestantes, porque no mantenía las manos fijas sobre el pecho, sino que más abajo, como a la altura de las partes, repartía sus dedos convulsos entre una y otra religión y se avergonzaba, obviamente, de su rezo. Mi abuela, de rodillas al lado de su hermano Vicente junto al lecho mortuario, rezaba en voz alta y desenfadadamente en cachuba, en tanto que Vicente sólo movía los labios, probablemente en polaco, abriendo en cambio unos ojos enormes, llenos de acontecer espiritual. Me daban ganas de tocar el tambor. Después de todo, era a mi

pobre mamá a quien debía los numerosos instrumentos blanquirrojos. Era ella quien, en contrapeso de los deseos de Matzerath, había depositado en mi cuna la promesa materna de un tambor de hojalata, y era asimismo la belleza de mamá, sobre todo cuando estaba todavía más esbelta y no necesitaba hacer gimnasia, la que de vez en cuando me había servido de inspiración en mis conciertos. Por fin no pude contenerme, evoqué sobre el tambor, en el cuarto mortuorio de mamá, la imagen ideal de sus ojos grises, le di forma, y me sorprendió que fuera Matzerath quien acallara la protesta inmediata de la enfermera jefe y se pusiera de mi parte diciendo: —Déjelo, hermana, ¡estaban tan unidos!

Mamá sabía ser alegre. Mamá sabía ser temerosa. Mamá sabía olvidar fácilmente. Y sin embargo, tenía buena memoria. Mamá me daba con la puerta en las narices y, sin embargo, me admitía en su baño. A veces mamá se me perdía, pero su instinto me encontraba. Cuando yo rompía vidrios, mamá ponía la masilla. A veces se instalaba en el error, aunque a su alrededor hubiera sillas suficientes. Aun cuando se encerraba en sí misma, para mí siempre estaba abierta. Temía las corrientes de aire y, sin embargo, no paraba de levantar viento. Gastaba, y no le gustaba pagar los impuestos. Yo era el revés de su medalla. Cuando mamá jugaba corazones, ganaba siempre. Al morir mamá, las llamas rojas del cilindro de mi tambor palidieron ligeramente; en cambio, el esmalte blanco se hizo más blanco, y tan detonante, que a veces Óscar, deslumbrado, había de cerrar los ojos.

No fue en el cementerio de Sape, como lo había deseado alguna vez, sino en el pequeño y apacible cementerio de Brenntau donde la enterraron. Allí yacía también su padastro, el polvorero Gregorio Koljaiczek, fallecido el año diecisiete de la gripe. El duelo, como es natural en el entierro de una tendera tan apreciada como ella, fue numeroso, y en él se veían no sólo las caras de la clientela fiel, sino además a los representantes de diversos mayoristas e incluso a personas de la competencia, tales como el negociante en ultramarinos Weinreich y la señora Probst, de la tienda de comestibles de la Hertastrasse. La capilla del cementerio de Brenntau resultó insuficiente para tanta gente. Olía a flores y a vestidos negros guardados con naftalina. En el ataúd abierto, mi pobre mamá mostraba una cara amarilla y alterada por el sufrimiento. Durante las complicadas ceremonias, yo no podía librarme de pensar: ahora va a levantar la cabeza, va a tener que vomitar una vez más, tiene todavía en el cuerpo algo que pugna por salir; no sólo ese embrión de tres meses que, lo mismo que yo, no ha de saber a cuál padre dar las gracias; no es él sólo el que quiere salir y pedir, como Óscar, un tambor; allí dentro hay pescado todavía pero no son sardinas en aceite, por supuesto, ni platija; me refiero a un pedacito de anguila, a algunas fibras blanco—verdosas de carne de anguila: anguila de la batalla naval de Skagerrak, anguila de la escollera de Neufahrwasser, anguila salida de la cabeza del caballo y, acaso, anguila de su padre José Koljaiczek, que fue a parar bajo la balsa y se convirtió en pasto de las anguilas: anguila de tu anguila, porque anguila eres y a la anguila has de volver...

Pero no se produjo ninguna convulsión. Retuvo la anguila, se la llevó consigo, se propuso enterrarla bajo el suelo para que, finalmente, hubiera paz.

Cuando unos hombres levantaron la tapa del ataúd y se disponían a cubrir la cara, tan decidida como hastiada, de mi pobre mamá, Ana Koljaiczek los atajó, se arrojó sin miramiento por las flores sobre su hija y, desgarrando históricamente el valioso vestido mortuorio blanco, lloró y gritó muy alto en cachuba.

Algunos dijeron más tarde que había maldecido a mi presunto padre Matzerath y le había llamado asesino de su hija. Parece que fue cuestión también de mi caída de la escalera de la bodega, pues había adoptado la fábula de mamá y no permitía que Matzerath olvidara su supuesta culpa en mi supuesta desgracia. Nunca dejó de acusarlo, pese a que

Matzerath, al margen de toda política, la veneraba en forma casi servil y la proveyó, durante todos los años de la guerra, de azúcar y de miel artificial, de café y de petróleo.

El verdulero Greff y Jan Bronski, que lloraban a gritos y como mujer, se llevaron a mi abuela del ataúd. Los hombres pudieron así cerrar la tapa y poner por fin la cara que suelen poner los empleados de pompas fúnebres cuando se colocan sobre el féretro.

En el cementerio semirrural de Brenntau, con sus dos secciones a uno y otro lado de la avenida de los olmos, con su capillita que parecía recortada como para un Nacimiento, con su pozo y sus pájaros animados; allí, sobre la avenida del cementerio cuidadosamente rastrillada, abriendo el cortejo inmediatamente después de Matzerath, gustóme por vez primera la forma del ataúd. Después he tenido más de una ocasión de dejar deslizar mi mirada sobre la ladera negra o parda que se emplea en los trances supremos. El ataúd de mamá era negro. Reducíase en forma maravillosamente armoniosa hacia el pie. ¿Hay alguna otra forma, en este mundo, que corresponda más adecuadamente a las proporciones del cuerpo humano?

¡Si también las camas tuvieran este afinamiento hacia el pie! ¡Si todas nuestras yacijas usuales u ocasionales se fueran reduciendo de esta forma hasta el pie! Porque, por mucho que lo separemos, en definitiva nuestros pies no disponen de más base que esa estrecha, que, partiendo del ancho requerido por la cabeza, los hombros y el tronco, va adelgazando hacia el pie.

Matzerath iba inmediatamente detrás del ataúd. Llevaba su sombrero de copa en la mano y, al avanzar con paso lento, hacía esfuerzos, no obstante su dolor, por tender la rodilla. Cada vez que miraba su nuca me daba lástima ver el cogote desbordante y las dos cuerdas del miedo que, saliéndole del cuello, le subían hasta el nacimiento del pelo.

¿Por qué hubo de tomarme de la mano mamá Truczinski y no Greta Scheffler o Eduvigis Bronski? Vivía en el segundo piso de nuestra casa y carecía probablemente de nombre de pila: no era más que mamá Truczinski en todas partes.

Delante del ataúd, el reverendo Wiehnke, con monaguillos e incienso. Mi mirada iba de la nuca de Matzerath a las nuca arrugadas en todos los sentidos de los portadores del féretro. Necesitaba reprimir un deseo salvaje: Óscar quería encaramarse sobre el ataúd. Quería sentarse encima de él y tocar el tambor. Pero no en la hojalata, sino en la tapa del ataúd. Mientras que los que iban detrás de él seguían al reverendo en sus oraciones, él hubiera querido guiarlos con su tambor. Mientras depositaban el ataúd sobre planchas y cuerdas, encima de la fosa, Óscar hubiera querido mantenerse firme sobre él. Mientras duraba el sermón, las campanillas, el incienso y el agua bendita, él hubiera querido imprimir su latín en la madera, esperando a que le bajarán con la caja sirviéndose de las cuerdas. Óscar quería bajar a la fosa con su mamá y el embrión. Y quedarse abajo mientras los familiares echaban su puñado de tierra, y no subir, sino permanecer sentado sobre el pie de la caja, tocando el tambor, tocándolo si fuera posible bajo tierra, hasta que los palillos se le cayeran de las manos y la madera cediera a los palillos, hasta que él se pudriera por amor de su mamá y su mamá por amor de él y entregaran ambos su carne a la tierra y a sus habitantes; también con los nudillos le hubiera gustado a Óscar tocar el tambor para los tiernos cartílagos del embrión, si es que esto era posible y estaba permitido.

Nadie se sentó sobre el ataúd. Huérfano de compañía, oscilaba Óscar bajo los olmos y los sauces llorones del cementerio de Brenntau. Entre las tumbas, las gallinas multicolores del sacristán picoteaban buscando gusanos, cosechaban sin sembrar. Y luego entre los abedules. Yo detrás de Matzerath, de la mano de mamá Truczinski;

inmediatamente detrás de mí, mi abuela —a la que sostenían Greff y Jan—, Vicente Bronski del brazo de Eduvigis, la nena Marga y Esteban, dándose las manos, delante de los Scheffler; el relojero Laubschad, el viejo señor Heilandt, Meyn, el trompeta, pero sin instrumento y sobrio hasta cierto punto.

No fue hasta que todo hubo terminado y empezaron los pésames cuando vi a Segismundo Markus. De negro, pegándose tímidamente a los que querían estrechar la mano y murmurarles algo a Matzerath, a mí, a mi abuela y a los Bronski. Primero no comprendí lo que Alejandro Scheffler le estaba pidiendo. Apenas se conocían, si es que a eso llegaban, y luego también el músico Meyn se puso a discutir con el vendedor de juguetes. Se hallaban detrás de un seto mediano de esa planta verde que, cuando se frota entre los dedos, pierde el color y sabe amarga. En ese momento justamente la señora Kater y su hija Susi, espigada ésta y sonriendo irónicamente detrás de su pañuelo, estaban dando el pésame a Matzerath y se empeñaban en acariciarme la cabeza con la mano. Detrás del seto las voces subieron de tono, pero sin que pudiera entenderse nada. El trompeta Meyn tocaba con el índice el traje negro de Markus y lo iba empujando en esta forma ante sí, agarrándole luego el brazo izquierdo, en tanto que Scheffler se le colgaba del derecho. Los dos cuidaban de que Markus, que iba reculando, no tropezara con los bordes de las sepulturas, y, al llegar a la avenida principal, le señalaron dónde quedaba la puerta. Segismundo pareció darles las gracias por la información, se dirigió a la salida, se encasquetó el sombrero de copa y ya no se volvió a ver, pese a que Meyn y el panadero lo siguieron con la mirada.

Ni Matzerath ni mamá Truczinski se dieron cuenta que yo me les escabullía a ellos y al pésame. Simulando una necesidad, Óscar se escurrió hacia atrás, pasando junto al enterrador y su ayudante, corrió, sin parar mientes en la hiedra, y alcanzó los olmos y a Markus antes de llegar a la salida.

—¡Oscarcito! —exclamó sorprendido Markus—, dime, ¿qué tienen éstos contra Markus? ¿Qué les ha hecho Markus, para que le hagan esto?

Yo no sabía lo que Markus hubiera hecho, pero lo tomé de la mano, que tenía bañada en sudor, lo conduje a través de la verja forjada del cementerio, que estaba abierta, y nos topamos, el guardián de mis tambores y yo, el tambor, acaso su tambor, con Leo Schugger, que, lo mismo que nosotros, creía en el paraíso.

Markus conoció a Leo, porque Leo era un personaje bien conocido en la ciudad. Yo había oído hablar de Leo y sabía que, mientras estaba todavía en el seminario, se le habían alterado de tal forma los sacramentos, las confesiones, el cielo y el infierno y la vida y la muerte un hermoso día de sol, que el universo de Leo permaneció ya para siempre alterado, sin duda, pero no por ello menos brillante.

El oficio de Leo consistía en esperar después de cada entierro —y estaba al corriente de todos—, con su traje negro brillante que le quedaba ancho y sus guantes blancos, a los familiares del difunto. Markus y yo comprendimos, pues, que se encontraba ahora aquí, ante la verja forjada del cementerio de Brenntau, por razón de oficio, para tender a los afligidos parientes un guante ávido de pésame por delante de sus acuosos ojos extraviados y de su boca siempre babeante.

Mediados de mayo: un día claro y soleado. Setos y árboles poblados de pájaros. Gallinas cacareantes que con sus huevos y por medio de ellos simbolizan la inmortalidad. Un zumbido en el aire. Verde fresco sin traza de polvo. Leo Schugger llevaba su raído sombrero de copa en la enguantada mano izquierda y, con paso ligero y bailarín, por

cuanto era realmente bienaventurado, venía a nuestro encuentro alargándonos cinco dedos raídos de guante. Paróse luego ante nosotros, como si hiciera viento, aunque ni un soplo se movía, ladeó la cabeza y, al poner Markus primero en forma vacilante y luego con decisión su mano desnuda en el guante ávido de apretones, balbuceó entre babas: —¡Qué día tan bonito! Ahora ya está allí donde es tan barato. ¿Habéis visto al señor? *Habemus ad Dominum*. Pasó y tenía prisa. Amén.

Dijimos amén, y Markus confirmó que el día era bello, pretendiendo también haber visto al Señor.

Detrás nuestro oímos acercarse el rumor de los familiares que salían del cementerio. Markus retiró su mano del guante de Leo, halló manera todavía de darle una propina, me lanzó una mirada a la Markus y se dirigió precipitadamente hacia el taxi que lo esperaba frente a la oficina postal de Brenntau.

Seguía yo todavía con la mirada la nube de polvo que envolvía al fugitivo, cuando ya mamá Truczinski me agarraba nuevamente la mano. Iban viniendo en grupos y grupitos. Leo Schugger repartía sus pésames, llamaba la atención de todos sobre el esplendor del día, preguntaba a cada uno si había visto al señor y, como de costumbre, recibía propinas, chicas, grandes o ningunas. Matzerath y Jan Bronski pagaron a los empleados de pompas fúnebres, al enterrador, al sacristán y al reverendo Wiehnke que, suspirando, se dejó besar la mano por Leo Schugger y, con la mano besada, iba echando bendiciones al cortejo que se dispersaba lentamente.

En cuanto a nosotros, mi abuela, su hermano Vicente, los Bronski con los niños, Greff sin señora y Greta Scheffler, tomamos asiento en dos carruajes tirados por sendos caballos. Pasando frente a Goldkrug, a través del bosque y cruzando la cercana frontera polaca, nos llevaron a Bissau—Abbau para el banquete mortuario.

El cortijo de Vicente Bronski estaba en una hondonada. Tenía plantados delante unos álamos destinados a alejar los rayos. Sacaron de sus goznes la puerta del granero, la atravesaron sobre unos caballetes de madera y la cubrieron con manteles. Vino más gente del vecindario. Nos sentamos a la mesa a la entrada del granero. Greta Scheffler me tenía sobre sus rodillas. La comida fue grasosa, luego dulce y luego otra vez grasosa: aguardiente de patata, cerveza, una oca, un lechón, pastel con salchicha, calabaza en vinagre y azúcar, sémola roja con crema agria; a la caída de la tarde empezó a soplar a través del granero abierto algo de viento; oíanse los crujidos de las ratas y el ruido de los niños Bronski que, con los rapaces del vecindario, se habían adueñado del lugar.

Juntamente con las lámparas de petróleo aparecieron sobre la mesa los naipes del skat. Hubo también rompopé de elaboración doméstica. Esto puso alegría en el ambiente. Y Greff, que no bebía, cantaba canciones. También los cachubas cantaban, y Matzerath fue el primero en dar los naipes. Jan hacía de segundo y el capataz de la ladrillería de tercero. No fue hasta entonces cuando me di cuenta de que faltaba mamá. Se jugó hasta muy avanzada la noche, pero ninguno de los hombres logró ganar una mano de corazones. Al perder Jan una sin cuatros en forma incomprensible, le oí decirle bajito a Matzerath: —Sin la menor duda, Agnés la habría ganado.

En esto me deslicé de la falda de Greta Scheffler y me encontré, afuera, a mi abuela y a su hermano Vicente. Estaban sentados sobre el timón de uno de los carros. En voz baja hablaba Vicente a las estrellas, en polaco. Mi abuela ya no podía llorar más, pero permitió que me metiera bajo sus faldas.

¿Quién me toma hoy ya bajo sus faldas? ¿Quién me apaga la luz del día y la de las lámparas? ¿Quién me da el olor de aquella mantequilla amarilla y blanda, ligeramente rancia, que mi abuela apilaba, albergaba y depositaba bajo sus faldas para alimentarme, la que me daba para abrirme el apetito e irme haciendo el gusto?

Me dormí bajo las cuatro faldas; allí, muy cerca de los orígenes de mi pobre mamá, con mayores facilidades para respirar, pero tan al abrigo como ella, en su caja que se afinaba hacia el pie.

La espalda de Heriberto Truczinski

Nada puede reemplazar a una madre, dicen. Bien pronto después de su entierro había yo de empezar a echar de menos a mi pobre mamá. Las visitas de los jueves a la tienda de Segismundo Markus quedaron suprimidas; nadie me llevaba ya a ver el blanco uniforme de enfermera de la señorita Inge. Pero eran sobre todo los sábados los que me hacían dolorosamente presente la muerte de mamá: mamá ya no iba a confesar.

El barrio viejo, el consultorio del doctor Hollatz y la iglesia del Sagrado Corazón se habían ya cerrado para mí. Había perdido el gusto por las manifestaciones. ¿Y cómo podía seguir tentando a los transeúntes ante los escaparates, si hasta el oficio del tentador se le había hecho a Óscar insípido y sin atractivo? Ya no había allí una mamá que me llevara al Teatro Municipal para las funciones navideñas, o a los circos Krene o Busch. Puntualmente, pero solo y sin ganas de nada, proseguía mis estudios; íbame solitario por las calles rectilíneas y aburridas hasta el Kleinhammerweg y visitaba a Greta Scheffler que me contaba sus viajes con la organización de La Fuerza por la Alegría al país del sol de medianoche, en tanto que yo seguía comparando sin cesar a Goethe con Rasputín, no le hallaba salida a dicha comparación y me sustraía por lo regular a este siniestro círculo deslumbrante dedicándome a los estudios históricos. Una *Lucha por la posesión de Roma*, la *Historia de la ciudad de Danzig*, de Keyser, y el *Calendario de la Flota de Köhler*, mis antiguas obras modelo, me proporcionaron un mediano saber enciclopédico. Y así, por ejemplo, a la fecha aún estoy en condiciones de informar a ustedes exactamente acerca del blindaje, del número de cañones, de la botadura, terminación y tripulación de todos los navios que participaron en la batalla naval de Skagerrak y de los que fueron hundidos o sufrieron daños en ella.

Iba ya para los catorce años, gustaba de la soledad y salía mucho de paseo. Me acompañaba mi tambor, pero lo usaba con moderación, porque con el deceso de mamá mi reaprovisionamiento regular de tambores se había hecho problemático y siguió siéndolo.

¿Fue ello en el otoño del treinta y siete o en la primavera del treinta y ocho? En todo caso iba yo piano pianito Avenida Hindenburg arriba, en dirección de la ciudad, y me hallaba aproximadamente a la altura del Café de las Cuatro Estaciones; caían las hojas o se abrían las yemas: en todo caso algo ocurría en la naturaleza; en esto me encontré con mi amigo y mentor Bebra, que descendía en línea directa del príncipe Eugenio y, por consiguiente, de Luis XIV.

Hacía tres años que no nos veíamos, y sin embargo, nos reconocimos a veinte pasos de distancia. No iba solo, sino que llevaba del brazo a una belleza, elegante y de aire meridional, unos dos centímetros más baja que Bebra y tres dedos más alta que yo, a la que me presentó como Rosvita Raguna, la sonámbula más célebre de Italia.

Bebra me invitó a una taza de café en el Café de las Cuatro Estaciones. Nos sentamos en el Acuario, y las señoras del café cuchichearon: —Fíjate en los liliputienses, Lisbeth, ¿los has visto? Deben ser del Krone; habrá que ir a verlos trabajar.

Bebra me dirigió una sonrisa que puso de manifiesto mil arruguitas, apenas perceptibles.

El camarero que nos sirvió el café era muy alto. Al pedirle la señora Rosvita un pastel, su mirada hubo de subir a lo largo del frac como si se tratara de una torre.

Bebra comentó: —No parece que las cosas le vayan muy bien a nuestro vitricida. ¿Qué os pasa, amigo mío? ¿Es el vidrio el que ya no quiere, u os falla la voz?

Joven e impetuoso como era, Óscar trató de suministrar una prueba inmediata de su arte en pleno florecimiento. Miré a mi alrededor, buscando, y me estaba concentrando ya en la gran superficie de vidrio del acuario, delante de los peces de adorno y de las plantas acuáticas, cuando, antes de que lanzara mi grito, Bebra me dijo: —¡No, amigo mío! Nos basta vuestra palabra. Nada de destrucciones, por favor, nada de inundaciones ni de matar peces.

Avergonzado, presenté ante todo mis excusas a la Signora Rosvita, que había sacado un abanico miniatura y se daba aire agitadamente.

—Mi mamá murió —traté de explicar—. No hubiera debido hacerlo. Le estoy resentido por ello. La gente anda siempre diciendo: Una madre lo ve todo, lo siente todo, lo perdona todo. ¡Eso no es más que blablablá para el día de las madres! Ella veía en mí a un gnomo y, si hubiera podido, habría eliminado al gnomo. Pero no pudo eliminarme, porque los hijos, aunque sean gnomos, están registrados en los papeles y no es posible suprimirlos así sin más ni más. Y además, porque yo era su gnomo, y si me hubiera suprimido, se habría suprimido y fastidiado a sí misma. Yo o el gnomo, debió decirse, y se decidió por ella, y ya no comió más que pescado, que ni siquiera era fresco, y despidió a sus amantes, y ahora que yace en Brenntau, dicen todos, los amantes y los parroquianos de la tienda: —Es el gnomo quien la ha enterrado a tamborazos. No quería seguir viviendo a causa de Oscarcito; ¡él es quien la mató!

Exageraba manifiestamente, pues quería impresionar lo más posible a la Signora Rosvita. Porque, después de todo, la mayoría de la gente atribuía la culpa de la muerte de mamá a Matzerath y, sobre todo, a Jan Bronski. Pero Bebra adivinó mis pensamientos.

—Exageráis, mi estimado. Ese rencor hacia vuestra difunta mamá son puros celos. Porque no habiendo ella ido a la tumba por causa vuestra, sino por la de sus amantes que la fatigaban, os sentís postergado. Sois malo y vanidoso, cual corresponde a un genio.

Y luego, después de un suspiro y de una mirada de soslayo a la Signora Rosvita: —No resulta fácil mantenerse ecuánime con nuestra talla. Conservarse humano sin crecimiento exterior, ¡qué empresa, qué oficio!

Rosvita Raguna, la sonámbula napolitana que tenía la piel tan lisa como arrugada, a la que daba yo dieciocho primaveras para admirarla acto seguido cual anciana de ochenta y tal vez noventa años, la Signora Rosvita acarició el traje elegante, de corte inglés a la medida, del señor Bebra, volvió luego hacia mí sus ojos mediterráneos, negros como cerezas, y, con una voz oscura y llena de promesas frutales que me conmovió y me dejó petrificado, dijo: —Carissimo Oscarnello; ¡cómo comprendo su dolor! Andiamo, véngase con nosotros, ¡Milano, Parigi, Toledo, Guatemala!

Sentí una especie de vértigo. La mano fresca y viejísima a la vez de la Raguna cogió la mía. Sentí batir en mi costa el mar Mediterráneo; unos olivos me susurraban al oído: —Rosvita será como tu mamá, Rosvita comprenderá. Ella, la gran sonámbula que lo penetra y lo conoce todo, todo menos a sí misma, ¡mammamia!, menos a sí misma, ¡Dio!

En forma extraña, Raguna retiró de repente y como horrorizada su mano, cuando apenas había empezado a penetrarme y a radiografiarme con su mirada de sonámbula. ¿Acaso mi hambriento corazón de catorce años la había asustado? ¿Habíase tal vez percatado de que para mí Rosvita, doncella o anciana, significaba Rosvita? Susurraba en

napolitano, temblaba, se persignaba con frecuencia, como si los horrores que leía en mí no tuvieran fin, para acabar desapareciendo sin decir palabra detrás de su abanico.

Confuso, pedí una aclaración, rogué al señor Bebra que dijera algo. Pero él también, a pesar de su descendencia directa del príncipe Eugenio, estaba desconcertado, balbuceaba, hasta que finalmente se dio a comprender: —Vuestro genio, mi joven amigo, lo divino pero también lo demoníaco de ese genio vuestro, ha turbado un poco a mi buena Rosvita, y yo mismo he de confesar que esa desmesura peculiar que os arrebató de repente, me es extraña, aunque no totalmente incomprensible. Pero de todos modos, lo mismo da —Bebra iba recobrando su dominio—, sea cual sea vuestro carácter, venid con nosotros, trabajad con nosotros en el Espectáculo de los Milagros, de Bebra. Con un poco de disciplina y de moderación, podríais tal vez, aun en las condiciones políticas actuales, encontrar un público.

Comprendí inmediatamente. Bebra, que me había aconsejado estar siempre en las tribunas y nunca delante de ellas, había pasado a formar parte él mismo de los peatones, aunque siguiera presentándose ante el público en el circo. De modo que, al declinar yo cortésmente y sintiéndolo mucho su proposición, tampoco se decepcionó. Y la Signora Rosvita respiró ostensiblemente aliviada detrás de su abanico y volvió a mostrarme sus ojos mediterráneos.

Seguimos charlando como cosa de una hora, pedí al camarero un vaso vacío, canté en el vidrio un recorte en forma de corazón, canté alrededor, en grabado caligráfico, una inscripción: «Óscar a Rosvita», le regalé el vaso, la hice feliz con ello y, después que Bebra hubo pagado dando una buena propina, partimos.

Los dos me acompañaron hasta el Salón de los Deportes. Mostré con el palillo del tambor la tribuna desierta al otro extremo del Campo de Mayo y —ahora lo recuerdo: fue en la primavera del treinta y ocho— le conté a Bebra mis proezas de tambor debajo de las tribunas.

Bebra sonrió, no sin embarazo, y la Raguna puso cara seria. Pero al alejarse la Signora algunos pasos, me susurró Bebra al oído, al tiempo que se despedía: —He fracasado, mi buen amigo, ¿cómo podría, pues, seguir siendo vuestro maestro? ¡Ah! ¡Qué asco de política!

Luego me besó en la frente, como lo hiciera unos años antes al encontrarme entre las carretas del circo, la dama me tendió una mano como de porcelana, y yo me incliné con donaire, en forma tal vez demasiado experta para mis catorce años, sobre los dedos de la sonámbula.

—¡Volveremos a vernos, hijo mío! —dijo Bebra moviendo su mano en señal de despedida—. Cualesquiera que sean los tiempos, gentes como nosotros no se pierden.

—¡Perdonad a vuestros papás! —aconsejó la Signora—. ¡Acostumbraos a vuestra propia existencia, para que el corazón encuentre la paz y Satanás disgusto!

Sentí como si la Signora me hubiera vuelto a bautizar, aunque también inútilmente. *Vade retro*, Satanás —pero Satanás no se retiró. Los seguí con mirada triste y el corazón vacío y les dije adiós con la mano cuando ya subían a un taxi en el que desaparecieron por completo, pues se trataba de un Ford hecho para adultos, de modo que, al arrancar con mis amigos, parecía vacío y como si buscara clientes.

Bien traté de convencer a Matzerath de que me llevara al circo Krone, pero a Matzerath no había quien lo convenciera, entregado como se hallaba por completo al duelo

por la pérdida de mamá, a la que, sin embargo, nunca había poseído por completo. Pero, ¿quién era el que la había poseído por completo? Tampoco Jan Bronski; de haber alguno, habría sido yo en todo caso, que era el que más sufría de su ausencia y al que dicha ausencia alteraba toda la vida cotidiana, poniéndola inclusive en peligro. Mamá me había jugado una mala partida, y de mis dos papas no podía yo esperar nada. El maestro Bebra había encontrado a su maestro en Goebbels, el ministro de la Propaganda. Greta Scheffler absorbíase por completo en la obra del Socorro de Invierno: nadie ha de pasar hambre, nadie ha de pasar frío, decían. Yo me atuve a mi tambor y me fui aislando totalmente en la hojalata, que antaño fuera blanca y ahora iba adelgazando con el uso. Por las noches, Matzerath y yo nos sentábamos frente a frente. Él hojeaba sus libros de cocina y yo me lamentaba con mi tambor. Algunas veces Matzerath lloraba y escondía su cabeza en los libros. Las visitas de Jan Bronski se fueron haciendo cada vez más raras. En el terreno de la política, los dos hombres opinaban que había que ser prudentes, ya que no se sabía a dónde iría aquello a parar. Así, pues, las partidas de skat con algún tercero ocasional fueron espaciándose cada vez más y si acaso tenían lugar ya bien entrada la tarde, evitando toda alusión política, en nuestro salón, bajo la lámpara colgante. Mi abuela parecía haberse olvidado del camino de Bissau hasta el Labesweg. Guardaba rencor a Matzerath y tal vez también a mí, pues le había oído decir: —Mi pobre Agnés murió porque ya no podía aguantar más tanto tambor.

Y aunque tal vez tuviera yo la culpa de la muerte de mi pobre mamá, no por ello me aferraba con menos ahínco al tambor difamado, porque éste no moría, como muere una madre, y podía comprarse uno nuevo o hacer reparar el viejo por el anciano Heilandt o por el relojero Laubschad; porque me comprendía, me daba siempre la respuesta correcta y me era fiel, lo mismo que yo a él. Cuando en aquella época el piso se me hacía estrecho y las calles se me antojaban demasiado cortas o demasiado largas para mis catorce años, cuando durante el día no se presentaba ocasión para jugar al tentador frente a los escaparates y por la noche la tentación no era lo suficientemente intensa como para llevarme a tentar por los zaguanes oscuros, subía yo marcando el paso y el compás los cuatro tramos de la escalera, contando los ciento dieciséis peldaños, y deteniéndome en cada descansillo para tomar nota de los olores que se escapaban por cada una de las cinco puertas, porque los olores, lo mismo que yo, huían de la excesiva estrechez de los departamentos de dos habitaciones.

Al principio tuve todavía suerte de vez en cuando con el trompeta Meyn. Borracho y tendido entre las sábanas, podía tocar su trompeta en forma extraordinariamente musical y dar gusto a mi tambor. Pero, en mayo del treinta y ocho, abandonó la ginebra y anunció a la faz del mundo: «¡Ahora empieza una nueva vida!» Se hizo músico del cuerpo montado de la SA. Con sus botas y sus asentaderas de cuero, absolutamente sobrio, veíale en adelante subir la escalera saltando los peldaños de cinco en cinco. Sus cuatro gatos, uno de los cuales se llamaba Bismarck, los guardó, porque era lícito suponer que de vez en cuando la ginebra vencía de todos modos y lo ponía musical.

Era raro que yo llamara a la puerta del relojero Laubschad, hombre viejo y silencioso entre un barullo de doscientos relojes. Semejante despilfarro de tiempo podía a lo sumo permitírmelo una vez al mes.

El viejo Heilandt seguía teniendo su cobertizo en el patio del edificio. No había dejado de enderezar clavos torcidos. También seguía habiendo allí conejos y conejos de conejos como en los viejos tiempos. Pero los rapaces del patio eran otros. Ahora llevaban uniformes y corbatines negros y ya no cocían sopas de ladrillos. Apenas conocía los nombres de lo que allá crecía y me iba ganando en talla. Tratábase de otra generación; la

mía había dejado ya la escuela. Hallábase ahora en el aprendizaje: Nuchi Eyke se hizo peluquero, Axel Mischke quería ser soldador en Schichau, Susi Kater se entrenaba para vendedora en los grandes almacenes Sternfeld y tenía ya un amigo titular. ¡A qué punto pueden cambiar en tres o cuatro años las cosas! Cierto que subsistía la barra para las alfombras y que en el reglamento interior seguía prescribiéndose: Sacudida de las alfombras, martes y viernes; pero en dichos dos días eso ya sólo se oía en sordina y como con timidez. Desde la toma del poder por Hitler había cada vez más aspiradoras en los pisos, y las barras de sacudir se iban quedando solas y no eran útiles más que a los gorriones.

Así, pues, sólo me quedaba la caja de la escalera y el desván. Bajo las tejas dedicábame a mi consabida lectura, y cuando añoraba a mis semejantes, bajaba por la escalera y llamaba a la primera puerta a la izquierda, en el segundo piso. Mamá Truczinski me abría siempre. Desde que en el cementerio de Brenntau me tomara de la mano y me llevara hasta la tumba de mi pobre mamá, abría siempre que Óscar se presentaba con sus palillos en el entrepaño de la puerta.

—Pero no toques demasiado fuerte, Oscarcito, porque Heriberto sigue todavía durmiendo: ha vuelto a tener una noche muy pesada y tuvieron que traerlo en auto.— Me pasaba luego al salón, me servía malta con leche y me daba también un trozo pardo de azúcar cande al extremo de un hilo, para que lo pudiera sumergir y lamer. Y yo bebía, chupaba el azúcar, y dejaba el tambor en paz.

Mamá Truczinski tenía una cabeza pequeña y redonda, cubierta por un pelo color gris ceniza muy fino en forma tan precaria que se le transparentaba el color rosado de la piel de la cabeza. Los escasos pelos tendían todos hacia el punto más sobresaliente de la parte posterior de la cabeza y formaban allí un moño que, a pesar de su reducido volumen —era más pequeño que una bola de billar—, se veía desde todos los lados, cualquiera que fuera la posición que ella adoptara. Unas agujas de hacer punto aseguraban su cohesión. Todas las mañanas, mamá Truczinski frotaba sus mejillas redondas, que cuando reía parecían postizas, con el papel de los paquetes de achicoria, que era rojo y desteñía. Tenía la mirada de un ratón. Sus cuatro hijos se llamaban: Heriberto, Gusta, Fritz y María.

María tenía mi edad, acababa de terminar la escuela pública y vivía con una familia de funcionarios en Schidlitz, donde hacía su aprendizaje de administración doméstica. A Fritz, que trabajaba en la fábrica de vagones, se le veía raramente. Tenía en rotación dos o tres muchachas que le preparaban la cama y con las que iba a bailar a Ohra, en el «Hipódromo». Criaba en el patio del edificio unos conejos, vieneses azules, pero se los tenía que cuidar mamá Truczinski, porque Fritz estaba siempre sumamente ocupado con sus amiguitas. Gusta, temperamento reposado de unos treinta años, servía en el Hotel Edén, junto a la Estación Central. Soltera todavía, vivía, como todo el personal, en el piso superior del rascacielos de aquel hotel de primera clase. Y finalmente Heriberto, el mayor, que, descontando las noches eventuales del mecánico Fritz, era el único que habitaba con su madre, trabajaba de camarero en el suburbio portuario de Neuf ahrwasser. De él es de quien ahora me propongo hablar. Porque, después de la muerte de mi pobre mamá, Heriberto constituyó durante una breve época feliz la meta de todos mis esfuerzos, y aún hoy sigo llamándole mi amigo.

Heriberto servía con Starbusch. Éste era el nombre del patrón de la taberna «Al Sueco», situada frente a la iglesia protestante de los marineros, cuyos clientes eran en su mayoría, como puede deducirse fácilmente de la inscripción «Al Sueco», escandinavos. Pero la frecuentaban también rusos, polacos del Puerto Libre, estibadores del Holm y

marinos de los navios de guerra del Reich alemán que venían de visita. Sólo las experiencias acumuladas en el «Hipódromo» de Ohra —pues antes de pasar a Fahrwasser Heriberto había servido en aquel local de baile de tercer orden— permitíanle dominar con su bajo alemán de suburbio entremezclado de modismos ingleses y polacos la confusión lingüística que imperaba en el Sueco. Pese a lo cual, la ambulancia lo llevaba una o dos veces al mes, contra su voluntad pero, eso sí, gratis, a la casa.

En estas ocasiones Heriberto tenía que permanecer tendido boca abajo respirando difícilmente, porque pesaba casi dos quintales, y guardar cama por unos días. Mamá Truczinski no cesaba en tales días de renegar, mientras atendía infatigablemente a su cuidado, y cada vez, después de renovarle el vendaje, se sacaba del moño una de las agujas de hacer punto y apuntaba con ella a un retrato encristalado que colgaba frente a la cama y representaba a un hombre bigotudo, de mirada sería y fija, fotografiado y retocado, muy parecido a la colección de bigotes que figuran en las primeras páginas de mi álbum de fotos.

Aquel señor que la aguja de hacer punto de mamá Truczinski señalaba no era sin embargo un miembro de mi familia, sino el papá de Heriberto, de Gusta, de Fritz y de María.

—Acabarás igual que tu padre —zaheríale en el oído al doliente Heriberto, que respiraba con dificultad. Pero nunca decía en forma clara cómo y dónde aquel hombre del marco negro había encontrado o tal vez buscado su fin.

—¿Quiénes fueron esta vez? —inquiría el ratón de pelo gris con los brazos cruzados.

—Suecos y noruegos, como siempre —contestaba Heriberto revolviéndose en la cama y haciéndola crujir.

—¡Como siempre, como siempre! ¡No me vengas con que siempre fueron los mismos! La última vez fueron los del buque escuela, cómo se llamaba, a ver, ayúdame, ah sí, del *Schlageter* ¿cómo decía? a sí, ¡y luego me vienes con que si suecos y noruegos!

La oreja de Heriberto —yo no podía ver su cara— se ponía colorada hasta el mismo borde: —¡Estos malditos, siempre fanfarroneando y haciéndose los valientes!

—Pues déjalos en paz. ¿A ti qué te importan? En la ciudad, cuando andan de permiso, siempre se comportan correctamente. Sin duda les has vuelto a calentar los cascos con tus ideas y con tu Lenin, o te has metido otra vez en lo de la guerra de España.

Heriberto ya no contestaba y mamá Truczinski se iba arrastrando los pies a la cocina, hacia su taza de malta.

Una vez curada la espalda de Heriberto, podía yo contemplarla. Se sentaba en la silla de la cocina, dejaba caer los tirantes sobre sus muslos metidos en la tela azul y se iba quitando lentamente la camisa de lana, como si graves pensamientos se lo dificultaran.

Era una espalda redonda, móvil. Los músculos se movían incesantemente. Un paisaje rosado sembrado de pecas. Abajo de los omóplatos crecía en abundancia un vello rubio fuerte, a ambos lados de la columna vertebral recubierta de grasa. Hacia abajo se iba rizando, hasta desaparecer en los calzoncillos que Heriberto llevaba aun en verano. Hacia arriba, del borde de los calzoncillos hasta los músculos del cuello, cubrían la espalda unas cicatrices abultadas que interrumpían el crecimiento del vello, eliminaban las pecas,

formaban arrugas, escocían al cambiar el tiempo y ostentaban diversos colores que iban desde el azul oscuro hasta el blanco verdoso. Esas cicatrices me estaba permitido tocarlas.

Ahora que estoy tendido en mi cama viendo por la ventana los pabellones anexos de mi sanatorio con el bosque de Oberrath detrás, que contemplo desde hace meses y sin embargo no acabo de ver jamás, me pregunto: ¿qué más me ha sido dado tocar que fuera igualmente duro, igualmente sensible e igualmente turbador que las cicatrices de la espalda de Heriberto Truczinski? Las partes de algunas muchachas y mujeres, mi propio miembro, la regaderita de yeso del Niño Jesús y aquel dedo anular que, hace apenas dos años, el perro me trajo del campo de centeno y podía yo conservar, hace un año todavía, en un tarro de mermelada, sin tocarlo, sin duda, pero de todos modos tan claro y completo que aún hoy en día, si recurro a mis palillos, puedo sentir y contar todas sus articulaciones. Siempre que me proponía recordar las cicatrices de la espalda de Heriberto Truczinski, sentábame a tocar el tambor, para ayudar a la memoria, ante el tarro que contenía el dedo. Siempre que quería imaginarme el cuerpo de una mujer, lo que sólo ocurría raramente, reinventábame, faltó de suficiente convicción respecto a las partes de la mujer que parecen cicatrices, las cicatrices de Heriberto Truczinski. Pero lo mismo podría decir que los primeros contactos con aquellas hinchazones sobre la vasta espalda de mi amigo prometíanme ya entonces que habría de conocer y poseer temporalmente esos endurecimientos que las mujeres presentan pasajeraamente cuando se disponen al amor. Y las cicatrices de la espalda de Heriberto me prometían asimismo, ya en época tan temprana, el dedo, y aun antes de que las cicatrices me prometieran nada, fueron los palillos del tambor los que, a partir de mi tercer aniversario, me prometieron cicatrices, órganos genitales y, finalmente, el dedo. Pero he de remontarme todavía más atrás: ya en embrión, cuando Óscar no se llamaba Óscar todavía, prometíame el juego con mi cordón umbilical, sucesivamente, los palillos, las cicatrices de Heriberto, los cráteres ocasionalmente abiertos de mujeres más o menos jóvenes y, finalmente, el dedo anular, lo mismo que, a partir de la regaderita del Niño Jesús, mi propio sexo que, cual monumento permanente de mi impotencia y de mis posibilidades limitadas, llevo siempre conmigo.

Y heme aquí de vuelta a los palillos del tambor. De las cicatrices, de las partes blandas y de mi propio equipo, que ya sólo se endurece de vez en cuando, sólo me acuerdo, en todo caso, a través del rodeo que me dicta el tambor. He de cumplir los treinta para poder volver a celebrar mi tercer aniversario. Ustedes ya lo habrán adivinado: el objetivo de Óscar consiste en el retorno al cordón umbilical; a eso obedece el lujo de comentarios y el tiempo dedicado a las cicatrices de Heriberto Truczinski.

Antes de seguir adelante en la descripción y la interpretación de la espalda de mi amigo, quiero anticipar que, con excepción de una mordida en la tibia izquierda, herencia de una prostituta de Ohra, la parte anterior de su cuerpo poderoso, que presentaba un blanco amplio y por consiguiente difícil de proteger, no ostentaba cicatrices de ninguna clase. No podían con él sino por la espalda: los cuchillos finlandeses y polacos, las navajas de los estibadores del muelle de depósito y los espadines de los cadetes de los buques escuela sólo lograban marcar su espalda.

Cuando Heriberto terminaba su comida —tres veces por semana había croquetas de patata que nadie sabía hacer tan sutiles, tan faltas de grasa y, con todo, tan doradas como mamá Truczinski—, o sea cuando apartaba a un lado el plato, alargábale yo las *Últimas Noticias*. Y él dejaba caer sus tirantes, se bajaba la camisa a la manera como se monda un fruto y, mientras leía, me dejaba consultar su espalda. También mamá Truczinski permanecía durante estas consultas sentada por lo regular a la mesa reovillando la lana de

los calcetines usados, formulando comentarios favorables o adversos y —como es de suponer— sin dejar de aludir de vez en cuando a la muerte terrible de aquel hombre que, fotografiado y retocado, colgaba de la pared, tras el vidrio, frente a la cama de Heriberto.

El interrogatorio empezaba tocando yo con el dedo una de las cicatrices. Algunas veces la tocaba también con uno de mis palillos.

—Vuelve a apretar muchacho. No sé cuál es. Ésa parece hoy estar dormida.

Y yo volvía a apretar con mayor fuerza.

—¡Ah, ésa! Fue un ucraniano. Se enzarzó con uno de Gdingen. Primero estaban sentados juntos a la mesa como si fueran hermanos. Luego el de Gdingen le dijo al otro: ruski, lo que sentó como un tiro al ucraniano, dispuesto a pasar por todo menos por ruski. Había descendido con madera Vístula abajo y, antes todavía, otro par de ríos más, de modo que traía en la bota su buena cantidad de dinero del que, pagando rondas, había soltado ya la mitad con Starbusch, cuando el de Gdingen le dijo ruski y yo, acto seguido, hube de separarlos, buenamente, por supuesto, como suelo hacerlo. Y Heriberto hallábase todavía con ambas manos ocupadas, cuando de pronto el ucraniano me dice a mí polaco de agua dulce, y el polaco, que trabajaba de día en la draga sacando barro, me dice una palabrita que sonaba como nazi. Bueno, Oscarcito, tú ya conoces a Heriberto; en un abrir y cerrar de ojos el de la draga, un tipo pálido de maquinista, yacía algo maltrecho delante del guardarropa. Y ya me disponía justamente a explicarle al ucraniano cuál era la diferencia entre un polaco de agua dulce y un muchacho de Danzig, cuando va y me pincha por detrás: y ésa es la cicatriz.

Cada vez que Heriberto decía «y ésa es la cicatriz», daba siempre la vuelta a las hojas del periódico, como para reforzar sus palabras, y bebía uno o dos sorbos de malta, antes de que me fuera permitido apretar la siguiente cicatriz.

—¡Ah, ésa! Ésa es muy pequeñita. Éso fue hace dos años, cuando hizo escala aquí la flotilla de torpederos de Pillau y los marinos hacían de las suyas, se las daban de señoritos y traían a todas las muchachas de cabeza. Lo que no me explico todavía es cómo aquel borracho llegó a la marina. Imagínate, Oscarcito, que venía de Dresde, ¡de Dresde! Claro que tú no puedes comprender lo que significa que un marino venga de Dresde.

Para apartar de Dresde los pensamientos de Heriberto, que se complacían más de la cuenta en la bella ciudad del Elba, y hacerlo volver a Neufahrwasser, tocaba yo una vez más la cicatriz que según él era pequeñita.

—Ah, sí, ¿qué decía? Era segundo timonel de un torpedero. Gritaba mucho y quería meterse con un pacífico escocés que tenía su barquito en el dique flotante. Fue a causa de Chamberlain, del paraguas y de todo lo demás. Yo le aconsejé buenamente, como suelo hacerlo, que se dejara de cuentos, máxime que el escocés no entendía palabra y no hacía más que dibujar sobre la mesa con su dedo bañado en aguardiente. Y cuando yo le digo: déjalo estar, muchacho, que no estás aquí en tu casa sino en la Sociedad de Naciones, el del torpedero me dice a mí «alemán estúpido», en sajón, por supuesto, con lo que le di un par que bastó para calmarlo. Pero como a la media hora, cuando yo me inclinaba para buscar un florín que se había ido rodando bajo la mesa y no podía verlo, porque bajo la mesa estaba oscuro, el sajón sacó su navajita y ¡zas!

Riéndose pasaba Heriberto a otra página de las *Últimas Noticias*, y añadía todavía: «Y ésa es la cicatriz.» Dejaba luego el periódico a mamá Truczinski, que estaba refunfuñando, y se disponía a levantarse. Aprisa, antes de que Heriberto se fuera al retrete

—yo le veía en la cara a dónde quería ir— y cuando se apoyaba ya sobre el borde de la mesa para incorporarse, le tocaba rápidamente una cicatriz negra violácea, suturada y del ancho que tiene de largo un naipe de skat.

—Heriberto ha de ir al retrete, muchacho. Luego te digo —pero yo volvía a apretar y pataleaba como si tuviera tres años, lo que siempre daba resultado.

—Bueno, para que no des guerra. Pero sólo muy rápido —Heriberto volvía a sentarse—. Ésa fue en Navidad del año treinta. El puerto estaba muerto. Los estibadores holgazaneaban por las calles y escupían a ver quién más. Después de la misa del gallo —acabábamos de preparar el ponche— vinieron, bien peinados y de azul y charol, los suecos y los finlandeses de la iglesia de enfrente. A mí la cosa ya no me gustó; me planto en el umbral de la puerta, veo sus caras como estampas de devoción y me digo; ¿qué quieren éstos con sus botones de ancla? Y de pronto, se arma: los cuchillos son largos y la noche breve. Bueno, los suecos y los finlandeses nunca se han querido mucho que digamos. Pero lo que Heriberto Truczinski tuviera que ver con ellos, sólo el diablo lo sabe. Lo que pasa es que ése es mi sino y, cuando hay pelea, Heriberto no puede permanecer inactivo. No hago más que salir a la puerta, y el viejo Starbusch me grita todavía: —¡Ten cuidado, Heriberto!— Pero Heriberto tiene una misión, se propone salvar al pastor protestante, que es un jovencito inexperto, acabado de llegar de Malmö y del seminario, que nunca ha celebrado todavía una Navidad con suecos y finlandeses en una misma iglesia; se propone salvarlo, agarrándolo de los brazos, para que llegue a su casa sano y salvo; pero apenas le toco la ropa al santo varón, y ya la hoja brillante me entra por detrás, y yo pienso todavía «¡Feliz Año Nuevo!», y eso que sólo estábamos en Nochebuena. Y al volver en mí, heme ahí tendido sobre el mostrador de la taberna, y mi joven sangre llenando gratis los vasos de cerveza, y el viejo Starbusch acercándose con su cajita de parches de la Cruz Roja y queriendo hacerme el llamado vendaje de emergencia.

—Pero, ¿por qué tenías tú que meterte? —regañaba mamá Truczinski, sacándose una aguja de hacer punto del moño—. Y eso que tú nunca vas a misa. Al contrario.

Heriberto hizo un gesto de rechazo y, arrastrando su camisa y con los tirantes colgando, se dirigió al retrete. Iba de malhumor y dijo también, malhumorado: «¡Y ésa es la cicatriz!» Y echó a andar como si de una vez por todas quisiera distanciarse de la iglesia y de las cuchilladas que lleva aparejadas, como si el retrete fuera el lugar donde uno se hace o puede seguir siendo librepensador.

Pocas semanas después, encontré a Heriberto callado y hostil a toda consulta. Lo veía acongojado y, sin embargo, no llevaba el vendaje acostumbrado, antes bien, me lo encontré tendido en forma completamente normal, sobre la espalda, en el sofá del salón. No estaba pues guardando cama en calidad de herido, y sin embargo parecía hartamente maltrecho. No hacía más que suspirar, invocar a Dios, Marx y Engels y maldecirlos a un tiempo. De vez en cuando agitaba el puño en el aire, para luego dejarlo caer sobre su pecho y, ayudándose con el otro, golpeárselo, como un católico que exclama *mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa*.

Heriberto había matado a un capitán letón. Cierto que el tribunal lo absolvió —había obrado, como ocurre con frecuencia en su profesión, en defensa propia. Sin embargo, a pesar de la sentencia absolutoria, el letón seguía siendo un letón muerto, y pesaba terriblemente sobre la conciencia del camarero, por más que se dijera del capitán que era un hombrecillo delicado y, por añadidura, enfermo del estómago.

Heriberto no volvió al trabajo. Había renunciado al puesto. El tabernero Starbusch venía a verlo a menudo; se sentaba junto a Heriberto al lado del sofá, o con mamá Truczinski a la mesa de la cocina, sacaba de su portafolio una botella de ginebra Stobbes cero—cero para Heriberto o media libra de café sin tostar procedente del Puerto Libre para mamá Truczinski. Trataba alternativamente de convencer a Heriberto y a mamá Truczinski para que ésta convenciera a su vez a aquél. Pero Heriberto se mantuvo duro, o blando — como se quiera llamarlo—, y no quería seguir siendo camarero, y menos aún en Neufahrwasser frente a la iglesia de los marinos. No quería ni volver a oír hablar de ser camarero, porque al camarero lo pinchan, y el pinchado acaba matando un buen día a un pequeño capitán letón, aunque sólo sea para quitárselo de encima, y porque no está dispuesto a que un cuchillo letón añada en la espalda de Heriberto Truczinski una cicatriz más a las muchas cicatrices finlandesas, suecas, polacas, hanseáticas y alemanas que ya se la tienen marcada en todos los sentidos.

—Antes me iría a trabajar a la aduana que volver a servir de camarero en Fahrwasser —decía Heriberto. Pero tampoco había de ingresar en la aduana.

Níobe

El año treinta y ocho aumentaron los derechos aduanales y la frontera entre Polonia y el Estado Libre permaneció temporalmente cerrada. Mi abuela ya no podía venir en el tren corto al mercado semanal de Langfuhr; tuvo que cerrar su puesto. Se quedó sentada sobre sus huevos, como quien dice, pero sin que sintiera verdaderas ganas de empollar. En el puerto los arenques apestaban, las mercancías se iban amontonando, y los estadistas se reunían y llegaron por fin a un acuerdo. Sólo mi amigo Heriberto seguía tendido sobre el sofá, indeciso y sin trabajo, y seguía cavilando como un espíritu realmente cavilador.

Y, sin embargo, la aduana brindaba salario y pan. Brindaba uniformes verdes y una frontera verde, digna de ser vigilada. Heriberto no ingresó en la aduana, ni quería trabajar más de camarero: sólo quería quedarse tumbado sobre el sofá y seguir cavilando.

Pero el hombre tiene que trabajar. Y no era mamá Truczinski la única que pensara así. Pues, aunque se negara a convencer a su hijo Heriberto, a instancias del tabernero Starbusch, de que volviera a servir de camarero en Fahrwasser, no por ello dejaba de querer alejarlo del sofá. También él se aburrió pronto del piso de dos habitaciones y sus cavilaciones fueron perdiendo fondo, hasta que un día empezó a escrutar las ofertas de empleo de las *Últimas Noticias* y, aunque de mala gana, también del *Centinela*, en busca de algún trabajo.

De buena gana lo habría yo ayudado. ¿Necesitaba un hombre como Heriberto procurarse, además de su ocupación adecuada en el suburbio portuario, ganancias suplementarias? ¿Descarga, trabajos ocasionales, enterrar arenques podridos? No podía imaginarme a Heriberto sobre los puentes del Mottlau, escupiendo a las gaviotas y entregado al tabaco de mascar. Me vino la idea de que, con Heriberto, podría crear una sociedad: dos horas de trabajo concentrado a la semana, o aun al mes, y nos haríamos ricos. Ayudado por su larga experiencia en este dominio, Óscar habría abierto con su voz, que seguía siendo diamantina, los escaparates bien provistos, sin dejar de echar un ojo al propio tiempo, y Heriberto, como suele decirse, no habría tenido más que meter mano. No necesitábamos sopletes, ganzúas ni otros utensilios. Podíamos arreglárnoslas sin llave americana y sin tiros. Los «verdes» y nosotros constituíamos dos mundos que no necesitaban entrar en contacto. Y Mercurio, el dios de los ladrones y de los comerciantes, nos bendecía, porque yo, nacido bajo el signo de la Virgen, poseía su sello y lo imprimía ocasionalmente sobre objetos sólidos.

Voy pues a relatarlo brevemente, aunque no deba verse en ello una confesión formal. Durante el tiempo en que estuvo sin trabajo, Heriberto y yo nos ofrecimos dos efracciones medianas en sendas tiendas de comestibles finos y otra, más jugosa, en una peletería. Tres zorros plateados, una foca, un manguito de astracán y un abrigo de piel de potro, no muy valioso, pero que mi pobre mamá hubiera llevado seguramente de buena gana: ése fue el botín. No tenía sentido alguno prescindir de este episodio.

Lo que nos decidió a abandonar el robo fue no tanto el sentimiento desplazado, aunque pesado a veces, de culpabilidad como las dificultades crecientes en dar salida a la mercancía. Para colocarlos ventajosamente, Heriberto había de llevar los objetos de Neufahrwasser, ya que sólo en el suburbio portuario había dos intermediarios adecuados. Pero, comoquiera que el lugar volvía siempre a recordarle al dichoso capitán letón, raquíptico y gastrálgico, trataba de deshacerse de los géneros a lo largo de la Schichaugasse, del Hakelwerk o en la Bürgerwiese, en cualquier parte, con tal que no fuera en Fahrwasser, en donde sin embargo las pieles se habrían vendido como pan caliente. En esta forma,

pues, la salida del botín se iba alargando hasta el punto que, finalmente, los géneros de las tiendas de comestibles finos acabaron por seguir el camino de la cocina de mamá Truczinski, a la que Heriberto regaló también o, mejor dicho, trató de regalarle el manguito de astracán.

Al ver mamá Truczinski el manguito, se puso seria. Los comestibles los había aceptado tácitamente, pensando tal vez que se trataba de un robo alimenticio tolerado por la ley; pero el manguito significaba un lujo, y el lujo frivolidad, y la frivolidad cárcel. Tal era la manera sencilla y correcta de razonar de mamá Truczinski, la cual, poniendo ojos de ratón y desenvainando de su moño la aguja de hacer punto, dijo, apuntando con ella: — ¡Acabarás algún día igual que tu padre! —y le puso a Heriberto en las manos las *Últimas Noticias* o el *Centinela*, como diciéndole: Ahora te buscas un empleo decente, y no uno de esos intrínquilis, o te quedas sin cocinera.

Todavía permaneció Heriberto una semana más tumbado sobre el sofá de sus cavilaciones, de un humor insoportable y sin que se le pudiera hablar ni de las cicatrices ni de los escaparates. Yo me mostré bastante comprensivo hacia el amigo, le dejé apurar hasta las heces el resto de su tormento y me entretuve por unos días en el piso del relojero Laubschad, con sus relojes devoradores de tiempo. También volví a probar fortuna con el músico Meyn, pero éste ya no se ofrecía ni una copa, no hacía más que recorrer con su trompeta las notas de la banda de caballería de la SA y adoptaba un aire correcto y bizarro, en tanto que sus cuatro gatos, reliquias de un tiempo alcohólico, sin duda, pero altamente musical, iban enflaqueciendo lentamente por falta de nutrición. En cambio, no era raro que, bien entrada la noche, me encontrara a Matzerath, que en los tiempos de mamá sólo bebía en compañía, con mirada vidriosa detrás de la copita. Hojeaba el álbum de fotos y trataba, como yo lo hago ahora, de hacer revivir a mi pobre mamá en los pequeños rectángulos más o menos bien iluminados, para luego, hacia media noche, hallar en las lágrimas el estado de ánimo adecuado para encararse con Hitler o Beethoven, que seguían sombríamente frente a frente, sirviéndose para ello del «tú» familiar. Y aún parece que el Genio, no obstante que era sordo, le respondía, en tanto que el abstemio del Führer callaba, porque Matzerath, el borrachín jefe de célula, era indigno de la Providencia.

Un martes —tal es la precisión a que mi tambor me permite llegar—, la situación estaba ya en su climax: Heriberto se puso de veintiún botones, lo que significa que se hizo cepillar por mamá Truczinski con café frío el pantalón azul, estrecho arriba y ancho por abajo, metió los pies en sus zapatos flexibles, se ajustó la chaqueta de botones con ancla, rocióse el pañuelo de seda blanca, obtenido del Puerto Libre, con agua de Colonia, procedente también del estercolero exento de derechos del Puerto Libre, y se plantó, cuadrado y rígido, bajo su gorra azul de plato con visera de charol.

—Voy a darme una vuelta, a ver qué sale —dijo Heriberto. Imprimió a su gorra a la príncipe Enrique una inclinación a la izquierda, para darse ánimos, y mamá Truczinski arrió el periódico.

Al día siguiente tenía Heriberto el empleo y el uniforme. Vestía gris oscuro, y no verde aduana: era conserje del Museo de la Marina.

Como todas las cosas dignas de conservación de esta ciudad, tan digna de conservación ella misma en su conjunto, los tesoros del Museo de la Marina llenaban una vieja casa patricia, museable ella también, que conservaba al exterior el andén de piedra y una ornamentación juguetera aunque desbordante de la fachada, y estaba tallada, al interior, en roble oscuro, con escaleras de caracol. Exhibíanse allí la historia cuidadosamente catalogada de la ciudad portuaria, cuya gloria había sido siempre la de

hacerse y mantenerse indecentemente rica entre vecinos poderosos pero, por lo regular, pobres. ¡Aquellos privilegios comprados a los Caballeros de la Orden y a los reyes de Polonia y consignados en detalle! ¡Aquellos grabados en colores de los diversos sitios padecidos por la ciudadela marítima de la desembocadura del Vístula! Aquí se acoge a la protección de la ciudad, huyendo del antirrey sajón, el malhadado Estanislao Leszczinski. En el cuadro al óleo puede percibirse claramente su temor. Lo mismo que el del primado Potocki y el embajador francés de Monti, porque los rusos al mando del general Lascy tienen sitiada la ciudad. Todo está inscrito con precisión, y del mismo modo, pueden leerse los nombres de los barcos franceses anclados en la rada bajo el estandarte de la flor de lis. Una flecha indica: en este barco huyó el rey Estanislao Leszczinski a Lorena, cuando la ciudad hubo de entregarse el tres de agosto. Sin embargo, la mayor parte de las curiosidades expuestas la constituían las piezas del botín de las guerras ganadas, ya que las guerras perdidas nunca o sólo raramente suelen proporcionar a los museos pieza de botín.

Así, por ejemplo, el orgullo de la colección consistía en el mascarón de proa de una gran galera florentina, la cual, aunque llevara matrícula de Brujas, pertenecía a los mercaderes Portinari y Tani, oriundos de Florencia. Los piratas y capitanes municipales Paul Beneke y Martin Bardewiek, cruzando frente a la costa de Zelandia a la altura del puerto de Sluys, lograron capturarla en abril de 1473. Inmediatamente después de la captura, mandaron pasar a cuchillo a la numerosa tripulación amén de los oficiales y el capitán. El barco y su contenido fueron llevados a Danzig. Un Juicio Final en dos batientes, obra del pintor Memling, y una pila bautismal de oro —ejecutados ambos por cuenta del florentino Tani para una iglesia de Florencia— fueron expuestos en la iglesia de Nuestra Señora; hasta donde llegan mis noticias, el Juicio Final alegra hoy todavía los ojos católicos de Polonia. En cuanto a lo que fuera del mascarón de proa de la galera después de la guerra, no se sabe. En mi tiempo se conservaba en el Museo de la Marina.

Representaba una opulenta mujer de madera, desnuda y pintada de verde, que, por debajo de unos brazos lánguidamente levantados, con todos los dedos cruzados, y por encima de unos senos provocadores, miraba derecho con sus ojos de ámbar engastados en la madera. Esta mujer, el mascarón de proa, traía desgracia. El comerciante Portinari encargó la figura, retrato de una muchacha flamenca en la que estaba interesado, a un escultor de imágenes que gozaba de fama en la talla de mascarones de proa. Apenas fijada la figura verde bajo el bauprés, iniciáronle a la muchacha en cuestión, conforme a los usos de la época, un proceso por brujería. Antes de arder en la hoguera, acusó en el curso de un interrogatorio minucioso a su protector, el mercader de Florencia, y al escultor que tan bien le tomara las medidas. Se dice que, temiendo el fuego, Portinari se ahorcó. Al escultor le cortaron ambas manos, para que en adelante no volviera a convertir a brujas en mascarones de proa. Y aún seguía en curso el proceso, que por ser Portinari hombre rico causaba en Brujas sensación, cuando cayó el barco con el mascarón de proa en las manos piratas de Paul Beneke. El signor Tani, el segundo mercader, sucumbió bajo el hacha de abordaje, tocándole luego el turno al propio Beneke: pocos años después, en efecto, cayó en desgracia ante los patricios de su ciudad. Unos barcos a los que, después de la muerte de Beneke, se ajustó el mascarón, ardieron ya en el puerto, a poco de haberles sido adaptada la figura, incendiando otros barcos, con excepción, por supuesto, del mascarón mismo, que era a prueba de fuego y, en gracia a sus formas armoniosas, volvía siempre a hallar nuevos pretendientes entre los propietarios de barcos. Pero apenas la mujer pasaba a ocupar su lugar tradicional, las tripulaciones que antes fueran pacíficas empezaban a diezmarse a su espalda, amotinándose abiertamente. La expedición fallida de la flota de Danzig contra Dinamarca, en 1522, bajo la dirección del muy experto Eberhard Ferber, condujo a la caída

de éste y a motines sangrientos en la ciudad. Cierto que la historia habla de luchas religiosas —en el veintitrés el pastor protestante Hegge llevó a la multitud a la destrucción de las imágenes de las siete iglesias parroquiales de la ciudad—, pero a nosotros se nos antoja atribuir la culpa de esta calamidad, cuyos efectos habían de hacerse sentir por mucho tiempo todavía, al mascarón de proa: éste adornaba, en efecto, la del barco de Ferber.

Cuando cincuenta años más tarde Esteban Bathory sitió en vano la ciudad, Gaspar Jeschke, abad del convento de Oliva, atribuyó la culpa de ello, desde el pulpito, a la mujer pecadora. El rey de Polonia la había recibido en calidad de regalo de la ciudad y se la llevó a su campamento, donde prestó oídos a sus malos consejos. Hasta qué punto la dama lígnea influyera en las campañas suecas contra la ciudad y en el prolongado encarcelamiento del fanático religioso doctor Egidio Strauch, que conspiraba con los suecos y pedía que se quemara a la mujer verde que había hallado nuevamente el camino de la villa, no lo sabemos. Una noticia algo oscura pretende que un poeta llamado Opitz, fugitivo de Silesia, obtuvo acogida en la ciudad durante algunos años, pero murió prematuramente, porque había hallado aquella talla funesta en un depósito y había intentado cantarla en verso.

No fue hasta fines del siglo XVIII, al tiempo de las particiones de Polonia, cuando los prusianos, que hubieron de apoderarse de la ciudad por la fuerza, decretaron contra la «figura lígnea Níobe» una prohibición real prusiana. Por vez primera se la nombra aquí oficialmente por su nombre y al propio tiempo se la evacúa o, mejor dicho, se la encarcela en aquella Torre de la Ciudad, en cuyo patio había sido ahogado Paul Beneke y desde cuya galería yo había probado con éxito por vez primera mi canto a distancia, a fin de que, a la vista de los productos más refinados de la fantasía humana y frente a los instrumentos de tortura, se mantuviera quieta por todo el siglo XIX.

Cuando el año treinta y dos subí a la Torre de la Ciudad y devasté con mi voz las ventanas del foyer del Teatro Municipal, Níobe —conocida vulgarmente por «la Marieta verde»— había sido ya sacada hacía años de la cámara de tortura de la Torre, afortunadamente, porque quién sabe si de no haber sido así mi atentado contra el clásico edificio habría tenido éxito.

Hubo de ser un director de museos ignorante e improvisado el que, poco después de la fundación del Estado Libre, sacara a Níobe de la cámara de tortura donde se la mantenía a buen recaudo y la instalara en el Museo de la Marina de creación reciente. Murió poco después de un envenenamiento de la sangre que, por exceso de celo, el hombre había contraído al fijar un letrero en el que se leía que, arriba de la inscripción, se exponía un mascarón de proa que respondía al nombre de Níobe. Su sucesor, conecedor prudente de la historia de la ciudad, quería alejarla de nuevo. Pensaba regalar la peligrosa doncella de madera a la ciudad de Lübeck, y no es sino porque sus habitantes no aceptaron el regalo por lo que la pequeña ciudad del Trave salió relativamente indemne, con excepción de sus iglesias de ladrillo, de los bombardeos de la guerra.

Níobe, pues, o la «Marieta verde», permaneció en el Museo de la Marina, y en el transcurso de catorce años mal contados ocasionó la muerte de dos directores —no del prudente, que en seguida había pedido su traslado—, la defunción a sus pies de un cura anciano, el deceso violento de un estudiante del Politécnico y de dos alumnos de primer curso de la Universidad de San Pedro que acababan de revalidar con éxito el bachillerato, y el fin de cuatro honrados conserjes, casados los más de ellos.

Se les encontró a todos, comprendido el estudiante del Politécnico, con la cara transfigurada y atravesado el pecho con objetos punzantes del tipo de los que sólo podían encontrarse en el Museo de la Marina: cuchillos de velero, arpeos, arpones, puntas de lanza finamente cinceladas de la Costa de Oro, agujas con las que se cosen las velas, etc., y sólo el último, el segundo alumno de primer curso, se las había tenido que arreglar primero con su navaja y luego con su compás escolar, ya que, poco antes de su muerte, todos los objetos cortantes del Museo habían sido fijados con cadenas o guardados en vitrinas.

Aunque los criminalistas de las comisiones investigadoras hablaran de todos estos casos de suicidios trágicos, persistía en la ciudad y también en los periódicos el rumor de que aquello lo habría hecho «la Marieta verde con sus propias manos». Sospechábase pues seriamente de Níobe, atribuyéndole la muerte de hombres y muchachos. Se discutió el asunto en todos sus aspectos, e inclusive los periódicos crearon para el caso Níobe una sección especial en la que los lectores pudieran exponer sus respectivas opiniones. Se habló de fatales coincidencias; la administración municipal habló a su vez de superstición anacrónica, afirmando que no se pensaba en lo más mínimo en tomar medidas precipitadas, antes de que se produjera real y verdaderamente algo de lo que se había convenido en llamar inquietante.

Así, pues, la figura verde siguió constituyendo el objeto más conspicuo del Museo de la Marina, ya que tanto el Museo Regional de Oliva como el Museo Municipal y la administración de la Casa de Arturo se negaron a admitir a aquella mujer ávida de hombres.

Escaseaban los guardianes del museo. Y no eran sólo éstos los que se negaban a adaptarse a la virgen línea. También los visitantes eludían la sala con la figura de los ojos de ámbar. Por espacio de algún tiempo reinó el silencio detrás de las ventanas Renacimiento que proporcionaban a la escultura moldeada al vivo la indispensable iluminación lateral. El polvo se iba acumulando. Las mujeres encargadas de la limpieza ya no venían. Y los fotógrafos, antaño tan insistentes —uno de ellos había muerto poco después de la toma de una foto del mascarón de proa, de muerte natural, sin duda, pero de todos modos curiosa si se relaciona con la foto—, ya no proveían a la prensa del Estado Libre, de Polonia, del Reich alemán, ni aun a la de Francia, con instantáneas de la escultura asesina; destruyeron todas las fotos de Níobe que poseían en sus archivos y se limitaron, en lo sucesivo, a fotografiar las llegadas y salidas de los distintos presidentes, jefes de Estado y reyes en exilio, y a vivir bajo el signo que iban marcando en el programa las exposiciones avícolas, los congresos del Partido, las carreras de automóviles y las inundaciones de primavera.

Y así fue hasta el día en que Heriberto Truczinski, que ya no quería seguir siendo camarero y no quería entrar en ningún caso al servicio de la aduana, ocupó su sitio, con el uniforme gris ratón de conserje del Museo, en la silla de cuero al lado de la puerta de aquella sala que el pueblo designaba como «el salón de Marieta».

Ya el primer día de servicio seguí a Heriberto hasta la parada del tranvía de la Plaza Max Halbe. Me tenía muy preocupado.

—Vete ya, Oscarcito; no puedes venir conmigo —mas yo me impuse con mi tambor y los palillos en forma tan insistente a la vista de Heriberto, que éste acabó diciendo—: Bueno, pues, ven hasta la Puerta Alta; pero luego te portas bien y te vuelves a casa.

Llegados a la Puerta Alta no quise regresar con el 5, de modo que Heriberto me llevó todavía con él hasta la calle del Espíritu Santo, trató una vez más de deshacerse de mí, con el pie ya en la acera del Museo, y se resignó finalmente, suspirando, a pedir en la taquilla una entrada para niño. Cierto que yo contaba ya catorce años y hubiera debido pagar la entrada entera, pero ¿quién se fija en esos detalles?

Tuvimos un día agradable y tranquilo, sin visitantes y sin controles. De vez en cuando tocaba yo mi tambor, cosa de media hora, en tanto que, de vez en cuando también, Heriberto echaba un sueñecito como de una hora. Níobe miraba de frente con sus ojos de ámbar y tendía sus dos senos provocadores que, sin embargo, a nosotros no nos provocaban. Apenas nos fijábamos en ella. —De todos modos, no es mi tipo —dijo Heriberto haciendo un gesto despectivo—. Fíjate en esos pliegues de carne y en esa papada que tiene.

Heriberto ladeaba la cabeza y formulaba apreciaciones: —¡Y la grupa! ¡Como un armario de dos puertas!— A Heriberto le gustan más finas, putillas como muñequitas.

Yo le oía describir en detalle cuál era su tipo, y le veía moldear con sus manos que parecían palas los contornos de una graciosa persona del sexo femenino que por mucho tiempo, y en realidad aún hoy, había de seguir siendo mi ideal en materia de mujeres.

Ya el tercer día de nuestro servicio en el Museo nos atrevimos a separarnos de nuestra silla al lado de la puerta. So pretexto de hacer la limpieza —el aspecto de la sala era verdaderamente desastroso—, levantando el polvo, barriendo el revestimiento de madera las telarañas y sus presas, tratando de que aquello, en fin, respondiera literalmente a lo de «salón de Marieta», nos acercamos al verde cuerpo de madera que, iluminado lateralmente, proyectaba sombras. En honor a la verdad, no es que Níobe nos dejara totalmente fríos. Echaba por delante en forma demasiado tentadora su belleza, exuberante si se quiere, pero de ningún modo informe. Sólo que no saboreábamos su vista con ojos de aspirantes a la posesión, sino más bien como expertos objetivos que aprecian cada detalle en lo que vale. Cual dos críticos de arte desapasionados y fríamente entusiastas, Heriberto y yo verificábamos en ella, sirviéndonos como mira del pulgar, las proporciones femeninas, y encontrábamos en las ocho cabezas clásicas una medida a la que Níobe, con excepción de los muslos algo cortos, se adaptaba en cuanto a la altura, en tanto que todo lo referente al ancho, la pelvis, los hombros y la caja torácica reclamaba una medida más holandesa que griega.

Heriberto volvía su pulgar hacia abajo: —Para mí, ésta se comportaría en forma demasiado activa en la cama. La lucha libre ya la conoce Heriberto de Ohra y de Fahrwasser; ahí salen sobrando las mujeres —Heriberto era gato escaldado—. Ahora, si se la pudiera tomar en la mano, como esas que de tan frágiles hay que andar con cuidado para no romperles el talle, entonces no opondría Heriberto objeción alguna.

Claro está que, llegado el caso, tampoco hubiéramos tenido nada que objetar contra Níobe y su corpulencia atlética. Heriberto sabía perfectamente que la pasividad o la actividad que él deseaba o no deseaba de las mujeres desnudas o semivestidas no son cualidades exclusivas de las esbeltas y graciosas, y que pueden también detentarlas las regordetas y las exuberantes; las hay tiernas que no saben estarse quietas, y hombrunas, en cambio, que, lo mismo que un lago interior adormecido, apenas alcanzan a revelar corriente alguna. Pero nosotros simplificábamos la cosa deliberadamente, lo reducíamos todo a dos comunes denominadores, y ofendíamos a Níobe de propósito y en forma cada vez más imperdonable. Así, por ejemplo, Heriberto me levantó en vilo para que con mis palillos le golpeará ligeramente los senos, hasta que salieron unas ridículas nubecitas de

aserrín de sus carcomas inyectadas, sin duda, y por consiguiente inhabitadas, pero no por ello menos numerosas. Mientras yo tamboreaba, mirábamos aquel ámbar que simulaba los ojos. Pero nada en ellos se movió, pestañeó, lloró o se desbordó. Nada se contrajo en forma amenazadora y fulminante. Las dos gotas pulidas, más bien amarillentas que rojizas, reflejaban íntegramente, aunque en distorsión convexa, el inventario de la sala de exposición y una parte de las ventanas iluminadas por el sol. El ámbar engaña, ¿quién no lo sabe? También nosotros sabíamos de la perfidia de este producto resinoso elevado a la categoría de alhaja. Y sin embargo, continuando con nuestra limitación masculina el reparto entre activo y pasivo de todo lo femenino, interpretamos la indiferencia manifiesta de Níobe en favor nuestro. Nos sentíamos seguros. Con una risita sarcástica, Heriberto le clavó un clavo en la rótula: a cada golpe dolíame a mí la rodilla, pero ella ni siquiera pestañeó. Hicimos a la vista de aquella madera hinchada toda clase de tonterías: Heriberto se echó sobre los hombros la capa de un almirante inglés, agarró un catalejo y se cubrió la cabeza con el bicornio correspondiente. Y yo, con un chaleco rojo y una peluca que me bajaba hasta los hombros, me convertí en paje del almirante. Jugábamos a Trafalgar, bombardeábamos Copenhague, destruíamos la flota de Napoleón frente a Abukir, doblábamos tal o cual cabo, y adoptábamos posturas históricas o, alternativamente, contemporáneas ante aquella figura de proa tallada de acuerdo con las medidas de una bruja holandesa, que creíamos propicia o totalmente ajena a nosotros.

Hoy ya sé que todo nos espía, que nada pasa inadvertido y que aun el papel pintado de las paredes tiene mejor memoria que los hombres. Y no es el buen Dios el que lo ve todo. No, una silla de cocina, una percha, ceniceros a medio llenar o la imagen de una mujer llamada Níobe bastan para proporcionar de todo acto un testimonio impercedero.

Por espacio de quince días o algo más efectuamos nuestro servicio en el Museo de la Marina. Heriberto me regaló un tambor y, por segunda vez, entregó a mamá Truczinski su paga semanal, aumentada con una prima de riesgo. Un martes, porque el Museo permanecía cerrado los lunes, me negaron en la taquilla la media entrada y el acceso. Heriberto quiso saber la razón de ello. El hombre de la taquilla, fastidiado sin duda pero no exento de benevolencia, habló de que se había presentado una demanda y de que en adelante los niños ya no podrían entrar en el Museo. Si el papá del niño se oponía, él, por su parte, no tenía inconveniente en que yo permaneciera abajo junto a la taquilla, porque él, como comerciante y viudo que era, no tenía tiempo para vigilarme, pero lo que era entrar a la sala, al salón de Marieta, eso sí me estaba prohibido, porque era irresponsable.

Heriberto estaba ya a punto de ceder, pero yo lo empujé, lo aguijoneé. Él, por una parte, le daba la razón al taquillero, pero por la otra me designaba como su talismán, su ángel de la guarda, y hablaba de mi inocencia infantil que lo protegía. En resumen: Heriberto casi se hizo amigo del taquillero y obtuvo que me admitieran todavía aquel día, que según él había de ser el último, en el Museo de la Marina.

Y así subí, una vez más, de la mano de mi gran amigo, por la enroscada escalera que volvían de continuo a encerar, al segundo piso, donde moraba Níobe. Fue una mañana tranquila y una tarde más tranquila todavía. Él estaba sentado con los ojos medio entornados en la silla de cuero de clavos amarillos. Yo me mantenía acurrucado a sus pies. El tambor permanecía callado. Mirábamos, pestañeando, los barquitos, las fragatas, las corbetas, los cinco mástiles, las galeras y las chalupas, los veleros de cabotaje y los clipers que, colgando del artesonado de roble, parecían esperar un viento propicio. Pasamos revista a la flota en miniatura, aguardando con ella que se alzara la brisa, temiendo la calma chicha del salón; y todo para no tener que examinar y temer a Níobe. ¡Qué no

hubiéramos dado por oír alguna carcoma que nos hubiese revelado que el interior de la madera verde iba siendo penetrado y minado, lentamente, sin duda, pero no por ello menos irremisiblemente, y que Níobe era perecedera! Pero ningún gusano hacía tic tac. El conservador había inmunizado el cuerpo de madera contra los gusanos y lo había hecho inmortal. Así, pues, no nos quedaba más que la flota de maquetas, una vana esperanza de viento favorable y un juego de presunción con el miedo a Níobe, que manteníamos en reserva, que nos esforzábamos por ignorar y que probablemente hubiéramos acabado por olvidar si el sol de la tarde, dando de pleno en él, no hubiese encendido de repente su ojo izquierdo de ámbar.

Esa iluminación repentina no hubiera debido sorprendernos, ya que conocíamos las tardes de sol en el segundo piso del Museo de la Marina y sabíamos qué hora había dado o iba a dar cuando, cayendo de la cornisa, la luz tomaba la flota por asalto. Por otra parte, también las iglesias de la orilla derecha, del barrio viejo y del barrio nuevo del Pebre, contribuían lo suyo para proveer cada hora con sonidos el curso de la luz solar, en cuyos haces flotaban torbellinos de polvo, y para poner un juego histórico de campanas en nuestra colección de historias. ¿Qué tenía de particular que el sol adquiriese un relieve histórico, haciendo madurar los objetos expuestos y confabulándose con los ojos ambarinos de Níobe?

Aquella tarde, sin embargo, que no estábamos de humor ni nos sentíamos con ánimo para juegos ni estólicas provocaciones, el iluminarse de la mirada de la madera, en general inerte, nos impresionó doblemente. Cohibidos esperamos a que transcurriera la media hora que nos faltaba todavía. A las cinco en punto se cerraba el Museo.

Al día siguiente, Heriberto hizo solo su servicio. Yo lo acompañé hasta el Museo, no quise esperar junto a la taquilla y me busqué un lugar frente al caserón. Estaba sentado con mi tambor sobre una bola de granito a la que le salía por detrás una cola de la que los adultos se servían de pasamano. Sobra decir que el otro flanco de la escalera estaba resguardado por otra bola semejante con su correspondiente rabo de hierro colado. Sólo raramente tocaba el tambor, pero cuando lo hacía era con toda violencia y protestando contra los transeúntes, femeninos las más de las veces, a quienes divertía pararse junto a mí, preguntarme mi nombre y acariciarme con sus manos sudorosas el pelo que ya entonces tenía muy hermoso y algo ensortijado, aunque corto. Pasó la mañana. Al extremo de la calle del Espíritu Santo, la iglesia de Santa María, igual que una gallina de ladrillo roja y negra, con sus torrecillas verdes y su grueso campanario ventrudo, empollaba. De los muros agrietados del campanario desplegaban sin cesar palomas que venían a posarse cerca de mí, diciendo necedades y sin saber cuánto tiempo habría de durar todavía la empollada, qué era lo que se estaba empollando ni si, finalmente, aquella incubadora secular no acabaría por convertirse en una finalidad en sí misma.

A mediodía salió Heriberto a la calle. Sacó de su fiambarrera, que mamá Truczinski le llenaba hasta que no podía cerrarse, un emparedado de manteca de cerdo con una morcilla del grueso de un dedo y me lo ofreció, animándome con la cabeza, mecánicamente, porque yo no quería comer. Al fin comí, y Heriberto, que no comió nada, se fumó un cigarrillo. Antes de que el Museo lo volviera a recobrar desapareció en una taberna de la calle de los Panaderos para tomarse dos o tres copitas. Mientras se las echaba dentro, observábale yo la nuez del cuello. No me gustaba la forma en que se las iba empinando. Y cuando hacía ya rato que él había superado la escalera de caracol y que yo había vuelto a encaramarme sobre mi bola de granito, Óscar seguía viendo todavía la nuez del cuello de su amigo Heriberto.

La tarde se arrastraba por la fachada descolorida del Museo. Alzabase de rosquilla en rosquilla, cabalgaba sobre ninfas y cuernos de la abundancia, tragábase ángeles regordetes que iban en pos de flores, daba a uvas de color maduro un color pasado, denotaba en medio de una fiesta campestre, jugaba a la gallina ciega, izábase a un columpio de rosas, ennoblecía a burgueses traficantes en pantalones bombachos, apoderábase de un ciervo al que perseguían unos perros, para alcanzar finalmente aquella ventana del segundo piso que le permitía al sol iluminar brevemente, y sin embargo para siempre, un ojo de ámbar.

Me fui dejando resbalar lentamente de mi bola de granito. El tambor pegó violentamente contra la piedra caudada. Algo del esmalte del cilindro blanco y unas partículas de las llamas esmaltadas saltaron y yacían, rojas y blancas, al pie de la escalera de la entrada.

No sé si dije alguna cosa, si recé algo o conté algo: el caso es que, unos instantes después, la ambulancia estaba frente al Museo. Los transeúntes flanqueaban la entrada. Óscar logró introducirse con los de la ambulancia en el interior del edificio. Y aunque los accidentes anteriores hubieran debido hacerles conocer la disposición de las salas, gané antes que ellos el alto de la escalera.

No me dio risa ver a Heriberto. Estaba prendido de Níobe por delante: había querido asaltar la madera. Su cabeza tapaba la de ella. Sus brazos abrazaban los brazos levantados de ella. No llevaba camisa. Se la encontró más tarde, limpia y plegada, sobre la silla de cuero al lado de la puerta. Su espalda exhibía todas las cicatrices. Conté bien las letras. No faltaba ninguna. Pero tampoco podía percibirse ni siquiera el intento de un nuevo trazo.

A los hombres de la ambulancia, que poco después de mí entraron precipitadamente en la sala, no les fue fácil separar a Heriberto de Níobe. En su furor erótico había arrancado de la cadena de seguridad un hacha doble de abordaje, le había clavado a Níobe uno de los filos en la madera, clavándose el otro, al asaltar a la mujer, en su propia carne. Si por arriba había logrado por completo el abrazo, en cambio, donde el pantalón seguía desabrochado y dejaba asomar todavía algo rígido y sin sentido, no había hallado fondo alguno para su ancla.

Cuando hubieron tapado a Heriberto con el lienzo sobre el que se leía «Servicio Municipal de Accidentes», Óscar, como siempre que perdía algo, volvió a hallar el camino de su tambor. Y seguía golpeándolo con los puños cuando unos hombres del Museo lo sacaron del «salón de Marieta», se lo llevaron escaleras abajo y lo condujeron finalmente a su casa en un coche de la policía.

Y aún ahora, al recordar en la clínica este intento de un amor entre la madera y la carne, Óscar ha de hacer trabajar sus puños para recorrer una vez más el laberinto de cicatrices, de bulto y en color, de la espalda de Heriberto Truczinski, aquel laberinto duro y sensible, que lo presagiaba todo, que era tan superior, en dureza y sensibilidad, a todo. Igual que un ciego lee lo que decía aquella espalda.

Y sólo ahora que han desprendido a Heriberto de la escultura que no lo quiso viene mi enfermero Bruno con su cabeza en forma de pera. Con precaución aparta mis puños del tambor, cuelga el instrumento del lado izquierdo del pie de mi cama metálica y me alisa la colcha.

—Por favor, señor Matzerath —me exhorta—, si sigue usted tocando así de fuerte, por ahí oirán que toca usted demasiado fuerte. ¿Por qué no descansa usted un poco, o toca más bajito?

Sí, Bruno, voy a tratar de dictar a la hojalata un próximo capítulo en voz más baja, aunque precisamente el tema pida a gritos una orquesta voraz y atronadora.

Fe Esperanza Amor

Érase una vez un músico que se llamaba Meyn y tocaba maravillosamente la trompeta. Vivía en el cuarto piso, bajo el tejado de un inmueble de pisos de alquiler, mantenía cuatro gatos, uno de los cuales se llamaba Bismarck, y bebía de la mañana a la noche una botella de ginebra. Esto lo siguió haciendo hasta que la calamidad vino a hacerlo sobrio.

Hoy todavía, Óscar se resiste a creer por completo en los presagios. Y sin embargo, se dieron entonces bastantes signos precursores de una calamidad que calzaba botas cada vez más grandes, daba con botas cada vez más grandes pasos cada vez más grandes y se proponía extender por todas partes la calamidad. Murió entonces de una herida en el pecho, que le había causado una mujer de madera, mi amigo Heriberto Truczinski. La mujer no murió. Quedó sellada y, so pretexto de reparaciones, fue a parar a la bodega del Museo. Pero la calamidad no se deja guardar en bodega alguna. Halla paso con las aguas residuales hacia la cloaca, se comunica a las tuberías del gas, penetra en todos los interiores, y nadie de los que ponen su puchero a calentar sobre las azuladas llamitas sospecha que sea la calamidad la que cuece su bazofia.

Cuando Heriberto fue enterrado en el cementerio de Langfuhr, vi por segunda vez a Leo Schugger, a quien ya había conocido en el cementerio de Brenntau. Todos nosotros, mamá Truczinski, Gusta, Fritz y María Truczinski, la gorda señora Kater, el viejo Heilandt, que en los días de fiesta mataba para mamá Truczinski los conejos de Fritz, mi presunto padre Matzerath, que dándoselas de espléndido sufragó una buena mitad de los gastos del entierro, inclusive Jan Bronski, que apenas conocía a Heriberto y solamente había venido para ver a Matzerath y posiblemente a mí en el terreno neutral de un cementerio, todos recibimos de Leo Schugger babeante y tembloroso y tendiéndonos sus raídos guantes blancos, un confuso pésame en el que placer y dolor no alcanzaban bien a distinguirse uno de otro.

Al aletear los guantes de Leo Schugger hacia el músico Meyn, que había venido mitad de paisano y mitad con el uniforme de los SA, se produjo un nuevo signo de calamidad inminente.

Asustado, el pálido tejido de los guantes de Leo cobró altura, se fue volando, y arrastró con él sobre las tumbas al propio Leo. Siguió gritando, pero los jirones de palabras que quedaban colgando de la vegetación del cementerio nada tenían de pésame.

Nadie se apartó del músico Meyn y, sin embargo, éste permanecía aislado en medio del duelo, reconocido y marcado por Leo Schugger y manoseando torpemente su trompeta, que había llevado expresamente y con la que poco antes, sobre la tumba de Heriberto, había tocado maravillosamente. Maravillosamente, porque Meyn, lo que no hacía ya quién sabe desde cuando, había bebido ginebra, porque la muerte de Heriberto, que era de su misma edad, lo afectaba directamente, en tanto que a mí y a mi tambor dicha muerte nos hacía enmudecer.

Érase una vez un músico que se llamaba Meyn y tocaba maravillosamente la trompeta. Vivía en el cuarto piso, bajo el tejado de un inmueble de pisos de alquiler, mantenía cuatro gatos, uno de los cuales se llamaban Bismarck, y bebía de la mañana a la noche de una botella de ginebra, hasta que a fines del treinta y seis o a principios del treinta y siete, si no me equivoco, ingresó en la SA montada y, en calidad de trompeta de su banda, empezó a tocar con menos faltas, sin duda, pero ya no tan maravillosamente, porque

al encajarse los calzones de montar reforzados con cuero abandonó la botella de ginebra y ya sólo soplaba en su instrumento sobrio y fuerte.

Al morírsele al SA Meyn su amigo de la infancia Heriberto Truczinski, con el que allá por los años veinte había pertenecido primero a un grupo de la Juventud Comunista y cotizado luego para los Halcones Rojos; cuando llegó la hora del entierro, Meyn tomó su trompeta y una botella de ginebra. Porque quería tocar maravillosamente y no en ayunas, y como, a pesar de su caballo bayo, conservaba su oído musical, todavía en el cementerio se echó otro trago y se dejó puesto para tocar el abrigo de paisano sobre el uniforme, pese a que se había propuesto hacerlo allí vestido de pardo, aunque con la cabeza descubierta.

Érase una vez un SA que, al tocar maravillosamente una trompeta iluminada por la ginebra junto a la tumba de su amigo de infancia, se dejó puesto el abrigo sobre su uniforme de SA montado. Y cuando aquel Leo Schugger que está en todos los cementerios quiso dar su pésame a la comitiva fúnebre, todos recibieron el pésame de Leo Schugger. Sólo el SA dejó de estrechar el guante blanco de Leo, porque Leo reconoció al SA, le tuvo miedo y, gritando le retiró el guante juntamente con el pésame. Y el SA hubo de irse sin pésame y con la trompeta fría a su casa, donde en su piso bajo el tejado halló a sus cuatro gatos.

Érase una vez un SA que se llamaba Meyn. De los tiempos en que bebiera diariamente ginebra y tocara maravillosamente la trompeta, Meyn guardaba en su piso cuatro gatos, uno de los cuales se llamaba Bismarck. Cuando un día el SA Meyn volvió del entierro de su amigo de la infancia y se sintió triste y sobrio otra vez, porque alguien le había rehusado el pésame, hallóse completamente solo en el piso con sus cuatro gatos. Los gatos se frotaban contra sus botas de montar, y Meyn les dio un papel de periódico lleno de cabezas de arenque, lo que los apartó de sus botas. Aquel día olía particularmente fuerte a gato en el piso, porque los cuatro gatos eran machos, y uno de ellos se llamaba Bismarck y era negro con patas blancas. Meyn no tenía ginebra en el piso. De ahí que olera cada vez más fuerte a gato macho. Tal vez hubiera comprado alguna en nuestra tienda de ultramarinos, si no hubiera vivido en el cuarto piso bajo el tejado. Pero temía la escalera y temía también a los vecinos, ante los cuales se había cansado de jurar que ni una gota más de ginebra había de pasar por sus labios de músico, que ahora empezaba una nueva vida de estricta sobriedad y que en adelante se entregaría en cuerpo y alma al orden y no más a las borracheras de una juventud malograda y disoluta.

Érase una vez un hombre que se llamaba Meyn. Al encontrarse un día solo con sus cuatros gatos, uno de los cuales se llamaba Bismarck, en su piso bajo el tejado, disgustóle particularmente el olor de los gatos machos, porque por la mañana le había sucedido algo desagradable, y también porque no había ginebra en casa. Y comoquiera que el desagrado y la sed fueran en aumento, lo mismo que el olor a gato macho, Meyn, que era músico de profesión y miembro de la banda de SA montada, echó mano al atizador que estaba junto a la estufa fría de fuego continuo y atizó con él a los gatos, sin detenerse hasta que pensó que los cuatro, comprendido el gato llamado Bismarck, estaban definitivamente muertos, aunque el olor a gato no hubiera perdido en el piso nada de su virulencia.

Érase una vez un relojero que se llamaba Laubschad y vivía en el primer piso de nuestro inmueble de pisos de alquiler, en una habitación de dos cuartos cuyas ventanas daban al patio. El relojero Laubschad era solterón, miembro del Socorro Popular Nacional Socialista y de la Sociedad Protectora de Animales. Un hombre de buen corazón, Laubschad, que ayudaba a reponerse a los hombres fatigados, a los animales enfermos y a los relojes descompuestos. Una tarde en que el relojero se hallaba sentado y pensativo

junto a la ventana meditando en el entierro de un vecino que había tenido lugar esa mañana, vio que el músico Meyn, que vivía en el cuarto piso del mismo inmueble, llegaba al patio y metía en uno de los dos botes de basura un saco de patatas a medio llenar que parecía estar húmedo por el fondo y goteaba. Y comoquiera que el bote de basura estuviera lleno de sus tres cuartas partes, con dificultad pudo el músico cerrar la tapa.

Érase una vez cuatro gatos machos, uno de los cuales se llamaba Bismarck. Estos gatos pertenecían a un músico llamado Meyn. Como los gatos no estaban castrados y esparcían un olor fuerte y predominante, un día en que por razones particulares el olor le resultaba particularmente molesto, el músico los mató con el atizador, metió los cadáveres en un saco de patatas, cargó con el saco los cuatro tramos de escalera y se apresuró a meterlos en el cubo de la basura al lado de la barra de sacudir las alfombras, porque el tejido del saco era permeable y, a partir del segundo piso, había empezado a gotear. Pero como el bote de la basura estaba ya bastante lleno, el músico hubo de apretar la basura con el saco para poder cerrar la tapa. Apenas habría acabado de salir del edificio por la puerta de la calle —porque no quiso volver al piso con olor a gato pero sin gatos—, cuando he aquí que la basura apretada empezó a distenderse otra vez.

Érase una vez un músico que mató sus cuatro gatos, los enterró en el bote de la basura y dejó la casa para buscar a sus amigos.

Érase una vez un relojero que estaba sentado y pensativo junto a la ventana y vio que el músico Meyn apretujaba un saco a medio llenar en el bote de la basura y se marchaba, y que también a los pocos momentos de la salida de Meyn la tapa del bote de la basura empezaba a levantarse y se iba levantando cada vez un poco más.

Érase una vez cuatro gatos, los cuales, porque un día determinado olieron particularmente fuerte, fueron muertos, metidos en un saco y enterrados en el bote de la basura. Pero los gatos, uno de los cuales se llamaba Bismarck, no estaban completamente muertos, sino que, como suelen serlo los gatos, eran muy resistentes. Así que empezaron a moverse dentro del saco, hicieron moverse la tapa del bote de la basura y plantearon al relojero Laubschad, que seguía sentado y pensativo junto a la ventana, esta pregunta: ¿a que no adivinas lo que hay en el saco que el músico Meyn ha metido en el bote de la basura?

Érase una vez un relojero que no podía ver con tranquilidad que algo se moviera en el bote de la basura. Salió pues de su habitación del primer piso del inmueble de pisos de alquiler, bajó al patio del edificio, abrió el bote de la basura y el saco y se llevó los cuatro gatos destrozados pero aún vivos, con el propósito de curarlos. Pero se le murieron aquella misma noche entre sus dedos de relojero, y no le quedó más remedio que denunciar el caso a la Sociedad Protectora de Animales, de la que era miembro, e informar a la Jefatura local del Partido de aquel acto de crueldad con los animales, que perjudicaba el prestigio del Partido.

Érase una vez un SA que mató cuatro gatos, pero fue traicionado por éstos, que no estaban muertos todavía, y denunciado por un relojero. Se le siguió proceso judicial, y el SA hubo de pagar una multa. Pero también en la SA se discutió el caso, y el SA fue expulsado de la SA por causa de su comportamiento indigno. Y aunque en la noche del ocho al nueve de noviembre del treinta y ocho, que habían de llamar más tarde la Noche de Cristal, el SA se distinguiera por su valor, prendiera fuego junto con otros a la sinagoga de Langfuhr de la calle de San Miguel y colaborara también activamente, la mañana siguiente, en la evacuación de algunas tiendas certeramente señaladas de antemano, todo su celo no logró sin embargo, evitar que el SA fuera expulsado de la SA montada. Se le degradó por

crueledad inhumana con los animales y se le borró de la lista de los miembros. Sólo un año más tarde consiguió ingresar en la Milicia Territorial, absorbida posteriormente por la SS.

Érase una vez un negociante en ultramarinos que un día de noviembre cerró su tienda, porque en la ciudad ocurría algo, tomó de la mano a su hijo Óscar y se fue con él, en el tranvía de la línea número 5, hasta la Puerta de la calle Mayor, porque allí, lo mismo que en Zopot y en Langfuhr, ardía la sinagoga. Había acabado ya casi de arder, y los bomberos vigilaban que el incendio no se extendiera a las otras casas. Frente a los escombros, gente de uniforme y de paisano iba amontonando libros, objetos del culto y telas raras. Se prendió fuego al montón, y el negociante en ultramarinos aprovechó la oportunidad para calentarse los dedos y los sentimientos al calor del fuego público. Pero su hijo Óscar, viendo a su padre tan ocupado y enardecido, se deslizó disimuladamente y corrió hacia el pasaje del Arsenal, intranquilo por sus tambores de hojalata esmaltados en rojo y blanco.

Érase una vez un vendedor de juguetes que se llamaba Segismundo Markus y vendía, entre otros, tambores de hojalata esmaltados en rojo y blanco. Óscar, al que acabamos de mencionar, era el principal comprador de dichos tambores, porque era tambor de profesión y no podía ni quería vivir sin tambor. Eso explica que se fuera corriendo de la sinagoga en llamas hacia el pasaje del Arsenal, porque allí vivía el guardián de sus tambores; pero lo encontró en un estado que en lo sucesivo o al menos en este mundo le había de imposibilitar seguir vendiendo tambores.

Ellos, los mismos artífices del fuego, que Óscar creía haber dejado atrás, ya se le habían adelantado y visitado a Markus, habían mojado en color el pincel y, en escritura Sütterlin, habían escrito a través del escaparate las palabras «puerco judío», y luego, descontentos tal vez de su propia caligrafía, habían roto con los tacones de sus botas el vidrio del escaparate, de modo que el título que le habían colgado a Markus ya sólo se dejaba adivinar. Despreciando la puerta, se habían metido en la tienda por el escaparate desfondado y jugaban, sin el menor disimulo, con los juguetes para niños.

Todavía los encontré jugando cuando yo mismo entré por el escaparate. Algunos se habían bajado los pantalones y habían depositado unos salchichones pardos, en los que podían distinguirse todavía guisantes a medio digerir, sobre los barquitos de vela, los monos violinistas, sobre mis tambores. Todos se parecían al músico Meyn y llevaban uniformes de SA como Meyn, pero Meyn no estaba, así como los que estaban allí tampoco estaban en otra parte. Uno de ellos había sacado su puñal. Abría con él el vientre de las muñecas, y parecía sorprenderse cada vez de que de los cuerpos y miembros repletos sólo salieran virutas de aserrín.

Yo estaba inquieto por mis tambores. Pero mis tambores no parecían gustarles. Mi instrumento no se atrevió a enfrentarse a su cólera: hubo de permanecer mudo y doblar la rodilla. Pero Markus sí se había sustraído a su cólera. Cuando se proponían hablarle en su despacho, no se les ocurrió llamar con los nudillos, sino que hundieron la puerta, a pesar de que no estaba cerrada.

El vendedor de juguetes estaba sentado detrás de su escritorio. Sobre la tela gris oscura de su traje de diario llevaba puestos, como de costumbre, los mitones. Una poca caspa sobre sus hombros revelaba la enfermedad de su pelo. Un SA, que llevaba en las manos unos títeres, le dio un maderazo con la reja del guiñol; pero a Markus ya no se le podía hablar, ni se le podía ofender. Sobre el escritorio veíase un vaso, que la sed le hubo de hacer vaciar en el preciso instante en que el chillido del vidrio del escaparate, al saltar en astillas, vino a secarle la garganta.

Érase una vez un tambor llamado Óscar. Cuando le quitaron al vendedor de juguetes y saquearon la tienda del vendedor de juguetes, tuvo el presentimiento de que para los tambores enanos de su especie se anunciaban tiempos calamitosos. Así, pues, al salir echó mano a un tambor sano y a otros dos casi indemnes y, colgándose los al hombro, dejó el pasaje del Arsenal y se fue al Mercado del Carbón a buscar a su padre, que tal vez lo estuviera buscando a él. Afuera caía la tarde de un día de noviembre. Junto al Teatro Municipal, cerca de la parada del tranvía, había unas religiosas y unas muchachas feas que tiritaban de frío y repartían unos cuadernos piadosos, recogían dinero en alcancías de lata y llevaban entre los palos una pancarta de tela cuya inscripción citaba la primera epístola a los Corintios, capítulo trece: «Fe — Esperanza — Amor», leyó Óscar, y podía jugar con las tres palabritas lo mismo que un malabarista con sus botellas: crédulo, gotas de Esperanza, pildoras de Amor, fábrica de Buena Esperanza, leche de la Virgen del Amor, asamblea de creyentes o de acreedores. ¿Crees que lloverá mañana? Todo un pueblo crédulo creía en San Nicolás. Pero San Nicolás era en realidad el hombre que encendía los faroles de gas. Creo que huele a nueces y almendras. Pero olía a gas. Creo que estaremos pronto en el primer Adviento, oíase. Y el primero, segundo, tercero y cuarto Advientos se abrían como se abren las espitas del gas, para que oliera verosímelmente a nueces y almendras, para que todos los cascanueces pudieran creer confiadamente:

¡Ya viene! ¡Ya viene! ¿Quién viene? ¿El Niño Jesús, el Salvador? ¿O era el celestial hombre del gas con el gasómetro, que hace siempre tic tac, bajo el brazo? Y dijo: Yo soy el Salvador de este mundo, sin mí no podéis cocinar. Y aceptó el diálogo, ofreció una tarifa favorable, abrió las llavecitas recién pulidas del gas y dejó salir al Espíritu Santo, para que pudiera asarse la paloma. Y distribuyó nueces y almendras mollares, que al partirse allí mismo desprendían también emanaciones: espíritu y gas, a fin de que los crédulos pudiesen ver sin dificultad, entre el aire espeso y azulado, en todos los empleados de la compañía y a la puerta de los grandes almacenes, Santos Nicolases y Niños Jesuses de todos los precios y tamaños. Y así creyeron en la compañía de gas, sin la cual no hay salvación posible, y la cual, con la subida y la caída de los gasómetros, simbolizaba el Destino y organizaba a precios de competencia un Adviento que hacía creer a muchos crédulos en la posible Navidad. Pero no habrían de sobrevivir a la fatiga de las fiestas sino aquellos que no alcanzaron una provisión de almendras y de nueces suficiente, aunque todos hubieran creído que había de sobra.

Pero luego que la fe en San Nicolás se reveló cual fe en el hombre del gas, recurrieron, sin respetar el orden de secuencia de la epístola a los Corintios, al Amor. Está escrito: te amo, oh, sí, te amo. ¿Te amas tú también? Y dime, ¿me amas tú también, me amas verdaderamente? Yo también me amo. Y de puro amor llamábanse rabanitos los unos a los otros, amaban a los rabanitos, se mordisqueaban y, de puro amor, un rabanito le arrancaba de un mordisco el rabanito a otro. Y unos a otros se contaban ejemplos de maravillosos amores celestiales, aunque también terrenos, entre rabanitos, y poco antes de morder susurrábanse mutuamente, alegre, famélica y categóricamente: Dime, rabanito, ¿me quieres? Yo también me quiero.

Pero luego que por puro amor se hubieron arrancado a mordiscos los rabanitos y que la creencia en el hombre del gas se hubo convertido en religión del Estado, ya no quedaba en almacén, después de la fe y del amor anticipado, sino el tercer artículo invencible de la epístola a los Corintios: la Esperanza. Y mientras seguían royendo todavía los rabanitos, las nueces y las almendras, esperaban ya que aquello terminara pronto, para poder empezar de nuevo a esperar o para seguir esperando, después de la música final o aun durante la música final, que pronto se acabara de acabar. Y seguían todavía sin saber

qué era lo que había de acabar. Esperando sólo que pronto acabaría, que mañana acabaría y que ojalá hoy no acabara todavía, porque, ¿qué sería de ellos si aquello acabara de repente? Y cuando luego aquello se acabó de verdad, empezaron en seguida a hacer del final un nuevo principio lleno de esperanza, porque, entre nosotros, el final es siempre un principio, y hay esperanza en todo final, aun en el más definitivo de los finales. Y así está también escrito. Mientras el hombre espere, volverá siempre a empezar a esperar el final lleno de esperanza.

Yo, sin embargo, no lo sé. No sé, por ejemplo, quién se esconde hoy en día bajo las barbas de San Nicolás, no sé lo que el Diablo lleva en su alforja, no sé cómo se abren y cierran las llaves del gas; porque vuelve a difundirse un aire de Adviento, o sigue difundiendo todavía, no lo sé, tal vez a título de ensayo, no sé para quién estarán ensayando, no sé si puedo creer, ojalá sí, que limpien con amor las llaves crestadas del gas para que canten no sé cuál mañana, no sé cuál tarde, ni sé si las horas del día tienen algo que ver con ello; porque el Amor no tiene horas, y la Esperanza no tiene fin, y la Fe no tiene límites; sólo la ciencia y la ignorancia están ligadas al espacio y al tiempo, y terminan ya las más de las veces prematuramente en las barbas, las alforjas y las almendras mollares, de modo que he de volver a repetir: Yo no sé, oh, no sé, por ejemplo, con qué llenan las tripas, cuáles tripas se necesitan para llenarlas, no sé con qué, por más legibles que sean los precios del relleno, fino o grosero; no sé lo que está comprendido en el precio, no sé de qué diccionario sacan los nombres de los rellenos, no sé con qué llenan los diccionarios, lo mismo que las tripas; no sé de quién sea la carne ni de quién el lenguaje: las palabras significan, los carniceros callan, yo corto vidrios, tú abres los libros, yo leo lo que me gusta, tú no sabes lo que te gusta: cortes de embutido y citas de tripas y de libros —y nunca llegaremos a saber quién hubo de callar, quién hubo de enmudecer para que las tripas pudieran llenarse y los libros pudieran hablar, libros embutidos, apretados, de letra menuda, no sé, pero sospecho: son los mismos carniceros los que llenan los diccionarios y las tripas con lenguaje y con embutido; no hay ningún Pablo, el hombre se llamaba Saulo, y Saulo habló a los de Corintio de unos embutidos prodigiosos, que llamó Fe, Esperanza y Amor, y los alabó como de fácil digestión, y todavía hoy, bajo algunas de las formas siempre cambiantes de Saulo, trata de colocarlos.

A mí, sin embargo, me quitaron al vendedor de juguetes y, con él, querían eliminar del mundo los juguetes.

Erase una vez un músico que se llamaba Meyn y tocaba maravillosamente la trompeta.

Erase una vez un vendedor de juguetes que se llamaba Markus y vendía unos tambores de hojalata esmaltados en rojo y blanco.

Erase una vez un músico que se llamaba Meyn y tenía cuatro gatos, uno de los cuales se llamaba Bismarck.

Erase una vez un tambor que se llamaba Óscar y dependía del vendedor de juguetes.

Erase una vez un músico que se llamaba Meyn y mató a sus cuatro gatos con el atizador.

Erase una vez un relojero que se llamaba Laubschad y era miembro de la Sociedad Protectora de Animales.

Érase una vez un tambor que se llamaba Óscar y le quitaron a su vendedor de juguetes.

Érase una vez un vendedor de juguetes que se llamaba Markus y se llevó consigo todos los juguetes de este mundo.

Érase una vez un músico que se llamaba Meyn y, si no ha muerto ha de seguir viviendo todavía tocando de nuevo maravillosamente la trompeta.

LIBRO SEGUNDO

Chatarra

Día de visita: María me trajo un tambor nuevo. Cuando junto con el instrumento quiso entregarme por encima de los barrotos de mi cama el recibo de la tienda de juguetes, decliné con la mano y apreté el timbre de la cabecera de la cama hasta que vino Bruno, mi enfermero, lo que hace siempre que María me trae un nuevo tambor envuelto en papel azul. Deshizo el cordel del paquete y dejó desplegarse el papel para luego, después de la exhibición casi solemne del tambor, volver a pegarlo cuidadosamente. Sólo entonces se fue Bruno andando hacia el lavabo —¡y qué manera de andar!— con el tambor nuevo, dejó correr agua caliente y quitó con precaución, sin rayar el esmalte rojo y blanco, la etiqueta con el precio del borde del instrumento.

Cuando María, después de una breve visita no demasiado fatigosa, se disponía a irse, tomó el tambor viejo que yo había estropeado durante la descripción de la espalda de Heriberto Truczinski, del mascarón de proa y de la interpretación acaso demasiado personal de la primera epístola a los Corintios, para llevárselo y depositarlo en nuestra bodega junto a los demás tambores usados, que me habían servido para fines en parte profesionales y en parte privados.

Antes de irse, María dijo: —Bueno, ya no hay mucho sitio en la bodega. Si hasta me pregunto dónde voy a guardar las patatas de invierno.

Sonriendo me hice el sordo a este reproche del ama de casa que hablaba por boca de María y le rogué que, con tinta negra, pusiera su correspondiente número al tambor que cesaba en el servicio, y que trasladara los breves datos anotados por mí en un papelito y relativos a la vida del instrumento al diario que cuelga desde hace años en la parte trasera de la puerta de la bodega y contiene información sobre todos mis tambores desde el año cuarenta y nueve.

María dijo resignadamente que sí con la cabeza y se despidió con un beso de mi parte. Sigue sin comprender mi sentido del orden y aun se le antoja algo inquietante. Óscar comprende perfectamente las reservas mentales de María, como que ni él mismo sabe qué clase de pedantería lo convierte en coleccionista de tambores de hojalata destrozados. Y al propio tiempo sigue deseando, igual que antes, no volver a ver jamás todo ese montón de chatarra que se acumula en la bodega para patatas de la casa de Bilk. Pues sabe por experiencia que los niños desprecian las colecciones de sus padres y que, por consiguiente, su hijo Kurt, al heredar un día los míseros tambores, en el mejor de los casos se reirá de ellos.

¿Qué es, pues, lo que cada tres semanas me lleva a expresar a María unos deseos que, de cumplirse regularmente, acabarían por atiborrar nuestra bodega y no dejarán lugar para las patatas?

La rara idea fija, que cada vez me viene ya más raramente, de que un museo podría algún día interesarse por mis instrumentos inválidos, se me ocurrió por vez primera cuando yacían ya en la bodega varias docenas de tambores estropeados. Por lo tanto no puede estar ahí el origen de mi pasión coleccionista. Antes bien, cuanto más lo pienso tanto más probable me parece que el motivo de esta acumulación ha de tener por fundamento el simple complejo siguiente: algún día podrían escasear los tambores, hacerse raros o ser objeto de una prohibición o de total aniquilamiento. Algún día podría verse Óscar obligado a dar algunos tambores no demasiado maltrechos a un hojalatero para que los reparara y

me ayudara así, con los veteranos reconstruidos, a superar una época horrorosa sin tambores.

En forma parecida se pronuncian también los médicos del sanatorio a propósito de la causa de mi afán coleccionista. La doctora señorita Hornstetter quiso inclusive saber el día en que había nacido mi complejo. Con toda precisión pude indicarle el nueve de noviembre del treinta y ocho, aquel día en que perdí a Segismundo Markus, administrador de mi almacén de tambores. Si ya después de la muerte de mi pobre mamá se había hecho difícil que yo entrara puntualmente en posesión de un tambor nuevo, porque las visitas de los jueves al pasaje del Arsenal cesaron por necesidad, y porque Matzerath sólo se preocupaba en forma negligente por mis instrumentos y Jan Bronski venía cada vez más raramente por casa, cuánto más desesperada no hubo de presentármese la situación cuando el saqueo de la tienda del vendedor de juguetes y la vista de Markus sentado detrás de su escritorio me hicieron comprender claramente: Markus ya no te va a regalar más tambores, Markus ya no vende más juguetes, Markus ha interrumpido para siempre sus relaciones comerciales con la casa que hasta ahora fabricaba y le suministraba los tambores bellamente esmaltados en rojo y blanco.

Y sin embargo, todavía entonces me resistí a creer que con el fin del vendedor de juguetes hubiera llegado también a su término aquella época temprana de juego relativamente feliz; antes bien, saqué de la tienda de Markus convertida en un montón de ruinas un tambor indemne y otros dos con ligeras abolladuras en los bordes, me llevé el botín a casa y creí haber sido previsor.

Manejaba mis palillos con prudencia, tocaba raramente, sólo en caso de necesidad, me privaba de tardes enteras de tambor y, muy a mi pesar, de aquellos desayunos de tambor que me hacían el día soportable. Óscar practicaba el ascetismo, enflaquecía y hubo de ser llevado al doctor Hollatz y a su ayudante, la señorita Inge, que cada vez se iba volviendo más huesuda. Me dieron medicinas dulces, acidas, amargas o insípidas, atribuyeron la culpa a mis glándulas, las cuales, según la opinión del doctor Hollatz, afectarían alternativamente mi bienestar por exceso o por defecto de función.

Para librarse del tal Hollatz, Óscar practicó su ascetismo con más moderación, volvió a engordar y, en el verano del treinta y nueve, volvió a ser casi el viejo Óscar de tres años, con los buenos mofletes recuperados gracias al desgaste definitivo del último de los tambores procedentes todavía de la tienda de Markus. La hojalata estaba rajada, crujía al menor movimiento, desprendía esmalte rojo y blanco, se iba enrobinando y me colgaba disonante sobre la barriga.

Hubiera sido inútil pedir auxilio a Matzerath, aunque éste fuera naturalmente socorrido y hasta bondadoso. Desde la muerte de mi pobre mamá, el hombre ya no pensaba más que en las cosas del Partido, se distraía con las conferencias entre jefes de célula o se pasaba la noche conversando familiarmente y a gritos, muy tomado de alcohol, con las efigies de Hitler y de Beethoven de nuestro salón, dejándose explicar por el Genio el Destino y la Providencia por el Führer, en tanto que, en estado sobrio, veía en las colectas en favor del Socorro de Invierno su destino providencial.

Me disgusta recordar aquellos domingos de colecta. Como que fue en uno de ellos cuando efectué el vano intento de procurarme un nuevo tambor. Matzerath, que durante la mañana había estado colectando en la calle principal delante de los cines, así como delante de los grandes almacenes Sternfeld, vino a mediodía a casa y puso a calentar, para él y para mí, unas albóndigas a la Königsberg. Después de la comida, sabrosa según la recuerdo hoy todavía —aun de viudo cocinaba Matzerath con entusiasmo y excelentemente—, tendióse

el colector sobre el sofá para una siestecita. Apenas empezó a respirar como durmiendo, tomé del piano la alcancía medio llena, desaparecí con ella, que tenía forma de una lata de conservas, en la tienda, debajo del mostrador, y atenté contra la más ridícula de todas las alcancías. No es que tratara de enriquecerme con la moneda fraccionaria, sino que una necia ocurrencia me impelía a probar aquella cosa a manera de tambor. Pero, de cualquier manera que golpeará y combinara mis palillos, la respuesta era siempre la misma: ¡un pequeño donativo para el Socorro de Invierno! ¡Para que nadie pase hambre, para que nadie pase frío! ¡Un pequeño donativo para el Socorro de Invierno!

Al cabo de media hora me resigné, tomé de la caja del mostrador cinco pfennigs de florín, los destiné al Socorro de Invierno y volví a dejar la alcancía enriquecida en esta forma sobre el piano, a fin de que Matzerath pudiera encontrarla y matar el resto del domingo carraqueando en favor del Socorro de Invierno.

Este intento fallido me curó para siempre. Nunca más he vuelto a probar seriamente de servirme como tambor de una lata de conservas, de un balde vuelto boca abajo o de la superficie de una palangana. Y si a pesar de todo lo he hecho, me esfuerzo por olvidar esos episodios sin gloria y no les reservo espacio en este papel o, por lo menos, el menor posible. Porque una lata de conservas no es un tambor, un balde es un balde, y en una palangana lánvanse o no se lavan las medias. Y lo mismo que hoy no hay sustituto posible, tampoco lo había entonces: pues un tambor de hojalata de llamas rojas y blancas habla por sí mismo y no necesita, por consiguiente, de intercesores.

Óscar estaba solo, traicionado y vendido. ¿Cómo iba a poder conservar a la larga su cara de tres años, si le faltaba para ello lo más indispensable, o sea su tambor? Todos mis intentos de simulación prolongados por espacio de varios años, como el mojar ocasionalmente la cama, el cuchicheo infantil todas las noches de las plegarias vespertinas, el miedo a San Nicolás, que en realidad se llama Greff, aquellas incansables preguntas de los tres años, típicamente absurdas, como, por ejemplo, ¿por qué los autos tienen ruedas?, todo esto lo tendría que hacer sin mi tambor. Estaba ya a punto de renunciar, y en mi desesperación me lancé a buscar a aquel que no era, sin duda, mi padre, pero que reunía las mayores probabilidades de haberme engendrado: Óscar esperó a Jan Bronski en la Ringstrasse, cerca del barrio polaco.

La muerte de mi pobre mamá había entibiado la relación a veces casi de amistad que había entre Matzerath y mi tío, promovido entretanto a secretario del Correo, si no repentinamente y de golpe, sí de todos modos poco a poco; y a medida que la situación política se agravaba, el alejamiento iba siendo cada vez más definitivo, a pesar de tantos bellos recuerdos compartidos. Paralelamente con la disolución del alma esbelta y del cuerpo exuberante de mamá decayó la amistad de dos hombres que se habían mirado ambos en aquel espejo y ambos se habían nutrido de aquella carne, y que, faltos ahora de dicho nutrimento y de dicho espejo convexo, no hallaban más distracción que en sus respectivas reuniones políticas opuestas de hombres que, sin embargo, fumaban todos del mismo tabaco. Pero un Correo polaco y unas conferencias de jefes de célula en mangas de camisa no bastan para reemplazar a una mujer bonita y, aun en el adulterio, sensible. Dentro de la mayor prudencia —Matzerath había de tener en cuenta la clientela y el Partido, y Jan Bronski la administración del Correo—, en el breve período comprendido entre la muerte de mi pobre mamá y el fin de Segismundo Markus, no dejaron de hallar ocasión de reunirse mis dos presuntos padres.

Oíanse a medianoche, dos o tres veces al mes, los nudillos de Jan en los cristales de la ventana de nuestro salón. Al correr entonces Matzerath los visillos y abrir la ventana el

ancho de un palmo, el embarazo de uno y otro era grande, hasta que uno de ellos encontraba la fórmula liberadora y proponía, a hora tan avanzada, una partida de skat. Iban por Greff a su tienda de verduras, y si este se negaba, a causa de Jan, y se negaba porque en cuanto ex guía de exploradores —había entretanto disuelto su grupo— tenía que ser prudente y, además, jugaba mal y no le gustaba jugar al skat, entonces era por lo regular el panadero Alejandro Scheffler quien proporcionaba el tercer hombre. Cierto que tampoco al maestro panadero le gustaba sentarse a una misma mesa con Jan Bronski, pero, de todos modos, cierto afecto por mi pobre mamá, que había traspasado en herencia a Matzerath, y el principio de Scheffler, según el cual los negociantes del comercio al detalle han de ayudarse mutuamente, hacían que, llamado por Matzerath, el panadero de piernas cortas se apresurara a venir del Kleinhammerweg, se sentara a nuestra mesa, barajara los naipes con sus dedos pálidos, como carcomidos por la harina, y los distribuyera cual panecillos entre gente famélica.

Comoquiera que estos juegos prohibidos empezaban por lo regular a medianoche y se prolongaban hasta las tres de la mañana, hora en que Scheffler había de volver a su horno, sólo raramente lograba yo, en camisón y evitando el menor ruido, abandonar mi camita y alcanzar sin ser visto, y también sin tambor, el ángulo de sombra bajo la mesa.

Como ustedes habrán tenido ya ocasión de observar anteriormente, la forma más cómoda de considerar las cosas, o sea mi ángulo de comparación, hallábala yo desde siempre debajo de la mesa. Pero, ¡cómo había cambiado todo desde el deceso de mi pobre mamá! Ahora ya ningún Jan Bronski, prudente arriba, donde sin embargo perdía los juegos uno tras otro, y atrevido abajo, trataba de hacer conquistas con su calcetín sin zapato entre los muslos de mamá. Bajo la mesa de skat de aquellos años ya no había el menor vestigio de erotismo, por no decir de amor. Seis piernas de pantalón, de muestras diversas en espina de pez, cubrían seis piernas masculinas más o menos peludas, desnudas o protegidas por calzoncillos, que abajo se esforzaban otras tantas veces por no entrar en contacto, ni siquiera por casualidad, y se aplicaban arriba, simplificadas y ampliadas en troncos, cabezas y brazos, a un juego que por razones políticas tendría que haber estado prohibido pero que, en cada caso de una partida perdida o ganada, siempre admitía una disculpa, o un triunfo; la Ciudad Libre de Danzig acababa de ganar sin la menor dificultad para el Gran Reich alemán un diamante simple.

Era de prever el día en que tales juegos de maniobras llegarían a su fin —del mismo modo que todas las maniobras suelen acabar algún día y dejan el campo a los hechos reales, sobre un plano más vasto, en alguno de los casos llamados serios.

A principios del verano del treinta y nueve se hizo manifiesto que Matzerath había encontrado en las conferencias semanales de los jefes de células compañeros menos comprometedores que los funcionarios del Correo polaco o los ex guías de exploradores. Jan Bronski hubo de recordar, obligado por las circunstancias, el campo al que pertenecía, y atenerse a la gente del Correo, entre otros al conserje inválido Kobyyella, quien, desde sus días de servicio en la legendaria legión del mariscal Pilsulski, andaba con una pierna más corta que la otra. A pesar de su pierna claudicante, Kobyyella era un conserje activo, además de un artesano hábil, de cuya buena voluntad podía yo esperar la posible reparación de mi tambor maltrecho.

Y sólo era porque el camino hasta Kobyyella pasaba por Jan Bronski por lo que casi todas las tardes a las seis, aun en pleno calor asfixiante del mes de agosto, me apostaba yo cerca del barrio polaco y esperaba a Jan, que, al terminar el servicio, solía por lo regular irse puntualmente a su casa. No venía. Sin preguntarme propiamente: ¿qué estará haciendo

tu presunto padre después del servicio?, lo aguardaba a menudo hasta las siete o las siete y media. Pero no venía. Hubiera podido ir con tía Eduvigis. Tal vez Jan estaba enfermo, o tenía calentura, o tenía a lo mejor una pierna rota enyesada. Óscar permanecía en su sitio y se limitaba a fijar de vez en cuando la mirada en las ventanas y visillos de la habitación del secretario del Correo. Cierta peculiar timidez impedía a Óscar visitar a su tía Eduvigis, cuya mirada bovina y cálidamente maternal lo entristecía. Por otra parte, tampoco los niños del matrimonio Bronski, sus medio hermanos presuntos, le gustaban especialmente. Lo trataban como si fuera una muñeca. Querían jugar con él y servirse de él como juguete. ¿De dónde le venía a Esteban con sus quince años, o sea aproximadamente su misma edad, el derecho de tratarlo paternalmente, en plan de maestro y con aire condescendiente? Y aquella pequeña Marga de diez años, con sus trenzas y una cara en la que la luna se veía siempre llena y gorda, ¿tenía acaso a Óscar por una muñeca de vestir, sin voluntad, a la que podía peinar, cepillar, arreglar y criar durante horas y más horas? Claro está que los dos veían en mí al niño enano anormal, digno de lástima, y se consideraban a sí mismos sanos y con toda la vida por delante, siendo al propio tiempo los preferidos de mi abuela Koljaiczeck, que difícilmente podría ver en mí a su preferido. Porque yo no quería nada de cuentos ni de libros de estampas. Lo que yo esperaba de mi abuela, lo que aún hoy mi imaginación se complace en pintar liberal y voluptuosamente, era muy claro y, por consiguiente, sólo raramente obtenible: así que la percibía, Óscar quería imitar a su abuelo Koljaiczeck, sumergirse bajo las faldas de su abuela y, a ser posible, no respirar nunca más fuera de aquel abrigado receso.

¡Qué no habré hecho yo para meterme bajo las faldas de mi abuela! No puedo decir que no le gustara que Óscar se le sentara debajo. Pero vacilaba y, las más de las veces, me rechazaba, y hubiera probablemente ofrecido aquel refugio a cualquiera, por poco que se pareciera a Koljaiczeck, antes que a mí, que no poseía ni la figura ni la cerilla siempre a punto del incendiario, y que había que recurrir a todos los caballos de Troya imaginables para poder introducirse dentro de la fortaleza.

Óscar se ve todavía a sí mismo cual un verdadero niño de tres años, jugando con una pelota de goma, y observa cómo se deja rodar casualmente la pelota de goma, y se desliza luego tras dicho pretexto esférico, antes de que su abuela se dé cuenta de su estratagema y le devuelva la pelota.

En presencia de los adultos, mi abuela nunca me toleraba por mucho tiempo bajo sus faldas. Los adultos se reían de ella, le recordaban en forma a veces muy caústica su noviazgo en el campo otoñal de patatas y la hacían ruborizarse violenta y persistentemente, a ella que ya de por sí no tenía nada de pálida, lo que, con sus sesenta años y su pelo casi blanco, no iba nada mal.

En cambio, cuando estaba sola –lo que ocurría raramente, y más desde la muerte de mi pobre mamá, hasta que ejé de verla casi en absoluto después que hubo de abandonar su puesto del mercado semanal de Langfuhr–, me toleraba más fácilmente, con mayor frecuencia y por más tiempo bajo sus faldas color de patata. En este caso ni siquiera necesitaba yo recurrir al truco tonto de la pelota de goma para ser admitido. Deslizándome con mi tambor por el piso, con una pierna encogida y la otra apoyada en los muebles, iba arrastrándome hacia la montaña avuncular, levantaba con los palillos, al llegar a su pie, la cuádruple cubierta, y, ya debajo, debaja caer los cuatro telones a la vez, me mantenía quieto por espacio de un breve minuto y me entregaba por completo, respirando por todos los poros, al fuerte olor de mantequilla ligeramente rancia que, independientemente de la estación del año, predominaba siempre bajo las cuatro faldas. Y sólo entonces empezaba

Óscar a tocar el tambor. Como conocía bien los gustos de la abuela, tocaba ruidos de lluvias de octubre, análogos a aquellos que hubo de oír antaño detrás del fuego de hojarasca, cuando Koljaiczek, con su olor de incendiario perseguido, se le metió debajo. Caía sobre la hojalata una llovizna oblicua, hasta que arriba se percibían suspiros y nombres de santos, y dejó a ustedes el cuidado de reconocer aquellos suspiros y aquellos nombres e santos ya escuchados en el noventa y nueve, cuando mi abuela permanecía sentada mientras llovía, con Koljaiczek a cubierto.

Cuando en agosto del treinta y nueve esperaba, apostado cerca del barrio polaco, a Jan Bronski, pensaba yo a menudo en mi abuela. Tal vez estuviera de visita en casa de tía Eduvigis. Pero por muy tentadora que fuera la perspectiva de aspirar el olor de mantequilla rancia sentado bajo sus faldas, no me decidía a subir los dos tramos de escalera ni a tocar a la puerta con el letrerito que decía: Jan Bronski. ¿Qué hubiera ya podido ofrecerle Óscar a su abuela? Su tambor estaba roto, su tambor ya no daba nada de sí, su tambor había olvidado cómo suena una llovizna que cae en octubre oblicuamente sobre un fuego de hojarasca. Y comoquiera que la abuela de Óscar sólo era accesible con el trasfondo sonoro de lluvias otoñales, Óscar se quedaba en la Ringstrasse, mirando llegar y partir los tranvías que subían y bajaban tocando la campanilla por el Heeresanger y cubrían todos el trayecto número 5.

¿Seguía escuchando a Jan? ¿No habría ya desistido y permanecido sólo en el lugar porque todavía no se me había ocurrido forma alguna de renuncia aceptable? Una espera prolongada tiene efectos pedagógicos. Pero también puede ocurrir que una espera prolongada induzca al que espera a representarse la escena del encuentro esperado con tal detalle, que a la persona esperada ya no le quede probabilidad alguna de sorpresa. Poseído de la ambición de percibir primero yo primero al que no se lo esperaba, de poder salirle al encuentro al son de lo que quedaba de mi tambor, permanecía en tensión y con los palillos alerta en mi lugar. Sin necesidad de largas explicaciones previas, proponíame hacer patente, por medio de grandes golpes sobre la hojalata y del clamor consiguiente, lo desesperado de mi situación, y me decía: Cinco tranvías más, otros tres, este último; y me imaginaba, poniéndome en lo peor, que a instancia de Jan los Bronski habían sido trasladados a Modlin o a Varsovia, y lo veía ya de secretario mayor del Correo de Bromberg o en Thorn, y esperaba, pese a todos mis juramentos anteriores, un tranvía más, y ya me volvía para emprender el camino de regreso cuando Óscar sintió que lo agarraban por detrás y un adulto le tapaba los ojos.

Sentí unas manos suaves, varoniles, que olían a jabón de lujo, agradablemente secas: sentí a Jan Bronski.

Cuando me soltó y, riendo por demás estrepitosamente, me dio la vuelta, era ya demasiado tarde para poder efectuar con mi tambor la demostración de mi situación fatal. Me metí pues los dos palillos simultáneamente bajo los tirantes de cordel de mis pantalones cortos, que en aquel tiempo, como que nadie cuidaba de mí, estaban sucios y tenían deshilacliados los bolsillos. Y con las manos libres, levanté el tambor, que colgaba del mísero cordel, en alto, muy alto, hasta un alto acusador, hasta lo alto de los ojos, tan alto como durante la misa alzaba la hostia el reverendo Wiehnke, y hubiera podido decir como él: éste es mi cuerpo y mi sangre; pero no pronuncié palabra, sino que me contenté con levantar muy alto el maltrecho metal, sin desear tampoco ninguna transformación fundamental, acaso milagrosa; no quería sino la reparación de mi tambor, eso era todo.

Jan cortó en seco su risa desplazada y, por lo que pude adivinar, nerviosa y forzada. Vio lo que no podía pasar inadvertido, mi tambor, apartó su mirada de la hojalata ajada,

buscó mis ojos claros que seguían mirando como si en verdad sólo tuvieran tres años, y no vio primero más que dos veces el mismo iris azul inexpresivo, sus manchas luminosas, sus reflejos, todo aquello que poéticamente se les atribuye a los ojos en materia de expresión; y finalmente, al verificar que mi mirada no difería en nada del reflejo brillante de un charco cualquiera de la calle, juntó toda su buena voluntad, la que tenía disponible, y esforzó su memoria por volver a encontrar en mi par de ojos aquella mirada de mamá, gris sin duda pero por lo demás del mismo corte, en la que durante tantos años se había reflejado para él desde el favor hasta la pasión. Pero tal vez lo desconcertara también un reflejo de sí mismo, lo cual no significaba tampoco quejan fuera mi padre o, mejor dicho, mi progenitor. Porque sus ojos, al igual que los de mamá y los míos, se distinguían por aquella misma belleza infantilmente astuta y de radiante estolidez que exhibían casi todos los Bronski, como también Esteban y, un poco menos, Marga Bronski, y tanto, en cambio, mi abuela y su hermano Vicente. A mí, sin embargo, pese a mis pestañas negras y mis ojos azules, no podía negárseme un injerto de sangre incendiaria de Koljaiczek —piénsese nada más en mis impulsos vitricidas—, en tanto que hubiera resultado difícil atribuirme rasgos renanomatzerathianos.

El propio Jan, al que no le gustaba comprometerse, no hubiera tenido más remedio que confesar, si se le hubiese preguntado en aquel momento: —Me está mirando su madre Agnés. Y tal vez me esté mirando yo mismo. Su madre y yo teníamos, en efecto, muchas cosas en común. Pero también es posible que me esté mirando mi tío Koljaiczek, aquel que está en América o en el fondo del mar. El único que no me está mirando es Matzerath, y está bien que así sea.

Jan tomó mi tambor, lo volvió, lo golpeó. El, tan desmañado, que ni sabía siquiera sacarle adecuadamente punta a un lápiz, hizo como si entendiera algo de la reparación de un tambor, y tomando manifiestamente una decisión, cosa rara en él, me cogió de la mano —lo que me llamó la atención, porque el caso no era para tanto— atravesó conmigo la Ringstrasse, llevándome siempre de la mano, hasta el andén de la parada del tranvía de Heeresanger y subió, al llegar éste y sin soltarme, en el remolque para fumadores del tranvía de la línea número 5.

Óscar lo intuyó: íbamos a la ciudad y nos proponíamos ir a la Plaza Hevelius, al Correo polaco, donde estaba el conserje Kobyella que tenía el utensilio y la habilidad por los que el tambor de Óscar clamaban desde hacía ya varias semanas.

Este viaje en tranvía hubiera podido convertirse en un viaje inalterado de amistad, si no hubiera sido la víspera del primero de septiembre del treinta y nueve, en que el coche motor con el remolque de la línea número 5, lleno a partir de la Plaza Max Halbe de bañistas cansados pero no menos escandalosos del balneario de Brösen, se iba abriendo paso a campanillazos hacia la ciudad. ¡Qué bello anochecer de fin de verano nos hubiera esperado, después de la entrada del tambor, en el Café Weitzke, tras una limonada fresca, si a la entrada del puerto, frente a la Westerplatte, los dos navios de línea *Schleswig* y *Schleswig—Holstein* no hubieran echado el ancla y no mostraran al muro rojo de ladrillo que cubría el depósito de municiones sus cascos de acero, con sus dobles torrecillas giratorias y sus cañones de casamata! ¡Qué bello habría sido poder llamar a la portería del Correo polaco y confiarle al conserje Kobyella, para su reparación, un inocente tambor de niño, si desde varios meses antes el interior del edificio del Correo no hubiera sido puesto mediante planchas blindadas en estado de defensa y el personal hasta entonces inofensivo, funcionarios, carteros y demás, no se hubiera convertido, gracias a los entrenamientos de fin de semana en Gdingen y Oxhöft, en una guarnición de fortaleza!

Nos acercábamos a la Puerta de Oliva. Jan Bronski sudaba, miraba fijamente el verde polvoriento de los árboles de la Avenida Hindenburg y fumaba mayor cantidad de sus cigarrillos con boquilla dorada de lo que su espíritu ahorrador hubiera debido permitirle. Óscar nunca había visto a su presunto padre sudar de aquella manera, con excepción de las dos o tres veces en que lo había observado con su mamá sobre el sofá.

Pero mi pobre mamá había fallecido hacía ya tiempo. ¿Por qué sudaba Jan Bronski? Después que hube observado que poco antes de cada parada le daban ganas de bajar, que sólo en el preciso momento de ir a hacerlo se daba cuenta de mi presencia y que éramos mi tambor y yo lo que lo obligaba a sentarse de nuevo, se me hizo claro que el sudor era por causa del Correo polaco, que Jan, en calidad de funcionario del mismo, tenía la misión de defender. Como que ya se había escabullido una vez, me había encontrado luego a mí con mi chatarra de tambor en la esquina de la Ringstrasse y el Heeresanger, había decidido volver a su deber de funcionario, me había llevado consigo, a mí que ni era funcionario ni apto para la defensa del edificio del Correo, y ahora sudaba y fumaba. ¿Por qué no se bajaba de una vez? No hubiera sido yo, por cierto, quien se lo impidiera. Estaba todavía en la plenitud de la vida, llegando a los cuarenta y cinco. Sus ojos eran azules, su pelo castaño; temblaban, bien cuidadas, sus manos, y no hubiera debido sudar tan lamentablemente, o en todo caso hubiera debido ser agua de Colonia, y no sudor frío, lo que Óscar, sentado al lado de su presunto padre, hubiera debido oler.

En el Mercado de la Madera nos bajamos y descendimos a pie todo a lo largo del Paseo del barrio viejo. Era un anochecer tranquilo de fines de verano. Como todos los días hacia las ocho, las campanas del barrio viejo difundían notas bronceas por el cielo. Concierto de campanas que hacía levantarse en vuelo nubes de palomas: «Sé siempre fiel y honrado hasta la tumba fría.» Eso sonaba bien y daba ganas de llorar. Y sin embargo, todo el mundo reía. Mujeres con niños tostados por el sol, con albornoces de frisa, con pelotas de playa multicolores y barquitos de vela bajaban de los tranvías que traían de los balnearios el Glettkau y Heubude a miles de personas frescas todavía del baño. Con lenguas volubles, las muchachitas lamían, en pleno sopor, helados de frambuesa. Una quinceañera dejó caer su sorbete, y cuando iba ya a bajarse para recogerlo, se arrepintió y abandonó al empedrado y a las suelas de futuros transeúntes el helado que se iba derritiendo: no tardaría en formar parte de los adultos, y ya no podría seguir lamiendo sorbetes por la calle.

Llegados a la calle de los Afiladores doblamos a la izquierda. La Plaza Hevelius, en la que dicha calle desembocaba, estaba cerrada por hombres de la milicia territorial SS apostados en grupos: eran muchachos jóvenes, también algunos padres de familia, con brazaletes y carabinas de la policía. Hubiera sido fácil, dando un rodeo, eludir la barrera y llegar al correo por el barrio de Rähm. Jan Bronski se fue derecho a ellos. La intención era clara: quería que le cerraran el paso, que le mandaran despejar a la vista de sus superiores, que sin duda alguna vigilaban la Plaza Hevelius desde el edificio del Correo, para hacer un papel más o menos decoroso de héroe rechazado y poder volverse a casa con el mismo tranvía de la línea número 5 que lo había llevado.

Los hombres de la milicia territorial nos dejaron pasar, sin pensar ni remotamente, tal vez, que aquel señor bien vestido, con un niño de tres años de la mano, se propusiera ir al edificio del Correo. Nos recomendaron simplemente y con toda cortesía que fuéramos prudentes, y no nos dieron el alto hasta que ya habíamos pasado la verja y nos encontrábamos ante la entrada principal. Jan se volvió, indeciso. Pero ya la pesada puerta

se había entreabierto y nos tiraron hacia dentro: estábamos en la sala de taquillas, semioscura y agradablemente fresca, del Correo polaco.

Jan Bronski no fue recibido por su gente con mucho entusiasmo. Desconfiaban de él, lo habían descartado, probablemente, y dieron claramente a entender que sospechaban que el secretario del Correo, Jan Bronski, trataba de escabullirse. No le resultó fácil a Jan desvirtuar las acusaciones. Ni siquiera se le escuchó, sino que se le asignó un lugar en una hilera que tenía por misión llevar sacos de arena desde la bodega a la fachada con ventanas de la sala de taquillas. Estos sacos de arena y demás sandeces se amontonaron delante de las ventanas, y se corrían muebles pesados, como armarios archivadores, hasta la entrada principal, para poder, en caso de necesidad, obstruir la puerta en todo su ancho.

Alguien preguntó quién era yo, pero luego no tuvo tiempo de esperar a que Jan respondiera. La gente estaba nerviosa, y tan pronto hablaban a gritos como en voz exageradamente prudente y baja. Mi tambor y la miseria de mi tambor parecían olvidados. El conserje Kobyella, con el que yo había especulado para devolver a la chatarra que me colgaba sobre la barriga un aspecto decoroso, permanecía invisible y estaría probablemente amontonando en el primero o segundo piso del edificio del Correo, lo mismo que los carteros y taquilleros de la planta baja, sacos repletos de arena, que se suponían a prueba de balas. La presencia de Óscar era penosa para Jan Bronski. Me escurrí, pues, en el preciso momento en que un hombre, al que los otros llamaban doctor Michon, le daba algunas instrucciones. Después de haber andado buscando por algún tiempo y de haber eludido precavidamente mediante un rodeo a aquel doctor Michon, que llevaba un casco de acero polaco y era manifiestamente el director del Correo, hallé la escalera del primer piso, y arriba, al final del corredor, encontré un cuarto de tamaño regular, sin ventanas, en el que no había hombres que arrastraran cajas de municiones o apilaran sacos de arena.

Cestos como de ropa con ruedas, llenos de cartas franqueadas con sellos de todos los colores, ocupaban el piso, en hileras apretadas. El cuarto era bajo y el papel de las paredes tenía un color ocre. Olía ligeramente a goma. Del techo colgaba un foco encendido. Óscar estaba demasiado cansado para buscar el interruptor. A lo lejos advertíanle las campanas de Santa María, Santa Catalina, San Juan, Santa Brígida, Santa Bárbara, de la Trinidad y del Divino Cuerpo: ¡Son las nueve, Óscar, es hora ya de que te acuestes! En vista de eso me tendí en uno de los cestos, coloqué el tambor, igualmente agotado, a mi lado, y me dormí.

El correo polaco

Me dormí en un cesto lleno de cartas que querían ir a Lodz, Lublín, Lwow, Cracovia y Czestochowa, o venían de Lodz, Lublín, Lemberg, Thorn, Cracovia y Tschenstochau. Pero no soñé ni con la Matka Bosca Czestochowska ni con la Virgen Negra, ni roí, soñando, el corazón del mariscal Pilsudski, conservado en Cracovia, ni aquellos alfajores que tanta fama han dado a la ciudad de Thorn. Ni siquiera soñé en mi tambor no reparado todavía. Tendido sin sueños en un cesto de ropa con ruedas, Óscar no percibió nada de ese cuchicheo, ese murmullo y esas charlas que, según cuentan, se producen cuando muchas cartas se hallan apiladas en un montón. Las cartas no me dijeron ni una sola palabra: yo no esperaba correo alguno y nadie podía ver en mí a un destinatario, mucho menos a un remitente. Dormí soberanamente, con mi antena retraída, sobre una montaña de correspondencia que, grávida de noticias, hubiera podido representar todo un mundo.

Se comprende así que no me despertara aquella carta que un Pan Lech Milewczyk cualquiera de Varsovia escribía a su sobrina de Danzig—Schidlitz, una carta, por consiguiente, lo bastante alarmante como para despertar a una tortuga milenaria; a mí no me despertaron ni el cercano tableteo de las ametralladoras ni las lejanas salvas retumbantes de las torrecillas dobles de los cruceros anclados en el Puerto Libre.

Esto se escribe muy fácilmente: ametralladoras, torrecillas dobles. ¿No hubiera podido ser también un aguacero, una granizada o el preludio de una tormenta de fines de verano, parecida a la que tuvo lugar en ocasión de mi nacimiento? Estaba yo demasiado soñoliento para entregarme a semejantes especulaciones y, con los ruidos todavía en la oreja, deduje cuál era la situación y, como todos los que están dormidos todavía, la designé por su nombre: ¡Están tirando!

Apenas desencaramado del cesto de ropa, vacilante aún sobre sus sandalias, Óscar se preocupó por el bienestar de su delicado tambor. Con ambas manos excavó en aquel cesto que había albergado su sueño un hueco entre las cartas, sueltas, desde luego, pero que hacían una especie de masa, sin brutalidad, sin romper ni chafar ni desvalorizar nada, claro está: separé con precaución las cartas imbricadas unas en otras, traté con cuidado a cada una de ellas y aun a las tarjetas postales provistas del sello «Poczta Polska», y puse atención a que ninguno de los sobres se abriera, porque, aun en presencia de acontecimientos ineludibles y susceptibles de cambiarlo todo, había que preservar siempre la inviolabilidad de la correspondencia.

En la misma medida en que el tableteo de las ametralladoras aumentaba, iba agrandándose el embudo en aquel cesto de ropa lleno de cartas. Finalmente estimé que ya era suficiente, coloqué mi tambor herido de muerte en el lecho recién excavado y lo recubrí tupidamente, no con tres, con diez, con veinte capas de sobres imbricados unos con otros, a la manera como los albañiles colocan los ladrillos cuando se trata de erigir un muro sólido.

Apenas había terminado con estas medidas precautorias, de las que podía esperar alguna protección para mi tambor contra las balas y los cascos de metralla, cuando estalló en la fachada del edificio del Correo que daba a la Plaza Hevelius, aproximadamente a la altura de la sala de taquillas, la primera granada antitanque.

El Correo polaco, edificio macizo de ladrillo, podía recibir tranquilamente cierto número de aquellos impactos sin temor de que a la gente de la milicia territorial le resultara

fácil terminar la cosa rápidamente y abrir una brecha lo suficientemente grande para un ataque frontal como los que con tanta frecuencia habían practicado a título de ejercicio.

Abandoné mi segundo depósito de cartas sin ventanas, protegido por tres despachos y el corredor del primer piso, para buscar a Jan Bronski. Si yo buscaba a mi presunto padre, es obvio que buscaba al propio tiempo y con mayor afán todavía al conserje inválido Kobyella. Como que la víspera había tomado el tranvía, renunciando a mi cena, para venir a la ciudad, hasta la Plaza Hevelius y aquel edificio postal, que por lo demás me era indiferente, con el propósito de hacer componer mi tambor. Por consiguiente, si no lograba dar con el conserje a tiempo, o sea antes del asalto final que cabía esperar con seguridad, mal podría pensar en la restauración adecuada de mi hojalata.

Así que Óscar buscaba a Jan, pero pensando en Kobyella. Varias veces recorrió, con los brazos cruzados sobre el pecho, el largo corredor embaldosado, pero no encontró más que el ruido de sus pasos. Cierto que podía distinguir algunos tiros aislados, disparados sin duda desde el edificio del Correo, entre el derroche continuo de municiones de la gente de la milicia territorial, lo que le daba a entender que, en sus despachos, los parcos tiradores debían de haber cambiado sus matasellos por instrumentos que igualmente servían para matar. En el corredor no había nadie, ni de pie, ni tendido, ni listo para un posible contraataque. El único que lo patrullaba era Óscar, indefenso y sin tambor, expuesto al introito grávido de historia de una hora excesivamente matutina que sin embargo no llevaba nada de oro en la boca, sino plomo a lo sumo.

Tampoco en los despachos que daban al patio encontré alma viviente. Incuria, me dije. Hubiera debido cubrirse la defensa también del lado de la calle de los Afiladores. La delegación de policía allí existente, separada del patio y del andén de bultos postales por una simple cerca de tablas, constituía una posición de ataque tan ventajosa como difícilmente podría encontrarse en un libro de estampas. Hice resonar mis pasos por los despachos, la oficina de envíos certificados, la de los giros postales, la de la caja para el pago de salarios y la de recepción de telegramas: allí estaban, tendidos detrás de planchas blindadas, de sacos de arena y de muebles de oficina volcados, tirando a intervalos, casi con avaricia.

En la mayoría de las oficinas algunos cristales de las ventanas exhibían ya los efectos de las ametralladoras de la milicia territorial. Aprecié superficialmente los daños y establecí comparaciones con aquellos cristales de ventanas que, en tiempos de profunda paz, habían cedido bajo el impacto de mi voz diamantina. Pues bien, si se me pedía a mí una contribución a la defensa de Polonia, si aquel pequeño director Michon se me presentaba, no como director postal sino militar, para tomarme bajo juramento al servicio de Polonia, lo que es mi voz no les iba a fallar: en beneficio de Polonia y de la economía polaca, anárquica pero siempre dispuesta a un nuevo florecer, de buena gana hubiera convertido en brechas negras, abiertas a las corrientes de aire, todos los cristales de las casas de enfrente, de la Plaza Hevelius, las vidrieras del barrio del Ráhm, la serie continua de vidrios de la calle de los Afiladores, comprendidos los de la delegación de policía, y, con efecto a mayor distancia que nunca anteriormente, los vidrios pulidos del Paseo del barrio viejo y de la calle de los Caballeros, todo ello en cuestión de minutos. Esto habría provocado confusión entre la gente de la milicia territorial y también entre los simples mirones. Esto habría reemplazado el efecto de varias ametralladoras pesadas y habría hecho creer, desde el principio mismo de la guerra, en armas milagrosas, aunque no habría salvado al Correo polaco.

Pero no se recurrió a Óscar. Aquel doctor Michon del casco de acero polaco sobre su cabeza de director no me tomó juramento alguno, sino que, al bajar yo corriendo la escalera que conducía a la sala de taquillas y metérmele impensadamente entre las piernas, me dio un bofetón doloroso, para volver a dedicarse inmediatamente después del golpe, jurando en voz alta y en polaco, a sus tareas defensivas. No me quedó más remedio que encajar el golpe. La gente, incluido el doctor Michon, que después de todo era el que tenía la responsabilidad, estaba excitada y temerosa, y por consiguiente se la podía disculpar.

El reloj de la sala de taquillas me dijo que eran las cuatro y veinte. Cuando marcó las cuatro y veintiuno, hube de admitir que las primeras operaciones bélicas no le habían causado al mecanismo daño alguno. Andaba, y no supe si debía interpretar aquella indiferencia del tiempo cual signo propicio o desfavorable.

Sea como fuere, quedéme de momento en la sala de taquillas, busqué a Jan y a Kobyella, no encontré ni al tío ni al conserje, comprobé daños en los vidrios de la sala y unos feos agujeros en la pared al lado de la puerta principal, y fui testigo cuando llevaron a los dos primeros heridos. Uno de ellos, un señor de cierta edad con la raya cuidadosamente marcada todavía en su pelo gris, hablaba continua y excitadamente mientras le vendaban el rasguño del brazo derecho. Apenas le hubieron envuelto de blanco la ligera herida, quiso levantarse, tomar su fusil y echarse nuevamente detrás de aquellos sacos de arena que por lo visto no eran a prueba de balas. ¡Menos mal que un ligero vahído provocado por la pérdida de sangre lo obligara nuevamente a tumbarse sobre el suelo y le impusiera ese reposo sin el cual un señor de cierta edad no recupera sus fuerzas, después de una herida! Pero, además, el pequeño quincuagenario nervudo que llevaba un casco de acero pero dejaba ver el triángulo de un pañuelo de caballero que le salía del bolsillo pectoral civil, aquel señor que tenía los nobles gestos de un caballero funcionario, que era doctor y se llamaba Michon, que la víspera había sometido a Jan a un interrogatorio riguroso, conminó ahora al señor herido de cierta edad a que guardara reposo en nombre de Polonia.

El segundo herido yacía, respirando difícilmente, sobre un saco de paja y no mostraba el menor deseo de sacos de arena. A intervalos regulares gritaba fuerte y sin afectado pudor, porque tenía un tiro en el vientre.

Óscar se disponía precisamente a inspeccionar una vez más a los hombres que estaban detrás de los sacos de arena para encontrar por fin a su gente, cuando casi simultáneamente dos impactos de granada, arriba y al lado de la entrada principal, hicieron retemblar la sala. Los armarios que se habían corrido para tapar la puerta se abrieron soltando paquetes de documentos engrapados que emprendieron literalmente el vuelo, se desprendieron unos de otros y, aterrizando y deslizándose sobre las baldosas, fueron a tocar y cubrir papeles que, conforme a los principios de una contabilidad regular, nunca hubieran debido encontrar. Inútil decir que el resto de los cristales de las ventanas se hizo añicos y que cayeron de las paredes y del techo unas placas más o menos grandes de estuco. A través de nubes de yeso y cal arrastraron a otro herido hasta la mitad de la sala, pero luego, por orden del casco de acero doctor Michon, lo llevaron por la escalera al primer piso.

Óscar siguió a los hombres que llevaban al funcionario postal lanzando gemidos a cada peldaño, sin que nadie le mandara volver atrás, le pidiera cuentas o, como lo acababa de hacer poco antes el doctor Michon con su grosera mano masculina, le diera un bofetón. Hay que añadir, sin embargo, que se esforzó por no meterse entre las piernas defensoras del Correo de ningún adulto.

Al llegar detrás de los hombres que iban subiendo lentamente la escalera al primer piso vi confirmarse mi presentimiento: llevaban al herido a aquel local sin ventanas y por consiguiente seguro que servía de depósito para las cartas y que, en realidad, yo me había reservado para mí. Creyeron también, ya que escaseaban los colchones, haber encontrado en aquellos cestos unas yacijas, cortas, sin duda, pero en todo caso blandas, para los heridos. Dolíame ya haber enterrado mi tambor en uno de aquellos cestos de ropa con ruedas. ¿No permearía tal vez la sangre de aquellos carteros y empleados de taquilla, abiertos y horadados, las veinte capas de papel, confiriendo a mi tambor un color que hasta allí sólo había conocido en forma de esmalte? ¿Qué tenía ya mi tambor de común con la sangre de Polonia? ¡Que colorearan con aquel jugo, en buena hora, sus documentos y su papel secante! ¡Que vaciaran, si era preciso, el azul de sus tinteros y los volvieran a llenar de rojo! ¡Que tiñeran sus pañuelos y la mitad de sus camisas blancas almidonadas, si no había más remedio, a la manera polaca! ¡Al fin y al cabo, de lo que se trataba era de Polonia y no de mi tambor! Pero, si lo que se proponían era que, caso de perderse Polonia, ésta se perdiera en blanquirrojo, ¿era indispensable que se perdiera también mi tambor, naciéndolo sospechoso mediante una capa de color fresco?

Poco a poco se fue apoderando de mí esta idea: no se trata en absoluto de Polonia, sino de mi maltrecho tambor. Jan me había atraído al Correo para proporcionar a los funcionarios, a los que Polonia no bastaba como fanal, una insignia que los inflamara. Durante la noche, mientras yo dormía en el cesto de cartas con ruedas, pero sin rodar ni soñar, los empleados postales de guardia se habían susurrado unos a otros, a manera de consigna: Un tambor moribundo de niño se ha refugiado entre nosotros. Somos polacos y tenemos que defenderlo, sobre todo porque Inglaterra y Francia han cerrado con nosotros un pacto de garantía.

Mientras ante la puerta entreabierta del depósito de cartas me entregaba a semejantes inútiles consideraciones abstractas que cohibían mi libertad de acción, oyóse por primera vez en el patio del Correo el tableteo de las ametralladoras. Tal como yo lo había predicho, la milicia territorial intentaba su primer asalto desde la delegación de policía de la calle de los Afiladores. Poco después, los pies se nos despegaron a todos del suelo: los de la milicia habían conseguido volar la puerta del depósito de bultos sobre el andén de los camiones postales. Acto seguido penetraron en el depósito y luego en el local de admisión de paquetes; la puerta del corredor que conducía a la sala de taquillas estaba ya abierta.

Los hombres que habían subido al herido y lo habían depositado en aquel cesto de cartas que ocultaba mi tambor, huyeron precipitadamente; otros los siguieron. Guiándome por el ruido llegué a la conclusión de que se estaba luchando en el corredor de la planta baja, y luego en la recepción de paquetes. La milicia territorial tuvo que retirarse.

Vacilando primero, pero luego deliberadamente, Óscar penetró en el depósito de las cartas. El herido mostraba una cara gris amarillenta, enseñaba los dientes y los globos de los ojos se le movían de un lado para otro tras sus párpados cerrados. Escupía hilillos de sangre. Pero, comoquiera que la cabeza le sobresalía del borde del cesto, había poco peligro de que ensuciara la correspondencia. Óscar tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar el interior del cesto. Las asentaderas del hombre descansaban exactamente en el lugar donde se hallaba enterrado mi tambor. Procediendo primero con precaución, por respeto al hombre y a las cartas, pero tirando luego con más fuerza y, finalmente, arrancándolos y desgarrándolos, logré sacar de debajo del tipo, que seguía gimiendo, varias docenas de sobres.

Hoy podría decir que tocaba ya el borde de mi tambor, cuando unos hombres se precipitaron escaleras arriba y a lo largo del corredor. Volvían; habían rechazado a la milicia del depósito de paquetes, habían conseguido una victoria momentánea; les oía reír.

Escondido detrás de uno de los cestos, esperé cerca de la puerta a que los hombres llegaran junto al herido. Hablando primero en voz alta y luego jurando entre dientes, se pusieron a vendarlo.

A la altura de la sala de taquillas explotaron dos granadas antitanque, luego otras dos, y luego, silencio. Las salvas de los navios de guerra fondeados en el Puerto Libre, frente a la Westerplatte, retumbaban a lo lejos, con un gruñido regular y bonachón al que uno acababa por acostumbrarse.

Sin ser visto por los hombres que estaban junto al herido, me escabullí del depósito de cartas, dejé mi tambor en la estacada y me eché otra vez en busca de Jan, mi tío y presunto padre, y también del conserje Kobyella.

En el segundo piso hallábase la vivienda del primer secretario del Correo, Naczalnik, que oportunamente hubo de mandar a su familia a Bromberg o a Varsovia. Primero inspeccioné unas habitaciones que servían de almacén y daban al patio, y por fin encontré a Jan y a Kobyella en el cuarto de los niños.

Una habitación agradable, de empapelado alegre pero estropeado en algunos lugares por balas perdidas de fusil. En tiempos de paz, hubiera sido posible haberse sentado allí tras alguna de las dos ventanas y distraerse observando la Plaza Hevelius. Un caballo mecedor intacto todavía, varias pelotas, un fuerte lleno de soldados de plomo a pie y a caballo tumbados, una caja de cartón abierta, llena de rieles y de vagones de carga en miniatura, varias muñecas en mejor o peor condición, casas de muñecas en desorden; en resumen, un derroche de juguetes que revelaba que el primer secretario del Correo Naczalnik había de ser padre de dos criaturas bien mimadas, un niño y una niña. ¡Qué suerte que los niños hubieran sido evacuados a Varsovia, evitándome así el encuentro con un par de hermanitos por el estilo del que ya conocía de los Bronski! Con cierta satisfacción maliciosa representábame cómo debía de haberle dolido al rapaz del primer secretario haber tenido que despedirse de su paraíso infantil repleto de soldaditos de plomo. Tal vez se habría metido algunos ulanos en el bolsillo del pantalón, para más adelante, en ocasión de las luchas por el fuerte de Modlin, poder reforzar la caballería polaca.

Óscar habla por demás de los soldados de plomo y, sin embargo, no puede eludir una confesión: sobre la tabla superior de un estante para juguetes, libros de estampas y juegos de sociedad alineábanse instrumentos musicales en tamaño reducido. Una trompeta de color de miel levantábase silenciosa al lado de un carrillón que seguía los incidentes de la lucha, o sea que a cada impacto de granada tintineaba. En el extremo de la derecha extendíase a lo largo, inclinado y multicolor, un acordeón. Los padres habían sido lo bastante extravagantes para regalar a su descendencia un verdadero violincito con cuatro verdaderas cuerdas de violín. Al lado del violín, trabado por unas piezas de un juego de construcción para que no se fuera rodando y mostrando su blanca redondez indemne, hallábase, por muy inverosímil que parezca, un tambor esmaltado en rojo y blanco.

Por el momento no hice nada por bajar el tambor del estante por mis propios medios. Óscar era perfectamente consciente de su alcance limitado y, en aquellos casos en que su talla de gnomo le hacía ver su impotencia, permitíase recurrir a la complacencia de los adultos.

Jan Bronski y Kobyella estaban tendidos detrás de unos sacos de arena que cubrían el último tercio de las ventanas que llegaban hasta el piso. La ventana izquierda le correspondía a Jan, en tanto que Kobyella ocupaba su lugar en la derecha. Comprendí instantáneamente que el conserje difícilmente tendría tiempo, ahora, de sacar y reparar mi tambor, que se hallaba debajo de aquel herido que escupía sangre y, sin duda alguna, habría de ir quedando cada vez más aplastado. Porque Kobyella tenía ahora trabajo de sobra: a intervalos regulares disparaba su fusil por una aspillera dispuesta en el muro de los sacos de arena en dirección de la esquina de la calle de los Afiladores, por encima de la Plaza Hevelius, en donde, poco antes del puente del Radaune, acababan de emplazar un cañón antitanque.

Jan estaba acurrucado, escondía la cabeza y temblaba. Sólo lo conocí por su elegante vestido gris oscuro, que ahora, sin embargo, se veía cubierto de polvo y arena. El lazo de su zapato derecho, gris también, se le había desatado. Me bajé y se lo até de nuevo. Al apretar yo el lazo, Jan se estremeció, deslizó un par de ojos demasiado azules por encima de su manga izquierda y fijó en mí una mirada incomprensiblemente azul y acuosa. Aun cuando no estaba herido, según Óscar pudo apreciar a través de un examen superficial, lloraba en silencio. Jan Bronski tenía miedo. Sin prestar atención a sus lloriqueos señalé el tambor de hojalata del hijo evacuado de Naczalnik e invité a Jan, con gestos inequívocos, a acercarse al estante y bajarme el tambor, tomando para ello todas las precauciones y sirviéndose del ángulo muerto del cuarto de los niños. Mi tío no me entendió. Mi presunto padre tampoco me entendió. El amante de mi pobre mamá estaba tan ocupado y absorbido con su propio miedo, que mis gestos en demanda de auxilio no podían a lo sumo hacer más que aumentárselo. Óscar hubiera podido gritarle, pero temía que pudiera descubrirle Kobyella, que sólo parecía atento al ruido de su fusil.

Así, pues, me tendí a la izquierda de Jan detrás de los sacos de arena y me apreté a su lado, para comunicar a mi desgraciado tío y padre presunto una parte de mi ecuanimidad habitual. Al rato me pareció que estaba efectivamente algo más calmado. Mi respiración marcadamente regular logró imprimir a su pulso una regularidad más o menos normal. Cuando llegó, demasiado pronto sin duda, volví a llamarle la atención acerca del tambor de Naczalnik hijo, tratando para ello de hacerle volver la cabeza lenta y suavemente al principio, y, por último, en forma decidida hacia el estante sobrecargado de juguetes, Jan no me entendió por segunda vez. El miedo lo invadía de abajo arriba, refluía de arriba abajo y encontraba allí, probablemente a causa de las suelas de los zapatos, una resistencia tan grande, que trataba de abrirse paso, pero rebotaba y, a través del estómago, el bazo y el hígado, se le instalaba en la cabeza de tal manera que los ojos azules se le saltaban y dejaban ver en su blanco unas venitas ramificadas que Óscar nunca había observado anteriormente.

Hubo de costarme trabajo y tiempo hacer volver los globos oculares de mi tío a su lugar y comunicar a su corazón un mínimo de compostura. Pero toda mi aplicación al servicio de la estética resultó inútil cuando, poniendo por vez primera en acción el obús mediano de campaña, la gente de la milicia abatió, en tiro directo y apuntando a través del tubo, la verja forjada de delante del edificio del Correo, procediendo para ello, con una precisión admirable que revelaba un alto grado de entrenamiento, a tumbar uno después de otro los pilares de ladrillo, hasta que toda la verja acabó por desplomarse. Mi pobre tío sintió el derrumbe de cada uno de los quince a veinte pilares en lo más vivo de su alma y de su corazón, y ello en forma tan afectivamente apasionada, como si, en vez de tumbar en el polvo los meros pedestales, se hubiera tumbado también con ellos a otros tantos ídolos imaginarios que le fueran familiares e indispensables para su misma existencia.

Sólo así se explica que Jan registrara cada blanco del obús con un chillido agudo que, de haber sido más consciente y deliberadamente orientado, habría poseído, lo mismo que mi grito vitricida, la virtud del diamante cortador de vidrios. Cierto que Jan chillaba con vehemencia, pero de todos modos sin plan alguno, con lo que al cabo sólo logró que Kobyella echara su cuerpo huesudo de conserje inválido hacia nosotros, levantara su cabeza de pájaro sin pestañas y paseara por nuestra común miseria unas pupilas grises y acuosas. Sacudió a Jan. Este gimió. Abrióle la camisa y le palpó el cuerpo en busca de alguna herida —a mí me daban ganas de reír— y, al no encontrar traza de la menor lesión, lo tumbó de espaldas, le agarró la mandíbula, se la sacudió de un lado para otro, la hizo crujir, obligó a la azul mirada bronsquiana de Jan a aguantar el flamear gris aguado de los ojos kobyellanos, juró en polaco salpicándole la cara de saliva y le lanzó finalmente a las manos aquel fusil que hasta entonces Jan había dejado inactivo sobre el piso junto a la aspillera que le estuviera especialmente asignada; porque ni siquiera le había quitado el seguro. La culata le pegó secamente en la tibia. Aquel dolor breve, el primero de carácter corporal después de todos los demás dolores morales, pareció hacerle bien, porque asíó el fusil, estuvo a punto de horrorizarse al sentir el frío del metal en sus dedos y a continuación en la sangre, pero, estimulado en parte por los juramentos y en parte por los argumentos de Kobyella, se arrastró hacia su aspillera.

Mi presunto padre tenía de la guerra, pese a la blanda exuberancia de su fantasía, una idea tan realista, que le resultaba en verdad difícil, por no decir imposible, ser valiente, debido a su falta de imaginación. Sin haber inspeccionado a través de la aspillera que le había sido asignada el campo de tiro que se le brindaba y sin haber buscado en el mismo un blanco que valiera la pena, con el fusil oblicuo y apuntando lejos de sí por encima de los tejados de la Plaza Hevelius, vació su recámara rápidamente y a ciegas, para volver a acurrucarse acto seguido, con las manos vacías, tras los sacos de arena. Aquella mirada implorante que Jan lanzó al conserje desde su escondrijo leíase cual la confesión contrita y entre pucheros de un escolar que no ha hecho su tarea. Kobyella hizo crujir varias veces su mandíbula, rióse luego sonoramente y, como si no pudiera contenerse, interrumpió de repente su risa en forma alarmante, y le dio a Bronski, no obstante ser éste en calidad de secretario del Correo su superior jerárquico, tres o cuatro puntapiés en la tibia. Y tomaba ya nuevo impulso, disponiéndose a clavarle a Jan su informe borceguí en las costillas, cuando el fuego de ametralladora, al pasar la cuenta de los vidrios superiores del cuarto de los niños abriendo surcos en el techo, le hizo bajar el pie ortopédico, a continuación de lo cual se echó tras su fusil y disparó rápidamente y malhumorado, como si quisiera recuperar el tiempo perdido con Jan, tiro tras tiro —todo lo cual ha de computarse a cuenta del desperdicio de municiones durante la segunda guerra mundial.

¿Acaso no me habría visto el conserje? Él, que por lo regular podía ser tan severo e inaccesible como sólo suelen serlo esos inválidos de guerra empeñados en imponer cierta distancia respetuosa, me dejó en esta buhardilla expuesta al viento y en la que el aire estaba cargado de plomo. ¿Diríase acaso Kobyella: éste es el cuarto de los niños y, por consiguiente, Óscar puede quedarse y jugar durante las pausas del combate?

No sé por cuánto tiempo estuvimos tendidos en aquella forma: yo entre Jan y la pared izquierda del cuarto, los dos detrás de los sacos de arena, y Kobyella detrás de su fusil y disparando por dos. Hacia las diez, el fuego amainó. El silencio se hizo tal, que podía yo percibir el zumbido de las moscas, oír las voces de mando procedentes de la Plaza Hevelius y prestar ocasionalmente atención a la sorda labor retumbante de los cruceros en el puerto. Un día de septiembre de sereno a nublado. El sol ponía en todas las cosas una fina película de oro viejo; todo parecía sensible y, sin embargo, duro de oído. Uno de

aquellos próximos días iba a cumplirse mi decimoquinto aniversario. Y yo tenía pedido, como todos los años en septiembre, un tambor de hojalata, nada menos que un tambor de hojalata; renunciando a todos los tesoros del mundo, mis deseos se orientaban exclusiva e inalterablemente hacia un tambor de hojalata esmaltado en blanco y rojo.

Jan no se movía. Kobyella resollaba en forma tan regular, que Óscar pensaba ya que estaría durmiendo y aprovechaba la breve tregua para echar una siestecita, ya que, a fin de cuentas, todos los hombres, inclusive los héroes, necesitan de vez en cuando una destecha reparadora. Yo era el único que tenía sus cinco sentidos despiertos y, con la inexorabilidad de mi edad, estaba empeñado en conseguir mi tambor. No es que sólo ahora, mientras aumentaba el silencio y disminuía el zumbido de una mosca fatigada de verano, me hubiera vuelto al pensamiento el tambor del joven Naczalnik. De ningún modo; ni aun durante el combate, envuelto en el ruido de la batalla, Óscar lo había perdido un solo momento de vista. Ahora, sin embargo, presentábaseme aquella oportunidad que todos mis pensamientos me incitaban a no desperdiciar.

Óscar se levantó lentamente y, evitando los cascós de vidrio, se dirigió sigilosamente pero no por ello en forma menos deliberada hacia el estante donde se encontraba el juguete, y estaba ya construyéndose de pensamiento una tarima hecha de una sillita de niño más una caja de arquitecto superpuesta, cuando me alcanzaron la voz y, a continuación, la mano seca del conserje. Desesperado señalé con la mano el tambor ya tan cercano. Kobyella me tiró hacia atrás. Tendí mis dos brazos hacia el tambor. El inválido vacilaba ya, disponíase ya a levantar los brazos para hacerme feliz, cuando de repente el fuego de ametralladora atacó el cuarto de los niños y, frente a la puerta de la entrada, estallaron nuevas granadas antitanque; Kobyella me lanzó al rincón junto a Jan Bronski, se echó de nuevo tras su fusil, y lo cargaba ya por segunda vez, cuando yo seguía con la mirada pegada todavía al tambor.

Allí yacía Óscar, y Jan Bronski, mi dulce tío de ojos azules, ni siquiera levantó la nariz cuando el cabeza de pájaro con el pie deforme y la mirada aguada me barrera, sin pestañear, hacia aquel rincón, detrás de los sacos de arena, cuando ya estaba tan cerca del objetivo. No es que Óscar llorara. ¡De ningún modo! Antes se iba acumulando en mi pecho la cólera. Unos gusanos grasos, blancoazulados, carentes de ojos se multiplicaban, buscaban un cadáver que valiera la pena: ¡qué me importaba a mí Polonia! ¿Qué era eso, Polonia? ¿No tenían acaso su caballería? ¡Pues que cabalgaran! Besaban la mano a las damas y sólo demasiado tarde se daban siempre cuenta de que no eran los dedos lánguidos de una dama, sino la boca sin colorete de un obús de campaña lo que habían besado. Y he aquí que ya se estaba descargando la doncella de la familia de los Krupp. Chasqueaba los labios, imitaba mal y sin embargo auténticamente los ruidos de batalla que se oyen en las actualidades del cine, lanzaba bombones fulminantes contra la entrada principal del Correo, quería abrir una brecha y la abrió, y a través de la sala de taquillas abierta quería roer la caja de la escalera, para que nadie más pudiera ni subir ni bajar. Y su séquito detras de las ametralladoras, inclusive aquellas de los elegantes carros blindados de reconocimiento, que llevaban pintados al pincel preciosos nombres como el de «Marca del Este» o «País sudete», no lograban saciarse, sino que corrían de un lado para otro, frente al Correo, blindadas, reconociendo y armando estrépito: dos damitas ávidas de cultura, que deseaban visitar un castillo, pero el castillo estaba cerrado todavía. Esto excitaba la impaciencia de las bellas mimadas, que querían entrar, y las obligaba a lanzar a todos los aposentos visibles del castillo unas miradas, miradas gris plomo, penetrantes, del mismo calibre, para que a los del castillo les diera calor y frío y estremecimientos.

Precisamente uno de los carros blindados de reconocimiento —creo que el «Marca del Este»— se lanzaba otra vez contra el Correo desde la calle de los Caballeros, cuando Jan, mi tío, que desde hacía rato parecía estar sin vida, movió su pierna hacia la aspillera y la levantó, con la esperanza de que un carro de reconocimiento la reconociera y le tirara, o de que alguna bala perdida se compadeciera de él y, rozándole la pantorrilla o el talón, le infligiera aquella herida que permite al soldado emprender una retirada exageradamente cojeante.

A la larga, semejante posición de la pierna había de resultar pesada. De vez en cuando se veía precisado a abandonarla. No fue hasta que se hubo tendido sobre la espalda cuando, sosteniéndose la pierna con ambas manos en la corva de la rodilla, halló la fuerza suficiente para exponer la pantorrilla y el talón, en forma más sostenida y con mayor probabilidad de éxito, a las balas perdidas o apuntadas.

Por mucha comprensión que tuviera yo entonces para Jan Bronski y se la tenga hoy todavía, no puedo menos que comprender también la cólera de Kobyella al ver éste a su superior jerárquico, el secretario del Correo Bronski, en aquella posición lamentable y desesperada. De un brinco se puso en pie el conserje, con el segundo estaba ya junto a nosotros, no, sobre nosotros, y ya estaba agarrando, agarraba la ropa de Jan y con la ropa al propio Jan, y levantó el paquete, lo arrojó al piso con violencia, lo agarró otra vez, hizo crujir la ropa, pegó con la izquierda aguantando con la derecha, tomó impulso con la derecha, dejó caer la izquierda, agarróle todavía al vuelo con la derecha y se disponía ya a rematar con la izquierda y la derecha a la vez y a fulminar a Jan Bronski, tío y presunto padre de Óscar, cuando, de repente, se oyó un tintineo, pienso que como el de los ángeles cuando cantan en honor de Dios, y zumbó, como zumba el éter en la radio, y no le dio a Bronski, sino a Kobyella. ¡Mayúscula broma la que se había permitido esa granada! Los ladrillos volaron en astillas y los vidrios se hicieron polvo, el revoque se volvió harina, la madera encontró su hacha, y el cuarto de los niños en conjunto brincaba cómicamente sobre una sola pierna; y ahí las muñecas a la Käthe—Kruse reventaron, ahí el caballo mecedor se desbocó, lamentando no tener un jinete a quien arrojar de la silla, ahí se pusieron de manifiesto los defectos de construcción del juego de arquitecto Märklin y los ulanos polacos ocuparon en un solo movimiento los cuatro ángulos del cuarto, y ahí, por fin, se volcó el estante con los juguetes: y el carrillón anunciaba la Pascua con sus campanas, el acordeón chillaba desesperado, la trompeta le sopló tal vez algo a alguien, todo dio el tono al mismo tiempo, como una orquesta preparándose a empezar: ahí se oyó chillar, explotar, relinchar, campanear, estrellarse, reventar, crujir, chirriar, cantar, todo muy alto, lo que no impedía que por debajo se minaran los fundamentos. A mí, sin embargo, a mí, que al explotar el obús me hallaba como corresponde a un nene de tres años en el rincón del ángel de la guarda del cuarto de los niños, a mí me vino a las manos la hojalata, me vino a las manos el tambor —y el nuevo tambor de Óscar no tenía más que unas pocas grietas en el esmalte pero no presentaba, en cambio, el menor agujero.

Al levantar los ojos del objeto de mi reciente adquisición que, como quien dice, había venido rodando directamente hasta mis pies como por arte de encantamiento, me vi en la obligación de ayudar a Jan Bronski. Éste no lograba sacarse de encima el pesado cuerpo del conserje. Al principio supuse que también Jan estaba herido, porque gemía en forma por demás natural. Pero finalmente, cuando logramos hacer rodar a un lado a Kobyella, que gemía con la misma naturalidad, exactamente, resultó que los daños en el cuerpo de Jan eran insignificantes. Tenía simplemente unos rasguños en la mejilla y en el dorso de una de las manos, que le habían hecho unas astillas de vidrio. Un vistazo rápido me permitió cerciorarme de que mi presunto padre tenía la sangre más clara que el

conserje, al que le coloreaba la pierna del pantalón, a la altura de los muslos, en forma jugosa y oscura.

En cuanto a saber quién le había desgarrado y vuelto a Jan la elegante chaqueta del revés, no había ya manera de aclararlo. ¿Había que achacárselo a Kobyella o a la granada? Colgábale hecha jirones, tenía el forro desprendido, los botones sueltos, las costuras partidas y los bolsillos hacia afuera.

Pido indulgencia para mi pobre Jan Bronski, quien, antes de arrastrar conmigo a Kobyella fuera del cuarto de los niños, empezó a recoger todo lo que un feo temporal le había sacudido de los bolsillos. Encontró su peine, las fotos de sus seres queridos —entre ellas había una de busto de mi pobre mamá—, y su monedero que ni siquiera se había abierto. Con grandes fatigas, y no sin peligro, ya que el temporal había barrido en parte la protección de los sacos de arena, se puso a recoger los naipes del skat esparcidos por el cuarto; quería reunir los treinta y dos y, al no hallar el trigésimo segundo, sentíase desgraciado, pero cuando Óscar lo halló entre dos desvencijadas casas de muñecas y se lo tendió, lo cogió con una sonrisa, a pesar de que era el siete de espadas.

Cuando hubimos arrastrado a Kobyella fuera del cuarto de los niños y lo teníamos ya en el corredor, halló el conserje energía suficiente para decir unas palabras inteligibles para Jan: —¿Lo tengo todo todavía? —preguntó preocupado el inválido. Jan metió la mano en el pantalón, entre las piernas del viejo, comprobó que todo estaba en su lugar y, con la cabeza, le hizo un signo afirmativo.

Todos éramos felices: Kobyella había logrado conservar su orgullo, Jan Bronski tenía los treinta y dos naipes del skat, inclusive el siete de espadas, y Óscar llevaba un nuevo tambor de hojalata que a cada paso le pegaba en la rodilla, en tanto que el conserje, debilitado por la pérdida de sangre, era transportado por Jan y uno al que éste llamaba Víctor un piso más abajo, al depósito de las cartas.

El castillo de naipes

Víctor Weluhn nos ayudó a transportar al conserje, el cual, a pesar de la hemorragia creciente, iba resultando cada vez más pesado. En dicho momento, Víctor, que era muy miope, llevaba todavía sus anteojos y no tropezó en los peldaños de la escalera. De oficio, lo que tratándose de un miope puede parecer inverosímil, Víctor era cartero de giros postales. Hoy, siempre que se habla de él, llamo a Víctor el pobre Víctor. Lo mismo que mi mamá se convirtió por virtud de un paseo familiar a la escollera del puerto en mi pobre mamá, así también convirtióse el cartero de giros postales Víctor, por la pérdida de sus anteojos —en la que sin embargo intervinieron otras circunstancias—, en el pobre Víctor.

—¿Has vuelto a ver al pobre Víctor? —pregunto a mi amigo Vitlar los días de visita. Pero, desde aquel viaje en tranvía de Flingern a Gerresheim —del que habremos de hablar todavía—, Víctor Weluhn se nos ha perdido. Cabe sólo esperar que también sus esbirros lo busquen en vano, que haya encontrado sus anteojos o unos anteojos adecuados y que eventualmente, aunque no ya al servicio del Correo polaco, siga de todos modos haciendo felices a las gentes con billetes de colores y monedas sonoras en calidad de cartero de giros postales del Correo federal alemán, miope, sin duda, pero con anteojos.

—¡Qué desastre! —decía Jan, que había agarrado a Kobyella del lado izquierdo, jadeante.

—¿Y cómo acabará esto, si los ingleses y los franceses no vienen? —preguntaba preocupado Víctor, que cargaba con el conserje por el lado derecho.

—Pero, ¡vendrán! Rydz—Smigly dijo ayer todavía por la radio: Tenemos la garantía: ¡si nos atacan, Francia se levantará como un solo hombre! —costóle trabajo a Jan conservar su aplomo hasta el final de la frase, porque la vista de su propia sangre en el rasguño del dorso de la mano no ponía en duda el tratado de garantía franco—polaco, evidentemente, pero permitía temer que Jan pudiera desangrarse antes de que Francia se levantara como un solo hombre y, conforme a la garantía prestada, asaltara la línea Siegfried.

—Seguramente están ya en camino. ¡Y a estas horas la flota inglesa debe estar ya surcando el Báltico! —a Víctor Weluhn le gustaban las expresiones fuertes, retumbantes. Se paró en la escalera, cargado del lado derecho con el cuerpo del conserje herido, y levantando a la izquierda, como en el teatro, una mano que confería elocuencia a sus cinco dedos—: ¡Venid, bravos británicos!

Mientras los dos iban transfiriendo lentamente y sin dejar de considerar las relaciones polaco—franco—británicas a Kobyella hacia el lazareto de emergencia, Óscar hojeaba mentalmente los libros de Greta Scheffler en busca de pasajes adecuados a la situación. *Historia de la ciudad de Danzig*, de Keyser: «Durante la guerra franco—alemana del año setenta y uno, cuatro navios de guerra franceses penetraron la tarde del veintiuno de agosto de mil ochocientos setenta en la bahía de Danzig, cruzaron frente a la rada y apuntaban ya sus cañones hacia el puerto y la ciudad, cuando, al anochecer, la corbeta de motor *Nymphe* bajo el mando del capitán de corbeta Weickhmann logró obligar a la flota anclada en el Putziger Wieck a replegarse.»

Poco antes de llegar al depósito de las cartas, llegué a la siguiente conclusión, que los hechos habían luego de confirmar: mientras el Correo polaco y toda la llanura de Polonia sufrían el asalto, la Home Fleet hallábase estacionada más o menos al abrigo, en alguna ría del norte de Escocia; el Gran Ejército francés prolongaba su comida de mediodía

y creía haber cumplido el tratado de garantía franco—polaco mandando algunas patrullas de reconocimiento adelante de la línea Maginot.

Frente al depósito—ambulancia nos alcanzó el doctor Michon, que seguía llevando su casco y exhibiendo en el bolsillo del pecho su pañuelito de caballero, juntamente con el delegado de Varsovia, un tal Konrad. Instantáneamente se puso en juego, con mil variaciones y simulando toda clase de heridas graves, el miedo de Jan Bronski. En tanto que Víctor Weluhn, que no estaba herido y, provisto de sus anteojos, podía proporcionar un tirador aceptable, fue mandado a la sala de taquillas de la planta baja, nosotros pudimos permanecer en el local sin ventanas, que se hallaba precariamente iluminado por unas velas, porque la Compañía de Electricidad de la ciudad de Danzig ya no estaba dispuesta a suministrar corriente al Correo polaco.

El doctor Michon, que no acababa de creer en las heridas de Jan pero que de todos modos tampoco parecía apreciarlo sobremanera cual elemento activo para la defensa del edificio del Correo, dio a su secretario postal la orden de que, en calidad en cierto modo de enfermero, cuidara de los heridos y me vigilara a mí, al que acarició superficial y, según me pareció, desesperadamente, para que el niño no se viera mezclado en las operaciones bélicas.

Impacto del obús de campaña a la altura de la sala de taquillas. Nos hizo tambalear. El casco de acero Michon, el delegado de Varsovia Konrad y el cartero de giros postales Weluhn se precipitaron todos hacia sus puestos de combate. En cuanto a Jan y a mí, nos encontramos en compañía de siete u ocho heridos en un local cerrado que amortiguaba todo el ruido de la lucha. Ni siquiera las velas oscilaban especialmente cuando afuera el cañón de campaña se ponía serio. Reinaba allí el silencio, pese a los gemidos de los heridos o tal vez a causa de ellos. Jan vendó rápida y torpemente el muslo de Kobyella con tiras cortadas de una sábana, y disponíase ya a curarse a sí mismo; pero la mejilla y el dorso de la mano de mi tío ya no sangraban. Los rasguños, cubiertos de costra, callaban, pero podían seguir doliendo y alimentando el miedo de Jan, que en aquel local bajo y asfixiante no hallaba salida. Registróse rápidamente los bolsillos y encontró el juego completo: ¡skat! Jugamos al skat hasta que se derrumbó la defensa.

Bajáronse, cortáronse, distribuyéronse y jugáronse treinta y dos naipes. Comoquiera que todos los cestos de cartas estaban ya ocupados por heridos, pusimos a Kobyella contra uno de ellos y, como a cada momento amenazaba con caerse de boca, lo atamos finalmente con los tirantes de otro herido, le ordenamos mantenerse firme y le prohibimos que dejara caer sus naipes, pues lo necesitábamos. ¿Qué hubiéramos podido hacer sin el tercer hombre indispensable para el skat? En cuanto a los de los cestos, difícilmente hubieran alcanzado a distinguir el color y ya no tenían ganas de jugar al skat. En realidad, tampoco tenía deseo alguno de jugar al skat. Lo que deseaba era tenderse. El conserje deseaba no preocuparse y dejar correr el carro. Con sus manos de conserje inactivas por una vez y sus ojos sin pestañas cerrados, deseaba contemplar los últimos trabajos de demolición. Pero nosotros no podíamos permitir semejante fatalismo, sino que lo atamos y lo forzamos a hacer de tercer hombre, en tanto que Óscar jugaba de segundo —y se extrañaba de que el chiquitín supiera jugar al skat.

Es más, cuando por vez primera solté mi voz para adultos y dije «¡Dieciocho!», miróme Jan, levantando la vista de los naipes, en forma breve y maravillosamente azul, pero me hizo que sí con la cabeza, y yo, a continuación: «¡Veinte!», y Jan, sin vacilar: «Sigo», y yo «¿Dos? ¿y tres? ¡veinticuatro!», y Jan, sintiéndolo. «Paso.» ¿Y Kobyella? Pese a los tirantes, estaba ya otra vez a punto de caerse. Pero lo volvimos a enderezar y

esperamos a que se apagara el ruido de un impacto de granada en algún lugar lejos de nuestro cuarto, para cuchichearle Jan, al restablecerse el silencio: —¡Dicen veinticuatro, Kobyella! ¿No oyes lo que dice el niño?

No sé de dónde, de cuáles abismos emergió el conserje. Parecía que hubiera necesitado de unas palancas para levantarse los párpados. Finalmente, dejó errar su mirada acuosa por los diez naipes que Jan, discretamente y sin tratar de hacer trampa, le había puesto previamente en la mano.

—Paso —dijo Kobyella o, mejor dicho, lo leímos en sus labios, demasiado resecos, sin duda, para poder hablar.

Jugué un trébol sencillo. Para poder hacer las primera bazas, Jan, que contró, hubo de gritarle al conserje y de darle bonachona pero rudamente en las costillas, a fin de que se concentrara y no dejara de asistir, porque empecé por destriunfar, sacrificué luego el rey de tréboles que Jan tomó con la sota de espadas, pero volví a tomar la mano, puesto que tenía fallo de diamantes, cortándole a Jan el as de dicho palo, le quité luego con la sota el diez de corazones —Kobyella jugó el nueve de diamantes— y me quedé dueño absoluto con mis corazones firmes: con un juego a uno son dos, contrado, tres, y uno cuatro, cuatro y dos seis, por ocho de los tréboles, son cuarenta y ocho, o sea doce pfennigs. Pero no fue sino en el juego siguiente —arriesgaba yo un contrato más que peligroso sin dos sotas— cuando la cosa se animó, al cortarme Kobyella, que tenía las otras dos pero había pasado a treinta y ocho, la sota de diamantes con la de tréboles. El conserje, al que la jugada había en cierto modo reanimado, salió del as de diamantes y yo tuve que asistir, Jan se deshizo del diez, Kobyella ganó la baza y jugó el rey, que yo hubiera debido cortar pero no lo hice, sino que puse el ocho de tréboles, en tanto quejan hacía lo que podía, tomó inclusive la mano con el diez de espadas, yo corté pero ¡rayos! Kobyella mató con la sota de espadas, de la que yo me había olvidado o creía que la tendría Jan, pero la tenía Kobyella, el cual mató y, naturalmente, jugó espadas, yo hube de descartarme, Jan hizo lo que pudo, hasta que finalmente entraron los corazones, pero ya no había nada que hacer: cincuenta y dos había yo contado a un lado y a otro: juego sin sotas por tres veces del contrato pleno son sesenta o sea ciento veinte, es decir, treinta pfennigs. Jan me prestó dos florines en moneda chica y pagué, pero, a pesar de haber ganado, Kobyella ya se había vuelto a desplomar, y no quería cobrar, y ni siquiera la granada antitanque que ahora explotó por primera vez en la caja de la escalera le hizo efecto alguno, no obstante tratarse de su escalera, la que él había lavado y aseado por espacio de varios años ininterrumpidamente.

A Jan volvió a entrarle el miedo al sacudir una explosión la puerta de nuestro cuarto—buzón y no saber las llamas de las velas qué les pasaba y hacia qué lado inclinarse. E inclusive cuando en la escalera volvía a imperar una tranquilidad relativa y que la siguiente granada antitanque explotó en la fachada exterior, más alejada, Jan Bronski se mostraba agitado al barajar, equivocándose dos veces al repartir, pero yo ya no dije nada más. Mientras ellos siguieran tirando, Jan resultaba inaccesible a toda observación, era un perpetuo sobresalto, se descartaba mal, olvidábase incluso de tapar las cartas, y no dejaba de tender sus orejas pequeñas y bien formadas, sensualmente carnosas, a los ruidos del exterior, en tanto que nosotros aguardábamos con impaciencia a que siguiera el curso del juego. Al paso que Jan iba perdiendo cada vez más sus posibilidades de concentración en el juego, Kobyella, en cambio, cuando no estaba precisamente a punto de desplomarse o necesitaba que se le diera en las costillas, no perdía un detalle. Y ni siquiera jugaba tan mal como parecía estarlo. En efecto, sólo se desplomaba cuando había ganado un jueguecito o bien cuando, contrando, dejaba de cumplir con Jan o conmigo un

gran contrato. Ya no le interesaba perder o ganar: lo único que le interesaba era el juego en sí, y cuando contábamos y volvíamos a contar, se quedaba colgando, ladeado, de los tirantes prestados y sólo permitía que la nuez de su garganta, subiendo y bajando en forma tremebunda, diera señales de vida del conserje Kobyella.

Tampoco Óscar dejaba de sentir la tensión de este skat en tres hombres. No porque los ruidos y las sacudidas relacionadas con el sitio y la defensa del edificio del Correo resultaran excesivamente pesados para mis nervios, sino sobre todo por aquel primer abandono repentino, y en mi opinión temporalmente limitado, de todo disfraz. Ya que si hasta allí sólo me había exhibido sin disimulo ante mi mentor Bebra y la dama sonámbula Rosvita, mostrábame ahora frente a mi presunto padre y frente a un conserje inválido, o sea frente a personas que más adelante no podrían en ningún caso tomarse en consideración en calidad de testigos, cual un adolescente de quince años acredita su acta de nacimiento y que juega al skat con alguna temeridad, sin duda, pero de todos modos no del todo mal. Estos esfuerzos, conformes sin duda a mi voluntad, pero tan en absoluto desacuerdo con mis medidas de gnomos, me provocaron a la media hora escasa de juego violentos dolores de miembros y de la cabeza.

Óscar tenía ganas de abandonar la partida, y sin duda no le hubiera faltado oportunidad, por ejemplo entre dos explosiones que casi seguidas una de otra sacudieron el edificio, de escabullirse, a no ser por un sentido de responsabilidad desconocido hasta ese momento que le obligaba a aguantar y a contrarrestar el miedo de su presunto padre mediante el único remedio eficaz: el juego de skat.

Seguimos pues jugando y prohibimos a Kobyella morir. No pudo. Como que yo estaba atento a que los naipes circularan constantemente. Y cuando, a continuación de una nueva explosión en la caja de la escalera, cayeron las velas y las llamitas se apagaron, fui yo el que, con la presencia de ánimo indispensable, hice lo que obviamente procedía hacer: sacarle a Jan las cerillas del bolsillo; extrayendo al propio tiempo sus cigarrillos con boquilla dorada, devolver a la luz al mundo, encenderle a Jan uno de sus Regattas a título de calmante y restablecer en las tinieblas, una después de otra, las llamitas, antes de que Kobyella, aprovechándose de la oscuridad, se nos pudiera escabullir.

Dos velas asentó Óscar sobre su nuevo tambor y retuvo los cigarrillos al alcance de su mano, sin la menor intención de disfrutar personalmente del tabaco, sino para ofrecérselos a Jan uno después de otro; púsole también uno a Kobyella en la boca contorsionada, y la situación mejoró: el juego se reanimó, el tabaco consoló, calmó, pero no logró de todos modos impedir que Jan perdiera una y otra vez. Sudaba, y, como siempre que se concentraba en algo, hacía cosquillas con la punta de la lengua en el labio superior. A tal punto llegó a animarse que en su ardor me llamaba Alfredo y Matzerath, creyendo tener en Kobyella de compañero de juego a mi pobre mamá. Y cuando en el corredor alguien gritó: —¡Le han dado a Konrad!— me miró con aire de reproche diciendo: —Por favor, Alfredo, apaga la radio. ¡No se entiende nada!

La indignación del pobre Jan subió de punto cuando se abrió la puerta de nuestro depósito y trajeron a Konrad, al que, efectivamente, le había dado una buena.

—¡Esa puerta! —protestó—. ¡Hay corriente! —y la había, en efecto. Las velas flamearon de modo inquietante y no volvieron a calmarse hasta que los hombres que habían dejado a Konrad en un rincón, a la manera como se deja un bulto, volvieron a cerrar la puerta tras de ellos. Teníamos, los tres, un aire extravagante. La luz de las velas nos daba desde abajo y nos confería el aspecto de brujos poderosos. Y cuando Kobyella anunció su corazón sin sotas y dijo veintisiete, treinta —es decir, lo barbotó, dejando al propio tiempo

rodar sus ojos de un lado a otro, y en el hombro izquierdo algo quería salirse y brincaba y se agitaba locamente, hasta que al fin cesó y en eso se desplomó de bruces, arrastrando con él sobre sus ruedas el cesto de ropa con las cartas y el muerto sin tirantes, y Jan, de un solo codazo y con toda su fuerza, detuvo a Kobyella y al cesto de la ropa, y Kobyella, impedido así una vez más de escabullirse, pudo finalmente articular su «corazón», y Jan cuchichear su «¡doblo!» y Kobyella replicar «¡redoblo!», entonces comprendió Óscar que la defensa del Correo polaco había sido eficaz y que aquellos que estaban atacando habían ya perdido la guerra que apenas acababa de iniciarse, aunque en el curso de ella lograban ocupar Alaska y el Tibet, la isla de Pascua y Jerusalén.

Lo único malo fue que Jan no pudiera jugar hasta el final su gran contrato de sin triunfo con cuatro sotas, que tenía ganado. Empezó arrastrando de tréboles —ahora me llamaba Agnés y veía en Kobyella a su rival Matzerath—, jugó a continuación, con toda hipocresía, la sota de diamantes —por lo demás yo prefería que me confundiera con mi pobre mamá que con Matzerath—, después la sota de corazones —con Matzerath no quería yo que se me confundiera en ningún caso— y esperaba con impaciencia a que aquel Matzerath que en realidad era inválido y conserje y se llamaba Kobyella jugara su carta, lo que necesitó algún tiempo, para luego soltar su as de corazones, sin acertar a comprender. Nunca había comprendido bien; sólo tenía ojos azules y olía a agua de Colonia, pero nunca tuvo ni idea ni pudo comprender; de ahí que ahora tampoco comprendiera por qué de repente había dejado Kobyella caer los naipes y había hecho ladearse el cesto de ropa con las cartas y el muerto, hasta que se volcaron primero el muerto, luego un primer montón de cartas y finalmente el cesto entero, de fino trenzado, inundándose con una gran oleada de correspondencia, como si fuéramos los destinatarios, como si ahora nos tocara a nosotros dejar los naipes de lado y ponernos a leer epístolas o a coleccionar sellos. Pero a Jan no le daba ni por leer ni por coleccionar, pues había ya coleccionado demasiado de niño, y lo que quería ahora era jugar, jugar su gran contrato hasta el final y ganar; eso es lo que quería: vencer. Así que levantó a Kobyella y asentó el cesto sobre sus ruedas, pero dejando al muerto fuera, y sin volver tampoco a cargarlo con las cartas, de modo que no tenía lastre suficiente; y sin embargo, se sorprendió cuando Kobyella, atado al cesto móvil y sin peso, mostró que carecía de un apoyo sólido y se fue ladeando más y más, hasta quejan le gritó: —¡Vamos, Alfredo, por favor, no nos vengas ahora a aguar la fiesta! ¿Oyes? ¡Terminemos todavía este juego, y luego nos vamos para casa! ¡Anda!

Ya era demasiado. Óscar se levantó, se sobrepuso al dolor creciente de sus miembros y de su cabeza, colocó sus manitas de tambor tenaz sobre los hombros de Jan Bronski y se esforzó por decirle en voz baja pero insistente: —Déjalo ya, papá. Está muerto: ya no puede. Si quieres, podemos jugar al sesenta y seis.

Jan, al que acababa yo de llamar papá, soltó lo que quedaba de los despojos carnales del conserje, y clavó en mí una mirada cada vez más azul, desbordante, y rompió a llorar: nonononono... Lo acaricié, pero él seguía negando. Lo besé expresivamente, pero él pensaba en su gran contrato que no había podido jugar hasta el final.

—Lo tenía ganado, Agnés, seguro que lo tenía ganado. —Así se lamentaba conmigo como si hubiera sido yo mamá; y yo —su hijo— me adaptaba al papel y le daba la razón, jurando que sí habría ganado, que de hecho había ganado ya y que lo único que hacía falta era que lo creyera así firmemente y que le hiciera caso a Agnés. Pero Jan no nos hacía caso ni a mí ni a mamá, sino que seguía llora que llora, primero berreando a toda máquina, para pasar luego a un lloriqueo más débil y monótono, mientras extraía los naipes de debajo de la mole enfriada de Kobyella, entre las piernas de éste, entre la avalancha de

cartas; no se dio reposo hasta que hubo juntado los treinta y dos. Y los limpiaba ahora de aquel jugo pegajoso que le rezumaba a Kobyella a través del pantalón, puliéndolos uno por uno, y empezó a barajar de nuevo y quería volver a dar, hasta que por fin comprendió, detrás de la piel bien conformada y no tan estrecha pero sí un poco demasiado lisa e impermeable de su frente, que en ese mundo ya no había un tercero para el skat.

Se hizo un gran silencio en el depósito de las cartas. También los de afuera dedicaron un prolongado minuto a la memoria del último compañero de skat y tercer hombre. En eso, Óscar tuvo la impresión de que la puerta se abría sin ruido. Y al mirar de soslayo por encima de su hombro, preparado para cualquier eventualidad sobrenatural, percibió la cara extrañamente ciega y vacía de Víctor Weluhn. —He perdido mis anteojos, Jan. ¿Estás aquí? Tenemos que huir. Los franceses ya no vienen, o llegarán demasiado tarde, vente conmigo, Jan. Guíame, que he perdido mis anteojos.

Tal vez pensara el pobre Víctor que se habría equivocado de cuarto. Porque, al no obtener respuesta ni encontrar sus anteojos ni el brazo de Jan dispuesto para la fuga, retiró su cara sin anteojos, cerró la puerta, y, por espacio de algunos pasos, pudo oír cómo, a tientas y hendiendo la niebla, se daba Víctor a la fuga.

¿Qué pasaría de cómico por la cabecita de Jan, que empezó a reír, primero bajito y todavía entre lágrimas, pero luego sonora y alegremente, meneó su lengua fresca, rosada, puntiaguda, hecha para toda clase de ternuras, lanzó al aire el paquete de los naipes, volvió a cazarlo al vuelo, y finalmente, en medio de aquel cuarto con sus hombres mudos y sus cartas, en medio de aquel silencio que reinaba con aire de domingo, empezó a construir, con movimientos cautelosamente ponderados y conteniendo el aliento, un castillo de naipes sumamente sensible? El siete de espadas y la dama de tréboles formaban la base. Sobre éstos, un diamante, el rey. Al lado de este primer pilar estable levantó otro con el nueve de corazones y el as de espadas sosteniendo el ocho de tréboles. Unió luego las dos bases con otros dieces y sotas de canto, con damas y ases atravesados, de modo que el todo se sostenía en sus partes. A continuación decidió sobreponer al segundo un tercer piso, lo que hizo con aquellas manos de mago encantador que mamá hubo de conocer en ocasión de otras ceremonias análogas. Y al colocar la dama de corazones junto al rey del corazón rojo, el edificio no se hundió: se mantenía airoso, sensible y respirando ligeramente, en aquel cuarto lleno de muertos que no respiraban y de vivos que contenían el aliento, lo que nos permitió juntar las manos e hizo al escéptico Óscar, que contemplaba el castillo como mandan las reglas, olvidar la acre humareda y el hedor que se filtraban lentamente y en espiral por las rendijas de la puerta del depósito de las cartas y daban la impresión de que aquel cuartito con su castillo de naipes dentro lindaba directamente con el infierno.

Habían recurrido a los lanzallamas y, temerosos de un ataque frontal, habían decidido fumigar a los últimos defensores, llevando la cosa al extremo de que el doctor Michon depusiera su casco de acero, echara mano de una sábana y, por las dudas, de su pañuelo de caballero y, agitando uno y otra, ofreciera la rendición del Correo polaco.

Serían unos treinta, medio cegados, chamuscados y con los brazos en alto y cruzados tras la nuca, los que abandonaron el edificio del Correo por la salida lateral izquierda, se alinearon ante el muro del patio y esperaron a la gente de la milicia que avanzaba lentamente. Díjose más tarde que, en el lapso transcurrido mientras se alineaban en el patio y los atacantes se iban acercando sin llegar a acercárseles todavía, tres o cuatro escaparon: a través del garaje del Correo y del garaje contiguo de la policía hacia las casas vacías, que habían sido evacuadas, del Rähm. Habrían encontrado allí prendas de vestir, algunas hasta con las insignias del Partido, se habrían lavado, y arreglado para salir y se

habrían escabullido cada uno por su lado. Y se dijo de uno que había ido a una óptica del Paseo del barrio viejo y se había hecho arreglar unos anteojos, ya que había perdido los suyos durante las acciones bélicas en el edificio del Correo. Y parece ser que, provisto de sus nuevos anteojos, Víctor Weluhn —pues de él se trataba— se tomó una cerveza en el Mercado de la Madera, y luego otra más, porque tenía sed a causa de los lanzallamas, dándose luego con sus nuevos anteojos, que si bien disipaban algo la niebla ante sus ojos no lo hacían lo mismo que los viejos, a aquella fuga que perdura todavía hasta el presente día: ¡a tal punto llega la tenacidad de sus perseguidores!

En cuanto a los demás —y ya dije que eran unos treinta los que no se dieron a la fuga—, se hallaban ya junto al muro, frente a la salida lateral, en el preciso momento en que Jan apoyaba la dama de corazones en el rey de corazones y retiraba, extasiado, sus manos.

¿Qué más diré? Nos encontraron. Abrieron la puerta con violencia, gritaron «¡Fuera!», hicieron remolinos de aire, viento, y el castillo de naipes se vino abajo. No tenían sensibilidad para esta clase de arquitectura. Para ellos no había más que el cemento. Construían para la eternidad. Y ni siquiera se fijaron en la cara indignada y ofendida del secretario postal Bronski. Y al sacarlo no se apercibieron de quejan recogía las cartas y se llevaba algo, ni de que yo, Óscar, quitaba los cabos de vela de mi tambor de nueva adquisición, llevándome el tambor y despreciando los cabos de vela, porque las linternas que nos encaraban eran muchas más de las que hicieran falta; como tampoco se dieron cuenta de que sus luces nos cegaban y a duras penas nos permitían hallar la salida. Y detrás de sus linternas y de sus carabinas apuntadas iban gritando: «¡Fuera!» Y seguían gritando «¡fuera!» cuando ya Jan y yo nos hallábamos en el corredor. Pero su «¡fuera!» se dirigía ahora a Kobyella y a Konrad, el de Varsovia, y también a Bobek y al pequeño Wischnewski, que en vida estaba sentado tras la taquilla de la recepción de telegramas. Y al ver que no les obedecían, les entraba miedo. Y no fue hasta que los de la territorial se dieron cuenta de que se ponían en ridículo ante Jan y ante mí, porque cada vez que ellos gritaban «¡fuera!» yo soltaba una carcajada, cuando cesaron con su griterío y dijeron «¡Ah!» y nos llevaron junto a los treinta del patio, que seguían con los brazos levantados y cruzados detrás de la nuca, tenían sed y posaban para las actualidades cinematográficas.

No acababan aún de sacarnos por la puerta lateral cuando los de las actualidades, con su cámara instalada en un automóvil particular, la volvieron hacia nosotros y nos tomaron esa película que luego habían de exhibir todos los cines.

A mí me separaron del grupo alineado junto a la pared. Y Óscar se acordó de su estatura de gnomo, de sus tres años que todo lo excusaban y, comoquiera que le volvieron los dolores de los miembros y de la cabeza, dejóse caer con su tambor y empezó a agitarse convulsivamente, sufriendo y simulando por mitades un ataque, pero sin soltar durante el mismo su tambor. Y cuando lo levantaron y lo metieron en un auto de servicio de la milicia territorial SS, al arrancar el coche que había de llevarlo al hospital, pudo ver Óscar quejan, el pobre Jan, sonreía sin ver, con una sonrisa estúpida de bienaventurado, tenía en las manos levantadas algunos naipes del skat y, como uno de ellos en la mano izquierda —creo que era la dama de corazones— decía adiós a su hijo y a Óscar que se alejaban.

Yace en Saspe

He releído hace un momento el último capítulo acabado de escribir. Si a mí no me satisface por completo, tanto más debiera satisfacer, en cambio, a la pluma de Óscar, ya que ésta ha logrado en él, si no mentir abiertamente, sí al menos exagerar concisa y

brevemente y aun, en ocasiones, dar de los hechos un resumen deliberadamente breve y conciso.

En honor a la verdad, quisiera ahora tomar desprevenida la pluma de Óscar y rectificar lo siguiente: primero, que el último juego de Jan, el que por desgracia no pudo jugar y ganar hasta el final, no fue un gran contrato, sino un diamante sin sotras; y, segundo, que al abandonar el depósito de las cartas Óscar no se llevó sólo el tambor nuevo, sino también el roto que, juntamente con el muerto sin tirantes y las cartas, se había salido del cesto de la ropa. Quedando además por aclarar que, apenas Jan y yo hubimos abandonado el depósito, porque así nos lo exigían los de la milicia con su «¡fuera!» y sus linternas y sus fusiles, Óscar se colocó como buscando protección entre dos milicianos de aspecto particularmente bonachón y paternal, derramó unas cuantas lágrimas de cocodrilo y señaló con gestos acusadores a Jan, su padre, haciendo del infeliz un malvado que habría arrastrado al edificio del Correo polaco a una criatura inocente, para servirse de ella, en forma inhumanamente polaca, como escudo contra las balas.

Prometiáse Óscar, gracias a esta treta de Judas, alguna ventaja para sus tambores sano y roto, y los hechos no tardaron en darle la razón: los de la milicia, en efecto, le dieron a Jan en las costillas y lo empujaron con la culata de sus carabinas, en tanto que a mí me dejaron mis dos tambores; y mientras uno, un miliciano de cierta edad con arrugas de preocupación alrededor de la boca y la nariz y con aire de padre de familia, me acarició las mejillas, el otro, un tipo blanco de tan rubio, de ojos perennemente sonrientes y, por tanto, oblicuos e invisibles, me tomó en sus brazos, con el consiguiente desagrado de Óscar.

Hoy, en que de vez en cuando me avergüenzo de aquella actitud indigna, vuelvo siempre a repetirme: Jan no se dio cuenta de nada; seguía absorto en los naipes, y siguió absorto en los naipes hasta el final sin que nada, ni las ocurrencias más graciosas o endiabladas de la milicia, pudieran ya distraerlo. Y en tanto quejan se hallaba ya en el reino eterno de los castillos de naipes y moraba, afortunado, en una de esas mansiones que el soplo de la fortuna gobierna, nos encontrábamos los milicianos y yo —porque Óscar se incluía ya entre los milicianos— entre muros de ladrillos, sobre pisos de corredores embaldosados, bajo techos con molduras de estuco a tal punto imbricados entre sí con paredes y tabiques, que podía temerse lo peor el día en que, cediendo al azar de tales o cuales circunstancias, toda esa labor de pegamento que designamos como arquitectura viniera a perder su cohesión.

Claro está que no basta esta comprensión tardía para justificarme, tanto menos que a mí —que en cuanto veo andamiajes he de pensar siempre en trabajos de demolición— la creencia en los castillos de naipes cual única mansión digna del hombre no me era totalmente ajena. A lo que perfectamente convencido de que Jan Bronski no sólo era mi tío, sino también mi padre, y no ya putativo, sino verdadero. O sea una ventaja que lo distingue para siempre de Matzerath, porque Matzerath, o fue mi padre, o no ha sido nada en absoluto.

Data pues del primero de septiembre del treinta y nueve —porque supongo que también ustedes habrán reconocido aquella tarde aciaga en el bienaventurado Jan Bronski que jugaba a los naipes a mi padre—, de aquel día data mi segunda gran culpa.

Nunca, ni cuando más propenso me siento a la indulgencia para conmigo mismo, puedo hacer a un lado esta idea: mi tambor, ¿qué digo?, yo mismo, el tambor Óscar, llevé primero a mi pobre mamá, y luego a Jan Bronski, mi tío y padre, a la tumba.

Pero, al igual que todo el mundo, los días en que un sentimiento importuno de culpabilidad, que nada logra desalojar del cuarto, me aplasta contra las almohadas de mi cama de sanatorio, me escudo en mi ignorancia, que entonces se puso de moda y aún siguen llevándola muchos, cual sombrero elegante que les sienta bien.

Óscar, el astuto ignorante, fue llevado en calidad de víctima inocente de la barbarie polaca, con fiebre y excitación nerviosa, al Hospital Municipal. Informóse a Matzerath. Éste había denunciado mi pérdida desde la víspera, aunque no constara todavía que yo le perteneciese.

En cuanto a los treinta hombres, a los que hay que añadir a Jan, que se habían alineado con los brazos en alto cruzados detrás de la nuca, después que las actualidades hubieron tomado la correspondiente película, los llevaron primero a la Escuela Victoria, evacuada al efecto, los pusieron luego en capilla y, finalmente, a principios de octubre, los acogió la arena movediza detrás del muro del cementerio desafectado de Saspe.

¿Cómo sabe esto Óscar? Lo sabe por Leo Schugger. Porque oficialmente no se dijo, por supuesto, sobre cuál arena y ante cuál muro se fusiló a los treinta y un hombres y en qué arena se hicieron desaparecer los cadáveres.

Eduvigis Bronski recibió primero una orden de evacuación del piso de la Ringstrasse, que fue ocupado por los familiares de un oficial superior de la Lufwaffe. Mientras con la ayuda de Esteban recogía sus cosas y preparaba el traslado a Ramkau — allí poseía ella unas hectáreas de tierra y bosque y, además, la casita del arrendatario—, llególe a la viuda una noticia que sus ojos, capaces sin duda de reflejar pero no de comprender la miseria de este mundo, sólo pudieron descifrar lentamente y con el auxilio de su hijo Esteban, en el sentido que la hacía viuda en negro sobre blanco. Decíase en ella:

Juzgado del Tribunal del grupo Eberhardt St.

L. 4 1/39.

Zoppot, 6 de octubre de 1939

Señora Eduvigis Bronski,

De orden superior se le comunica por la presente que el llamado Bronski, Jan, ha sido sentenciado a la pena capital por un Consejo de Guerra y ejecutado en calidad de guerrillero.

Zelewski

(Inspector de Justicia en Campaña)

Como verán ustedes, de Saspe no se dice una palabra. Se tuvo consideración a los familiares; se les quiso ahorrar los gastos del cuidado de una tumba colectiva excesivamente espaciosa y devoradora de flores, lo mismo que los de un posible traslado, aplanando para ello el arenal de Saspe y recogiendo los casquillos de los cartuchos con excepción de uno —porque siempre se suele dejar uno—, ya que los casquillos abandonados afean el aspecto de un cementerio decente, aun si está fuera de servicio.

Y este único casquillo, que suele siempre quedar y es el que cuenta, lo encontró Leo Schugger, a quien por lo demás ningún entierro, por clandestino que fuera, podía ocultársele. Leo, que me conocía del entierro de mi pobre mamá y del de mi amigo Heriberto Truczinski, rico en cicatrices, y que sabía seguramente también dónde enterraron

a Segismundo Markus —aunque nunca se lo pregunté—, estaba encantado y no podía contener su alegría cuando, a fines de noviembre —me acababan de dar de alta del hospital—, pudo hacerme entrega del casquillo acusador.

Pero antes de conducir a ustedes con dicho casquillo ligeramente oxidado, que tal vez había contenido precisamente el plomo destinado a Jan, y siguiendo a Leo Schugger, al cementerio de Saspe, he de rogarles que comparen la cama metálica del Hospital municipal del Danzig, Sección infantil, con la de mi sanatorio actual. Las dos camas están esmaltadas en blanco y, sin embargo, son distintas. La de la Sección infantil era más reducida si se considera el largo, pero más alta, en cambio, si se miden los barrotes. Y aunque yo doy la preferencia al lecho más corto y más alto de barrotes del año treinta y nueve, he encontrado, con todo, en mi cama actual de tamaño estándar para adultos un reposo que se ha venido a hacer menos exigente; así que dejo al criterio de la dirección del establecimiento que resuelva favorable o negativamente la solicitud que tengo presentada desde hace meses en demanda de una barandilla más alta pero igualmente metálica y esmaltada en blanco.

En tanto que hoy estoy expuesto casi sin defensa a mis visitantes, separábame en la Sección infantil del visitante Matzerath y de las parejas de visitantes Greff y Scheffler un cerco más alto, y, hacia el final de mi hospitalización, mis barrotes dividían aquella mole ambulante de cuatro faldas superpuestas que tenía por nombre el de mi abuela Ana Koljaiczek en secciones angustiadas y de respiración difícil. Venía, suspiraba, levantaba de vez en cuando sus grandes manos arrugadas, mostraba las grietas de sus palmas rosadas y las dejaba caer con desaliento, manos y palmas, sobre sus muslos, con un ruido sonoro que sigo oyendo hoy todavía pero que sólo logro imitar aproximadamente con mi tambor.

Ya en su primera visita llevó con ella a su hermano Vicente Bronski, el cual, aferrado a los barrotes, hablaba bajito, pero insistentemente y sin parar, de la reina de Polonia, de la Virgen María, o canturreaba a su propósito o hablaba de ella canturreando. Óscar se alegraba cuando con ellos había allí junto alguna enfermera. Como que me acusaban. Me miraban con sus serenos ojos bronsquinianos y esperaban de mí, que me esforzara por superar las consecuencias del juego de skat en el edificio del Correo polaco y mi fiebre nerviosa, una indicación, alguna palabra de pésame o un informe indulgente acerca de las últimas horas dejan, divididas entre el miedo y los naipes. Una confesión era lo que querían, un testimonio de descargo en favor de Jan, ¿como si yo hubiera podido descargarlo o como si mi testimonio hubiera tenido peso y valor probatorio alguno!

¿Qué le hubiera dicho, por ejemplo, al tribunal del grupo Eberhardt, una declaración por el estilo de ésta: Yo, Óscar Matzerath, confieso que la víspera del primero de septiembre estuve esperando a Jan Bronski cuando se iba para su casa y, valiéndome de un tambor necesitado de reparación, lo induje a volver a aquel edificio del Correo polaco que él ya había abandonado porque no quería defenderlo?

Óscar no dio tal testimonio, ni descargó a su presunto padre: pero, cuando se disponía a convertirse en testigo audible, le acometieron unos ataques tan violentos que, a petición de la enfermera jefe, el tiempo de visita le fue limitado y las visitas de su abuela Ana y de su presunto abuelo Vicente quedaron suprimidas.

Cuando los dos viejitos, que habían venido de Bissau a pie y me habían traído unas manzanas, abandonaron la sala de la Sección infantil con esa exagerada prudencia y esa desmaña propias de la gente del campo, agrandóse, conforme las faldas oscilantes de mi abuela y el traje negro de domingo con olor a boñiga de su hermano se iban alejando, mi culpa, mi grandísima culpa.

La de cosas que ocurren a un mismo tiempo. Mientras los Matzerath, los Greff y los Scheffler se agrupaban en torno a mi cama con frutas y pasteles, mientras de Bissau venían a verme a pie pasando por Goldkrug y Brenntau porque la vía de ferrocarril de Karthaus a Langfuhr no estaba libre todavía, mientras unas enfermeras blancas y detonantes comadreaban sus chismes de hospital y sustituían en la Sección infantil a los ángeles, Polonia no estaba perdida todavía, pero lo había de estar pronto y, finalmente, después de los famosos dieciocho días, ya lo estaba, aunque no tardara en revelarse que no lo estaba aún; lo mismo que tampoco hoy, pese a los establecimientos de colonos silesianos y prusiano—orientales, Polonia está perdida todavía.

¡Oh insensata caballería —buscando arándanos a caballo! Las lanzas adornadas con banderolas blanquirrojas. Los escuadrones Melancolía y Tradición. Ataques de libros de estampas. Campo traviesa a Lodz y Kutno. Modlin sustituyendo el fuerte. ¡Oh excelso galopar, siempre en espera del rojo incendio del ocaso! La caballería no ataca sino cuando el primer término y el fondo son espléndidos, porque la batalla es pictórica y la muerte un modelo para pintores; firmes primero y al galope luego, y luego cayendo, en busca de arándanos; los escaramujos crujen y revientan, y dan el escozor sin el cual la caballería no galopa. Los ulanos sienten de nuevo el escozor y operan una conversión con sus caballos allí por los almiarés —lo que también proporciona materia para un cuadro— y se reagrupan detrás de uno que en España se llama Don Quijote, pero aquí tiene por nombre Pan Kiehot: un polaco de pura cepa de noble y triste figura, que ha enseñado a todos sus ulanos a besar la mano a la jineta, de modo que siempre están listos para besársela devotamente a la muerte —como si ésta fuera una dama—; pero primero se agrupan, con el incendio del ocaso a la espalda, porque el efectismo es su reserva; los tanques alemanes por delante, los potros de las yeguas de los Krupp, los von Bohlen y los Halbach: brutos más nobles nadie los ha montado. Pero ese caballero extravagante hasta la muerte, medio polaco y medio español —el arrojado Pan Kiehot, más que arrojado, ¡ay!— baja su lanza adornada con la banderola e invita, blanquirrojo, al besamanos, porque el incendio prende el ocaso, y las cigüeñas castañetean blanquirrojas en los tejados, y las cerezas escupen sus huesos; y grita a la caballería: —¡Bravos polacos a caballo, éstos que veis allí no son tanques de acero, sino sólo molinos o borregos: os invito al besamanos!

Y así los escuadrones cargaron contra el flanco gris campaña del acero y dieron al ocaso un esplendor algo más rojo.

Perdónense a Óscar esta figura final y el tono épico de esta descripción de la batalla campal. Sería tal vez más indicado que consignara yo aquí el número de bajas de la caballería polaca y diera una estadística impresionantemente concisa de la llamada campaña de Polonia. A petición, sin embargo, podría poner aquí un asterisco o una nota a pie de página, dejando en esta forma subsistir lo poemático.

Hasta alrededor del veinte de septiembre, oí desde mi cama del hospital las salvas de las baterías emplazadas en las alturas de los bosques de Jeschkental y Oliva. Y luego rindióse el último foco de resistencia, la península de Hela. La Ciudad Libre hanseática de Danzig pudo celebrar la incorporación de su gótico en ladrillo al Gran Reich alemán y mirar entusiásticamente en los ojos al Führer y Canciller del Reich Adolf Hitler, de pie en su Mercedes negro y saludando casi infatigablemente en ángulo recto: en aquellos ojos azules que tenían con los ojos azules dejan Bronski un éxito en común, a saber, el éxito con las mujeres.

A mediados de octubre, Óscar fue dado de alta del Hospital municipal. La despedida de las enfermeras se me hizo difícil. Y cuando una de ellas —creo que fue la

señorita Berni o Erni—, cuando, pues, la señorita Erni o Berni me restituyó mis dos tambores: el roto, que me había hecho culpable, y el nuevo, que yo había conquistado durante la defensa del edificio del Correo polaco entonces pude darme cuenta de que por espacio de varias semanas no había vuelto a pensar en mi hojalata y que, aparte de los tambores de metal, había para mí en el mundo algo más: ¡las enfermeras!

Instrumentado de nuevo y equipado con nuevo saber, abandoné de la mano de Matzerath el Hospital municipal, para confiarme en el Labesweg, inseguro todavía sobre mis pies de niño de tres años, a la vida cotidiana, al cotidiano aburrimiento y a los domingos, más aburridos todavía, del primer año de guerra.

Un martes de fines de noviembre —salía yo a la calle por primera vez, después de varias semanas de convalecencia—, encontré a Óscar en la esquina de la Plaza Max Halbe con el camino de Brösen, mientras iba golpeando ante sí malhumorado el tambor sin prestar atención al tiempo frío y húmedo, al ex seminarista Leo Schugger.

Por algún tiempo nos estuvimos mirando con una sonrisa embarazada, y no fue hasta que Leo sacó de los bolsillos de su levita los guantes de ante y deslizó sobre sus dedos y palmas las vainas blanco amarillentas como pellejos de los mismos, cuando comprendí a quién había encontrado y lo que aquel encuentro me tenía reservado —y entonces Óscar sintió miedo.

Miramos todavía los escaparates de los cafés Kaiser, seguimos con la vista algunos tranvías de las líneas 5 y 9, cuyos trayectos se cruzaban en la Plaza Max Halbe, caminamos a lo largo de las casas uniformes del Brösener Weg, dimos varias vueltas a una cartelera, estudiamos un anuncio que informaba acerca de la conversión del florín de Danzig en marcos del Reich, raspamos un anuncio del Persil, hallamos debajo del blanco y el azul algo de rojo, y, ya contentos, dábamos vuelta hacia la plaza, cuando Leo Schugger empujó con ambos guantes a Óscar hasta el interior de un zaguán, se pasó primero los dedos enguantados de la mano izquierda detrás de la levita y luego bajo los faldones de ésta, exploró el bolsillo de su pantalón, lo escudriñó, halló algo, examinó todavía el hallazgo en el bolsillo y, aprobándolo, extrajo del bolsillo el puño cerrado, dejó caer de nuevo el faldón, alargó lentamente el puño enguantado, lo fue alargando cada vez más, empujó a Óscar hacia la pared del zaguán —su brazo era largo y la pared no cedía—, y no abrió la piel de cinco dedos hasta que yo empezaba ya a pensar: ahora se le va a desprender el brazo del hombro, se le va a hacer independiente, me dará en el pecho, lo atravesará, hallará la salida por entre los omóplatos, penetrará en la pared de este zaguán enmohecido, y Óscar no sabrá nunca lo que Leo tenía en la mano pero se habrá aprendido en todo caso el texto del reglamento interior de la casa Brösener Weg, que no se diferenciaba esencialmente de el del Labesweg.

Ya junto a mi abrigo de marinerito, y cuando me apretaba uno de los botones de ancla, abrió Leo el guante en forma tan rápida que oí crujir las articulaciones de sus dedos: sobre la piel mohosa y reluciente que cubría la palma de su mano apareció el casquillo.

Al cerrar Leo nuevamente el puño, estaba yo dispuesto a seguirlo. El pedazo de metal me había afectado directamente. Uno al lado del otro, Óscar a la izquierda de Leo, bajamos el Brösener Weg sin detenernos esta vez ante escaparate o cartelera alguna, atravesamos la calle de Magdeburg, dejamos atrás las dos casas altas y en forma de caja que están al final del Brösener Weg y en las que de noche brillaban las luces para los aviones que aterrizaban o emprendían el vuelo, seguimos primero a lo largo de la cerca del aeropuerto, llegamos luego a la carretera asfaltada y continuamos adelante siguiendo los rieles del tranvía de la línea 9 en dirección de Brösen.

Íbamos sin hablar ni una palabra, pero Leo seguía teniendo el casquillo en el guante. Cuando yo vacilaba y quería volverme atrás a causa del frío y de la humedad, entonces él abría el puño, hacía saltar el pedacito de metal sobre la palma de la mano y me arrastraba así cien pasos más, y luego otros cien, y recurriendo inclusive a efectos musicales cuando, al penetrar en territorio municipal de Saspe, me vio ya decidido a emprender seriamente la retirada. Girando sobre sus tacones, tomó el casquillo con la abertura hacia arriba, apretó el orificio a manera de flauta contra su babeante y prominente labio inferior y lanzó en medio de la lluvia, cada vez más espesa, un sonido ronco, ora estridente, ora como amortiguado por la niebla. Óscar tiritaba. No era sólo la música del casquillo la que lo hacía tiritar; aquel tiempo de perros, que parecía hecho ex profeso para las circunstancias, contribuía a que apenas me esforzara yo por disimular el frío miserable que sentía.

¿Qué era lo que me atraía hacia Brösen? Primero, por supuesto, aquel cazador de ratas de Leo que silbaba en el casquillo. Pero también el silbar incesantemente de muchas otras cosas. Procedentes de la rada y de Neufahrwasser, que quedaban detrás de la niebla de noviembre, parecida al vapor de un lavadero, nos llegaban, a través de Schottland, Schellmühl y la Colonia del Reich, las sirenas de los barcos y el aullido famélico de un torpedero que entraba o salía, de modo que a Leo le resultaba cosa fácil hacer seguir, entre la bocinas de niebla, las sirenas y el casquillo silbante, a un Óscar que tiritaba de frío.

Aproximadamente a la altura del alambrado que tomaba la dirección de Pelonken y separaba al aeropuerto del nuevo campo de maniobras y del foso de Zingel, Leo Schugger se detuvo y consideró por algún tiempo, con la cabeza ladeada y por encima de la baba que desbordaba del casquillo, mi cuerpo estremecido por el frío. Fijóse el casquillo al labio inferior mediante un movimiento de succión y, obedeciendo a una inspiración y moviendo agitadamente los brazos, se quitó la levita con faldones y me puso el tejido pesado, que olía a tierra húmeda, sobre la cabeza y los hombros.

Reemprendimos nuestro camino. No sabría decir si Óscar sentía ahora menos frío. De vez en cuando, Leo se adelantaba unos cinco pasos, se paraba y, con su camisa ajada pero terriblemente blanca, presentaba una figura que podía antojarse escapada de algún calabozo medieval, de la Torre de la Ciudad, por ejemplo, vestida de la camisa deslumbrante que la moda de la época prescribía para los dementes. Cada vez que Leo miraba a Óscar, que iba tambaleándose bajo la levita, soltaba una nueva carcajada que remataba cada vez con un aletear parecido al de un cuervo al graznar. Yo también debía parecer un pájaro raro, no un cuervo quizá, pero sí una corneja, tanto más que los faldones de la levita me colgaban por detrás y, cual un vestido de cola, barrían el asfalto; dejaba tras de mí una estela ancha y majestuosa, que ya a la segunda mirada que le echó por encima del hombro hizo sentirse a Óscar orgulloso viendo en ella el trasunto, por no decir el símbolo, de un sentimiento trágico latente en él y hasta entonces aún no definido.

Ya en la Plaza Max Halbe había presentado que Leo no se proponía llevarme a Brösen o a Neufahrwasser. Desde el principio de esta caminata sólo pensaba en el cementerio de Saspe o en el foso de Zingel, en cuya vecindad inmediata se hallaba un moderno stand de tiro de la Policía.

De fines de septiembre a fines de abril, los tranvías de las líneas de los balnearios sólo circulaban cada treinta y cinco minutos. Cuando dejamos las casas del suburbio de Langfuhr, nos vino al encuentro un tranvía sin remolque. Un instante más tarde nos pasó el tranvía que en la bifurcación de la calle de Magdeburg había de esperar el paso del tranvía ascendente. Poco antes del cementerio de Saspe, nos pasó primero, tocando la campana, un

vagón, y luego otro, al que hacía ya rato habíamos visto esperar en la niebla, porque, debido a la escasa visibilidad, llevaba encendido delante un foco amarillo—húmedo.

Fresca todavía en la retina la imagen de la cara achatada y hosca del conductor del tranvía ascendente, Óscar fue conducido por Leo Schugger, abandonando la carretera asfaltada, por un terreno arenoso que anunciaba ya las dunas de la playa. Un muro cuadrado cercaba el cementerio. Por el costado sur, una puertecita en que la herrumbre producía muchos arabescos, cerrada sólo aparentemente, nos permitió la entrada. Por desgracia, Leo no me dejó tiempo de contemplar las lápidas mortuorias fuera de su lugar, a punto de caer o ya tumbadas, de granito negro sueco o de diabasa, en su mayoría simplemente talladas por detrás y a los lados, y pulidas sólo por delante. Unos cinco o seis pinos raquíuticos, crecidos sin orden ni concierto, sustituían la arboleda del cementerio. En vida de mamá, ella había mostrado su preferencia por este lugar en ruinas desde el tranvía, con respecto a otros sitios de reposo. Pero ahora yacía ella en Brenntau. Allí el suelo era más rico; crecían en él álamos y arces.

A través de una puertecita abierta, sin verja, del lado norte, Leo me sacó del cementerio antes de que yo pudiera tomar pie en aquellas ruinas nimbadas de ensueño. Inmediatamente detrás del muro nos encontramos sobre un terreno arenoso llano. Retama, abetos y matas de escaramujo flotaban hacia la costa, destacándose fuertemente en la niebla movediza. Mirando atrás hacia el cementerio, noté en seguida que una porción del muro norte estaba recién encalada.

Leo se movía solícito de un lado para otro frente al muro, de aspecto nuevo y tan dolorosamente deslumbrante como su camisa hecha jirones. Daba unos pasos exageradamente largos, parecía contarlos y los contó en voz alta y, a lo que recuerda hoy todavía Óscar, en latín. Cantaba asimismo el texto, tal como debió de aprenderlo en el seminario. A unos diez metros del muro marcó Leo un punto, puso delante del revoque enjalbegado, y a mi parecer reparado, un pedazo de madera, todo ello con la mano izquierda, ya que guardaba en la derecha el casquillo y, finalmente, después de mucho buscar y medir, colocó junto al pedazo lejano de madera aquel metal algo más estrecho por delante que había contenido un ánima de plomo hasta que alguien, con el índice encorvado, había buscado el punto de disparo, sin apretar, había desahuciado el plomo y ordenado la mortífera mudanza.

Seguíamos allí parados, sin movernos. Leo Schugger dejaba que le fluyera la baba y le formara hilos. Cruzaba los guantes uno sobre otro, canturreó al principio todavía algunos latinajos, pero, no hallando quien pudiera seguirle el responso, optó por callarse. Volvíase también de vez en cuando y miraba con fastidio e impaciencia por encima del muro hacia la carretera de Brösen cada vez que los tranvías, vacíos en su mayoría, paraban en la bifurcación, se esquivaban mutuamente tocando la campana y se iban distanciando. Es probable que Leo estuviera esperando al duelo. Pero ni a pie ni en el tranvía vio venir a nadie a quien ofrecer el pésame de su guante.

Un momento zumbaron por encima de nosotros unos aviones que se disponían a aterrizar. No levantamos la vista y aguantamos el estrépido de los motores, negándonos a dejarnos convencer que eran tres máquinas del tipo Ju 52 que se disponían a tomar tierra con las luces guiñando en las puntas de las alas.

Poco después que los motores nos hubieron dejado, enmedio de un silencio tan penoso como blanco era el muro allí enfrente, Leo, echando mano a su camisa, sacó algo, plantóse acto seguido a mi lado, arrancó de los hombros de Óscar su vestido de corneja,

partió corriendo en dirección de la retama, los escaramujos y los abetos hacia la costa y, al alejarse, dejó caer algo ostensiblemente, como queriendo que alguien fuese a recogerlo.

No fue sino hasta que Leo hubo desaparecido definitivamente —estuvo dando bandazos por algún tiempo cual un fantasma en la tierra de nadie, hasta que unos jirones lechosos de niebla adheridos al suelo se lo tragaron—, hasta que me encontré completamente solo con la lluvia, cuando recogí el pedacito de cartón clavado en la arena: era el siete de espadas del skat.

Pocos días después del hallazgo en el cementerio de Saspe, Óscar se encontró en el mercado semanal de Langfuhr a su abuela Ana Koljaiczek. Al desaparecer de Bissau la aduana y la frontera territorial, había podido seguir llevando nuevamente al mercado sus huevos, su mantequilla, sus coles verdes y sus manzanas de invierno. La gente compraba de buena gana y mucho, porque se esperaba de un momento a otro el racionamiento de los víveres, lo que estimulaba la creación de reservas. En el momento mismo en que Óscar vio a su abuela acurrucada detrás de su puesto, sintió directamente sobre la piel, debajo del abrigo, del jersey y de la camiseta, el naipe del skat. Mi primer impulso, mientras regresaba en el tranvía de Saspe a la Plaza Max Halbe, invitado por un conductor caritativo, había sido romper el siete de espadas.

Pero Óscar no lo rompió. Se lo dio a su abuela. Cuando ésta vio a Óscar se llevó un buen susto detrás de sus coles tiernas. Tal vez pensara que Óscar no le traía nada bueno. Pero luego hizo señas al niño de tres años, que se había medio escondido tras unos cestos de pescado, para que se acercara. Óscar se hizo el remolón; contempló primero un atún vivo, tendido sobre unas algas húmedas y que medía un metro de largo e hizo como que se paraba a mirar unos cangrejos provenientes del lago de ótomín, encerrados por docenas en un cestito en el que seguían practicando su peculiar modo de andar, para luego imitarlos y acercarse reculando al puesto de su abuela echando por delante la espalda de su abrigo de marinerito y mostrándole primero los botones dorados con ancla, con lo que vino a dar contra uno de los caballetes que sostenían el tinglado de su abuela e hizo saltar rodando las manzanas.

Schwerdtfeger vino con los ladrillos calientes envueltos en papel de periódico, los empujó bajo las faldas de mi abuela, sacó con la pala, como antaño, los ladrillos fríos, hizo una raya en la pizarra que llevaba colgada, pasó al siguiente puesto, y mi abuela me tendió una manzana lustrosa.

¿Qué podía Óscar darle en cambio, si ella le daba una manzana? Le entregó primero el naipe del skat y luego el casquillo, que tampoco había querido dejar tirado en Saspe. Durante mucho tiempo, sin comprender, permaneció Ana Koljaiczek con la mirada clavada en aquellos objetos tan distintos entre sí. Entonces acercóse la boca de Óscar a su apergaminada oreja de vieja tapada por el pañuelo y, sin más precaución y pensando en la oreja pequeña de Jan, rosada pero carnosa, con sus lóbulos largos y bien formados, le susurró al oído: —Yace en Saspe— y volcando un cuévano de coles tiernas, se fue corriendo.

María

En tanto que la Historia, en una catarata de comunicados especiales, recorría cual vehículo bien engrasado las carreteras, las vías fluviales y las rutas aéreas de Europa y las conquistaba a la carrera, a nado o en vuelo, mis negocios, que sólo se limitaban al mero desgaste de tambores de juguete, iban mal, se estancaban y acabaron parándose por completo. En tanto que los demás derrochaban sin ton ni son el costoso metal, a mí se me volvió a agotar la hojalata. Claro que Óscar había logrado salvar del edificio del Correo polaco un instrumento nuevo, apenas rayado, dando con ello cierto sentido a la defensa del Correo, pero, ¿qué podía ya representar para mí, que en mis buenos tiempos necesitaba apenas ocho semanas para convertir la lámina en chatarra, el tambor de hojalata del señor Naczalnik hijo?

Tan pronto como hube sido dado de alta del Hospital municipal, empecé, lamentando la pérdida de mis enfermeras, a trabajar redoblando y, trabajando, a redoblar. La tarde lluviosa del cementerio de Saspe no me hizo desmayar en mi oficio; antes por el contrario, Óscar redobló a partir de entonces sus esfuerzos y puso todo su empeño en la tarea de aniquilar el último testigo de su ignominia frente a los milicianos: el tambor.

Pero éste aguantaba, me respondía, y, cuando lo golpeaba, me devolvía los golpes, acusándome. Y es curioso que, mientras más lo golpeaba, sin otro objeto en el fondo que el de borrar una parte temporalmente limitada de mi pasado, me viniera siempre de nuevo a la memoria el cartero de giros postales Víctor Weluhn, por más que éste, como buen miope, apenas hubiera podido atestiguar en contra mía. Pero ¿no había logrado huir, como buen miope? ¿No habría que pensar en definitiva que los miopes ven mejor, y que Weluhn, al que generalmente designo como el pobre Víctor, habría leído mis gestos en silueta negra sobre el fondo blanco, habría comprendido mi acto de Judas y llevaría ahora consigo por el mundo entero el secreto y la deshonra de Óscar?

Fue apenas hacia mediados de diciembre cuando las acusaciones de la conciencia esmaltada en llamas rojas y blancas que llevaba colgando de mi cuello empezaron a perder su fuerza de convicción. El esmalte mostraba grietas del grueso de un cabello y empezaba a deshojarse. La hojalata se puso blanda y delgada, y se rompió antes de hacerse transparente. Como siempre que algo sufre y se aproxima a su término, el testigo que asiste al sufrimiento quisiera reducirlo y acelerar el final. Durante las últimas semanas de Adviento, Óscar se dio prisa y trabajó en forma que los vecinos y Matzerath no encontraban manos que llevarse a la cabeza: quería liquidar el asunto para la víspera de Navidad, porque por Navidad esperaba yo obtener un nuevo tambor carente de pasado.

Lo logré. La víspera del veinticuatro de diciembre pude desprenderme, del cuerpo y del alma, un algo ajado, bamboleante y sin consistencia, que recordaba un auto chocado. Era, así lo esperaba, como si también para mí se hubiera ahora desmoronado definitivamente la defensa del edificio del Correo polaco.

Nunca ha experimentado hombre alguno —suponiendo que quieran ustedes considerarme como tal— fiesta navideña más decepcionante que la que vivió entonces Óscar, porque bajo el árbol de Navidad encontró un montón de regalos entre los que no faltaba nada, excepto un tambor de hojalata.

Había allí un juego de construcción que nunca había de abrir. Un cisne mecedor pretendía ser un regalo muy especial y convertirme en Lohengrin. Para mayor berrinche se habían atrevido a poner sobre la mesita de los regalos tres o cuatro libros de estampas. Lo

único que de todo aquello me pareció utilizable fueron un par de guantes, unas botas de lazos y un jersey rojo que había tejido Greta Scheffler. Desconcertado, dejaba Óscar errar su mirada del juego de construcción al cisne mecedor y clavaba los ojos en los instrumentos de toda clase que los ositos Teddy de los libros de estampas, que pretendían ser graciosos, tenían entre las patas. Una de aquellas alimañas supuestamente graciosa sostenía inclusive un tambor, hacía como si supiera tocar, como si fuera a empezar un número de tambor, como si ya se hallara en pleno redoble: ¡y yo tenía un cisne, pero ningún tambor; tenía probablemente más de mil maderos de construcción, pero ni un solo tambor; tenía manoplas para las noches de invierno más heladas, pero nada en ellas que pudiera sacar a la noche invernal, redondo, liso, esmaltado en frío glacial y de hojalata, para darle algo de calor a la helada!

Óscar echó sus cuentas: Matzerath ha de tener el tambor escondido todavía, o tal vez Greta Scheffler, que había venido con su marido el panadero para devorar nuestra oca navideña, debe de estar sentada encima. Quieren gozar de mi entusiasmo por el cisne, las construcciones y los libros de estampas antes de salir con el verdadero tesoro. Cedió, pues, hojeé como loco los libros de estampas, me monté en el cisne y, con profundo disgusto, me mecí por lo menos durante media hora. Luego, a pesar de la temperatura sobrecalentada del salón, me dejé todavía poner el jersey, me metí con la ayuda de Greta Scheffler en las botas —entretanto habían llegado también los Greff, ya que la oca era para seis personas— y, una vez devorada ésta, que por lo demás Matzerath había preparado magistralmente rellenándola con frutas cocidas, durante los postres —ciruelas amarillas y peras—, teniendo desesperadamente en las manos un libro de estampas que Greff había añadido a los demás, después de sopa, oca, col lombarda, patatas al vapor, ciruelas amarillas y peras, bajo el hálito de una chimenea de azulejos que calentaba de lo lindo, nos pusimos todos a cantar —y Óscar con ellos— una canción navideña, y otra estrofa, Alégrate y Ohverdeabetoohverdeabetocuanbellassontushojasdingdangdongclang, hasta que ya, finalmente —afuera empezaban ya a repicar las campanas—, quería mi tambor —el grupo de aliento borracho, del que antaño formara también parte el músico Meyn, soplab a tal punto que de los antepechos de las ventanas las candelas de hielo... yo lo quería, pero ellos no me lo daban, no lo soltaban; Óscar: «¡Sí!», y los otros: «¡No!»; y entonces chillé; hacía mucho ya que no chillaba, de modo que, después de una interrupción prolongada, afilé mi voz para hacer de ella un instrumento vitricida, pero no destruí florero, vaso de cerveza o bombilla alguna, no abrí ningún escaparate ni estropeé la visibilidad de ningunos anteojos, sino que mi voz se enfiló de preferencia contra todas aquellas bolas, campanitas, objetos frágiles de espuma de plata y puntas de árbol de Navidad que brillaban en el ohabetoverde y esparcían ambiente de fiesta y todo el adorno del árbol, haciendo clinpclang y clingclingcling, quedó hecho añicos. Desprendiéronse asimismo, innecesariamente, varias paletadas de hojas de abeto. Las velas, en cambio, siguieron ardiendo callada y santamente, a pesar de lo cual Óscar no obtuvo tambor alguno.

Faltábale a Matzerath la comprensión más elemental. No sé si es que se proponía educarme o que, sencilla y llanamente, no pensaba proveerme de tambores a tiempo y con abundancia. Todo impelía hacia la catástrofe, y sólo la circunstancia de que, al mismo tiempo que mi ruina inminente, tampoco pudiera ocultarse en la tienda de ultramarinos un desorden creciente, fue la que —cual suele ocurrir siempre en casos de necesidad— vino a socorrernos oportunamente a mí y a la tienda.

Comoquiera que Óscar no poseía ni la talla ni la voluntad necesarias para quedarse detrás del mostrador y vender pan negro margarina y miel artificial, Matzerath, al que por

razones de economía vuelvo a llamar mi padre, tomó para el servicio de la tienda a María Truczinski, la hermana menor de mi pobre amigo Heriberto.

No sólo se llamaba María, sino que lo era de verdad. Prescindiendo de que en el transcurso de unas pocas semanas logró restablecer la buena reputación de nuestra tienda, mostró asimismo, al lado de estas dotes de administración estricta pero amable a la vez —a la que Matzerath se sometía de buen grado—, cierta perspicacia en la apreciación de mi situación.

Aun antes de ocupar su lugar detrás del mostrador, María me había ya ofrecido en distintas ocasiones, cuando subía yo y bajaba los ciento y tantos peldaños de la escalera con el montón de chatarra colgándome delante de la barriga, una palangana usada a manera de sustituto. Pero Óscar no quería sustituto de ninguna clase. Con la mayor firmeza se negó a servirse de una palangana como tambor. Pero apenas María hubo tomado pie en la tienda, consiguió, contra la voluntad de Matzerath, que mis deseos fueran tenidos en cuenta. Pese a lo cual, no hubo manera de convencer a Óscar que la acompañara a alguna tienda de juguetes, ya que el interior de estos almacenes repletos de objetos variados me hubiera impuesto sin lugar a dudas comparaciones dolorosas con la tienda pisoteada de Segismundo Markus. María, pues, dulce y dócil, dejábase que la esperara afuera, o efectuaba las compras ella sola y, de acuerdo con mis necesidades, llevábame cada cuatro o cinco semanas un nuevo instrumento, pese a que en los últimos años de la guerra, en que inclusive los tambores de hojalata escaseaban y estaban controlados, hubo de ofrecer a los comerciantes azúcar o unos gramos de café en grano para que, por debajo del mostrador, le entregaran mi instrumento. Y todo esto lo hacía sin suspirar, sin mover críticamente la cabeza y sin abrir tamaños ojos, por el contrario, con la seriedad más atenta y con la misma naturalidad con que me ponía los pantalones, los calcetines y las blusas recién lavados y cuidadosamente remendados. Y si en los años subsiguientes las relaciones entre María y yo estuvieron sometidas a una variación constante y ni siquiera hoy están muy claras todavía su manera de entregarme los tambores sigue siendo la misma, pese a que los precios de los tambores de juguete son hoy considerablemente más altos que en el año de mil novecientos cuarenta y cuatro.

Hoy María está suscrita a una revista de modas. Cada vez que viene está más elegante. ¿Y entonces?

¿Era bella María? Mostraba una cara redonda recién lavada, miraba seria pero no fríamente con sus ojos grises algo salientes, de pestañas cortas pero espesas, bajo unas cejas negras bien marcadas que se juntaban en la base de la nariz. Sus pómulos acusados, cuya piel en tiempo de fuertes heladas se tendía azulada y se agrietaba dolorosamente, conferían a su cara una regularidad de superficie reposada, interrumpida apenas por la nariz minúscula, pero en ningún modo fea y menos aún cómica, antes por el contrario, bien conformada, pese a su finura. Su frente era redonda, más bien baja, y mostró ya tempranamente unas arrugas verticales, indicio de cavilación, en el entrecejo. Su cabello castaño y ligeramente rizado, que hoy todavía recuerda el brillo de los troncos mojados de los árboles, arrancaba de las sienas para recubrir luego en redondo el cráneo pequeño, esférico, que lo mismo que el de mamá Truczinski apenas ostentaba coronilla. Cuando María se puso el delantal y se colocó detrás del mostrador de nuestra tienda, llevaba todavía trenzas detrás de sus orejas bien irrigadas, rudas y sanas, cuyos lóbulos no colgaban por desgracia libremente, sino que se fijaban directamente, sin por ello formar un pliegue feo, pero sí en forma suficientemente degenerada para permitir sacar conclusiones acerca de su carácter, a la carne de la mandíbula inferior. Más adelante, Matzerath la

convenció que se hiciera la permanente, con lo que las orejas le quedaban ocultas. Hoy, en cambio, bajo un peinado en corto conforme a la moda, María sólo muestra los lóbulos soldados, aunque disimula el defecto por medio de grandes pendientes no muy elegantes.

Lo mismo que la cabeza de María, que podía abarcarse con la mano, ostentaba mejillas plenas, pómulos salientes y ojos de corte generoso a ambos lados de una nariz hundida que casi pasaba inadvertida, así exhibía también su cuerpo, más bien pequeño que mediano, unos hombros algo anchos, unos senos fuertes que arrancaban ya de debajo de los brazos y una espléndida asentadera, en consonancia con su pelvis, sustentada a su vez por unas piernas esbeltas, aunque robustas, que dejaban un claro abajo del pubis.

Tal vez María fuera entonces ligeramente patizamba. Y también sus manos, siempre coloradas, se me antojaban infantiles en relación con su figura adulta y definitivamente proporcionada, en tanto que sus dedos eran gruesos. Hasta la fecha esas manecitas siguen siendo las mismas. Sus pies, en cambio, que entonces se ajetreaban en unos pesados zapatos de campo y, más adelante, en los zapatitos elegantes pero pasados de moda de mi pobre mamá, apenas a su medida, han ido perdiendo poco a poco, a pesar del calzado antihigiénico de segunda mano, el rubor y la chusca gracia infantiles, para adaptarse a modelos modernos de procedencia germano occidental y aun italiana.

María no era muy habladora, pero gustábale en cambio cantar al lavar los platos, así como al llenar con azúcar los cucuruchos de a libra y de a media libra. Después de cerrar la tienda, cuando Matzerath repasaba las cuentas, lo mismo que los domingos y, en general, siempre que disponía de media hora de descanso, María echaba mano de su armónica, regalo de su hermano Fritz cuando fue llamado a filas y transferido a Gross—Boschpol.

María tocaba prácticamente todo con su armónica. Marchas, que había aprendido en las veladas de la Federación de Muchachas Alemanas, melodías de operetas y canciones de moda, que oía en la radio o de su hermano Fritz, quien, por la Pascua del cuarenta, vino unos días a Danzig en comisión de servicio. Óscar recuerda que María tocaba las Gotas de lluvia, a golpes de lengua, y le sacaba también a su armónica El viento me ha cantado una canción, sin imitar por ello a Zarah Leander. Sin embargo, María nunca sacó a Hohner durante las horas de trabajo. Inclusive cuando no había clientes, absteníase ella de la música y escribía, en grandes letras redondas e infantiles, las etiquetas con los precios y las listas de mercancías.

Aun cuando se echara de ver que era ella la que presidía el negocio y la que recuperó y convirtió en clientes adictos a una parte de la clientela que después de la muerte de mi pobre mamá se había pasado a los competidores, María conservaba, sin embargo, para con Matzerath un respeto rayano en servilismo, lo que a él, que siempre había creído en sí mismo, le parecía hartó natural.

—Después de todo, soy yo quien ha traído a la muchacha a la tienda y la ha enseñado —así rezaba su argumento cuando el verdugo de Greff o Greta Scheffler le echaban alguna pulla. Tal era, en efecto, la simplicidad discursiva de este hombre que, en realidad, sólo en lo tocante a su ocupación favorita, o sea el cocinar, se volvía sutil y hasta sensible y, por consiguiente, estimable. Porque eso a Óscar no se le puede negar: sus chuletas a la Kassel con chucrut, sus riñones de puerco en salsa de mostaza, sus escalopes a la vienesa y, sobre todo, sus carpas con nata y rábanos eran algo que había que ver, oler y gustar. Y si a María no podía enseñarle mucho del negocio, porque, primero, la muchacha poseía un sentido innato para el comercio reducido a pequeñas cantidades y, segundo, porque Matzerath apenas entendía nada de las finezas de sobre el mostrador y sólo tenía disposición, a lo sumo, para la compra al por mayor, es lo cierto, en cambio, que la enseñó

a asar, freír y guisar; porque si bien es verdad que por espacio de dos años había estado de sirvienta con la familia de un funcionario de Schidlitz, no lo es menos que, cuando empezó con nosotros, ni siquiera sabía hervir el agua.

Así que pronto pudo María volver a adoptar el tren de vida que había llevado en vida de mi pobre mamá: reinaba en la cocina, superábase de un asado dominical a otro, podía demorarse beatíficamente por espacio de varias horas en el lavado de los platos, cuidaba, de paso, de las compras, los pedidos y las liquidaciones —cada vez más difíciles durante los años de guerra— con los mayoristas y el Servicio de Economía, cultivaba no sin astucia la correspondencia con la Oficina de Impuestos, decoraba todas las quincenas el escaparate, demostrando en ello cierta fantasía y gusto, y cumplía a conciencia con las obligaciones del Partido, ya que María permanecía impertérrita detrás del mostrador, constante y totalmente atareada.

Ustedes se dirán: ¿a qué vienen todos estos preparativos, esta descripción detallada de la pelvis, las cejas, los lóbulos auriculares, las manos y los pies de una jovencita? Lo mismo exactamente que ustedes, yo también condeno esta forma de descripción humana. Óscar está plenamente convencido de que a lo sumo ha logrado deformar la imagen de María, si no es que la ha desdibujado para toda la eternidad. De ahí, pues, una última frase todavía, susceptible, así lo espero, de aclararlo todo: María, si se prescinde de todas las enfermeras anónimas, fue el primer amor de Óscar.

Dicho estado se me hizo patente un día en que escuchaba mi tambor, lo que hacía rara vez, y hube de observar la forma insistente y sin embargo cautelosa con que Óscar comunicaba a la lámina su pasión. A María le gustaba oírme. Lo que a mí no me gustaba particularmente, en cambio, era que María echara de vez en cuando mano a su armónica y, arrugando feamente la frente arriba del tambor de su hocico, se creyera en el deber de acompañarme. Algunas veces, sin embargo, al remendar los calcetines o al llevar los cucuruchos de azúcar, se le caían las manos, mirábame seria y atentamente, con la cara perfectamente tranquila, entre los palillos y, antes de volver al calcetín, pasábame la mano, con un movimiento suave y como dormida, sobre mi cabeza de cepillo.

Óscar, que por lo regular no toleraba ningún contacto cariñoso, soportaba la mano de María, y vino a hallarle tal gusto, que a menudo y en forma ya más consciente arrancaba a su tambor, por espacio de horas, los ritmos provocadores de caricias, hasta que la mano de María acababa por obedecer y le hacía bien.

Añádase que María me metía todas las noches en la cama. Me desvestía, me lavaba, me ayudaba a meterme en mi pijama, me recordaba el vaciar la vejiga antes de acostarme, rezaba conmigo, aunque fuera protestante, un padrenuestro y tres avemarias, como también alguna vez el jesúsportivivojesúsportimero, y me tapaba, finalmente, sonriéndome con una cara amable que me llenaba de sosiego.

Por muy bellos que fueran estos últimos minutos antes de apagar la luz —poco a poco fui cambiando el padrenuestro y el jesúsportivivo por el dulce y alusivo tesaludoohestrellita y el poramordemaría—, estos preparativos de cada noche me llenaban de vergüenza y hubieran acabado por minar mi seguridad provocándome, a mí que por lo regular conservaba siempre el dominio de mí mismo, ese rubor de las muchachas adolescentes y de los jóvenes atormentados. Óscar lo confiesa: cada vez que María me desvestía con sus manos, me ponía en la bañera de zinc y, con una manopla, con cepillo y jabón, o sea cuando tenía conciencia de que yo, con mis dieciséis años por cumplir, me hallaba inequívocamente desnudo frente a una muchacha que iba a cumplir los diecisiete, sonrojábame violentamente y en forma prolongada.

Sin embargo, María parecía no darse cuenta del cambio del color de mi piel. ¿Pensaría tal vez que eran la manopla y el cepillo los que me caldeaban de tal manera? ¿Diríase a sí misma: debe ser la higiene, la que le comunica a Óscar este ardor? ó bien, ¿sería María lo bastante pudorosa y delicada para penetrar dichos arreboles vespertinos y, con todo, no verlos?

Y aun hoy sigo sujeto a esta coloración repentina, imposible de ocultar, que a veces se prolonga por espacio de cinco minutos y aun más. Lo mismo que mi abuelo Koljaiczek, el incendiario, que se ponía incandescente sólo de oír la palabra cerilla, así se me enciende también a mí la sangre en las venas apenas alguien, aunque sea un desconocido, habla cerca de mí de neñas a los que se mete todas las noches en la bañera y se les frota con manopla y cepillo. Igual que un piel roja suele ponerse Óscar en tales casos, para que los presentes se sonrían, me llamen raro y hasta anormal, porque, ¿qué tiene para ellos de particular que se enjabone a los niños, se les raspe y se les meta una manopla hasta los lugares más recónditos?

Pues bien: María, esa criatura en estado de naturaleza, se permitía en mi presencia, sin turbarse en lo más mínimo, las cosas más atrevidas. Así, por ejemplo, antes de fregar las tablas de nuestra estancia y de nuestro dormitorio, se quitaba, del muslo para abajo y con objeto de no estropearlas, las medias que Matzerath le había regalado. Un domingo, después de haber echado el cierre y mientras Matzerath andaba haciendo algo en el local del Partido —estábamos los dos solos—, María se quitó la falda y la blusa, quedóse a mi lado junto a la mesa en sus enaguas baratas pero limpias, y empezó a limpiar con bencina algunas manchas de la falda y de la blusa de seda artificial.

¿A qué se debía que, tan pronto como se hubo quitado su ropa exterior y se desvaneció el olor de la bencina, María oliera en forma agradable e ingenuamente embriagadora a vainilla? ¿Frotábase acaso con alguna raíz de ese aroma? ¿Existía tal vez algún perfume barato que diera dicho olor? ¿O bien sería aquél su olor propio, así como la señora Kater olía a amoníaco o mi abuela Koljaiczek a mantequilla rancia debajo de sus faldas? Y Óscar, al que en todo le gustaba ir al fondo de las cosas, quiso seguirle también fe pista a la vainilla: María no se frotaba. María olía así. Todavía hoy sigo convencido de que María no se daba cuenta de ese olor que le era propio, porque cuando el domingo después del asado de ternera con puré de patatas y coliflor en mantequilla negra, se ponía sobre la mesa un budín de vainilla que temblaba al dar yo con mi zapato contra una de las patas de la mesa, María, a la que sin embargo le encantaba el budín de jalea de maicena con zumo de frambuesa, sólo comía poco de aquél y aun de mala gana, en tanto que Óscar sigue siendo hasta la fecha entusiasta de dicho budín, el más sencillo y quizá el más trivial de los budines.

En julio del cuarenta, poco después de que los comunicados especiales hubieron anunciado el curso rápido y victorioso de la campaña de Francia, empezó la temporada de baños en el Báltico. En tanto que el hermano de María, Fritz, enviaba en su calidad de sargento las primeras vistas postales de París, Matzerath y María decidieron que había que llevar a Óscar al mar, ya que el aire de éste sólo podía hacerle bien. María me acompañaría a la playa de Brösen durante el cierre de mediodía —la tienda permanecía cerrada de la una a las tres de la tarde—, y si no volvía hasta las cuatro, decía Matzerath, tampoco importaba, ya que a él le gustaba quedarse de vez en cuando detrás del mostrador y hacerse presente a la clientela.

Se compró para Óscar un traje de baño azul con un ancla cosida en él. María ya tenía uno verde, con ribetes rojos, que su hermana Gusta le había regalado en ocasión de su

confirmación. En un bolso de playa de los tiempos de mamá metieron un albornoz de baño, dejado también por mamá, y además, en forma superflua, un pequeño balde, una pauta y varios moldecitos para la arena. María llevaba el bolso. Mi tambor lo llevaba yo mismo.

Óscar tenía miedo al viaje en tranvía por el cementerio de Saspe. ¿No había acaso de temer que la vista de aquel lugar tan callado y sin embargo tan elocuente le estropeará por completo las ganas ya escasas que tenía de bañarse? ¿Cómo se comportará el espíritu de Bronski, preguntábase Óscar, si el autor de su perdición pasaba al son de la campanilla del tranvía y con un traje ligero de verano por delante de su tumba?

El 9 paró. El conductor anunció la estación de Saspe. Yo miraba fijamente, más allá de María, en dirección de Brösen, desde donde, agrandándose paulatinamente, se acercaba el tranvía ascendente. No había que dejar errar la mirada. ¿Qué era ya lo que allí podía verse? Unos cuantos pinos raquíuticos, una verja con arabescos de orín, un desorden de lápidas mortuorias vacilantes cuyas inscripciones ya sólo los cardos y la avena loca podían leer. Más valía mirar decididamente por la ventana, hacia arriba: allí zumbaban ya los gruesos Ju 52, tal como suelen zumban los trimotores o los moscardones en un cielo despejado del mes de julio.

A toques de campana arrancamos y, por espacio de un momentó, el tranvía opuesto nos tapó la vista. Pero, inmediatamente después del remolque, se me volvió la cabeza: vi de golpe el cementerio entero en ruinas, y un pedazo del muro norte, cuya mancha llamativamente blanca quedaba sin duda a la sombra, pero que no por ello me resultaba menos dolorosa...

Y ya el lugar se había alejado; nos acercábamos a Brösen y yo miré a María. Llenaba un ligero vestido floreado de verano. Alrededor de su cuello redondo, de brillo mate, y sobre sus clavículas acolchadas alineábase un collar de cerezas de madera, de color rojo viejo, que eran todas iguales y simulaban una madurez a punto de reventar. ¿Sería sólo producto de mi imaginación o bien lo olía de verdad? Óscar se inclinaba ligeramente — María había llevado consigo al mar su olor de vainilla—, respiró el perfume profundamente y quedó superado instantáneamente el Jan Bronski que se pudría. La defensa del Correo polaco había ya pasado a la historia antes mismo de que a los defensores se les desprendiera la carne de los huesos. Óscar, el superviviente, tenía en la nariz olores totalmente distintos de aquellos que podía desprender actualmente su presunto padre, otrora tan elegante y ahora en punto de putrefacción.

En Brösen compró María una libra de cerezas, me cogió de la mano —sabía que Óscar sólo a ella se lo permitía— y nos condujo, a través del bosquecillo de abetos, al establecimiento. A pesar de mis dieciséis años —el bañero no entendía nada de aquello— se me admitió en la sección para señoras. Agua: dieciocho; Aire: veintiséis; Viento: este —sereno estable, leíase en la tabla, al lado del cartel de la Sociedad de Salvavidas, que contenía consejos relativos a la respiración artificial y unos dibujos desmañados y pasados de moda. Todos los ahogados llevaban trajes de baño rayados, en tanto que los salvavidas eran todos bigotudos; en el agua traicionera flotaban sombreros de paja.

La muchacha del establecimiento, descalza, nos precedía. Semejante a una penitente, llevaba una cuerda alrededor de la cintura, y de la cuerda colgaba una llave imponente que abría todas las casetas. Pasarelas, con su correspondiente barandilla. Una alfombra rasposa de coco corría a lo largo de todas las casetas. A nosotros nos tocó la caseta 53. La madera de la caseta estaba caliente, seca, y era de un color azul blancuzco natural, que yo diría ciego. Al lado del ventanuco de la caseta, un espejo que ya ni él mismo se tomaba en serio.

Primero tuvo que desvestirse Óscar. Lo hice con la cara vuelta hacia la pared y sólo me dejé ayudar de mala gana. Luego María con un movimiento decidido de su mano práctica, me dio vuelta me tendió el traje de baño y me forzó, sin consideración alguna, a meterme en la lana apretada. Apenas me hubo abrochado los tirantes, me sentó en el banco del fondo de la caseta, me encajó el tambor y los palillos y empezó a desnudarse con movimientos rápidos y decididos.

Al principio toqué un poco el tambor, contando los nudos en las planchas del piso. Luego dejé de contar y de tocar. Lo que me resultó incomprensible fue que María, con los labios cómicamente arremangados, se pudiera a silbar mientras se salía de sus zapatos: dos tonos altos, luego dos bajos, se quitó los calcetines de los pies, silbaba como un carretero, se desprendió del vestido floreado, colgó, silbando, las enaguas encima del vestido, dejó caer el sostén, y seguía silbando esforzadamente, sin dar con melodía alguna, al bajarse los pantalones, que en realidad eran pantalones de gimnasta, hasta las rodillas, dejando que se le deslizaran por los pies hasta dejar la prenda enrollada en el piso y mandarla, con el pie izquierdo, al rincón.

Con su triángulo peludo, María hizo estremecerse de miedo a Óscar. Sin duda, él ya sabía por su mamá que las mujeres no son calvas de abajo, pero, para él, María no era una mujer en el sentido en que su mamá se había revelado como mujer frente a un Matzerath o a Jan Bronski.

Y en el acto la reconocí como tal. Rabia, vergüenza, indignación, decepción y un endurecimiento incipiente mitad cómico y mitad doloroso de mi regadera bajo el traje de baño me hicieron olvidar mi tambor y los dos palillos, por amor de aquel que me acababa de crecer.

Óscar se levantó y se echó sobre María. Ella lo recibió con sus pelos. Él dejó que éstos le crecieran en la cara. Entre los labios le crecían. María reía y quería apartarlo. Pero yo seguía absorbiendo cada vez más de ella en mí, siguiendo la pista del olor de vainilla. María reía y reía. Me dejó inclusive en su vainilla, lo que parecía divertirla, porque no cesaba de reír. Y sólo cuando me resbalaron las piernas y mi resbalón le hizo daño — porque yo no abandonaba los pelos, o ellos no me abandonaban a mí—, cuando la vainilla me hizo venir las lágrimas a los ojos, cuando ya empezaba yo a sentir el gusto de cantarelas o de lo que fuera, de sabor fuerte pero no ya de vainilla; cuando dicho olor de tierra, que María ocultaba detrás de la vainilla, me clavó en la frente al Jan Bronski putrescente y me infestó para siempre con el gusto de lo perecedero, sólo entonces solté.

Óscar se deslizó sobre las planchas color ciego de la caseta y seguía llorando todavía cuando María, que ya volvía a reír, lo levantó, lo tomó en sus brazos y lo acarició, apretándolo contra aquel collar de cerezas, que era la única prenda de vestir que había conservado encima.

Moviendo la cabeza me quitó de los labios aquellos de sus pelos que habían quedado adheridos a ellos, y decía, maravillada: —¡Tú sí que eres un pilluelo, tú! Te metes ahí, no sabes lo que es, y luego lloras.

Polvo efervescente

¿Tienen ustedes alguna idea de lo que es este polvo? Antes se lo podía comprar durante todo el año en unas bolsitas planas. En nuestra tienda, mamá vendía unas bolsitas de Polvo Efervescente Waldmeister, de un verde que daba náuseas. Otras bolsitas, a las que naranjas no maduras por completo les habían prestado el color, decían: Polvo efervescente con sabor de naranja. Había además un polvo efervescente con sabor de frambuesa, y otro que, cuando se le echaba agua clara del grifo, siseaba, burbujeaba, hervía y, si se bebía antes de que hubiera llegado a calmarse, tenía un sabor lejano, remoto, de limón, del que también el agua del vaso tomaba el color, sólo que con más celo todavía: un amarillo artificial con aspecto de veneno.

¿Qué se leía, además del modo de empleo, en las bolsitas? Se leía: Producto natural — Patentado — Protéjase de la humedad, y, abajo de una línea de puntos decía: Rómpace por aquí.

¿Dónde podía adquirirse además el polvo efervescente? No sólo en la tienda de mamá, sino en toda tienda de ultramarinos —con excepción de los cafés Kaiser y de las cooperativas de consumo. En estas tiendas y en todos los puestos de refrescos, las boletas de polvo efervescente costaban tres pfennigs de florín.

A María y a mí el polvo efervescente nos resultaba gratis. Sólo cuando no podíamos esperar hasta llegar a casa habíamos de pagar en alguna tienda de ultramarinos o en un puesto de refrescos los tres pfennigs o inclusive seis, porque no nos bastaba con una y pedíamos dos bolsitas.

¿Quién empezó con el polvo efervescente? Ésta es la eterna cuestión entre amantes. Yo digo que empezó María. María, en cambio, no dijo nunca que hubiera empezado Óscar. Dejaba la cuestión sin contestar y, si se le hubiese preguntado con insistencia, en todo caso habría contestado: —Fue el polvo efervescente.

Por supuesto, todo el mundo le dará la razón a María. Óscar era el único que no podía contestarle con esta sentencia condenatoria. Nunca me habría confesado a mí mismo, en efecto, que una bolsita de polvo efervescente de tres pfennigs —precio de mostrador— había sido capaz de tentar a Óscar. Contaba yo a la sazón dieciséis años y ponía empeño en acusarme a mí mismo o, en todo caso, a María, pero nunca a un polvo efervescente que había que proteger de la humedad.

Empezó pocos días después de mi cumpleaños. Conforme al calendario, la temporada de baños tocaba a su fin. Pero el agua no quería todavía saber nada de septiembre. Después de un mes de agosto lluvioso, el sol daba de sí cuanto podía; sus marcas tardías podían leerse en la tabla al lado del cartel de la Sociedad de Salvavidas, que habían clavado en la cabina del bañero: Aire, veintinueve; Agua, doscientos; Viento, sureste —predominantemente sereno.

En tanto que Fritz Truczinski escribía en calidad de sargento tarjetas postales desde París, Copenhague, Oslo y Bruselas —andaba siempre en comisiones de servicio—, María y yo nos tostábamos al sol. En julio habíamos asentado nuestros reales delante del muro soleado del baño para familias. Comoquiera que María no se sentía allí al abrigo de las bromas de los alumnos de segundo año del Conradinum, de pantalón rojo, y de las complicadas y fastidiosas declaraciones amorosas de un estudiante de la Escuela Superior de San Pedro, abandonamos hacia mediados de agosto el baño para familias y encontramos en la sección para señoras un lugarcito mucho más tranquilo, cerca del agua, en donde unas

damas gruesas y asmáticas, parecidas en esto a las breves olas del Báltico, se metían en el agua hasta las varices de sus corvas, y niños pequeños, desnudos y mal educados, luchaban contra el destino, construyendo castillos de arena que siempre volvían a derrumbarse.

El baño de señoras: cuando las señoras están a solas y no se suponen observadas, un joven, como el que Óscar ocultaba entonces debería cerrar los ojos para no convertirse en testigo involuntario de la feminidad sin afeitado.

Estábamos tendidos en la arena. María en su traje de baño verde con ribetes rojos, y yo en el mío. La arena dormía, el mar dormía, las conchas, aplastadas, no escuchaban. El ámbar, que según dicen sirve contra el sueño, estaría en algún otro sitio; el viento, que conforme a la tabla soplabla del sureste, se iba adormeciendo, y todo el vasto cielo, fatigado sin duda, no cesaba de bostezar; también María y yo nos sentíamos algo cansados. Ya nos habíamos bañado, y después, en ningún caso antes, habíamos comido. Y las cerezas yacían ahora, en forma de huesos de cerezas húmedos todavía, en la arena marina al lado de otros huesos de cereza blancos y secos, más ligeros, del año anterior.

A la vista de tanta cosa precedera, Óscar dejaba caer la arena, con los huesos de cereza de un año, de mil años o recientes todavía, sobre su tambor, jugando al reloj de arena y tratando de insinuarse en el papel de la muerte que juega con los huesos. Bajo la carne cálida y amodorrada de María, representábanse partes de su esqueleto bien despierto, sin duda, saboreaba la vista libre entre el cubito y el radio, practicaba arriba y abajo de su columna vertebral juegos de a quién empieza, introducía mis manos en las dos fosas ilíacas y me divertía con el esternón.

Pese a la distracción que me procuraba yo jugando a la muerte con el reloj de arena, María se movió. A ciegas y confiando sólo en los dedos, metió la mano en el bolso de playa buscando algo, en tanto que yo vertía el resto de la arena con los huesos de cereza sobre mi tambor ya enterrado a medias. Comoquiera que María no encontrara lo que buscaba, probablemente su armónica, vació el bolso: de inmediato apareció sobre el albornoz no la armónica, sino una bolsita de polvo efervescente Waldmeister.

María hizo como que se sorprendía. Tal vez se sorprendiera de verdad. Pero yo sí estaba realmente sorprendido y me preguntaba —me lo sigo preguntando hoy todavía—: ¿Cómo ha logrado introducirse en nuestro bolso de playa esta bolsita de polvo efervescente, este artículo barato, que sólo compran los niños de los estibadores y de los sin trabajo porque no tienen dinero para una limonada regular?

Y mientras Óscar reflexionaba todavía, a María le entró sed. También yo, interrumpiendo mis reflexiones, hube de confesarme contra mi voluntad que tenía una sed apremiante. No llevábamos ningún vaso y, además, si queríamos llegar hasta el agua potable, teníamos que andar por lo menos treinta y cinco pasos si la que iba era María, y unos cincuenta si iba yo. Y para pedirle prestado un vaso al bañero y abrir la llave de la tubería al lado de la caseta de éste había que caminar por la arena ardiente entre moles de carne untadas de crema Nivea y tendidas boca arriba o boca abajo.

El camino se nos hacía cuesta arriba, así que dejamos la bolsita sobre el albornoz. Y luego, antes de que le diera a María por cogerla, la cogí yo. Pero Óscar volvió a dejarla sobre el albornoz, por si María quería cogerla. María no la cogió. Entonces, la cogí yo y se la di a María. María se la devolvió a Óscar. Le di las gracias y se la regalé. Pero ella no quería aceptar los regalos de Óscar. Hube pues de volver a dejarla sobre el albornoz. Allí estuvo por algún tiempo, sin moverse.

Óscar hace constar que fue María la que, después de una pausa opresiva, cogió la bolsita. Y no sólo esto, sino que arrancó una tirita de papel exactamente allí donde decía: Rómpase aquí. Luego me tendió la bolsita abierta. Esta vez fue Óscar el que rehusó, dando las gracias. María logró ofenderse. En forma decidida dejó la bolsita abierta sobre el albornoz. ¿Qué podía yo hacer más que cogerla y ofrecérsela a María, antes de que llegara a entrarle arena?

Óscar hace constar que fue María la que metió un dedo por la apertura de la bolsita y luego lo sacó, manteniéndolo vertical y a la vista: en la yema del dedo veíase algo blanco azulado —el polvo efervescente. Ella me ofreció el dedo. Naturalmente lo acepté. Y aunque se me subió a la nariz, mi cara logró reflejar deleite. Fue María la que formó un hueco con su mano. Y Óscar no tuvo más remedio que verter algo de polvo en la cuenca sonrosada. Ella no sabía qué hacer con el montoncito nuevo y sorprendente. Entonces me incliné, reuní toda mi saliva, la depuse sobre el polvo efervescente, volví a hacerlo, y no me incorporé hasta que ya no me quedaba más saliva.

Sobre la mano de María empezó a sisear y a formarse espuma. Y de repente, el Waldmeister se convirtió en volcán. Aquello empezó a hervir, como la furia verde de no sé qué pueblo. Aquí ocurría algo que María no había visto nunca aún. Sin duda, ni había sentido nunca, porque su mano se estremecía, temblaba y quería huir, ya que Waldmeister la mordía, Waldmeister le atravesaba la piel, Waldmeister la excitaba y le daba una sensación, una sensación, una sensación...

Conforme el verde aumentaba, María se iba poniendo colorada, se llevó la mano a la boca, se lamió la palma con la lengua muy afuera, lo que repitió varias veces y en forma tan desesperada, que ya Óscar creía que la lengua no lograba eliminar aquella sensación de Waldmeister, sino que, por el contrario, la aumentaba hasta el punto y aún más allá del punto que normalmente le está fijado a toda sensación.

Luego la sensación empezó a ceder. María reía bajito, miró alrededor para ver si no había testigos del Waldmeister y, al verificar que las vacas marinas que respiraban en sus trajes de baño seguían tendidas indiferentes y tostándose con Nivea por allí, se dejó caer sobre el albornoz. Y sobre un fondo tan blanco se le fue extinguiendo lentamente el rubor.

Tal vez la temperatura balnearia de aquella hora meridiana hubiera acabado por tentar a Óscar a una siesta, si, transcurrida apenas media hora, María no hubiera vuelto a incorporarse y no se hubiera atrevido a alargar la mano hacia la bolsita medio llena todavía del polvo efervescente. No sé si lucharía consigo misma antes de verter el resto del polvo en el hueco de aquella mano a la que el efecto del Waldmeister ya no le era extraño. Durante el tiempo aproximadamente que alguien emplea en limpiarse los anteojos, mantuvo la bolsita a la izquierda y la cuenca sonrosada a la derecha, la una frente a la otra. Y no es que dirigiera la mirada a la bolsita o a la mano hueca, que la hiciera pasar de lo medio lleno a lo vacío, sino que miraba entre la una y la otra y ponía unos severos ojos oscuros. Púsose de manifiesto, sin embargo, cuánto más débil era la mirada severa que la bolsita medio llena. Ésta, en efecto, se acercó a la mano hueca, y la mano se acercó a aquélla, en tanto que la mirada iba perdiendo severidad salpicada de melancolía para hacerse curiosa y, finalmente, ávida. Con una indiferencia difícilmente simulada, María amontonó el resto del Waldmeister en su palma mullida y, no obstante el calor, seca, dejó caer la bolsita y la indiferencia, se apoyó con la mano liberada la mano llena, fijó todavía por algún tiempo sus ojos grises en el polvo y me miró luego a mí: me miraba con ojos grises, y me pedía, con ojos grises, algo: quería mi saliva. Pero ¿por qué no tomaba la suya? A Óscar apenas le quedaba; ella había de tener sin duda mucha más, ya que la saliva

no se renueva tan rápidamente; que tomara pues, en buena hora, la suya, que en fin de cuentas era igual, si no mejor; y en todo caso, ella había de tener más, porque yo no podía hacerla tan aprisa y, además, ella era mayor que Óscar.

María quería mi saliva. Desde el principio quedó claro que sólo podía ser cuestión de mi saliva. No me quitó de encima su mirada imperativa, y yo atribuí la culpa de esta cruel inflexibilidad a sus lóbulos auriculares, que no colgaban libremente, sino que estaban soldados a su mandíbula inferior. Así que Óscar hubo de tragar, hubo de pensar en cosas que por lo regular le hacían agua la boca, pero, fuera ello debido al aire de mar, al aire salino o al aire salino de mar, es el caso que mis glándulas salivares fallaron y, conminado por la mirada de María, tuve que levantarme y cubrir el camino. Había que andar cincuenta pasos sin mirar ni a derecha ni a izquierda sobre la arena ardiente, subir los peldaños más calientes aún de la escalera que conducía a la caseta del bañero, abrir el grifo, poner debajo la cabeza vuelta con la boca abierta, beber, enjuagarse y tragar, para que Óscar volviera a tener saliva.

Cuando hube superado el trayecto que iba de la caseta del bañero al albornoz, por más que el camino era interminable y la vista a todo su largo horripilante, hallé a María tendida boca abajo. La cabeza la tenía metida entre sus brazos cruzados. Sus trenzas reposaban perezosamente sobre su espalda.

Le empujé, porque ahora disponía Óscar de saliva. Pero María no se movió. Volví a empujarla. Pero ella no quería. Con precaución le abrí la mano izquierda. Me dejó hacerlo: la mano estaba vacía, como si jamás hubiera visto traza de Waldmeister. Le enderecé los dedos de la mano derecha: la palma sonrosada, húmeda en las líneas, caliente y vacía.

¿Habría recurrido a su propia saliva? ¿No habría podido esperar tanto? ¿O tal vez habría soplado el polvo, ahogando la sensación antes de sentirla, para luego frotarse la mano con el albornoz, hasta hacer surgir de nuevo la manecita familiar de María, con su monte de la Luna ligeramente supersticioso, su Mercurio graso y el cinturón de Venus firmemente acolchado?

Aquel día regresamos pronto a casa, y Óscar no sabrá nunca si María hizo ya hervir entonces el polvo por segunda vez o bien si fue sólo unos días más tarde cuando aquella mezcla de polvo efervescente y saliva mía se convirtió por repetición, para ella y para mí, en vicio.

El azar, o un azar obediente a nuestros deseos, quiso que la noche de aquel día de baño que se acaba de describir —comimos sopa de arándanos y puré de patatas— Matzerath nos comunicara embarazosamente a María y a mí que se había hecho socio de un pequeño club de skat del grupo local del Partido y que tendría que reunirse dos noches por semana con sus compañeros de juego, todos ellos jefes de célula, en el restaurant Springer; y que como de vez en cuando también iría Selke, el jefe del grupo local, no podría dejar de asistir, con lo cual, sintiéndolo mucho, tendría que dejarnos solos. Lo mejor sería, añadió, que Óscar se quedara a dormir las noches en cuestión con mamá Truczinski.

Mamá Truczinski estuvo de acuerdo, tanto más que prefería aquella solución a la proposición que Matzerath le hiciera la víspera, a escondidas de María: esto es, que en vez de que fuese yo el que se quedara a dormir en el piso de mamá Truczinski, fuese María la que dos veces por semana pernoctase con nosotros, durmiendo en el sofá.

Anteriormente, María había dormido en aquella enorme cama que en otro tiempo cobijara la espalda llena de cicatrices de mi amigo Heriberto. Aquel mueble macizo seguía en el pequeño cuarto de atrás. Mamá Truczinski tenía su cama en el salón. Gusta

Truczinski, que seguía sirviendo, lo mismo que antes, en el café del Hotel Edén, seguía viviendo en éste, y aunque venía una que otra vez en sus días libres a la casa, rara vez se quedaba a pasar la noche y, en su caso, dormía en el sofá. Pero si ocurría que Fritz Truczinski venía con licencia y traía regalos de países lejanos, entonces el permisionario del frente o el viajante en servicio dormía en la cama de Heriberto, María en la de mamá Truczinski, y ésta se hacía la suya en el sofá.

Tal ordenamiento vino a perturbarse por mi culpa. Primero quisieron que yo durmiera en el sofá. Este plan lo rechacé con términos breves pero categóricos. Luego mamá Truczinski quiso cederme su cama de viejita, contentándose ella con el sofá. Pero a esto se opuso María, porque no quería que su anciana madre se sintiera incómoda, y, sin muchos ambages, se declaró dispuesta a compartir conmigo la antigua cama de camarero de Heriberto, lo que expuso en los siguientes términos: —No es problema Oscarcito en una cama. Cuando mucho será un octavo de porción.

Así, pues, a partir de la semana siguiente, María llevó mi ropa de cama, dos veces por semana, de nuestro piso de la planta baja al segundo piso y nos hizo un lugar a mí y a mi tambor, del lado izquierdo de su cama. La primera noche de skat de Matzerath no ocurrió nada. La cama de Heriberto se me antojaba inmensa. Yo me acosté primero; María vino luego. Se había lavado en la cocina y entró en el dormitorio vestida con un camisón, ridículo de tan largo, recto y pasado de moda. Óscar había esperado verla desnuda y peluda, y al principio se sintió decepcionado, pero luego estuvo contento, porque aquella tela sacada del cajón de la abuela le recordaba, en su amplitud ligera y agradable, la blanca caída de pliegues del uniforme de enfermera.

De pie delante de la cómoda, María se deshacía las trenzas y silbaba. Siempre que se vestía o desvestía, cuando se hacía y se deshacía las trenzas, silbaba. Inclusive cuando se peinaba, soplabla incansablemente con sus labios fruncidos aquellas dos notas, sin articular, sin embargo, melodía alguna.

Tan pronto como María dejó el peine, se interrumpió también el silbar. Se volvió, se sacudió una vez más la cabellera, puso orden con unos pocos movimientos sobre la cómoda, y el orden la puso de buen humor; mandó un beso con la mano a su bigotudo papá, fotografiado y retocado en su marco de ébano, saltó sobre la cama con impulso exagerado, brincó varias veces sobre los muelles, agarró con el último brinco el edredón, desapareció hasta la barbilla bajo la montaña sin tocarme para nada, aunque yo me hallaba bajo las mismas plumas, sacó una vez más de debajo del edredón un brazo redondo por el que se deslizaba la manga del camisón, buscó arriba de su cabeza aquel cordón con el que se podía apagar la luz, lo halló, tiró de él, y sólo en la oscuridad me dijo, con voz mucho más alta de lo que hubiera sido necesario: —¡Buenas noches!

La respiración de María no tardó en hacerse regular. Es probable que no se tratara de una simple simulación, sino que hubo de dormirse de verdad, ya que a su labor activa de cada día sólo podía y debía seguir una intensidad de sueño parecida.

A Óscar ofreciéronsele todavía por espacio de algún tiempo imágenes que mantuvieron alejado de él el sueño. Por muy espeso que fuera el negro entre las paredes y el papel del oscurecimiento de las ventanas, no por ello dejaban de inclinarse unas enfermeras rubias sobre las cicatrices de Heriberto, o salía de la blanca camisa ajada de Leo Schugger una gaviota que andaba por allí y que volaba y volaba, hasta que se estrellaba contra el muro de un cementerio, que después de un olor creciente de vainilla que daba sopor hizo primero titilar la película precursora del sueño para romperla luego

definitivamente, halló Óscar una respiración igualmente regular, como la que María venía practicando desde hacía rato.

Tres días después volvió María a ofrecerme la misma honesta representación de cómo se acuesta una muchacha. Vino con su camisón, silbó al deshacerse las trenzas, siguió silbando al peinarse, puso el peine a un lado, dejó de silbar, puso orden en la cómoda, lanzó a la foto un beso con la mano, efectuó el salto exagerado, brincó, agarró el edredón y percibió —yo contemplaba su espalda— una bolsita —yo admiraba su espléndida cabellera—, descubrió sobre el edredón algo verde —yo cerré los ojos, dispuesto a esperar hasta que ella se hubiera acostumbrado a la vista de la bolsita de polvo efervescente—, y entonces rechinaron los muelles bajo una María que se echaba para atrás, hubo un ¡clic! y, cuando a causa del clic Óscar abrió los ojos, pudo confirmar lo que sabía: María había apagado la luz, respiraba irregularmente en la oscuridad y no había podido acostumbrarse a la bolsita de polvo efervescente. Podía dudarse, sin embargo, de si la oscuridad ordenada por ella no intensificaba tal vez más la existencia del polvo efervescente, hacía desplegarse el Waldmeister y prescribía a la noche un buen bicarbonato burbujeante.

Estoy por decir que la oscuridad se puso del lado de Óscar. Porque ya a los pocos minutos —si es que puede hablarse de minutos en un cuarto negro como la noche— percibí unos movimientos a la cabecera de la cama: María buscaba a tientas el cordón, lo pescó y, acto seguido, volvía yo a admirar la espléndida cabellera larga de María que se le desparramaba sobre el camisón. ¡Qué luz tan regular y amarillenta difundía la bombilla, tras la tela plisada de la pantalla, por el dormitorio! Tensamente hinchado e intacto, el edredón seguía amontonado al pie de la cama. En la oscuridad, la bolsita no se había atrevido a moverse. El camisón de María crujió, una de sus mangas, con la manecita correspondiente, se levantó, y Óscar empezó a reunir saliva en el hueco de la boca.

En el curso de las semanas siguientes, vaciamos en la misma forma más de una docena de bolsitas de polvo efervescente, las más de ellas con sabor de Waldmeister y luego, al acabarse éste, de limón y frambuesa; las vaciamos, las hicimos hervir con mi saliva y provocamos una sensación que María iba apreciando cada vez más. Me hice experto en la colección de saliva, eché mano de trucos que hacían que el agua se me viniera rápidamente y en abundancia a la boca, y no tardé en estar en condiciones de procurarle a María, con el contenido de una sola bolsita de polvo efervescente, tres veces seguidas la sensación deseada.

María estaba contenta con Óscar, lo estrujaba de vez en cuando contra su pecho, lo besaba inclusive después de la satisfacción del polvo dos o tres veces en algún lugar de la cara y se dormía luego por lo regular rápidamente, no sin que antes Óscar la hubiera oído reír bajito en la oscuridad.

A mí el dormirme se me hacía cada vez más difícil. Contaba yo dieciséis años, tenía un espíritu inquieto y sentía la necesidad, que me quitaba el sueño, de brindarle a mi amor por María otras posibilidades, insospechadas y distintas de aquellas que dormitaban en el polvo efervescente y que, despertadas por mi saliva, producían siempre la misma sensación.

Las meditaciones de Óscar no se confinaban al tiempo que sucedía al apagado de la luz. También de día cavilaba yo detrás del tambor, hojeaba mis extractos de Rasputín desgastados por la lectura, recordaba antiguas orgías pedagógicas entre Greta Scheffler y mi mamá, consultaba también a Goethe, del que, lo mismo que de Rasputín, poseía no mala parte de las *Afinidades electivas* y, como consecuencia de ello, adoptaba la fuerza

elemental del curandero ruso, alisábala con el sentimiento universal de la naturaleza del príncipe de los poetas, daba a María ora el aspecto de la zarina ora los rasgos de la gran duquesa Anastasia, escogía damas del excéntrico séquito nobiliario de Rasputín, para volver a verla a continuación, hastiado de tanta sensualidad, en la transparencia celestial de una Otilia o tras la pasión honestamente contenida de Carlota. En cuanto a sí mismo, Óscar se veía alternativamente como el propio Rasputín o como su asesino, otras veces también como capitán, más raramente cual marido vacilante de Carlota, y aun en una ocasión —debo confesarlo— cual un genio que, en la figura conocida de Goethe, flotaba sobre el sueño de María.

En forma curiosa, esperaba yo más estímulos de la literatura que de la vida desnuda y real. Y así, por ejemplo, Jan Bronski, al que sin duda había visto con suficiente frecuencia trabajar la carne de mi pobre mamá, no podía enseñarme prácticamente nada. Y aunque sabía perfectamente que ese amontonamiento formado alternativamente por mamá y Jan y por mamá y Matzerath, ese amontonamiento suspirante, esforzado, que terminaba en un gemir desfalleciente y se deshacía en baba, significaba amor, Óscar no quería creer que el amor fuera eso y, por amor, buscaba otra forma de amor. Pero siempre estaba por volver a aquel amor amontonado, y lo odió —hasta que, al practicarlo él mismo, tuvo que defenderlo ante sus propios ojos como el único amor verdadero y posible.

María tomaba el polvo efervescente tendida boca arriba. Y comoquiera que tan pronto como aquél empezaba a hervir empezaba ella a agitarse y a pernear, con frecuencia el camisón se le subía, ya después de la primera sensación, hasta los muslos. Al segundo hervor, el camisón lograba por lo regular, encaramándosele por el vientre, enrollarse bajo los senos. Un buen día, después de haber estado vertiéndole el polvo por espacio de varias semanas en la mano izquierda, tomé el resto de una bolsita de polvo efervescente con sabor de frambuesa y espontáneamente y sin haber tenido la oportunidad de consultarlo previamente con Goethe o con Rasputín, se lo vertí en el hueco del ombligo, dejé caer mi saliva encima antes de que ella pudiera protestar y, al empezar a hervir el cráter, había ya perdido ella todos los argumentos indispensables a los efectos de una protesta, porque el ombligo efervescente presentaba con respecto a la mano muchas ventajas. El polvo era evidentemente el mismo, mi saliva seguía siendo mi saliva, y tampoco la sensación era distinta, pero sí en cambio más fuerte, mucho más fuerte. Tan fuerte era la sensación, que María podía apenas resistirla. Inclínabase hacia adelante y, con la lengua, esforzabase por apagar las frambuesas efervescentes en el huequecito de su ombligo, tal como solía amortiguar el Waldmeister en el hueco de la mano una vez que éste había cumplido su cometido; pero la lengua no alcanzaba hasta allí: su ombligo le quedaba más remoto que el África o la Tierra del Fuego. A mí, en cambio, el ombligo de María me quedaba cerca, y así, pues, sumí en él mi lengua en busca de frambuesas, de las que siempre iba encontrando más, de modo que en mi búsqueda me extravié, llegando a regiones en las que ya ningún guardia forestal solicitaba la exhibición del permiso de buscar, y me sentía obligado a no desperdiciar frambuesa alguna, y no tenía ya en la vista, en los sentidos, en el corazón y en el oído otra cosa que frambuesas, que no fue sino de paso que Óscar pudo observar: María está contenta con tu celo buscador. Por eso ha apagado la luz. Por eso se abandona confiada al sueño y deja que tú vayas buscando: porque María era rica en frambuesas.

Y cuando ya no encontré más, entonces y como por casualidad hallé en otros lugares cantarelas. Y comoquiera que éstas crecían más escondidas bajo el musgo, mi lengua no alcanzaba ya, y dejé que me creciera un undécimo dedo, porque los otros diez tampoco alcanzaban. Y así fue cómo Óscar vino a hallar su tercer palillo, para el que ya su edad lo autorizaba. Y ya no di sobre la lámina, sino en el musgo. Y ya no sabía si era yo el

que tocaba o si era María, si era aquél mi musgo o era el suyo. ¿Perteneían el musgo y el undécimo dedo a otro quizás y sólo a mí las cantarelas? ¿Tenía el señor de allí abajo su propia cabeza y su propia voluntad? ¿Quién procreaba: Óscar, él o yo?

Y María, que arriba dormía y velaba abajo, María, que olía inocentemente a vainilla y, bajo el musgo, a cantarelas; que a lo sumo quería polvo efervescente, pero no a aquel al que tampoco yo quería: al que se había hecho independiente, y obraba a su antojo, y daba de sí algo que yo no le había sugerido, y se levantaba cuando yo me acostaba, y tenía sueños distintos de los míos, y ni sabía leer ni escribir y, sin embargo, firmaba por mí; al que hoy todavía sigue su propio camino y ya se separó de mí desde el primer día, y es mi enemigo y aliado forzoso, y me traiciona y me deja en la estacada; al que quisiera yo traicionar y vender, porque me da vergüenza, porque sé que le sobro; al que yo lavo mientras me ensucia, y no ve nada y lo huele todo, y me es tan extraño que me da por tratarlo de usted, y tiene una memoria totalmente distinta de la de Óscar: porque cuando hoy María entra en mi cuarto y Bruno se retira discretamente al corredor, no la reconoce, y no quiere, no puede, se mantiene groseramente impasible, en tanto que el corazón agitado de Óscar hace balbucear a mi boca: —Escucha, María, mis tiernas proposiciones: podría comprarme un compás y trazar un círculo a nuestro alrededor, y con el mismo compás podría medir la inclinación del ángulo de tu cuello mientras tú lees o coses o, como ahora, estás buscando en mi radio portátil. Deja ya la radio, tiernas proposiciones: podría hacerme inyectar los ojos y volver a llorar. En la primera carnicería, Óscar dejaría que pasaran su corazón por la máquina de picar, si tú estuvieras dispuesta a hacer lo mismo con tu alma. Podríamos también comprarnos un animalito de peluche para que permaneciera quieto entre nosotros dos. Si yo me decidiera por los gusanos y tú por la paciencia, podríamos ir a pescar y ser más felices. O bien el polvo efervescente aquél, ¿recuerdas? Dime Waldmeister y me pondré a hervir; pídemme más y te daré el resto —¡María, polvo efervescente, tiernas proposiciones!

¿Por qué sigues con la radio y oyes sólo la radio, como si te poseyera un afán salvaje de comunicados especiales?

Comunicados especiales

El disco blanco de mi tambor no se presta mucho a experimentos. Esto hubiera debido yo saberlo. Mi hojalata requiere siempre la misma madera. Quiere que se le pregunte a golpes, dar respuesta a golpes o bien, bajo el redoble, dejar libremente la pregunta y la respuesta en suspenso. Por consiguiente, mi tambor no es ni una sartén que calentada artificialmente haga contraerse la carne cruda, ni una pista de baile para parejas que no saben si se corresponden. De ahí que Óscar ni aun durante las horas más solitarias haya esparcido sobre su tambor polvo efervescente alguno, ni haya mezclado con él su saliva y organizado un espectáculo que no ha vuelto a ver desde hace años y que, por lo demás, echo de menos. Ciertamente que Óscar no pudo sustraerse por completo a una prueba con dicho polvo, pero procedió en ello en forma más directa, dejando de lado a su tambor; lo que equivale a decir que me puse al descubierto, porque, sin el tambor, estoy siempre al descubierto.

En primer lugar resultó difícil procurarse el polvo efervescente. Mandé a Bruno a todas las tiendas de ultramarinos de Grafenberg, y le hice ir en tranvía a Gerresheim. Le rogué también que buscara en la ciudad, pero ni en los puestos de bebidas que suelen encontrarse en las terminales de las líneas de tranvías, pudo Bruno conseguir el polvo efervescente. Las vendedoras más jóvenes ni siquiera lo conocían, y en cuanto a los tenderos más viejos lo recordaban con la mayor locuacidad y, pasándose las manos pensativas por la frente —según me informó Bruno—, decían: —Pero hombre, ¿qué quiere usted? ¿Polvo efervescente? ¡Eso hace mucho tiempo ya que no lo hay! En tiempos de Guillermo, y aun muy al principio en tiempos de Adolfo, lo había en el comercio. ¡Aquéllos sí que eran tiempos! ¿No quiere usted una limonada, o una Coca—Cola?

De modo que mi enfermero bebióse a mis expensas varias botellas de limonada y de Coca—Cola y no logró procurarme lo que yo deseaba; con todo, se halló al fin la manera de satisfacer a Óscar. Bruno no se dio por vencido y ayer me trajo una bolsita blanca sin inscripción: la practicante del laboratorio del sanatorio, una tal señorita Klein, se había declarado dispuesta, en forma muy comprensiva, a abrir sus cajitas, sus cajones y sus libros de consulta, a tomar unos gramos de esto y otros cuantos de lo otro y, finalmente, después de varios experimentos, a mezclar un polvo efervescente, del que Bruno me aseguraba que hervía, cosquilleaba, se ponía verde y sabía discretamente a Waldmeister.

Y hoy fue día de visita. Vino María. Pero primero vino Klepp. Nos reímos juntos por espacio de unos tres cuartos de hora a propósito de algo digno de olvidarse. Yo traté de no herir a Klepp ni sus sentimientos leninistas y no llevé la conversación a temas de actualidad ni mencioné, por consiguiente, el comunicado que a través de mi radio portátil —María me lo regaló hace unas semanas— me había anunciado la muerte de Stalin. De todos modos, Klepp parecía estar al corriente, porque exhibía en la manga de su abrigo pardo de cuadros, cosido por una mano inexperta, un brazalete de luto. Luego Klepp se levantó y entró Vittlar. Los dos amigos parecían haber reñido una vez más, porque Vittlar saludó a Klepp riendo y haciéndole con los dedos unos cuernos: —¡La muerte de Stalin me sorprendió esta mañana mientras me estaba afeitando! —dijo sarcásticamente, mientras ayudaba a Klepp a ponerse el abrigo. Con una expresión lustrosa de piedad en su ancha cara, levantó éste con el dedo el brazalete negro de la manga de su abrigo. —Por eso llevo luto —suspiró; imitando la trompeta de Armstrong, entonó los primeros compases

funerales de la *New Orleans Function*: tra—tradadá—tra—dadá—tra—dadadá, y se escurrió por la puerta.

Vittlar se quedó, no quiso sentarse, estuvo bailoteando delante del espejo y, por espacio de un cuarto de hora, nos sonreímos maliciosamente, sin que Stalin saliese a relucir.

No sé si quería yo hacer a Vittlar mi confidente o si tenía el propósito de hacer que se fuera. Le hice señal de que se acercara a mi cama, que acercara su oído, y cuchicheé en su cuchara de grandes lóbulos: —Polvo efervescente. ¿Te dice eso algo, Godofredo? —un salto de horror alejó a Vittlar de mi cama con barrotes; recurriendo a su énfasis y a su teatralismo ordinario, me apuntó con su índice tenso y susurró: —¿Por qué quieres, Satanás, tentarme con polvo efervescente? ¿Acaso no sabes todavía que yo soy un ángel?

Y a la manera de un ángel, escabullóse Vittlar aleteando, no sin antes consultar una vez más el espejo de encima del lavabo. Realmente los jóvenes de fuera del sanatorio son raros y propensos al manierismo.

Y luego vino María. Se ha mandado hacer un nuevo vestido de primavera y lleva con él un elegante sombrero gris ratón, provisto de un discreto y refinado adorno color de paja, que no se quita ni en mi cuarto. Me saludó superficialmente, me tendió su mejilla y puso inmediatamente la radio portátil que me regaló, sin duda, pero que parece reservar para su propio uso, porque el detestable aparato de plástico ha de reemplazar, los días de visita, una parte de nuestra conversación. —¿Has oído el comunicado de esta mañana? Es fantástico, ¿no? —Sí, María —contesté pacientemente—, tampoco a mí han querido silenciarme la muerte de Stalin, pero deja la radio, por favor.

María obedeció sin pronunciar palabra, sentóse sin quitarse el sombrero y, como de costumbre, empezamos a hablar del pequeño Kurt.

—Imagínate, Óscar, el chico ya no quiere llevar medias largas, y eso que sólo estamos en marzo y que hará más frío todavía, según dice la radio.

Prescindí de la información radiofónica y adopté el partido del pequeño Kurt en materia de medias largas:

—El muchacho tiene ya doce años, María, y se avergüenza de sus medias largas por sus compañeros de escuela.

—Pues yo prefiero su salud, y llevará las medias hasta Pascua.

El término fue fijado en forma tan categórica, que yo traté prudentemente de contemporizar: —En ese caso, deberías comprarle un pantalón de esquí, porque las medias son realmente feas. Acuérdate de cuando tenías su edad. En nuestro patio de Labesweg. ¿Qué fue lo que le hicieron al Quesito, que también tenía que llevar siempre sus medias hasta Pascua? Nuchy Eyke, que cayó en Creta, Axel Mischke, que la palmó en Holanda justamente antes del final, y Harry Schlager, ¿qué fue lo que le hicieron al Quesito? Le untaron las medias de lana con alquitrán, de modo que se le pegaron y hubo que llevarlo al hospital.

—¡Eso fue Susi Kater! ¡Ella tuvo la culpa y no las medias! —dijo María, roja de furor. Aunque ya desde el principio de la guerra Susi Kater se hubiera enrolado en el cuerpo femenino de transmisiones y que más tarde se hubiera casado, según decían, en Baviera, María seguía alimentando a propósito de Susi, que le llevaba algunos años, un rencor tan tenaz como el que sólo las mujeres son capaces de poner en sus antipatías de la

infancia para guardarlo hasta que ya son abuelas. De todos modos, la alusión a las medias alquitranadas del Quesito produjo su efecto. María prometió comprarle al pequeño Kurt un pantalón de esquí. Podíamos imprimir otro giro a la conversación. Había informes elogiosos a propósito del pequeño Kurt. En la última reunión de padres de familia, el prefecto Könnemann se había referido a él favorablemente. —Figúrate, es el segundo de su clase. Y no sabes, también, cuánto me ayuda en la tienda.

Me mostré contento y dejé que se me describieran todavía las últimas adquisiciones para la tienda de comestibles finos. Animé a María a que abrieran una sucursal en Oberkassel. Los tiempos eran favorables, dije, la coyuntura persistía —dicho sea de paso, eso lo había oído yo en la radio—, y luego me pareció que ya era hora de llamar a Bruno. Éste vino y me entregó la bolsita con el polvo efervescente.

El plan de Óscar era premeditado. Sin más explicaciones, pedí a María que me diera su mano izquierda. Primero iba a tenderme la derecha, pero luego rectificó y, moviendo la cabeza y riendo, me tendió el dorso de la mano izquierda, pensando tal vez que se la quería besar. Y sólo se mostró sorprendida cuando volví hacia mí la palma y, entre montones de la Luna de Venus, amontoné el polvo de la bolsita. Pero se dejó hacer, y sólo se asustó cuando Óscar se inclinó sobre su mano y empezó a segregar sobre el polvo su saliva abundante.

—¡Déjate de tonterías, Óscar! —exclamó indignada; y poniéndose en pie de un salto, se apartó y se quedó contemplando horrorizada el verde polvo hirviente y espumeante. De la frente hacia abajo fue sonrojándose progresivamente. Y ya empezaba yo a concebir esperanzas cuando de tres pasos se puso junto al lavabo, dejó correr agua sobre el polvo —un agua repugnante, primero fría y luego caliente— y a continuación se lavó las manos con jabón.

—A veces eres realmente insoportable, Óscar. ¿Qué va a pensar el señor Münsterberg de nosotros? —como pidiéndole indulgencia para mí, miró a Bruno, que durante mi experimento había tomado posición al pie de la cama. Para que María no tuviera que avergonzarse más, despedí al enfermero y, tan pronto como hubo cerrado la puerta, rogué a María que volviera a acercarse a la cama: —¿No te acuerdas? Acuérdate, por favor. ¡Si es polvo efervescente! ¡Tres pfennigs costaba la bolsita! Acuérdate: Waldmeister, frambuesas, ¡cómo hervía, cómo echaba espuma! ¡Y la sensación, María, la sensación!

María no se acordaba. Yo le inspiraba un miedo estúpido. Tembló un poco, se escondió la mano izquierda y trató, convulsivamente, de cambiar de conversación, contándome de nuevo los éxitos escolares del pequeño Kurt, la muerte de Stalin, y hablándome del nuevo frigorífico de la tienda de comestibles finos Matzerath y de los proyectos de una sucursal en Oberkassel. Yo, en cambio, me mantuve fiel al polvo efervescente y dije: polvo efervescente; ella se levantó; polvo efervescente, supliqué, y ella me dijo adiós a la carrera, se llevó las manos al sombrero, no supo si debía irse, puso la radio, ésta empezó a traquetear, y yo grité más fuerte: —¡Polvo efervescente, María, acuérdate!

Pero ya ella estaba junto a la puerta, lloraba, movía la cabeza y, cerrando la puerta con la misma precaución que si dejara a un moribundo, me dejó solo con la radio que traqueteaba y silbaba.

Así que María ya no puede acordarse del polvo efervescente. Para mí, en cambio, mientras viva y siga tocando el tambor, el polvo efervescente no cesará de burbujear;

porque fue mi saliva la que, a fines del verano del año cuarenta, animó el Waldmeister y las frambuesas, la que despertó sensaciones, la que mandó mi carne en busca de algo, la que me hizo buscador de cantarelas, morillas y otros hongos, para mi desconocidos pero igualmente sabrosos, la que me hizo padre, sí, señores, padre; padre a una edad temprana, de la saliva a padre, despertador de sensaciones, padre, buscando y engendrando: porque a principios de noviembre ya no había duda: María estaba encinta, María estaba en su segundo mes, y yo, Óscar, era el padre.

Es lo que sigo creyendo hoy todavía, porque la cosa con Matzerath sólo ocurrió mucho más tarde, unas dos semanas, no, diez días después de que en la cama de su hermano Heriberto el de las cicatrices, a la vista de las postales de campaña de su hermano menor, el sargento, en el cuarto oscuro, entre las paredes y el papel del oscurecimiento, fecundara yo a María mientras dormía, cuando me la encontré, ya no dormida, sino por el contrario activa y jadeante, sobre nuestro canapé; allí estaba debajo de Matzerath, y Matzerath encima de ella.

Desde el zaguán y viniendo del desván donde había estado meditando, Óscar penetró con su tambor en el salón. Ellos no se dieron cuenta. Tenían las cabezas en dirección de la chimenea de azulejos. Y ni siquiera se habían desvestido por completo. A Matzerath los calzoncillos le colgaban en las corvas. Su pantalón estaba amontonado sobre la alfombra. El vestido y las enaguas de María se le habían arremangado por encima del sostén hasta las axilas. Las bragas se le bamboleaban en el pie izquierdo que, juntamente con la pierna y feamente contorsionado, colgaba del diván. La pierna izquierda, replegada y como ajena, reposaba sobre los cojines del respaldo. Entre las piernas, Matzerath. Con la mano derecha le agarraba éste la cabeza, en tanto que con la otra ensanchaba la apertura de ella y trataba de ponerse sobre la pista. Por entre los dedos abiertos de Matzerath, María miraba de soslayo hacia la alfombra y parecía seguir el dibujo de ésta con la vista, hasta debajo de la mesa. Él había clavado los dientes en un cojín con la funda de terciopelo, y sólo dejaba el terciopelo cuando hablaban. Porque por momentos hablaban, sin por ello interrumpir el trabajo. No fue sino al dar el reloj los tres cuartos cuando ambos pararon, hasta que el carrillón hubo cumplido su cometido, y dijo luego él, volviendo a la faena como antes: —Son menos cuarto— y luego quiso que ella le dijera si estaba bien como lo estaba haciendo. Ella le contestó varias veces afirmativamente y le rogó que fuera prudente. Él le prometió que tendría mucho cuidado. Y ella le ordenó o, mejor dicho, le encareció que esta vez tuviera particularmente cuidado. Luego él se informó si a ella le faltaba mucho todavía. Y ella dijo que no, que ya en seguida. Y luego le dio probablemente un calambre en aquel pie que le colgaba del diván, porque lo lanzó al aire, pero las bragas siguieron de todos modos colgando del mismo. En esto él volvió a morder el cojín y ella gritó: «¡salte!», y él se quería salir efectivamente, pero ya no pudo, porque Óscar estaba ya encima, sobre ambos, antes de que él pudiera salirse; yo estaba encima y le daba a él con el tambor en la cruz y al tambor con los palillos, porque ya no podía resistir seguir oyendo aquel «salte» y «salte», y mi tambor era más fuerte que su «salte», y yo no toleraba que él se saliera a la manera como Jan Bronski se había salido siempre de mamá, porque también mamá solía decirle «salte» a Jan y «salte» a Matzerath. Y entonces se separaban y dejaban que el moco diera en alguna cosa, en algún trapo dispuesto de antemano al objeto o bien, si acaso no les daba tiempo de alcanzarlo, sobre el diván o, eventualmente, sobre la alfombra. Pero eso yo no podía verlo. Después de todo yo tampoco me había salido. Y yo fui el primero en no salirme, y de ahí que el padre sea yo, y no ese Matzerath que creyó siempre y hasta el final que era mi padre, cuando en realidad mi padre era Jan Bronski. Y esto lo he heredado yo de Jan, el no salirme antes que Matzerath, el quedarme adentro y dejarlo

adentro; y lo que aquí salió fue mi hijo, y no el suyo. El no tenía ningún hijo. Eso no era un verdadero padre. Aunque se hubiera casado diez veces con mamá y aunque ahora se casara también con María porque estaba encinta. Y él pensaba que la gente de la casa y de la calle pensarían seguramente. ¡Claro que pensaban! Pensaban que Matzerath había preñado a María y que ahora se casaba con ella, que contaba diecisiete años y medio, en tanto que él andaba ya por los cuarenta y cinco. Pero ella es muy lista para su edad, y el pequeño Óscar puede alegrarse de tenerla por madrastra, porque María no es una madrastra para el pobre niño, sino una verdadera madre, pese a que Oscarcito no esté del todo bien de la cabeza y más bien le correspondiera estar en Silberhammer o en Tapiau, en el asilo.

A instancias de Greta Scheffler, pues, Matzerath decidió casarse con mi amante. Por consiguiente, si le designo a él, mi presunto padre, como padre, he de hacer constar lo siguiente: mi padre se casó con mi futura esposa, llamó luego hijo suyo a Kurt, que era mi hijo, y me exigió que viera en su nieto a mi medio hermano y que tolerara que mi amada María, que olía a vainilla, compartiera en calidad de madrastra la cama de él, que apestaba a desove. Pero si me digo que, en realidad, ese Matzerath no es ni siquiera mi presunto padre, sino un ser absolutamente extraño, ni simpático ni digno de mi simpatía, un individuo que cocina bien y que hasta el presente, cocinando, me ha hecho más o menos bien las veces de padre, porque mi pobre mamá me lo legó; que ahora me quita a la faz del mundo la mejor de las mujeres y me hace testigo de una boda y, cinco meses después, de un bautizo, es decir, me hace invitado de dos fiestas de familia que en realidad es a mí a quien hubiera correspondido organizar, porque soy yo el que hubiera debido llevar a María al registro civil y designar luego los padrinos del niño; si me ponía, pues, a considerar los personajes principales de esta tragedia, y no podía menos de observar que la representación de la pieza adolecía de un falso reparto de los papeles más importantes, acababa por desesperar del teatro: porque a Óscar, el verdadero protagonista, le habían asignado un papel de comparsa del que bien se hubiera podido prescindir.

Antes de dar a mi hijo el nombre de Kurt, antes de llamarlo como nunca debiera haberse llamado —porque yo le hubiera dado el nombre de su verdadero abuelo Vicente Bronski—, antes, pues, de conformarme con Kurt, Óscar no quiere dejar de contar en qué forma se defendió, durante el embarazo de María, contra el nacimiento esperado.

Ya la misma noche de aquel día en que los sorprendí sobre el sofá e impedí, tocando el tambor y encaramándome sobre la espalda sudorosa de Matzerath, la precaución solicitada por María, ya aquella misma noche hice un intento desesperado por recuperar a mi amante.

Matzerath sólo logró desmontarme cuando ya era demasiado tarde. Y por eso me pegó. Pero María tomó la defensa de Óscar y reprochó a Matzerath que no hubiera tenido cuidado. Matzerath se defendió como un pobre viejo. La culpa era de María, dijo buscando un pretexto, pues debería haberse contentado con una sola vez, y no que parecía que nunca tenía bastante. A lo que María se puso a llorar, diciendo que con ella la cosa no iba tan rápidamente con un simple meter y sacar y ya, y que si ello era así, mejor que se buscara otra, porque aunque ella no tuviera experiencia, su hermana Gusta, que estaba en el Edén y debía saberlo, le había dicho que aquello no era tan sencillo y le había recomendado mucho que tuviese cuidado, porque había hombres que lo único que querían era desprenderse de su moco y, por lo visto, él, Matzerath, era uno de esos, y siendo así, ella ya no jugaba más, porque lo que ella quería era que también a ella le sonara, como acababa de sonarle. Pero de todos modos él debía haber puesto cuidado, porque bien se merecía ella esa pequeña consideración. Y luego se echó a llorar y seguía sentada en el sofá. Y Matzerath se puso a

gritar, en calzoncillos, y dijo que no podía soportar aquel lloriqueo; pero luego se arrepintió de su arrebató y volvió a meter la pata con María, o sea que trató de acariciarle bajo la ropa lo que no se había tapado todavía, con lo que María se puso furiosa.

Nunca la había visto Óscar así. Subiéronle a la cara unas manchas rojas, y sus ojos grises se le volvieron casi negros. Calzonazos le dijo; y Matzerath, rápidamente, agarró sus pantalones, se los puso y se los abrochó. Podía irse tranquilamente, le gritó María con sus jefes de célula, que eran tan metisacas como él. Y Matzerath cogió su chaqueta y luego el picaporte y aseguró, al salir, que en adelante adoptaría otro tono, que ya estaba hasta la coronilla de todos esos cuentos, y que si ella tenía tantas ganas, que se pescara algún trabajador extranjero, aquel francés, por ejemplo, que les traía la cerveza, que sin duda ése sí se lo haría mejor. En cuanto a él, Matzerath, el amor era para él algo distinto y no sólo esas porquerías; pero ahora se iba a jugar su partida de skat, ya que aquí sí sabía por lo menos a qué atenerse.

Así que me quedé solo con María en el salón. Ahora ya no lloraba, sino que, en forma pensativa y silbando apenas para adentro, se iba poniendo las bragas. Por algún tiempo estuvo aislado su vestido, que sobre el sofá se le había arrugado. Luego puso la radio y trató de escuchar mientras daban los comunicados relativos a los niveles de agua del Vístula y del Nogat y, cuando después de la indicación fluviométrica relativa al curso inferior del Mottlau anunciaron aires de vals y empezaron éstos a oírse efectivamente, quitóse de nuevo repentina e inesperadamente las bragas, fuese corriendo a la cocina, oyóse manipular una cacerola y abrir el agua, oí que el gas hacía puf, y me dije: María se está preparando un baño de asiento.

Con objeto de sustraerse a esta representación desagradable, Óscar se concentró en los aires del vals. Si la memoria no me falla, golpeé algunos compases de música de Strauss sobre mi tambor y le hallé gusto. Luego interrumpieron desde la emisora los aires de vals y anunciaron un comunicado especial. Óscar apostó a que se trataba de un comunicado del Atlántico, y no se equivocó. Al oeste de Irlanda varios submarinos habían logrado hundir siete u ocho barcos de tantas o cuantas toneladas de registro bruto. Además, otros submarinos habían conseguido asimismo mandar al fondo del Atlántico casi exactamente las mismas toneladas de registro bruto, habiéndose distinguido especialmente un submarino bajo el mando del teniente de navío Schepke —aunque tal vez pudiera ser el teniente Kretschmer; en todo caso fue uno de los dos u otro teniente famoso que tenía el mayor tonelaje de registro bruto en su haber, con todo y un destróyer inglés de la clase X—Y.

Mientras yo acompañaba en el tambor, con variaciones y dándole casi un aire de vals, la canción «Iremos a Inglaterra», que seguía al comunicado especial, entró María en el salón, llevando colgada del brazo una toalla. Dijo a media voz: —¿Has oído, Oscarcito? ¡Otro comunicado especial! ¡Cómo esto siga así...! —sin revelar a Óscar lo que pasaría si aquello seguía en esa forma, se sentó en una silla en cuyo respaldo Matzerath solía colgar su chaqueta María enrolló la toalla en forma de salchicha y se puso a silbar bastante fuerte, e incluso correctamente, las notas de Iremos a Inglaterra. Repitió los últimos compases cuando ya habían terminado los de la radio y, así que volvieron a oírse los aires imperecederos del vals apagó el aparato que estaba sobre el aparador. Dejó sobre la mesa la toalla en forma de salchicha, se sentó y se puso las manos sobre los muslos.

Hízose entonces un gran silencio en la estancia; sólo el reloj vertical hablaba cada vez más fuerte, y María parecía reflexionar si no sería mejor volver a poner la radio. Pero luego tomó otra decisión. Apoyó la cabeza en la toalla—salchicha sobre la mesa, dejó

colgar los brazos por entre las rodillas hacia la alfombra y se puso a llorar a un ritmo silencioso y regular.

Óscar se preguntaba si María estaría tal vez avergonzada de que yo la hubiera sorprendido en una situación tan desagradable. Decidí alegrarla; me escabullí del salón y hallé en la tienda, a oscuras, al lado de los paquetes de budín y del papel gelatinado, una bolsita que en el corredor a media luz se reveló como de polvo efervescente con sabor a Waldmeister. Óscar celebró su hallazgo, porque por entonces creía haber tenido la impresión de que el sabor de Waldmeister era el que más le gustaba a María.

Cuando volví al salón, la mejilla derecha de María seguía apoyada sobre la toalla enrollada en forma de salchicha. También los brazos colgábanle como anteriormente, bamboleándose, desamparados, entre los muslos. Óscar se le acercó por el lado izquierdo y experimentó una decepción al ver que tenía los ojos cerrados y sin lágrimas. Esperé con paciencia a que levantara los párpados con las pestañas algo pegadas y le tendí la bolsita; pero ella no vio el Waldmeister; su vista parecía traspasar a la bolsita y a Óscar.

La habrían cegado las lágrimas, me dije disculpándola y, después de breve deliberación, decidí proceder en forma más directa. Óscar se deslizó debajo de la mesa, se acurrucó a los pies ligeramente inclinados hacia adentro de María, le cogió la mano que con las puntas de los dedos casi tocaba la alfombra, se la volví hacia arriba hasta que pudiera verle la palma, abrí la bolsita con los dientes, vertí el contenido del papel en la cuenca que se me abandonaba sin resistencia, le añadí mi saliva, contemplé todavía el primer hervor y recibí a continuación un puntapié muy doloroso en el pecho, con el que María mandó a Óscar sobre la alfombra hasta el centro de la mesa del salón.

A pesar del dolor, me incorporé inmediatamente y salí de debajo de la mesa. María se había levantado también. Nos encontramos jadeantes cara a cara. María cogió la toalla, se restregó bien con ella la mano izquierda, me lanzó el trapo a los pies y me llamó puerco condenado, enano venenoso, gnomo loco que había que hacer picadillo. Luego me agarró, me dio unos manotazos en el cogote, insultó a mi pobre mamá por haber traído al mundo un monstruo como yo y, viéndome a punto de gritar con intención de romper todo el vidrio de la habitación y del mundo entero, metióme en la boca aquella toalla que, al morderla, resultaba más dura que un pedazo de carne.

Y no me soltó hasta que Óscar empezó a ponerse de rojo a morado. Me hubiera sido fácil hacer pedazos todos los vasos, los cristales de la ventana y, por segunda vez, el vidrio de la esfera del reloj vertical. Y sin embargo no grité, sino que fui dejando que se apoderara de mí un odio tan arraigado, que aun hoy, en cuanto María entra en mi cuarto, lo siento entre los dientes como si todavía fuera aquella toalla.

Veleta como siempre, María me soltó, se rió de buena gana, volvió a poner la radio de un zarpazo, y volvió a acercárame, silbando el vals, para acariciarme el pelo, como en realidad yo lo estaba deseando, en señal de reconciliación.

Óscar la dejó aproximarse hasta muy cerquita y la golpeó entonces, con los dos puños a la vez, exactamente allí por donde ella había admitido a Matzerath. Y al cazarme ella los puños al vuelo antes del segundo golpe, la mordí en el mismo maldito lugar y, sin soltar mi presa, caí con ella sobre el sofá; oí, sin duda, que la radio anunciaba un nuevo comunicado especial, pero Óscar no quiso escucharlo: dispénsesele ahora que no cuente lo que allí se hundió, quién lo hundió ni cuánto se hundió, porque un acceso convulsivo de llanto me hizo abrir los dientes, y me quedé tendido inmóvil sobre María, que lloraba de

dolor, mientras Óscar lloraba de odio y de amor, de un amor que se convertía en impotencia plúmbea y que, sin embargo, no podía contenerse.

Ofrenda de la impotencia a la señora Greff

A él, Greff, no lo quería. Él, Greff, no me quería a mí. Tampoco lo quise más tarde, cuando me construyó la máquina—tambor. Y aun hoy, cuando Óscar apenas tiene fuerza para tan tenaces antipatías, no lo quiero especialmente, aunque hoy Greff ya no exista.

Greff era verdulero. Pero vamos por partes. No creía ni en las patatas ni en las berzas y, sin embargo, poseía vastos conocimientos en materia de horticultura y le gustaba dárselas de jardinero, de amigo de la naturaleza y de vegetariano. Y precisamente porque no comía carne, por eso mismo Greff no era tampoco un auténtico verdulero. Resultábale imposible hablar de los productos del campo como se habla de los productos del campo. — Considere usted, por favor, esta extraordinaria patata —oíale a menudo decirle a un cliente—. Esta carne vegetal tumefacta, rebosante, que siempre inventa nuevas formas y permanece, con todo, tan casta. ¡Amo a la patata, porque ella me habla! —es evidente que un verdulero no debe hablar nunca en esta forma, poniendo a sus clientes en situación embarazosa. A mi abuela Ana Koljaiczek, por ejemplo, que había envejecido entre campos de patatas, nunca llegó a salirle de los labios, ni aun en los mejores años de patatas, más frasecita que ésta: —Pues sí, parece que este año las patatas son un poco mayores que el año pasado— con todo y que Ana Koljaiczek y su hermano Vicente Bronski dependían en mucho mayor grado de la cosecha de patatas que el verdulero Greff, al que un buen año de ciruelas le compensaba con creces un mal año de patatas.

En Greff todo era exagerado. ¿Era, por ejemplo, absolutamente indispensable que en la tienda llevara un delantal verde? Valiente pretensión, dar a la tal prenda verde espinaca, entre una sonrisita destinada al cliente y con aire sabihondo, el título de «verde delantal del jardinero del Señor». A esto se añadía que no podía prescindir de sus dichosos exploradores. Claro que en el treinta y ocho se había visto obligado a disolver su grupo —a los muchachos les habían encajado sus camisas pardas y los elegantes uniformes de invierno—, pero, de todos modos, los antiguos exploradores solían venir regularmente, de paisano o en uniforme, a visitar al antiguo jefe explorador para cantar con él, que delante de aquel delantal de jardinero que le había prestado el Señor pellizcaba la guitarra, canciones matutinas, canciones vespertinas, canciones de marcha, canciones de lansquenets, canciones de cosecha, canciones a la Virgen y toda clase de cantos populares nacionales y extranjeros. Y comoquiera que Greff se había hecho miembro oportunamente del Cuerpo Motorizado Nacional Socialista y que, a partir del cuarenta y uno, podía llamarse no sólo verdulero sino, además, jefe de grupo de la defensa pasiva, pudiendo asimismo citar en su favor a dos antiguos exploradores que habían hecho carrera entre los Muchachos del Partido —eran respectivamente jefe de escuadra y jefe de sección—, resulta que, por parte de la jefatura de distrito de la Juventud Hitleriana, podían considerarse autorizadas las veladas corales en la bodega de patatas de Greff. Por otro lado, Greff fue también invitado por el jefe de adiestramiento del distrito, Löbsack, a organizar veladas corales durante los cursos de adiestramiento del distrito, en el castillo de adiestramiento del distrito en Jenkau. Juntamente con un maestro de primaria, a principios del cuarenta recibió Greff el encargo de confeccionar para el Distrito del Reich que incluía a Danzig y a la Prusia Occidental un libro de canciones para muchachos bajo el lema de «¡Canta con nosotros!». El libro resultó muy bueno. El verdulero recibió de Berlín un escrito firmado por el Jefe de la Juventud del Reich y fue invitado a Berlín, a un congreso de jefes de coros.

Greff era pues un hombre valioso. No sólo se sabía todas las estrofas de todas las canciones, sino que además, sabía montar tiendas de campaña y encender y apagar fuegos de vivac de modo que no se produjeran incendios forestales, podía ir derecho a su objetivo guiándose con la brújula, sabía los nombres de pila de todas las estrellas visibles, narraba cuentos jocosos o de aventuras, conocía las leyendas del país del Vístula, organizaba veladas locales con el título de «Danzig y la Hansa», enumeraba todos los gran—maestros de la Orden con sus correspondientes fechas, y no se limitaba sólo a esto, sino que sabía mucho también sobre la misión del germanismo en el territorio de la Orden, y sólo muy raramente entretejía en sus charlas algún dicho más bien de explorador.

Greff amaba a la juventud. Prefería los muchachos a las muchachas. A decir verdad, no amaba nada a las mujeres, sino tan sólo a los muchachos. A veces amaba a los muchachos más de lo que puede expresarse cantando canciones. Es posible que fuera su mujer, la de Greff, mujer desaseada con el sostén siempre grasiento y las bragas agujereadas, la que le obligara a buscar una medida más pura de amor entre muchachos nervudos y sumamente limpios. Pero también es posible que el árbol en cuyas ramas florecía permanentemente la ropa sucia de la señora Greff tuviera otra raíz. Quiero decir que tal vez la Greff se descuidaba porque el verdulero y jefe de grupo de la defensa pasiva no tenía el ojo que convenía a su exuberancia despreocupada y un poco simple.

A Greff le gustaba lo tenso, lo muscular, lo duro. Cuando él decía naturaleza, quería decir al propio tiempo ascetismo. Y cuando decía ascetismo, quería decir una clase particular de higiene corporal. Greff tenía una noción exacta de su cuerpo. Lo cuidaba en forma minuciosa y lo exponía al calor y, de modo particularmente ingenioso, al frío. En tanto que, cantando, Óscar rompía el vidrio de cerca o a distancia, descongelaba en ocasiones las flores de escarcha de los escaparates o derretía y hacía tintinear las candelas de hielo, el verdulero, en cambio, era un hombre que rompía el hielo con un instrumento manual.

Greff abría agujeros en el hielo. En diciembre, enero y febrero, abría agujeros en el hielo con un pico. Muy temprano, de noche todavía, sacaba su bicicleta de la bodega, envolvía el picahielo en un saco de cebollas, pedaleaba de Saspe a Brösen, de Brösen, por el paseo marítimo cubierto de nieve, en dirección a Glettkau, bajábase entre Brösen y Glettkau y, mientras iba clareando lentamente, empujaba la bicicleta, el picahielo y el saco de cebollas a través de la playa helada hasta unos dos o trescientos metros adentro del Báltico helado. Aquí imperaba la niebla de la costa. Nadie hubiera podido ver, desde la costa, cómo Greff dejaba su bicicleta sobre el suelo, desenvolvía el picahielo del saco de cebollas, permanecía silencioso y estático por unos momentos, escuchaba las bocinas de niebla de los cargueros presos en el hielo de la rada, para luego quitarse la cazadora, practicar un poco de gimnasia y ponerse finalmente a excavar, golpeando fuerte y regularmente, un agujero circular en el Báltico.

Para practicar el agujero Greff necesitaba sus buenos tres cuartos de hora. No me pregunten, por favor, de dónde lo sé. En aquel tiempo Óscar lo sabía prácticamente todo. Así sabía también, por ejemplo, para qué quería Greff su agujero en la capa de hielo. Sudaba, y su sudor caía, salado, desde su alta frente abombada, en la nieve. Procedía muy hábilmente, trazando el contorno a fondo y en circunferencia hasta hacerlo volver al punto de origen y levantaba a continuación, sin guantes, el témpano, de unos veinte centímetros de espesor, fuera de la ancha capa de hielo, de la que puede presumirse que se extendía hasta Hela o tal vez, inclusive, hasta Suecia. En el agujero, el agua era elemental y gris, salpicada de una especie de sémola helada. Desprendía un ligero vapor, sin ser por ello un

manantial termal. El agujero atraía a los peces. Es decir, parece que los agujeros en el hielo atraen a los peces. Greff habría podido pescar lampreas o una merluza de veinte libras. Pero él no pescaba, sino que empezaba a desvestirse, hasta quedarse desnudo; porque cuando Greff se desvestía, se desnudaba.

Óscar no se propone en modo alguno transmitirles aquí escalofríos invernales. Baste pues con decir que durante los meses de invierno, el verdulero Greff tomaba dos veces por semana un baño en el Báltico. Los miércoles se bañaba solo, muy temprano. Partía a las seis, llegaba al lugar a las seis y media, picaba hasta las siete y cuarto, quitábase del cuerpo, con movimientos rápidos y exagerados, toda la ropa y, después de haberse frotado previamente con nieve, saltaba al agujero, gritaba en el agujero, y algunas veces le oía yo cantar aquello de «Se oye el rumor de los gansos salvajes en la noche», o bien: «Vengan las tempestades»; bañábase, pues, y gritaba, por espacio de dos o tres minutos a lo sumo, poníase luego de un salto sobre la capa de hielo, de la que destacaba con espantosa precisión cual una forma de carne humeante, más roja que un cangrejo, que corría alrededor del agujero, seguía gritando y entraba en calor, hasta que volvía a hallar el camino de la ropa y de la bicicleta. Poco antes de las ocho estaba Greff de regreso en el Labesweg y abría la verdulería con la mayor puntualidad.

El segundo baño lo tomaba los domingos, en compañía de varios muchachos. Esto, Óscar no quiere haberlo visto, ni lo ha visto en verdad. Fueron habladurías posteriores de la gente. El músico Meyn sabía historias acerca del verdulero, las andaba trompeteando por todo el barrio, y una de estas historias decía que todos los domingos, durante los meses más rigurosos del invierno, Greff se bañaba en compañía de varios muchachos. Pero ni el mismo Meyn pretendía que Greff hubiera forzado a bañarse a los Muchachos, desnudos como él, en el agujero practicado en el hielo. Parece que se contentaba con verlos retozar, medio desnudos o casi desnudos, nervudos y resistentes, sobre el hielo, y frotarse mutuamente con la nieve. Es más, los muchachos sobre la nieve le proporcionaban a Greff tanta alegría, que a veces, después del baño o antes de él, hacía travesuras con ellos, ayudaba a frotar a uno o a otro y permitía asimismo que toda la horda le friccionara a él; y así, a pesar de la niebla costera, el músico Meyn pretende haber visto, desde el paseo marítimo de Glettkau, a un Greff terriblemente desnudo que cantaba, gritaba, atraía a sí a dos de sus discípulos desnudos, los levantaba y, desnudo y con cargamento desnudo, galopaba cual una troika gritona y desbocada sobre la espesa capa de hielo del Báltico.

Se colige fácilmente que Greff no era hijo de pescadores, pese a que había en Brösen y en Neufahrwasser muchos pescadores que llevaban el nombre de Greff. Él, el verdulero, era de Tiegenhof; pero Lina Greff, que de soltera se llamaba Bartsch, lo había conocido en Praust. Ayudaba allí él a un vicario emprendedor en el pupilaje de la Organización de Jóvenes Católicos, a la que Lina Greff iba todos los sábados a causa del mismo vicario. Según una foto que hubo probablemente de darme la Greff, porque figura todavía en mi álbum, Lina era, a los veinte años, robusta, regordeta, alegre, bonachona, atolondrada y tonta. Su padre tenía una explotación hortícola de cierta importancia en Sankt—Albrecht. A los veintidós años y, según lo aseguraba más tarde a cada paso, totalmente desprovista de experiencia, se casó, por consejo del vicario, con Greff, y con el dinero de su padre abrió la tienda en Langfuhr. Comoquiera que una buena parte de los géneros, así en particular casi toda la fruta, la recibía a buen precio de la huerta del padre, el negocio marchaba bien, casi solo, y Greff no podía estropearlo mucho.

Es más, si el verdulero no hubiera tenido aquella afición infantil por los trabajos manuales, no hubiera sido nada difícil convertir la tienda, que estaba muy bien situada,

lejos de toda competencia en aquel suburbio populoso, en una verdadera mina de oro. Pero cuando el funcionario de Pesas y Medidas se presentó por tercera y cuarta vez, controló la balanza de las verduras, confiscó las pesas, selló la propia balanza e impuso a Greff multas de mayor o menor consideración, una parte de los parroquianos lo dejó e hizo sus compras en el mercado semanal, diciendo: Sin duda, la mercancía de Greff es siempre de primera calidad y no tan cara, pero debe de haber allí algo que no anda bien, ya que los de Pesas y Medidas han vuelto a visitarlo.

Y sin embargo, estoy seguro de que Greff no se proponía quitarles peso a los clientes. Tanto que la gran báscula de las patatas pesaba en su perjuicio, después que el verdulero le hubo hecho algunas modificaciones. Así, por ejemplo, adaptóle poco antes de la guerra, a dicha báscula precisamente, un carrillón que, según el peso de las patatas, dejaba oír en cada caso un canto diferente. Por veinte libras de patatas los compradores podían escuchar, a título de propina en cierto modo, «En la clara ribera del Saale»; por cincuenta libras, «Sé siempre fiel y honrado»; un quintal de patatas de invierno le arrancaba al carrillón las notas infantiles y jocosas de la «Anita de Tharau».

Aun cuando yo comprendiera que estas bromas musicales no podían ser del gusto de la Oficina de Pesas y Medidas, Óscar apreciaba estas manías del verdulero. También Lina Greff se mostraba indulgente con estas extravagancias de su esposo, porque... bueno, porque el matrimonio de los Greff consistía precisamente en que cada uno de los esposos se mostraba indulgente con las extravagancias del otro. Y así, bien puede decirse que el matrimonio Greff era un buen matrimonio. El verdulero no pegaba a su esposa, no la engañaba nunca con otras mujeres, no era jugador ni parrandero, sino que era, por el contrario, un hombre jovial, que cuidaba su exterior y era querido, a causa de su natural sociable y servicial, no sólo de la juventud, sino de aquella parte de la clientela que le compraba de buen grado la música con las patatas.

Así, pues, Greff veía también con ecuanimidad e indulgencia que de año en año su Lina se fuera convirtiendo en una mujer desaseada y cada vez más mololiente. Veíale yo sonreír cuando personas que lo querían bien llamaban la cosa por su nombre. Soplándose y frotándose las manos, bien cuidadas a pesar de las patatas, le oía yo decir de vez en cuando a Matzerath, al que la Greff no le era simpática: —Desde luego que tienes razón, Alfredo, que es algo descuidada la pobre Lina. Pero, tú y yo, ¿es que no tenemos también nuestros defectos? —y si Matzerath insistía, Greff ponía término a la discusión en forma categórica pero no por ello menos amistosa: —Puede que en esto y aquello no vayas muy descaminado, pero, a pesar de todo, tiene buen corazón. ¡Si conoceré yo a mi Lina!

Puede que la conociera, pero, lo que es ella, apenas lo conocía a él. Al igual que los vecinos y clientes, nunca hubiera podido ver en aquellos muchachos y jóvenes que visitaban al verdulero con tanta asiduidad, otra cosa que el entusiasmo de la gente joven por un amigo y educador de la juventud, aficionado sin duda, pero no por ello menos apasionado.

A mí, Greff no podía ni entusiasmarme ni educarme. Cierto que Óscar tampoco era su tipo. Si me hubiera podido decidir por el crecimiento, tal vez habría llegado a ser su tipo, porque mi hijo Kurt, que cuenta ahora alrededor de trece años, encarna por completo, con su figura huesuda y desenvuelta, el tipo de Greff, aunque se parezca en todo a María, no mucho a mí y nada en absoluto a Matzerath.

Junto con Fritz Truczinski, que había venido de permiso, fue Greff testigo de aquella boda que tuvo lugar entre María Truczinski y Alfredo Matzerath. Comoquiera que María, lo mismo que su esposo, era protestante, sólo fuimos al registro civil. Esto ocurría a

mediados de diciembre. Matzerath dio su sí dentro del uniforme del Partido. María estaba en su tercer mes.

Cuando más engordaba mi amada, tanto más aumentaba el odio de Óscar. Y eso que no tengo nada contra el embarazo. Pero la idea de que el fruto engendrado por mí hubiera de llevar un día el nombre de Matzerath, me quitaba toda la alegría que hubiera podido darme el anuncio de un heredero. Así, pues, cuando María estaba en el quinto mes, y por consiguiente demasiado tarde, emprendí el primer intento de aborto. Estábamos en Carnaval. María quería fijar en la barra de latón que había arriba del mostrador y de la que colgaban salchichas y tocino, algunas serpentinatas y un par de caretas de payaso de narices descomunales. La escalera, que normalmente se apoyaba firmemente en los estantes, apoyábase ahora, insegura, contra el mostrador. María estaba en lo alto, con las manos entre las serpentinatas; Óscar, en cambio, abajo, al pie de la escalera. Sirviéndome de mis palillos como palanca y ayudando con el hombro y un propósito firme, levanté el pie de la escalera y la empujé hacia un lado: entre las serpentinatas y las caretas, María, espantada, lanzó un grito apagado, la escalera se inclinó, Óscar se apartó de un salto, y a su lado vinieron a dar María, y, con ella, el papel de colores, las caretas y unas cuantas salchichas.

Fue más el ruido que otra cosa. María se había torcido un pie; tuvo que guardar cama y cuidarse, pero no sufrió mayores trastornos, siguió haciéndose cada vez más deforme, y ni siquiera le contó a Matzerath quién la había ayudado a torcerse el pie.

Y no fue hasta ya entrado mayo, cuando, unas tres semanas antes del alumbramiento esperado, emprendí el segundo conato de aborto, cuando se decidió a hablar, sin decirle toda la verdad, con su esposo Matzerath. Durante la comida, y en mi presencia, dijo: —Oscarcito se está portando últimamente como un salvaje en sus juegos, y me pega mucho en el vientre. Tal vez sería mejor que hasta pasado el nacimiento lo dejáramos con mamá, que tiene sitio.

Eso fue lo que Matzerath oyó y creyó. Pero, en realidad, mi encuentro con María había consistido en un ataque criminal.

Ella se había tendido en el sofá después de comer. Matzerath, después de haber lavado los platos de la comida, se hallaba en la tienda decorando el escaparate. En el salón reinaba el silencio. Tal vez una mosca, el reloj como siempre y, en la radio, muy bajo, un informe sobre los éxitos de los paracaidistas en Creta. Yo sólo presté atención cuando hicieron hablar al gran boxeador Max Schmeling. Según pude entender, al saltar y aterrizar sobre el suelo rocoso de Creta, el campeón mundial se había torcido un pie y debía ahora guardar cama y cuidarse, lo mismo que María, que también tuvo que guardar cama después de la caída de la escalera. Schmeling habló con calma, comedidamente; luego tomaron la palabra otros paracaidistas menos prominentes, y Óscar ya no escuchó más: silencio, tal vez una mosca, el reloj como siempre, y la radio, apenas.

Estaba yo sentado junto a la ventana, sobre mi banquito, y observaba el cuerpo de María sobre el sofá. Respiraba profundamente y tenía los ojos cerrados. De vez en cuando golpeaba yo, a contrapelo, mi tambor. Ella no se movía, pero me obligaba, con todo, a respirar con su vientre en una misma habitación. Por supuesto que estaban también el reloj, la mosca entre los cristales y la cortina, y la radio con la isla pedregosa de Creta de trasfondo. Pero todo esto se sumergió en pocos instantes, y yo ya no veía más que el vientre, y ya no sabía en qué habitación el tal vientre se inflaba, ni a quién pertenecía, ni quién lo había puesto así, y no tenía más que un deseo: ¿tiene que desaparecer, ese vientre; es un error que te tapa la vista, levántate, haz algo! Así, pues, me levanté. Tienes que ver cómo lo arreglas. Y me fui acercando al vientre, y de paso cogí algo. Tendrías que hacer

aquí un poco de aire, eso es una hinchazón maligna. Levanté, pues, lo que había tomado de paso y busqué un lugar en el vientre, entre las manecitas de María. Decídate de una vez, Óscar, si no María abrirá los ojos. Sentíame ya observado, pero seguí mirando la mano izquierda de María que temblaba ligeramente; vi, de todos modos, que ella retiraba la mano derecha, que la mano derecha se proponía algo, de modo que no me sorprendió mucho que, con la mano derecha, María le quitara a Óscar las tijeras de la mano. Tal vez permanecí todavía por espacio de algunos segundos con el puño en alto, pero vacío, oí el reloj, la mosca, la voz del locutor en la radio que anunciaba el final de la información relativa a Creta, di luego media vuelta y, antes de que empezara la emisión siguiente —música alegre de dos a tres—, abandoné el salón que, en presencia de un vientre que ocupaba mucho lugar, se me había hecho demasiado estrecho.

Dos días después, María me proveyó con un nuevo tambor y me llevaron con mamá Truczinski a aquella habitación del segundo piso que olía a café de malta y a patatas asadas. Primero dormí en el sofá, porque Óscar se negó a dormir en la antigua cama de Heriberto que, según tenía motivos para temerlo, podría seguir conservando el perfume de vainilla de María. Pasada una semana, el viejo Heilandt subió por la escalera mi camita de madera. Consentí en que la montaran al lado de aquel lecho que debajo de mí, María y nuestro común polvo efervescente, había guardado silencio.

Junto a mamá Truczinski, Óscar se calmó o se volvió indiferente. Como que ya no seguía viendo el vientre, porque María evitaba subir las escaleras. Por mi parte eludía la habitación de la planta baja, la tienda, la calle y aun el patio, en el que, debido a la situación alimenticia cada vez más difícil, volvían a criarse conejos.

La mayor parte del tiempo permanecía Óscar sentado ante las tarjetas postales que el sargento Fritz Truczinski había enviado o traído de París. La ciudad de París me la representaba yo diversamente y, al tenderme mamá Truczinski una vista de la Torre Eiffel, empecé, inspirándome en la atrevida construcción de hierro, a tocar París en mi tambor, a tocar un vals museta, sin que nunca hubiera yo oído vals museta alguno anteriormente.

El doce de junio —según mis cálculos con dos semanas de anticipación—, bajo el signo de los Gemelos, y no bajo el del Cáncer como yo lo había calculado, nació mi hijo Kurt. El padre, en un año de Júpiter; el hijo, en un año de Venus. El padre, dominado por Mercurio en la Virgen, que hace a uno escéptico e ingenioso; el hijo, provisto igualmente por Mercurio, pero en el signo de los Gemelos, con una inteligencia fría y ambiciosa. Lo que en mí atenuaba Venus en el signo de la Balanza y en la casa del Ascendente, agravábalo Aries en la misma casa de mi hijo: su Marte habría de traerme dificultades más adelante.

Excitada y moviéndose como un ratón, mamá Truczinski me comunicó la nueva: —Imagínate, Óscar, la cigüeña te ha traído un hermanito. ¡Y yo que ya había pensado, bueno, con tal que no sea una Marieta, de ésas que luego dan disgustos!— Por mi parte, apenas interrumpí mi tamboreo frente a la Torre Eiffel y a una vista del Arco de Triunfo que acababa de llegar. Tampoco mamá Truczinski parecía esperar de mí una felicitación a honras de la abuela Truczinski. Aunque no fuera domingo, se animó a ponerse algo rojo; echó mano a su acreditado papel de achicoria, frotóse con él a guisa de colorete las mejillas y así recién pintada dejó la habitación para ayudar en la planta baja al presunto padre Matzerath.

Estábamos, como quedó dicho, en junio. Un mes engañoso. Éxito en todos los frentes —admitiendo como éxitos los éxitos en los Balcanes—, y al propio tiempo éxitos aún mayores se cernían en el este. Aquí se estaba concentrando un ejército imponente. El

ferrocarril no paraba un momento. Incluso Fritz Truczinski, que hasta entonces se había divertido tanto en París, hubo de emprender un viaje hacia el este que tardaría en llegar a su término y que no cabía confundir con un viaje de permiso. Con todo, Óscar seguía sentado tranquilamente ante las lustrosas tarjetas postales, pensaba en la dulce París de principios de verano, tocaba ligeramente *Troisjeunes tambours*, no se sentía identificado con el ejército alemán de ocupación y no tenía que temer, por tanto, que los guerrilleros lo precipitaran desde algún puente del Sena. No; subía de paisano con mi tambor a la Torre Eiffel, gozaba desde lo alto, como es debido, el vasto panorama, sentíame bien así y ajeno, a pesar de la altura tentadora, a toda idea agridulce de suicidio; a tal punto, que no fue hasta después del descenso, al encontrarme con mis noventa y cuatro centímetros al pie de la Torre, cuando volví a cobrar conciencia del nacimiento de mi hijo.

¡*Voilà*, un hijo!, me decía. Cuando cumpla tres años tendrá su tambor de hojalata. Ya veremos quién es aquí el padre, si el tal señor Matzerath o yo, Óscar Bronski.

En el caluroso mes de agosto —creo que precisamente cuando volvía a anunciarse el feliz éxito de otra batalla envolvente, la de Smolensk—, fue bautizado mi hijo. ¿Quién habría invitado al bautizo a mi abuela Ana Koljaiczek y a su hermano Vicente Bronski? Si me decido una vez más por la versión que hace dejan Bronski a mi padre y del taciturno y cada vez más extravagante Vicente a mi abuelo paterno, entonces claro que había para la invitación motivos de sobra. En definitiva mis abuelos eran los bisabuelos de mi hijo Kurt.

Claro está que este razonamiento nunca podía ocurrírsele a Matzerath, que es el que había hecho la invitación. Porque él veíase a sí mismo, inclusive en los momentos más dudosos, como por ejemplo después de la pérdida catastrófica de una partida de skat, cual doble progenitor, cual padre y sostén. Óscar volvía además a ver a sus abuelos por otros motivos. Habían alemanizado a los dos viejitos: ya no eran polacos, y sólo seguían soñando en cachuba. Alemanes nacionales, los llamaban, del grupo popular tres. Añádase a esto que Eduvigis Bronski, la viuda de Jan, se había casado con un alemán del Báltico, que era jefe local de los campesinos de Ramkau. Habíanse ya presentado las solicitudes conforme a las cuales Esteban y Marga Bronski habían de adoptar el nombre de su padrastro Ehlers. Esteban, que contaba diecisiete años, se había presentado como voluntario, se hallaba en el campo de entrenamiento de Gross—Boschpol y tenía perspectivas de visitar todos los teatros de batalla europeos; en tanto que Óscar, al que tampoco le faltaba mucho para cumplir la edad del servicio militar, había de esperar, sentado detrás de su tambor, a que en el ejército, la marina o eventualmente la aviación se produjera alguna posibilidad de empleo para un tambor de tres años.

El jefe local de campesinos Ehlers tomó la iniciativa. Quince días antes del bautizo presentóse en el Labesweg, con Eduvigis sentada a su lado en el pescante, en un carruaje tirado por dos caballos. Tenía las piernas en O, padecía del estómago y no se dejaba comparar ni de lejos con Jan Bronski. De una cabeza más bajo que ella, veíasele sentado al lado de Eduvigis, de mirada bovina, a la mesa del salón. Su presencia sorprendió al propio Matzerath. No había manera de ligar la conversación. Hablóse del tiempo, de que algo ocurría en el este, de que aquí se avanzaba de lo lindo; mucho más rápidamente que en el quince, recordaba Matzerath, que en el quince había andado en ello. Todos ponían mucho empeño en no mencionar a Jan Bronski, hasta que yo decidí jugarles una pasada y, poniendo una boquita cómica de niño, pregunté en voz alta y reiteradamente dónde estaba Jan, el tío de Óscar. Matzerath carraspeó, dijo algo amable y algo profundo a propósito de su antiguo amigo y rival. Ehlers asintió inmediata y prolijamente, pese a que no hubiera alcanzado a conocer a su predecesor. Eduvigis halló inclusive unas lágrimas sinceras que

se le deslizaron lentamente por las mejillas y, finalmente, dio al tema Jan su conclusión precisa: —Era un buen hombre, incapaz de hacer daño a una mosca. Quién hubiera pensado que acabaría así, él, tan tímido, al que todo le asustaba.

Después de estas palabras, Matzerath pidió a María, que estaba de pie detrás de él, que trajera unas botellas de cerveza, y preguntó a Ehlers si jugaba al skat. Ehlers no jugaba, lo que sentía mucho, pero Matzerath fue lo bastante magnánimo para perdonarle al jefe local de campesinos esta pequeña falla. Inclusive le dio unas palmaditas en la espalda y, cuando la cerveza estaba ya en los vasos, le aseguró que no tenía ninguna importancia que no jugara al skat y que esto no era óbice para que fueran buenos amigos.

En esta forma, pues, Eduvigis Bronski volvió a hallar en calidad de Eduvigis Ehlers el camino de nuestra casa y, además de su jefe local de campesinos, llevó a nuestro bautizo a su antiguo suegro Vicente Bronski y a su hermana Ana Koljaiczek. Matzerath parecía estar al corriente, salió a la calle a dar a los dos viejitos una bienvenida sonora y cordial, debajo de las ventanas de los vecinos, y dijo en la habitación, cuando mi abuela sacó de debajo de sus faldas el regalo de bautizo, una oca madura: —Eso sí que no hubiera sido necesario, abuela. Igual me gustaría que vinieses aunque no trajeses nada —cosa que no fue del gusto de mi abuela, que quería saber lo que valía su oca. Con la mano plana le dio unas palmaditas al ave bien cebada y protestó: —No digas eso, Alfredito. Esto no es una oca cachuba, sino una oca nacional alemana, y sabe exactamente lo mismo que antes de la guerra.

Con esto quedaron zanjados todos los problemas relativos a las nacionalidades, y sólo se produjeron algunas dificultades antes del bautizo, al negarse Óscar a entrar en la iglesia protestante. Inclusive cuando sacaron mi tambor del taxi, tratando de atraerme con él y asegurándome reiteradamente que en las iglesias protestantes podía entrarse con el tambor descubierto, mantúveme yo católico fanático, y antes me hubiera decidido por una confesión breve sucinta en la oreja sacerdotal del reverendo Wiehnke que a escuchar un sermón bautismal protestante. Matzerath cedió. Probablemente tenía miedo a mi voz y a las consiguientes demandas de indemnización. Así, pues, mientras en la iglesia bautizaban, yo me quedé en el taxi, contemplé el cogote del chófer, escruté en el retrovisor la cara de Óscar y recordé mi propio bautizo, que quedaba ya años atrás, y todos los intentos del reverendo Wiehnke para apartar a Satanás del catecúmeno Óscar.

Tras el bautizo, se comió. Habían juntado dos mesas y empezamos con la sopa de tortuga. Cucharas y bordes de los platos. Los del campo sorbían. Greff levantaba su meñique. Greta Scheffler mordía la sopa. Gusta sonreía ampliamente por encima de su cuchara. Ehlers hablaba por encima de la suya. Vicente buscaba tembloroso al lado de la suya. Sólo las dos viejas, mi abuela Ana y mamá Truczinski, decicábanse por entero a las cucharas, en tanto que Óscar se cayó, como quien dice, de la cuchara, se escabulló, mientras los otros seguían dándole a la cuchara, y se trasladó al dormitorio junto a la cuna de su hijo, porque quería reflexionar a propósito de su hijo, mientras los otros, detrás de sus cucharas, se iban vaciando de sus pensamientos a medida que iban vaciando en sí mismos las cucharadas de sopa.

Un cielo de tul azul claro sobre el cesto con ruedas. Comoquiera que el borde del cesto era demasiado alto, al principio sólo alcancé a ver un montoncito rojo morada. Luego me subí sobre mi tambor y pude contemplar a mi hijo, que dormía y de vez en cuando se estremecía. ¡Óh, orgullo paterno, que buscas siempre palabras altisonantes! Mas comoquiera que a mí, en presencia del lactante, no se me ocurrió nada, excepto la frasecita: cuando cumpla tres años tendrá un tambor; comoquiera que mi hijo no me revelaba a mi

nada del mundo de sus pensamientos, y comoquiera, pues, que sólo podía esperar que fuera, como yo, uno de los recién nacidos de oído fino, volvíle a prometer una y otra vez un tambor de hojalata al cumplir su tercer aniversario, y regresé al comedor, a probar fortuna con los adultos.

Aquí acababan precisamente de terminar la sopa de tortuga María trajo los suaves guisantes verdes, de lata, en mantequilla Matzerath, que respondía personalmente del asado de puerco, sirvió el plato con sus propias manos, se quitó la chaqueta, se puso a cortar en mangas de camisa una tajada tras otra y ponía, por encima de la carne tierna y jugosa, una cara tan dulcemente satisfecha, que yo hube de mirar a otro lado.

Al verdulero Greff le sirvieron aparte. Para él había espárragos de lata, huevos fritos y nata con rábanos, ya que los vegetarianos no comen carne. Tomó sin embargo, como todos los demás, algo de puré de patatas, que no roció con el jugo del asado, sino con mantequilla derretida que María, siempre atenta, le trajo de la cocina en una pequeña sartén chisporroteante. En tanto que los demás bebían cerveza, él se atenía al jugo de manzana. Hablábase allí de la batalla envolvente de Kiev y se contaba, sirviéndose de los dedos, el número de prisioneros. Ehlers, que era del Báltico, mostrábase particularmente ducho en el cómputo y, a cada cien mil, enderezaba como si lo moviera un resorte uno de sus dedos, para luego, cuando sus dos manos abiertas hubieron completado el millón, seguir contando mediante la decapitación, uno después de otro, de los dedos tendidos. Cuando se hubo agotado el tema de los prisioneros rusos, cuya suma creciente les quitaba valor e interés, Scheffler habló de los submarinos en Gotenhafen, y Matzerath le susurró al oído a mi abuela Ana que, en Schichau, se botaban dos submarinos por semana. A continuación, el verdulero Greff explicó a todos los invitados al bautizo por qué los submarinos habían de botarse de costado y no con la proa por delante. Para que lo entendieran mejor, acompañábase de movimientos de las manos, que la mayoría de los presentes, fascinados por la construcción de los submarinos, imitaban atentamente y con torpeza. Al querer reproducir con la mano izquierda un submarino en el acto de sumergirse, Vicente Bronski volcó su vaso de cerveza, por lo que mi abuela se puso a regañarle. Pero María la calmó, diciendo que no era nada, que el mantel tenía que lavarse de todos modos al día siguiente y que, por lo demás, era muy natural que en una comida de bautizo se produjeran manchas. En esto llegaba ya mamá Truczinski con un trapo y esponjó el charco de cerveza, en tanto que, con la mano izquierda, sostenía la gran fuente de cristal llena de budín de chocolate salpicado de puntas de almendra.

¡Oh, si con el budín de chocolate hubieran servido otra salsa, o ninguna en absoluto! Pero hubo de ser precisamente salsa de vainilla. Espesa, amarilla: salsa de vainilla. No hay probablemente en este mundo nada más alegre, pero tampoco nada más triste que una salsa de vainilla. Dulcemente perfumaba la vainilla el ambiente y me iba envolviendo, cada vez más, con María, que era la fuente de toda vainilla y estaba sentada ahora al lado de Matzerath, del que tenía la mano en su mano, de modo que yo ya no podía ni verla ni soportarla.

Oscar se fue escurriendo de su sillita de niño, asiéndose para ello a la falda de la Greff, a cuyos pies se acurrucó, mientras arriba ella seguía operando activamente con la cuchara; y vino a gustar en esta forma por vez primera aquella emanación peculiar de Lina Greff, que anegaba, ahogaba y mataba instantáneamente toda la vainilla.

Por acre que fuera, mantúveme de todos modos en la nueva dirección olfatoria, hasta que todos mis recuerdos relacionados con la vainilla parecieron desvanecerse. Poco a poco, silenciosamente y sin convulsiones, me sentí invadido por una náusea liberadora. Y

mientras iba devolviendo la sopa de tortuga, el asado de puerco bocado por bocado, los verdes guisantes de lata casi intactos y aquel par de cucharadas de budín de chocolate con salsa de vainilla, comprendí mi impotencia, nadé en mi impotencia, desplegué a los pies de Lina Greff la impotencia de Óscar, y decidí ofrecer en adelante a la señora Greff mi impotencia de cada día.

Setenta y cinco kilos

Viasma y Briansk; luego vino el período del barro. También Óscar empezó a mediados de octubre del cuarenta y uno a revolver activamente el barro. Que se me perdone si confronto los éxitos en el fango del grupo de ejércitos del centro con mis éxitos en el terreno escabroso e igualmente fangoso de la señora Lina Greff. Lo mismo que se atascaron allí, poco antes en Moscú, los tanques y camiones, así también me atasqué yo; allí, sin duda, las ruedas seguían rodando y revolviendo el barro; yo, sin duda, tampoco cedí —llegué literalmente a arrancarle espuma al barro de la Greff—, pero ni frente a Moscú ni en el dormitorio de la habitación de los Greff podía hablarse propiamente de avances.

Y no quiero abandonar todavía la comparación: así como los estrategas futuros sacarían entonces la enseñanza de las operaciones atascadas en el barro, del mismo modo saqué yo también mis conclusiones de la lucha contra el fenómeno natural greffiano. No deben subestimarse los esfuerzos llevados a cabo durante la guerra en el frente interior. Óscar contaba entonces diecisiete años y adquirió su madurez viril, a pesar de su juventud, en el intrincado y péfido terreno de maniobras de Lina Greff. Abandonando ahora los símiles bélicos, mido los progresos de Óscar en términos de arte para decir: Si María, con su fragancia ingenua y excitante de vainilla, me enseñó el tono menor y me familiarizo con lirismos como el del polvo efervescente o la recolección de champiñones, el ambiente odorífero fuertemente agrio y compuesto de efluvios múltiples de la Greff había de depararme en cambio aquella vasta inspiración épica que me permite hoy enunciar conjuntamente, en una misma frase, los éxitos del frente y los de la alcoba. ¡Música, pues! De la armónica infantilmente sentimental y, con todo, tan dulce de María, pasé directamente al estrado del director de orquesta; porque es el caso que Lina Greff me brindaba una orquesta tan rica y variada como sólo podría encontrársela a lo sumo en Bayreuth o en Salzburgo. Allí me familiaricé yo con el viento, la percusión y el metal, el *pizzicato* y el *stringendo*; allí aprendí a distinguir si se trataba del bajo continuo o del contrapunto, del sistema dodecafónico o del de nueve tonos, el ataque del *scherzo*, el tiempo del andante: mi estilo era a la vez de una estricta precisión y de una suave fluidez; Óscar extraía de la Greff hasta lo último, y permanecía de todos modos descontento, si no insatisfecho, cual corresponde a un verdadero artista.

De nuestra tienda de ultramarinos a la verdulería de los Greff no había más que unos veinte de mis pasitos. El comercio de ellos quedaba casi enfrente del nuestro, o sea que quedaba mejor, mucho mejor que la vivienda del panadero Alejandro Scheffler en el Kleinhammerweg. Posiblemente se deba a esta situación de las respectivas tiendas el que yo realizara más progresos en el estudio de la anatomía femenina que en el de mis maestros Goethe y Rasputín. Pero también es posible que esta desigualdad de mi nivel cultural, patente hoy todavía, se deje explicar y aun justificar en su caso por la diversidad entre mis dos maestras. Pues en tanto que Lina Greff no se proponía en modo alguno instruirme, sino que ponía sencilla y pasivamente su caudal a mi disposición cual material de contemplación y experimentación, Greta Scheffler, en cambio, tomaba su vocación de institutriz mucho más en serio de lo debido. Quería registrar éxitos positivos, y oírme leer en voz alta, y observar mis dedos de tambor aplicados a la caligrafía, y congraciarme con la dulce gramática, sacando al propio tiempo algunos beneficios para ella de toda esa amistad. Pero, al rehusarle Óscar todo signo visible de progreso, Greta Scheffler perdió la paciencia y, poco después de la muerte de mi pobre mamá, transcurridos de todos modos siete años de enseñanza, volvió a sus labores y, comoquiera que el matrimonio panadero

siguiera sin tener hijos, ya sólo me regalaba de vez en cuando, sobre todo en ocasión de las grandes festividades, jerseys, medias y manoplas de su propia confección. Todo aquello de Goethe y Rasputín acabó entre nosotros, y sólo a los extractos de los dos maestros que guardaba ora en un lugar ora en otro, las más de las veces, sin embargo, en el tendedero del desván de nuestro inmueble, debe Óscar éí que esta parte de sus estudios no se desecara por completo: cultivéme, pues, yo mismo y alcancé a formarme así un criterio propio.

La enfermiza Lina Greff, en cambio, estaba atada a la cama, de modo que no podía escapárseme o abandonarme, porque su enfermedad era sin duda prolongada, pero de todos modos no lo suficientemente sería como para que la muerte hubiera podido arrebatármela prematuramente. Mas como en este planeta nada hay eterno, fue Óscar el que abandonó a la valetudinaria en el momento en que pudo considerar sus estudios como terminados.

Ustedes dirán, sin duda: ¿en cuán limitado universo hubo de formarse este joven! Tuvo que reunir el equipo y para su vida ulterior, para su vida adulta, entre una tienda de ultramarinos, una panadería y una tienda de verduras. Aun cuando deba yo admitir que Óscar reunió efectivamente sus primeras impresiones, tan importantes, en un ambiente pequeñoburgués así de enmohecido, hubo de todos modos un tercer maestro. A él estaba reservado abrir a Óscar el mundo y hacer de él lo que es hoy, una persona que, a falta de mejor título, designo con el nombre insuficiente de cosmopolita.

Me refiero, como los más perspicaces entre ustedes lo habrán ya adivinado, a mi maestro y mentor Bebra, al descendiente directo del príncipe Eugenio, al vástago de la estirpe de Luis Catorce, al liliputiense y payaso musical Bebra. Cuando digo Bebra, pienso también, por supuesto, en la dama que lo acompañaba, en la gran sonámbula Rosvita Raguna, la bella intemporal en la que durante aquellos años sombríos en los que Matzerath me quitó a María hube de pensar a menudo. ¿Qué edad podrá tener la signora?, preguntábame yo. ¿Es una muchachita en flor de veinte años, si no de diecinueve? ¿ó será esa grácil anciana nonagenaria llamada a encarnar todavía incorruptiblemente por otros cien años la juventud eterna en miniatura?

Si lo recuerdo bien, mi encuentro con estos dos seres que me son tan afines fue poco después de la muerte de mi pobre mamá. En el Café de las Cuatro Estaciones bebimos juntos nuestro moka, y luego nuestros caminos se separaron. Había entre nosotros ligeras divergencias políticas que no dejaban de tener importancia: Bebra era allegado del Ministerio de Propaganda del Reich según pude deducirlo de sus insinuaciones, tenía acceso a las habitaciones privadas de los señores Goebbels y Goering, lo que trató de explicarme y de justificar de las maneras más diversas. Me habló de la posición influyente de los bufones en las cortes de la Edad Media; mostróme reproducciones de cuadros de pintores españoles, que exhibían a un Felipe o a un Carlos cualquiera rodeados de sus cortesanos y, en medio de estas sociedades ceremoniosas, veíanse algunos bufones rizados, vestidos con encajes y pantalones bombachos, de proporciones más o menos como las de Bebra y acaso también las mías. Y es precisamente porque estas imágenes me gustaban — todavía puedo confesarme cual un ferviente admirador del genial pintor Diego Velázquez— por lo que no se lo quise poner a Bebra demasiado fácil. Dejó, pues, de comparar la institución de los bufones en la corte del cuarto Felipe español con su posición cerca del advenedizo renano Joseph Goebbels, y empezó a hablar de los tiempos difíciles, de los débiles que temporalmente han de ceder el paso, de la resistencia que florece en la clandestinidad; total, que salió a relucir la expresionceja ésa de «emigración interior», y por ello los caminos de Óscar y de Bebra se separaron.

No es que yo le guardara rencor al maestro. Antes bien, en todas las carteleras busqué en el curso de los años siguientes los anuncios de las variedades y de los circos, esperando encontrar en ellos el nombre de Bebra y, efectivamente, lo encontré un par de veces, juntamente con el de la signora Raguna, pese a lo cual nada emprendí que pudiera conducir a un encuentro con estos dos amigos.

Dejaba yo la cosa al azar, pero el azar falló, porque, si los caminos de Bebra y el mío se hubieran cruzado ya en otoño del cuarenta y dos y no hasta el año siguiente, Óscar nunca habría sido el alumno de Lina Greff, sino el discípulo de Bebra. Así, en cambio, atravesaba yo día tras día el Labesweg, a menudo desde muy temprano, penetraba en la verdulería, deteníame primero por razones de cortesía como una media horita junto al verdulero que se iba convirtiendo cada vez más en un tipo raro de aficionado a los trabajos manuales, contemplábale construir sus máquinas extravagantes, repiqueteantes, ululantes y chirriantes y, cuando entraba algún cliente, se lo advertía dándole con el codo, ya que, en aquella época, Greff apenas se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. ¿Qué había sucedido? ¿Qué es lo que había hecho tan taciturno al jardinero y amigo de la juventud, antes tan espontáneo y jocoso? ¿Qué es lo que lo llevaba a aislarse en esa forma y a convertirse en un hombre ya de edad que descuidaba su aspecto externo?

La juventud ya no venía a verlo. Lo que estaba creciendo no sabía quién era. La guerra había diseminado por todos los frentes su cohorte de los buenos tiempos. Llegaban cartas de los diversos sectores militares, luego ya sólo fueron tarjetas postales, y un día recibió Greff indirectamente la noticia de que su preferido Horst Donath, primero explorador y luego jefe de escuadrón en las juventudes del Partido, había caído como teniente en el Donetz.

A partir de aquel día, Greff empezó a envejecer, descuidó su aspecto externo y se entregó por completo a sus trabajos manuales, a tal punto que se veían en la verdulería más máquinas repiqueteantes y mecanismos ululantes que patatas y repollos. Claro está que también la situación general del aprovisionamiento contribuía a ello; las entradas de mercancías se hacían raras e irregulares, y Greff no estaba en condiciones, como Matzerath, de convertirse en hábil comprador de mayoreo valiéndose de sus relaciones.

La tienda tenía un aspecto triste, y en el fondo hubiera habido motivo para alegrarse de que los inútiles aparatos sonoros de Greff decoraran y llenaran el espacio en forma no por cómica menos decorativa. A mí me gustaban los productos surgidos del cerebro cada vez más rizado del maniático de los trabajos manuales Greff. Cuando hoy contemplo los engendros de cordeles anudados de mi enfermero Bruno, me acuerdo de la exposición de Greff. Y al igual que Bruno saborea mi interés, mitad sonriente y mitad serio, en sus pasatiempos artísticos, así gozaba también Greff, a su manera distraída, cuando observaba que una u otra de sus máquinas musicales me gustaba. Él, que por espacio de años no se había ocupado de mí, sentíase ahora decepcionado cuando, después de media horita, abandonaba yo su tienda convertida en taller, para visitar a su esposa Lina Greff.

¿Qué puedo contarles de aquellas visitas a la mujer permanentemente encamada que la mayoría de las veces se prolongaban durante dos o dos horas y media? Entraba Óscar y hacía ella señal desde la cama: —Ah, eres tú, Oscarcito. Ven métete aquí bajo las plumas, que en el cuarto hace frío, y ese Greff apenas ha encendido la estufa —así, pues, deslizábame yo bajo el edredón, dejaba mi tambor y aquellos palillos que acababa de emplear junto a la cama, y sólo permitía a un tercer palillo, algo usado y fibroso, visitar conmigo a Lina.

No quiere decir esto que me desvistiera para meterme en la cama con Lina. En lana, en terciopelo y con mis zapatos de piel, subía yo y, después de cierto tiempo y a pesar de una labor esforzada y caldeante, volvía a salir de entre las revueltas plumas con mis ropas apenas en desorden.

Cuando acababa de salir de la cama de Lina y cargado todavía de las emanaciones de su esposa hube visitado varias veces al verdulero, se estableció una costumbre a la que por mi parte me adapté de buena gana. En efecto, mientras yo permanecía todavía en la cama de la Greff y practicaba aún mis últimos ejercicios, entraba el verdulero en el dormitorio con una palangana llena de agua caliente, depositábala sobre un escabel, dejaba una toalla y jabón a su lado, y abandonaba el cuarto, sin dedicar a la cama una sola mirada.

Por lo regular, Óscar arrancábase entonces rápidamente al calor del nido que se le había brindado, dirigíase a la palangana y sometíase a sí mismo y al palillo que acababa de mostrar su eficacia en el lecho a una limpieza a fondo; bien comprendía yo que a Greff le resultaba insoportable el olor de su mujer, aun cuando fuera de segunda mano.

Así, en cambio, recién lavado, era bien acogido por el verdulero. Me hacía la demostración de todas sus máquinas y de sus respectivos ruidos, y aún me extraña a la fecha que, a pesar de esta familiaridad tardía, no se estableciera entre Óscar y Greff amistad alguna y que Greff siguiera siéndome ajeno y sólo lograra despertar acaso mi interés, pero jamás mi simpatía.

En septiembre del cuarenta y dos —acababa yo de dejar atrás sin mayor gloria mi décimo octavo aniversario, en tanto que en la radio el sexto ejército conquistaba Stalingrado—, construyó Greff su máquina—tambor. En un armazón de madera suspendió en equilibrio dos platillos cargados con patatas y quitó a continuación, del platillo izquierdo, una patata: la balanza se inclinó, liberando un trinquete que disparó el mecanismo de tamboreo instalado sobre la armazón; y aquello fue un redoblar y hacer ¡pum! y traquetear y rechinar, un percutir de platillos y un retumbar del parche para desembocar a la postre, todo junto, en un berrido final trágicamente discordante.

A mí la máquina me gustó. Una y otra vez le rogaba a Greff que la hiciera funcionar. Como que Óscar se imaginaba que el verdulero aficionado la había inventado y construido a causa de él y para él: error, sin embargo, que no había de tardar en hacerse vivamente patente. Es posible que Greff pensara en mí al hacerla, pero la máquina era para él, y el final de la máquina fue también el suyo.

Fue una mañana muy temprano, una de esas mañanas lúcidas de octubre, como sólo el viento nordeste sirve gratis a domicilio. Había yo dejado a primera hora la habitación de mamá Truczinski y salía a la calle en el preciso momento en que Matzerath subía la cortina metálica de nuestra tienda. Llegué a su lado cuando hacía subir con un traqueteo los listones pintados de verde, acogí primero la nube de olores de ultramarinos que se había acumulado durante la noche en el interior de la tienda y recibí, a continuación, el beso matutino de Matzerath. Antes de que María hiciera su aparición atravesé el Labesweg, proyectando hacia el oeste una larga sombra sobre el empedrado, porque a la derecha, al este y sobre la Plaza Max Halbe, el sol subía por sus propios medios, sirviéndose probablemente del mismo truco que hubo de emplear el barón de Münchhausen cuando se sacó a sí mismo del charco tirando de su propia coleta.

Cualquiera que conociese como yo al verdulero Greff habríase igualmente sorprendido al ver que a aquella hora el escaparate y la puerta de su tienda permanecían con las cortinas echadas y cerrados. Ciertamente que los últimos años habían ido convirtiendo a

Greff cada vez más en un Greff raro, pero hasta entonces nunca había dejado de observar puntualmente las horas de apertura y cierre.

Tal vez esté enfermo, pensó Óscar, para rechazar en el acto la idea. Porque, ¿cómo podía enfermarse de un día para otro, a pesar de algunas manifestaciones recientes de envejecimiento, aquel hombre elemental, aquel Greff que, el último invierno todavía, aunque no con la misma frecuencia de antes, había practicado agujeros en el hielo del Báltico para bañarse en ellos? Allí el privilegio de guardar cama ejercíalo con asiduidad suficiente la señora Greff, y además yo sabía que Greff despreciaba las camas blandas y dormía con preferencia en camas de campaña o en duros catres. No, no había enfermedad alguna capaz de retener al verdulero en la cama.

Situéme, pues, delante de la verdulería cerrada, volví la vista hacia nuestra tienda y observé que Matzerath se hallaba ocupado en el interior; y sólo entonces procedí al discreto redoble de unos compases sobre mi tambor, con la esperanza de que alcanzaran el oído sensible de la Greff. No hubo necesidad de mucho ruido; en seguida se abrió la segunda ventana de la derecha, junto a la puerta de la tienda. La Greff, en camisón y con la cabeza llena de rizadores y una almohada apretada contra el pecho, mostróse por encima del cajón de los geranios: —¿Ah, eres tú, Oscarcito? Métete ya, no esperes ahí afuera con el frío que hace.

A manera de explicación, di con uno de los palillos unos golpecitos en la cortina metálica del escaparate.

—¡Alberto! —gritó—. ¡Alberto! ¿Dónde estás? ¿Qué haces? —sin dejar de llamar a su marido, abandonó la ventana. Hubo un batir de puertas, la oí moverse por la tienda y, de pronto, se puso a chillar. Chillaba en la bodega, pero yo no podía ver por qué gritaba, porque el tragaluz de la bodega, a través del cual solían verterse las patatas los días de entrega —cada vez más raros durante los años de guerra—, estaba también atrancada. Al pegar yo un ojo a las maderas alquitranadas que tapaban el tragaluz, pude ver que en la bodega estaba encendida la luz eléctrica. Alcanzaba asimismo a distinguir la parte superior de la escalera de la bodega, en la que había tirado algo blanco, que probablemente era la almohada de la Greff.

Seguramente la había perdido en la escalera, porque ya no estaba ella en la bodega, sino que volvía ahora a chillar en la tienda y, acto seguido, en el dormitorio. Descolgó el teléfono, chillaba y marcó un número y, luego gritaba en el teléfono; pero Óscar no podía entender de qué se trataba, sino sólo la palabra accidente y la dirección, Labesweg 24, que repitió varias veces chillando, y luego colgó; y luego, chillando, en camisón y sin almohada, pero con los rizadores, llenó la ventana, volcándose con su exuberancia pectoral, que yo conocía bien, sobre el cajón de los geranios, al tiempo que con ambas manos se golpeaba las carnosas turgencias sonrosadas y chillaba a tal punto, por encima de ellas, que la calle se hacía estrecha y Óscar creía ya que, ahora, la Greff iba también a empezar a romper los vidrios con sus gritos; pero no se rompió ningún vidrio. Abriéronse precipitadamente las ventanas, aparecieron los vecinos, las mujeres preguntábanse unas a otras a gritos, los hombres vinieron corriendo, el relojero Laubschad —al principio con sólo la mitad de sus brazos en las mangas de su chaqueta—, el viejo Heilandt, el señor Reissberg, el sastre Libischewski, el señor Esch, de los portales más inmediatos; vino inclusive Probst —no el peluquero, sino el de la carbonería— con su hijo. Matzerath llegó corriendo con su guardapolvo de tendero en tanto que María, con el pequeño Kurt en brazos, permanecía de pie en el umbral de la tienda de ultramarinos.

Resultóme empresa fácil desaparecer en el concurso de los adultos y eludir a Matzerath, que me buscaba. Él y el relojero Laubschad fueron los primeros que se dispusieron a actuar. Trataron de penetrar en la habitación por la ventana, pero la Greff no dejaba subir a nadie, y menos entrar. Entre arañazos, golpes y mordiscos se las arreglaba para chillar cada vez más alto y, en parte, inclusive en forma inteligible. Primero, gritaba, había que esperar la llegada de la ambulancia; hacía ya rato que ella la había llamado por teléfono, y no era necesario, pues, que nadie más llamara, ya que ella sabía muy bien qué era lo que había que hacer en estos casos. Que se ocuparan ellos de sus propias tiendas, que ella tenía ya más que suficiente con lo suyo. Curiosear, eso es lo que querían, curiosear y nada más; eso eran los amigos cuando a uno le sobreviene una desgracia. Y en medio de sus lamentaciones hubo de descubrirme a mí entre la concurrencia reunida frente a su tienda, porque me llamó, y comoquiera que entretanto se había desembarazado de los hombres, me alargó los brazos, y alguien —Óscar cree hoy todavía que fue el relojero Laubschad— me levantó en vilo y, contra la voluntad de Matzerath, quiso pasarme al interior, y casi a la altura del cajón de geranios me estaba alcanzando Matzerath cuando ya Lina Greff me había agarrado, me apretaba contra su tibio camisón y ya no gritaba, sino que sólo lloraba y gemía en voz alta y, gimiendo en voz alta, absorbía el aire a bocanadas.

En la misma medida que los chillidos de la señora Greff habían excitado a los vecinos convirtiéndolos en una banda gesticulante y desvergonzada, así logró su débil pero audible gemido hacer del concurso que se había reunido frente al cajón de geranios una masa silenciosa, que no sabía qué hacer con los pies y apenas se atrevía a mirar a la llorona a la cara, poniendo toda su esperanza, su curiosidad y su simpatía en la ambulancia que estaba por llegar.

Tampoco a Óscar le resultaba agradable el gemir de la Greff. Traté, pues, de deslizarme algo más abajo, para no quedar tan cerca de sus quejidos, y logré efectivamente dejar el soporte de su cuello y sentarme a medias sobre el cajón de las flores. Pero aun allí sentíase Óscar demasiado observado, porque María, con el nene en brazos, permanecía ante la puerta de la tienda. Así que abandoné también dicho asiento, sintiendo lo penoso de mi situación y pensando sólo en María —los vecinos me tenían enteramente sin cuidado—, logré desprenderme del litoral de la Greff, que temblaba demasiado y me recordaba la cama.

Lina Greff se dio cuenta de mi huida, o ya no contaba con fuerzas suficientes para retener aquel cuerpecito que, por espacio de tanto tiempo, le había brindado asiduamente un sustituto. Tal vez Lina intuyera también que Óscar se le escapaba para siempre, que con sus chillidos había engendrado un ruido que, mientras por una parte se convertía en muro y bastidor sonoro entre la doliente y el tambor, por otra parte derrocaba un muro que se alzaba entre María y yo.

Hallábame en el dormitorio de los Greff. El tambor me colgaba inseguro y en bandolera. Óscar conocía bien el cuarto y habría podido recitar de memoria, a lo ancho y a lo largo, la alfombra de color verde jugoso. Aún estaba sobre el escabel la palangana con el agua sucia y jabonosa del día anterior. Cada cosa ocupaba su lugar y, sin embargo, los muebles, usados, hundidos o rayados, antojábanseme nuevos o por lo menos renovados, como si todo lo que allí en torno se mantenía sobre cuatro pies o cuatro patas hubiera necesitado del chillido y luego del gemido agudo de Lina Greff para cobrar un nuevo brillo terriblemente frío.

La puerta de la tienda estaba abierta. Óscar no quería; pero luego dejóse de todos modos atraer hacia aquel local que olía a tierra seca y cebollas y al que la luz del sol, que

penetraba por las rendijas de las cortinas del escaparate, dividía entre haces en los que se veía flotar el polvo. La mayor parte de las máquinas de ruidos o de música de Greff permanecían bañadas en una semioscuridad, y sólo en algunos detalles, en una campanilla, en los travesaños de madera contrachapeada, en la parte inferior de la máquina—tambor, se manifestaba la luz y me mostraba las patatas mantenidas en equilibrio.

La trampa que, lo mismo que en nuestra tienda, tapaba detrás del mostrador la entrada de la bodega, estaba abierta. Nada sujetaba la plancha de tablas que la Greff seguramente había levantado en su chillona precipitación, olvidando, sin embargo, fijar el gancho al soporte del mostrador. Con un ligero empujón Óscar habría podido tumbarla, cerrando la bodega.

Manteniame inmóvil algo detrás de las tablas que exhalaban un olor de polvo y moho, con la mirada fija en aquel cuadrilátero violentamente iluminando que enmarcaba una parte de la escalera y del piso de cemento de la bodega. Arriba y a la derecha del cuadrado se veía parte de una tarima con gradas, que debía de ser una nueva invención de Greff, ya que en mis visitas ocasionales anteriores a la bodega nunca había visto aquel armatoste. Pero no era la tarima la que retenía por tanto tiempo y con tanta fascinación la mirada de Óscar clavada en el interior de la bodega, sino la vista que, en raro escorzo, ofrecían en el rincón superior derecho del cuadro dos medias de lana metidas en sendas botas de lazos. Aunque yo no alcanzara a ver las suelas de las botas, pude reconocerlas en el acto como las botas de marcha de Greff. Eso no ha de ser Greff, me dije, que esté ahí parado y a punto de echarse a andar, porque las botas no se apoyan, sino que flotan más bien por encima de la tarima, a menos que, por estar inclinadas hacia abajo, alcancen a tocar las tablas, aunque sea de puntas. Y por espacio de un segundo se imaginó a un Greff manteniéndose sobre las puntas de sus botas, ya que a un gimnasta y naturalista como él bien podía suponérsele capaz de un ejercicio tan cómico, aunque no por ello menos violento.

Para cerciorarme de la exactitud de mi suposición, así como para poder reírme luego a expensas del verdulero, bajé con precaución los empinados peldaños de la escalera, tocando al propio tiempo en mi tambor, si no recuerdo mal, aquella cosa que mete miedo y lo disipa: «¿Está la Bruja Negra ahí? ¡Sí, sí, sí!»

Sólo al sentirse firme sobre el piso de cemento dejó Óscar deslizarse su mirada en torno sobre paquetes amontonados de sacos de cebollas vacíos y sobre cajas de fruta apiladas y vacías igualmente, hasta acercarse, entre todo aquel maderamen nunca visto anteriormente, al lugar en que las botas de marcha de Greff colgaban o bien estaban tocando las tablas con las puntas.

Supe, por descontado, que Greff colgaba. Las botas colgaban, y con ellas colgaban también las gruesas medias verdinegras. Rodillas desnudas de hombre por encima de la vuelta de las medias; muslos peludos hasta el borde del pantalón: ahí me entró un escozor cosquilleante que, partiéndome de los órganos sexuales y siguiendo el trasero y la espalda insensible, se me subía a lo largo de la espina dorsal, se me fijaba en el cogote, me bañaba de sudor frío, se me bajaba otra vez hasta metérseme entre las piernas, encogíame la bolsita ya de por sí pequeña, volvía a fijárseme en el cogote, saltando la espalda que ya se me encorvaba, y ahí se estrechaba —hoy todavía siente Óscar el escozor y el piquete cuando alguien habla en su presencia de colgar, aunque no sea más que la ropa: no sólo colgaban las botas de marcha, las medias de lana, las rodillas y el pantalón corto, sino que era Greff entero el que allí colgaba del pescuezo y ponía, por encima de la cuerda, una cara esforzada no exenta de afectación teatral.

El escozor y el piquete cedieron en forma sorprendentemente rápida. La vista de Greff me fue pareciendo normal, porque, después de todo, la actitud de un ahorcado resulta tan normal y natural como la vista, por ejemplo, de un hombre que anda sobre las manos, que se sostiene en equilibrio sobre la cabeza o que pone realmente una triste figura al montar sobre un penco de cuatro patas para cabalgarlo.

Y luego, el decorado. Sólo entonces pudo Óscar apreciar el lujo de preparativos con que Greff se había rodeado a sí mismo. El marco y el ambiente en los que Greff colgaba eran de lo más rebuscado y extravagante. El verdulero había escogido una forma de muerte digna de él y había hallado una muerte exacta. Él, que en vida había tenido dificultades y un cambio penoso de correspondencia con los funcionarios de Pesas y Medidas; él, que se había visto confiscar varias veces la balanza y las pesas; él, que por el peso incorrecto de frutas y legumbres había debido pagar multas, pesóse a sí mismo al gramo con pesas de patatas.

La soga, de un brillo mate y probablemente enjabonada, corría, guiada por poleas, sobre dos vigas que él había fijado expresamente para su último día a una tarima que no tenía otro objeto que el de ser su última tarima. El derroche de madera de construcción de la mejor clase me hacía deducir que el verdulero no había reparado en gastos. Su trabajo le hubo de costar, en aquellos tiempos de guerra en que todo escaseaba, procurarse las vigas y las tablas. Probablemente había tenido que recurrir al trueque: él daría truta y recibiría madera en pago. De ahí que tampoco le faltara al tablado tornapuntas y ornamentos superfluos simplemente decorativos. La tarima en tres partes —uno de cuyos ángulos había percibido Óscar desde la tienda— levantaba el conjunto de la armazón a una altura casi sublime.

Lo mismo que en la máquina—tambor, de la que el verdulero aficionado se habría servido probablemente como modelo, Greff y su contrapeso quedaban suspendidos en el interior de la armazón. En vivo contraste con los cuatro montantes angulares encalados una elegante escalenta verde quedaba entre él y los productos agrícolas, igualmente suspendidos. Los cestos de patatas los habían sujetado a la cuerda principal por medio de un nudo laborioso, como los que saben hacer los exploradores. Comoquiera que el interior de la armazón estaba iluminado por cuatro bombillas pintadas de blanco pero de fuerte voltaje, Óscar pudo leer, sin necesidad de subir a la tarima y profanarla, un letrerito sujeto con un alambre al nudo explorador encima de los cestos de patatas, que decía: Setenta y cinco kilos (menos cien gramos).

Greff colgaba en uniforme de jefe de exploradores. Había sacado para su último día el uniforme de los años anteriores a la guerra. Le venía estrecho. No había podido abrocharse los dos botones superiores ni el cinturón, lo que confería a su atavío, tan correcto siempre, una nota lamentable. Tenía cruzados dos dedos de la mano izquierda, conforme a la usanza de los exploradores. Antes de ahorcarse, el colgado se había sujetado a la muñeca derecha el sombrero de explorador. Había tenido que renunciar al pañuelo del cuello y, comoquiera que, lo mismo que el pantalón corto, tampoco había podido abrocharse los dos botones superiores del cuello de la camisa, desbordábasele por ésta el crespo vello del pecho.

Esparcidos sobre las gradas de la tarima se veían unos pocos ásteres y, sin venir a cuento, unos tallos de perejil. Es posible que, al esparcirlos, las flores se le hubieran acabado, ya que había empleado la mayoría de los ásteres e inclusive alguna rosa para coronar los cuatro cuadrillos que colgaban de las cuatro vigas principales de la armazón. A la izquierda y en primer término, con su cristal, sir Baden—Powell, el fundador de los

exploradores. Detrás, y sin marco, san Jorge. A la derecha, detrás, la cabeza del David de Miguel Ángel, sin cristal. Y con marco y cristal, sonreía finalmente en el montante anterior de la derecha la foto de un hermoso muchacho lleno de expresión, de unos dieciséis años de edad. Una antigua foto de su preferido Horst Dontah, que cayó de teniente en el frente del Donetz.

Tal vez deba mencionar todavía los cuatro pedazos de papel que yacían sobre las gradas de la tarima, entre los ásteres y el perejil. Estaban de tal manera que se dejaban juntar sin dificultad. Es Jo que hizo Óscar, y pudo leer un citatorio judicial en el que se había impreso varias veces el sello de la Policía de la Moral Pública.

Sólo me queda por referir que fue la sirena estridente de la ambulancia la que vino a arrancarme a mis meditaciones sobre la muerte de un verdulero. Acto seguido bajaron a trompicones la escalera, subieron a la tarima y echaron mano al bamboleante Greff. Pero apenas lo hubieron levantado, los cestos de patatas que hacían de contrapeso cayeron y se volcaron: lo mismo que con la máquina—tambor, empezó a moverse un mecanismo disparado que Greff había disimulado hábilmente con madera terciada arriba de la armazón. Y mientras abajo las patatas caían rodando ruidosamente sobre la tarima y de ésta sobre el piso de cemento, arriba entraba en acción un batería de metal, bronce, madera y vidrio, y una orquesta desencadenada martilleaba el grandioso final de Alberto Greff.

Sigue siendo hasta ahora una de las tareas más difíciles de Óscar el evocar en su tambor los ruidos de aquella avalancha de patatas —beneficiosa por lo demás para algunos camilleros— y el estrépito organizado de la máquina—tambor de Greff. Tal vez porque mi tambor hubo de influir de modo decisivo sobre la forma del aparato que rodeó la muerte de Greff, consigo a veces reproducir en el mismo un redoble perfectamente acabado que la traduce y al que designo, cuando mis amigos y el enfermero me lo preguntan, con el título de Setenta y Cinco Kilos.

El teatro de campaña de Bebra

A mediados de junio del cuarenta y dos, mi hijo Kurt cumplió un año. Óscar, el padre, lo tomó con calma y pensó: dos añitos más todavía. En octubre del cuarenta y dos ahorcóse el verdulero Greff en una horca tan perfectamente acabada, que desde entonces cuento yo, Óscar, el suicidio entre las formas sublimes de muerte. En enero del cuarenta y tres se hablaba mucho de Stalingrado. Pero como Matzerath pronunciaba el nombre de dicha ciudad lo mismo que antes pronunciara los de Pearl Harbour, Toonak, y Dunkerque, no presté a la ciudad remota más atención que la que había concedido a otras ciudades que fui conociendo a través de los comunicados especiales. Porque, para Óscar, los comunicados de la Wehrmacht y los comunicados especiales constituían una especie de curso de geografía. ¿Cómo hubiera yo sabido en otra forma por dónde corren los ríos Kubán, Mius y Don? ¿Quién me hubiera podido explicar la posición geográfica de las Islas Aleutianas, Atu, Kiska y Adak, mejor que las informaciones detalladas de la radio acerca de los acontecimientos en el Extremo Oriente? Así pues, en enero del cuarenta y tres aprendí que Stalingrado se encuentra a orillas del Volga, pero bien poco me preocupaba por el Sexto Ejército y mucho más, en cambio, por María, que en aquella época andaba algo agripada.

Mientras la gripe de María iba decreciendo, los de la radio proseguían su curso de geografía: Rzev y Demiansk son aún hoy para Óscar poblaciones que encuentra inmediatamente y a ciegas sobre cualquier mapa de la Rusia Soviética. Apenas María se había restablecido, dióle a mi hijo Kurt la tosferina. Y mientras yo me esforzaba por

retener los nombres difíciles de algunos oasis muy disputados de Túnez, hallaron su fin a un tiempo la tosferina de Kurt y el Afrikakorps.

¡Oh, dulce mes de mayo! María, Matzerath y Greta Scheffler estaban preparando el segundo aniversario del pequeño Kurt. También Óscar atribuía suma importancia a la fiesta inminente, porque a partir del doce de junio del cuarenta y tres ya sólo faltaba un año. Por consiguiente, de haber estado presente, habríale podido susurrar a mi hijo al oído, en ocasión de su segundo aniversario: —Espera, que ya pronto tú también tocarás el tambor. —Sucedió, sin embargo, que el doce de junio del cuarenta y tres Óscar no se hallaba en Danzig—Langfuhr, sino en la vieja ciudad romana de Metz. Es más, su ausencia había de prolongarse tanto, que le costó trabajo llegar a tiempo a la ciudad natal, no dañada todavía por las bombas, para poder asistir al tercer aniversario del pequeño Kurt.

¿Qué asuntos me alejaron? Voy a contarlo aquí sin rodeos. Frente a la Escuela Pestalozzi, que habían convertido en cuartel de la Luftwaffe, encontré a mi maestro Bebra. Claro que Bebra solo no habría podido convencerme de que emprendiera la marcha. Del brazo de Bebra colgaba la Raguna, la Signora Rosvita, la gran sonámbula.

Óscar venía del Kleinhammerweg. Había hecho una visita a Greta Scheffler, había hojeado la *Lucha por Roma* y había encontrado que ya en aquella época, en tiempos de Belisario, se daban altibajos y que también entonces se celebraban o lamentaban respectivamente victorias o derrotas geográficamente vastas junto a pasajes de ríos o ciudades.

Atravesé el Prado Fröbel, que en aquellos últimos años habían transformado en campamento de la Organización Todt, con los pensamientos puestos en Taginae —allí fue donde Narses derrotó a Totila el año quinientos cincuenta y dos—, pero no era la victoria lo que hacía volar mis pensamientos hacia el gran armenio Narses, sino la figura de aquel gran capitán que me había impresionado. Narses, en efecto, era deforme y jorobado, era pequeño; un enano, un gnomo, un liliputiense: eso era Narses. Quizá le aventajara a Óscar en una cabeza de niño, reflexionaba yo, y me detuve frente a la Escuela Pestalozzi, eché a título de comparación una mirada a las condecoraciones de algunos oficiales de la Luftwaffe que habían crecido demasiado rápidamente, y me dije que Narses no llevaba ninguna, que no las necesitaba. Cuando he aquí que, en el centro de la puerta principal de la escuela, lo vi en persona, a aquel gran capitán: llevaba del brazo a una dama —¿por qué no había de tener Narses una dama?—; diminutos al lado de los gigantes de la Luftwaffe, avanzaban en mi dirección y eran el centro, con todo, un centro aureolado de historia; antiquísimos entre simples héroes aéreos de reciente confección —¿qué significaba ya ese cuartel lleno de Totilas y Teyas, lleno de ostrogodos como torres, al lado de un solo enano armenio llamado Narses?—; y Narses se fue acercando a Óscar a pasitos, le hacía señas a Óscar, y también la dama le hacía señas: Bebra y la Signora Rosvita me saludaron —la Luftwaffe hízose respetuosamente a un lado—, y yo, acercando mi boca al oído de Bebra, le susurré: —Querido maestro, lo había tomado a usted por el gran capitán Narses, al que estimo muy por encima de aquel hombrón de Belisario.

Bebra declinó modestamente. Pero a la Raguna mi comparación le gustó. ¡Cuan bellamente sabía mover la boca al hablar! —Por favor, Bebra, ¿anda nuestro joven amigo tan desencaminado? ¿No fluye acaso por tus venas la sangre del Príncipe Eugenio? Y Lodovico quattordicesimo, ¿no es acaso tu antepasado?

Bebra me cogió del brazo y me llevó aparte, porque la Luftwaffe nos admiraba persistentemente y no nos quitaba la vista de encima, lo que se nos hacía molesto. Y cuando finalmente un teniente y a continuación dos suboficiales se cuadraron ante Bebra

—el maestro llevaba en su uniforme las insignias de capitán y, en la manga, un brazalete con la inscripción de la Compañía de Propaganda—; cuando los mozos condecorados pidieron a la Raguna autógrafos y los obtuvieron, entonces hizo Bebra señal a su coche oficial, subimos y hubimos todavía de pasar, al arrancar, entre el aplauso entusiasta de la Luftwaffe.

Tomamos por la calle de Pestalozzi, por la de Magdeburg y por el Heeresanger. Bebra estaba sentado al lado del conductor. Ya en la calle de Magdeburg encontró la Raguna pretexto en mi tambor: —¿Seguís fiel a vuestro tambor, excelente amigo? —susurróme con su voz mediterránea, que yo no había oído hacía ya tanto tiempo—. ¿Y qué es de vuestra fidelidad por lo demás? —Óscar le quedó a deber la respuesta, le hizo gracia de sus complicados amoríos, pero permitió sonriente que la gran sonámbula acariciara primero su tambor y luego sus manos, crispadas sobre la hojalata, en tanto que las caricias de ella se hacían cada vez más meridionales.

Cuando desembocamos en el Heeresanger y seguimos la línea del tranvía número 5, me decidí a contestarle, es decir, acarició con mi izquierda su izquierda, en tanto que, con su derecha, ella se mostraba tierna con mi derecha. Habíamos atravesado ya la Plaza Max Halbe y Óscar no podía ya bajarse, cuando percibió en el retrovisor del coche oficial los ojos inteligentes, pardos claros y antiquísimos de Bebra, que observaban nuestras caricias. Sin embargo, la Raguna no me soltó las manos que yo, por consideración al amigo y al maestro, quería retirar. Bebra se sonrió en el retrovisor, apartó la mirada y se enzarzó a continuación en una conversación con el conductor, en tanto que Rosvita, por su parte, apretándome y acariciándome las manos, inició con su boca mediterránea una charla de la que yo era el tema directo, que me penetraba suavemente en el oído, para hacerse luego objetiva y acabar, con tanta mayor suavidad, con todos mis reparos e intentos de evasión. Seguimos por la Colonia del Reich, en dirección de la Clínica de Mujeres, y la Raguna le confesó a Óscar que durante todos aquellos años había pensado en él, que conservaba todavía aquel vaso del Café de las Cuatro Estaciones, que yo marcara entonces, con mi voz, con una dedicatoria; que Bebra era un excelente amigo y un colaborador eminente, pero que nada de matrimonio. Bebra, respondió ella a una pregunta incidental mía, tenía que estar solo y la dejaba en absoluta libertad, e inclusive él mismo, aunque de natural celoso, había comprendido con el correr de los años que a la Raguna no se la podía ligar; por otra parte, en su calidad de director del Teatro de Campaña, el buen Bebra apenas hallaría tiempo para dar satisfacción a eventuales obligaciones conyugales, siendo en cambio dicho teatro de primera calidad; con el programa actual, en efecto, hubiérase podido actuar en tiempos de paz en el Jardín de Invierno o en la Scala; ¿acaso a mí, Óscar, no me daban ganas, con mi don divino sin aprovechar? Por lo demás, estaba en la mejor edad; un año de prueba, y ella me lo garantizaba; aunque, claro, tal vez Óscar tuviera otros compromisos. ¿No?, pues tanto mejor, hoy se iban, aquélla había sido su última representación en el sector militar Danzig—Prusia occidental; iban primero a Lorena y luego a Francia; no había que pensar por el momento en el sector del este, afortunadamente eso quedaba atrás; Óscar podía considerarse dichoso de que el este quedara atrás, porque ahora la meta era París, sin lugar a duda; ¿había estado Óscar alguna vez en París? Bueno, pues, amigo, si la Raguna no ha podido tentar vuestro corazón de tambor, entonces, dejaos tentar por París, ¡andiamo!

El coche paró al pronunciar la sonámbula esta última palabra. A intervalos regulares, verdes y prusianos, los árboles de la Avenida Hindenburg. Bajamos, Bebra le dijo al chófer que esperara. Yo no quería ir al Café de las Cuatro Estaciones, porque mi cabeza algo confusa necesitaba aire fresco. Así pues, nos metimos en el Parque Steffen:

Bebra a mi derecha y Rosvita a mi izquierda. Bebra me explicó el sentido y el objeto de la Compañía de Propaganda. Rosvita me contaba anécdotas de la vida cotidiana de dicha compañía. Bebra hablaba de pintores de guerra, de corresponsales de guerra y de su teatro de guerra. Rosvita evocaba con su boca mediterránea los nombres de ciudades lejanas que yo había oído en la radio en ocasión de los comunicados especiales. Bebra decía Copenhague. Rosvita susurraba Palermo. Bebra cantaba Belgrado. Rosvita, cual una actriz trágica, lamentábase: Atenas. Pero los dos volvían siempre con entusiasmo a París y aseguraban que París valía por todas aquellas otras ciudades juntas que acababan de nombrar. Finalmente, Bebra, en su calidad de director y capitán de un teatro del frente, me hizo en toda forma una proposición que me da por llamar oficial: —Venios con nosotros, joven, tocad el tambor, romped con vuestra voz bombillas y vasos de cerveza. El ejército de ocupación de la hermosa Francia, del París eternamente joven, os lo agradecerá y os aclamará.

Sólo por conservar las formas pidió Óscar unos instantes de reflexión. Por espacio de media hora, a cierta distancia de la Raguna y a cierta distancia del amigo y maestro Bebra, caminé por entre los arbustos en su follaje de mayo, cavilando y atormentándome, me di golpes en la frente, escuché —lo que nunca hiciera antes— a los pajaritos del bosque, hice como si esperara inspiración y consejo de algún petirrojo y dije, en el momento en que en la verdura se dejó oír un canto particularmente claro y llamativo: —La buena y sabia naturaleza me aconseja, querido maestro, aceptar vuestra proposición. En adelante podéis ver en mí a un miembro de vuestro Teatro de Campaña.

Luego entramos por fin en el Café de las Cuatro Estaciones, bebimos un moka de escaso aroma y discutimos los detalles de mi fuga, a la que sin embargo, no dábamos el nombre de tal, sino de partida.

Delante del café volvimos a repasar los detalles de la empresa en proyecto. Luego me despedí de la Raguna y del capitán Bebra de la Compañía de Propaganda, y éste no se dejó disuadir de poner a mi disposición su coche oficial. Mientras los dos se daban a pie un paseíto por la Avenida Hindenburg, en dirección de la ciudad, el chófer del capitán, un sargento de cierta edad, me condujo a Langfuhr, sólo hasta la Plaza Max Halbe, porque no quise ni podía entrar en el Labesweg: la llegada de Óscar en un coche oficial del Ejército hubiera provocado demasiada expectación.

No me quedaba mucho tiempo. Una visita de despedida a Matzerath y a María. Me entretuve por algún tiempo junto al corralillo de mi hijo Kurt, hallé, si bien recuerdo, algunos pensamientos paternos y traté de acariciarle al rubio rapaz la cabeza, pero el pequeño Kurt no quiso; en cambio, María sí quiso, y aceptó algo sorprendida las caricias que desde hacía algunos años había dejado yo de prodigarle y me las devolvió amablemente. En forma curiosa, la despedida de Matzerath se me hizo difícil. El hombre se hallaba en la cocina preparando unos riñones con salsa de mostaza, formaba cuerpo con su cucharón, era tal vez feliz, y no me atreví a estorbarle. No fue sino cuando alargó el brazo tras de sí buscando algo a ciegas con la mano cuando Óscar se le anticipó, tomó la tabla con el perejil picado y se la tendió —y sigo suponiendo hoy todavía que Matzerath hubo de quedarse por mucho tiempo, inclusive cuando yo ya no estaba en la cocina, sorprendido y maravillado con la tablita del perejil en la mano, porque anteriormente Óscar nunca le había tendido, aguantado o recogido nada a Matzerath.

Cené en casa de mamá Truczinski, la dejé que me lavara y me metiera en la cama, esperé a que estuviera ella en la suya y empezara a roncar silbando ligeramente, hallé luego el camino de mis zapatillas, cogí mi ropa, atravesé el cuarto en el que el ratón canoso

silbaba, roncaba y envejecía, tuve alguna dificultad en el pasillo con la llave, pero logré de todos modos abrir el cerrojo y, descalzo todavía, en mi camisoncito y con mi ropa al brazo, subí por la escalera hasta el tendedero del desván donde, en mi escondrijo, detrás de telas apiladas y de papel de periódico en paquetes —que a pesar de las prescripciones relativas a la defensa antiaérea seguíamos guardando allí— y tropezando con el montón de arena y el balde de dicha defensa, hallé un tambor flamante, que me había guardado a escondidas de María, y la lectura de Óscar: Rasputín y Goethe en un volumen. ¿Debía yo llevarme a mis autores preferidos?

Mientras Óscar se metía en su ropa y sus zapatos, se colgaba el tambor y se colocaba los palillos entre los tirantes, negociaba al propio tiempo con sus dioses Dionisos y Apolo. En tanto que el dios del entusiasmo exaltado me aconsejaba no llevar conmigo lectura alguna o, a lo sumo, un legajo de Rasputín, el astuto y más sensato Apolo trataba de disuadirme por completo de mi viaje a Francia e insistió, al ver que Óscar estaba decidido a emprenderlo, en que me llevara un equipaje lo más completo posible. Hube pues de cargar con cuanto bostezo distinguido emitiera Goethe siglos atrás, pero, en son de protesta y también porque sabía que las *Afinidades electivas* no alcanzaban a resolver todos los problemas de índole sexual, lléveme asimismo a Rasputín y su mundo de mujeres, desnudas a pesar de las medias negras. Así pues, si Apolo buscaba la armonía y Dionisos el entusiasmo y el caos, Óscar era un pequeño semidiós que armonizaba el caos y entusiasmaba la razón y tenía frente a todos los dioses completos establecidos desde antiguo por la tradición, además de su naturaleza mortal, una ventaja decisiva, a saber: Óscar podía leer todo lo que le viniera en gana, en tanto que los dioses se censuran a sí mismos.

¡Cómo llega uno a acostumbrarse a un inmueble de pisos y a los olores culinarios de diecinueve inquilinos! Me despedí de cada peldaño, de cada piso y de cada puerta provista de letrero con el nombre: ¡Oh, tú, músico Meyn, al que habían despedido por inútil y que ahora volvías a tocar la trompeta, volvías a beber de vez en cuando tu ginebra y esperabas a que te volvieran a llamar! —y más tarde lo llamaron efectivamente, aunque no pudo llevarse su trompeta. ¡Oh, tú, informe señora Kater cuya hija Susi se decía auxiliar de transmisiones! ¡Oh, Axel Mischke, por qué cosas has cambiado tu látigo! El señor y la señora Woiwuth, que siempre comían nabos. El señor Heinert padecía del estómago, y por ello estaba en Schichau y no en la infantería. Y allí al lado, los padres de Heinert, que se llamaban todavía Heimowski. ¡Oh, mamá Truczinskü: dulcemente dormía el ratón detrás de la puerta. Mi oído, pegado a la madera, oíala silbar. El Quesito, que en realidad se llamaba Retzel, había llegado a teniente, a pesar de que de niño anduviera siempre con medias largas de lana. El hijo de Schalager había muerto, el hijo de Eyke había muerto, el hijo de Kollin había muerto. Pero el relojero Laubschad vivía todavía y devolvía la vida a los relojes muertos. Y el viejo Heilandt vivía también y seguía enderezando clavos torcidos. Y la señora Schwerwinski estaba enferma, pero el señor Schwerwinski gozaba de buena salud y, sin embargo, se murió antes que ella. Y allí enfrente, en la planta baja, ¿quién vivía allí? Allí vivían Alfredo y María Matzerath y un rapaz de casi dos años de edad llamado Kurt. ¿Y quién dejaba aquí, a la hora nocturna de dormir, el gran inmueble que respiraba pesadamente? Era Óscar, el padre del pequeño Kurt. ¿Qué es lo que lo empujaba afuera, a la oscuridad de la calle? Llevaba su tambor y su gran libro, en el que se había instruido. ¿Por qué se detuvo, entre todas las casas oscuras que creían en el oscurecimiento aéreo? Porque se acordaba del verdulero Gref f, que tenía el pelo crespo y la nariz aguileña, que se pesó y al propio tiempo se ahorcó y, de ahorcado, seguía teniendo el pelo crespo y la nariz aguileña, pero los ojos pardos, en cambio, que normalmente los

tenía pensativos en sus cuencas, salíanle luego desmesuradamente. ¿Por qué se puso Óscar su gorra de marinero con la cinta ondulante y, cubierta la cabeza, se alejó al paso de sus botas? Porque tenía una cita en la estación de mercancías de Langfuhr. ¿Llegó puntualmente al lugar de la cita? Sí, llegó.

Mejor dicho, llegué al terraplén del ferrocarril junto al paso a desnivel del Brunshóferweg en el último momento. No porque me hubiera entretenido frente al consultorio vecino del doctor Hollatz. Claro que me despedí, de pensamiento, de la señorita Inge, y dije adiós a la vivienda del panadero del Kleinhammerweg, pero todo esto lo hice de paso y sin detenerme, y sólo fue, pues, el portal de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús el que me obligó a aquella parada que por poco me hace llegar tarde. Él portal estaba cerrado. Ello no obstante, me representaba yo en forma demasiado viva al Niño Jesús desnudo, sonrosado, sentado sobre el muslo izquierdo de la Virgen María. Allí estaba ella de nuevo, mi pobre mamá. Arrodillábase ante el confesonario y llenaba el oído del reverendo Wiehnke con sus pecados de tendera de ultramarinos, lo mismo que solía llenar de azúcar aquellos cucuruchos azules de a libra y de a media libra. Óscar, por su parte, se arrodillaba ante el altar lateral izquierdo, quería enseñarle a tocar el tambor al Niño Jesús, pero el rapaz no tocaba y me dejaba sin milagro. Óscar juró ya entonces y volvió a jurar ahora ante el portal cerrado: ¡Ya haré yo que toque, si no hoy, mañana!

Con la perspectiva del largo viaje dejé los juramentos para otro día y volví la espalda al portal, seguro de que Jesús no se me escaparía; subí por el lado del paso a desnivel a lo alto del terraplén, perdí en el camino algo de Goethe y de Rasputín, llevando de todos modos la mayor parte de mi bagaje cultural conmigo hasta la vía del tren, entre los rieles; tropecé todavía el largo de una pedrada con los travesanos y el balasto, y di corriendo en las piernas de Bebra, al que por poco hubiera derribado; a tal punto estaba la noche oscura.

—¡Al fin llegó nuestro virtuoso del tambor! —exclamó el capitán y payaso musical. Y luego, recomendándonos mutuamente cuidado, hicimos a tientas el camino sobre los rieles y agujas, nos extraviamos entre los vagones de carga de un tren en formación y encontramos, finalmente, el tren que traía del frente a los soldados con licencia, y en el que se había reservado un compartimiento especial al Teatro de Campaña de Bebra.

Óscar tenía ya en su haber varios viajes en tranvía, y ahora iba a viajar en el tren. Al introducirme Bebra en el compartimiento, la Raguna levantó la vista de una labor cualquiera de aguja, me sonrió y me besó, sonriendo, la mejilla. Y sin dejar de sonreír y sin apartar por ello los dedos de su labor, me presentó a los miembros restantes del Teatro de Campaña, los acróbatas Félix y Kitty. La rubia Kitty, de un rubio color de miel y de piel algo gris, no estaba desprovista de encantos y tendría aproximadamente la talla de la Signora. Su acento ligeramente sajón aumentaba todavía su encanto. El acróbata Félix era sin duda alguna el más alto de la compañía. Medía por lo menos sus buenos ciento treinta y ocho centímetros. El pobre acongojábese de su talla excesiva, y la aparición de mis noventa y cuatro centímetros no hizo sino aumentar su complejo. Por lo demás, el perfil del acróbata mostraba cierta analogía con el de un caballo de carreras, y de ahí que la Raguna lo llamara, en son de broma, «Cavallo» o «Félix Cavallo». Lo mismo que Bebra, el acróbata llevaba el uniforme gris campaña, aunque sólo con las insignias de sargento. Las damas llevaban trajes de viaje hechos también de la misma tela, que no les favorecía mucho. Y aquella labor que la Raguna tenía entre sus dedos, revelóse asimismo como tela gris campaña, destinada a convertirse en mi uniforme; Félix y Bebra la habían

proporcionado, y Rosvita y Kitty cosían ahora alternativamente en ella e iban quitando cada vez más gris campaña, hasta que la guerrera, el pantalón y el gorro quedaron a mi medida. En cuanto a zapatos a la medida de Óscar, no hubiera sido posible hallarlos en ningún depósito del Ejército. Así pues, hube de contentarme con mis zapatos de lazos y me quedé sin los de cubilete.

Me falsificaron los papeles. En este delicado trabajo el acróbata Félix se reveló como particularmente hábil. Por pura cortesía no podía yo protestar, puesto que la gran sonámbula me hizo pasar por su hermano —su hermano mayor, por descontado—: Oscarnello Raguna, nacido el veintiuno de octubre de mil novecientos doce en Ñapóles. He llevado hasta la presente toda clase de nombres; Oscarnello Raguna fue uno de ellos y, seguramente, no el menos armonioso.

Y luego, como suele decirse, partimos. Viajamos por Stolp, Stettin, Berlín, Hannover y Colonia, hasta Metz. De Berlín no vi prácticamente nada. Tuvimos allí cinco horas de parada. Naturalmente, había alarma aérea. Hubimos de refugiarnos en las bodegas subterráneas de la cervecería Thomas. Igual que sardinas estaban los militares tendidos bajo las bóvedas. Se produjo cierto revuelo cuando uno de los gendarmes trató de separarnos. Algunos soldados que venían del frente del este conocían a Bebra y su compañía de representaciones anteriores; hubo aplausos, silbidos, y la Raguna echaba besos con las manos. Fuimos invitados a dar algún número, improvisándose al extremo de la antigua bóveda cervecera algo por el estilo de un escenario. Bebra no podía negarse, sobre todo cuando un comandante de la Luftwaffe le rogó, con mucha cordialidad y en posición exagerada de firmes, que improvisara cualquier cosa para distraer a los muchachos.

Por vez primera había de presentarse Óscar en un verdadero número de teatro. Aun cuando ello no me cogiera totalmente desprevenido —durante el viaje Bebra había ensayado varias veces mi número conmigo—, no dejaba de sentirme nervioso, lo que dio lugar a que la Raguna viese la oportunidad de acariciarme.

Apenas hubieron traído nuestro equipaje artístico —los soldados se mostraban muy activos—, empezaron Félix y Kitty con sus números de acrobacia. Ambos parecían de goma, y se anudaban y volvían siempre a escabullirse el uno a través del otro, el uno fuera del otro, el uno alrededor del otro, desprendíanse el uno del otro, fundíanse el uno en el otro, permutaban entre sí esto o aquello y dejaban a los mirones apretujados con violentos dolores articulares y tortícolis para varios días. Y mientras Félix y Kitty seguían todavía anudándose y desanudándose, presentóse Bebra en su papel de payaso musical. En botellas escalonadas de llenas a vacías, tocó las canciones más en boga de aquellos años de guerra; tocó Erika y «Mamatchi, quiero un caballito», hizo sonar y relucir, arrancándolo de los cuellos de las botellas, el «Patria mía, tus estrellas» y, al ver que esto no pegaba bien, volvió a su antigua pieza de éxito, el *Tiger*, multiplicándose entre las botellas, lo que no sólo gustó al auditorio, sino también al oído delicado de Óscar; y cuando después de algunos actos de prestidigitación vulgares pero de efecto seguro, Bebra anunció a Rosvita Raguna, la gran sonámbula, y a Oscarnello Raguna, el tambor vitricida, el público estaba ya bien caldeado: el éxito de Rosvita y Oscarnello no podía fallar. Introducía yo nuestros actos con un ligero redoble, preparaba los momentos culminantes por medio de un crescendo y, una vez terminada cada ejecución, hacía invitación al aplauso mediante un gran golpe final de mucho efecto. La Raguna llamaba de entre el público a un soldado cualquiera, pero también podía ser algún oficial. Escogía lo mismo sargentos veteranos ya curtidos que tímidos alféreces insolentes, los invitaba a tomar asiento, les escrutaba al uno

o al otro el corazón —esto sabía nacerlo bien— y revelaba a la concurrencia, además de los datos siempre correctos de sus cartillas militares, algunas intimidades de la vida privada del respectivo alférez o sargento. Procedía con discreción, dando muestras de ingenio en sus revelaciones, y, para terminar, regalaba a la víctima de aquéllas —según lo creía el público— una botella de cerveza llena. Luego rogaba al beneficiado que levantara la botella muy en alto, para que la viera todo el mundo, y me hacía una seña: redoble de tambor en crescendo y —un juego infantil para mi voz, que tenía capacidad para otras empresas— la botella tronaba y saltaba en pedazos: había que ver, entonces, la cara, bañada de cerveza, que ponían el sargento curtido o el alférez imberbe. Seguían los aplausos, una ovación prolongada en la que se mezclaban los ruidos de un severo ataque sobre la capital del Reich.

Lo que así ofrecíamos no era, por descontado, de gran clase, pero divertía a los muchachos y les hacía olvidar el frente y el permiso, provocando grandes risas, una risa interminable; porque, cuando bajaron sobre nosotros los torpedos aéreos, sacudiendo y sepultando la bodega y dejándonos sin iluminación y sin luz de emergencia, cuando todo era allí desorden y confusión, seguíanse oyendo todavía risas en aquel ataúd oscuro y maloliente. —¡Bebra! —gritaban— ¡queremos oír a Bebra! —Y el bueno de Bebra, eternamente joven, hacía de payaso en la oscuridad, arrancaba de la masa enterrada salvas de risas y, cuando reclamaban a la Raguna y a Oscarnello, anunció con voz de trompeta: — ¡La Signora Raguna está muerrrrta de cansancio, mis queridos soldaditos de plomo, y también el pequeño Oscarnello ha de tomarse algún reposo, para mejorr gloria del grrran Reich alemán y de la victoria final!

Pero Rosvita estaba tendida junto a mí y tenía miedo. Óscar, en cambio, no tenía miedo y, sin embargo, estaba tendido junto a la Raguna. Su miedo y mi valor juntaron nuestras manos: Yo, buscando a tientas su miedo; ella, buscando a tientas mi valor. Finalmente yo me asusté un poco, pero ella, en cambio, cobró algo de valor. Y cuando le hube alejado una primera vez el miedo, ya mi valor viril volvía a levantarse. En tanto que mi valor contaba dieciocho años esplendorosos, ella volvió a sucumbir no sé en qué año de su vida ni por cuálésima vez, a aquel miedo sapiente que me inspiraba valor. Porque, lo mismo que su cara, tampoco su cuerpo, no por exiguo menos completo, mostraba las huellas del tiempo. Valiente intemporal y miedosa intemporal, ofrecíaseme allí Rosvita. Y nadie sabrá jamás si aquella liliputiense, que en la bodega soterrada de la cervecería perdió en el curso de un severo ataque aéreo sobre la capital del Reich su miedo bajo mi valor hasta que los de la defensa antiaérea vinieron a desenterrarnos, contaba diecinueve o noventa y nueve años; y al propio Óscar le resulta tanto más fácil ser discreto, cuanto que él mismo no sabe si aquel primer abrazo realmente adecuado a sus proporciones físicas le fue concedido por una anciana llena de valor o por una doncella arrastrada por el miedo a la pasión.

Inspección del cemento, o místico, bárbaro, aburrido

Por espacio de tres largas semanas estuvimos actuando en los venerables cuarteles de la antigua guarnición y ciudad romana de Metz. El mismo programa lo exhibimos durante dos semanas en Nancy. Châlons—sur—Marne nos acogió hospitalariamente por una semana más. En Reims podían admirarse todavía los estragos de la primera guerra mundial. Aquella pétreo casa de fieras que es la catedral de fama universal escupía agua sin cesar, hastiada de la humanidad, sobre los adoquines del empedrado, lo que significa que en Reims llovió día tras día, y aun de noche. En París, en cambio, tuvimos en compensación un septiembre radiante. Del brazo de Rosvita pude pasearme a lo largo de los muelles y cumplir mi décimo aniversario. Aunque yo conociera ya la metrópoli por las tarjetas postales del suboficial Fritz Truczinski, París no me decepcionó en lo más mínimo. Cuando por primera vez Rosvita y yo miramos desde el pie a lo alto de la Torre Eiffel —yo con mis noventa y cuatro centímetros, y ella con sus noventa y nueve—, pudimos darnos cuenta, uno del brazo del otro, de nuestra singularidad y de nuestra grandeza. Nos besamos en plena calle, lo que en París, sin embargo, nada significaba.

¡Oh, señora frecuentación del Arte y la Historia! Cuando visité los Inválidos, llevando siempre del brazo a Rosvita, y recordé al gran emperador, aunque no grande por la talla y por consiguiente tan afín a nosotros, hablé con palabras de Napoleón, y lo mismo que él dijera ante la tumba del segundo Federico, que tampoco era un gigante: «Si éste viviera no estaríamos aquí», así le susurré yo al oído a Rosvita: —Si el Corso viviera todavía, no estaríamos nosotros aquí, ni nos besaríamos bajo los puentes, en los muelles o *sur les trottoirs de París*.

En el marco de un programa gigante, actuamos en la Sala Pleyel y en el Teatro Sarán Bernhardt. Óscar se acostumbró rápidamente a las características de los escenarios de las grandes ciudades, afinó su repertorio y se adaptó al gusto exigente de las tropas parisienses de ocupación: ya no rompía yo ahora con mi voz simples botellas de cerveza, vulgarmente alemanas, sino floreros y platonos selectos, magníficamente torneados y delicados como un soplo, sacados de los castillos franceses. La historia del arte daba un criterio a mi programa. Empezaba con cristalería de la época de Luis XIV y pulverizaba a continuación productos vitreos de la de Luis XV. Con vehemencia, recordando los tiempos de la Revolución, escogía a continuación copas del malhadado Luis XVI y de su acéfala María Antonieta, algo de Luis Felipe y, finalmente, la emprendía contra los productos vitreos de fantasía del estilo francés moderno.

Aun cuando la masa gris campaña del patio de butacas y de los palcos no estuviera en condiciones de seguir el curso histórico de mis ejecuciones y sólo aplaudiera los destrozos como tales destrozos, no faltaba de vez en cuando algún oficial de estado mayor o algún periodista del Reich que, además del destrozo, aplaudiera también mi sentido de lo histórico. En una ocasión, después de una sesión de gala en la Comandancia, fuimos presentados a un tipo uniformado que resultó ser un erudito y me dijo cosas muy halagüeñas a propósito de mi arte. Particular agradecimiento guarda Óscar al corresponsal de uno de los grandes cotidianos del Reich que residía en la ciudad del Sena y se reveló como especialista en cuestiones francesas, el cual me llamó discretamente la atención sobre algunas fallas, por no llamarlas incoherencias estilísticas, de mi programa.

Permanecimos en París todo aquel invierno. Nos alojaban en hoteles de primera clase, y no quiero pasar por alto que, a mi lado y a todo lo largo del invierno, Rosvita tuvo en todo momento ocasión de comprobar y confirmar las excelencias de las camas

francesas. ¿Era Óscar feliz en París? ¿Había olvidado a sus seres queridos, a María, a Matzerath, a Greta y Alejandro Scheffler? ¿Había olvidado Óscar a su hijo Kurt y a su abuela Koljaiczek?

Aun cuando no los hubiera olvidado, la verdad es que no echaba de menos a ninguno de mis familiares. Así que tampoco envié a casa ninguna tarjeta postal ni les di señales de vida; pensé que era mejor brindarles la oportunidad de vivir sin mí por espacio de un año, ya que el retorno lo tenía decidido desde el momento mismo de mi partida. Además me interesaba ver en qué forma se las habían arreglado durante mi ausencia. En la calle y aun en el curso de las representaciones buscaba rasgos conocidos en las caras de los soldados. Tal vez hayan trasladado a Fritz Truczinski o a Axel Mischke del frente del este a París, especulaba Óscar, e inclusive en una o dos ocasiones creyó haber reconocido entre una horda de infantes al apuesto hermano de María; pero no era él: ¡el gris campaña engaña!

Lo único que me daba nostalgia era la Torre Eiffel. No ya que, escalándola, la vista de la lejanía despertara en mí un impulso hacia el país natal. Óscar había subido en las tarjetas postales y de pensamiento tantas veces a la Torre Eiffel, que una ascensión real sólo podía provocar en él un descenso decepcionado. Pero es el caso que, plantado o acurrucado al pie de la Torre Eiffel, y sin Rosvita, solo y bajo el osado arranque de la construcción metálica, aquella bóveda cerrada aunque calada se convertía para mí en la cofia tápalotodo de mi abuela Ana: acurrucado bajo la Torre Eiffel, me acurrucaba bajo sus cuatro faldas, el Campo de Marte se me convertía en campo de patatas cachuba; la llovizna parisiense de octubre caía oblicua e infatigable entre Bissau y Ramkau; todo París, inclusive el metro, olía para mí en tales días a mantequilla ligeramente rancia, y me ponía taciturno y pensativo. Rosvita me trataba con delicadeza y respetaba mi dolor, porque era muy sensible.

En abril del cuarenta y cuatro —en todos los frentes se anunciaban brillantes repliegues—, tuvimos que liar nuestro equipaje de artistas, abandonar París y llevar la alegría al Muro del Atlántico con el Teatro de Campaña de Bebra. Empezamos la gira en el Havre. Bebra se me antojaba taciturno y distraído. Aunque durante las representaciones nunca fallara y siguiera como siempre teniendo de su lado a los que reían, así que caía el telón petrificábase su cara antiquísima de Narses. Al principio creí que sería por celos o, peor aún, por sentirse impotente ante la fuerza de mi juventud. Pero Rosvita me lo aclaró discretamente. Ella tampoco sabía exactamente de qué se trataba, pero hablaba de oficiales que, después de las representaciones, conferenciaban con Bebra a puerta cerrada. Parecía como si el maestro hubiese abandonado su emigración interna, como si planeara alguna acción directa, como si despertara en él la sangre de su antepasado, el Príncipe Eugenio. Sus planes nos lo habían distanciado tanto, lo habían colocado en relaciones tan vastas, que las de Óscar con su Rosvita de antaño lograban a lo sumo poner una sonrisa fatigada en su cara llena de arrugas. Cuando en Trouville —nos alojábamos en el Hotel Kursaal— nos sorprendió abrazados sobre la alfombra de nuestro camerino común, al ver que nos disponíamos a descalzarnos, nos atajó con un ademán y dijo, mirándose en el fondo del espejo— ¡Amaos, niños, besaos; mañana inspeccionaremos el cemento, y ya pasado mañana lo sentiréis en vuestros labios y os quitará el placer de los besos!

Esto ocurría en junio del cuarenta y cuatro. Entretanto habíamos recorrido el Muro del Atlántico desde el golfo de Vizcaya hasta Holanda, pero manteniéndonos por lo regular en la retaguardia, así que no habíamos visto nada de las legendarias casamatas, y sólo en Trouville actuamos por primera vez en la misma costa. Nos ofrecieron una visita al Muro

del Atlántico. Bebra aceptó. Última representación en Trouville. Por la noche nos trasladaron a la aldea de Bavent, poco antes de Caen, cuatro kilómetros atrás de las dunas de la playa. Nos alojaron en casas de campesinos. Mucho césped, setos vivos y manzanos. Allí es donde se destila el aguardiente de fruta Calvados. Nos echamos unos tragos y dormimos bien. Por la ventana entraba un aire vivo; un charco de ranas croó hasta la madrugada. Hay ranas que saben tocar el tambor. Oíalas en mi sueño y reprendíame de esta suerte: ¡Ya es tiempo de que vuelvas, Óscar, pues pronto cumplirá tu hijo Kurt los tres años y tienes que entregarle el tambor que le prometiste! Cada vez que, así reprendido, despertaba Óscar de hora en hora cual padre atormentado, palpaba a su lado, asegurándose de su Rosvita y aspiraba su perfume: la Raguna olía ligeramente a canela, a clavo molido y a nuez moscada; olía a especias prenavideñas y conservaba dicho aroma inclusive durante el verano.

Al amanecer se presentó ante la granja un camión blindado. En el portón todos tiritábamos más o menos. Era temprano, el tiempo estaba fresco y el viento del mar nos venía de cara. Subimos: Bebra, la Raguna, Félix y Kitty, Óscar y aquel joven teniente Herzog que nos condujo a su batería al oeste de Cabourg.

Cuando digo que Normandía es verde, paso por alto aquel ganado manchado en blanco y pardo dedicado, a derecha e izquierda de la carretera rectilínea, en prados húmedos de rocío y ligeramente brumosos, a su ocupación de rumiante, que opuso a nuestro vehículo blindado una indiferencia tal que el blindaje se hubiera puesto rojo de vergüenza si previamente no lo hubieran provisto de una capa de camuflaje. Álamos, setos vivos, matorral a ras de tierra, y luego los primeros enormes hoteles de playa, vacíos, con los postigos golpeando; tomamos por la avenida, bajamos y seguimos al teniente, que mostraba hacia nuestro capitán Bebra un respeto algo arrogante pero, con todo, estricto, a través de las dunas y contra un viento cargado de arena y de ruido de oleaje.

No era el Báltico, con su color verde botella y sus sollozos virginales, el que aquí me esperaba. Aquí, en efecto, el Atlántico ensayaba su antiquísima maniobra: asaltaba con la marea y se retiraba al reflujo.

Y allí estaba el cemento. Podíamos admirarlo y acariciarlo; no se movía. — ¡Atención! —gritó alguien en el cemento, y, alto como una torre, surgió de aquella casamata que tenía la forma de una tortuga, achatada entre dos dunas y, con el nombre de «Dora siete», apuntaba con sus troneras, sus mirillas y sus piezas metálicas de pequeño calibre a la marea y al reflujo. Era el cabo Lankes, que se cuadró ante el teniente Herzog y ante nuestro capitán Bebra.

LANKES (*saludando*): Dora siete, un cabo, cuatro hombres. ¡Sin novedad!

HERZOG: ¡Gracias! Está bien, cabo Lankes. Ya lo oye usted, mi capitán, sin novedad. Así desde hace años.

BEBRA: ¡Sólo la pleamar y el reflujo! ¡Los eternos números de la naturaleza!

HERZOG: ESO es precisamente lo que les da trabajo a nuestros hombres. Por ello construimos una casamata junto a otra. Nuestros campos de tiro ya se cruzan. Pronto tendremos que volar un par de casamatas, para poder echar más cemento.

BEBRA (*tocando con los nudillos el cemento; sus compañeros de teatro lo imitan*): ¿Y usted, teniente, cree en el cemento?

HERZOG: NO precisamente. Aquí ya no creemos prácticamente en nada. ¿Verdad, Lankes?

LANKES: ¡Sí, mi teniente, en nada!

BEBRA: A pesar de lo cual, siguen ustedes mezclando y machacando.

HERZOG: Confidencialmente. Se adquiere experiencia. Como que antes yo no tenía la menor idea de la construcción; había empezado a estudiar y, de repente, zas. Confío poder aprovechar después de la guerra mis conocimientos en esto del cemento. Llegando, habrá que reconstruirlo todo. Mire usted el cemento, acerquese (*Bebra y su gente acercan las narices a ras del cemento*). ¿Qué ve usted? ¡Conchas! Las tenemos bien a la mano. Basta cogerlas y mezclar. Piedras, conchas, arena, cemento... ¡Qué quiere usted que le diga, mi capitán! Usted, en calidad de artista y actor, ya se hará cargo. ¡Lankes! Cuéntale al capitán lo que vertemos en las casamatas.

LANKES: ¡A la orden, mi teniente! Contar a mi capitán lo que vertemos en las casamatas. Vertemos perritos. En cada base de casamata hay un perrito enterrado.

LOS DE BEBRA: ¡Un perrito!

LANKES: Pronto ya no quedará en todo el sector, de Caen al Havre, un solo perrito.

LOS DE BEBRA: ¡Ya no habrá perritos!

LANKES: Trabajamos bien.

LOS DE BEBRA: ¡Y tan bien!

LANKES: Pronto tendremos que recurrir a los gatitos.

LOS DE BEBRA: ¡Miau!

LANKES: Pero los gatos no valen lo que los perros. Por eso esperamos que aquí la cosa empiece pronto.

LOS DE BEBRA: ¡Función de gala! (*Aplauden.*)

LANKES: LO que es ensayar, ya hemos ensayado bastante. Y cuando los perritos nos vengán a faltar...

LOS DE BEBRA: ¡Oh!

LANKES: ...no podremos construir más casamatas, porque los gatos son de mal agüero.

LOS DE BEBRA: ¡Miau, miau!

LANKES: Pero si mi capitán desea saber por qué los perritos...

LOS DE BEBRA: ¡Los perritos!

LANKES: Sólo puedo decirle: lo que es yo, no creo en eso.

LOS DE BEBRA: ¡Fuiii!

LANKES: Lo que pasa es que los compañeros de aquí vienen en su mayor parte del campo. Y allí se sigue todavía esa práctica, que cuando se construyen una casa o un granero o una iglesia hay que poner debajo algo viviente y...

HERZOG: Está bien, Lankes. Descansen. Como mi capitán acaba de oírlo, aquí en el Muro del Atlántico cultivamos en cierto modo la superstición. Exactamente como ustedes en el teatro, en el que no se debe silbar antes del estreno y en el que los actores, antes de empezar la función, escupen por encima del hombro—.

LOS DE BEBRA: ¡Lagarto, lagarto! *(Se escupen mutuamente por encima del hombro.)*

HERZOG: Bueno, bromas aparte, hay que dejar que los hombres se diviertan. Así se tolera también, por orden del alto mando, que los hombres, como han empezado a hacerlo, decoren las entradas de las casamatas con mosaicos de conchas y adornos de cemento. La gente quiere estar ocupada. Y así le repito yo constantemente a nuestro jefe, al que los arabescos de cemento le molestan: Más valen arabescos en el cemento, mi Comandante, que rosquillas en el cerebro. Nosotros, los alemanes, somos aficionados a los trabajos manuales. ¡Qué le vamos a hacer!

BEBRA: También nosotros contribuimos a distraer al ejército que espera al pie del Muro del Atlántico.

LOS DE BEBRA: ¡El Teatro de Campaña de Bebra canta para vosotros, da representaciones para vosotros y os ayuda a obtener la victoria final!

HERZOG: Muy justo, lo que usted y su gente dicen. Pero el teatro sólo no basta. La mayor parte del tiempo, en efecto, sólo podemos contar con nosotros mismos, y entonces cada uno hace lo que puede. ¿Verdad, Lankes?

LANKES: ¡Sí, mi teniente, lo que puede!

HERZOG: ¿Lo ven ustedes? Y si mi capitán me lo permite, tengo que ir ahora a Dora cuatro y a Dora cinco. Vean ustedes mientras tanto con toda tranquilidad el cemento, vale la pena. Lankes les mostrará a ustedes todo...

LANKES: ¡Mostrarlo todo, mi teniente!

(Herzog y Bebra se hacen el saludo militar. Herzog sale por la derecha. La Raguna, Óscar, Félix y Kitty, que hasta ahora se mantenían detrás de Bebra, pasan de un brinco a primer término. Óscar lleva su tambor, la Raguna un cesto de provisiones, en tanto que Félix y Kitty se encaraman al techo de cemento de la casamata y empiezan a ejecutar allí ejercicios acrobáticos. Óscar y Rosvita juegan en la areena, al lado de la casamata, con un cubito y una pauta; se dan muestras de amor, lanzan grititos y echan pullas a Félix y Kitty.)

BEBRA *(flemático, después de haber inspeccionado la casamata por todos lados)*: Diga usted, cabo Lankes, ¿cuál es en realidad su oficio?

LANKES: Pintor, mi capitán, pero hace ya mucho.

BEBRA: ¿De brocha gorda?

LANKES: También, mi capitán, pero por lo demás más bien artista.

BEBRA: ¡Aja! ¿Eso quiere decir que es usted un émulo del gran Rembrandt, de Velázquez, quizá?

LANKES: Algo entre los dos.

BEBRA: ¡Hombre de Dios! Siendo así, ¿qué necesidad tiene usted de mezclar cemento, de machacar cemento y de guardar cemento? Debería estar en la Compañía de Propaganda. ¡Pintores de guerra, eso es lo que necesitamos!

LANKES: Eso no es para mí, mi capitán. En relación con las ideas actuales, yo pinto demasiado oblicuo. Pero, ¿no tendría mi capitán un cigarrillo para el cabo? *(Bebra le alargaba un cigarrillo.)*

BEBRA: ¿Acaso oblicuo quiere decir moderno?

LANKES: ¿Moderno? Antes de que vinieran los del cemento, lo oblicuo fue moderno por algún tiempo.

BEBRA: ¡Hombre! ¡No me diga!

LANKES: Sí, señor.

BEBRA: ¿Pinta usted al pastel, acaso también con la espátula?

LANKES: También. Y también con el pulgar, automáticamente, y de vez en cuando pongo clavos y botones. Antes del treinta y tres tuve una época en la que ponía alambre de púas sobre cinabrio. Tenía buena prensa. Ahora los tiene un coleccionista privado de Suiza, un fabricante de jabón.

BEBRA: ¡Esta guerra, esta maldita guerra! ¡Y ahora cuela usted cemento! ¡Presta usted su genio a trabajos de fortificación! Sin duda, lo mismo hicieron también en su época Leonardo y Miguel Ángel. Proyectaban máquinas de sables y, cuando no tenían el encargo de alguna Madona, construían baluartes.

LANKES: ¡Ve usted! Siempre falla algo. Pero el que es artista de verdad, tiene que expresarse. Aquí, por ejemplo, si mi capitán quiere tomarse la molestia de echar una mirada a los adornos en el dintel de la entrada de la casamata, éstos son míos.

BEBRA (*después de un examen atento*): ¡Sorprendente! ¡Qué riqueza de formas! ¡Qué fuerza de expresión!

LANKES: El estilo podría llamarse de formaciones estructurales.

BEBRA: ¿Y tiene su obra, el relieve o cuadro, un título?

LANKES: Ya lo dije: Formaciones y, si se quiere, formaciones oblicuas. Es un nuevo estilo. Nadie lo ha hecho todavía.

BEBRA: Razón de más, ya que es usted un creador, para darle a la obra un título inconfundible...

LANKES: ¿Título? ¿Para qué sirven los títulos? Títulos sólo los hay porque hay catálogos para las exposiciones.

BEBRA: ES usted demasiado modesto, Lankes. Vea en mí al aficionado al arte y no el capitán. ¿Un cigarrillo? (*Lankes lo coge.*) ¿Decía usted?

LANKES: Bueno, si se pone usted así... Pues bien, Lankes se ha dicho: cuando la cosa ésta se acabe —y tiene que acabarse un día u otro—, las casamatas quedarán, porque las casamatas quedan siempre, inclusive si todo lo demás se hunde. ¡Y luego viene el tiempo! Vienen los siglos, quiero decir. (*Tira el último cigarrillo.*) ¿No tiene mi capitán otro cigarrillo? ¡Muchísimas gracias! Y los siglos vienen y pasan como si nada. Pero las casamatas permanecen, lo mismo que han subsistido las Pirámides. Entonces viene un buen día uno de esos llamados arqueólogos y se dice: ¡Qué época tan falta de sentido artístico fue aquélla, entra la primera y la séptima guerra mundiales! Mero cemento inexpresivo, gris; de vez en cuando, en el dintel de las casamatas, unas rosquillas de aficionado, de tipo popular; y luego da con Dora cuatro, Dora cinco y seis, Dora siete, ve mis formaciones estructurales oblicuas y se dice: ¡Caramba! ¡He aquí algo interesante! Casi diría mágico, amenazador y, sin embargo, de una espiritualidad penetrante. Aquí se ha expresado un genio, tal vez el único genio del siglo veinte, de cara a la eternidad. ¿Si tendrá la obra un título? ¿Acaso revele la firma al artista? Y si mi capitán se toma la

molestia de fijarse bien, manteniendo la cabeza inclinada, entonces verá aquí entre las rudas formaciones oblicuas...

BEBRA: Mis anteojos. Ayúdeme, Lankes.

LANKES: Pues aquí dice: Herbert Lankes, anno mil novecientos cuarenta y cuatro.
Título: «*Místico, bárbaro, aburrido*».

BEBRA: Tal vez con esto haya usted calificado a nuestro siglo.

LANKES: ¡Ve usted!

BEBRA: Tal vez en los trabajos de restauración, dentro de quinientos o inclusive mil años, encuentren en el cemento huesecitos de perro.

LANKES: LO que no hará más que subrayar mi título.

BEBRA (*emocionado*): ¡Qué es el tiempo y qué somos nosotros, mi buen amigo, sino nuestras obras!... Pero, vea usted: Félix y Kitty, mis acróbatas, están practicando sobre el cemento.

KITTY (*Hace ya rato que entre Rosvita y Óscar, entre Félix y Kitty se van pasando de mano en mano un papel en el que escriben algo Kitty, con su pronunciación ligeramente sajona*): Vea usted, señor Bebra, lo que puede hacerse sobre el cemento. (*Se pone cabeza abajo y anda sobre sus manos.*)

FÉLIX: Y el salto mortal tampoco se ha practicado nunca sobre el cemento. (*Da una voltereta.*)

KITTY: Éste es el escenario que deberíamos tener en realidad.

FÉLIX: Sólo que corre algo de viento aquí arriba.

KITTY: En cambio, no hace tanto calor ni huele tan mal como en las viejas salas de cine. (*Se anuda.*)

FÉLIX: E inclusive se nos ha ocurrido aquí arriba un poema.

KITTY: ¿A nosotros? No, es a Oscarnello y a la Signora Rosvita a los que se les ha ocurrido.

FÉLIX: Bueno, pero cuando no quería rimar, les hemos ayudado.

KITTY: Sólo falta una palabra, y ya está listo.

FÉLIX: Oscarnello necesita saber cómo se llaman esos tallos de la playa.

KITTY: Porque han de entrar en el poema.

FÉLIX: Pues en otro caso faltaría algo esencial.

KITTY: Díganos pues, señor soldado, ¿cómo se llaman esos tallos?

FÉLIX: Tal vez no pueda, por aquello de que el enemigo nos escucha.

KITTY: Prometemos no contárselo a nadie.

FÉLIX: Aunque no sea más que porque la obra de arte no quede inconclusa.

KITTY: Y se ha esforzado tanto, el pobre Oscarnello.

FÉLIX: Y lo ha escrito tan bellamente, en letras Sütterlin.

KITTY: Me gustaría saber dónde las ha aprendido.

FÉLIX: Lo único que le falta saber es cómo se llaman esos tallos.

LANKES: Si mi capitán me lo permite...

BEBRA: Siempre que no se trate de un secreto de guerra importante.

FÉLIX: ¡Pero si Oscarnello necesita saberlo!

KITTY: ¡Porque en otro caso el poema no funciona!

ROSVITA: ¡Y habiendo tanta curiosidad!

BEBRA: ¿Y si se lo ordeno en calidad de superior jerárquico?

LANKES: Pues bien, esto lo hemos construido contra tanques y lanchas de desembarco que pueden presentarse, y lo llamamos, porque tal parecen, espárragos rommelones.

FÉLIX: ¿Rommel...

KITTY: ...ones? ¿Te sirve, Oscarnello?

ÓSCAR: ¡Perfecto! *(Escribe la palabra en el papel y se lo tiende a Kitty arriba de la casamata. Kitty se anuda aún más y recita, como si se tratara de una poesía escolar, el siguiente poema.)*

KITTY: JUNTO AL MURO DEL ATLÁNTICO

Por más que entre cañones y troneras
Plantemos los espárragos de Rommel,
Pensamos ¡ay! en épocas más gratas,
Los domingos el guiso de patatas,
Los viernes el pescado succulento:
Nos acercamos al Refinamiento.

Aún seguimos durmiendo en alambradas,
Y atascando de minas las letrinas,
Pero lo que soñamos son jardines,
Compañeros de bolos, querubines;
El frigorífico ¡qué monumento!
Nos acercamos al Refinamiento.

Más de uno acabará tragando arena,
Más de una madre llorará su pena,
La muerte viene de paracaidista,
Se adorna con volantes de batista
Y plumas que le dan más movimiento:
Nos acercamos al Refinamiento.

(Todos aplauden, inclusive Lankes.)

LANKES: Ya está bajando la marea.

ROSVITA: ¡Entonces, a comer! *(Agita el cesto de las provisiones, adornado con cintas y flores artificiales.)*

K.ITTY: ¡Sí, sí! ¡Comamos al aire libre!

FÉLIX: La naturaleza nos abre el apetito.

RosviTA: ¡Oh acto santo de comer, que unes durante el almuerzo a los pueblos!

BEBRA: Comamos sobre el cemento. Tendremos en él una base firme. *(Todos, excepto Lankes, se encaraman sobre la casamata. Rosvita extiende un mantel alegre, floreado. Extrae del cesto inagotable unos pequeños cojincitos con borlas y flecos. Aparece una sombrilla, rosa y verde claro, y se arma un minúsculo gramófono con altavoz. Se distribuyen platitos, cucharitas, cuchillitos, hueveras y servilletitas.)*

FÉLIX: Quisiera una de esas empanadas de hígado.

KITTY: ¿Queda todavía algo del caviar que salvamos de Stalingrado?

ÓSCAR: ¡No deberías ponerte tanta mantequilla danesa, Rosvita!

BEBRA: Haces muy bien, hijo mío, en preocuparte por su línea.

ROSVITA: ¡Pero si me gusta y no me hace daño! ¡Ay, cuando pienso en el pastel de nata que nos sirvieron en la Luftwaffe de Copenhague!

BEBRA: El chocolate holandés se ha conservado caliente en el termo.

KITTY: ¡Me encantan estas pastas americanas!

ROSVITA: Sí, pero sólo si se les pone algo de mermelada suraf ricana de jengibre.

ÓSCAR: ¡Modérate, Rosvita, por favor!

ROSVITA: ¡Pero si tú también tomas unas rebanadas gruesas como el dedo de ese detestable comed beef inglés!

BEBRA: Y qué, señor soldado, ¿una rebanadita de panqué con mermelada de ciruelas?

LANKES: Si no estuviera de servicio, mi capitán...

ROSVITA: ¡Ordénaselo, pues, en calidad de superior jerárquico!

KITTY: ¡Sí, de jerárquico!

BEBRA: Cabo Lankes; le ordeno tomar un panqué con mermelada francesa de ciruelas, un huevo frito danés, caviar ruso y una tacita de chocolate holandés auténtico.

LANKES: ¡A la orden, mi capitán! Comer. *(Se sienta también sobre la escalinata.)*

BEBRA: ¿NO queda ningún cojín para el señor soldado?

ÓSCAR: Le cedo el mío. Yo me siento sobre mi tambor.

ROSVITA: ¡Pero procura no resfriarte, mi vida! El cemento es traidor, y tú no estás acostumbrado.

KITTY: También yo le cedo mi cojín. Yo sólo necesito anudarme un poco, con lo que esta torta de miel me pasará mejor.

FÉLIX: Pero no vayas a salirte del mantel y a manchar el cemento con la miel. Eso equivaldría a atentar contra la moral de las fuerzas armadas. *(Todos rien.)*

BEBRA: ¡Ah, qué bueno es el aire del mar!

ROSVITA: Muy bueno.

BEBRA: El pecho se dilata.

ROSVITA: En efecto.

BEBRA: El corazón muda la piel.

ROSVITA: Sí, la muda.

BEBRA: El alma deja la crisálida.

ROSVITA: ¡Cómo nos embellece, mirar el mar!

BEBRA: La mirada se hace libre y levanta el vuelo...

ROSVITA: Aletea...

BEBRA: Se aleja volando, sobre el mar, el mar infinito... Dígame, cabo Lankes, veo cinco cosas negras allá en la playa.

KITTY: Yo también. ¡Con cinco paraguas!

FÉLIX: No, seis.

KITTY: ¡No, cinco! Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

LANKES: Son las monjitas de Lisieux. Las evacuaron hacia acá con su jardín de niños.

KITTY: ¡Pero Kitty no ve ningún niño! ¡Sólo cinco paraguas!

LANKES: A los rapaces los dejan siempre en el pueblo, en Bavent, y a veces, vienen a la bajamar y recogen las conchas y cangrejos que se quedan pegados a los espárragos rommelones.

KITTY: ¡Pobrecitas!

R.OSVITA: ¿No deberíamos ofrecerles algo de corned beef y unas pastas americanas?

ÓSCAR: Óscar propone panqué con mermelada de ciruelas, porque hoy es viernes y el corned beef les está prohibido a las monjas.

KITTY: ¡Ahora corren! ¡Parecen barcos de vela, con sus paraguas!

LANKES: ES lo que hacen siempre, cuando ya han recogido bastante. Entonces empiezan a jugar. La de delante es la novicia, Agneta, una muchachita que ni sabe todavía qué hay delante y qué detrás —pero, si mi capitán tuviera todavía un cigarrillo para el cabo... ¡Muchísimas gracias! Y la de atrás, la gorda, es la madre superiora, sor Escolástica. No quiere que jueguen en la playa, porque va contra las reglas de la Orden.

(En el trasfondo corren unas monjas con paraguas. Rosvita pone el gramófono: suena la Troika de San Petersburgo. Las monjitas se ponen a bailar y a lanzar gitos de júbilo.)

AGNETA: ¡Uhú! ¡Madre Escolástica!

ESCOLÁSTICA: ¡Agneta, sor Agrieta!

AGNETA: ¡Ahá, madre Escolástica!

ESCOLÁSTICA: ¡Vuelve, hija mía! ¡Sor Agneta!

AGNETA: ¡NO puedo! ¡Se me van los pies!

ESCOLÁSTICA: ¡Entonces reza, hermana, por una conversión!

AGNETA: ¿Por una dolorosa?

ESCOLÁSTICA: Llena de gracia.

AGNETA: ¿Por una alegre?

ESCOLÁSTICA: ¡Reza, sor Agneta!

AGNETA: Ya rezo, sin cesar, ¡pero se me siguen yendo!

ESCOLÁSTICA (bajito): ¡Agneta, sor Agneta!

AGNETA: ¡Uhú, madre Escolástica!

(Desaparecen las monjas. Sólo de vez en cuando surgen en el trasfondo sus paraguas. El disco se acaba. Junto a la entrada de la casamata suena el teléfono de campaña. Lankes salta del techo de la casamata y descuelga. Los demás siguen comiendo.)

ROSVITA: ¡Que hasta aquí, en pleno campo, deba haber un teléfono!

LANKES: Aquí Dora siete. Cabo Lankes.

HERZOG *(viene lentamente por la derecha, llevando un teléfono y el cable, se para a menudo y habla por el aparato)*: ¿Está usted durmiendo, cabo Lankes? Algo se mueve frente a Dora siete. ¡No cabe la menor duda!

LANKES: Son las monjitas, mi teniente.

HERZOG: ¿Qué significa eso, monjas aquí? ¿Y si no lo son?

LANKES: Pero lo son. Se distinguen perfectamente.

HERZOG: ¿Y nunca ha oído hablar de camuflaje, eh? ¿Quinta columna, eh? Hace varios siglos que los ingleses practican ese truco. Se presentan con la Biblia y, de repente, ¡bum!

LANKES: Pero ellas están recogiendo cangrejos, mi teniente.

HERZOG: ¡Despéjeme inmediatamente la playa! ¿Entendido?

LANKES: A la orden, mi teniente. Pero no hacen más que recoger cangrejos.

HERZOG: ¡Usted se me planta inmediatamente detrás de su ametralladora, cabo Lankes!

LANKES: Pero si sólo buscan cangrejos, porque es la bajamar y los necesitan para su jardín de niños...

HERZOG: ¡Ordenes superiores!

LANKES: ¡A sus órdenes, mi teniente! *(Lankes desaparece dentro de la casamata, Herzog sale con el teléfono por la derecha.)*

ÓSCAR: Rosvita, tápate ambos oídos, porque van a tirar, como en las actualidades.

KITTY: ¡Oh, qué terrible! Me anudaré más todavía.

BEBRA: Yo también sospecho que vamos a oír algo.

FÉLIX: Habría que volver a poner el gramófono. ¡Eso atenúa muchas cosas! (*Echa a andar el gramófono. «Los Platters» cantan The Great Pretender. Adaptándose al ritmo lento de la música que languidece trágicamente, la ametralladora tabletea. Rosvita se tapa los oídos. Félix hace el pino. En el trasfondo, cinco monjas vuelan con sus paraguas hacia el cielo. El disco separa, se repite; luego, silencio. Félix pone los pies en el suelo. Kitty se desanuda. Rosvita recoge rápidamente el mantel con los restos de la comida y guarda todo en el cesto de provisiones. Óscar y Bebra la ayudan en ello. Bajan todos del techo de la casamata. Aparece Lankes a la entrada.*)

LANKES: ¿No tendría mi capitán otro cigarrillo para el cabo?

BEBRA (*Su gente, asustada, se agrupa tras él*): El señor soldado fuma demasiado.

LOS DE BEBRA: ¡Fuma demasiado!

LANKES: La culpa es del cemento, mi capitán.

BEBRA: ¿Y si algún día ya no hay más cemento?

LOS DE BEBRA: NO hay más cemento.

LANKES: El cemento es inmortal, mi capitán. Sólo nosotros y los cigarrillos...

BEBRA: Ya sé, ya sé, nos desvanecemos como el humo.

LOS DE BEBRA (*desapareciendo lentamente*): ¡Con el humo!

BEBRA: En tanto que el cemento lo contemplarán todavía dentro de mil años.

LOS DE BEBRA: ¡Mil años!

BEBRA: Y encontrarán huesos de perro.

LOS DE BEBRA: Huesecitos de perro.

BEBRA: Y SUS formaciones oblicuas en el cemento.

Los DE BEBRA: ¡MÍSTICO, BÁRBARO, ABURRIDO! (*Sólo queda Lankes, fumando.*)

Aunque durante el desayuno sobre el cemento Óscar apenas Pronunciara palabra, no pudo menos que retener esta conversación junto al Muro del Atlántico, ya que semejantes propósitos eran corrientes en vísperas de la invasión; por lo demás, volveremos todavía a encontrar al citado cabo y pintor de cemento Lankes, cuando, en otra hoja, rindamos tributo a la posguerra y a nuestro actual refinamiento burgués en pleno auge.

En el paseo de la playa nos esperaba todavía el camión blindado. A grandes zancadas se reunió el teniente Herzog con sus protegidos. Jadeante, disculpóse con Bebra a propósito del pequeño incidente: —Zona prohibida es zona prohibida—dijo, ayudó luego a las damas a subir al vehículo, dio algunas instrucciones al chófer, y emprendimos el viaje de retorno a Bavent. Hubimos de darnos prisa y apenas tuvimos tiempo de comer, porque para las dos de la tarde teníamos anunciada una representación en la sala de caballeros de aquel gracioso pequeño castillo normando, situado detrás de los álamos a la salida del pueblo.

Nos quedaba exactamente media hora para los ensayos de iluminación y, acto seguido, Óscar hubo de subir el telón tocando el tambor. Actuábamos para suboficiales y la tropa. Las risas eran rudas y frecuentes. Forzamos la nota. Y rompí con mi canto un orinal de vidrio, en el que había un par de salchichas vienesas en mostaza. Con la cara

embadurnada, Bebra lloraba con lágrimas de payaso sobre el orinal roto, sacaba las salchichas de entre los vidrios rotos, ponía algo de mostaza y se las comía, lo que proporcionó a los de gris campaña un estruendoso regocijo. Kitty y Félix se presentaban desde hacía ya algún tiempo en pantalón corto de cuero y con sombreritos tirolenses, lo que confería a sus ejecuciones acrobáticas una nota especial. Rosvita llevaba, con su vestido ajustado de lentejuelas de plata, unos guantes de mosquetero verde claro, y calzaba sus diminutos pies con sandalias trenzadas en oro; mantenía bajos los párpados, ligeramente azulados, y, con su voz mediterránea de sonámbula, exhibía aquel poder sobrenatural que le era propio. ¿Dije ya que Óscar no necesitaba de ningún disfraz? Llevaba yo mi vieja buena gorra de marinerito, con la inscripción «S.M.S. Seydlitz» bordada, la blusa azul de marinero y, encima, la chaqueta con los botones dorados de ancla, debajo de la cual se me alcanzaba a ver el pantalón corto y, además, unos calcetines enrollados arriba de mis zapatos de lazos profusamente gastados. Y, por descontado, mi tambor de hojalata esmaltado en blanco y rojo, del que tenía otros cinco ejemplares en mi equipaje de artista.

Por la noche repetimos la representación para los oficiales y las muchachas auxiliares de un puesto de transmisiones de Cabourg. Rosvita estaba algo nerviosa y cometió algunas faltas; pero, en medio de su número, se puso unos anteojos de sol, de armazón azul, cambió de tono y se hizo más directa en sus profecías. Entre otras cosas, a una muchacha auxiliar que su timidez hacía desdeñosa le dijo que tenía amores con su superior jerárquico. La revelación me resultó penosa, pero provocó gran hilaridad en la sala, porque el superior jerárquico estaba sentado junto a la muchacha.

Después de la representación, los oficiales de estado mayor del regimiento, que tenían su alojamiento en el castillo, dieron todavía una recepción. En tanto que Bebra, Félix y Kitty se quedaron, la Raguna y Óscar se despidieron discretamente, se fueron a la cama y no tardaron en dormirse después de aquel día agitado. No fueron despertados hasta las cinco de la madrugada por la invasión que ya se había iniciado.

¿Qué más puedo decirles? En nuestro sector, cerca de la desembocadura del Orne, desembarcaron los canadienses. Había que evacuar Bavent. Habíamos cargado ya nuestro equipaje. Debíamos replegarnos con el estado mayor del regimiento. En el patio del castillo había una cocina de campaña humeante. Rosvita me rogó que le trajera una taza de café, pues no había desayunado todavía. Un poco nervioso y temiendo que podríamos perder la salida del camión, me negué y hasta me puse algo grosero. Así que ella misma saltó del camión, corrió con su cazo sobre sus tacones altos hacia la cocina, y llegó junto al café caliente al mismo tiempo que un obús disparado por uno de los barcos atacantes.

¡Oh, Rosvita, no sé qué edad tenías: sólo sé que medías noventa y nueve centímetros, que por tu boca hablaba el Mediterráneo, que olías a canela y a nuez moscada y que sabías penetrar en el corazón de todos los hombres; sólo en tu propio corazón no penetraste, porque de otro modo te hubieras quedado conmigo y no habrías corrido a buscar aquel café tan caliente!

En Lisieux, Bebra logró conseguirnos una orden de traslado a Berlín. Cuando nos encontramos frente a la Comandancia, nos dirigió por vez primera la palabra desde el deceso de Rosvita: —¡Nosotros, los enanos y bufones, no deberíamos danzar sobre un cemento vertido y endurecido para gigantes! ¡Ojalá Dios no nos hubiera movido de debajo de las tribunas, donde nadie sospechaba nuestra presencia!

En Berlín me separé de Bebra. —¿Qué vas a hacer en todos esos refugios subterráneos sin tu Rosvita? —me dijo, con una sonrisa tenue como una telaraña, y, besándome en la frente, me dio de escolta hasta la estación principal de Danzig a Kitty y a

Félix provistos de salvoconductos oficiales, y me regaló los cinco tambores restantes de nuestro equipo. Así dotado y llevando siempre conmigo mi libro, el once de junio del cuarenta y cuatro, un día antes del tercer aniversario de mi hijo, llegué a mi ciudad natal, la cual, indemne y medieval todavía, seguía haciendo resonar de hora en hora sus campanas de diversos tamaños desde sus campanarios diversamente altos.

La sucesión de Jesucristo

¿Y qué diremos del retorno al hogar? A las veinte horas cuatro minutos hacía su entrada en la Estación Central de Danzig el tren de los soldados con permiso. Félix y Kitty me acompañaron hasta la Plaza Max Halbe, se despidieron, lo que le arrancó algunas lágrimas a Kitty, y se dirigieron luego a la comandancia del Hochstriess. Pero antes de las veintiuna horas entraba en el Labesweg.

¡El retorno! Una mala costumbre muy extendida hace hoy de todo jovencuelo que haya falsificado una pequeña letra de cambio, se haya ido a causa de ello a la Legión Extranjera y vuelto a los pocos años algo más viejo y contando historias, un Ulises. Los hay que se meten por distracción en un tren equivocado, van a Oberhausen en lugar de a Francfort, tienen por el camino una pequeña aventura —¿quién no la tiene?— y, en cuanto se ven de nuevo en la casa, no hacen más que ver Circes, Penélopes y Telémacos.

Pero Óscar no tenía nada de Ulises, aunque sólo fuese por el simple hecho de que a su regreso lo halló todo tal como lo había dejado. Su amada María, a la que desde el punto de vista de un Ulises debería llamar Penélope, no se veía acosada por ningún enjambre de lúbricos pretendientes: seguía con su Matzerath, por el que ya se había decidido mucho antes de la partida de Oscar. Espero asimismo que las personas cultivadas de entre ustedes tampoco se les ocurra ver en mi pobre Rosvita, a causa de sus actividades profesionales de sonámbula, a una Circe enloquecedora de hombres. Bueno, y en cuanto a mi hijo Kurt, no había movido por su padre ni el meñique, de modo que no era en absoluto un Telémaco, aunque tampoco reconociera a Óscar.

Pero si se desea un paralelo —pues me hago cargo de que a todo el que regresa al hogar han de buscársele paralelos—, entonces prefiero ser para ustedes el hijo pródigo de la Biblia. Porque Matzerath me abrió la puerta y me recibió como un padre, y no como un presunto padre. Es más, logró alegrarse tanto por el retorno de Óscar, derramó en silencio unas lágrimas tan auténticas, que a partir de aquel día ya no me llamé sólo Óscar Bronski, sino también Óscar Matzerath.

María me acogió en forma más reposada, aunque tampoco exenta de afabilidad. Se hallaba sentada a la mesa, pegaba cupones de racionamiento para la oficina de Economía, y tenía apilados ya sobre la mesita chica algunos regalos de aniversario, empaquetados todavía, para el pequeño Kurt. Con su sentido práctico habitual, pensó ante todo en mi bienestar, me desnudó, me bañó como en los buenos tiempos, hizo caso omiso de mi rubor, me puso el pijama y me sentó a la mesa, en la que Matzerath me estaba ya sirviendo unos huevos fritos con patatas. De bebida me dieron un vaso de leche, y mientras comía y bebía empezó el interrogatorio: —Pero dónde te metiste, te estuvimos buscando por todas partes, y la Policía también busca que busca, y hubo que presentarse ante el Juzgado y jurar que no te habíamos hecho ninguna trastada. Bueno, hasta que al fin volviste. Pero no sabes la de molestias que hemos tenido que pasar y las que tendremos todavía probablemente, porque ahora vamos a tener que inscribirte de nuevo. Con tal que no te quieran meter en algún establecimiento. Bien empleado te estaría: ¿qué es eso de largarse sin decir nada?

María no andaba muy descaminada. Hubo dificultades. Vino un funcionario del Ministerio de la Salud, habló confidencialmente con Matzerath, pero éste gritaba muy fuerte, en forma que podía oírse: —¡De ningún modo, se lo prometí a mi mujer en su lecho de muerte, al cabo el padre soy yo y no la Policía Sanitaria!

Así que no me internaron en ninguna parte. Pero a partir de aquel día llegaba cada dos semanas una cartita oficial que invitaba a Matzerath a echar una firmita, la que éste, sin embargo, se negaba a estampar, aunque a causa de ello se le fueran formando arrugas de preocupación en la cara.

Pero Óscar está anticipándose. Devolvamos por el momento su tersura a la cara de Matzerath, ya que la noche de mi retorno éste se mostraba radiante y tenía menos aprehensiones que María, preguntaba también menos que ella y se daba por satisfecho con mi vuelta feliz al hogar, comportándose como un verdadero padre. Cuando me llevaron a la cama en casa de mamá Truczinski, que parecía algo desconcertada, dijo: —¡Cuánto se alegrará el pequeño Kurt de volver a tener un hermanito! Y además, mañana celebramos el tercer aniversario del pequeño Kurt.

Además del pastel con las tres velitas, mi hijo Kurt encontró sobre su mesita de regalos un suéter color vino tejido por Greta Scheffel, del que no hizo el menor caso. Había también una pelota de goma abominablemente amarilla sobre la que se sentó, luego se montó y que finalmente cortó con un cuchillo de cocina. Luego chupó por la herida esa detestable agua dulce que suele formarse en todos los balones de aire. En cuanto vio la pelota con su hendidura irremediable, el pequeño Kurt empezó a desaparecer el barco de vela y a convertirlo en chatarra. Dejó intactos, pero peligrosamente al alcance de su mano, el trompo musical y el látigo.

Óscar, que había pensado ya en el aniversario de su hijo con mucha anticipación, que en pleno frenesí de acontecimientos históricos se había apresurado a trasladarse al este para no perderse el tercer aniversario de su heredero, se mantenía apartado; contemplaba la obra de destrucción, admiraba la resolución del rapaz, comparaba sus dimensiones físicas con las de su hijo y hubo de confesarse, un tanto preocupado: durante su ausencia el pequeño Kurt te ha aventajado: aquellos noventa y cuatro centímetros que tú has sabido mantener desde el día de tu tercer aniversario, que queda ya casi diecisiete años atrás, el muchachito los rebasa ya en sus buenos dos o tres centímetros; es hora, pues, de convertirlo en tambor y de operar a tan rápido crecimiento un enérgico «¡basta!»

De mi equipaje de artista, que yo había guardado con mi gran texto de enseñanza detrás de las tejas del tendedero del desván, saqué un tambor flamante, salido de la fábrica, con ánimo de proporcionar a mi hijo, ya que los adultos no lo hacían, la misma oportunidad que mi pobre mamá me había ofrecido, cumpliendo su promesa, en mi tercer aniversario.

Tenía yo buenos motivos para suponer que Matzerath, que en su día me había destinado al negocio, veía ahora en el pequeño Kurt, después de mi fracaso, al futuro negociante en ultramarinos. Y si ahora digo: ¡Había que impedirlo!, he de rogar a ustedes que no vean en mí a un enemigo sistemático del comercio al detalle, porque si se me hubiera ofrecido la posibilidad de un trust industrial controlado por mí o por mi hijo o la herencia de un reino con las correspondientes colonias, me hubiera comportado exactamente en la misma forma. Óscar no quería nada de segunda mano y por consiguiente, quería inducir a su hijo a obrar del mismo modo y hacer de él —y en esto radicaba mi error de lógica— un tambor fijado permanentemente en sus tres años. ¡Como

si para un hombre joven y lleno de ambición la sucesión de un tambor no fuera tan aborrecible como la de un negocio de ultramarinos!

Así es como piensa hoy Óscar. Pero entonces no había para él más que una sola voluntad: tratábase de colocar un hijo tambor al lado de un padre tambor; tratábase de tocar el tambor a los adultos desde abajo y por partida doble; tratábase de fundar una dinastía de tambores susceptible de perpetuarse, porque mi obra había de resonar de generación en generación y transmitirse esmaltada en rojo y blanco.

¡Qué futuro se abría ante nosotros! Hubiéramos podido golpear la hojalata uno al lado del otro, pero también en cuartos distintos; los dos juntos, o bien él en el Labesweg y yo en la Luisenstrasse, él en la bodega y yo en el desván, el pequeño Kurt en la cocina y Óscar en el excusado; y, en alguna que otra ocasión favorable, hubiéramos podido deslizarnos juntos bajo las faldas de mi abuela y de su bisabuela Ana Koljaiczek y respirar allí, dándole al tambor, el olor de la mantequilla ligeramente rancia. Acurrucados ante aquella puerta, le habría dicho yo al pequeño Kurt: —Mira bien ahí dentro, hijo mío, pues de ahí venimos. Y si te portas bien, podremos volver un rato todavía y visitar a quienes nos esperan.

Y el pequeño Kurt habría metido la cabeza bajo las faldas, habría aventurado un ojo y con toda cortesía me habría pedido a mí, su padre, que le explicara.

—Esa hermosa dama —habría susurrado Óscar— que ves sentada ahí en el centro jugando con sus manos, con esa carita redonda tan dulce que le dan a uno ganas de llorar, es mi pobre mamá, tu abuelita, que murió de una sopa de anguilas o quizá por causa de su corazón excesivamente dulce.

—¿Y qué más, papá, qué más? —habría insistido el pequeño Kurt—. ¿Quién es aquel hombre del bigote?

Entonces yo habría bajado la voz con aire de misterio: —Ése es tu bisabuelo José Koljaiczek. Fíjate en sus ojos llameantes de incendiario, en la divina obstinación polaca y en la astucia cachuba y práctica de su ceño, en la base de la nariz. Fíjate también en las membranas natatorias que le ligan los dedos de los pies. El año trece, cuando botaron el *Columbus*, quedó bajo el tren de balsas y hubo de nadar por mucho tiempo, hasta que llegó a América y se hizo millonario. Pero de vez en cuando se echa nuevamente al agua, vuelve nadando hasta la casa y se sumerge allí donde por vez primera halló refugio como incendiario y contribuyó con su parte a darme a mí una madre.

—¿Y el señor tan guapo, que hasta ahora se mantenía escondido detrás de la dama que es mi abuela y ahora se sienta a su lado y acaricia las de ella con sus manos? ¡Tiene exactamente tus mismos ojos azules, papá!

Aquí hubiera debido yo hacerme de tripas corazón para poder, en mi condición de mal hijo traidor, contestarle a mi hijo: —Esos que te miran, mi pequeño Kurt, son los maravillosos ojos azules de los Bronski. Los tuyos son grises, como los de tu madre. Pero tú, lo mismo que ese Jan que le besaba las manos a mi pobre mamá y que su padre Vicente, eres un Bronski hecho y derecho, aunque realmente cachuba. Algún día también nosotros volveremos allí, a la fuente que esparce ese suave olor de mantequilla rancia. ¡Regocíjate!

Sólo en el interior de mi abuela Koljaiczek o, como yo le designaba entonces en son de broma, en el tonel de mantequilla avuncular, podía darse, según mis teorías de entonces, una auténtica vida familiar. Y todavía hoy, en que de un salto de Pulgarcito alcanzo e inclusive rebaso a Dios Padre, y al Hijo y, lo que es más importante, al Espíritu Santo en

forma eminentemente personal, y cumplo con mis obligaciones de la sucesión de Jesucristo con la misma desgana que todas las demás, hoy todavía, yo, al que nada es inaccesible sino mi abuela, no alcanzo a representarme las más bellas escenas familiares más que en el seno de mis antepasados.

Así, por ejemplo, en los días de lluvia: mi abuela manda las invitaciones y nos reunimos todos en ella. Ahí está ya Jan Bronski, con flores, tal vez claveles, en los agujeros hechos por las balas en su pecho de defensor del edificio del Correo polaco. María, a la que se ha invitado a instancia mía, se acerca a mamá y, para congraciarse con ella, le muestra los libros del negocio que ella ha seguido llevando escrupulosamente, y mamá suelta su gran carcajada cachuba, la atrae hacia sí, le besa la mejilla y le dice, guiñándole el ojo: — ¡Pero Mariquilla! ¿A qué tantos remilgos? ¡Al cabo, las dos nos hemos casado con un Matzerath y hemos nutrido a un Bronski!

Pero debo abstenerme de otras representaciones como, por ejemplo, la especulación relativa a un hijo engendrado por Jan, llevado por mamá al interior de la abuela Koljaiczek y nacido finalmente en aquel abril de mantequilla. Porque eso acarrearía obligadas consecuencias, y no sería remoto que inspirara a mi medio hermano Esteban, que en fin de cuentas pertenece también al mismo círculo, la idea bronsquiiana de echarle primero un ojo a mi María, y luego algo más. Así que prefiero no llevar mi imaginación más allá de una inocente reunión familiar sin complicaciones. Renuncio, en consecuencia, a un tercero y hasta a un posible cuarto tambor y me contento con Óscar y el pequeño Kurt; cuento con mi tambor a la concurrencia algo de esa Torre Eiffel que en tierras extrañas sustituía a mi abuela, y disfruto cuando los invitados, incluyendo a la anfitriona Ana, gozan con nuestro tamboreo y, siguiendo el compás, se dan palmadas mutuamente en las rodillas.

Por muy tentador que sea descubrir en el interior de la propia abuela de uno el mundo y las relaciones que lo gobiernan y exploran todas las posibilidades que ofrece un área tan reducida, Óscar ha de volver ahora —ya que él mismo, al igual que Matzerath, no es más que un presunto padre— a los acontecimientos del doce de junio del cuarenta y cuatro, día del tercer aniversario del pequeño Kurt.

Veamos: el muchacho recibió un jersey, una pelota, un barco de vela, un trompo musical y un látigo para bailarlo, y había de recibir todavía de mí un tambor esmaltado en rojo y blanco. Apenas hubo acabado de dismantelar el velero, Óscar se le acercó escondiendo tras él el regalo metálico y dejando bambolear sobre su barriga el tambor en uso. Nos separaba apenas un paso: Óscar, el Pulgarcito, y Kurt, el Pulgarcito con dos centímetros de más. Kurt ponía una cara furiosa y concentrada —sin duda continuaba obsesionado con la destrucción del velero— y, en el momento en que saqué el tambor y lo levanté en alto, rompió el último mástil del *Pamir*, tal era el nombre de aquel juguete de los vientos.

Kurt dejó caer los restos del barco, cogió el tambor, lo contempló, le dio vueltas, y su expresión pareció serenarse aunque seguía igualmente tensa. Era el momento de tenderle los palillos. Por desgracia, interpretó mal mi doble movimiento, se sintió amenazado, dio con el borde del tambor a los palillos, que se me cayeron de los dedos y, al bajarme yo para recogerlos y ofrecérselos por segunda vez, agarró el látigo del trompo y me pegó con su regalo de aniversario: me pegó a mí, no al trompo, que para ello tenía sus estrías, sino a Óscar, a su padre le quería enseñar a girar y a zumbir, y seguía dándome con el látigo, como pensando: espérate y verás, hermanito. Así hubo de pegarle Caín a Abel, hasta que éste empezara a girar, al principio con cierta vacilación todavía, pero luego en forma cada vez más rápida y precisa para alcanzar, partiendo del zumbido oscuro inicial y

en forma también cada vez más sonora, el canto armonioso del trompo. Y cada vez más alto me iba arreando Caín con el látigo, y yo sentía adelgazármeme la voz, y la solté de pronto como un tenor que canta su plegaria matutina: así han de cantar los ángeles de voz argentina, los Niños Cantores de Viena, los capones amaestrados; así hubo de cantar Abel, antes de caer de espaldas, lo mismo que caí yo bajo el látigo del niño Kurt.

Cuando me vio tendido y zumbando lastimosamente, hendió todavía varias veces el aire del cuarto con el látigo, como si su brazo no hubiera quedado todavía satisfecho. Y aun durante la inspección minuciosa del tambor a la que se dedicó a continuación no me quitó un solo instante la mirada recelosa de encima. Primero golpeó el esmalte contra el respaldo de una silla; luego el tambor se le cayó en el entarimado, y el pequeño Kurt lo buscó y halló el casco macizo del que fuera velero. Con el pedazo de madera golpeó el tambor no como quien lo toca, sino destruyéndolo. Su mano no trató de imprimir el menor ritmo, por sencillo que fuera; con la cara rígida y esforzada, golpeaba con monotonía regular una hojalata que no esperaba semejante trato, que hubiera respondido sin duda al redoble de dos palillos ligeros, pero que no aguantaba, en cambio, los impactos de un tosco casco de madera. El tambor cedió, quería sustraerse desprendiéndose en sus juntas, quería hacerse invisible abandonando el esmalte rojo y blanco y dejando que fuera la sola hojalata gris azul la que solicitara compasión. Pero el hijo se mostró inexorable con el regalo de aniversario del padre. Y cuando éste trató una vez más de interceder y, a pesar de múltiples dolores simultáneos, se fue arrastrando sobre la alfombra del piso hacia el hijo, volvió a entrar en acción el látigo. Pero a éste el trompo fatigado ya lo conocía, de modo que desistió de seguir girando y zumbando y también el tambor tuvo que renunciar definitivamente a la posibilidad de encontrar un artista sensible que manejara los palillos en forma juguetona y hasta enérgica, pero no brutal.

Cuando acudió María, el tambor no era ya más que chatarra. Me tomó en sus brazos, besó mis ojos hinchados y mi oreja abierta y lamió mi sangre y los cardenales de mis manos.

¡Oh, si María no hubiera besado sólo al niño maltratado, arrastrado, lamentablemente anormal! ¡Si hubiera reconocido al padre golpeado y hubiera visto en cada herida al amante! ¡Qué consuelo, qué marido secreto y verdadero hubiera yo podido ser para ella en el curso de los meses sombríos que ya se avecinaban!

Tocóle primero —aunque ello no afectara a María directamente— a mi medio hermano Esteban Bronski, a quien acababan de hacer teniente y que ya en aquella época llevaba el nombre de Ehlers de su padrastro. Fue en el frente del Ártico donde se truncó definitivamente su carrera. En tanto que el día de su fusilamiento en el cementerio de Saspe como defensor del edificio del Correo polaco, Jan, el padre de Esteban, llevaba bajo su camisa un naípe de skat, la guerrera del teniente Ehlers lucía la Cruz de Hierro de segunda clase, las insignias del Cuerpo de Infantería y la orden llamada de la Carne Congelada.

A fines de junio, mamá Truczinski sufrió un ligero ataque cerebral, porque el correo le trajo malas noticias. El suboficial Fritz Truczinski había caído por tres cosas a la vez: por el Führer, por el Pueblo y por la Patria. La cosa ocurrió en el sector central, y de allí, un capitán llamado Kanauer mandó directamente a Langfuhr y al Labesweg la cartera de Fritz con las fotos de lindas muchachas, casi todas ellas sonrientes, de Heidelberg, Brest, París, el balneario de Kreuznach y Salónica, y además de las Cruces de Hierro de primera y segunda clase, no recuerdo qué otra condecoración por herida, el brazalete del Cuerpo de Asalto y las dos charreteras de Destructor de Tanques, amén de algunas cartas.

Matzerath ayudó en todo lo que pudo, y mamá Truczinski no tardó en reponerse, aunque ya nunca volvió a estar bien. Permanecía sentada junto a la ventana, inmóvil en su silla, y quería que yo o Matzerath, que subía dos o tres veces al día y le llevaba algo, le explicáramos dónde quedaba exactamente aquello del sector central, si era muy lejos y si algún domingo se podría ir allí en tren.

A pesar de su buena voluntad, Matzerath no podía aclarárselo Y yo, que me había ilustrado geográficamente con los comunicados especiales y los partes del frente, tomé a mi cargo el ofrecer en largas tardes de tambor a mamá Truczinski, que permanecía inmóvil pero con la cabeza insegura, algunas versiones de un sector central que se iba haciendo cada vez más elástico.

María, en cambio, que quería mucho al apuesto hermano, se hizo devota. Al principio, durante todo el mes de julio, probó todavía con la religión que le habían enseñado: iba los domingos a ver al Pastor Hecht del Templo de Cristo, generalmente acompañada de Matzerath, aunque prefería ir sola.

Pero el servicio divino protestante le resultaba insuficiente. Una tarde, a mitad de semana —¿fue un jueves o un viernes?— antes de la hora de cerrar y dejando el cuidado de la tienda a Matzerath, me tomó de la mano, a mí, que soy católico, y emprendió conmigo el camino del Mercado Nuevo; tomamos luego por la Elsenstrasse y por la calle de la Virgen María, y, pasando frente a la carnicería de Wohlgemuth, llegamos al Parque de Kleinhammer —Óscar pensaba ya que íbamos a la estación de Langf uhr y que teníamos un pequeño viaje en perspectiva, posiblemente a Bissau—; luego doblamos a la izquierda, esperamos en el paso a desnivel, por aquello de la superstición, a que pasara un tren de mercancías, atravesamos por el túnel, que rezumaba en forma desagradable, y no seguimos derecho hasta el Palacio del Film, sino que tomamos a la izquierda, a lo largo del terraplén. Yo estaba echando cuentas: o me lleva al Brunshóf erweg, al consultorio del doctor Hollatz, o bien quiere convertirse y me lleva a la iglesia del Sagrado Corazón.

El pórtico de la iglesia miraba al terraplén. Y entre el terraplén y el pórtico nos detuvimos. Era un atardecer de fines de agosto, lleno de aire de zumbidos de insectos. Detrás de nosotros, arriba del terraplén y entre los rieles, unas trabajadoras del este, las cabezas cubiertas con sendos pañuelos blancos, trabajaban con el pico y la pala. Nosotros, parados, mirábamos al interior de la iglesia, cuya sombra irradiaba frescor; atrás, en el fondo, cual hábil invitación, brillaba un ojo inflamado: la eterna lámpara votiva. Detrás de nosotros, sobre el terraplén, las ucranianas suspendieron el trabajo de sus picos y sus palas. Sonó una bocina; se acercaba un tren, venía ya, ya estaba allí, seguía allí, seguía pasando, y luego se alejaba; con otro bocinazo las ucranianas volvieron al trabajo. María estaba indecisa; probablemente no sabía con cuál pie debía entrar, y me dejó a mí, que desde mi nacimiento y mi bautismo tenía una relación más directa con aquella iglesia fuera de la cual no hay salvación posible, toda la responsabilidad: he ahí cómo, después de tantos años, después de aquellas dos semanas llenas de amor y polvo efervescente, María volvía a abandonarse entre las manos de Óscar.

Dejamos pues afuera el terraplén y sus ruidos, el mes de agosto y sus insectos zumbadores. Algo melancólico, tocando ligeramente con la punta de los dedos mi tambor debajo de mi blusa pero conservando en la cara una expresión indiferente, acordábame de las misas, los oficios pontificales, las vísperas y las confesiones de los sábados al lado de mi pobre mamá, que poco antes de su muerte, ganada a la devoción por culpa de su comercio demasiado vehemente con Jan Bronski, descargaba cada sábado su conciencia por medio de la confesión, se fortificaba los domingos con la comunión, y así, aligerada y

fortificada a la vez, iba los jueves a la calle de los Carpinteros a encontrarse con Jan Bronski. ¿Cómo se llamaba ya en aquel tiempo el reverendo? El reverendo se llamaba Wiehnke y seguía siendo párroco de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, seguía predicando con voz suave e ininteligible y cantaba un Credo tan tenue y lacrimoso, que hasta yo hubiera incurrido en algo de eso que llaman fe, a no ser por aquel altar lateral con la Virgen y el Niño.

Y sin embargo, era precisamente aquel altar lo que me inducía a guiar a María desde el sol a través del pórtico y luego, por las baldosas, al interior de la nave principal.

Óscar se tomaba su tiempo y permanecía sentado, tranquilo y cada vez más fresco al lado de María, en el banco de encima. Habían pasado varios años y, sin embargo, me parecía que eran las mismas gentes las que allí aguardaban, hojeando sistemáticamente la Guía del Confesor, el oído del reverendo Wiehnke. Estábamos sentados a cierta distancia, más hacia la nave central. Quería yo dejarle y facilitarle a María la elección. No estábamos tan cerca del confesonario como para que ella se sintiera conturbada, o sea que podía convertirse de manera silenciosa e inoficial, ni tan lejos que no pudiera ver cómo se procedía antes de la confesión, de modo que estaba en condiciones de observar y de decidirse a buscar el oído del reverendo dentro de aquel armario, y de discutir con él los detalles de su ingreso a la iglesia que tenía el monopolio de la salvación. Compadecíame verla tan pequeña arrodillándose y haciendo por vez primera y con dedos torpes todavía el signo de la cruz al revés, bajo el olor, el polvo y el estuco, debajo de los ángeles enroscados, de una luz amortiguada y de santos convulsionados, delante, debajo y en medio de un catolicismo suave y doloroso. Óscar le hacía indicaciones a María, ávida de aprender; le enseñaba cómo debía hacerse, dónde habitan, detrás de su frente, en lo profundo de su pecho y entre sus clavículas el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y cómo hay que plegar las manos para llegar al Amén. María, obediente, dejó reposar sus manos en el Amén y, partiendo del Amén, empezó a rezar.

Al principio trató Óscar de recordar en sus rezos a algunos de sus muertos, pero al implorar al Señor en favor de su Rosvita con el propósito de obtener para ésta el eterno descanso y la entrada a los goces del Paraíso, enredóse de tal manera en detalles de naturaleza terrestre que acabó por identificar el eterno descanso y los goces celestiales con un hotel de París. De modo que me refugié en el Prefacio, porque éste no comporta en cierto modo compromiso alguno, y dije por los siglos de los siglos, *sursum corda*, y *dignum et iustum est* —es digno y justo: con lo cual me puse a observar a María de soslayo.

El rezo católico le quedaba bien. Su devoción la hacía bonita y digna de un cuadro. El rezar alarga las pestañas, contrae las cejas, da color a las mejillas, gravedad a la frente, flexibilidad al cuello y hace vibrar las alas de la nariz. La expresión dolorosamente floreciente de María estuvo a punto de inducirme a un intento de aproximación. Mas no se debe estorbar a los que rezan, ni se debe tentarlos ni dejarse tentar por ellos, aunque les resulte agradable a los que rezan, y favorezca la plegaria, saber que resultan gratos de observar a un observador.

Así pues, me escurrí de la lisa madera eclesiástica, dejando modosamente mis manos sobre el tambor que me abultaba la blusa. Óscar huyó de María, hallóse sobre las baldosas, se deslizó con su tambor a lo largo de las estaciones del viacrucis de la nave lateral, no se detuvo ante San Antonio —ruega por nosotros—, porque no habíamos perdido ni el portamonedas ni la llave de la casa, ni ante el San Adalberto de Praga de la izquierda, al que martirizaron los antiguos boruscios, y fue brincando sin parar de baldosa

en baldosa —aquello parecía un tablero de ajedrez—, hasta que una alfombra anunció las gradas del altar lateral izquierdo.

Ustedes habrán de creerme si les digo que en la iglesia neogótica de ladrillo del Sagrado Corazón de Jesús y, dentro de ella, en el altar lateral izquierdo, nada había cambiado. Allí estaba el Niño Jesús, desnudo y sonrosado, sentado sobre el muslo izquierdo de la Virgen, a la que no llamo María para que no se la confunda con mi María en trance de conversión. E igualmente sentado sobre la rodilla derecha de la Virgen seguía al niño Bautista malamente cubierto con aquella piel de mechones color chocolate. Como antes, ella seguía señalando, con el índice derecho, al Niño Jesús, en tanto que miraba a Juan.

Pero, después de algunos años de ausencia, Óscar se interesaba menos por el orgullo materno que por la constitución de los dos muchachos. Jesús tenía aproximadamente la talla de mi hijo Kurt al cumplir su tercer aniversario. Juan, que según los testimonios aventajaba en edad al Nazareno, tenía mi talla. Pero ambos ostentaban aquella misma expresión de cara precozmente inteligente que era también la mía, con mis tres años permanentes. Nada había cambiado. Tenían exactamente la misma mirada socarrona de unos años antes, cuando yo iba con mamá al Sagrado Corazón de Jesús.

Siguiendo la alfombra subí las gradas, pero sin Introito. Examiné uno por uno todos los pliegues del ropaje, y fui palpando con mi palillo, que tenía más sensibilidad que todos los dedos juntos, el yeso pintado de los dos nudistas, lentamente y sin dejar nada: muslos, vientre, brazos; conté todos los pliegues de grasa, todos los hoyitos —era exactamente la complexión de Óscar, mi carne sana, mis robustas rodillas, algo gordas, mis brazos cortos pero musculosos de tambor. Y la actitud del rapaz era también la misma. Allí estaba sentado, en efecto, en el muslo de la Virgen, y levantaba los brazos y los puños como si fuera a darle al tambor, como si el tambor fuera Jesús y no Óscar, como si sólo aguardara mi hojalata, como si esta vez se propusiera de veras tocarnos a la Virgen, a Juan y a mí, algo deliciosamente rítmico.

Hice lo que ya había hecho unos años antes: me descolgué el tambor y puse a Jesús a prueba. Con toda precaución, para no estropear el yeso, le coloqué la hojalata blanquirroja sobre los muslos sonrosados, pero lo hice sólo por darme gusto, sin especular tontamente con milagro alguno, sólo por contemplar la impotencia en forma plástica; porque aunque estuviera sentado y levantara los puños, aunque tuviera mi talla y mi complexión robusta aunque representara en yeso y sin el menor esfuerzo aquel niño de tres años que a mí me costaba tanto trabajo y tantas privaciones sostener, lo cierto era que no sabía tocar el tambor, y sólo sabía hacer como si supiera. Tal vez pensara: si tuviera, sabría; y yo decía: ahí tienes, y no sabes: y desternillándome de risa le introduje los palillos entre aquellos dedos que parecían diez salchichas. ¡Toca ahora, dulcísimo Jesús, toca el tambor, yeso pintado! Y Óscar se retira, las tres gradas, la alfombra —¡toca, Niño Jesús!—; y Óscar se aleja más, toma distancia y se retuerce de risa, porque Jesús, allí sentado, no puede tocar aun cuando tal vez quiera. Y el aburrimiento empezaba a roerme como a una corteza de tocino, cuando... ¡le dio, tocó el tambor!

En tanto que todo permanecía inmóvil, le daba él con el derecho, con el izquierdo, luego con ambos palillos a la vez, luego los cruzaba; no redoblaba tan mal, lo hacía con mucha seriedad, le gustaban los cambios y era tan bueno en el ritmo sencillo como en el complicado, pero desdeñando todo efecto barato, se atenía exclusivamente al instrumento. Y ni una sola vez caía en lo religioso ni en la exageración mercenaria sino que era puramente musical; ni tampoco desdeñó los aires de moda, tocando lo que entonces

cantaban todos, entre otros, el Todo pasa y, naturalmente también, Lili Marlén, y volviendo lentamente hacia mí —tal vez con pequeñas sacudidas— su cabecita rizada y sus ojos a la Bronski, me sonrió en forma por demás orgullosa y juntó ahora las piezas favoritas de Óscar en una especie de potpurri que empezaba con el «Vidrio, vidrio, vidrio roto», rozaba el «Horario», enfrentaba, exactamente como yo, a Rasputín y a Goethe, subía conmigo a la Torre de la Ciudad, se escondía conmigo bajo la tribuna, pescaba anguilas en la escollera del puerto, caminaba a mi lado detrás del ataúd afinado hacia el pie de mi pobre mamá y, lo que más me pasmó, volvía siempre por sus fueros bajo las cuatro faldas de mi abuela Ana Koljaiczek.

Y Óscar se acercó. Se sentía atraído. No quería seguir sobre las baldosas, sino estar sobre la alfombra. Una grada lo llevaba a la otra. Subí, pues, aunque hubiera preferido que él bajara. —Jesús —le dije, reuniendo lo que me quedaba de voz—, no hicimos tal apuesta. Devuélveme inmediatamente mi tambor. ¡Tú tienes ya tu cruz, y eso debiera bastarte! — sin interrumpirse de golpe, terminó de tocar, cruzó los palillos con cuidado exagerado sobre la hojalata y devolviómelo sin chistar lo que Óscar le prestara tan a la ligera.

Disponíame ya, sin dar las gracias y como perseguido por todos los demonios, a descender aquellas gradas y a huir del catolicismo, cuando una voz agradable, aunque imperiosa, me tocó la espalda: —¿Me quieres, Óscar? —Sin volverme, contesté: —No que yo sepa. —Y él, con la misma voz, sin elevar el tono: —¿Me quieres, Óscar? —Huraño, repliqué: —¡Lo siento, pero nada! —Entonces la voz me fastidió por tercera vez: —¿Óscar, me quieres? —Jesús pudo ver ahora mi cara: —¡Te odio, rapaz, a ti y a todo tu repiqueteo!

Curiosamente, mi enojo puso en su voz un tono de triunfo. Levantó el índice, a la manera de una maestra de primaria, y me asignó una misión: —¡Tú eres Óscar, la roca, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia! ¡Sígueme!

Ya se imaginarán ustedes mi indignación. De pura rabia se me puso la carne de gallina. Le rompí uno de los dedos del pie, pero él ya no se movió. —¡Repítelo —dijo Óscar entre dientes— y te raspo la pintura!

Ya no hubo más palabras; sólo, como siempre y desde siempre, ese viejo que va siempre arrastrando los pies por todas las iglesias. Se hincó ante el altar lateral izquierdo, no me vio, siguió luego arrastrando los pies y se hallaba ya frente a San Adalberto de Praga cuando yo bajé tropezando las gradas, pasé sin volverme de la alfombra a las baldosas del tablero y me reuní con María al tiempo que ésta, en forma correcta y siguiendo mis instrucciones, se santiguaba a la católica.

La cogí de la mano, la llevé a la pila de agua bendita, dejé que se persignara una vez más en el centro de la iglesia y ya cerca del pórtico, mirando hacia el altar mayor, pero sin imitarla y, cuando se disponía a hincarse de rodillas, me la llevé afuera, hacia el sol.

Empezaba a caer la tarde. Las trabajadoras del este se habían ido ya del terraplén. En cambio, en la estación del suburbio de Langfuhr se estaba formando un tren de mercancías. Enjambres de mosquitos flotaban en el aire. De arriba venía el sonido de las campanas. El traqueteo de la maniobra se mezclaba al rodar de las campanas. Los mosquitos se mantenían en enjambres. María tenía lágrimas en los ojos. Óscar hubiera podido chillar. ¿Qué podía hacer yo con Jesús? Hubiera podido cargar mi voz. ¿Qué tenía que ver yo con su cruz? Pero sabía de sobra que mi voz no podía con los vidrios de sus iglesias. Que siguiera en buena hora edificando su Iglesia sobre gente que se llamara

Pedro, o Petrus, o, en prusiano oriental, *Petrikeit*. —Cuidado, Óscar —susurraba Satanás dentro de mí—, deja en paz las vidrieras de las iglesias, porque ése es capaz de arruinarte la voz. —Y así, sólo lancé a lo alto una mirada, medí con los ojos uno de aquellos ventanales neogóticos y me arranqué de allí, sin cantar y sin seguirle, sino que seguía a María, al trote de mis pasitos, hacia el paso a desnivel de la calle de la Estación, luego por el túnel goteante hasta el Parque de Kleinhammer, a la derecha por la calle de la Virgen María frente al carnicero Wohlgemuth, después a la izquierda por la Elsenstrasse, sobre el Striess hasta el Mercado Nuevo, donde estaban construyendo una zanja para la defensa pasiva. El Labesweg era largo, pero al fin llegamos: Óscar se separó de María y subió sus noventa peldaños hasta el desván. Aquí estaban tendidas unas sábanas y, tras éstas, amontonábase la arena de la defensa antiaérea, y tras ésta, detrás de los baldes y los paquetes de periódicos y las pilas de tejas hallábase mi libro y mi provisión de tambores de la época del Teatro de Campaña. En una caja de zapatos había unas bombillas fundidas que conservaban todavía su forma de pera. De éstas tomó Óscar la primera y la rompió con su canto, tomó la segunda y la pulverizó, dividió limpiamente en dos a la tercera, e inscribió en la cuarta, con su canto y en letras de caligrafía, la palabra JESÚS, pulverizando a continuación el todo; y ya se disponía a repetir la hazaña cuando vio que no le quedaban más bombillas. Agotado, me dejé caer sobre la arena de la defensa antiaérea: Óscar seguía conservando su voz. Jesús había encontrado un sucesor. Pero mis primeros discípulos habían de ser los Curtidores.

Los Curtidores

Por más que Óscar no se juzgue indicado para la sucesión de Jesucristo, siquiera por el simple hecho de que el reunir discípulos comporte para él dificultades insuperables, el llamado de aquel día acabó por hallar eco en mí, aunque a través de varios rodeos, y me convirtió en sucesor, pese a la poca fe que me inspiraba mi predecesor. Mas conforme a la regla de que el que duda cree y el que no cree es el más creyente, no logré enterrar bajo las dudas aquel pequeño milagro privado que se había ofrecido en la iglesia del Sagrado Corazón, sino que traté, antes bien, de inducir a Jesús a una repetición de su exhibición tamborística.

Varias veces se trasladó Óscar sin María a la susodicha iglesia de ladrillo. Frecuentemente volvía a escaparme de mamá Truczinski, la cual, clavada en su silla, no podía impedirlo. ¿Qué podía ofrecerme a mí Jesús? ¿Por qué permanecía yo por espacio de medias noches enteras en la nave lateral y me dejaba encerrar por el sacristán? ¿Por qué dejaba Óscar que ante el altar lateral izquierdo se le helaran las orejas y todos los miembros se le pusieran tiesos de frío? A pesar de una humildad crujiente y de blasfemias no menos crujientes, no conseguí oír ni mi tambor ni la voz de Jesús.

¡Mísero de mí! En toda mi vida no he oído castañetear mis dientes como entonces sobre las baldosas de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús a medianoche. ¿Qué bufón habría encontrado nunca sonaja mejor que Óscar? Tan pronto imitaba yo un sector del frente repleto de pródigas ametralladoras como tenía, entre mis maxilares superior e inferior, la administración de una compañía de seguros con todas sus dactilógrafas y sus máquinas de escribir. Resonaba la cosa aquí y allá, provocando ya el eco, ya el aplauso. Y las columnas tiritaban y a las bóvedas se les ponía carne de gallina; mi tos iba brincando sobre un solo pie de una a otra de las baldosas de aquel tablero de ajedrez, siguiendo en sentido inverso al viacrucis, subiendo hasta lo alto de la nave central, remontándose al coro, tosiendo sesenta veces —una masa coral J. S. Bach que no cantaba, sino que sólo había aprendido a toser— y, cuando era de esperar que la tos de Óscar se hubiera

escondido en los tubos del órgano y ya no volvería a anunciarse hasta el próximo cántico dominical, tosía en la sacristía y, a continuación, desde el pulpito, hasta que iba a morir, tosiendo, detrás del altar mayor, a espaldas del gimnasta de la cruz, y le hacía entregar, tosiendo, el alma. *Consumatum est*, tosía mi tos, por más que nada se hubiera consumado. El Niño Jesús, rígido y sin inmutarse, tenía en sus manos mis palillos, tenía mi tambor sobre el yeso sonrosado, pero ni tocaba ni me confirmaba su sucesión. Y Óscar hubiera querido tenerla por escrito, aquella sucesión de Jesucristo que le había sido impuesta.

Me ha quedado de aquel tiempo, siempre que visito iglesias y aun catedrales célebres, la costumbre o el vicio de que, así que pongo los pies en las baldosas, aun encontrándome perfectamente bien, me entra una tos persistente, la cual, según el estilo, el alto y el ancho, se despliega en gótico, románico o barroco y me permite, al cabo de los años, evocar sobre el tambor de Óscar mi tos de la basílica de Ulm o de la catedral de Espira. Pero en aquella época, en que en pleno mes de agosto dejaba yo que actuara sobre mí el catolicismo frío como una losa sepulcral, sólo podía pensar en el turismo y en la visita de catedrales lejanas el que participara en calidad de uniformado en los repliegues previstos por el mando y alcanzara a anotar en su agenda de viaje: «Evacuado hoy Orvieto, catedral espléndida, sobre todo el pórtico; volver después de la guerra con Mónica y verlo con más calma.»

Resultábame fácil convertirme en un buen feligrés, ya que nada me retenía en casa. Estaba María, claro, pero María tenía a su Matzerath. Estaba también mi hijo Kurt. Pero el rapaz se hacía cada vez más insoportable, me echaba arena a los ojos y me arañaba hasta el punto que sus uñas se rompían en la carne paterna. Mostrábame además mi hijo un par de puños con unos nudillos tan blancos, que la simple vista de esos gemelos a punto de pegar hacía que sangrara yo de la nariz.

Lo sorprendente era Matzerath, que, dentro de su torpeza, me mostraba el mayor afecto. Extrañado, consentía Óscar que aquel hombre que hasta entonces le había sido indiferente lo sentara sobre sus rodillas, lo apretara contra su pecho, lo contemplara e inclusive, en una ocasión, lo besara, con lágrimas en los ojos y diciendo, más para sí mismo que a María: —No, no es posible. El propio hijo no se puede. Aunque lo diga diez veces y todos los médicos digan lo mismo. Lo escriben tan contentos. Como si no tuvieran hijos.

María, que estaba sentada a la mesa y, como todas las veladas, pegaba cupones de racionamiento en hojas de periódico, alzó la vista: —Bueno, cálmate, Alfredo. Lo dices como si a mí no me importase. Pero si dicen que ahora se hace así, quién sabe si será lo que convenga.

Con el índice señaló Matzerath el piano, que desde la muerte de mi pobre mamá no había vuelto a emitir música: —¡Agnés nunca lo habría hecho o consentido!

María echó una mirada al piano, se encogió de hombros y no volvió a bajarlos hasta tomar de nuevo la palabra: —Se comprende, porque ella era la madre y confiaba en que todo acabaría por arreglarse. Pero ya ves: no se ha arreglado nada, lo rechazan en todas partes y no sabe ni vivir ni morir.

¿Hallaría Matzerath la fuerza en la reproducción de Beethoven, que seguía colgando arriba del piano y miraba con ojos tenebrosos al tenebroso Hitler? —¡No! —gritó— ¡nunca! —y dando un puñetazo sobre la mesa, sobre las hojas húmedas y pegajosas de los cupones, pidió a María la carta de la dirección del establecimiento, la leyó, la releyó y la volvió a leer, para luego desgarrarla y tirar los pedazos de papel entre los cupones de

pan, los de grasa y los de comestibles, los cupones de viaje, de trabajos pesados y superpesados, entre los cupones para mujeres encintas y madres en ejercicio. Y aunque Óscar no cayera entonces, gracias a Matzerath, en manos de aquellos médicos, a partir de ese momento vio y sigue viendo hoy todavía, así que pone los ojos en María, una espléndida clínica, situada en pleno aire puro de montaña, y, en esta clínica, una moderna y clara sala de operaciones; ve cómo, ante la puerta aislante de la misma, una María tímida pero confiada y sonriente me entrega a unos médicos de lo mejor, que sonríen asimismo y parecen de lo más responsables, en tanto que detrás de sus batas esterilizadas esconden unas jeringas de lo mejor, de lo más responsables y de acción instantánea.

Así pues, todo el mundo me había abandonado, y no fue sino la sombra de mi pobre mamá, que le paralizaba a Matzerath los dedos cada vez que éste se disponía a suscribir un escrito redactado por el Ministerio de la Salud del Reich, la que impidió repetidamente que yo, el abandonado, abandonara este mundo.

Óscar no quisiera pecar de desagradecido. Quedábame todavía mi tambor. Quedábame también mi voz, que a ustedes, que ya conocen mis éxitos frente al vidrio, apenas puede ofrecerles nada nuevo y aun se antojará fastidiosa a aquellos de entre ustedes que gusten de la variedad; pero para mí, la voz de Óscar constituía, por encima del tambor, una prueba siempre renovada de mi existencia, porque mientras rompiera el vidrio con mi canto, existía, y mientras mi hálito dirigido le arrebatara el suyo al vidrio, yo seguía viviendo.

En aquella época Óscar cantaba mucho. Desesperadamente. Siempre que a altas horas de la noche dejaba la iglesia del Sagrado Corazón, rompía algo. De vuelta hacia casa no me paraba a buscar algo especial, sino que atacaba cualquier ventanuco de buhardilla nial oscurecido o a cualquier farol de vidrio pintado de azul, conforme a las prescripciones de la defensa antiaérea. Cada vez escogía un camino distinto al salir de la iglesia. Un día tomaba Óscar el paseo Antón Möller hasta llegar a la calle de la Virgen María. O se iba Uphagenweg arriba, daba la vuelta al Conradinum, rompía allí el portal de vidrio de la escuela y llegaba a la Plaza Max Halbe atravesando la Colonia del Reich. Cuando uno de los últimos días de agosto se me hizo demasiado tarde y me encontré cerrado el portal de la iglesia, decidí dar un rodeo mayor, con objeto de desahogar mejor mi cólera. Subí por la calle de la Estación, rompiendo cada tercer farol, di vuelta al Palacio del Film y me metí a la derecha por la calle Adolph Hitler; dejé las ventanas de la fachada del Cuartel de Infantería, pero volqué mi rabia en un tranvía casi vacío que me venía al encuentro del lado de Oliva y al que despojé de todos los cristales melancólicamente oscurecidos del lado izquierdo.

Apenas prestó Óscar atención a su éxito; dejó que el tranvía chirriara y frenara, que la gente bajara, jurara y volviera a subir y, en busca de un postre para su furor, en busca de alguna golosina en aquella época tan pobre en golosinas, sólo se detuvo en sus zapatos de lazos cuando, llegado al extremo del suburbio de Langfuhr, vio a la luz de la luna, al lado de la carpintería Berendt y delante del vasto campamento de hangares del aeropuerto, el edificio principal de la fábrica de chocolate Baltic.

Pero ya mi furor no era tan grande como para caer sobre la fábrica en la forma ya consagrada, sino que lo tomé con calma; conté los vidrios que iba numerando la luna y llegué a la misma cifra que ésta, de modo que hubiera podido empezar de una vez la representación, pero quería saber antes qué buscaban aquellos adolescentes que desde el Hochstriess, y probablemente ya bajo los castaños de la calle de la Estación, me venían siguiendo. Seis o siete de ellos estaban apostados junto al porche de la parada del tranvía

del camino de Hohenfriedberg. Otros cinco alcanzaban a distinguirse entre los árboles de la calzada de Zoppot.

Estaba ya por dejar para otro día la visita de la fábrica de chocolate y eludir a la pandilla, lo que implicaba dar un rodeo por el puente del ferrocarril y a lo largo del aeropuerto, y escabullirme a través de la colonia de Lauben hacia la fábrica de cerveza del Kleinhammerweg, cuando Óscar oyó también del lado del puente sus silbidos acordados en señales. Ya no había duda: me buscaban a mí.

En situaciones semejantes, en el breve espacio de tiempo que transcurre entre la identificación de los perseguidores y el inicio de la cacería, uno suele enumerarse en detalle y voluptuosamente las últimas posibilidades de salvación. Así las cosas, Óscar hubiera podido gritar a voz en cuello llamando a papá y a mamá. Hubiera podido con el tambor cuando menos atraer quizás algún policía. Dada mi estatura, hubiera obtenido sin duda el apoyo de los adultos. Pero, consecuente como Óscar podía serlo en ocasiones, decliné el auxilio de los transeúntes adultos y la mediación de un policía, pues, por curiosidad y confianza en mí mismo, quería ver de qué se trataba, de modo que hice lo más estúpido que en aquellas circunstancias podía hacer: busqué en la valla alquitranada del terreno de la fábrica de chocolate un agujero por donde meterme, pero no lo encontré. Y vi que los jovencitos dejaban el abrigo de la parada del tranvía y los árboles de la calzada de Zoppot, y Óscar seguía buscando a lo largo de la valla; y ahora se acercaban también del lado del puente, y la valla seguía sin ofrecer agujero alguno. Venían sin prisa, más bien como vagando y distanciados unos de otros, de modo que Óscar podía seguir buscando un rato más; me dejaron, de hecho, todo el tiempo que se necesita para hallar un agujero. Pero cuando finalmente vino a faltar uno de los tablones y logré, haciéndome un desgarrón, deslizarme por la rendija, me di de narices con otros mozalbetes vestidos de chamarra, cuyas garras abultaban los bolsillos de sus pantalones de esquí.

Comprendiendo lo inevitable de mi situación, empecé por buscar en mi indumentaria el desgarrón que me había hecho al pasar por la rendija. Resultó estar en la parte posterior derecha de mi pantalón. Lo medí separando dos dedos y me pareció fastidiosamente grande, a pesar de lo cual me hice el indiferente y esperé, antes de levantar la vista, a que todos los muchachos, los de la parada del tranvía, los de la calzada y los del puente hubieran saltado la valla, ya que la rendija no era a su medida.

Esto ocurría en los últimos días de agosto. De vez en cuando la luna se escondía tras una nube. Conté aproximadamente veinte muchachos. Los más jóvenes, como de catorce; los mayores, de dieciséis a diecisiete. En el cuarenta y cuatro tuvimos un verano seco y cálido. Cuatro de los mozalbetes llevaban el uniforme de auxiliares de la Luftwaffe. Rodeaban a Óscar en pequeños grupos y hablaban entre ellos a media voz en una jerga que no me esforcé lo más mínimo por comprender. Llamábanse asimismo unos a otros con nombres extravagantes de los que retuve unos pocos. Así, por ejemplo, a un tipejo de unos quince años, de ojos de corzo ligeramente velados, le llamaban la Liebre y a veces también la Trilla. Al que estaba a su lado le llamaban Angelote. El más pequeño de entre ellos, pero sin duda no el más joven, uno que tenía el labio superior muy prominente y que ceceaba, era un tal Carboncillo. A uno de los auxiliares de la Luftwaffe le decían el Míster, a otro, muy atinadamente, el Pollo, y había además nombres históricos, como Corazón de León, Barba Azul (uno de cara de queso), nombres que a mí me eran familiares, como Totila y Teya, y para mayor ludibrio pude distinguir los de Belisario y Narses. A Störtebeker, que llevaba un sombrero de fieltro abollado en forma de charco para patos y un impermeable

demasiado largo, lo examiné con más atención: pese a sus dieciséis años era el jefe de la banda.

No hacían caso de Óscar; probablemente querían hacerle perder su aplomo. Así, mitad divertido y mitad disgustado conmigo mismo por haberme metido en esa aventura tan obviamente impúber, me senté sobre mi tambor, pues tenía las piernas cansadas, miré a la luna, prácticamente llena, y traté de dejar vagar una parte de mis pensamientos hacia la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

A lo mejor el Niño había tocado hoy el tambor o aventurado alguna palabrita. Y mientras tanto yo permanecía sentado en el patio de la fábrica de chocolate Baltic, participando en aquel juego de policías y ladrones. Tal vez el otro me estuviera esperando y se propusiera, después de una breve introducción tamborística, volver a abrir la boca para confirmarme la sucesión de Jesucristo, y estaría decepcionado porque yo no llegaba, lo que probablemente le haría fruncir despectivamente el entrecejo. ¿Qué pensaría Jesús de esos moalbetes? ¿Qué tenía que ver Óscar, su imagen, su sucesor y su lugarteniente, con semejante banda? ¿Podían dirigirse las palabras de Jesús «dejad que los niños se acerquen a mí» a unos adolescentes que se llamaban Angelote, la Trilla, Barba Azul, Carboncillo y Störtebeker?

Störtebeker se acercó. En línea, Carboncillo, su mano derecha, Störtebeker:

—¡Levántate!

Óscar seguía con los ojos en la luna y los pensamientos ante el altar lateral de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, y no se levantó, de modo que, a indicación de Störtebeker, Carboncillo me quitó de un puntapié el tambor de debajo de las asentaderas. Al levantarme, cogí el tambor y me lo escondí bajo la blusa, para evitarle mayores daños.

No está mal este Störtebeker, pensaba Óscar. Los ojos tal vez un poco demasiado hendidos y juntos, pero en los rasgos de la boca, astucia y movimiento.

—¿De dónde vienes?

Empezaba, pues, el interrogatorio, y comoquiera que me desagradaba esa manera de abordarme, me concentré de nuevo en el disco lunar, imaginándome a la luna —que todo lo tolera— cual tambor y riéndome para mí de ese delirio de grandeza que a nada me comprometía.

—Fíjate, Störtebeker. Parece que se ríe.

Carboncillo no me quitaba ojo y propuso a su jefe un trámite que designaba como darme un «curtido». Otros de los que estaban en segundo término, entre ellos el pecoso Corazón de León, el Míster, la Trilla y el Angelote eran también partidarios del curtido.

Todavía en la luna, deletreé: curtido. Bonito término, pero seguramente nada agradable.

—¡Aquí el que dice cuándo hay que curtir soy yo! —zanjó Störtebeker, poniendo fin a los murmullos de su banda. Y luego, dirigiéndose de nuevo a mí—: Te hemos visto rondar por la calle de la Estación. ¿Qué haces allí? ¿De dónde vienes?

Eso eran dos preguntas. Para permanecer dueño de la situación, Óscar había de contestar por lo menos una de ellas. Así pues, aparté la cara de la luna, miré a Störtebeker con mis avasalladores ojos azules y dije tranquilamente: —Vengo de la iglesia.

Murmullos tras el impermeable de Störtebeker. Se completó mi respuesta. Carboncillo entendió que debía tratarse de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

—¿Cómo te llamas?

La pregunta era inevitable. Tenía que venir. Esto es característico en la conversación humana, y de su respuesta viven una porción de obras teatrales más o menos largas e inclusive alguna ópera: por ejemplo, Lohengrin.

Yo aguardé a que reapareciera la luna entre dos nubes, dejé que su reflejo en el azul de mis ojos actuara sobre Störtebeker por espacio de tres cucharadas soperas, y, especulando vanidosamente sobre el efecto de la palabra —ya que el nombre de Óscar lo hubiera acogido con risotadas— contesté: —Me llamo Jesús. —Esta confesión produjo un silencio prolongado, hasta que Carboncillo, tragando saliva, dijo: —De todos modos hay que curtirlo, jefe.

Carboncillo no era el único partidario de curtirme. Haciendo chasquear los dedos Störtebeker autorizó a que se me curtiera con lo que Carboncillo me agarró, me incrustó los nudillos contra el brazo derecho y les imprimó un rápido movimiento de vaivén seco, cálido y doloroso, hasta que, con un nuevo chasquido, Störtebeker puso término a la operación. ¡Conque eso era el curtido!

—Bueno, ¿cómo te llamas? —el jefe del sombrero de fieltro empezaba a dar muestras de aburrimiento. Efectuó con su derecha un movimiento de boxeador, que hizo arremangarse la manga demasiado larga de su impermeable, miró su reloj de pulsera a la luz de la luna y susurró, por el lado izquierdo—: Un minuto de reflexión, y luego Störtebeker te marcará la salida.

Óscar podía pues contemplar la luna libremente por espacio de un minuto, buscar escapatorias en sus cráteres y consultar consigo mismo la conveniencia de mantener la decisión relativa a la sucesión de Jesucristo. Pero, como eso de marcarme la salida no me hacía gracia y, además, tampoco quería yo dejarme imponer términos fijos por aquella banda, al cabo de unos treinta y cinco segundos dije:

—Soy Jesús.

Lo que ocurrió a continuación fue de un efecto sorprendente, aunque la escenificación no fuera mía. Apenas había terminado de identificarme por segunda vez como el sucesor de Jesucristo, y antes de que Störtebeker pudiera chasquear los dedos y Carboncillo curtirme, se produjo una alarma antiaérea.

Óscar dijo «Jesús», hizo una inspiración y, una tras otra, las sirenas del vecino aeropuerto, la del edificio principal del Cuartel de Infantería de Hochstriess, la del tejado de la Escuela Superior Horst Wessel, algo adelante del bosque de Langf uhr, la de los grandes almacenes Sternfeld y, a lo lejos, del lado de la Avenida Hindenburg, la del Politécnico, dieron confirmación a mi respuesta.

Pasó algún tiempo hasta que todas las sirenas del suburbio, cual otros tantos arcángeles, recogieran en forma sostenida y persistente la buena nueva que yo acababa de anunciar, hincharan la noche y la dejaran caer, hicieran tambalearse los sueños, penetraran en los oídos de los que dormían y dieran a la luna, que nada lograba perturbar, el significado terrible de un cuerpo celeste sustraído al oscurecimiento.

Óscar sabía que la alarma estaba de su parte, pero las sirenas pusieron a Störtebeker nervioso. Sobre una parte de su pandilla la alarma actuaba en forma personal y

disciplinaria. Tuvo que enviar a los cuatro auxiliares de la Defensa Antiaérea, por encima de la valla, a sus respectivas baterías, a sus respectivas piezas de 8,8, entre el depósito de los tranvías y el aeropuerto. Otras tres de sus gentes, entre ellos Belisario, tenían guardia antiaérea en el Conradinum, de modo que tuvieron también que largarse inmediatamente. Rodeado del resto, unos quince muchachos, y, viendo que en el cielo no ocurría nada, reanudó el interrogatorio. —Entonces, si te hemos entendido bien, tú eres Jesús. Como quieras. Otra pregunta: ¿cómo te las arreglas con los faroles y con las ventanas? Nada de evasivas; ¡lo sabemos perfectamente!

Bueno, lo que es saberlo, no lo sabían. A lo sumo podían haber observado algún que otro éxito de mi voz. Óscar se impuso a sí mismo cierta indulgencia en su trato con aquellos mozalbetes que hoy designaríamos, en forma breve y categórica, como pandilleros. Traté de disculpar su tipo de actuación directa y en parte torpe, y me mostré objetivo y condescendiente. De modo que éstos eran los famosos Curtidores de los que toda la ciudad hablaba desde hacía algunas semanas, o sea una banda juvenil de la que la policía y varias patrullas de la Juventud Hitleriana se esforzaban por hallar la pista. Eran, según había de comprobarse ulteriormente, estudiantes del Conradinum, del liceo de San Pedro y de la Escuela Superior Horst Wessel. Había también otro grupo de la banda de Curtidores en Neuf ahrwasser, dirigido también por estudiantes, pero formado en sus dos terceras partes por aprendices de los astilleros de Schichau y de la fábrica de vagones de ferrocarril. De hecho, los dos grupos rara vez actuaban juntos, y prácticamente sólo cuando, partiendo de la Schichaugasse, recorrían el Parque Steffen y la Avenida Hindenburg, de noche, a la caza de las jefas de la Federación de Muchachas Alemanas que, después de las veladas educativas, volvían de la Casa de la Juventud del Bischofsberg. Los dos grupos eludían entrar en conflicto, delimitando estrictamente para ello sus respectivos sectores de operaron, Störtebeker veía en el jefe de los de Neuf ahrwasser más bien a un amigo que a un rival. La banda de los Curtidores luchaba contra todo. Vaciaban los locales de servicio de la Juventud Hitleriana, la emprendían contra las condecoraciones y las insignias de los permisionarios del frente que hacían el amor en los parques con sus amiguitas, robaban armas, municiones y petróleo con la complicidad de los auxiliares de la Luftwaffe de servicio en las baterías antiaéreas, y la meta de todos sus desvelos era un ataque decisivo contra la Oficina del Racionamiento.

Sin saber todavía nada de la organización ni de los planes de los Curtidores, Óscar, que entonces se sentía abandonado y desgraciado, experimentaba en aquel círculo de adolescentes cierto sentimiento de familiaridad. En mi fuero interno hacía yo ya causa común con los muchachos, prescindiendo de la objeción relativa a la edad —yo estaba por cumplir veinte años—, y me dije: ¿por qué no darles una muestra de tu arte? La juventud está siempre ávida de saber. También tú tuviste alguna vez quince y dieciséis años. Dales pues un ejemplo, hazles una demostración. Te admirarán sin duda, y hasta puede que te obedezcan. Podrás ejercer así tu influencia, acrisolada en tantas experiencias; obedece ya desde ahora a tu vocación: reúne discípulos, toma sobre ti la sucesión de Jesucristo.

Tal vez intuyera Störtebeker que mi meditación tenía su fundamento, pues me dejó tiempo y se lo agradecí. Fines de agosto. Noche de luna, ligeramente nublada. Alarma antiaérea. Dos o tres reflectores del lado de la costa. Probablemente un avión de reconocimiento. En aquellos días se estaba evacuando París. Frente a mí, el edificio principal de la fábrica de chocolate Baltic con sus múltiples ventanas. Después de un prolongado repliegue, el grupo de ejércitos del centro se había finalmente estabilizado sobre el Vístula. Sin duda, la Baltic ya no producía chocolate para los comercios de detalle, sino sólo para la Luftwaffe. Óscar tenía que familiarizarse con la idea de que los soldados

del General Patton llevaban sus uniformes americanos a pasear bajo la Torre Eiffel. Me dolía sólo de pensarlo, y Óscar levantó uno de sus palillos. Tantas horas en compañía de Rosvita. Y Störtebeker observó mi gesto, siguió con la mirada la dirección de mi palillo y contempló la fachada de la fábrica de chocolate. Mientras en pleno día limpiaban de japoneses una islita en el Pacífico, aquí la luna se reflejaba simultáneamente en todas las ventanas de la fábrica. Y Óscar dijo a todos los que quisieron oírle: —Jesús rompe el vidrio con su voz.

Ya antes de liquidar los tres primeros cristales llamé la atención el zumbido de una mosca que volaba muy alto por encima de mí. Mientras otros dos cristales renunciaban a la luz de la luna, pensé: es una mosca moribunda la que zumba tan fuerte. Luego pinté de negro, con mi voz, las restantes ventanas del piso superior de la fábrica y pude palpar la anemia de varios reflectores antes de eliminar de varias ventanas del entresuelo y de la planta baja, el reflejo de las luces que debían proceder de la batería junto al Campamento de Narvik. Abrieron el fuego las baterías costeras, y yo liquidé el entresuelo. A continuación, las baterías de Altschottland, Pelonken y Schellmühl recibieron la orden de tiro. Ataqué tres ventanas de la planta baja, y ahora se elevaban los cazas nocturnos en el aeropuerto y pasaron el techo de la fábrica. Aun antes de que yo hubiera terminado con la planta baja, las baterías antiaéreas interrumpieron el fuego y dejaron a los cazas nocturnos la tarea de derribar un tetramotor cortejado arriba de Oliva por tres reflectores a la vez.

Al principio temía Óscar todavía que la simultaneidad de su exhibición con los esfuerzos impresionantes de la defensa antiaérea pudiera dividir la atención de los muchachos o inclusive apartarla por completo de la fábrica, hacia el cielo nocturno.

De ahí que tanto mayor fuera mi asombro al ver que, una vez terminado mi trabajo, la banda entera no acertaba a arrancarse de la fábrica de chocolate huérfana de cristales. Y aun cuando del lado del vecino camino del Hohenfriedberg se oyeron bravos y aplausos como en el teatro, porque habían atinado al bombardero y éste, envuelto en llamas, caía más que aterrizaba sobre el bosque de Jeschkental dando un soberbio espectáculo, aun entonces sólo unos miembros de la banda, entre ellos Angelote, se apartaron de la fábrica despojada de vidrios. Pero ni Störtebeker ni Carboncillo, los que a mí más me interesaban, se preocuparon del aparato derribado.

Y luego, como antes, ya no quedaron en el cielo más que la luna y unas cuantas estrellas desparramadas. Entonces volvióse Störtebeker, mostróme como siempre la curva despectiva de su boca, hizo aquel gesto de boxeador que ponía al descubierto el reloj de pulsera bajo la manga demasiado larga de su impermeable, y me lo tendió sin decir palabra pero respirando fuerte. Quería decir algo, pero hubo de esperar a que acabaran las sirenas ocupadas en anunciar el final de la alarma, hasta que al cabo pudo hacerlo, diciendo, entre los aplausos de los suyos: —Está bien, Jesús. Si quieres quedas admitido y puedes colaborar. Nosotros somos los Curtidores, si es que eso te dice algo.

Óscar sopesó el reloj de pulsera con la mano, y confió el lujoso objeto, que tenía las cifras fosforescentes y marcaba las doce y veintitrés minutos, a Carboncillo. Este consultó con la mirada a su jefe. Störtebeker asintió con un movimiento de cabeza. Y Óscar dijo, mientras se arreglaba el tambor para el regreso: —Jesús os precede. ¡Seguidme!

El nacimiento

Hablábase mucho, a la sazón, de armas milagrosas y de victoria final. Nosotros, los Curtidores, no hablábamos ni de una cosa ni de la otra, pero teníamos el arma milagrosa.

Al asumir Óscar la jefatura de la banda, que contaba de unos treinta a cuarenta miembros, me hice presentar primero por Störtebeker al jefe del grupo de Neufahrwasser. Moorkähne, muchacho de unos diecisiete años y que cojeaba, era hijo de un alto funcionario de la oficina de Pilotos de Neufahrwasser y, debido a su impedimento físico — su pierna derecha era dos centímetros más corta que la izquierda— no había sido admitido ni como recluta ni como auxiliar de la Defensa Antiaérea. Pese a que Moorkähne exhibiera su cojera en forma ostensible y sin disimulo, era tímido y hablaba bajito. Aquel adolescente que sonreía siempre en forma socarrona pasaba por ser el mejor alumno de la clase superior del Conradinum y, caso de que el ejército ruso no viniera a ponerle algún reparo, tenía todas las probabilidades de terminar su bachillerato en forma ejemplar. Moorkähne quería estudiar filosofía.

Lo mismo que Störtebeker me respetaba en forma incondicional, así veía también el cojo en mí a Jesús que precedía a los Curtidores. Desde el primer momento hízose mostrar Óscar por ambos el depósito y la caja, porque los dos grupos reunían los botines de sus hazañas en la misma bodega. Ésta se hallaba, seca y espaciosa, en una residencia discreta y elegante de Langf uhr, en el camino de Jeschkental. Habitaban esta residencia, emparrada de múltiples enredaderas y separada de la carretera por un prado en suave declive, los padres de Angelote, que se llamaban «von Puttkamer»; mejor dicho, el señor von Puttkamer se hallaba en la hermosa Francia al mando de una división, era poseedor de la cruz de caballero y de linaje pomeranio—polaco—prusiano, en tanto que la señora Elisabeth von Puttkamer disfrutaba de la casa salud y se hallaba desde hacía ya varios meses en la Alta Babiera, donde había de curarse. Wolfgang von Puttkamer, pues, al que los Curtidores llamaban Angelote, era dueño y señor de la residencia, ya que a la vieja sirvienta medio sorda que tenía a su cargo en las habitaciones superiores el bienestar del señorito no la vimos nunca: nosotros nos introducíamos en la bodega por el lavadero.

En el depósito amontonábanse latas de conservas, cajas de cigarros y varias pacas de seda de paracaídas. De un estante colgaban dos docenas de cronómetros de reglamento, del ejército, que por orden de Störtebeker Angelote tenía que mantener constantemente andando, acordándolos uno con otro. Tenía también que limpiar las dos pistolas ametralladoras, el fusil de asalto y los revólveres. Me mostraron asimismo una granada antitanque, munición para las ametralladoras y veinticinco bombas de mano. Todo esto, lo mismo que una hilera considerable de latas de petróleo, estaba destinado al asalto de la Oficina de Racionamiento. Así pues, la primera orden de Óscar, que yo pronuncié en mi calidad de Jesús fue: —Enterrad las armas y el petróleo en el jardín. Entregad las matracas a Jesús. ¡Nuestras armas son de otra clase!

Cuando los muchachos me mostraron una caja de cigarros llena de condecoraciones e insignias robadas, les permití, sonriendo, que tomaran posesión de las mismas. En cambio, hubiera debido quitarles los cuchillos de paracaidistas. Más tarde hicieron uso de aquellas hojas que tan bien se ajustaban a la mano y clamaban por dar servicio.

Luego me trajeron la caja. Óscar dejó que contaran, contó a su vez e hizo anotar un efectivo de dos mil cuatrocientos veinte marcos del Reich. Esto era a principios de septiembre del cuarenta y cuatro. Y cuando a mediados de enero del cuarenta y cinco Koniev y Zukov forzaron el paso del Vístula, nos vimos obligados a abandonar nuestra caja en el depósito de la bodega. Angelote confesó y, sobre la mesa de la Audiencia Territorial, amontonáronse, en paquetes y en pilas, treinta y seis mil marcos.

Conforme a mi natural, durante las operaciones Óscar manteníase en la sombra. Durante el día buscaba yo, por lo regular solo o a lo sumo en compañía de Störtebeker, un

objetivo que valiera la pena para la empresa nocturna, dejaba la organización de la misma a Störtebeker o a Moorkähne, y rompía con mi canto —ésta era, en efecto, el arma milagrosa—, a mayor distancia que nunca sin abandonar la habitación de mamá Truczinski, a altas horas de la noche y desde la ventana del dormitorio, los vidrios de la planta baja de distintas oficinas del Partido, la ventana del patio de una imprenta en la que se imprimían las tarjetas de racionamiento y, en una ocasión, a petición de los muchachos y de mal grado, la ventana de la cocina del domicilio particular de un maestro del que querían vengarse.

Estábamos ya en noviembre. Los VI y V2 volaban hacia Inglaterra, y yo, lanzando mi canto por encima de Langf uhr, y haciéndole seguir por el arbolado de la Avenida Hindenburg, la Estación Central, el barrio viejo y la orilla derecha, busqué la calle de los Carniceros y el Museo e hice que mis hombres penetraran en él en busca de Níobe, el mascarón de proa.

No la hallaron. A mi lado, mamá Truczinski permanecía clavada a su silla, movía la cabeza y tenía conmigo algo en común, porque si Óscar cantaba a distancia, lo mismo hacía ella con sus pensamientos, buscando en el cielo a su hijo Heriberto y en el sector del centro a su hijo Fritz. También a su hija Gusta, que a principios del cuarenta y cuatro se había casado en Renania, tenía que buscarla en la lejana Düsseldorf, porque era allí donde el jefe de camareros Kóster tenía su domicilio, aunque por el momento se encontrara en Curlandia. Gusta sólo pudo conocerlo y retenerlo las dos semanas que estuvo de permiso.

Eran unas veladas apacibles. Óscar se sentaba a los pies de mamá Truczinski, fantaseaba un poco sobre su tambor, extraía del tubo de la estufa de azulejos una manzana cocida y desaparecía, llevándose esta fruta arrugada, manjar de ancianas y de niños, en el oscuro dormitorio; subía aquí el papel del oscurecimiento, abría un palmo la ventana, dejaba que entrara algo del frío y de la noche, y mandaba afuera su canto de control remoto; pero no le cantaba a estrella alguna ni tenía nada que buscar en la Vía Láctea. Lo que buscaban era la Plaza de Winterfeld y, en ésta, no el edificio de la radio, sino aquel armatoste de enfrente en donde la dirección regional de la Juventud Hitleriana alineaba puerta con puerta sus despachos.

Si el tiempo era claro, mi trabajo no requería ni un minuto. Mientras tanto, la manzana cocida se había enfriado un poco en la ventana. De modo que volvía comiéndomela al lado de mamá Truczinski y de mi tambor, me iba en seguida a la cama, y podía estar seguro de que, mientras Óscar dormía, los Curtidores robaban en nombre de Jesús las cajas del Partido, tarjetas de racionamiento y, lo que era aún más importante, sellos oficiales, formularios impresos o alguna lista del Servicio de Patrullas de la Juventud Hitleriana.

Con ánimo tolerante, dejaba yo que Störtebeker y Moorkähne hicieran toda clase de tonterías con documentos falsificados. El enemigo principal de la banda era, decididamente, el Servicio de Patrullas. Lo que es por mí, podían cazar a sus contrincantes como les diera la gana, curtirlos y —según lo decía y lo hacía Carboncillo— pulirles los testículos.

De estos actos, que sólo constituían un preludeo y no revelaban nada todavía de mis verdaderos planes, siempre me mantuve alejado, de modo que tampoco puedo atestiguar si fueron los Curtidores los que, en septiembre del cuarenta y cuatro, ataron a dos jefes superiores del Servicio de Patrullas, entre ellos al temido Helmut Neitberg, y los ahogaron en el Mottlau, arriba del Puente de las Vacas.

También llegó a decirse luego que los Curtidores habían tenido contactos con los piratas Edelweiss, de Colonia, y que guerrilleros polacos de la región de Tuchler habían alentado nuestras acciones o inclusive las habían dirigido. Yo, que en mi doble carácter de Óscar y de Jesús presidí la banda, desmiento categóricamente la especie relegándola al dominio de la leyenda.

También se nos acusó, en el curso del proceso, de haber tenido relación con los autores del atentado del veinte de julio, porque el padre de Angelote, August von Puttkamer, era allegado del mariscal Rommel y se había suicidado. Angelote, que durante la guerra sólo había visto a su padre cuatro o cinco veces, en visitas rápidas y siempre con insignias de diferente grado, no se enteró de aquella historia de oficiales, que en el fondo a nosotros nos dejaba indiferentes, sino en el curso del proceso, y lloró entonces en forma tan lamentable e incontrolada, que Carboncillo, que estaba a su lado en el banquillo, hubo de curtirlo en presencia de los jueces.

Sólo en una ocasión establecieron los adultos contacto con nosotros en relación con nuestras actividades. Fue cuando unos trabajadores de los astilleros —de filiación comunista, según yo lo intuí inmediatamente— trataron de ganar influencia sobre nuestros aprendices de Schichau para convertirnos en un movimiento clandestino rojo. Los aprendices no parecían ver la cosa con malos ojos. Pero los estudiantes se opusieron a toda tendencia política. El auxiliar de la Defensa Antiaérea que llamábamos Míster cínico y teorizante de la banda de los Curtidores, expresó su opinión, en el curso de una asamblea: —Nada tenemos que ver con los partidos; nosotros luchamos contra nuestros padres y contra todos los demás adultos, lo mismo si están a favor o en contra de lo que sea.

Aunque el Míster se hubiera expresado con la mayor exageración, la mayoría de los estudiantes se pronunciaron a su favor. Hubo una escisión en la banda, y los aprendices de Schichau fundaron un nuevo grupo —lo que yo sentí, pues los muchachos eran muy activos— aunque, no obstante las objeciones de Störtebekery Moorkähne, siguieron ostentándose como la banda de los Curtidores. En el proceso —ya que su tienda saltó al mismo tiempo que la nuestra— se les atribuyó el incendio del buque escuela de submarinos en los terrenos del astillero. Más de cien tripulantes y aspirantes a marineros que seguían allí su instrucción perecieron entonces en forma atroz. El incendio estalló sobre la cubierta e impidió que la tripulación del submarino, que dormía bajo cubierta, pudiera abandonar sus camarotes, y cuando los aspirantes, que contaban apenas dieciocho años, trataron de saltar por las escotillas al agua salvadora del puerto, quedaron atrapados por las caderas, en tanto que el fuego, que se extendía rápidamente, los alcanzaba por detrás, de modo que hubo que matarlos a tiros desde las barcasas de motor, porque gritaban en forma demasiado fuerte y persistente.

El incendio no lo provocamos nosotros. Tal vez fueron los aprendices de Schichau, o quizá los del grupo de Westerland. Los Curtidores no eran incendiarios, aunque yo, su jefe espiritual, pudiera tener inclinaciones incendiarias por parte de mi abuelo Koljaiczek.

Me acuerdo bien del mecánico que había sido trasladado de los astilleros alemanes de Kiel a Schichau y vino a vernos poco antes de la división de la banda de los Curtidores. Erich y Horst Pietzger, hijos de un estibador de Fuchswall, lo condujeron a la bodega de nuestra residencia. Examinó con atención nuestro depósito, lamentó la ausencia de armas utilizables, pero, aunque con reservé) nos hizo algunos elogios; y cuando, habiendo preguntado por el jefe de la banda, Störtebeker y Moorkähne me señalaron a mí, el primero espontáneamente y el segundo con cierta vacilación, rompió en un ataque de risa tan

insolente y prolongado, que faltó poco para que, a indicación de Óscar, se le entregara a los Curtidores para ser curtido.

—¿Qué clase de gnomo es éste? —le dijo a Moorkähne, señalándome con el pulgar por encima de la espalda.

Antes de que Moorkähne, que sonreía sin saber qué responder, pudiera decir nada, Störtebeker le contestó, en forma impresionantemente reposada: —Este es nuestro Jesús.

El mecánico, que se llamaba Walter, no encajó bien la palabrita y se permitió externar su cólera en nuestros dominios: —Bueno, ¿sois políticos de veras, o monaguillos preparando algún Nacimiento para la Navidad?

Störtebeker abrió la puerta de la bodega, hizo una señal a Carboncillo, dejó saltar de la manga de su chaqueta la hoja de un cuchillo de paracaidista y dijo, más a la banda que al mecánico: —Somos monaguillos y estamos preparando un nacimiento para Navidad.

De todos modos, no se le hizo al señor mecánico ningún daño, sino que se le vendaron los ojos y se le condujo fuera de la residencia. Poco después nos quedamos solos, porque los aprendices de los astilleros de Schichau se separaron, constituyeron un grupo propio bajo la dirección del mecánico, y tengo la plena seguridad de que fueron ellos los que prendieron fuego al buque escuela.

En mi opinión, Störtebeker había dado la respuesta correcta. No nos interesaba la política y, después que las Patrullas de la Juventud Hitleriana, atemorizadas, ya apenas salían de sus locales de servicio o controlaban a lo sumo en la Estación Central los papeles de las muchachitas de vida alegre, empezamos a trasladar nuestro campo de acción a las iglesias y a ensayar, según las palabras del mecánico, Nacimientos.

De momento, tratábase de compensar la pérdida de los aprendices de Schichau, que habían sido muy activos. A fines de octubre, Störtebeker tomó juramento a dos monaguillos de la iglesia del Sagrado Corazón. Eran los hermanos Félix y Pablo Rennwand. Störtebeker los había conocido por la hermana de ellos, Lucía. A pesar de mi protesta, la muchacha, que contaba apenas diecisiete años, asistió a la toma de juramento. Los hermanos Rennwand tuvieron que poner la mano izquierda sobre mi tambor, en el que los muchachos, exaltados como eran, veían una especie de símbolo, y pronunciar la fórmula de los Curtidores: un texto tan idiota y abracadabrante, que no acierto a recordarlo.

Durante el acto de la jura, Óscar observaba a Lucía. Tenía los hombros subidos, y en la mano izquierda un emparedado de salchicha que temblaba ligeramente, se mordía el labio inferior mostraba una cara rígida y triangular, de raposa; su mirada ardía en la espalda de Störtebeker. Yo sentí miedo por el futuro de los Curtidores.

Empezamos con la transformación de nuestra bodega. Desde la habitación de mamá Truczinski dirigía yo, en colaboración con los monaguillos, la adquisición del mobiliario. De la iglesia de Santa Catalina adquirimos un San José de tamaño mediano, que resultó ser auténtico, del siglo dieciséis, unos candelabros, algunos vasos sagrados y un pendón del Corpus. Una visita nocturna a la iglesia de la Trinidad nos proporcionó un ángel con trompeta, de madera, de ningún interés artístico, y un tapiz de figuras que podía servirnos de adorno mural. Era una copia de un modelo más antiguo, que mostraba a una dama haciéndole carantoñas a un animal fabuloso que le estaba sometido y se llamaba unicornio. Aunque Störtebeker hiciera observar, no sin razón, que la sonrisa tejida de la muchacha del tapiz era tan cruelmente juguetona como la cara de la raposa de Lucía, confiaba yo que mi lugarteniente no se dejara amansar como el unicornio fabuloso. Cuando el tapiz estuvo

colgado a la pared frontal de la bodega, en la que antes se viera toda clase de necesidades, como la «Mano Negra» y la «Calavera», y finalmente el tema del unicornio presidió todas nuestras deliberaciones, me dije: ¿Por qué, Óscar, por qué acoges aquí, donde entra y sale Lucía para reírse a tus espaldas, a esta segunda Lucía tejida, que convierte a tus subordinados en unicornios y que, tejida o en persona, te busca a ti, porque sólo tú, Óscar, eres realmente fabuloso, eres el animal singular de cuerno exageradamente enroscado?

¡Qué estupendo que llegara el Adviento y que, con figuras de Nacimiento de tamaño natural, de talla ingenua, que evacuábamos de las iglesias de los alrededores, pudiera yo pronto tapar el tapiz a tal punto que la fábula no se prestara a la imitación en forma tan inmediata! A mediados de diciembre desencadenó Rundstedt su ofensiva de las Ardenas, y también nosotros estábamos listos para nuestro gran golpe.

Después de la mano de María, que para consternación de Matzerath vivía ahora por completo entregada al catolicismo, hube ido varios domingos consecutivos a misa de diez y hube asimismo ordenado a la banda la asistencia a misa, nos introducimos la noche del dieciocho al diecinueve de diciembre, familiarizados ya con los lugares, sin que Óscar necesitara romper cristal alguno y con la ayuda de los monaguillos Félix y Pablo Rennwand, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

Nevaba, pero la nieve se escurría. Los tres carretones de mano los dejamos detrás de la sacristía. El menor de los Rennwand tenía la llave del portal principal. Óscar iba delante; llevó a los muchachos, uno después de otro, a la pila de agua bendita y les hizo arrodillarse en la nave central, mirando al altar mayor. Luego ordené la velación de la estatua del Sagrado Corazón con una manta del Servicio del Trabajo, para que su mirada azul no estorbara demasiado nuestros afanes. Los utensilios los transportaron la Trilla y el Míster a la nave izquierda ante el altar lateral. Hubo primero que evacuar hacia la nave central el establo lleno de figuras y de ramas de pino. Pastores, ángeles, ovejas, burros y vacas teníamos de sobra. Nuestra bodega estaba llena de comparsas, y sólo nos faltaban los actores principales. Belisario limpió de flores el altar. Totila y Teya enrollaron la alfombra. Carboncillo fue sacando los utensilios. Óscar, arrodillado en un pequeño reclinatorio, vigilaba el desmantelamiento.

Primero aserramos al niño Bautista en su piel de mechones color de chocolate. ¡Qué suerte el llevar con nosotros una sierra metálica! Dentro del yeso unas barras de metal del grueso de un dedo unían al Bautista con la nube. Aserraba Carboncillo. Lo hacía como un estudiante, es decir, torpemente. ¡Cómo echamos de menos a los aprendices del astillero de Schichau! Störtebeker relevó a Carboncillo. La cosa iba así algo mejor y, después de media hora de ruido, pudimos tumbar al Bautista, envolverlo en una manta de lana y saborear el silencio de la iglesia a medianoche.

El aserrado del Niño Jesús, pegado con todo su asiento al muslo izquierdo de la Virgen, nos llevó más tiempo. Sus buenos cuarenta minutos estuvieron en ello la Trilla, el mayor de los Rennwand y Corazón de León. Pero, ¿por qué tardaba tanto Moorkähne? Se proponía venir directamente de Neufahrwasser con su gente y juntársenos en la iglesia, para no llamar tanto la atención. Störtebeker estaba de mal humor y se me antojaba nervioso. Preguntó varias veces a los hermanos Rennwand por Moorkähne. Y cuando finalmente cayó, como todos esperábamos, la palabrita Lucía Störtebeker ya no hizo más preguntas, arrancó a Corazón de León la sierra de las manos y, trabajando con encarnizamiento feroz acabó al poco rato con el Niño Jesús.

Al tumbar la figura se rompió la aureola. Störtebeker se disculpó conmigo. A duras penas logré dominar la irritación que también me iba invadiendo y ordené que recogieran

en dos gorras los fragmentos de yeso dorado. Carboncillo creía que aquello se podría arreglar con pegamento. Acolchamos al Jesús aserrado con cojines y lo envolvimos en dos mantas de lana.

Nuestra idea era aserrar a la Virgen por arriba de la pelvis y practicar un segundo corte entre las plantas de los pies y la nube. Ésta queríamos dejarla en la iglesia y llevarnos sólo a nuestra bodega de los Puttkamer las dos mitades de la Virgen, el Niño Jesús, por supuesto, y, de ser posible, el niño Bautista. Contrariamente a lo que esperábamos, resultó que habíamos estimado demasiado alto el peso de los fragmentos de yeso. El grupo entero, en efecto, había sido colado en vacío, las paredes tenían a lo sumo un grosor de dos dedos y sólo la armazón metálica presentaba dificultades.

Los muchachos, sobre todo Carboncillo y Corazón de León, estaban agotados. Había que concederles un descanso, porque los demás, comprendidos los hermanos Rennwand, no sabían aserrar. La banda estaba desparramada por los bancos de la iglesia, tiritando de frío Störtebeker, de pie, abollaba su sombrero de fieltro, que se había quitado en el interior de la iglesia. Aquella atmósfera no me gustaba. Había que hacer algo. Los muchachos resentían el vacío y la nocturnidad de la arquitectura sagrada. La ausencia de Moorkähne contribuía también a aumentar la tensión. Los hermanos Rennwand parecían tener miedo a Störtebeker, se mantenían apartados y cuchicheaban, hasta que Störtebeker impuso silencio.

Lentamente, y aun creo que suspirando, me levanté de mi reclinatorio y me fui directamente hacia la Virgen remanente. Su mirada, que antes se dirigiera a Juan, caía ahora sobre las gradas llenas de polvo del altar. Su índice derecho, que antes señalara a Jesús, apuntaba ahora al vacío o, más bien, hacia la nave lateral oscura. Subí las gradas una por una, me volví, y busqué los ojos sumisos de Störtebeker; estaban ausentes, hasta que Carboncillo le dio con el codo y le hizo accesible a mi demanda. Me miró, inseguro cual nunca lo había visto antes y sin comprender, hasta que comprendió al fin o en parte, se acercó muy despacio, despacísimo, pero luego brincó las gradas de un solo salto y me subió sobre la superficie blanca irregular, reveladora del manejo inhábil de la sierra, del muslo izquierdo de la Virgen, que dibujaba aproximadamente el trasero del Niño Jesús.

Störtebeker dio inmediatamente la vuelta, se plantó de un salto sobre las baldosas e iba ya a sumirse nuevamente en su ensimismamiento pero volvió la cabeza, achicó sus ojos ya juntos de por sí, al punto que parecían dos luces de control, y hubo de mostrarse impresionado, lo mismo que el resto de la banda desparramada por los bancos de la iglesia, al verme sentado en el lugar de Jesús en forma tan natural y digna de adoración.

No necesitó mucho tiempo para comprender mi plan, y hasta con creces. Hizo que nos enfocaran directamente a mí y a la Virgen las dos lámparas de bolsillo que Narses y Barba Azul habían sostenido durante el desmantelamiento; ordenó, al ver que la luz me molestaba, que la pasaran al rojo, hizo seña a los hermanos Rennwand que se acercaran, les dijo por lo bajo algo que ellos no querían, acercóse al grupo Carboncillo, sin que Störtebeker le hubiera hecho señal alguna, y mostraba ya sus nudillos dispuestos a curtir cuando los hermanos cedieron y desaparecieron en la sacristía, seguidos de cerca por Carboncillo y el auxiliar de la Defensa Antiaérea, Míster. Óscar aguardaba sin impaciencia, poniéndose el tambor en posición, y no se sorprendió en lo más mínimo cuando el largo Míster y los dos hermanos Rennwand volvieron, aquél con hábitos sacerdotales y éstos en el de monaguillos en rojo y blanco. Carboncillo, metido a medias en la ropa del vicario, traía todo lo que requiere la misa, lo dispuso sobre la nube y se eclipsó. El mayor de los Rennwand tenía el incensario, y el otro la campanilla. A pesar de que los hábitos le

vinieran bastante grandes, el Míster no imitaba nada mal al reverendo Wiehnke; al principio lo hizo todavía con un cinismo de estudiante, pero luego se dejó llevar por el texto y la acción sagrada y nos ofreció a todos, pero en particular a mí, no una parodia, sino una misa, que más adelante, ante el tribunal, siguió designándose como misa, aunque negra.

Los tres muchachos empezaron con el Introito: la banda de los bancos y las baldosas hincó la rodilla, se persignó y el Míster empezó a celebrar la misa, dominando el texto hasta cierto punto y sostenido por la rutina de los monaguillos. Ya a partir del Introito empecé yo a mover discretamente los palillos sobre la hojalata. El Kirie lo acompañé más fuerte. *Gloria in excelsis Deo*, glorificaba yo en mi tambor, exhortando a la oración; en lugar de la epístola del día, introduje un número bastante largo de tambor. El Aleluya me salió particularmente bien. En el Credo pude observar que los muchachos creían en mí. Al llegar al Ofertorio aflojé algo con el tambor, dejé que el Míster presentara el pan y mezclara el vino con agua, dejé que nos incensaran al cáliz y a mí, y miré cómo el Míster se comportaba en el lavamanos. *Orate, fratres*, marqué con el tambor en la luz roja de las lámparas de bolsillo, pasando a la Transubstanciación: Este es mi cuerpo. *Oremus*, cantó el Míster. Exhortado por una admonición celeste, los muchachos de los bancos me ofrecieron dos versiones distintas del Padrenuestro, pero el Míster supo unir, en la Comunión, a los católicos y a los protestantes. Mientras ellos comulgaban todavía, anuncié yo con el tambor el Confiteor. La Virgen señalaba con el dedo a Óscar, el tambor. Accedía yo a la sucesión de Jesucristo. La misa iba como sobre ruedas. La voz del Míster se hinchaba y disminuía. ¡Cuan bellamente produjo la bendición: indulgencia, remisión y perdón! Y cuando confió al espacio de la iglesia las palabras finales «*Vite, missa est*» —id, estáis liberados—, entonces tuvo realmente lugar una liberación espiritual, y la instancia secular ya sólo podía ejercerse sobre una comunidad de Curtidores fortalecida en la fe y fortificada en el nombre de Óscar y de Jesús.

Ya durante la misa había oído yo los autos. También Störtebeker volvió la cabeza. Así pues él y yo fuimos los dos únicos que no nos sorprendimos cuando en el portal principal, en la sacristía e igualmente en el portal lateral percibimos el ruido de voces y de tacones de botas sobre las baldosas de la iglesia.

Störtebeker quiso bajarme del muslo de la Virgen. Yo le hice señal de que no. El comprendió a Óscar, hizo un gesto de aprobación con la cabeza y obligó a la banda a permanecer de rodillas y a esperar, de rodillas, a la policía judicial. Y los muchachos permanecieron así, temblando sin duda, y aun alguno hincó las dos rodillas, pero esperaron de todos modos sin chistar a que, a través de la nave lateral, de la nave central y desde la sacristía, nos hallaran y nos rodearan.

Muchas linternas deslumbrantes, no amortiguadas en rojo. Störtebeker se levantó, se santiguó, mostróse a las linternas, entregó su sombrero de fieltro a Carboncillo que seguía arrodillado, dirigióse en su impermeable hacia una sombra hinchada que no llevaba linterna, hacia el reverendo Wiehnke, sacó de detrás de la sombra hacia la luz algo flaco que se resistía con las manos y los pies —Lucía Rennwand—, y le pegó a la muchacha en la cara, triangular y huraña bajo la boina, hasta que el golpe de un policía lo mandó a él entre los bancos.

—¡Qué bárbaros, Jeschke! —oí exclamar a uno de los policías al pie de la Virgen—
. ¡Si es el hijo del jefe!

Así saboreó Óscar la ligera satisfacción de haber tenido entre sus activos subordinados al hijo del jefe de la Policía y, sin resistencia, afectando el papel de un rapaz

llorón de tres años del que los adolescentes habían abusado, dejé que me ampararan: el reverendo Wiehnke me tomó en sus brazos.

Sólo los policías gritaban. Se llevaron a los muchachos. El reverendo Wiehnke hubo de posarme sobre las baldosas, porque un mareo lo obligó a sentarse en el primer banco a su alcance. Halléme al lado de nuestros utensilios y, entre las palanquetas y martillos, descubrí aquel cesto de provisiones lleno de emparedados de salchicha que la Trilla había preparado poco antes de empezar la operación.

Agarré el cesto, me acerqué a la flaca Lucía que tiritaba dentro de su miserable abrigo y le ofrecí los emparedados. Ella me tomó en sus brazos, colgóse del izquierdo los panecillos con salchicha, tenía ya uno entre los dedos y, acto seguido, entre los dientes, y yo pude observar su cara ardida, golpeada, atiborrada: los ojos sin reposo detrás de sendas hendiduras negras, la piel como amantillada, un triángulo masticante, muñeca, Bruja Negra, que comía la salchicha con el pellejo y, al comer, la cara se le hacía más flaca, más hambrienta, más triangular, más de muñeca —una visión que se me marcó profundamente. ¿Quién podrá quitarme ya de la frente aquel triángulo? ¿Por cuánto tiempo seguirá masticando en mí salchichas, pellejo y hombres, y sonriendo como sólo pueden sonreír un triángulo o las damas de los tapices que domestican unicornios?

Cuando se llevaron a Störtebeker y éste nos mostró a Lucía y a mí su cara ensangrentada, lo miré ya sin reconocerlo y, rodeado por cinco o seis policías y en brazos de Lucía, que seguía devorando emparedados, salí tras mi otrora banda de Curtidores.

¿Qué quedó de todo ello? Quedó el reverendo Wiehnke con Nuestras dos linternas, puestas todavía en rojo, entre los hábitos sacerdotales y los trajes de los monaguillos desperdigados aquí y allá. El cáliz y la custodia quedaron sobre las gradas del altar. El San Juan aserrado y el Jesús aserrado quedaron al lado de aquella Virgen que, en nuestra bodega de la casa de los Puttkamer, estaba destinada a equilibrar el tapiz de la dama del unicornio.

Óscar fue sometido a un proceso que hoy todavía sigo llamando el segundo proceso de Jesús y que terminó con mi absolución y, por consiguiente, con la de éste.

El camino de las hormigas

Háganme ustedes el favor de imaginarse una piscina de baldosas azul cielo en la que nadan dos tipos de aspecto deportivo tostados por el sol. Al borde de la piscina están sentados, delante de las cabinas, hombres y mujeres de aspecto igualmente bronceado. Se oye, apenas, la música que difunde un altavoz. Un tedio saludable, un ligero erotismo que no compromete y que pone tensos los trajes de baño. Las baldosas son lustrosas y, sin embargo, nadie resbala. Aquí y allá, unos cuantos cartelitos con prohibiciones que salen sobrando, porque los bañistas sólo vienen un par de horas y hacen las cosas prohibidas fuera del establecimiento. De vez en cuando, alguien salta del trampolín de tres metros, pero sin lograr conquistar las miradas de los nadadores ni apartar de las revistas ilustradas las de los bañistas tendidos. Y de pronto, se alza un vientecillo. No, no es un vientecillo. Es más bien un hombre joven que sube lentamente, deliberadamente, barrote tras barrote, al trampolín de los diez metros. Bájense ya las revistas con los reportajes de Europa y ultramar; las miradas suben con él, los cuerpos tendidos se alargan, una mujer joven se pone la mano sobre los ojos, alguien olvida lo que estaba pensando, una palabra queda suspendida en el aire, un flirt apenas iniciado termina prematuramente a mitad de la frase: ahí está él, apuesto y fuerte, en el trampolín; da unos saltitos, se apoya en la curva elegante de la barandilla de tubo, mira como aburrido hacia abajo, se desprende de la barandilla con

un elegante movimiento de la cadera, avanza por la parte sobresaliente del trampolín que se cimbreaba a cada uno de sus pasos, mira abajo, permite a su mirada afinarse en una piscina azul, sorprendentemente pequeña, en la que rojos, amarillos, verdes, blancos, rojos, amarillos, verdes, blancos, rojos, amarillos, los gorros de baño de las nadadoras están siempre mezclándose. Y allí han de estar las muchachas, Doris y Erika Schüller, y también Jutta Daniels con su amigo, que no le hace ningún caso. Le hacen señas, Jutta le hace señas también. Sin descuidar su equilibrio, él les responde con la mano. Y ahora gritan. ¿Qué querrán? ¡Venga!, gritan, ¡salta!, grita Jutta. Pero él ni siquiera había pensado en ello; sólo quería ver cómo se ve desde arriba, para luego volver a bajar tranquilamente, barrote tras barrote. Y luego gritan fuerte, en forma que todos puedan oírlo, gritan: ¡Salta! ¡Salta ya! ¡Salta!

Ustedes habrán de convenir en que, por muy cerca del cielo que se pueda estar en lo alto del trampolín, la situación es terriblemente endemoniada. Eso es lo que nos sucedió, aunque no durante la temporada de baño, a los miembros de la banda de los Curtidores y a mí en enero del cuarenta y cinco. Nos habíamos atrevido a subir muy arriba, nos apretujábamos ahora sobre el trampolín, y abajo, formando una herradura alrededor de la piscina sin agua, estaban sentados los jueces, los asesores, los testigos y los ujieres.

Störtebeker avanzó por la parte sobresaliente, sin barandilla, del trampolín.

—¡Salta! —clamaba el coro de los jueces.

Pero Störtebeker no saltaba.

En esto se levantó abajo, en los bancos de los testigos, una figura delgada de muchacha que llevaba una chaquetita a la Berchtesgaden y una falda gris tableada. Alzó una cara blanca, pero no borrosa —yo sigo afirmando todavía que formaba un triángulo—, a manera de un blanco reluciente; Lucía Rennwand no gritó, sino que susurró: —¡Salta, Störtebeker, salta!

Y Störtebeker saltó. Y Lucía volvió a sentarse en la madera del banco de los testigos y se estiró las mangas de su chaqueta de punto a la Berchtesgaden sobre los puños.

Moorkähne avanzó saltando por el trampolín. Los jueces lo conminaron a saltar. Pero Moorkähne no quería, sonreía perplejo mirándose las uñas y esperó a que Lucía se subiera las mangas, sacara los puños de lana y le mostrara el triángulo enmarcado de negro con los ojos como un trazo. Entonces saltó con furia hacia el triángulo, pero sin dar en él.

Carboncillo y el Angelote, que ya durante el ascenso se habían hecho de palabras, llegaron a las manos sobre el trampolín. El Angelote fue curtido, y ni siquiera en el salto soltó Carboncillo.

La Trilla, que tenía unas pestañas largas y sedosas, cerró antes del salto sus ojos de corzo vanamente tristes.

Antes de saltar hubieron de despojarse los auxiliares de la Defensa Antiaérea de sus uniformes.

Tampoco los hermanos Rennwand pudieron saltar del trampolín vestidos de monaguillos: su hermanita Lucía, que estaba sentada con su chaqueta de pésima lana de guerra en el banco de los testigos y pedía el salto, nunca lo hubiera permitido.

En contraste con la Historia, aquí saltaron primero Belisario y Narses, y luego Totila y Teya.

Saltó Barba Azul, saltó Corazón de León, saltó la infantería de la banda: Narigotas, el Salvaje, el Petrolero, el Pito, Mostaza, Yatagán y el Tonelero.

Y cuando hubo saltado Stuchel, un estudiante de tercer año, que era bizco al extremo de marearle a uno y en realidad sólo pertenecía a la banda a medias y en forma casual, entonces ya no quedaba en el trampolín más que Jesús, interpelado por los jueces en coro como Óscar Matzerath e invitado por ellos al salto, invitación de la que Jesús no hizo caso. Y cuando en el banco de los testigos se levantó la severa Lucía con su delgada trenza a la Mozart entre los omóplatos, abrió las mangas tejidas de sus brazos y, sin mover los labios apretados, susurró: —¡Salta, dulcísimo Jesús, salta! —entonces comprendí yo la naturaleza tentadora de un trampolín de diez metros: sentí unos gatitos grises que empezaban a hacerme cosquillas en las corvas, unos erizos que se me aparejaban bajo las plantas de los pies, unas golondrinas que se me echaban a volar en los sobacos, y vi que a mis pies tenía al mundo entero y no sólo a Europa. Americanos y japoneses ejecutaban una danza de antorchas en la isla de Luzón, y uno y otros, los ojiblicuos y los ojirredondos, perdían todos sus botones. En cambio, en Estocolmo, había un sastre que, en aquel mismo momento, cosía los botones a un pantalón rayado de etiqueta. Mountbatten nutría a los elefantes de Birmania con proyectiles de todos los calibres, mientras en Lima una viuda enseñaba a su papagayo a decir ¡Caramba! Dos portaviones adornados como sendas catedrales góticas se embestían en medio del Pacífico, dejaban que sus respectivos aviones alzaran el vuelo y se hundían mutuamente. Pero los aviones ya no podían aterrizar, sino que flotaban desamparados en el aire, cual ángeles meramente simbólicos, y consumían, zumbando vanamente, todo su combustible: cosa que no molestaba mayormente a un conductor de tranvía de Haparanda que acababa de terminar su jornada de trabajo y rompía unos huevos en una sartén, dos para sí y dos para su novia, a la que esperaba sonriente y con toda premeditación. Claro está que también habría podido preverse que los ejércitos de Koniev y Zukov reanudarían su avance; y, efectivamente, mientras en Irlanda llovía, rompieron el frente del Vístula, tomaron Varsovia demasiado tarde y Königsberg demasiado pronto, sin que ello fuera óbice para que una mujer de Panamá, que tenía cinco hijos y un solo marido, dejara que se le quemara la leche sobre la llamita del gas. Y así era también fatal que el hilo de los acontecimientos, que por delante se mostraba hambriento todavía y formaba mallas y hacía historia, fuera dejando armado tras de sí el tejido del Acontecer. Llamóme asimismo la atención que actividades como hacer girar los pulgares, fruncir el entrecejo, cabecear, apretarse las manos, hacer niños, imprimir moneda falsa, apagar la luz, lavarse los dientes, fusilar y cambiar los pañales se practicaran, aunque con habilidad diversa, en todo el mundo. Estas múltiples acciones de propósitos tan distintos me desconcertaron. De ahí que volviese a prestar atención al proceso organizado en mi honor al pie del trampolín. —¡Salta, dulce Jesús, salta! —susurraba la precoz testigo Lucía Rennwand. Estaba sentada sobre las rodillas de Satanás, lo que realzaba más todavía su virginidad. Él la excitaba, ofreciéndole un emparedado de salchicha. Y ella mordía y, sin embargo, permanecía casta. —¡Salta, dulce Jesús, salta! —masticaba, ofreciéndome su triángulo intacto.

Pero yo no salté ni saltaré jamás de un trampolín. Aquel no había de ser el último proceso de Óscar. En diversas otras ocasiones, y aún no hace mucho, me han querido tentar al salto. Lo mismo que en el proceso de los Curtidores, en ocasión del proceso del Anular —que mejor designo como el tercer proceso de Jesús— había también espectadores bastantes, alrededor de la piscina azul cielo sin agua. Estaban en los bancos de los testigos, y se proponían vivir durante mi proceso y después del mismo.

Pero yo me di vuelta, ahogué las golondrinas de mis sobacos, aplasté los erizos que celebraban sus nupcias bajo mis plantas y dejé morir de hambre a los gatitos grises de mis corvas; rígido, despreciando la exaltación del salto, me dirigí a la barandilla, llegué a la escalera y me hice confirmar por cada barrote que no sólo se puede subir a los trampolines, sino que se puede también bajar de ellos sin haber saltado.

Abajo me esperaban María y Matzerath. El reverendo Wiehnke me impartió la bendición sin habérsela pedido. Greta Scheffler me había traído un abrigo de invierno y también pasteles. El pequeño Kurt había crecido y no quiso reconocermé ni como padre ni como medio hermano. Mi abuela Koljaiczek sostenía a su hermano Vicente del brazo. Éste conocía el mundo y hablaba confusamente.

Cuando abandonábamos el edificio del juzgado, se acercó a Matzerath un funcionario vestido de paisano, le remitió un escrito y le dijo: —Usted debería realmente reconsiderarlo, señor Matzerath. El niño no debe andar solo por las calles. Ya ve usted mismo, ahora, qué clase de elementos son capaces de abusar de una criaturita tan indefensa.

María lloraba y me colgó del cuello el tambor que el reverendo Wiehnke había guardado durante el proceso. Nos fuimos andando hacia la parada del tranvía frente a la Estación Central. La última parte del trayecto fue Matzerath el que me llevó en brazos. Por encima de su espalda buscaba yo entre la gente una cara triangular y deseaba saber si también ella había debido subir al trampolín, si había saltado después de Störtebeker y Moorkähne, o bien si había percibido, como yo, la segunda posibilidad de una escalera, a saber: el descenso.

Hasta la fecha no he logrado desprenderme todavía de la costumbre de buscar por las calles y en las plazas a una adolescente flaca, ni bonita ni fea, pero capaz de mandar fríamente a los hombres a la muerte. E incluso en la cama de mi sanatorio me asusto cuando Bruno me anuncia una visita desconocida. Mi horror me hace decirme entonces: ahí viene Lucía Rennwand, es el coco y la Bruja Negra y te exhorta por última vez al salto.

Por espacio de diez días estuvo Matzerath considerando si debía firmar el escrito y mandarlo al Ministerio de la Salud. Cuando el día que hacía once lo suscribió y lo envió, la ciudad estaba ya bajo el fuego de la artillería y era dudoso, por consiguiente, que el correo encontrara todavía manera de dar con el papel. Puntas blindadas del ejército del mariscal Rokosovski avanzaron hasta Elbing. El segundo ejército de Von Weis tomó posición en las alturas alrededor de Danzig. Empezó la vida en la bodega.

Como todos sabemos, nuestra bodega se hallaba bajo la tienda. Podía llegarse a ella por la entrada del zaguán, frente al retrete, bajando dieciocho peldaños, detrás de las bodegas de Heilandt y de los Kater y delante de las de los Schlager. El viejo Heilandt seguía allí. La señora Kater, en cambio, y también el relojero Laubschad, los Eyke y los Schlager, se habían ido con lo que habían podido arramblar. De todos ellos se dijo más tarde, lo mismo que de Greta y de Alejandro Scheffler, que habían logrado hallar sitio, en el último minuto, en un barco de la organización La Fuerza por la Alegría y habrían partido en dirección de Stettin o de Lübeck, como también que habían topado con una mina y volado por el aire. Sea como fuere, más de la mitad de las habitaciones y de las bodegas estaban vacías.

Nuestra bodega tenía la ventaja de una segunda entrada que, según sabemos también, consistía en una trampa situada en la tienda detrás del mostrador. Así pues, nadie podía ver lo que Matzerath llevaba a la bodega y lo que de ésta sacaba; de lo contrario,

nadie nos habría permitido constituir en época de guerra los depósitos de víveres que Matzerath logró acumular. El local, seco y cálido, estaba lleno de comestibles: legumbres, pastas, azúcar, miel artificial, harina de trigo y margarina. Cajas de pan de centeno amontonadas sobre cajas de vegetalina. Latas de ensalada de Leipzig junto a latas de ciruelas y guisantes en los anaqueles que Matzerath, hábil como era, había confeccionado él mismo y clavado en la pared. Algunas vigas empotradas hacia la mitad de la guerra y por indicación de Greff entre el techo y el piso de cemento de la bodega conferían a ésta la seguridad de un abrigo antiaéreo reglamentario. En varias ocasiones estuvo Matzerath a punto de suprimir las vigas, ya que, con excepción de algunos ataques de desgaste, Danzig no sufrió bombardeos mayores. Pero cuando ya Greff no pudo seguir manteniéndose en su papel de encargado de la defensa pasiva, entonces fue María la que le rogó que no las tocara, pues quería seguridad para el pequeño Kurt y, a veces también, para mí.

Durante los primeros bombardeos aéreos de fines de enero, Matzerath y el viejo Heilandt bajaban todavía, uniendo sus fuerzas, el sillón con mamá Truczinski a nuestra bodega. Pero luego, a petición suya, o tal vez también para evitarse la molestia, la dejaron en su habitación, junto a la ventana. Y después del gran bombardeo del centro de la ciudad, María y Matzerath encontraron a la pobre anciana con la mandíbula inferior colgando y una mirada tan convulsa como si un mosquito pegajoso se le hubiera metido en el ojo.

Sacóse pues de sus goznes la puerta del dormitorio. El viejo Heilandt fue a buscar en su cobertizo utensilios y algunas tablas de cajas y, fumando un cigarrillo marca Derby que Matzerath le regalara, empezó a tomar las medidas. Óscar le ayudó en su trabajo. Los demás se fueron a la bodega, porque el cañoneo volvía a hacerse sentir desde las alturas.

El viejo quería hacerlo de prisa y confeccionar una simple caja sin afinarla hacia el pie. Pero Óscar era partidario de la forma tradicional del ataúd, y le puso las tablas bajo la sierra en forma tan resuelta, que lo decidió finalmente por el afinamiento hacia el pie, al que tiene derecho todo cadáver humano.

Una vez terminado, el ataúd tenía muy buen aspecto. La Greff lavó el cuerpo de mamá Truczinski, tomó del armario un camisón limpio, le recortó las uñas, le arregló el moño sujetádoselo con tres agujas de tejer y, en una palabra, hizo todo lo posible para que, aun en la muerte, mamá Truczinski siguiera pareciéndose a un ratón gris que, en vida, gustaba de beber café de malta y comer puré de patatas.

Mas comoquiera que durante el ataque aéreo el ratón se había puesto rígido en su silla y sólo se dejaba meter en el ataúd con las piernas encogidas y las rodillas en alto, el viejo Heilandt, aprovechando un momento en que María salió de la habitación con el pequeño Kurt en sus brazos, tuvo que romperle las piernas, a fin de poder clavar la tapa.

Por desgracia sólo teníamos pintura amarilla, pero no negra. Así que mamá Truczinski fue sacada de la habitación y llevada escaleras abajo en aquellas tablas sin pintar, pero que de todos modos se afinaban hacia el pie. Óscar cerraba la marcha con su tambor y podía contemplar la tapa del ataúd en la que se leía, tres veces, a intervalos regulares: Margarina Vitello — Margarina Vitello — Margarina Vitello, lo que venía a confirmar en forma postuma el gusto de mamá Truczinski, que en vida siempre había preferido la margarina vegetal Vitello a la mejor mantequilla porque la margarina es sana, se conserva fresca, alimenta y alegra el corazón.

El viejo Heilandt tiró de la carretilla de la verdulería Greff con el ataúd encima por la calle de la Virgen María y el paseo Antón Möller —aquí ardían dos casas—, en dirección de la Clínica de Mujeres. El pequeño Kurt se había quedado con la viuda Greff

en nuestra bodega. María y Matzerath empujaban, en tanto que Óscar estaba sentado arriba y le daban ganas de encaramarse sobre el ataúd, cosa que no le permitieron. Las calles estaban atestadas de fugitivos de la Prusia Oriental y del delta. Por el paso a desnivel frente al Salón de los Deportes apenas se podía pasar. Matzerath propuso abrir un hoyo en el jardín del Conradinum, pero María se opuso. El viejo Heilandt, que tenía la misma edad que mamá Truczinski, hizo con la mano un signo de desaprobación. También yo estaba en contra del jardín escolar. De todos modos, había que renunciar a los cementerios municipales, porque, a partir del Salón de los Deportes, la Avenida Hindenburg sólo estaba abierta a los transportes militares. Así que no pudimos enterrar al ratón al lado de su hijo Heriberto, pero le escogimos un rinconcito detrás del Campo de Mayo, en el Parque Steffen, que quedaba frente a los cementerios municipales.

El suelo estaba helado. Mientras Matzerath y el viejo Heilandt se iban relevando con el pico y María trataba de arrancar algo de yedra junto a los bancos de piedra, Óscar se independizó y no tardó en encontrarse entre los troncos de la Avenida Hindenburg. ¡Qué movimiento! Los tanques replegados de las alturas y del delta se remolcaban mutuamente. De los árboles —tilos, si no recuerdo mal— colgaban reservistas y soldados. Unos letreritos de cartón prendidos en sus capotes y hasta cierto punto legibles decían que los que allí colgaban de los árboles o los tilos eran traidores. Me fijé en la cara contraída de varios de los ahorcados y establecí comparaciones en general y, en particular, con el verdulero Greff. Vi también racimos de muchachos colgando en uniformes que les quedaban grandes y más de una vez creí reconocer a Störtebeker; pero todos los muchachos ahorcados se parecen. Con todo, me dije: ahora han colgado a Störtebeker —¿le habrán echado también la soga a Lucía Rennwand?

Este pensamiento dio alas a Óscar. Escrutó los árboles a derecha e izquierda en busca de una muchacha flaca que colgara y atreviése a pasar a través de los tanques al otro lado de la Avenida; pero tampoco aquí encontró más que viejos reservistas, soldados y muchachos parecidos a Störtebeker. Decepcionado, recorrí la Avenida hasta la altura del Café de las Cuatro Estaciones, que estaba medio destruido, volví atrás de mala gana y, mientras esparcía con María yedra y hojas secas sobre la tumba de mamá Truczinski, seguía representándome con toda firmeza y precisión la imagen de Lucía ahorcada.

No devolvimos la carretilla a la verdulería. Matzerath y el viejo Heilandt la desarmaron, colocaron las distintas partes delante del mostrador, y el negociante en ultramarinos metió en el bolsillo del viejo tres paquetes de cigarrillos Derby y le dijo: — Tal vez la necesitemos todavía. Aquí estará segura, en lo que cabe.

El viejo Heilandt no dijo nada, pero cogió de los anaqueles casi vacíos algunos paquetes de macarrones y dos cucuruchos de azúcar. Y luego, arrastrando las zapatillas de fieltro que había llevado también durante el entierro, salió de la tienda y dejó que Matzerath trasladara a la bodega los contados artículos que quedaban aún en los anaqueles.

Ya casi no salíamos de aquel agujero. Decíase que los rusos estaban ya en Zigankenberg, Pietzgendorf, en Schidlitz. En todo caso debían haber ocupado las alturas, porque tiraban a mansalva sobre la ciudad. La orilla derecha, el barrio viejo, el barrio del Pebre, los suburbios, el barrio moderno, el barrio nuevo y la ciudad baja, en los que se había edificado por espacio de setecientos años, ardieron en tres días. Claro que no era éste el primer incendio de la ciudad de Danzig. Ya anteriormente, haciendo historia, los pomerelianos, los brandeburgueses, los caballeros de la Orden, los polacos, los suecos y otra vez los suecos, los franceses, los prusianos y los rusos, e inclusive los sajones, habían considerado, cada par de decenios, a la ciudad digna del fuego. Y ahora eran los rusos, los

polacos, los alemanes y los ingleses juntos los que cocían por centésima vez los ladrillos de la arquitectura gótica, sin por ello convertirlos en bizcochos. Ardieron la calle Mayor, la calle Ancha, la calle de los Tejedores y el callejón del mismo nombre, la calle de los Perros, la de Tobías, el Paseo del barrio viejo, el del suburbio, las murallas y el Puente Largo. La Puerta de la Grúa era de madera, por lo que ardió de forma particularmente espectacular. En el callejón de los Pantalones, el fuego se hizo tomar medidas para unos cuantos pantalones más que deslumbrantes. La iglesia de Nuestra Señora ardió de adentro para fuera y, a través de sus ventanales góticos, mostró una iluminación de gran festividad. Las campanas que no habían sido evacuadas todavía, las de Santa Catalina, San Juan, Santa Brígida, Santa Bárbara, Santa Isabel, San Pedro y San Pablo, la Trinidad y el Divino Cuerpo, se fundieron en sus soportes y gotearon sin ton ni son. En el Molino Grande molieron trigo rojo. En la calle de los Carniceros se quemó el asado dominical. En el Teatro Municipal se representó Sueños de incendiario, pieza en un acto, pero de doble sentido. El Ayuntamiento, después del incendio, acordó a los bomberos un aumento de salarios con carácter retroactivo. La calle del Espíritu Santo ardió en nombre de éste. El convento de los franciscanos lo hizo también alegremente en nombre de San Francisco, al que como es sabido le gustaba el fuego. La calle de las Damas inflamóse a la vez por el Padre y por el Hijo. De más está decir que ardieron los Mercados de la Madera, del Carbón y del Heno. En la calle de los Panaderos, los panecillos no salieron del horno. En el callejón de los Cántaros de Leche, la leche hirviendo se derramó. El único que, por razones puramente simbólicas, no quiso arder fue el edificio de la Compañía de Seguros contra Incendios de la Prusia Occidental.

A Óscar los incendios nunca lo han impresionado mayormente. Así pues, cuando Matzerath subió corriendo las escaleras para contemplar desde el desván la ciudad en llamas, yo me hubiera quedado tranquilamente en la bodega, a no ser por el hecho de que, por ligereza, había yo depositado en dicho desván precisamente mis escasos bienes combustibles. Había que salvar el último de los tambores que me quedaba del Teatro de Campaña, así como mi Goethe y mi Rasputín. Además guardaba yo también entre las hojas del libro un abanico, tenue como un hálito y delicadamente pintado, que mi Rosvita, la Raguna, había agitado graciosamente en vida. María se quedó en la bodega. En cambio, el pequeño Kurt quería subir con Matzerath al tejado para ver el incendio. Por una parte, aquella capacidad incontrolada de entusiasmo de mi hijo me molestó, pero por la otra me dije: eso le viene de su bisabuelo, de mi abuelo Koljaiczek, el incendiario. Pero María lo retuvo abajo y me dejó subir solo con Matzerath; recogí mis bártulos, eché una mirada por el tragaluz del tendadero del desván, y hube de maravillarme de la chisporroteante energía de que estaba dando muestra la antigua y venerable ciudad.

Al caer unas granadas allí cerca, dejamos el desván. Más tarde quiso subir de nuevo Matzerath, pero María se lo prohibió. Él no Asistió y, llorando, se puso a describir punto por punto el incendio a la viuda Gref f, que había permanecido en la bodega. Todavía subió al piso y puso la radio, pero ya no se oía nada. Ni siquiera el crepitar de la emisora en llamas; no se diga comunicados especiales.

Temblando casi como un niño que no sabe si ha de seguir creyendo en San Nicolás, estaba Matzerath plantado en medio de la bodega, agarrándose los tirantes y exteriorizando por vez primera dudas acerca de ía victoria final; por consejo de la viuda Gref f, se quitó la insignia del Partido, pero no sabía qué hacer con ella, porque el piso de la bodega era de cemento y la Greff no la quería. María dijo que la enterrara entre las patatas, pero las patatas no le parecían a Matzerath bastante seguras y ya no se atrevía a subir, porque ellos no tardarían en llegar, si es que no estaban ya allí, o en camino, pues cuando subimos al

desván estaban ya luchando en Brenntau y en Oliva. Una y otra vez se lamentaba de no haber tirado aquel bombón arriba, en la arena de la defensa pasiva; porque si ellos los encontraban allí abajo, con el bombón en la mano... En esto la dejó caer sobre el cemento, y quiso ponerle el pie encima y dárselas de bruto; pero ya el pequeño Kurt y yo nos habíamos echado sobre ella, y yo la cogí primero y me hice fuerte, aunque el pequeño Kurt me pegara, como pegaba siempre que quería algo, y no quise darle la insignia a mi hijo, porque no quería comprometerlo, ya que con los rusos no hay que andarse con bromas. Esto lo sabía Óscar por su lectura de Rasputín, y mientras el pequeño me pegaba y María trataba de separarnos, pensaba yo si serían rusos blancos o rusos grandes, cosacos o georgianos, calmuco o inclusive tártaros de Crimea, rutenios o ucranianos, quién sabe si quirguises los que encontrarían la insignia del Partido de Matzerath entre las manos del pequeño Kurt, caso de ceder Óscar a los golpes de su hijo.

Cuando María, con el auxilio de la viuda Greff, logró separarnos, yo seguía teniendo victoriosamente el bombón en mi puño izquierdo. Matzerath estaba feliz de haberse desembarazado de su condecoración. María trataba de hacer calle al pequeño Kurt, que aullaba. A mí, el alfiler abierto me picaba en la palma de la mano. Seguía, como antes, sin poder hallarle gusto a aquella cosa. Pero, cuando me disponía a prendérselo de nuevo a Matzerath por la espalda —pues, en definitiva, yo qué tenía que ver con el Partido— he aquí que ya estaban arriba de nosotros en la tienda y, a juzgar por los chillidos de las mujeres, muy probablemente también en las bodegas de los vecinos.

Cuando levantaron la trampa, el alfiler me seguía picando. ¿Qué podía yo hacer más que acurrucarme ante las rodillas temblorosas de María y contemplar las hormigas, cuyo camino iba desde las patatas, cruzando en diagonal la bodega, hasta un saco de azúcar? Rusos completamente normales, ligeramente mezclados, pude apreciar así que, en número de seis, aparecieron en lo alto de la escalera mirándonos por encima de sus pistolas ametralladoras. En medio de aquel griterío resultaba tranquilizador que las hormigas no se dejaran impresionar por la aparición del ejército ruso. Ellas sólo pensaban en las patatas y en el azúcar, en tanto que los de las pistolas ametralladoras ponían por delante otras conquistas. Me pareció normal que los adultos levantaran las manos. Así lo habíamos visto en las actualidades, y así había sido también, exactamente, cuando la defensa del Correo polaco. Pero que el pequeño Kurt se pusiera a remedar a los adultos, me resultó incomprensible. Él hubiera debido seguir mi ejemplo, el ejemplo de su padre; o, si no el de su padre, el de las hormigas. Comoquiera que tres de los uniformes cuadrados se entusiasmaron rápidamente a la vista de la viuda Greff, se produjo cierto movimiento. La Greff, que después de una viudez y un ayuno tan prolongados jamás hubiera podido esperar un acoso de tal envergadura, gritó al principio por la pura sorpresa, pero no tardó en acomodarse a aquella situación que ya casi había olvidado.

Había yo leído ya en Rasputín que los rusos aman a los niños. Hube de comprobarlo en nuestra bodega. María temblaba sin motivo y no acertaba a comprender por qué los cuatro que no se habían metido con la Greff dejaban al pequeño Kurt sentado en su regazo, en vez de ocuparlo ellos mismos uno después de otro, y lo acariciaban, le decían dadadá y también a ella le acariciaban las mejillas.

Unos brazos nos levantaron en vilo a mí y a mi tambor, lo que me impidió seguir observando a las hormigas y medir los acontecimientos a través de su laboriosidad. El tambor me colgaba sobre la barriga, y aquel hombretón de poros dilatados se puso a tamborilear con sus dedazos, y ni siquiera mal para un adulto, algunos compases a cuyo son se habría podido bailar. De buena gana hubiera correspondido Óscar y habría ejecutado

sobre la hojalata algunas de sus piezas más brillantes, pero no podía, porque la insignia del Partido de Matzerath seguía picándole en la palma de la mano izquierda.

El ambiente se hizo casi apacible y familiar en nuestra bodega. La Greff, cada vez más silenciosa, soportaba alternativamente a tres de aquellos tipos, y cuando uno de ellos se dio por satisfecho, el que me tenía en brazos y tocaba el tambor con tanta pericia me pasó a otro, probablemente un calmuco, que sudaba y tenía los ojos ligeramente oblicuos. Mientras me levantaba con la izquierda, abrochábale los pantalones con la derecha y no parecía objetar en absoluto que su predecesor, mi tamborero, hiciera lo contrario. Para Matzerath, en cambio, la situación no ofrecía variedad alguna. Seguía plantado delante del anaquel en donde estaban las latas de ensalada de Leipzig, con las manos en alto y mostrando todas las líneas de las mismas; pero nadie quería leérselas. Resultaba sorprendente, por el contrario, la capacidad de adaptación de las mujeres. María aprendía las primeras palabras en ruso, ya no le temblaban las rodillas, y hasta se reía; hubiera estado en condiciones de tocar su armónica, de haber tenido a mano su tambor de boca.

Pero Óscar, que no podía cambiar tan súbitamente, buscaba algo con qué sustituir a sus hormigas, y se concentró en la observación de unos animalitos achatados, de color gris pardusco, que se paseaban por el borde del cuello de mi calmuco. De buena gana hubiera atrapado uno de aquellos piojos para observarlo detenidamente, ya que también eran objeto de mención en mis lecturas, no tanto en Goethe, pero sí en Rasputín. Mas como me resultaba difícil agarrarlos con una sola mano, traté de desembarazarme de la insignia del Partido. Por vía de explicación, Óscar dice: como el calmuco llevaba ya varias condecoraciones en el pecho, tendí la mano cerrada con el bombón que me picaba y me impedía cazar los piojos, a Matzerath, que se hallaba a un lado frente a mí.

Podrá decirse ahora que no debía haberlo hecho. Pero también podría decirse: Matzerath no tenía por qué haber alargado la mano.

El caso es que la alargó. Y yo me desembaracé del bombón. Al sentir Matzerath la insignia del Partido entre los dedos, el terror fue subiéndole de punto. En cuanto a mí, ya con las manos libres, no quise ser testigo de lo que Matzerath hiciera con el bombón. Demasiado preocupado para dedicarse a la caza de los piojos, Óscar se disponía a concentrarse de nuevo en las hormigas, cuando percibió un rápido movimiento de la mano de Matzerath, lo que le hace decir ahora, ya que no alcanza a recordar lo que pensó entonces: hubiera sido más sensato guardar tranquilamente aquella cosa redonda y de colores en la mano cerrada.

Pero él quería deshacerse de ella y, a pesar de su acreditada fantasía de cocinero y decorador del escaparate de la tienda de ultramarinos, no se le ocurrió más escondrijo que el de su cavidad bucal.

¡Qué importancia puede revestir a veces un pequeño movimiento de la mano! De la mano a la boca: eso bastó para asustar a los dos Ivanés sentados pacíficamente a derecha e izquierda de María y hacerles levantarse de un salto. De pie, apuntaban con sus pistolas ametralladoras al vientre de Matzerath, y todo el mundo pudo ver que éste trataba de tragar algo.

¡Si por lo menos hubiera cerrado antes con tres dedos el prendedor! Pero el bombón rebelde se le atragantaba, y se ponía rojo, los ojos se le hinchaban, tosía, lloraba y reía a un tiempo y, con tantas excitaciones simultáneas, ya no podía mantener las manos en alto. Eso era lo que los Ivanés no podían tolerar. Gritaban y querían verle nuevamente las palmas. Pero Matzerath sólo podía atender a sus órganos respiratorios, y ya ni siquiera podía toser

debidamente, sino que empezó a bailar y a mover los brazos, y de pronto rodaron del anaquel unas cuantas latas de ensalada de Leipzig, con lo que mi calmuco, que hasta entonces había asistido impasible y entornando los ojos al espectáculo, me depositó con todo cuidado sobre el piso, se llevó una mano atrás, puso algo en posición horizontal y disparó desde la cadera, vaciando el cargador antes de que Matzerath acabara de ahogarse.

¡Lo que no se hace cuando el Destino aparece en escena! Mientras mi presunto padre se tragaba el Partido y moría, yo aplasté, sin quererlo ni darme cuenta, un piojo que momentos antes acababa de agarrarle al calmuco. Matzerath se había desplomado cuando largo era sobre el camino de las hormigas. Los Ivanes abandonaron la bodega por la escalera de la tienda, llevándose unos paquetes de miel artificial. Mi calmuco fue el último en retirarse, pero sin llevarse nada de miel artificial, porque tenía que volver a cargar su pistola ametralladora. La viuda Greff, desfondada y torcida, colgaba entre las cajas de margarina. María apretaba al pequeño Kurt contra su pecho como si quisiera ahogarlo. A mí me rondaba por el magín una frase leída en Goethe. Las hormigas, afrentadas a una situación de emergencia, no se dejaron arredrar por el rodeo y trazaron su vía estratégica en torno al encorvado Matzerath, porque el azúcar que se escurría del saco reventado nada había perdido de su dulzor durante la ocupación de la ciudad de Danzig por el ejército del mariscal Rokosovski.

¿Debo o no debo?

Primero vinieron los rugios, luego los godos y los gépidos, y luego los cachubas, de los que descende Óscar en línea directa. Poco después, los polacos mandaron a Adalberto de Praga. Éste vino con la cruz, y los cachubas o los boruscios lo mataron con el hacha. Esto tuvo lugar en una aldea de pescadores; la aldea se llamaba Gyddanyzc. De Gyddanyzc hicieron Danczik, Danczik se convirtió en Dantzig, que más adelante es escribió Danzig, y hoy se llama Danzig Gdansk.

Sin embargo, antes de llegar a esta forma ortográfica, vinieron, después de los cachubas, los duques de Pomerelia. Estos ostentaban nombres como Subislao, Sambor, Mestwin y Swantopolk. La aldea se convirtió en una pequeña ciudad. Luego vinieron los fieros boruscios y destruyeron un poco la ciudad. Luego vinieron, desde más lejos, los brandeburgueses y la destruyeron otro poco. También Boleslao de Polonia quiso destruir su poquito, y la Orden de los Caballeros puso igualmente empeño en que los daños apenas reparados volvieran a hacerse patentes bajo las espaldas teutónicas.

En este juegucito de demolición y reconstrucción fueron relevándose por espacio de varios siglos los duques de Pomerelia, los granmaestres de la Orden, los reyes y antirreyes de Polonia, los condes de Brandeburgo y los obispos de Wloclawek. Los arquitectos y los empresarios de la demolición se llamaban: Otto y Waldemar, Bogussa, Enrique de Plotzke y Dietrich von Altenberg, que construyó el castillo de los Caballeros allí donde en el siglo veinte tuvo lugar la defensa del edificio del Correo polaco, en la Plaza Hevelius.

Vinieron los husitas, encendieron aquí y allá uno que otro fuegucito, y se retiraron. Luego fueron expulsados los Caballeros de la Orden y se desmanteló el castillo, porque no se querían castillos en la ciudad. Ésta se hizo polaca, y no le fue del todo mal. El rey que logró esto se llamaba Casimiro, fue llamado el Grande y era hijo del primer Ladislao. Luego vino Ludovico y, después de Ludovico, Eduvigis. Ésta se casó con Jagiello de Lituania, y empezó la era de los Jagellones. A Ladislao segundo siguió un Ladislao tercero, y luego, otro Casimiro, no muy entusiasta, pese a lo cual derrochó durante trece años el

buen dinero de los mercaderes de Danzig haciendo la guerra contra la Orden. Juan Alberto, en cambio, hubo de habérselas con los turcos. A Alejandro siguió Segismundo el Viejo, llamado también Zygmunt Stary: Al capítulo relativo a Segismundo Augusto sigue en el texto el de Esteban Bathory, de quien suelen tomar el nombre los transatlánticos polacos. Éste sitió y bombardeó la ciudad por algún tiempo —confróntense los textos— pero no logró tomarla. Luego vinieron los suecos e hicieron lo mismo. Éstos se divertieron tanto con el sitio de la ciudad que lo repitieron varias veces. En aquella época, la bahía de Danzig ofrecía tanto atractivo a los holandeses, daneses e ingleses, que varios capitanes extranjeros lograron, cruzando frente a la rada, convertirse en héroes marinos.

La paz de Oliva. ¡Qué bonito y pacífico suena esto! Por primera vez, las grandes potencias se dieron cuenta que la tierra de los polacos se presta admirablemente a la partición. Suecos, suecos y más suecos: reductos suecos, bebida sueca, empuje sueco. Luego vinieron los rusos y los sajones, porque se escondía en la ciudad el pobre rey polaco Estanislao Leszczinski. Por este solo rey fueron destruidas mil ochocientas casas y, cuando el pobre Leszczinski huyó a Francia, porque allí vivía Luis, su yerno, los burgueses de la ciudad tuvieron que aflojar un millón.

Luego Polonia sufrió tres particiones. Vinieron los prusianos, sin que nadie los hubiera llamado, y en todos los portales de la ciudad pintaron su pájaro sobre el águila real polaca. Apenas el maestro de escuela Johannes Falk acababa de componer la canción navideña «Oh noche jubilosa...», cuando ya estaban aquí los franceses. El general de Napoleón se llamaba Rapp, y después de un sitio lamentable tuvieron que raparse los de Danzig veinte millones de francos en su obsequio. Que la intervención francesa fue algo terrible es cosa que no debe dudarse necesariamente. Pero sólo duró siete años. A continuación vinieron los rusos y los prusianos y prendieron fuego a la isla del Depósito. Esto puso fin al Estado Libre concebido por Napoleón. Una vez más hallaron los prusianos ocasión de pintarrapear su pájaro en todos los portales de la ciudad, lo que hicieron escrupulosamente, y, al estilo prusiano, acantonaron primero en la ciudad el 4º regimiento de granaderos, la 1ª brigada de artillería, la 1ª sección de zapadores y el 1er. regimiento de húsares. Sólo pasajera y momentáneamente se mantuvieron en Danzig el 30º regimiento de infantería, el 18º de infantería, el 3º de la Guardia a pie, el 44º de infantería y el regimiento de fusileros número 33. En cambio, aquel famoso regimiento de infantería número 128 sólo dejó la ciudad en mil novecientos veinte. Para no omitir nada, digamos todavía que, durante la dominación prusiana, la 1ª brigada de artillería se subdividió en sección primera de sitio y sección segunda a pie, formando ambas secciones el regimiento de artillería número 1 de la Prusia Oriental. Añádase a esto el regimiento de artillería a pie número 1 de Pomerania que posteriormente fue relevado por el regimiento de artillería a pie número 16 de la Prusia Occidental. Al 1er regimiento de húsares de la guardia siguió el regimiento de húsares de la guardia número 2. En cambio, el 8º regimiento de ulanos sólo permaneció poco tiempo entre los muros de la ciudad. Pero, en compensación, acuartelóse fuera de los muros, en el suburbio de Langfuhr, al batallón de tren número 17 de la Prusia Occidental.

En tiempos de Burckhardt, Rauschnig y Greiser, no había en el Estado Libre más que la policía verde de seguridad. Pero esto cambió en el treinta y nueve, bajo Forster. Entonces todos los cuarteles de ladrillo volvieron a llenarse de alegres muchachos uniformados que reían y hacían juegos malabares con toda clase de armas. Podrían ahora enumerarse los nombres de todas aquellas unidades que del treinta y nueve al cuarenta y cinco se estacionaron en Danzig y sus alrededores o se embarcaron aquí con destino al frente del Ártico. Pero Óscar se lo salta y dice simplemente: luego vino, como acabamos de ver, el Mariscal Rokosovski. A la vista de la ciudad indemne, recordó a sus grandes

predecesores internacionales y empezó por incendiarlo todo, para que los que vinieran después de él pudieran desahogarse reconstruyendo.

Lo curioso es que esta vez no vinieron, después de los rusos, ni los prusianos, ni los suecos, ni los sajones, ni los franceses: vinieron los polacos.

Cargando sus bártulos llegaron los polacos de Vilna, Bialostok y Lemberg y buscaron dónde meterse. A nuestra casa vino un señor que se llamaba Fajngold y vivía solo, pero se comportaba siempre como si le rodeara una familia de varios miembros a los que tuviera que dirigir. El señor Fajngold se hizo inmediatamente cargo del negocio de ultramarinos y mostró a su mujer, Luba, que con todo permanecía invisible y no se hacía oír, la balanza decimal, el tanque de petróleo, la barra de latón para las salchichas, la caja vacía y, con gran contento, las provisiones de la bodega. María, a la que había contratado inmediatamente como dependienta y a la que había presentado con gran locuacidad a su imaginaria esposa, mostró al señor Fajngold a nuestro Matzerath, que yacía desde hacía ya tres días en la bodega bajo una lona, porque, debido a los numerosos rusos que en las calles andaban probando bicicletas, máquinas de coser y mujeres, no habíamos podido enterrarlo.

Al ver el señor Fajngold el cadáver, que nosotros habíamos vuelto boca arriba, llevóse las manos a la cabeza en forma análoga a como años antes lo había observado Óscar con Segismundo Markus. Llamó a la bodega no sólo a la señora Luba, sino a toda su familia, y no cabe duda que los vio venir a todos, porque los llamaba por sus nombres, y decía Luba, Lew, Jakub, Berek, León, Mendel y Sonia, explicándoles a todos quién yacía allí y estaba muerto; y a continuación nos explicó a nosotros que todos aquellos a los que acababa de invocar habían yacido en la misma forma antes de pasar a los hornos de Treblinka, así como su cuñado y el marido de su cuñada, que tenía cinco criaturas, y todos yacían, con excepción de él mismo, el señor Fajngold, porque él tenía que derramar la lejía.

Luego nos ayudó a transportar a Matzerath arriba, a la tienda, pero ya volvía a tener a su alrededor a toda su familia y rogaba a su esposa Luba que ayudara a María a lavar el cadáver. Pero ella no ayudaba, lo que al señor Fajngold tampoco le llamó mayormente la atención, ocupado como estaba en transportar las provisiones de la bodega a la tienda. Tampoco nos ayudó en esta ocasión la Greff, que en su día había lavado a mamá Truczinski, porque tenía la casa llena de rusos; los oíamos cantar.

El viejo Heilandt, que ya desde los primeros días de la ocupación había hallado trabajo y ponía suelas a botas rusas que se habían agujereado durante la ofensiva, negábase al principio a actuar de carpintero funerario. Pero cuando el señor Fajngold vino con él a la tienda y, a cambio de un motor eléctrico de su cobertizo, ofreció al viejo Heilandt cigarrillos Derby de nuestra tienda, dejó inmediatamente las botas de lado y se proveyó de otros utensilios y de sus últimas tablas.

Habitábamos entonces, antes de que también de allí nos expulsaran y el señor Fajngold nos cediera la bodega, el piso de mamá Truczinski, que los vecinos y los polacos inmigrados habían desvalijado por completo. El viejo Heilandt sacó de sus goznes la puerta que separaba el salón de la cocina, ya que la del salón al dormitorio había servido para el ataúd de mamá Truczinski, y abajo, en el patio, armó la caja y se fumó unos cigarrillos Derby. Nosotros nos quedamos arriba, y yo tomé la única silla que nos habían dejado, abrí la ventana que tenía los vidrios rotos, y me enfadé con el viejo, que clavaba la caja sin el menor cuidado y sin afinarla hacia el pie como prescriben las reglas.

Óscar ya no volvió a ver a Matzerath, porque al ser colocado el ataúd sobre la carretilla de la viuda Greff las tapas de las cajas de margarina Vitello estaban ya clavadas,

no obstante que, en vida, Matzerath no sólo nunca la comiera, sino que la tuviera proscrita inclusive para cocinar.

María rogó al señor Fajngold que la acompañara, porque tenía miedo de los soldados rusos que andaban sueltos por la calle. Fajngold, que estaba sentado con las piernas encogidas sobre el mostrador comiendo a cucharaditas miel artificial de un bote de cartón, opuso algunos reparos al principio, porque temía despertar la suspicacia de su esposa, pero es de creer que ésta acabó por darle permiso, porque se deslizó del mostrador, me pasó el bote de miel artificial, yo lo pasé a mi vez al pequeño Kurt, éste la liquidó sin dejar rastro, y el señor Fajngold se metió, ayudado por María, en un largo abrigo negro adornado con una piel gris de conejo. Antes de cerrar la tienda y de encarecer a su esposa que no abriera a nadie, se encasquetó un sombrero de copa que le venía demasiado pequeño, pues era el que antes solía llevar Matzerath, en ocasión de diversos entierros y bodas.

El viejo Heilandt se negó a tirar de la carretilla hasta los cementerios municipales. Dijo que le quedaban todavía muchas suelas que echar, y que era urgente. En la Plaza Max Halbe, cuyas ruinas humeaban todavía, dobló a la izquierda por el camino de Brösen, y yo intuí que íbamos en dirección de Saspe. Los rusos estaban sentados delante de las casas en el tenue sol de febrero. Clasificaban relojes de pulsera y de bolsillo, limpiaban con arena cucharitas de plata y usaban sostenes de mujer a guisa de orejeras. Otros practicaban ejercicios acrobáticos en bicicleta, a cuyo objeto se habían construido con cuadros al óleo, relojes de pie, bañeras, aparatos de radio y percheros una pista de obstáculos, entre los que pedaleaban haciendo ochos, caracoles y espirales, al tiempo que esquivaban impávidamente objetos por el estilo de cochecitos de niño y lámparas colgantes, que les arrojaban de las ventanas; se celebraba mucho su habilidad. Al pasar nosotros, los juegos se interrumpieron por algunos segundos. Algunos, que llevaban ropa interior de mujer sobre sus uniformes, nos ayudaron a empujar y quisieron también meterle mano a María, pero el señor Fajngold, que hablaba ruso y exhibía un pase, los llamó al orden. Un soldado cubierto con un sombrero de señora nos regaló una jaula con una cotorra viva sobre la barrita. El pequeño Kurt, que iba trotando al lado de la carretilla, trató en seguida de agarrarle las plumas de colores y por supuesto de arrancárselas. Pero María, que no se atrevió a rechazar el regalo, puso la jaula sobre la carretilla, fuera del alcance de Kurt y de mi lado. Y Óscar, que veía en el pájaro demasiado color, lo puso, junto con la jaula, sobre la caja de margarina, agrandada para Matzerath. Yo estaba sentado hasta atrás, con las piernas bamboleantes, y observaba la cara del señor Fajngold, que, surcada de arrugas y de pensamientos, le daba un aire de mal humor, como si estuviera haciendo mentalmente un cálculo complicado que no le acababa de salir.

Arranqué unos redobles a mi tambor, para alegrar la cosa un poco y alejar los negros pensamientos del señor Fajngold. Pero éste conservó sus arrugas, tenía su mirada no sé dónde, tal vez en la lejana Galizia, y lo único que no veía era mi tambor. Óscar abandonó la partida y ya no se oyeron sino el crujir de las ruedas de la carretilla y los sollozos de María.

¡Qué invierno tan benigno!, pensaba yo cuando dejamos atrás las últimas casas de Langfuhr, al tiempo que observaba cómo la cotorra, a la vista de aquel sol de tarde que caía sobre el aeropuerto, se alisaba las plumas.

El aeropuerto estaba vigilado y el camino de Brösen cortado. Un oficial habló con el señor Fajngold, quien, durante la conversación, guardó la chistera entre sus dedos separados, dejando ver un pelo escaso y rojizo que flotaba al viento. El oficial golpeó un

poco la caja con los nudillos, como para cerciorarse, hostigó a la cotorra con el dedo, y nos dejó pasar, haciéndonos escoltar o vigiar por dos jovenzuelos de dieciséis años a lo sumo, con gorros demasiado pequeños y pistolas ametralladoras demasiado grandes.

El viejo Heilandt tiraba de la carretilla sin volverse ni una sola vez. Arreglábaselas también, sin disminuir el paso, para ir prendiendo cigarrillos con una sola mano, mientras seguía tirando. Había aviones en el aire. Los motores alcanzaban a oírse claramente porque estábamos a fines de febrero, principios de marzo. Sólo junto al sol había algunas nubecitas que se fueron coloreando poco a poco. Los aparatos de bombardeo volaban hacia Hela o regresaban de la península, porque allí luchaban todavía restos del segundo ejército.

El tiempo y el zumbir de los aviones me ponían triste. No hay nada más aburrido ni más descorazonador que un cielo de marzo sin nubes, lleno de aviones que zumban o se apagan. Añádase a ello que los dos jóvenes rusos se esforzaron en vano, durante todo el trayecto, por marcar el paso.

Probablemente el viaje, primero sobre el empedrado y luego sobre el asfalto acribillado por los combates, había aflojado algunas de las tablas de la caja improvisada; y como además teníamos el viento en contra, el caso era que olía a Matzerath muerto y Óscar se alegró cuando llegamos al cementerio de Saspe.

No pudimos acercarnos con la carretilla hasta la altura de la verja forjada, ya que un T 34 quemado se había quedado atravesado sobre la carretera poco antes de llegar al cementerio. En su avance en dirección a Neufahrwasser, otros carros blindados habían debido operar un rodeo, dejando sus huellas en la arena a la izquierda de la carretera y arrancando una parte del muro del cementerio. El señor Fajngold rogó al viejo Heilandt que se pusiera atrás. Entre los dos cargaron el ataúd, que se combaba un poco por el centro, siguiendo las huellas de los tanques y luego, fatigosamente, sobre los escombros del muro del cementerio, para avanzar un último trecho, sacando fuerzas de flaqueza, entre lápidas caídas o a punto de caer. El viejo Heilandt fumaba su cigarillo con avidez y echaba el humo hacia el pie del ataúd. Yo llevaba la jaula con la cotorra sobre la barra. María arrastraba tras sí dos palas. El pequeño Kurt llevaba un pico o, mejor dicho, lo agitaba a diestro y siniestro y golpeaba el granito gris del cementerio, poniéndose en peligro a sí mismo, hasta que María se lo quitó y fuerte como era, ayudó a los dos hombres a cavar.

Menos mal que el terreno era aquí arenoso y no helado: hecha esta consideración busqué detrás del muro el lugar de Jan Bronski. Debía de haber sido aquí o un poco más allá. No podía señalarse con precisión, porque el cambio de las estaciones había puesto gris y blando, lo mismo que todo el resto del muro, el enjalbegado acusador de antaño.

Regresé por la verja posterior, miré las puntas de los pinos raquíticos y pensé, para no complicarme en cosas más trascendentales: ahora están enterrando también a Matzerath. Busqué también y hallé en parte un sentido a la circunstancia de que aquí, bajo un mismo arenal, y aunque sin mi pobre mamá, hubieran de reposar los dos compañeros de skat, Bronski y Matzerath.

¡Ay: los entierros recuerdan siempre otros entierros!

El terreno arenoso se resistía y requería, sin duda, sepultureros más entrenados. María hizo una pausa, se apoyó jadeante en el pico y rompió otra vez a llorar al ver que, desde lejos, el pequeño Kurt le lanzaba piedras a la cotorra de la jaula. Y no le daba, porque tiraba de demasiado lejos. María lloraba estrepitosamente y con sinceridad, porque había perdido a Matzerath, porque había visto en Matzerath algo que, en mi opinión, apenas tenía, pero que había de hacérselo ver en adelante siempre claro y digno de su

amor. Tratando de consolarla, el señor Fajngold aprovechó la oportunidad para hacer una pausa porque el cavar le fatigaba. El viejo Heilandt parecía estar buscando oro: a tal punto manejaba la pala con regularidad, echaba la tierra para atrás y expedía al propio tiempo el humo del cigarrillo a intervalos también regulares. A cierta distancia, los dos jóvenes rusos estaban sentados sobre el muro del cementerio y charlaban de cara al viento. Arriba, los aviones y el sol, que iba madurando.

Habrían excavado ya cosa de un metro de profundidad: allí estaba Óscar, de pie, ocioso y desorientado, entre el viejo granito, entre los pinos raquíuticos, entre la viuda Matzerath y un pequeño Kurt que no dejaba en paz a la cotorra.

¿Debo o no debo? Tienes ya veintiún años, Óscar. ¿Debes o no debes? Eres un huérfano. Deberías, finalmente. Desde que se fue tu pobre mamá, eres medio huérfano. Deberías haberte decidido ya en aquel momento. Luego depositaron en la costra de la tierra, directamente bajo la superficie, a tu presunto padre Jan Bronski. Entonces eras ya un presunto huérfano completo, estabas aquí, sobre esta misma arena que se llama Saspe; tenías en la mano un casquillo ligeramente oxidado. Llovía, y un Ju 52 disponíase a aterrizar. ¿Acaso no se te planteó ya entonces claramente, entre el Murmullo de la lluvia, o al trepidar del avión de transporte que aterrizaba, este «debo o no debo»? Tú te dijiste que era la lluvia, que era el ruido de los motores: semejante monotonía cabe en cualquier texto. Pero tú lo querías más claro, y no en forma puramente hipotética.

¿Debo o no debo? Ahora están cavando un hoyo para Matzerath, tu segundo presunto padre. Que tú sepas, ya no hay más padres presuntos. ¿Por qué, pues, sigues haciendo juegos malabares con dos botellas de vidrio verde: debo, o no debo? ¿A quién más quieres preguntar? ¿A los pinos raquíuticos, que tantas dudas tienen ellos mismos?

En esto hallé una pobre cruz de hierro colado, con adornos enmohecidos y letras medio encostradas: Matilde Kunkel —o Runkel. Y hallé en la arena —¿debo o no debo?— entre cardos y avena loca —debo— tres o cuatro coronas de —no debo— metal herrumbroso y deleznable —debo— del tamaño de un plato, que —no debo— hubieron de representar probablemente —debo— hojas de encino o de laurel. No debo. Las sopesé en la mano, apunté al extremo sobresaliente de la cruz, de unos cuatro centímetros de diámetro —debo—, me impuse una distancia de dos metros —no— y las lancé sin atinarle. Debo. La cruz estaba muy torcida. Debo. Matilde Kunkel se llamaba, o Runkel. No sé si debo Kunkel o no Runkel. Era ya el sexto tiro, y yo pensé que en siete. Seis tiros no y al séptimo debía, y encajé la corona, y coroné a Matilde. Laurel para la señorita Kunkel. ¿Debo? pregunté a la joven señora Runkel. Sí, dijo Matilde. Había muerto prematuramente, a la edad de veintisiete años, habiendo nacido en el sesenta y ocho. Y yo, al acertar al séptimo tiro, al constreñir aquel «¿debo o no debo?» a un «¡debo!» comprobado, coronado, apuntado, listo, contaba veintiuno.

Y cuando Óscar se dirigía, con el nuevo «¡debo!» en la lengua y «¡debo!» en el corazón, hacia los sepultureros, chilló la cotorra, porque el pequeño Kurt le había dado, y soltó unas plumas amarillas y azules. Y yo me pregunté qué pregunta podía haber movido a mi hijo a apedrear a una cotorra hasta que un blanco final le respondiera.

Habían empujado la caja hasta el borde del hoyo de aproximadamente un metro veinte de hondo. El viejo Heilandt tenía prisa, pero hubo de esperar, porque María rezaba a la católica, en tanto que el señor Fajngold se apretaba el sombrero de copa contra el pecho y tenía los ojos en Galicia. El pequeño Kurt también se acercó. Probablemente después de su blanco había tomado una decisión y, por unos u otros motivos, pero tan decidido como yo, acercábase a la sepultura.

A mí la incertidumbre me atormentaba. Como que el que se había decidido en favor o en contra de algo era mi hijo. ¿Habríase decidido a ver y amar en mí a su único y verdadero padre? ¿O decidíase ahora, que ya era demasiado tarde, por el tambor? ¿O acaso su decisión era: Muera mi presunto padre Óscar, que mató con una insignia del Partido a mi presunto padre Matzerath sólo porque estaba ya de padres hasta la coronilla? ¿Acaso tampoco podía él expresar el cariño filial que debería reinar entre padres e hijos en otra forma que matando?

Mientras el viejo Heilandt más bien precipitaba que bajaba a la fosa la caja con Matzerath, que tenía la insignia del Partido en la laringe y la carga de una pistola ametralladora rusa en el vientre, confesábase Óscar que lo había matado deliberadamente porque, según todas las probabilidades, Matzerath no era sólo su presunto padre sino su padre verdadero, y también porque ya estaba harto de tener que cargar toda su vida con un padre.

Y tampoco era cierto que el imperdible de la insignia del Partido estuviera ya abierto cuando yo agarré el bombón del piso de cemento. No, el que lo abrió fui yo, mientras lo tenía escondido en la mano. Y le di a Matzerath el bombón pegajoso, punzante y atrancante, para que le hallaran la insignia a él, para que él se pusiera el Partido sobre la lengua y se asfixiara con él —por causa del Partido, de mí y de su hijo. Bueno, y porque había que acabar de una vez con todo eso.

El viejo Heilandt empezó a echar tierra con la pala. El pequeño Kurt trataba de ayudarle, aunque no sabía. Nunca he querido a Matzerath. Algunas veces lo soportaba. Cuidó de mí más como cocinero que como padre. Era un buen cocinero. Y si hoy lo echo alguna vez de menos, son más bien sus albóndigas a la Königsberg, sus riñones de puerco ácidos y sus carpas con rábanos y nata, los que siento todavía en la lengua y entre los dientes, platos como la sopa de anguila con verdura, sus costillitas a la Kassel con chucrut y los inolvidables asados dominicales. Habían olvidado ponerle en el ataúd, a él que transformaba los sentimientos en sopas, un cucharón. Habían olvidado ponerle en el ataúd un juego de naipes de skat. Cocinaba mejor de lo que jugaba al skat y, sin embargo, jugaba mejor quejan Bronski y casi tan bien como mi pobre mamá. Eso fue su fuerza y su tragedia. María no se lo perdonó nunca, pese a que le tratara bien, no la pegara nunca y cediera casi siempre en caso de disputa. Tampoco me entregó al Ministerio de la Salud del Reich y sólo firmó la carta cuando ya no se repartía correo. En mi nacimiento, bajo las bombillas, me destinó al negocio. Para no tener que verse detrás del mostrador, Óscar se escondió por más de diecisiete años detrás de aproximadamente ciento veinte tambores esmaltados en rojo y blanco. Y ahora Matzerath ya no podía levantarse. El viejo Heilandt lo enterraba fumando sus cigarrillos Derby. Ahora tendría Óscar que haber asumido la sucesión del negocio. Pero quien la había tomado era el señor Fajngold con su numerosa familia invisible. Lo demás me correspondía a mí: María, el pequeño Kurt y la responsabilidad de ambos.

María lloraba y seguía rezando, sincera y católicamente. El señor Fajngold andaba por Galicia o tratando de resolver cálculos complicados. El pequeño Kurt daba muestras de fatiga, pero seguía paleando afanosamente. Sentados sobre el muro del cementerio, los dos muchachos rusos charlaban. El viejo Heilandt, con regularidad y entre gruñidos, iba echando paletadas de la arena del cementerio de Saspe sobre las tablas de las cajas de margarina. Óscar alcanzaba todavía a leer letras de la palabra Vitello, cuando se descolgó el tambor del cuello y, sin decir ya «¿debo o no debo?», sino «¡es preciso!», echó el tambor allí donde había ya suficiente arena sobre el ataúd como para no hacerlo retumbar. Eché

también los palillos, que se quedaron clavados en la arena. Tratábase de mi tambor del tiempo de los Curtidores. Procedía de la reserva del Teatro de Campaña. Bebra me había regalado toda aquella hojalata. ¿Qué diría el maestro de mi acto? Aquel tambor lo habían tocado Jesús y un ruso de poros dilatados, grande como un armario. Ya no valía gran cosa. Pero, cuando una paletada de arena le cayó encima, sonó. Y a la segunda paletada volvió a sonar todavía. Pero a la tercera ya no respondió, y sólo seguía mostrando algo de su esmalte blanco, hasta que la arena vino también a taparlo con arena: acumulábase la arena sobre el tambor, amontonábase, crecía —y también yo empecé a crecer, lo que se puso de manifiesto por vía de una fuerte hemorragia de la nariz.

El pequeño Kurt fue el primero en percibir la sangre. —¡Le sale sangre, le sale sangre! —chilló, y sacó al señor Fajngold de Galizia, arrancó a María de su rezo e incluso hizo que los dos muchachos rusos que seguían sentados sobre el muro charlando en dirección de Brösen levantaran por un momento, asustados, la vista.

El viejo Heilandt dejó la pala en la arena, tomó el pico y me apoyó el hierro negro azulado contra la nuca. El fresco produjo su efecto. Empecé a sangrar menos. El viejo Heilandt volvió a su faena y ya no le quedaba mucha más arena junto a la fosa cuando cesé por completo de sangrar, pero el crecimiento subsistía y se manifestaba por un crujir, un rumorear y un rechinar interiores.

Cuando el viejo Heilandt hubo terminado con la tumba, tomó de otra una cruz de madera medio podrida ya y sin inscripción alguna, plantóla sobre el túmulo fresco, aproximadamente entre la cabeza de Matzerath y mi tambor enterrado, y dijo: —¡Listos! —Luego tomó a Óscar, que no podía caminar, en sus brazos y se echó a andar con él a cuestas. Los demás, sin excluir a los muchachos rusos con sus pistolas ametralladoras, lo siguieron fuera del recinto del cementerio, por entre los escombros del muro y a lo largo de las huellas de los tanques, hasta la carretilla que había quedado sobre los rieles del tranvía, donde el tanque se había atravesado. Volví la cabeza y miré hacia el cementerio de Saspe. María llevaba la jaula con la cotorra, el señor Fajngold llevaba las herramientas, el pequeño Kurt no llevaba nada y los dos rusos llevaban unos gorros demasiado pequeños y unas pistolas ametralladoras demasiado grandes; los abetos seguían encorvados.

De la arena al asfalto. Sobre los restos del tanque estaba sentado Leo Schugger. Allá en lo alto, aviones que venían de Hela o que iban a Hela. Leo Schugger trataba de no ensuciarse los guantes en el T 34. El sol bajaba, con sus nubéculas hinchadas, del lado de la colina de la Torre de Zoppot.

La vista de Leo Schugger provocó el regocijo del viejo Heilandt: —¡Habrás visto —exclamó—, el mundo se hunde, y con el único que no pueden es con Leo Schugger! —dióle con la mano libre unas palmaditas amistosas en la espalda, sobre la levita negra, y le explicó al señor Fajngold—: Este es nuestro Leo Schugger. Quiere darnos el pésame y estrecharnos las manos.

Y así era, en efecto. Leo hizo aletear sus guantes, dio babeando, a su manera, el pésame a todos los asistentes y preguntó: —¿Habéis visto al Señor, habéis visto al Señor? —pero nadie lo había visto. A María se le ocurrió regalarle, no sé por qué, la jaula con la cotorra.

Cuando Leo Schugger se acercó a Óscar, al que el viejo Heilandt había sentado sobre la carretilla, su cara se descompuso y la levita se le hinchó al viento. Empezaron a bailar las piernas y agitando la cotorra en la jaula, se puso a exclamar: —¡El Señor, el Señor! ¡Ved ahí al Señor! ¡Ved cómo crece!

Así diciendo salió proyectado por el aire junto con la jaula, y echó a correr y a volar y a danzar y a tambalearse, cayéndose, volatizándose con el pájaro que chillaba, pájaro él mismo en pleno vuelo, y se fue revoloteando a campo traviesa en dirección de Reiselfeider. Y seguía oyendo gritar por entre las voces de las dos pistolas ametralladoras: —¡Crece! ¡crece! —y seguía gritando cuando los dos rusos jóvenes volvieron a cargar—: ¡Crece! ¡crece! —E inclusive cuando volvieron a oírse las ametralladoras, cuando ya Óscar caía por una escalera sin peldaños en un desvanecimiento creciente y acaparador, seguía yo oyendo el pájaro, la voz, el cuervo. Leo anunciaba—: ¡Crece! ¡Crece! ¡Crece...!

Desinfectantes

La noche pasada he tenido unos sueños fugaces. La cosa era como cuando en los días de visita vienen a verme los amigos. Los sueños se cedían mutuamente el paso y se iban, después de haberme contado lo que los sueños consideran digno de contar: historias tontas llenas de repeticiones, monólogos a los que uno por desgracia no puede sustraerse, porque se nos declaman en forma hartamente insistente, con la mímica de pésimos actores. Cuando durante el desayuno traté de explicarle a Bruno las historias, no hallé manera de deshacerme de ellas, pues lo había olvidado todo. Óscar carece de dotes de soñador.

Cuando se llevó los restos del desayuno le pregunté: como de paso: —Mi excelente Bruno, ¿cuánto mido exactamente?

Bruno, colocando el platito con la mermelada sobre la taza de café, mostrábase preocupado: —Pero señor Matzerath, no ha vuelto usted a tocar la mermelada.

Este reproche ya lo conozco. Lo oigo siempre después del desayuno. Todas las mañanas me trae Bruno esa mancha de mermelada de fresa para que yo la tape inmediatamente con algún papel, doblando el periódico en forma de tejado. Porque la mermelada no puedo verla ni comerla. Así que rechacé el reproche de Bruno en forma reposada pero categórica: —Ya sabes, Bruno, lo que pienso a propósito de la mermelada: mejor dime cuánto mido.

Bruno tiene unos ojos de pulpo muerto. Y en cuanto tiene que pensar algo envía al techo esa mirada prehistórica, y habla casi siempre en dicha dirección; así que también esta mañana dijo dirigiéndose al techo: —¡Pero si es mermelada de fresa! —y no fue sino después de una pausa prolongada, durante la cual mi silencio mantuvo en pie la pregunta acerca de la talla de Óscar, cuando Bruno, apartando la mirada del techo y fijándola en los barrotes de mi cama, me respondió que medía yo un metro y veinte centímetros.

—¿No quisieras, querido Bruno, por cuestión de método, volver a medirme?

Sin desviar la mirada, extrajo Bruno del bolsillo trasero de su pantalón un metro plegable, apartó con fuerza casi brutal la manta de mi cama, me cubrió las vergüenzas con la camisa que se me había arremangado, desplegó el metro amarillento que estaba roto a la altura de uno setenta y ocho, me lo extendió a lo largo, comprobó, procedió minuciosamente con las manos en tanto que su mirada seguía perdida en la época de los saurios y, finalmente, haciendo como que leía el resultado, dejó el metro en reposo: — ¡Seguimos en un metro y veintiún centímetros!

¿Por qué hizo tanto ruido al plegar el metro y al recoger el desayuno? ¿Será que mi medida no le gusta?

Luego que hubo salido del cuarto con la bandeja del desayuno y el metro color de yema al lado de la mermelada de fresa de un color escandalosamente natural, Bruno aplicó

una vez más, desde el corredor, su ojo a la mirilla y, antes de dejarme al fin solo con mi metro y veintiún centímetros, su mirada me hizo sentirme antediluviano.

¡De modo que ésa es la talla de Óscar! Para un enano, un gnomo o un liliputiense, es casi demasiado. ¿Qué altura alcanzaba mi Rosvita, la Raguna, hasta la coronilla? ¿Qué talla supo conservar para sí mi maestro Bebra, que descendía del Príncipe Eugenio? Inclusive a Kitty y a Félix podría mirarlos hoy desde arriba, siendo así que todos los que acabo de nombrar podían en un tiempo mirar hacia abajo y con cierta envidia a Óscar, que hasta sus veintiún años midió noventa y cuatro centímetros.

Fue en el entierro de Matzerath, en el cementerio de Saspe, al darme la piedra en el cogote, cuando empecé a crecer. Óscar dice: la piedra. Me decido, por consiguiente, a completar el informe acerca de los acontecimientos del cementerio.

Después de que a resultas de un jueguito vi que sólo un «¡debo, es preciso, quiero!», me despojé del tambor, lo eché con los palillos en la tumba de Matzerath, me decidí por el crecimiento, experimenté simultáneamente un zumbido progresivo en los oídos, y no fue sino entonces cuando un guijarro del tamaño de una nuez, lanzado con la fuerza de sus cuatro años y medio de mi hijo Kurt, me dio en el cogote. Aunque el golpe no me agarró de sorpresa —pues ya sospechaba yo las intenciones de mi hijo— no por eso dejé de caerme junto a mi tambor en la fosa de Matzerath. El viejo Heilandt me sacó del hoyo con sus secas manos de anciano, dejando adentro el tambor y los palillos y, al empezar yo a echar sangre por las narices, me puso el cogote contra el hierro del pico. Como ya sabemos, la hemorragia cedió rápidamente; el crecimiento, en cambio, empezó a progresar, si bien en forma tan imperceptible que sólo Leo Schugger pudo apreciarlo y anunciarlo, gritando y revoloteando cual un pájaro alado.

Hasta aquí este complemento de información, por lo demás superfluo. Porque el crecimiento había empezado ya antes de la pedrada y de mi caída en la fosa de Matzerath. Para María y el señor Fajngold, sin embargo, no hubo desde el principio otra causa de mi crecimiento, que ellos llamaban enfermedad, que la pedrada en la nuca y la caída en la fosa. María zurró al pequeño Kurt en el propio cementerio. A mí el pequeño Kurt me daba lástima, porque bien podía ocurrir que él me hubiera destinado el guijarro para ayudarme a acelerar mi crecimiento. Puede que deseara tener un verdadero padre adulto o, simplemente, un sustituto de Matzerath, ya que, en mí, jamás ha reconocido y respetado al padre.

Durante aquel crecimiento que duró cosa de un año, hubo médicos bastantes, de uno y otro sexo, que confirmaron la culpa de la piedra y de la desdichada caída, y que dijeron y escribieron en mi historia clínica que: Óscar Matzerath es un Óscar deforme, porque le dio una piedra en la nuca, etcétera, etcétera.

No estaría de más recordar mi tercer aniversario. ¿Qué decían en realidad los adultos acerca del origen de mi propia historia? A la edad de tres años se cayó Óscar por la escalera de la bodega al piso de cemento. Esta caída interrumpió su crecimiento, etc., etc.

Puede apreciarse en estas explicaciones el comprensible afán humano de proceder a la demostración de todo milagro. Óscar ha de admitir que él también investiga previamente todo milagro, antes de descartarlo cual fantasía indigna de crédito.

Al regresar del cementerio de Saspe nos encontramos en la habitación de mamá Truczinski con nuevos inquilinos. Una familia polaca de ocho cabezas poblaba la cocina y los dos cuartos. Eran gente amable que nos querían acoger hasta que hubiéramos encontrado otra cosa, pero el señor Fajngold era contrario a semejante hacinamiento y

quería cedernos nuevamente el dormitorio, quedándose él provisionalmente con el salón. Pero a esto fue María la que se opuso, porque consideraba que no era conveniente que, siendo tan reciente su viudez, viviera ella en forma tan íntima con un señor solo. El señor Fajngold, que ocasionalmente no se daba cuenta de que no hubiera a su alrededor ni señora Luba ni familia alguna, y que tan a menudo percibía tras de sí a la esposa enérgica, tenía motivos suficientes para comprender las razones de María. En aras de la decencia y de la señora Luba dejó estar la cosa, pero en cambio nos cedió la bodega. Nos ayudó inclusive en la instalación de la bodega, pero no quiso tolerar que también yo me alojara en ella. Considerando que estaba yo enfermo, lamentablemente enfermo, me instalaron en una cama de emergencia en el salón, al lado del piano de mi pobre mamá.

Resultaba difícil hallar un médico. La mayoría de ellos habían abandonado la ciudad a tiempo, junto con los transportes de tropas, porque ya en enero se había enviado al oeste la caja del Fondo de Atención Médica de Prusia Occidental, con lo que para muchos médicos el concepto de paciente se había hecho irreal. Después de una larga búsqueda dio el señor Fajngold en la Escuela Helena Lange, en la que yacían heridos alemanes junto a los del Ejército Rojo, con una doctora de Elbing, que allí amputaba. Prometió pasar y pasó, efectivamente, después de cuatro días, sentóse a mi cabecera, fumó mientras me examinaba tres o cuatro cigarrillos y se quedó dormida mientras fumaba el cuarto.

El señor Fajngold no se atrevió a despertarla. María le dio tímidamente con el codo. Pero la doctora no volvió en sí hasta que el cigarrillo, que se iba quemando, le chamuscó el índice izquierdo. Incorporándose entonces inmediatamente, pisó la colilla sobre al alfombra y dijo, en forma breve e irritada: —Perdonen. No he pegado un ojo en las tres últimas semanas. Estuve en Kāsemark con un transporte de niños de la Prusia Oriental. Pero no pudimos utilizar las barcas de pasaje. Reservadas para la tropa. Eran unos cuatro mil. Todos palmaron —a continuación me acarició la creciente mejilla infantil con la misma superficialidad con que había mencionado a los niños que habían palmado, se metió otro cigarrillo en la boca, se arremangó la manga izquierda, sacó de su maletín una ampolleta y, mientras se administraba a sí misma una inyección estimulante, le dijo a María—: No tengo ni idea de lo que le pasa a este niño. Habría que llevarlo a una clínica. Pero no aquí. Miren de salir en alguna forma, de irse al oeste. Las articulaciones de la rodilla, de la mano y del hombro están hinchadas. Probablemente empieza también a hincharse la cabeza. Aplíquenle unas compresas frías. Aquí les dejo un par de tabletas, para el caso de que tenga dolores y no pueda dormir.

Esta doctora concisa, que no sabía lo que yo tenía y lo confesaba espontáneamente, me gustó. En el curso de las semanas siguientes, María y el señor Fajngold me aplicaron varios centenares de compresas frías, que me consolaron bastante, aunque sin impedir que las articulaciones de la rodilla, de la mano y del hombro, así como la cabeza, siguieran hinchándose y me dolieran. Lo que horrorizaba a María y al señor Fajngold era sobre todo mi cabeza, que se iba ensanchando. Ella me daba de aquellas tabletas, que se agotaron rápidamente. Él empezó a trazar curvas de fiebre con la regla y el lápiz, lo que lo llevó a meterse en experimentos: hacía con mi fiebre, que me tomaba cinco veces al día con la ayuda de un termómetro adquirido en el mercado negro a cambio de miel artificial, unas composiciones atrevidas que daban a los cuadros del señor Fajngold un aspecto de montañas terriblemente accidentadas —a mí se me antojaban los Alpes o la nevada cordillera de los Andes. Y sin embargo, mi fiebre no era para tanto. Por las mañanas tenía generalmente treinta y ocho, por las noches subía a treinta y nueve; treinta y nueve cuatro fue la mayor temperatura que registré durante el periodo de mi crecimiento. Bajo los efectos de la fiebre veía y oía yo toda clase de cosas. Estaba subido en un ti vivo y quería

bajar, pero no podía; iba sentado con muchos otros niños en autos de bomberos, en cisnes huecos, en perros, gatos, caballitos y ciervos, y daba vueltas, vueltas y más vueltas, y quería bajar, pero no me dejaban. Y todos los niños se ponían a llorar, y querían bajar lo mismo que yo de los autos de bomberos, de los cisnes huecos, de los perros, gatos, caballitos y ciervos, y ya no querían ir en el tiovivo, pero no les dejaban bajar. El Padre celestial estaba al lado del dueño del tiovivo y nos pagaba siempre otra vuelta. Y nosotros le suplicábamos: —¡Ay, Padre nuestro, ya sabemos que tú tienes mucho dinero, que te gusta pagarnos el tiovivo, que te divierte demostrarnos la redondez de este mundo, pero guárdate ya la bolsa, por favor, y di ya stop, di alto, bueno, basta, bajen, porque ya estamos mareados y somos unos pobrecitos niños, y estamos cuatro mil en Käsemark, aquí en el Vístula, pero no nos dejan pasar, porque tu tiovivo, tu tiovivo...!

Pero el Buen Dios, el Padrenuestro y propietario del tiovivo sonreía, como dicen los libros, y hacía saltar otra moneda de su bolsa, para que los cuatro mil niños, entre ellos Óscar, siguieran dando vueltas en autos de bomberos, en cisnes huecos, perros, caballitos y ciervos, y cada vez que yo pasaba con mi ciervo —sigo creyendo todavía que iba montado en un ciervo— frente al Padrenuestro y dueño del tiovivo, lo veía cambiar de cara: tan pronto era Rasputín que, riendo, tenía entre sus dientes de curandero la moneda de la próxima vuelta, como era Goethe, el príncipe de los poetas, que iba sacando de una bolsita de fino bordado las monedas con su perfil acuñado de Padrenuestro; y nuevamente el exaltado Rasputín, y luego el comedido señor Goethe. Un poco de locura con Rasputín y luego, en homenaje a la razón, Goethe. Los extremistas en torno a Rasputín; las fuerzas del orden, alrededor de Goethe. La muchedumbre, alebrestada con Rasputín, se entregaba con Goethe a aforismos de almanaque... Hasta que, finalmente —pero no porque la fiebre hubiera cedido, sino porque siempre se inclina alguien caritativamente sobre quien tiene fiebre—, el señor Fajngold se inclinaba sobre mí y paraba el tiovivo. Paraba los bomberos, los cisnes y los ciervos, devaluaba la moneda de Rasputín, mandaba a Goethe abajo con las Madres, dejaba que cuatro mil niños mareados volaran hacia Käsemark, sobre el Vístula y hacia el cielo, y levantaba a Óscar de su cama febril para sentarlo en una nube de lisol, lo que quiere decir que me desinfectaba.

Al principio, esto tenía todavía relación con los piojos, pero luego se convirtió en costumbre. Los piojos los descubrió primero en el pequeño Kurt, luego en mí, luego en María y en sí mismo. Es probable que nos los legara aquel calmuco que había dejado a María sin su Matzerath. ¡Cómo gritó el señor Fajngold al descubrir los piojos! Llamó a su mujer y a sus hijos, sospechaba que toda su familia estaba infestada, trocó miel artificial y cajas de avena por paquetes de los desinfectantes más diversos y empezó a desinfectarse diariamente a sí mismo y a toda su familia, al pequeño Kurt, a María y a mí, sin excluir mi cama. Nos frotaba, nos rociaba y nos empolvaba. Y mientras rociaba, empolvaba y frotaba, mi fiebre estaba en plena flor, y su discurso fluía. Y así tuve noticia de vagones enteros de ácido fénico, de cloro y de lisol que él había rociado, esparcido y regado cuando, estando todavía encargado de la desinfección del campamento de Treblinka, rociaba cada día a las dos de la tarde con agua de lisol, en su carácter de desinfectador Mariusz Fajngold, las pistas del campamento, las barracas, las duchas, los hornos crematorios los hatos de ropa, a los que esperaban y no se habían duchado todavía, a los que estaban tendidos y ya habían pasado por la ducha: todo lo que salía de los hornos crematorios y todo lo que entraba en ellos. Y me enumeraba los nombres, porque se los sabía todos: contaba de un tal Bilauer, que uno de los días más calurosos de agosto, le había aconsejado al desinfectador no rociar las pistas de Treblinka con agua de lisol sino con petróleo. Así lo hizo Fajngold. Y el tal Bilauer tenía la cerilla. Y el viejo Zew Kurland, del Z.O.B., les tomó a todos juramento. Y

el ingeniero Galewski abrió el cuarto de las armas. El propio Bilauer abatió a tiros al comandante Kutner. Sztulbach y un tal Warynski se precipitaron sobre Zisenis, y los otros sobre la gente de Trawniki, y otros más tocaron la cerca y allí quedaron. Pero el sargento Schópke, que al llevar a la gente a la ducha solía siempre hacer chistes, se parapetó a la entrada del campamento y empezó a disparar, lo que no le sirvió de mucho, porque los otros se le echaron encima: Adek Kawe, un tal Motel Lewit y Henoch Lerer, así como Hersz Rotblat y Letek Zagiel y Tosias Baran con su Debora. Y Lolek Begelmann gritaba: —Que venga también Fajngold, antes de que vengan los aviones —pero el señor Fajngold aguardaba todavía a su esposa Luba, la cual ya no acudía a sus llamadas. Así que lo agarraron por ambos brazos: a la izquierda Jakub Gelernter y a la derecha Mordechaj Szwarcbard. Delante de él corría el pequeño doctor Atlas, que ya en el campamento de Treblinka y más tarde en los bosques de Wilna había aconsejado el rociado activo con lisol: el lisol es más precioso que la vida. Así lo había de confirmar el señor Fajngold, porque con lisol había rociado muertos, no un muerto, sino muertos, para que dar un número, muertos que había rociado con lisol. Y se sabía tantos nombres que acababa por aburrirme, ya que para mí, que nadaba en lisol, la cuestión acerca de la vida o la muerte de cien mil nombres no resultaba tan importante como la de saber si con los desinfectantes del señor Fajngold se había desinfectado a tiempo y debidamente la vida y, si no la vida, la muerte.

Luego cedió la fiebre y entramos en el mes de abril. Pero luego arreció de nuevo, y el tiovivo daba vueltas y el señor Fajngold seguía rociando lisol sobre los vivos y los muertos. Luego volvió a ceder la fiebre, y ya el mes de abril había pasado. A principios de mayo, el cuello se me acortó y el tórax se me ensanchó y me subió, de modo que con la barbilla y sin necesidad de bajar la cabeza podía yo frotarme la clavícula. Volvió otro poco de fiebre y algo más de lisol. Y en el lisol flotaban palabras de María: —¡Con tal que no se deforme! ¡Con tal que no le salga una joroba! ¡Con tal que no resulte hidrocefalia!

Pero el señor Fajngold consolaba a María y le contaba de gentes a las que él conocía y que, a pesar de la joroba y la hidrocefalia, se habían hecho importantes. Contaba de un tal Román Frydrich, que había emigrado con su joroba a la Argentina y había fundado un negocio de máquinas de coser que con el tiempo fue creciendo y se hizo famoso.

El relato de los éxitos del jorobado Frydrich no fue ningún consuelo para María, pero inspiró al narrador, o sea al propio señor Fajngold, tal entusiasmo, que se decidió a dar a nuestro negocio de ultramarinos otro sesgo. A mediados de mayo, poco después del final de la guerra, hicieron su aparición en la tienda nuevos artículos. Surgieron las primeras máquinas de coser y las piezas de repuesto para las mismas, aunque los comestibles subsistieron por algún tiempo y facilitaron el traspaso. ¡Tiempos paradisíacos! Apenas se pagaba nada con dinero contante: todo se trocaba y se volvía a trocar, y la miel artificial, la avena y los últimos saquitos de levadura del Dr. Oetker, así como el azúcar, la harina y la margarina se transformaron en bicicletas y piezas de repuesto, unas y otras en electromotores, éstos en herramientas, las herramientas en artículos de piel, y las pieles las transformó el señor Fajngold como por arte de encantamiento en máquinas de coser. En este jueguecito del toma y daca el pequeño Kurt sabía hacerse útil: traía clientes, mediaba en los negocios y se adaptó a la nueva línea mucho más de prisa que María. Era casi como en tiempos de Matzerath. María permanecía detrás del mostrador, servía a aquella parte de la antigua clientela que seguía en el país y hacía esfuerzos en polaco por enterarse de los deseos de los clientes recién venidos. El pequeño Kurt tenía facilidad para los idiomas. Estaba en todas partes. El señor Fajngold podía contar con él. Con sus escasos cinco años,

Kurt se había hecho todo un especialista, y entre cosa de cien modelos malos o mediocres que se ofrecían en el mercado negro de la calle de la Estación escogió en seguida las excelentes máquinas de coser Singer y Pf af f; el señor Fajngold tenía en mucho sus conocimientos. Cuando a fines de mayo mi abuela Ana Koljaiczek vino a pie de Bissau a Langfuhr pasando por Brenntau y nos visitó, dejándose caer jadeante sobre el sofá, el señor Fajngoíd hizo grandes elogios del pequeño Kurt y tuvo también algunas palabras elogiosas para María. Y cuando le explicó a mi abuela toda la historia de mi enfermedad, volviendo siempre sobre la utilidad de sus desinfectantes, halló también a Óscar digno de elogio, porque durante toda la enfermedad se había portado muy bien y nunca había gritado.

Mi abuela quería petróleo, porque en Bissau no había alumbrado. Fajngold contó las experiencias que había hecho en el campamento de Treblinka con el petróleo, así como sus múltiples tareas en calidad de desinfectador, dijo a María que llenara de petróleo dos botellas de a litro, añadió a éstas un paquete de miel artificial y un surtido de desinfectantes y, cuando mi abuela se puso a contar todo lo que había sucedido en Bissau y en Bissau—Abbau durante las operaciones militares, sólo escuchó con la mente ausente y haciendo ligeras inclinaciones de cabeza. Mi abuela estaba también al corriente de los daños que había sufrido Viereck, que ahora volvían a llamar Firoga, como antes. Y a Bissau lo llamaban también, como antes de la guerra, Bysewo. En cuanto a aquel Ehlers que había sido jefe local de los campesinos de Ramkau y hombre muy activo y que se había casado con la esposa del hijo de su hermana, o sea la Eduvigis dejan el del Correo, los trabajadores del campo lo habían ahorcado frente a su oficina. Y poco faltó para que colgaran también a Eduvigis, ya que habiendo sido esposa de un héroe polaco se había casado con un jefe local de campesinos, y también porque Esteban había llegado a teniente y Marga había ingresado en la Federación de Muchachas Alemanas.

Bueno —dijo mi abuela—, con Esteban ya no podían nada, porque ése ya cayó, allá arriba, en el Ártico. Pero a Marga sí querían llevársela y meterla en un campo de concentración. Pero en esto abrió Vicente la boca y habló como nunca lo había hecho. Así que la Eduvigis y Marga están ahora con nosotros y nos ayudan en el campo. Pero a Vicente el hablar lo ha afectado a tal punto, que posiblemente ya no pueda aguantar por mucho tiempo. Y lo que es la abuela, anda mala del corazón y de todas partes y hasta de la cabeza, porque uno de aquellos condenados le dio en ella, creyendo que debía.

Así se lamentó Ana Koljaiczek, se agarró la cabeza, y acariciando la mía en instancia de crecimiento, llegó a la siguiente inspirada conclusión: —Ves, Oscarcito, con los cachubas es siempre lo mismo. Les dan siempre en la cabeza. Pero vosotros os iréis allá, donde la cosa está mejor, y aquí se quedará sólo la abuela. Porque con los cachubas no hay modo de moverlos: ellos han de quedarse siempre y aguantar la cabeza, para que otros les puedan dar en ella, porque nosotros no somos ni polacos de veras ni bastante alemanes, y si se es cachuba, nadie queda contento, ni los unos ni los otros, porque lo que quieren es precisión.

Soltó una carcajada y ocultó las botellas de petróleo, la miel artificial y los desinfectantes bajo aquellas cuatro faldas que, pese a los más violentos acontecimientos militares, políticos e históricos, no habían perdido nada de su color patata.

Cuando se disponía a marcharse, el señor Fajngold le rogó que se esperara un momento, pues quería presentarle a su esposa Luba y al resto de la familia. Viendo que la señora Luba no aparecía, dijo Ana Koljaiczek: —Mire, no se moleste usted. Igual yo grito siempre: Agnés, hija, ven y ayuda a tu madre a retorcer la ropa. Pero no viene, lo mismo que su Luba de usted. Y mi hermano Vicente, enfermo como está, sale de noche cuando

está muy oscuro hasta la puerta y despierta de su sueño a los vecinos, porque llama a su hijo Jan, que estaba al servicio del Correo polaco y ya se fue.

Estaba ya junto a la puerta, poniéndose su pañuelo, cuando yo grité desde mi cama: —¡Babka, babka! —es decir, abuela, abuela. Y ella se volvió y ya empezaba a levantar sus cuatro faldas, como si quisiera admitirme bajo ellas y llevarme consigo, cuando de pronto se acordó probablemente de las botellas de petróleo, de la miel artificial y de los desinfectantes, que ocupaban ya aquel lugar, y se fue; se fue sin mí, sin Óscar.

A principios de junio partieron los primeros transportes en dirección oeste. María no dijo nada, pero yo observé que también ella se despedía de los muebles, de la tienda, del edificio, de las tumbas a ambos lados de la Avenida Hindenburg y del túmulo del cementerio de Saspe.

Antes de bajar con el pequeño Kurt a la bodega, sentábase a veces durante la velada al lado de mi cama, junto al piano de mi pobre mamá, cogía con la mano izquierda su armónica, tocaba una canción y trataba de acompañarme en el piano con un dedo de la mano derecha.

Al señor Fajngold la música le hacía sufrir y rogaba a María que callara, pero en cuanto ella dejaba su armónica y se disponía a cerrar la tapa del piano, le volvía a rogar que siguiera tocando un poco.

Y luego se hizo la proposición de matrimonio. Óscar lo había visto venir. El señor Fajngold llamaba cada vez menos a su esposa Luba y, cuando un anochecer de verano lleno de moscas y de zumbidos estuvo seguro de su ausencia, le hizo a María su proposición. Estaba dispuesto a llevarse a ella y a los dos niños, inclusive a Óscar enfermo, le ofreció la habitación y una participación en el negocio.

María contaba a la sazón veintidós años. Su belleza inicial, en cierto modo fortuita, habíase afirmado, cuando no endurecido. Los últimos meses de la guerra y de la posguerra le habían despojado de aquella permanente que había llevado por cuenta de Matzerath. Ya no llevaba trenzas, como en mi tiempo; la larga cabellera le bajaba sobre los hombros y permitía ver en ella a una muchacha un poco seria, tal vez algo amargada; y esta muchacha dijo que no y rechazó la proposición del señor Fajngold. De pie sobre nuestra antigua alfombra, María tenía al pequeño Kurt a su izquierda y señalaba con el pulgar derecho hacia la chimenea de azulejos, y el señor Fajngold y Óscar la oyeron decir: —No es posible. Esto de aquí está deshecho y perdido. Nos vamos al Rin, con mi hermana Gusta. Está casada con un camarero de la industria hotelera llamado Kóster y, de momento, nos acogerá a los tres.

Ya al día siguiente se puso en movimiento. A los tres días ya teníamos los papeles. El señor Fajngold no dijo nada más, sino que cerró el negocio y, mientras María hacía las maletas, permanecía sentado en la tienda oscura sobre el mostrador, junto a la balanza, y sin siquiera tomar una cucharadita de miel artificial. Y no fue sino al ir María a despedirse de él cuando se bajó de su asiento, se fue a buscar la bicicleta con el remolque y nos ofreció acompañarnos a la estación.

Óscar y el equipaje —teníamos derecho a cincuenta libras por persona— fueron en el remolque de dos ruedas provistas de neumáticos. El señor Fajngold empujaba la bicicleta. María llevaba al pequeño Kurt de la mano y, en la esquina de la Elsenstrasse, cuando doblamos a la izquierda, volvióse una vez más. Yo ya no pude volverme en dirección del Labesweg, porque el volverme me producía dolores. Así pues, la cabeza de Óscar permaneció quieta entre sus hombros, y sólo con los ojos, que conservaban su

movilidad, me despedí de la calle de la Virgen María, el Striessbach, el Parque de Kleinhammer, el paso a desnivel, que seguía rezumando desagradablemente, la calle de la Estación, mi iglesia del Sagrado Corazón de Jesús indemne y la estación del suburbio de Langf uhr, que ahora se llamaba Wrzeszcz, cosa casi imposible de pronunciar.

Tuvimos que esperar. Al entrar el tren, resultó ser un tren de mercancías. Había mucha gente y muchos, muchísimos niños. El equipaje fue controlado y pesado. Unos soldados echaron en cada vagón una paca de paja. No había música ni llovía. El cielo estaba de sereno a nublado y soplabla el viento del este.

Nos tocó el cuarto vagón a partir de la cola. El señor Fajngold estaba de pie sobre la vía, con su escaso pelo rojizo suelto al viento, y cuando la locomotora anunció su llegada mediante una sacudida, se acercó y puso en manos de María tres paquetitos de margarina y dos pequeños botes de miel artificial, añadiendo a nuestras provisiones de viaje, en el momento en que voces de mando en polaco, gritos y lloros anunciaron la partida, un paquete de desinfectantes —el lisol es más precioso que la vida. Así partimos, dejando atrás al señor Fajngold que, tal como debe ser y corresponde en las salidas de los trenes, se fue haciendo cada vez más pequeño con su pelo rojizo suelto al viento, y luego ya fue sólo una mano de adiós, y luego nada.

Crecimiento en el vagón de mercancías

Todavía me duele. Todavía hace que me eche de cabeza contra la almohada, como ahora. Todavía hace que se me acusen las articulaciones de los pies y las rodillas y me tiene en un puro rechinar, lo que quiere decir que Óscar ha de rechinar los dientes para no oírse rechinar los huesos en las cótulas. Contemplo los diez dedos de mis manos y debo confesarme que están hinchados. Una última prueba sobre el tambor me lo confirma: los dedos de Óscar no sólo están ligeramente hinchados, sino que no sirven de momento para el oficio; los palillos del tambor se le caen de las manos.

Tampoco la pluma quiere sometérseme. Tendré que pedirle a Bruno unas compresas frías. Y luego, con las manos, los pies y las rodillas envueltos de frío y con un trapo en la frente, tendré que equipar a mi enfermero Bruno con papel y un lápiz, porque la pluma no me gusta prestársela. ¿Podrá Bruno escuchar bien? ¿Querrá hacerlo? ¿Corresponderá su narración exactamente a aquel viaje en el vagón de mercancías que empezó el 12 de junio del cuarenta y cinco? Bruno está sentado ante la mesita, debajo del cuadro de las anémonas. Ahora vuelve la cabeza, me muestra eso que llamamos cara y, con los ojos de un animal fabuloso, mira sin verme a mi derecha y a mi izquierda. Y por la manera de atravesarse el lápiz sobre la boca delgada y acida, pretende simular que está esperando. Pero, aun admitiendo que espere efectivamente mi palabra, la señal para dar comienzo a su narración, sus pensamientos andan volando en torno a sus monigotes de nudos. Él seguirá anudando cordeles, en tanto que la tarea de Óscar consiste en desenredar los intrincados vericuetos de mi prehistoria. A ver, Bruno:

Yo, Bruno Münsterberg, oriundo de Altena en el Sauerland, soltero y sin hijos, soy enfermero de la sección privada de este sanatorio. El señor Matzerath, internado aquí desde hace más de un año, es mi paciente. Tengo todavía otros pacientes, de los que aquí no tengo por qué hablar. El señor Matzerath es mi paciente más inofensivo. Nunca se exalta al punto que yo me vea precisado a llamar a otros enfermeros. Escribe con exceso y toca

demasiado el tambor. Con objeto de conceder algún reposo a sus dedos fatigados, me ha rogado hoy que escriba por él y no haga monigotes de nudos. Sin embargo, me he metido algunos cordeles en el bolsillo y, mientras él me dicta, voy a empezar los miembros inferiores de una figura a la que, siguiendo el relato del señor Matzerath, llamaré «El refugiado del este». No será ésta la primera figura que yo saque de las historias de mi paciente. Hasta el presente he anudado a su abuela, a la que llamo «Manzana en cuatro faldas»; a su abuelo el balsero, al que me he atrevido a llamar «Columbus»; a su pobre mamá convertida por obra de mis cordeles en «La bella devoradora de pescado»; a sus dos padres Matzerath y Jan Bronski, de quienes tengo una figura que llamo «Los dos jugadores de skat», y he puesto asimismo en cordeles la espalda rica en cicatrices de su amigo Heriberto Truczinski, llamando al relieve «Trayecto irregular». He formado también, nudo tras nudo, algunos edificios, tales como el Correo polaco, la Torre de la Ciudad, el Teatro Municipal, el pasaje del Arsenal, el Museo de la Marina, la verdulería de Gref f, la Escuela Pestalozzi, el balneario de Brösen, la iglesia del Sagrado Corazón, el Café de las Cuatro Estaciones, la fábrica de chocolate Baltic, unas cuantas casamatas del Muro del Atlántico, la Torre Eiffel de París, la Estación de Stettin en Berlín, la catedral de Reims y, por descontado, el inmueble de pisos en el que el señor Matzerath vio la luz de este mundo. Las verjas y las lápidas de los cementerios de Saspe y Brenntau han ofrecido sus ornamentos a mis cordeles; he dejado correr, lazo tras lazo, el Vístula y el Sena y romperse contra costas de cordeles las olas del Báltico y el fragor del Atlántico; he transformado cordeles en campos de patatas cachubas y en prados de Normandía, y he poblado los paisajes así formados, a los que llamo simplemente «Europa», con grupos de figuras por el estilo de: Los defensores del Correo, Los negociantes en ultramarinos, Hombres sobre la tribuna, Hombres ante la tribuna, Escolares con cucuruchos, Conserjes de museo moribundo, Adolescentes criminales en preparativos navideños, Caballería polaca con arreboles a la espalda, Las hormigas hacen historia, El Teatro de Campaña actúa para suboficiales y tropa, Hombres de pie desinfectando a hombres tendidos en el campamento de Treblinka. Y ahora empiezo con la figura del Refugiado del este, que hoy probablemente se convertirá en un Grupo de refugiados del este.

El señor Matzerath salió de Danzig, que entonces se llamaba ya Gdansk, el doce de junio del cuarenta y cinco, aproximadamente a las once de la mañana. Le acompañaban la viuda María Matzerath, a la que mi paciente designa como su otrora amante, y Kurt Matzerath, hijo presunto de mi paciente. Además parecen haberse hallado en el vagón otras treinta y dos personas, entre ellas cuatro monjas franciscanas con sus hábitos y una muchacha con un pañuelo en la cabeza, en la que el señor Óscar Matzerath pretende haber reconocido a una tal Lucía Rennwand. En respuesta a algunas preguntas más, sin embargo, mi paciente admite que aquella muchacha se llamaba Regina Raeck, pese a lo cual él sigue hablando de una cara triangular innominada de raposa, que luego vuelve a llamar por su nombre, gritando Lucía; lo que, con todo no me impide que yo inscriba aquí a dicha muchacha como señorita Regina. Regina Raeck viajaba con sus padres, sus abuelos y un tío enfermo, el cual, además de su familia, llevaba consigo hacia el oeste un cáncer maligno de estómago, hablaba con profusión y se presentó, inmediatamente después de la salida, como antiguo socialdemócrata.

Por lo que mi paciente recuerda, hasta Gdynia, que por espacio de cuatro años y medio se había llamado Gotenhafen, el viaje transcurrió sin incidentes. Parece ser que dos mujeres de Oliva, algunos niños y un señor de cierta edad procedente de Langfuhr lloraron hasta poco después de Zoppot, en tanto que las monjas se entregaban a sus rezos.

En Gdynia tenía el tren cinco horas de parada. Se agregaron al vagón dos mujeres con seis niños. El socialdemócrata se puso a protestar, porque estaba enfermo y porque, como socialdemócrata de antes de la guerra, exigía un trato preferente. Pero el oficial polaco que dirigía el convoy lo abofeteó, porque se resistía a hacer sitio, y le dio a entender en perfecto alemán que no sabía lo que significaba eso de socialdemócrata. Durante la guerra, dijo, había tenido que servir en distintos lugares de Alemania, sin que nunca hubiera llegado a sus oídos esa palabreja de socialdemócrata. El socialdemócrata enfermo no tuvo ocasión de explicar al oficial polaco el sentido, la esencia y la historia del Partido Socialdemócrata, porque el oficial polaco dejó el vagón, corrió las puertas y las cerró por fuera.

Olvidé decir que toda la gente estaba sentada o tirada sobre la paja. Al partir el tren, al anochecer, algunas mujeres gritaron: —Volvemos a Danzig— pero esto era un error. Lo que pasó es que el tren maniobró y salió luego hacia el oeste en dirección de Stolp. Parece ser que el viaje hasta Stolp duró cuatro días, porque el tren era detenido constantemente en pleno campo por antiguos guerrilleros y por bandas de adolescentes. Los jóvenes abrían las puertas corredizas, dejaban entrar algo de aire y fresco y, con el aire viciado, se llevaban de los vagones una parte del equipaje. Cada vez que los adolescentes abrían las puertas del vagón del señor Matzerath, las cuatro monjas se ponían de pie y levantaban en alto los crucifijos que les colgaban de los hábitos. Estos crucifijos causaban gran impresión a los muchachos. Antes de echar al andén las mochilas y las maletas de los pasajeros, se santiguaban—.

Cuando el socialdemócrata tendió a los muchachos un papel en el que en Danzig o Gdansk las autoridades polacas atestiguaban que había sido cotizante del Partido Socialdemócrata desde el treinta y uno hasta el treinta y siete, los muchachos no se santiguaron, sino que le arrancaron el papel de los dedos y le quitaron sus dos maletas y la mochila de su mujer; lo mismo aquel elegante abrigo de cuadros grandes, sobre el que el socialdemócrata se acostaba, y que dejó el tren en busca del aire fresco de Pomerania.

Y sin embargo, el señor Matzerath afirma que los muchachos les causaron una impresión favorable de disciplina. Esto lo atribuye él a la influencia de su jefe, el cual, pese a su juventud —apenas dieciséis abriles—, acentuaba ya su personalidad y le recordó en seguida, en forma dolorosa y placentera a la vez, al jefe de la banda de los Curtidores, el mentado Störtebeker.

Cuando aquel joven tan parecido a Störtebeker quiso arrebatárle de las manos a la señora María Matzerath la mochila y acabó efectivamente arrebatándosela, el señor Matzerath logró sustraer en el último momento el álbum de fotos de la familia que afortunadamente quedaba arriba de todo. Al principio el jefe de la banda iba a montar en cólera, pero cuando mi paciente abrió el álbum y le mostró una foto de su abuela Koljaiczek, el otro, pensando probablemente en su propia abuela, dejó caer la mochila de la señora María, se llevó dos dedos a su gorra cuadrada, saludó a la familia Matzerath con un «¡Do widzenia!» y, tomando en lugar de la mochila de los Matzerath las maletas de otros viajeros, dejó con su gente el vagón.

En la mochila que gracias al álbum de fotos permaneció en posesión de la familia Matzerath había, aparte de algunas piezas de ropa interior, los libros comerciales y los comprobantes del impuesto de ventas del negocio de ultramarinos, las libretas de ahorro y un collar de rubíes que había pertenecido en su tiempo a la mamá del señor Matzerath y que mi paciente había escondido en uno de los paquetes de desinfectantes. También aquel

texto de enseñanza, formado por mitades de extractos de Rasputín y de escritos de Goethe, iba camino del oeste.

Mi paciente asegura que durante todo el viaje tuvo la mayor parte del tiempo sobre las rodillas el álbum de fotos y, de vez en cuando, el texto; que los iba hojeando, y que los dos libros le proporcionaron, no obstante sus violentos dolores en los miembros, muchas horas de placer y de meditación.

Igualmente declara mi paciente que el continuo traqueteo y las continuas sacudidas, el paso de agujas y cruces de vías y el estar metido sobre el eje delantero del vagón de mercancías en vibración constante había fomentado su crecimiento. Que ahora éste ya no se producía en el sentido de lo ancho, como antes, sino en el de lo largo. Las articulaciones hinchadas, pero no inflamadas, se fueron deshinchando. Inclusive sus orejas, su nariz y sus órganos genitales, según lo entiendo, hubieron de crecer bajo el efecto de las sacudidas del vagón de mercancías. Mientras el tren corría, el señor Matzerath no sufría dolores. Y sólo cuando tenía que parar para recibir nuevas visitas de guerrilleros y bandas de adolescentes, dice mi paciente haber experimentado dolores punzantes o lacerantes que contrarrestaba, como ya se dijo, con el lenitivo del álbum de fotos.

Parece ser que, además del Störtebeker polaco, se interesaron también por el álbum otros varios bandidos adolescentes, y hasta un guerrillero de cierta edad. Éste último acabó inclusive por sentarse, encendió un cigarrillo y hojeó pensativamente el álbum sin saltarse un solo rectángulo. Empezó con el retrato del abuelo Koljaiczek y fue siguiendo el ascenso profusamente ilustrado de la familia, hasta aquellas instantáneas que muestran a la señora Matzerath con su hijito Kurt de uno, dos, tres y cuatro años. Al contemplar algunos de los idilios familiares, mi paciente le vio inclusive sonreírse. Sólo le molestaron algunas insignias del Partido, fáciles de identificar en los trajes del difunto señor Matzerath y en las solapas del señor Ehlers, que había sido jefe local de campesinos en Ramkau y había tomado por esposa a la viuda del defensor del edificio del Correo Jan Bronski. Mi paciente pretende haber raspado de las fotos con la punta de su cuchillo, a la vista de aquel individuo crítico y para su satisfacción, las insignias del Partido.

Este guerrillero —como acaba de enseñármelo el señor Matzerath— hubo de ser un verdadero guerrillero, en contraste con muchos otros que no lo fueron. Porque, según se ve, los guerrilleros no son guerrilleros ocasionales, sino guerrilleros constantes y permanentes, que ayudan a subir a gobiernos derrocados y derrocan a gobiernos que han subido precisamente con la ayuda de los guerrilleros. Los guerrilleros incorregibles, los que toman las armas contra sí mismos son, entre todos los fanáticos dedicados a la política, según la tesis del señor Matzerath —y aquí es donde trataba justamente de ilustrarme—, los más dotados artísticamente, porque abandonan inmediatamente lo que acaban de crear.

Algo parecido podría yo decir de mí mismo, porque, ¿no me ocurre acaso con frecuencia destruir de un puñetazo mis figuras de nudos apenas fijadas por el yeso? Pienso ahora especialmente en el encargo que me hizo hace algunos meses mi paciente de que anudara con simples cordeles al curandero Rasputín y al príncipe de los poetas Goethe en una sola persona que, a petición de mi paciente, había de tener un extraordinario parecido con él mismo. Ya he perdido la cuenta de los kilómetros de cordel que habré anudado para acoplar en un solo nudo estas dos figuras extremas. Pero, al igual que aquel guerrillero de quien el señor Matzerath me hace el elogio, permanezco indeciso a insatisfecho: lo que anudo con la derecha lo desanudo con la izquierda, lo que crea mi izquierda lo destruye de un puñetazo mi derecha.

Pero tampoco el señor Matzerath logra llevar en línea recta su relato. Porque, prescindiendo de las cuatro monjas, a las que lo mismo designa como franciscanas que como vicentinas, está eso de la muchacha con dos nombres y una presunta cara triangular de raposa, que viene siempre a desquiciar la cosa, y en realidad tendría que obligarme, como narrador, a dar dos o más versiones de aquel viaje hacia el oeste. Mas como esto no entra en mis atribuciones, habré de atenerme al socialdemócrata, que en todo el trayecto no cambió de cara y que hasta poco antes de llegar a Stolp no se cansó de repetir una y otra vez a todos sus compañeros de viaje, según asevera mi paciente, que él mismo había sido hasta el año treinta y siete una especie de guerrillero y, fijando pasquines, había puesto en juego su salud y sacrificado su tiempo libre, porque pretendía haber sido uno de los raros socialdemócratas que fijaron pasquines aun en tiempo de lluvia.

Eso fue por lo visto lo que dijo cuando, poco antes de llegar a Stolp, el transporte fue detenido por enésima vez, porque una de las bandas de adolescentes anunciaba su visita. Como apenas quedaba ya equipaje, los muchachos empezaron a quitarles la ropa a los viajeros. Afortunadamente tuvieron el buen sentido de limitarse a las prendas exteriores de los caballeros. Pero el socialdemócrata no acertaba a comprender la razón de tal proceder y era de opinión que un sastre hábil podría confeccionar con los vastos hábitos de las monjas varios excelentes vestidos. El socialdemócrata era ateo, y lo proclamaba con profunda convicción. Por el contrario, los jóvenes bandidos creían, sin proclamarlo con la misma convicción, en la iglesia fuera de la cual no hay salvación posible, y no querían los abundantes tejidos de lana de las monjas sino el traje recto y ligero del ateo. Y viendo que éste no quería quitarse la chaqueta, el chaleco ni los pantalones, sino que empezó a relatar una vez más su breve pero brillante carrera de fijador de pasquines socialdemócrata, y comoquiera, además, que no paraba de hablar y oponía resistencia a que lo desvistieran, una de las botas de la antigua Wehrmacht le dio una patada en el estómago.

El socialdemócrata se puso a vomitar en forma violenta y prolongada, acabando por echar sangre. En esta ocupación descuidó totalmente su traje, de modo que los muchachos perdieron el interés por aquella tela sucia, sin duda, pero que un buen lavado químico podía aún regenerar. Renunciaron pues a la ropa exterior de los hombres, pero despojaron en cambio a la señora María Matzerath de una blusa de seda azul celeste, y a aquella muchacha que no se llamaba Lucía Rennwand, sino Regina Raeck, le quitaron asimismo la chaqueta de punto a la Berchtesgaden. Luego corrieron la puerta del vagón, pero no por completo, y el tren partió, mientras el socialdemócrata empezaba a morir.

Unos dos o tres kilómetros antes de llegar a Stolp, el transporte fue pasado a una desviación en la que permaneció toda la noche. La noche era estrellada y clara, pero, según parece, fresca para el mes de junio.

Aquella noche —según cuenta el señor Matzerath—, blasfemando en voz alta y en forma indecente, exhortando a la clase trabajadora a la lucha, dando vivas a la libertad como los que se oyen en las películas y presa finalmente de un ataque de vómito que horrorizó al vagón, murió aquel socialdemócrata tan pagado de su traje recto.

No hubo ningún grito, dice mi paciente. En el vagón se hizo un silencio persistente. Sólo a la señora María Matzerath le castañeteaban los dientes, porque tenía frío sin la blusa y había cubierto, con la poca ropa blanca que les quedaba, a su hijo Kurt y al señor Óscar. Hacia la madrugada, dos monjas animosas aprovecharon la circunstancia de estar abierta la puerta del vagón para limpiarlo y echar afuera la paja mojada y los excrementos de los niños y los adultos, así como el vómito del socialdemócrata.

En Stolp el vagón fue inspeccionado por unos oficiales polacos. Al propio tiempo se distribuyó una sopa caliente y una bebida parecida al café de malta. El cadáver del vagón del señor Matzerath fue confiscado para evitar el peligro de epidemia, y unos enfermeros se lo llevaron sobre una tabla de andamio. A petición de las monjas, un oficial superior permitió que los familiares le dedicaran una breve oración. Permitieron también que se le quitaran al muerto los zapatos, los calcetines y la ropa. Durante el acto del desvestimiento —luego el cadáver fue cubierto sobre la tabla con sacos de cemento vacíos—, mi paciente observó a la sobrina del desvestido. Nuevamente, con una mezcla de repulsión violenta y de fascinación, le recordó la muchacha, aunque se llamara Raeck, a aquella Lucía Rennwand que yo modelé con cordeles anudados y a la que, en esa figura, llamo Comedora de emparedados de salchicha. Cierto que la muchacha del vagón no se puso, a la vista del tío despojado, a devorar ningún emparedado de salchicha con pellejo y todo, sino que más bien participó en el pillaje; heredó el chaleco de su tío, en sustitución de la chaqueta de punto que le habían quitado, y sacó un espejito para contemplarse en su nuevo atavío, que no le quedaba tan mal. En esto se funda justamente el pánico que hasta la fecha siente mi paciente, porque parece ser que con el espejo le captó a él y a su yacija, los reflejó y lo observó lisa y fríamente a él con aquellos ojos que eran como una raya en un triángulo.

El viaje de Stolp a Stettin duró dos días. Claro que hubo todavía bastantes paradas involuntarias y las visitas que ya se iban haciendo habituales de aquellos adolescentes equipados con cuchillos de paracaidistas y pistolas ametralladoras, pero las visitas se fueron haciendo cada vez más breves, porque ya apenas quedaba nada que sacar a los viajeros.

Mi paciente asevera que durante el viaje de Danzig—Gdansk a Stettin, o sea en el curso de una semana, creció nueve centímetros, si es que no fueron diez. Parece que se le alargaron sobre todo los muslos y las piernas, mientras que el tórax y la cabeza se mantuvieron casi iguales. En cambio, a pesar de que durante el viaje el paciente estuviera tendido sobre la espalda, no fue posible evitar el crecimiento de una joroba desplazada ligeramente hacia la izquierda. Admite asimismo el señor Matzerath que, después de Stettin —estando ya el transporte a cargo de personal de los ferrocarriles alemanes—, los dolores le aumentaron y que ya no le era posible calmarlos con la simple vista del álbum familiar. Tuvo que chillar varias veces en forma persistente, pero sus chillidos no ocasionaron daño alguno en los cristales de ninguna estación [Matzerath: mi voz había perdido todo poder vitricida], deparándole sólo en cambio la solicitud de las cuatro monjas que no cesaban de rezar.

Una buena mitad de los compañeros de viaje, entre ellos los familiares del difunto socialdemócrata, con la señorita Regina, dejaron el transporte en Schwerin. El señor Matzerath lo sintió mucho, porque la vista de aquella muchacha se le había hecho tan familiar y necesaria que, después que se hubo ido, le sobrevinieron unos violentos ataques convulsivos acompañados de mucha fiebre. Conforme a las manifestaciones de la señora María Matzerath, parece ser que mi paciente llamaba con desesperación a Lucía, se designaba a sí mismo cual animal fabuloso y unicornio y manifestaba miedo y deseos a la vez de saltar desde un trampolín de diez metros.

En Lüneburg internaron al señor Óscar Matzerath en un hospital. Allí conoció durante la fiebre a algunas enfermeras, pero fue trasladado poco después a la Clínica Universitaria de Hannover. Allí lograron reducir su fiebre. A la señora María Matzerath y a su hijito Kurt el señor Matzerath sólo los veía poco, y no volvió a verlos diariamente hasta

que ella encontró un puesto de auxiliar en el hospital. Pero como no había alojamiento en la clínica o en las cercanías de ésta para la señora María y el pequeño Kurt, y como también la vida en el campo de refugiados se hacía cada vez más insostenible —la señora María tenía que echarse diariamente tres horas de viaje en trenes repletos, a veces incluso en el estribo: a tal punto distaban una de otra la clínica y el campo—, consintieron los médicos, a pesar de todos sus reparos, en el traslado del paciente a los hospitales municipales de Düsseldorf, habida cuenta sobre todo de que la señora María podía exhibir un permiso de inmigración. Su hermana Gusta, que durante la guerra se había casado con un camarero que tenía allí su residencia, puso a disposición de la señora Matzerath uno de los cuartos de su piso de dos y medio, ya que el camarero no necesitaba lugar alguno, pues había sido hecho prisionero en Rusia.

El alojamiento quedaba bien situado. Desde él podían alcanzarse cómodamente y sin necesidad de hacer transbordos, con todos los tranvías que iban desde la estación de Bilk en dirección de Wersten y Benrath, los hospitales municipales.

El señor Matzerath estuvo hospitalizado allí desde agosto del cuarenta y cinco hasta mayo del cuarenta y seis. Lleva ya más de una hora hablándome de varias enfermeras a la vez. Son ellas las señoritas Mónica, Helmutrud, Walburga, Use y Gertrudis. Recuerda una enormidad de chismes del hospital y atribuye a los detalles de las vidas de las enfermeras y a los uniformes de las mismas una importancia desmesurada. No dice ni una palabra de la alimentación, que según yo recuerdo era miserable en aquella época, ni de la mala calefacción de las habitaciones. Para él no hay más que enfermeras, historias de enfermeras, ambiente, de un aburrimiento mortal, de enfermeras. Que si se susurraba y se decía confidencialmente, que si la señorita Use le había dicho a la enfermera jefe, que si la enfermera jefe se había atrevido a registrar poco después del descanso de mediodía los alojamientos de las alumnas enfermeras, que si había desaparecido algo y se sospechaba injustamente de una enfermera de Dortmund —creo haberle oído decir que una señorita Gertrudis. Cuenta también, con todo lujo de detalles, historias de jóvenes médicos que sólo querían obtener de las enfermeras cupones de cigarrillos. Encuentra digna de mención la investigación hecha en torno a un aborto que una practicante de laboratorio, no una enfermera, había practicado consigo misma o con la ayuda de un médico asistente. No me explico cómo mi paciente puede derrochar su ingenio en semejantes necedades.

El señor Matzerath me ruega ahora que lo describa. Me pliego de buena gana a este deseo y omito una porción de esas historias que, por tratarse de enfermeras, él describe profusamente y adorna con palabras pomposas.

Mi paciente mide un metro y veintidós centímetros. Lleva su cabeza, excesivamente gruesa para personas de talla normal, entre sus hombros sobre un cuello francamente raquíptico. El tórax y la espalda, que hay que designar como joroba, sobresalen. Tiene unos ojos azules brillantes, inteligentes y móviles que a veces se le dilatan con entusiasmo. Su pelo castaño oscuro, ligeramente ondulado, es espeso. Le agrada mostrar sus brazos, robustos en relación con el resto del cuerpo, y las que él mismo llama sus bellas roanas. En particular cuando toca el tambor —lo que la dirección del establecimiento le permite de tres a cuatro horas diarias—, sus dedos dan la impresión de ser independientes y de pertenecer a otro cuerpo. El señor Matzerath se ha enriquecido mucho con discos y sigue ganando dinero todavía con ellos. Los días de visita vienen a verlo personas interesantes. Aun antes de que se instruyera su proceso y antes de que lo internaran con nosotros conocía yo ya su nombre, porque el señor Óscar Matzerath es un artista prominente. Yo personalmente creo en su inocencia y no estoy por consiguiente seguro de si se quedará

con nosotros o si lo dejarán salir algún día, de modo que pueda volver a actuar con éxito como antes. Ahora voy a medirlo, aunque ya lo hice hace dos días...

Sin verificar el relato de mi enfermero Bruno, vuelvo a tomar la pluma yo mismo, Óscar.

Bruno acaba de medirme con su metro plegable. Ha dejado el metro sobre mí y, proclamando en voz alta el resultado, ha abandonado mi cuarto. Inclusive ha dejado tirada su labor de nudos, en la que ha trabajado ocultamente mientras yo hacía mi relato. Supongo que va a llamar a la señorita doctora Hornstetter.

Pero antes de que venga la doctora y me confirme lo que Bruno acaba de medir, Óscar dice a ustedes: En el curso de los tres días en que he estado contando a mi enfermero la historia de mi crecimiento he ganado —si a esto se puede llamar ganancia— dos buenos centímetros.

Así pues, Óscar mide de hoy en adelante un metro veintitrés centímetros. Va a contar ahora lo que le pasó después de la guerra, cuando le dieron de alta de los hospitales municipales de Düsseldorf como a un joven que sabía hablar, escribía lentamente, leía con fluidez y, aunque deforme, era en conjunto un hombre sano, a fin de que —como suele siempre suponerse en las altas de los hospitales— pudiera empezar una vida nueva y ya de adulto.

LIBRO TERCERO

Piedras de encendedor y piedras funerarias

Soñolienta, regordeta y bonachona, Gusta Truczinski no necesitó cambiar para convertirse en Gusta Köster, tanto más cuanto que sólo había tenido que soportar a Köster —generalmente en los catres de los refugios antiaéreos— los quince días que duró su noviazgo, poco antes de embarcarse él para el frente del Ártico, y luego cuando volvió él con licencia para casarse. Aunque después de la capitulación del ejército de Curlandia no había recibido Gusta noticia alguna acerca del paradero de Köster, al preguntársele por su esposo, contestaba ella con seguridad y señalando con el pulgar hacia la cocina: —Allá anda, en cautiverio con Iván. Cuando vuelva, todo cambiará.

Los cambios reservados a Köster en el piso de Bilk se referían a María y, en último término también, a la carrera del pequeño Kurt. Cuando fui dado de alta del hospital y me hube despedido de las enfermeras, prometiéndoles algunas visitas ocasionales, tomé el tranvía y me fui a Bilk, a casa de las dos hermanas y de mi hijo Kurt, donde, en el segundo piso de un inmueble que había ardido desde el tejado hasta el tercero, me encontré instalado un centro de mercado negro dirigido por María y mi hijo de seis años, que contaba con los dedos.

María, fiel y adicta todavía a Matzerath, inclusive en el mercado negro, se dedicaba a la miel artificial. Vaciábala de unos baldes desprovistos de toda inscripción, poníala sobre la balanza y, apenas llegué y me hube familiarizado con la situación, me asignó la confección de los paquetes de a cuarto de libra.

El pequeño Kurt estaba sentado detrás de una caja de Persil que usaba a manera de mostrador, y contempló a su padre que volvía curado al hogar; pero su mirada gris y siempre algo invernal estaba puesta en algo que debía verse a través de mí y que seguramente era motivo de contemplación. Alineaba sobre un papel columnas imaginarias de números: seis semanas escasas de asistencia a la escuela en clases repletas y mal calentadas le daban aires de pensador y de pelotillero.

Gusta Köster bebía café. Café auténtico, comprobó Óscar, al ofrecermela una taza. Mientras yo me dedicaba a la miel artificial, consideraba ella mi joroba con curiosidad no exenta de compasión hacia su hermana María. A duras penas conseguía estar sentada y no acariciármela, porque para todas las mujeres el acariciar una joroba trae suerte. Para Gusta la suerte significaba en este caso el retorno de Köster, que todo lo había de cambiar. Pero se contenía, acariciaba a modo de compensación, aunque sin suerte, su taza de café, y dejaba escapar aquellos suspiros que en los meses que siguieron había yo de oír diariamente—: ¡Bueno, de eso podéis estar seguros: cuando Köster vuelva, todo cambiará, y en un abrir y cerrar de ojos!

Gusta desaprobaba el mercado negro, lo que sin embargo no le impedía deleitarse con el café auténtico que obteníamos de la miel artificial. Cuando venían clientes, abandonaba la estancia, se metía en la cocina y empezaba a trastear estrepitosamente y en son de protesta.

Venían muchos clientes. A partir de las nueve de la mañana, inmediatamente después del desayuno, empezaba a sonar el timbre: breve — largo — breve. Ya entrada la noche, hacia las diez, Gusta desconectaba el timbre, pese a las protestas del pequeño Kurt,

a quien sus obligaciones escolares no le permitían atender el negocio más que la mitad del tiempo.

La gente decía: —¿Miel artificial?

María hacía que sí con la cabeza y preguntaba: —¿Un cuarto, o media? —Había otros que no querían miel artificial. Estos preguntaban: —¿Piedras de encendedor? —A continuación de lo cual el pequeño Kurt, que atendía alternativamente por las mañanas o por las tardes, emergía de sus columnas de números, se palpaba debajo del jersey las bolsitas y, con su clara voz provocadora de niño, lanzaba cifras en el ambiente del salón: —¿Desea usted tres o cuatro? Le aconsejo que se lleve cinco, porque van a subir por lo menos a veinticuatro. La semana pasada estaban todavía a dieciocho, esta mañana tuve que ponerlas a veinte, y si usted hubiera venido un par de horas antes, al salir yo de la escuela, hubiera podido dárselas todavía a veintiuno.

En cuatro calles a lo largo y seis a lo ancho, el pequeño Kurt era el único traficante en piedras de encendedor. Las sacaba de alguna parte, pero nunca decía dónde estaba su mina, aunque repetía constantemente, incluso al acostarse, como si fuera una oración: — ¡Tengo una mina!

En mi calidad de padre, creía yo tener derecho a saber cuál era la mina de mi hijo. Así pues, al oírle proclamar, no ya con aire de secreto, sino seguro de sí mismo: — ¡Tengo una mina! —le preguntaba yo en el acto: —¿De dónde sacas tú las piedras? ¡Ahora me vas a decir inmediatamente de dónde las sacas!

A lo que invariablemente, durante todos aquellos meses en que yo me empeñaba en averiguar la procedencia de las piedras, respondía María: —Deja ya al niño, Óscar. En primer lugar, eso no te concierne y, segundo, si alguien ha de preguntar, ésa soy yo. Y en tercero, deja de comportarte como si fueras su padre. Acuérdate que hace apenas dos meses no podías decir ni pío.

Y si yo no cedía y me empeñaba con demasiado encarnizamiento en averiguar cuál era la mina del pequeño Kurt, María daba un palmetazo a uno de los baldes de miel artificial, indignábase hasta los codos y, atacándonos simultáneamente a mí y a Gusta, que en ocasiones me apoyaba en mis deseos de investigación, exclamaba: — ¡Eso faltaba! Queréis estropearle al niño el negocio, y eso que vivís de lo que saca. Cuando pienso en el par de calorías que le dan a Óscar por enfermo y que él se zampa en dos días, me pongo mala, pero me río.

Óscar ha de conceder que en aquella época gozaba yo de un apetito que era una bendición, y la mina del pequeño Kurt nos procuraba más provecho que la miel artificial, de modo que gracias a eso pude recuperar mis fuerzas, después de la pobre alimentación del hospital.

Así pues, el padre había de callar avergonzado y, provisto de dinero para gastos menudos por la gracia infantil del pequeño Kurt, veíase constreñido a abandonar el piso de Bilk lo más a menudo posible, para no tener que contemplar su propia vergüenza.

Hay que oír ahora a todos esos críticos sapientes del milagro económico cuando dicen, con tanto mayor entusiasmo cuanto menos se acuerdan de aquella situación: — ¡Qué tiempo aquél, antes de la reforma monetaria! ¡Qué negocios! La gente no tenía nada en el estómago y, sin embargo, hacían cola ante los teatros. Y hasta las fiestas improvisadas a base de aguardiente de patata eran simplemente de fábula y mucho más divertidas que las actuales pese al champaña y al Dujardin.

Así hablan los románticos de las oportunidades fallidas. En realidad, yo debiera lamentarme en la misma forma, porque es el caso que, en aquellos años en que la mina de las piedras del pequeño Kurt producía con abundancia, pude yo fomentarme una instrucción casi sin gastos en el círculo de los entusiastas de la recuperación y de la cultura, asistí a cursos de la Universidad Popular, me hice contertulio de la peña del British Center llamada «El Puente», discutía la culpa colectiva con católicos y protestantes y me sentía culpable con todos aquellos que pensaban: liquidemos todo esto ahora, para acabar de una vez con el problema y no tener cargos de conciencia cuando vengan los tiempos de bonanza.

En todo caso, debo a la Universidad Popular mi nivel cultural, modesto, claro está, pero lleno de magníficas lagunas. En aquel tiempo leí yo mucho. Ya no me conformaba con aquellas lecturas que antes de mi crecimiento me repartían el mundo a medias entre Rasputín y Goethe, ni con mis conocimientos del *Calendario de la Flota de Köhler* de cero cuatro hasta dieciséis. Qué sé yo todo lo que leí. Leía en el excusado; leía en las interminables colas ante los teatros, cogido entre muchachas con trenzas a la Mozart que también leían; leía mientras el pequeño Kurt vendía sus piedras de encendedor; leía mientras hacía los paquetes de miel artificial. Y cuando cortaban la corriente, leía entre velas, pues gracias a las piedras de Kurt no llegaron a faltarnos.

Me avergüenza confesar que la lectura de aquellos años no penetraba en mí, sino que me atravesaba. He retenido algunos jirones de palabras y fragmentos de textos. ¿Y el teatro? Nombres de actores: La Hoppe, Peter Esser, la r de la Flickenschildt, estudiantes de arte dramático que aspiraban a mejorar todavía la r de Flickenschildt, Gründgens, que en el papel de Tasso, vestido todo de negro, se quita de la peluca la corona de laurel prescrita por Goethe porque, según dice, el verde le quema los rizos, y el propio Gründgens, igualmente de negro, en el papel de Hamlet. Y la Flickenschildt, que pretende: Hamlet está gordo. Y la calavera de Yorick, la cual me impresionó mucho, porque Gründgens hacía a su propósito comentarios impresionantes. Y luego daban ante un público emocionado, en salas desprovistas de calefacción, *Delante de la puerta*; y yo me representaba a Beckmann, con sus anteojos rotos, como el marido de Gusta, como el Köster que regresa al hogar y que, al decir de Gusta, ha de cambiarlo todo y ha de cegar la mina de las piedras de encendedor de mi hijo Kurt.

Hoy, en que todo esto queda atrás y ya sé que una embriaguez de posguerra no es precisamente más que eso, una embriaguez a la que sigue el dolor de cabeza, que convierte en historia todo lo que ayer era para nosotros, fresco aún y cruento, proeza o crimen, hoy, digo, aprecio las lecciones de Greta Scheffler entre sus recuerdos de la organización La Fuerza por la Alegría y sus labores de tejido: Rasputín sin excesos, Goethe con moderación, la *Historia de la ciudad de Danzig* de Keyser en frases concisas, la artillería de un navio de línea hundido tiempo ha, la velocidad en nudos de todos los torpederos japoneses que participaron en la batalla naval de Tsushima y, además, Belisario y Narses, Totila y Teya; la *Lucha por Roma* de Félix Dahn.

Ya en la primavera del cuarenta y siete renuncié a la Universidad Popular, al British Center y al pastor Niemóller, y me despedí, desde la segunda fila, de Gustaf Gründgens, que seguía figurando en el programa con el papel de Hamlet.

No hacía dos años todavía que yo me había decidido junto a la tumba de Matzerath por el crecimiento, y ya la vida de los adultos me tenía sin cuidado. Lo que añoraba eran las proporciones perdidas de los tres años: deseaba medir nuevamente, inamoviblemente, mis noventa y cuatro centímetros y ser más pequeño que mi amigo Bebra y que la difunta

Rosvita. Óscar echaba de menos su tambor. Unos paseos prolongados llevábanle a proximidad de los hospitales. Y comoquiera que de todos modos tenía que ir mes con mes a ver al profesor Irdell, que le consideraba un caso interesante, volvía siempre a visitar a las enfermeras que conocía y, aunque éstas no dispusieran de tiempo para él, sentíase a gusto y casi feliz junto a aquellos uniformes blancos, atareados y prometedores de curación o de muerte.

Las enfermeras me querían, me hacían bromas infantiles y sin malicia respecto a mi joroba, servíanme algo bueno de comer y me confiaban sus infinitos y complicados chismes de hospital, que me producían una agradable languidez. Y yo escuchaba, aconsejaba y mediaba inclusive en pequeñas querellas, porque contaba con la simpatía de la enfermera jefe. Entre aquellas veinte o treinta muchachas escondidas en su uniforme de enfermeras, Óscar era el único hombre y —lo que son las cosas— sentíase deseado.

Bruno ya lo ha dicho: Óscar tiene unas manos bellas y elocuentes, un pelo ligeramente ondulado y esos ojos azules a la Bronski que siguen fascinando. Es posible que mi joroba y el tórax que me empieza inmediatamente debajo de la barbilla, tan abultado como angosto, formen un contraste suficiente con la belleza de mis manos y lo agradable de mi pelo; eso no quita para que a menudo cuando me sentaba en su sala de guardia, las enfermeras tomaran mis manos, jugaran con mis dedos, me acariciaran el pelo y, al salir yo, dijéranse unas a otras: —Cuando se le mira a los ojos, podría olvidarse una de todo lo demás.

Así que era yo tan superior a mi joroba que, de haber tenido todavía mi tambor y haberme sentido seguro de mi capacidad de tambor reiteradamente comprobada, hubiérame sin duda alguna decidido a hacer conquistas en el ámbito de los hospitales. Avergonzado, inseguro y desconfiado de las eventuales incitaciones de mi cuerpo, abandonaba en cambio los hospitales después de aquellos tiernos preludios, eludiendo cualquier acción directa, y me desahogaba paseando por el jardín o alrededor de la alambrada de malla estrecha y regular que circundaba los terrenos y me dejaba perfectamente indiferente. Poníame a contemplar los tranvías que salían en dirección de Werstern y Benrath, aburríame agradablemente en los paseos al lado de las pistas reservadas a los ciclistas y sonreía ante los esfuerzos de la naturaleza que jugaba a la primavera y, conforme al programa, hacía estallar las yemas como si fueran petardos.

Enfrente, el pintor dominguero que llevamos todos iba poniendo cada día más verde tierno, acabado de salir del tubo, en los árboles del cementerio de Werstern. Siempre me han atraído los cementerios. Están cuidados y son concretos, lógicos, varoniles y vivientes. En ellos puede uno armarse de valor y tomar decisiones; sólo en ellos la vida adquiere contornos —no me refiero aquí a los marcos sepulcrales— y, si se quiere, un sentido.

Aquí corría a lo largo del muro norte del cementerio una calzada que llamaban Bittweg. En ella se hacían mutuamente competencia siete talleres de lapidarios. Algunos eran empresas importantes, como C. Schnoog o Julius Wöbel. Otros eran más bien barracas: Krauter, R. Haydenreich, J. Bois, Kühn & Müller y P. Korneff. Mezclas de barraca y taller, con sus muestras en los tejados, recién pintadas o a punto ya de desaparecer, y en las que abajo del nombre de las empresas se leían inscripciones por el estilo de: Lápidas sepulcrales — Monumentos funerarios y marcos — Talleres de piedra natural y artificial — Arte funerario. Arriba de la barraca de P. Korneff logré deletrear: P. Korneff, lapidario y escultor funerario.

Entre el taller y la alambrada que cercaba el terreno adyacente, artingerábanse en forma panorámica, sobre pedestales simples o dobles, los monumentos funerarios para tumbas de una a cuatro plazas, llamadas estas últimas panteones familiares. Inmediatamente detrás del cercado, soportando en tiempo de sol la sombra cuadriculada de la cerca, veíanse las almohadas de caliza conchífera de pocas pretensiones, las losas pulidas de diabasa con ramos de palma mates y las típicas lápidas de ochenta centímetros de alto para las sepulturas de los niños, con los contornos acanalados a cincel, en mármol silesiano ligeramente vetado y con relieves en el tercio superior representando en su mayoría rosas tronchadas. Y luego una hilera de losas comunes de arenisca del Meno, procedentes de las fachadas de los bancos y de los grandes almacenes destruidas por los bombardeos y que aquí celebraban su resurrección, si es que tal puede decirse de una losa funeraria. En el centro de la exposición, la obra maestra: un monumento de mármol blanco azulado del Tirol, compuesto de tres pedestales, dos piezas laterales y una lápida central ricamente perfilada, en la que destacábase majestuosamente lo que los lapidarios llaman un corpus. Era éste un corpus con la cabeza y las rodillas inclinadas a la izquierda, la corona de espinas y los tres clavos, imberbe, mostrando las palmas de las manos y con la herida del pecho sangrando en forma estilizada; creo que eran cinco gotas.

Aunque a lo largo del Bittweg abundaran los corpus orientados hacia la izquierda —antes de empezar la temporada de primavera solía haber lo menos diez por el estilo, con los brazos extendidos—, el Jesucristo de Korneff me había afectado particularmente, porque, bueno, porque era el que, mostrando los músculos e hinchando el pecho, más se parecía a mi atlético gimnasta del altar mayor de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Podía pasarme yo horas junto a aquel cercado. Deseando esto y aquello, pensando en todo y en nada, dejaba resbalar un palo por el alambrado. Korneff siguió todavía sin aparecer. De una de las ventanas del taller salía un tubo de estufa, de lámina, varias veces acodado, que se elevaba finalmente por encima del tejado. La humareda amarillenta de un carbón pésimo salía en poca cantidad, caía sobre el cartón del tejado, bajaba rezumando a lo largo de las ventanas y de los canalones y se perdía finalmente entre piedras no trabajadas y planchas rotas de mármol del Lahn. Frente a la puerta corredera del taller, cubierto por una porción de lonas y como camuflándose contra los ataques aéreos, había un auto de tres ruedas. Los ruidos que salían del taller —la madera golpeando el hierro y el hierro haciendo saltar la piedra— revelaban al lapidario dedicado a su trabajo.

En mayo no estaban ya las lonas sobre el auto de tres ruedas y la puerta corredera del taller permanecía abierta. En el interior del taller, gris sobre gris, veíanse bloques de piedra sobre los bancos de las sierras, la horca de la pulidora, estantes con modelos de yeso y, finalmente, a Korneff. Andaba encorvado y con las rodillas dobladas. La cabeza tiesa y algo hacia adelante. Unos emplastos color de rosa, ennegrecidos por la grasa, le cruzaban el cogote. Venía rastrillando entre las piedras sepulcrales expuestas, pues estábamos en primavera. Lo hacía con cuidado, dejando tras sí unas huellas cambiantes en la gravilla, y recogía asimismo hojarasca del año anterior pegada a algunos de los monumentos. Llegado junto al alambrado, mientras pasaba cuidadosamente el rastrillo entre almohadas de caliza conchífera y planchas de diabasa, me sorprendió su voz: —Dime, muchacho, ¿es que ya no te quieren en tu casa, o qué?

—Es por sus piedras funerarias, que me gustan extraordinariamente —le dije para halagarlo.

—Eso no hay que decirlo en voz alta —dijo— porque de lo contrario no se tarda en tener una encima.

Sólo entonces hizo un esfuerzo con su nuca rígida, me miró o, mejor dicho, vio mi joroba de soslayo, y dijo:

—¿Qué es lo que han hecho contigo? ¿No te estorba eso al dormir?

Le dejé que se riera y le expliqué a continuación que una joroba no es un estorbo necesariamente, que en cierto modo yo dominaba la mía y que inclusive había mujeres y muchachas a las que la joroba les gustaba, que se adaptaban a las condiciones y posibilidades del jorobado y a las que, para decirlo de una vez, la joroba les hacía gracia.

Korneff meditaba con la barbilla apoyada en el rastrillo: —Sí, es muy posible; ya he oído yo algo de eso.

Luego me contó de cuando había trabajado en el Eifel, en las canteras de basalto, y había tenido relaciones con una mujer a la que se le podía quitar una pierna de madera, creo que la izquierda, lo que comparaba con mi joroba, aunque mi «caja» no se dejara desmontar. El marmolista evocaba sus recuerdos a lo largo, a lo ancho y con todo detalle. Esperé con paciencia a que hubiera terminado y la mujer se hubiera vuelto a poner la pierna, y le rogué que me mostrara su taller.

Korneff abrió la puerta de lámina del centro de la cerca, señaló con el rastrillo a manera de invitación en dirección de la puerta corredera, y yo hice crujir bajo mis plantas la gravilla, hasta que me envolvió el olor de azufre, de cal y de humedad.

Unos pesados bloques de madera, aplanados por arriba y en forma de pera, con surcos que dejaban ver la fibra y revelaban un golpear constante en el mismo sentido, reposaban sobre unas superficies desbastadas, de lados ya escuadrados. Cinceles para desbastar, buriles con mango de madera, hierros dentados reforjados y azules todavía, los largos raspadores con muelles para el mármol, pasta de esmeril secándose sobre unos taburetes cuadrados de madera; sobre polines de madera, lista para salir, una lápida vertical de mármol travertino mate, ya pulida: grasa, amarilla, porosa, para una sepultura de dos cuerpos.

—Esto es el mazo, esto es la gubia, esto la escuadra, y esto —y Korneff levantaba un listón del ancho de la mano y de unos tres pasos de largo y lo verificaba poniéndose el canto junto al ojo—, esto es la regla. Con esto guío los punzones cuando no muerden.

Mi pregunta no fue de pura cortesía: —¿Tiene usted aprendices?

Korneff se lamentó: —Aquí habría trabajo para cinco, pero no hay manera de hallarlos. ¡Ahora todos aprenden el mercado negro, los muy...! —lo mismo que yo, el marmolista estaba en contra de aquellos negocios oscuros que impedían a más de un joven de talento aprender un oficio regular. Mientras Korneff me mostraba diversas muelas de carborundo, de grano grosero o fino, y me demostraba su acción pulidora sobre una losa de Solnhofen, acariciaba yo una idea. Piedra pómez, piedra laca para pulir, tierra de trípoli para dar brillo a lo que antes fuera mate; y, cada vez más clara, mi idea. Korneff me mostraba modelos de escritura y hablaba de caracteres en relieve y bajorrelieve, del dorado de las inscripciones, y de que el dorado no era tan caro como se suponía, ya que con un buen tálero de los de antes bien podían dorarse el caballo y el jinete, lo que en el acto me hizo recordar el monumento ecuestre del emperador Guillermo de Danzig, en el Mercado del Heno, que cabalgaba siempre en dirección de Sandgrube y que ahora los conservadores de monumentos polacos se propusieran tal vez dorar, pero sin renunciar por ello, pese al caballo y al jinete y al dorado de hoja, a mi idea, que cada vez se me iba haciendo más valiosa, y que seguía acariciando y formulaba ya para mis adentros cuando Korneff me

mostró el pantógrafo de tres patas para los trabajos de escultura, golpeando con los nudillos los diversos modelos en yeso del Crucificado, orientados ora a la izquierda ora a la derecha: —¿Conque, necesitaría usted un aprendiz? —mi idea se ponía en marcha—. Entonces, si he comprendido bien, ¿usted anda buscando un aprendiz? —Korneff se frotó los emplastos de su nuca furunculosa—. Quiero decir, ¿me emplearía usted, llegado el caso, como aprendiz? —la cuestión estaba mal planteada y la rectifiqué inmediatamente—: No subestime usted mis facultades, apreciable señor Korneff. Sólo mis piernas son algo debiluchas, pero los brazos, a éstos sí que no les falta nada —entusiasmado ante mi propia decisión y lanzándome ahora a fondo, descubrí mi brazo izquierdo y ofrecí a Korneff, para que lo palpara, un músculo pequeño, eso sí, pero tenso como el de un buey; y, comoquiera que él no hiciera ademán de palparlo, tomé de la caliza conchífera un cincel de desbastar, hice rebotar el metal hexagonal a título de prueba sobre mi montículo del tamaño de una pelota de tenis y no cesé en esta demostración hasta que Korneff puso en marcha la pulidora, hizo girar chirriando un disco azul grisáceo de carborundo sobre el pedestal de travertino de la lápida doble y, con los ojos puestos en la máquina, gritó finalmente, superando el ruido de la máquina: —Piénselo, joven. Esto no es una golosina. Y si al fin te decides, entonces puedes venir, digamos a título de practicante.

Siguiendo el consejo del lapidario, lo estuve consultando con la almohada durante toda la semana, en tanto que de día comparaba las piedras de encendedor del pequeño Kurt con las piedras funerarias del Bittweg y oía los reproches de María: —¡Eres una carga para todos, Óscar! ¡Haz algo: té, cacao o leche en polvo! —pero yo no hacía nada y dejaba que Gusta tomara mi partido contra el mercado negro e invocara el ejemplo del ausente Köster. El que sí me hacía sufrir era mi hijo Kurt, el cual, inventando columnas de cifras y anotándolas en el papel, afectaba no verme, exactamente del mismo modo que yo había afectado no ver por espacio de tantos años a Matzerath.

Estábamos sentados a la mesa para la comida del mediodía. Gusta había desconectado el timbre a fin de que la clientela no nos sorprendiera comiendo huevos revueltos con tocino. María dijo: —Ves, Óscar, esto nos lo podemos permitir porque nos movemos —el pequeño Kurt emitió un suspiro. Las piedras de encendedor habían bajado a dieciocho. Gusta comía abundantemente sin decir palabra. Yo la imitaba y aquello me gustaba; pero por lo mismo y probablemente a causa de aquellos huevos en polvo, sentíame infeliz y, al morder en el tocino algo cartilaginoso experimenté de repente y hasta los bordes mismos de las orejas un gran anhelo de felicidad; contra toda ciencia quería yo la felicidad, contra todo mi escepticismo, que no lograba atemperar mi afán de felicidad. Quería ser inmensamente feliz, y mientras los otros seguían comiendo y se daban por satisfechos con los huevos en polvo, me levanté y me dirigí al armario, como si en su interior se hallara la felicidad; hurgué en mi cajón y hallé, no la felicidad, por cierto, pero sí, tras el álbum de fotos y mi texto, los dos paquetes de desinfectante del señor Fajngold, y de uno de ellos extraje, no la felicidad, por supuesto, pero sí el collar de rubíes de mi pobre mamá perfectamente bien desinfectado; aquel que, hacía años, Jan Bronski cogiera una noche invernal que olía a nieve de un escaparate en el que poco antes Óscar, que entonces era aún feliz y cortaba el vidrio con su canto, había practicado un agujero redondo. Y dejé la casa llevándome la alhaja, viendo en la alhaja el escalón, viendo el camino, y tomé el tranvía de la Estación Central, porque —pensaba yo— si esto me sale bien... bueno, estaba claro que... pero el Manco y el Sajón, al que los otros llamaban Asesor, sólo se dieron cuenta del valor material, sin que llegaran remotamente a sospechar cómo me estaba abriendo la puerta de la felicidad al ofrecerme por el collar de mi pobre mamá una cartera de piel auténtica y quince cartones de cigarrillos Lucky Strike.

Por la tarde estaba yo de regreso en Bilk con la familia. Abrí el bulto: quince cartones —una fortuna— de Lucky Strike en paquetes de a veinte cada uno; dejé que los otros se pasmaran, empujé hacia ellos la montaña de tabaco rubio y dije: esto es para vosotros, pero en adelante dejadme en paz, ya que los cigarrillos bien valen mi tranquilidad y, además, una fiamblera diaria de comida para el mediodía, que desde mañana pienso llevarme cada día en la cartera a mi trabajo. Disfrutad vosotros con la miel artificial y las piedras de encendedor, dije sin resentimiento ni acusación, ya que mi arte es de otra clase y mi felicidad se inscribirá en adelante sobre piedras sepulcrales o, mejor dicho, se cincelarán en ellas.

Korneff me contrató a título de practicante por cien marcos mensuales. Eso era tanto como nada y, sin embargo, valió finalmente la pena. Ya al cabo de una semana hubo de revelarse que mis fuerzas no alcanzaban para las labores pesadas de desbaste. Tenía que desbastar un bloque de granito belga recién llegado de la cantera para un panteón de cuatro plazas, y ya apenas transcurrida una hora casi no podía sostener el cincel y, en cuanto al martillo, sólo lograba manejarlo pesadamente. También el afinado bruto hube de dejarlo a Korneff; me mostré ducho, en cambio, en el pulido, el dentellado, el escuadrado de una superficie con dos reglas, el trazado de los cuatro bordes y el biselado de los mismos. Un cepo cuadrado de madera, en posición vertical, con una plancha encima en forma de T, me servía de asiento; sostenía el buril con la derecha, golpeaba y hacía resonar los mazos de madera y los diversos martillos y, con los sesenta y cuatro dientes del martillo de afinar, mordía la piedra y la ablandaba a la vez. Felicidad: no era el tambor, sin duda, sino tan sólo un sustituto; pero la felicidad bien puede ser también un sustituto, y hasta es posible que la felicidad sólo se dé como sustituto: la felicidad sustituye a la felicidad y se va sedimentando. Felicidad del mármol, felicidad de la arenisca —arenisca del Elba, arenisca del Meno, del más, de todos: felicidad de Kirchheim, felicidad de Grenzheim. Felicidad dura: mármol. Nebulosa, frágil felicidad: alabastro. El acero penetra con toda felicidad la diabasa. Dolomita: felicidad en verde. Blanda felicidad: la toba. Felicidad multicolor del Lahn. Felicidad porosa: basalto. Felicidad fría del Eifel. Cual un volcán brotaba la felicidad, y se sedimentaba en polvo, y me rechinaba entre los dientes.

Mi mano más feliz se revelaba en el grabado de las inscripciones. Incluso a Korneff lo aventajaba en esto y ejecutaba ¡a parte ornamental de la escultura: hojas de acanto, rosas tronchadas para las lápidas infantiles, ramos de palma, símbolos cristianos como el XP o el INRI, ranuras, listones, óvalos, cordones y cordones dobles. Con toda clase de perfiles imaginables proporcionaba Óscar felicidad a piedras sepulcrales de todos los precios. Y cuando después de ocho horas de trabajo había logrado grabar en una lápida pulida de diabasa, que mi aliento volvía siempre mate, una inscripción por el estilo de: Aquí descansa en Dios mi querido esposo —otra línea—, nuestro excelente padre, hermano y tío —otra línea— José Esser —otra línea—, nacido el 3.4.1885 fallecido el 22.6.1946 —otra línea— la Muerte es la puerta de la Vida, entonces, al releer el texto, sentíame sustitivamente ¡ay! agradablemente feliz, y daba gracias una y otra vez por esa felicidad al tal José Esser, fallecido a los sesenta y un años de edad, y a las nubéculas verdes de diabasa que se formaban ante mi cincel, poniendo por lo demás particular esmero en el grabado de las oes del epitafio asseriano. Por donde vino a resultar que la letra O, que a Óscar le producía especial satisfacción, la sacara yo siempre felizmente regular e infinita, aunque tal vez un poco demasiado grande.

Mi trabajo de practicante de lapidario había empezado a fines de mayo. A principios de octubre le salieron a Korneff dos nuevos furúnculos, y tuvimos que colocar la lápida de mármol travertino de Hermann Webknecht y Elsa Webknecht (Freitag, de

soltera) en el cementerio del Sur. Hasta aquel día el marmolista, que no se fiaba todavía de mis fuerzas, nunca me había querido llevar con él a los cementerios. Por lo regular le ayudaba en los trabajos de instalación un operario casi sordo, pero por lo demás bastante útil, de la empresa Julius Wöbel. En compensación, Korneff siempre estaba dispuesto a echar una mano cuando a Wöbel, que normalmente ocupaba a ocho obreros, le faltaba gente. Reiteradamente había ofrecido yo mi colaboración en esos trabajos de instalación, dada la atracción que ejercían sobre mí los cementerios, aunque entonces no tuviera ninguna decisión que tomar en ellos; pero hasta ahí todo había sido en vano. Felizmente, a principios de octubre inicióse en el taller de Wöbel un período de gran actividad, de modo que hasta las primeras heladas no podía prescindir de uno solo de sus hombres. Korneff tuvo que atenerse a mí.

Entre los dos colocamos la losa de travertino sobre unos caballetes atrás del auto, la pusimos luego sobre unos polines de madera dura y la hicimos pasar rodando hasta la plataforma de carga; a continuación cargamos el pedestal, protegimos los cantos con sacos vacíos de papel, cargamos los utensilios, cemento, arena, gravilla y los polines y los caballetes para la descarga, yo cerré la tapa, y ya Korneff estaba sentado al volante y ponía el motor en marcha, cuando sacó la cabeza y la nuca con sus furúnculos por la portezuela lateral y gritó: —¡Vamos, pues, muchacho, ven! ¡Toma tu fiamblera y súbete!

Lento rodeo de circunvalación por los hospitales municipales. Frente al portal principal, nubes blancas de enfermeras. Entre ellas, una conocida mía, la señorita Gertrudis. La saludo con la mano; me contesta. He ahí de nuevo o todavía la felicidad, pienso. Tendría que invitarla —aunque ya no la veo, porque vamos ya en dirección del Rin— a alguna cosa —en dirección de Kappes Hamm—, tal vez al cine o al teatro, a ver a Gründgens. Mas ya nos hace seña el edificio de ladrillo amarillo: invitarla, pero por qué al teatro —y el humo sube del crematorio por encima de unos árboles medio muertos. ¿Qué tal, señorita Gertrudis, si fuéramos alguna vez a otra parte? Otro cementerio, otros talleres de marmolería. Vuelta en honor de la señorita Gertrudis delante de la entrada principal: Beutz & Kanrich, Piedras naturales de Pottgiesser, Bóhm, Pintura funeraria, Gockeln, Flores para cementerio. Control en la puerta; no resulta tan fácil entrar en el cementerio. Conserje con gorra funeraria, travertino para tumba doble, número setenta y nueve, sección ocho, mano a la gorra funeraria, las fiambreras pueden calentarse en el crematorio; y frente a la necrópolis, Leo Schugger.

Le dije a Korneff: —¿No es ése un tal Leo Schugger, el de los guantes blancos?

Korneff, llevándose la mano a los furúnculos: —Ése es Guillermo Babas, y no Leo Schugger; aquí vive.

¿Cómo podía darme yo por satisfecho con semejante información? Después de todo, también yo estaba antes en Danzig y ahora estaba aquí y seguía llamándome Óscar. Allá en mi tierra había uno exactamente igual y se llamaba Leo Schugger, y antes, cuando se llamaba Leo nada más, estaba en el seminario.

Korneff, con la mano izquierda en los furúnculos y dando vuelta con la derecha al coche frente al crematorio: —Puede que haya en ello algo de cierto. Porque yo conozco a varios que antes estaban en el seminario y ahora viven en los cementerios y llevan otros nombres. Pero éste es Guillermo Babas.

Pasamos junto a Guillermo Babas. Nos saludó con su guante blanco y yo me sentí en el cementerio del Sur como en mi casa.

Octubre. Avenidas de cementerio; al mundo se le caen el pelo y los dientes: continuamente van cayendo al suelo, meciéndose, las hojas amarillas. Silencio, gorriones, paseantes; el ruido del motor en dirección de la sección ocho, algo lejos todavía. Y en medio, viejas con regaderas y nietos, sol sobre el negruzco granito sueco, obeliscos, columnas simbólicamente quebradas o destrozos reales de la guerra, un ángel cubierto de moho detrás de un tejo o de algo por el estilo. Una mujer con la mano de mármol ante los ojos, deslumbrada por el propio mármol. Un Cristo en pétreas sandalias da la bendición a los álamos, y otro Cristo, en la sección cuatro, bendice un abedul. Bellos pensamientos en la avenida entre la sección cuatro y la cinco: el mar. Y el mar arroja, entre otras cosas, un cadáver a la playa. Del lado del malecón de Zoppot, música de violines y el tímido arranque de unos fuegos artificiales en beneficio de los ciegos de la guerra. Me inclino, cual Óscar de tres años, sobre los restos de la playa, y espero que sea María, o tal vez la señorita Gertrudis, a la que debería invitar. Pero es la bella Lucía, la pálida Lucía, según me lo dice y confirma aquel fuego artificial que ahora se aproxima a su punto culminante. Lleva asimismo, como siempre que tiene malas intenciones, su chaqueta de punto de Berchtesgaden. La lana que le quitó está mojada. Mojada también la chaqueta que lleva debajo de la chaqueta de Berchtesgaden. Y vuelve a florecerme una chaqueta de punto de Berchtesgaden. Y al final, cuando también el fuego se ha apagado y sólo quedan los violines, bajo la lana encuentro sobre la lana, en lana envuelto en una malla de la Federación de Muchachas Alemanas, su corazón, el corazón de Lucía, una minúscula lápida fría sobre la que está escrito: Aquí yace Óscar... Aquí yace Óscar... Aquí yace Óscar...

—¡No te duermas, muchacho! —Korneff interrumpió mis bellos pensamientos traídos por el mar e iluminados por fuegos de artificio. Doblamos a la izquierda, y la sección ocho, un campo nuevo sin arbolado y con pocas tumbas, abríase ante nosotros, llano y ávido. Destacábanse claramente de la monotonía de las tumbas no cuidadas, por demasiado frescas todavía, los cinco últimos entierros: montañas putrescentes de coronas con cintas deslavadas por la lluvia.

No tardamos en hallar el número setenta y nueve al principio de la cuarta hilera, junto a la sección siete, que ostentaba algunos árboles jóvenes de crecimiento rápido y buen número de lápidas comunes regularmente dispuestas, en su mayoría de mármol de silesia. Nos acercamos al setenta y nueve por detrás y descargamos los bártulos, el cemento, la gravilla, la arena, el pedestal y la losa de travertino, de brillo ligeramente grasiento. Las tres ruedas brincaron al hacer rodar nosotros el bloque sobre los polines desde la plataforma a los caballetes. Korneff quitó de la cabecera de las sepulturas la cruz provisional de madera, en cuyo travesano se leía: H. Webknecht y E. Webkencht, pidióme el azadón y empezó a cavar los dos hoyos de uno sesenta de profundidad, conforme al reglamento del cementerio, para los soportes de cemento, en tanto que yo iba a buscar agua a la sección siete, preparaba luego la mezcla y la tenía lista cuando él, al llegar a uno cincuenta, dijo: listos, y yo pude empezar a llenar los hoyos. Ahora Korneff, jadeante, estaba sentado sobre la losa de travertino y, llevándose la mano a la nuca, se palpaba los furúnculos. —Ya están a punto. Sé muy bien cuándo están maduros y van a reventar. —Yo iba vertiendo el cemento sin pensar en nada en particular. Del lado de la sección siete avanzaba lentamente un cortejo fúnebre protestante, cruzando la sección ocho, hacia la nueve. Al pasar a tres hileras de distancia de nosotros, Korneff se incorporó de su asiento y, conforme a las disposiciones del cementerio, nos quitamos las gorras a partir del pastor y hasta que hubieron desfilado los allegados más próximos. Iba detrás del ataúd,

completamente sola, una viejita de negro toda torcida. Los que seguían eran todos mucho más altos y fornidos.

—¡No los llenes del todo! —gimió Korneff a mi lado—. Siento que van a reventar antes de que acabemos de fijar la losa.

Entretanto el cortejo había llegado a la sección nueve, cerraba filas y dejaba oír la voz alternativamente ascendente y descendente de un pastor. Hubiéramos podido colocar ahora el pedestal sobre la base, ya que la mezcla había cuajado. Pero Korneff se echó de bruces sobre la losa de travertino, puso la gorra entre la frente y la piedra y, dejando su nuca al descubierto empezó a soltarse el cuello de la chaqueta y de la camisa, en tanto que iban llegando a la sección ocho detalles de la vida del difunto de la nueve. No sólo tuve que encaramarme sobre la losa, sino que me senté directamente sobre la espalda de Korneff y pude darme cuenta del asunto: eran dos, uno al lado del otro. Un rezagado, con una corona demasiado grande para él, dirigíase a la sección nueve y al sermón que ya iba tocando a su fin. Después de haber separado el emplasto de un solo tirón, aparté con una hoja de haya el ungüento antiséptico y percibí los dos quistes, casi iguales, de un pardo alquitranado tirando a amarillo. «Oremos», soplaba desde la sección nueve el viento. Lo interpreté como una indicación, ladeé la cabeza y, poniéndome unas hojas de haya bajo los pulgares, empecé a apretar y a tirar. «Padre Nuestro...», rechinaba Korneff: —¡No aprietes, tira! —Tiré: «...sea Tu nombre», alcanzaba a seguir a Korneff, «vénganos el Tu reino». En esto, viendo que el tirar no servía de nada, apreté. «Hágase Tu voluntad, así como». Fue un milagro que no explotara. Y de nuevo «dánosle hoy». Korneff volvía al texto: «deudores y no nos dejes caer...» Era más de lo que yo esperaba. «Reino, Poder y Grandeza». Yo exprimía el resto colorado. «Eternidad, Amén». Y en tanto que yo seguía exprimiendo, Korneff: «Amén»; y yo volví a apretar: «Amén», cuando los de la sección nueve empezaban ya con el pésame, y Korneff otra vez: «Amén»; y seguía tendido de bruces sobre el travertino, y libre ya, gemía: «Amén» y también: —¿Tienes más cemento para el pedestal inferior? —Sí, lo tenía, y él: «Amén».

Las últimas paletadas las eché a manera de unión entre los dos soportes. En esto delizóse Korneff de la superficie pulida de la inscripción y se hizo mostrar por Óscar las hojas otoñales coloradas con el contenido igualmente colorado de los furúnculos. Nos pusimos nuevamente las gorras, echamos mano a la losa y levantamos el monumento funerario de Hermann Webknecht y de Elsa Webknecht, de soltera Freytag, en tanto que el cortejo fúnebre de la sección nueve se iba desintegrando.

Fortuna Norte

Las piedras funerarias sólo podían permitírselas en aquella época los que dejaban sobre la tierra algo de valor. No era preciso que fueran un diamante o una sarta de perlas del largo de una vara. Por cinco quintales de patatas obteníase ya una losa pulida de caliza conchífera de Grenzheim. Un monumento de granito belga sobre tres pedestales para dos personas nos reportó tela para dos trajes con chaleco. La viuda del sastre, que es la que tenía la tela y que seguía empleando a un operario, nos ofreció la hechura por una bonita orla de dolomita.

Así que una tarde, al salir del trabajo, Korneff y yo tomamos el 10 en dirección de Stockum, visitamos a la viuda Lennert y nos hicimos tomar las medidas. Óscar llevaba entonces un ridículo uniforme de cazador de tanques, que María le había arreglado y, pese

a que le había corrido los botones, no lograba yo abrochar debido a mis dimensiones particulares.

El operario, al que la viuda Lennert llamaba Antonio, hizome de una tela azul oscuro de rayado fino un traje a mi medida: chaqueta recta, con forro gris ceniza, los hombros acolchados, pero sin aparentar más de la cuenta, la joroba sin disimulo, antes bien decorosamente subrayada, y el pantalón con vuelta, pero no demasiado ancha. El Maestro Bebra seguía siendo mi modelo en materia de indumentaria elegante. De ahí que el pantalón tampoco tuviera pasadores para el cinturón, sino botones para los tirantes, en tanto que el chaleco era lustroso por detrás y mate por delante, con el forro rosa añejo. Hubo necesidad de cinco pruebas.

Y aún mientras el operario trabajaba en el traje cruzado de Korneff y en el mío recto, un traficante en zapatos andaba ya buscando para su esposa, fallecida en el cuarenta y tres a consecuencia de un bombardeo, una losa de a metro. El hombre quería al principio pagarnos con vales, pero nosotros queríamos mercancía. Por el mármol de Silesia con borde de piedra artificial y su colocación obtuvo Korneff un par de zapatos bajos marrón oscuro y unas zapatillas con suela de cuero. A mí me tocó un par de zapatos de lazos, bastante pasados de moda pero extraordinariamente flexibles. Tamaño treinta y cinco: conferían a mis débiles pies un apoyo firme y elegante.

De las camisas se encargó María. Le puse un fajo de marcos sobre la balanza de la miel artificial: —¿Podrías comprarme un par de camisas blancas, una de rayitas, y dos corbatas, una gris claro y otra marrón? El resto es para el pequeño Kurt o para ti, mi querida María, que nunca piensas en ti misma y siempre sólo en los demás.

Puesto a sentirme espléndido, le regalé a Gusta un paraguas con mango de cuerno auténtico y un juego de naipes de skat de Altenburg apenas usados, ya que le gustaba echarlos para saber cuándo iba a regresar Köster, y le molestaba tener que pedirlos prestados a algún vecino.

María se apresuró a cumplir mi encargo y con lo que le sobró del dinero se compró un impermeable para ella y una mochila escolar de piel artificial para el pequeño Kurt, la cual, por horrorosa que fuera, no dejaría de cumplir provisionalmente su cometido. A las camisas y corbatas añadió tres pares de calcetines grises que se me había olvidado encargarle.

Cuando Korneff y Óscar fueron a recoger sus trajes, nos miramos cohibidos en el espejo de la sastrería, impresionadísimos el uno con el otro. Korneff apenas se atrevía a mover su nuca surcada por las cicatrices de los furúnculos. Los brazos le colgaban desmañadamente y trataba de mantener derechas las piernas. A mí el traje nuevo me daba, sobre todo cuando cruzaba los brazos sobre el pecho y agrandaba así mis proporciones horizontales superiores, apoyándome en la delgada pierna derecha e inclinando negligentemente la izquierda, un aire demoníaco e intelectual. Sonriendo con satisfacción ante la cara de asombro que ponía Korneff, me acerqué al espejo, y me planté tan cerca de aquella superficie dominada por mi imagen que hubiera podido besarla; pero no hice más que echarle el aliento y decir, en son de broma: —¡Hola, Óscar! ¡Ya sólo te falta un alfiler de corbata!

Cuando a la semana siguiente visité un domingo por la tarde los hospitales municipales y me mostré a las enfermeras hecho todo un pimpollo, satisfecho y sin que me faltara el menor detalle, era yo ya poseedor de un alfiler de corbata con una perla.

Al verme sentado en su sala de guardia, las excelentes muchachas se quedaron patidifusas. Esto sucedía a fines del verano del cuarenta y siete. Crucé en la consabida forma mis brazos ante el pecho y jugueteé con mis guantes de piel. Hacía ya un año que era yo practicante de lapidario y maestro en materia de vaciado con la gubia. Crucé una pierna del pantalón sobre la otra, sin por ello descuidar los pliegues de las mismas. La buena de Gusta cuidaba del vestido como si hubiera sido confeccionado para aquel Köster que a su regreso había de cambiarlo todo. La señorita Helmtrud quería tocar la tela, y la tocó, en efecto. Para el pequeño Kurt compré en la primavera del cuarenta y siete, cuando celebramos su séptimo aniversario con rompo y tarta seca de confección casera —receta: ¡tómese!—, un abrigo gris ratón de paño sin batanar. Ofrecí a las enfermeras, a las que había venido a añadirse la señorita Gertrudis, unos bombones que nos había reportado, junto con veinte libras de azúcar cande, una losa de diabasa. A mi modo de ver, al pequeño Kurt le gustaba demasiado ir a la escuela. La maestra, fresca y sin comparación alguna con la Spollenhauer, io elogiaba y decía que era inteligente aunque algo serio. ¡Cuan alegres pueden ser las enfermeras cuando se les ofrecen bombones! Al encontrarme unos momentos a solas con la señorita Gertrudis en la sala de guardia, le pregunté acerca de sus domingos libres.

—Bueno, hoy, por ejemplo, tengo libre a partir de las cinco. Pero de todos modos tampoco se puede hacer nada en la ciudad —dijo con aire de resignación.

Mi opinión fue que era cosa de probarlo. Al principio, ella era del parecer que no valía la pena intentarlo y que prefería recuperar el sueño atrasado. Entonces me hice más insinuante y formulé mi invitación y, al ver que no acababa de decidirse, concluí en tono de misterio: —¡Anímese usted, señorita Gertrudis! ¡La juventud pasa, y los cupones para pasteles no nos faltan! —a título de acompañamiento me di unas palmaditas ligeramente estilizadas en el pecho, sobre la tela del bolsillo interior, le ofrecí otro bombón y no dejé de sentir, curiosamente, cierto escalofrío cuando la robusta muchacha de Westfalia, que no era en modo alguno mi tipo, dijo, mirando al botiquín: —Bueno, pues, si a usted le parece. Digamos a las seis; pero no aquí; digamos en la Plaza Cornelius.

Nunca me hubiera yo atrevido a dar a la señorita Gertrudis una cita en el vestíbulo o ante la entrada principal de los hospitales municipales. Así pues, la esperé bajo el reloj automático de la Plaza Cornelius. que, resentido todavía de los efectos de la guerra, aún no marcaba las horas. Vino puntualmente, según pude comprobarlo en el reloj de bolsillo, no muy caro, que había adquirido yo unas semanas antes. Casi no la hubiera reconocido, porque de haberla percibido a tiempo al bajarse ella en la parada del tranvía de enfrente, digamos a unos cincuenta pasos de distancia, me hubiera yo escabullido decepcionado; porque la señorita Gertrudis no venía como la señorita Gertrudis, es decir en blanco con el broche de la Cruz Roja, sino cual una señorita Gertrudis Wilms cualquiera, de Hamm o de Dortmund o de cualquier otro lugar entre Hamm y Dortmund, en un vestido civil de confección mediocre.

No se dio cuenta de mi desencanto y me contó que había estado en un tris de no llegar, porque la enfermera jefe, sólo para fastidiarla, le había confiado un encargo poco antes de las cinco.

—Pues bien, señorita Gertrudis, ¿puedo hacerle algunas proposiciones? Podríamos ir primero tranquilamente a un salón de té, y luego a lo que usted quiera: al cine tal vez, porque para el teatro ya no hay, desgraciadamente, manera de conseguir entradas; o bien, ¿qué le parecería a usted un dancing?

—¡Oh, sí, vamos a bailar! —exclamó entusiasmada, y sólo demasiado tarde se dio cuenta, pero entonces disimulando apenas su espanto, que como pareja de baile haría yo una figura bien vestida, sin duda, pero de todos modos imposible.

Con cierta maliciosa satisfacción —¡Ah, si hubiera venido con aquel uniforme de enfermera que yo apreciaba tanto!— me aferré al proyecto que había obtenido ya su visto bueno, y ella, que carecía de imaginación, no tardó en olvidar su susto, comió conmigo —yo un pedacito y ella tres pedacitos— un pastel que debían haber confeccionado con cemento y, después que hube pagado con cupones y con dinero sonante, cogió conmigo, junto al almacén de K.och del Wehrhahn, el tranvía que iba a Gerresheim, porque me había dicho Korneff que al pie del Grafenberg había un local de baile.

Tuvimos que hacer a pie el último tramo del camino, ya que el tranvía paraba antes de la subida. Era un atardecer de septiembre, tal como se lee en los libros. Las sandalias de la señorita Gertrudis, que eran de suela de madera y no requerían cupones para su adquisición, castañeteaban como el molino junto al arroyo. Eso me ponía alegre. La gente que venía cuesta abajo se volvía para mirarnos. A la señorita Gertrudis eso le resultaba penoso. Yo ya estaba acostumbrado y no me importaba: al cabo eran mis cupones los que le habían proporcionado tres pedacitos de pastel de cemento en el salón de té de Kürten.

El dancing se llamaba Wedig, y llevaba el subtítulo de Castillo del León. Ya en la taquilla se produjeron risas sofocadas y, cuando entramos, las cabezas se volvieron hacia nosotros. Vestida de civil, la señorita Gertrudis sentíase insegura y, si el camarero y yo no la hubiéramos sostenido, habría tropezado con una silla plegable. El camarero nos asignó una mesa cerca de la pista y yo pedí dos refrescos, añadiendo por lo bajo, en forma que sólo lo oyera el camarero: —Con piquete, por favor.

El Castillo del León constaba principalmente de una sala que en otro tiempo pudo haber servido de picadero. La parte superior de la misma, o sea el techo abundantemente dañado, hallábase adornado con serpentinas y guirnaldas de papel procedentes del último carnaval. Unas luces esmeriladas y coloreadas ponían reflejos en el pelo peinado firmemente hacia atrás de jóvenes traficantes del mercado negro, elegantes en parte, y en las blusas de satén de unas muchachas que parecían conocerse todas entre sí.

Cuando nos hubieron servido los refrescos con piquete, le compré al camarero diez cigarrillos americanos, ofrecí uno a la señorita Gertrudis y otro al camarero, que se lo puso detrás de la oreja y, una vez que le hube dado fuego a mi dama, saqué la boquilla de ámbar de Óscar y me fumé hasta la mitad un cigarrillo Camel. Las mesas de al lado se calmaron. La señorita Gertrudis atreviase ya a levantar la mirada. Y cuando apagué en el cenicero la soberbia mitad del Camel y la dejé allí abandonada, la señorita Gertrudis la cogió con mano experta y la guardó en uno de los compartimientos interiores de su bolsito de mano de plástico.

—Para mi prometido en Dortmund —dijo—; fuma como un desesperado.

Me alegré de no tener que ser su prometido, así como de que empezara la música.

La orquesta, compuesta de cinco músicos, tocó: Don'tfence me in. Atravesando la pista en diagonal y sin toparse unos con otros, los varones, que caminaban sobre suelas de crepé, se pescaban muchachas, las cuales, al levantarse, dejaban sus bolsos a alguna amiga para que se los guardara.

Había algunas parejas que bailaban con gran soltura, como si fueran profesionales. Mascábase mucho chewing—gum. Algunos bailarines parábanse por algunos compases y

sostenían del brazo a las muchachas que seguían agitándose con impaciencia desde su punto de apoyo. Palabras sueltas en inglés conferían sabor al vocabulario renano. Antes de que las parejas volvieran a unirse para el baile, pasábanse pequeños objetos de mano en mano: los verdaderos traficantes de mercado negro no conocen el descanso.

Dejamos pasar esa pieza, y también el fox siguiente. Óscar miraba ocasionalmente las piernas de los varones y, cuando la banda atacó Rosamunda, invitó a bailar a la señorita Gertrudis, que no sabía lo que le pasaba.

Recordando las habilidades de danzarín de Jan Bronski, me lancé a un tango; medía dos cabezas menos que la señorita Gertrudis y no sólo me daba cuenta del aspecto grotesco de nuestro acoplamiento, sino que más bien tendía a subrayarlo. Ella se dejaba conducir con resignación, y yo, aguantándola por las posaderas con la palma de la mano hacia fuera —sentí treinta por ciento de lana— empujé a la robusta señorita Gertrudis, con mi mejilla junto a su blusa, hacia atrás, siguiendo sus pasos y solicitando sitio con nuestros brazos tendidos por la izquierda, de un extremo a otro de la pista. La cosa fue mejor de lo que yo me había atrevido a esperar. Me permití practicar unas evoluciones y, sin perder arriba contacto con su blusa, aguantábame abajo ya a la derecha ya a la izquierda de su cadera, que me ofrecía apoyo, y giraba a su alrededor, sin perder en ello esa actitud clásica del tanguista, que tiene por objeto dar la impresión de que la dama se va a caer hacia atrás y el caballero que trata de tumbarla va a caerse sobre ella, y sin embargo ni él ni ella se caen, porque los dos son excelentes bailarines.

No tardamos en tener espectadores. Yo oía exclamaciones por el estilo de: —¿No te dije yo que ése era un Jimmy? ¡Mira qué bien baila el Jimmy! ¡Venga, Jimmy! Come on, Jimmy! Let's go, Jimmy!

Desgraciadamente yo no alcanzaba a ver la cara de la señorita Gertrudis y sólo me cabía esperar que ella tomara estas incitaciones con satisfacción y calma, cual una ovación de la juventud, y que se adaptara al aplauso con la misma naturalidad con que sabía adaptarse a menudo, en su trabajo de enfermera, a los piropos de los pacientes.

Cuando nos sentamos seguían aplaudiendo. La banda de los cinco marcó la rúbrica, en la que el de la batería se distinguió especialmente, y luego otra y otra más. —Jimmy! —gritaban, y—: ¿Ya viste la pareja? —En esto levantóse Gertrudis, balbuceó algo acerca de que iba a la toilette, cogió su bolso con el medio cigarrillo para el prometido de Dortmund y, toda colorada y dándose contra las sillas y las mesas, se abrió paso en dirección de la toilette al lado de la taquilla.

Ya no volvió. Del hecho de que antes de irse vaciara de un solo trago su vaso de refresco pude deducir que el vaciar el vaso significa adiós: la señorita Gertrudis me dejó plantado.

¿Y Óscar? Con un cigarrillo americano en la boquilla de ámbar, pidió al camarero que retirara discretamente el vaso vaciado hasta las heces por la señorita Gertrudis, un alcohol sin refresco. Costara lo que costara, Óscar sonreía. Sonreía dolorosamente, sin duda, pero sonreía y, cruzando arriba los brazos y poniendo abajo una pierna del pantalón sobre la otra, mecía negligentemente un elegante zapato de lazos, tamaño treinta y cinco, y saboreaba la superioridad del abandonado.

Los jóvenes asiduos al Castillo del León se mostraron simpáticos y, al pasar junto a mí girando sobre la pista, me hacían señas amistosas: «Hallo!», gritaban los varones; «Take it easy!», decían las muchachas. Yo daba las gracias con mi boquilla a aquellos representantes del verdadero humanitarismo, y me sonreí satisfecho cuando el de la batería

empezó a redoblar profusamente y, ejecutando un solo de tambor, bombo, platillos y triángulo, que me recordaba mis buenos tiempos de debajo de las tribunas, anunció que ahora tocaba a las damas escoger a sus caballeros.

La banda se prodigó con ardor y tocó Jimmy the Tiger. Esto era sin duda alguna en mi honor, aunque nadie del Castillo del León pudiera tener la menor noticia de mi carrera de tambor debajo de las tribunas. En todo caso, aquel temblorín de muchacha de pelo revuelto de color caoba que me eligió para formar pareja con ella me susurró al oído, con su voz enronquecida por el tabaco y mascando chewing—gum: —Jimmy the Tiger. —Y mientras evocando la jungla y sus peligros girábamos velozmente, lo que duró aproximadamente unos diez minutos, el tigre rondaba por allí sobre sus patas de tigre. Y nuevamente hubo redoble de tambor, y aplauso, y nuevo redoble, porque yo llevaba una joroba bien vestida, era ágil de piernas y, cual Jimmy the Tiger, no hacía en ningún modo mala figura. Invité a mi mesa a la dama que me mostraba tal afecto, y Helma —tal era su nombre— me pidió permiso para llamar a su amiga Hannelore. Esta era taciturna, sedentaria y bebía mucho. A Helma, en cambio, le daba más por los cigarrillos americanos, y tuve que pedirle más al camarero.

Una simpática velada. Yo bailé «Hebaberiba», «In the mood» y «Shoeshine boy», conversé en los intermedios y entretuve a dos muchachas fáciles de contentar, que me contaron que trabajaban las dos en la central telefónica de la Plaza Graf Adolf, sección de larga distancia, y que había además otras muchas de la misma central que venían todos los domingos al Castillo del León. En todo caso, ellas venían todos los fines de semana, siempre que no estaban de servicio, y también yo prometí volver más a menudo, porque Helma y Hannelore eran un encanto y porque con las muchachas de larga distancia —aquí hice un juego de palabras que las dos captaron inmediatamente— uno podía también entenderse perfectamente muy de cerca.

Dejé de ir a los hospitales municipales por algún tiempo. Y cuando luego volví una que otra vez por ellos, la señorita Gertrudis había sido transferida a la sección de ginecología, así que ya no la volví a ver; sólo en una ocasión, de lejos, cambiamos un saludo. Del Castillo del León, en cambio, me hice cliente asiduo. Las muchachas me trataban bien, pero sin excederse. Por su mediación conocí a algunos miembros del ejército británico de ocupación, aprendí unas cien palabras en inglés y contraí asimismo amistad con algunos músicos de la orquesta, con los que inclusive llegué a tutearme. Sin embargo, por lo que se refiere al tambor, me abstuve, y nunca me senté detrás de la batería; me daba por satisfecho con la pequeña felicidad que me procuraba la percusión de los epitafios en la barraca de marmolista de Korneff.

Durante el rudo invierno del cuarenta y siete al cuarenta y ocho mantuve el contacto con las dos muchachas de la central telefónica y hallé también algún calor, no demasiado costoso, con la callada y sedentaria Hannelore, en lo que sin embargo guardamos cierta distancia, limitándonos al manoseo sin compromiso.

El marmolista suele cuidarse durante el invierno. Hay que reforjar los utensilios, se prepara la superficie de algunos bloques antiguos para las inscripciones y, donde faltan los cantos, se practican filetes o ranuras. Korneff y yo volvimos a llenar el depósito de losas funerarias, aligerado durante el otoño, y colamos algunas piedras artificiales con restos de caliza conchífera. Por mi parte probé también mi habilidad con el pantógrafo en esculturas fáciles, ejecuté algunos relieves, cabezas de ángel, Cristos coronados de espinas y la paloma del Espíritu Santo. Cuando nevaba, abría yo paso en la nieve con la pala, y cuando no nevaba, deshela la tubería de agua con la pulidora.

A fines de febrero del cuarenta y ocho —el carnaval me había enflaquecido y posiblemente había adquirido cierto aire intelectual, porque algunas muchachas del Castillo del León me llamaban «doctor»—, vinieron, poco después del miércoles de Ceniza, los primeros campesinos de la orilla izquierda del Rin y examinaron nuestro depósito de lápidas. Korneff estaba ausente. Se hallaba practicando su cura anual contra el reumatismo, trabajaba en unos altos hornos en Duisburg y, cuando después de dos semanas volvió desecado y sin furúnculos, había ya logrado yo vender ventajosamente tres lápidas, entre ellas una para un panteón de tres plazas. Korneff se arregló por su parte para dos lápidas de caliza conchífera de Kichheim y, a mediados de marzo, empezamos con la colocación. Un mármol de Silesia fue a Grevenbroich; las dos lápidas de Kirchheim se levantan en el cementerio de una aldea cerca de Neus, y la arenisca roja del Meno con las cabezas de ángel esculpidas por mí puede admirarse hoy todavía en el cementerio de Stomml. La diabasa con el Cristo coronado de espinas para el panteón triple la cargamos a fines de marzo y fuimos lentamente, porque el cochecito estaba sobrecargado, en dirección de Kappes Hamm y del puente de Neus. De ahí fuimos a Rommerskirchen pasando por Grevenbroich, dejamos Niederaussem atrás y llevamos la pieza con el pedestal, sin rotura del eje, al cementerio de Oberaussem, situado sobre una colina que se tiende suavemente hacia la aldea.

¡Qué panorama! A nuestros pies la cuenca carbonífera del Erftland. Las ocho chimeneas de la fábrica Fortuna, que elevan sus penachos de humo hacia el cielo. Se trata de la nueva central eléctrica Fortuna Norte, siempre siseante, siempre a punto de explotar. Detrás, los escoriales con sus funiculares y sus vagonetas de volquete. Cada tres minutos, un tren eléctrico, cargado de coque o vacío. Viniendo de la central o yendo hacia la central, pasando sobre el ángulo izquierdo del cementerio, primero como de juguete y, luego, como de juguete para gigantes, la línea de alta tensión en columnas de tres en fondo, zumbando y tensa, en dirección de Colonia. Otras líneas, en el horizonte, hacia Bélgica y Holanda: un nudo, empalme del universo. Colocábamos el panteón de diabasa para la familia Flies: la electricidad se produce cuando... El sepulturero y su ayudante, que aquí sustituía a Leo Schugger, vinieron con sus utensilios cerca de donde estábamos, en el campo de tensión, y empezaron con una exhumación tres hileras más abajo de nosotros —tenían lugar aquí unos trabajos de reparación—, y hasta nosotros llegaban los olores típicos de una exhumación demasiado precoz. Nada repelente, no, estábamos en marzo. Tierras de labranza entre montañas de coque. El sepulturero llevaba unos anteojos de alambre y discutía a media voz con su Leo Schugger, hasta que la sirena de Fortuna Norte emitió su aliento por espacio de un minuto, dejándonos a nosotros sin él —no hablemos ya de la mujer que se trataba de exhumar—; sólo la alta tensión se mantenía, y luego la sirena se volcó, cayó por el bordo y se ahogó, en tanto que de los grises tejados de pizarra de la aldea se elevaban en rizos las humaredas de mediodía e, inmediatamente después, las campanas de la iglesia: *ora et labora* —industria y religión mano a mano. Cambio de turno en Fortuna Norte; nosotros, nuestro pan con tocino. Pero una exhumación no admite descanso, como tampoco la alta corriente, que venía sin cesar y a toda velocidad hacia las potencias victoriosas, iluminando a Holanda, en tanto que aquí seguíamos con los cortes; con todo, la mujer volvió a la luz.

Mientras Korneff excavaba los hoyos para las bases hasta uno cincuenta, la sacaron al fresco, y no hacía mucho que yacía abajo; estaba en la oscuridad sólo desde el otoño y, sin embargo, había ya avanzado mucho; así como todo hoy en día adelanta rápidamente y como avanza también el desmantelamiento junto al Rin y al Ruhr, así aquella mujer, durante el invierno que yo había dilapidado tontamente en el Castillo del León, había

combatido severamente consigo misma bajo la costra de tierra helada de la cuenca carbonífera y ahora era preciso convencerla, en tanto que nosotros vertíamos el cemento y colocábamos el pedestal, de que se dejara exhumar por partes. Pero para ello estaba ya la caja de zinc, para que nada, absolutamente nada se perdiera —como pasaba con los niños que a la salida de los camiones sobrecargados de Fortuna Norte los seguían corriendo para recoger el carbón que se les caía, porque el cardenal Frings había dicho desde el pulpito: En verdad os digo, robar carbón no es pecado. Pero a ella nadie tenía que calentarla. No creo que en el aire de marzo proverbialmente fresco tuviera frío, mayormente por cuanto le quedaba todavía piel bastante, aunque permeable y deshilachada, pero en compensación, en cambio, conservaba pedazos de tela y cabello, con permanente todavía —de ahí probablemente el nombre—; y además los herrajes del ataúd eran igualmente dignos de traslado, e inclusive los pedacitos de madera querían descansar en otro cementerio donde no hubiera campesinos ni mineros de Fortuna. No; la mujer quería volver a la ciudad, donde siempre hay mucho movimiento y funcionan diecinueve cines a la vez, porque se trataba de una evacuada, según lo explicaba el sepulturero, y no de una de allí: —La vieja vino de Colonia y va ahora a Müllheim, del otro lado del Rin —dijo, y hubiera dicho más todavía, a no ser por la sirena, que volvió a serlo por espacio de un minuto; y yo, aprovechando la sirena, me acerqué a la exhumación, sustrayéndome con rodeos a la una, pues quería ser testigo de la otra, y llevó algo conmigo que luego, junto a la caja de zinc, resultó ser mi pala, que yo tal vez no había llevado para ayudar, sino simplemente porque la tenía conmigo, y así también la moví y recogí con ella algo: la pala era una pala procedente del antiguo Servicio de Trabajo del Reich. Y lo que recogí con la pala del S.T.R. era lo que habían sido o seguían siendo los dedos medio y anular —según sigo creyendo— de la mujer evacuada, que no se habían desprendido solos, sino que más bien el que estaba sacándolos, totalmente desprovisto de sentimientos, había cortado. Y a mí me parecía que debían de haber sido bellos y hábiles, lo mismo que la cabeza de la mujer, depositada ya en la caja de zinc, había también conservado a lo largo de aquel invierno de posguerra del cuarenta y siete, que como es sabido fue duro, cierta regularidad, de modo que también aquí podía hablarse de belleza, aunque ya en ruinas. Por lo demás, la cabeza y los dedos de la mujer me afectaban más de cerca y en forma más humana que la belleza de la central Fortuna Norte. Es posible que yo saboreara la atmósfera del paisaje industrial a la manera como había saboreado antes a Gustaf Gründgens en el teatro, pero frente a esas bellezas aprendidas manteníame, con todo, escéptico, en tanto que la evacuada me afectaba en forma mucho más natural. Admito que la alta tensión me inspiraba, lo mismo que Goethe, un sentimiento universal, pero los dedos de la mujer, en cambio, me hablaban al corazón, aunque yo me la representara más bien como hombre, porque esto convenía mejor a las decisiones que me proponía adoptar y se adaptaba también mejor a la comparación que hacía de mí a un Yorick y de la mujer —mitad abajo todavía y mitad en la caja de zinc— a un Hamlet, o sea un hombre, si es que puede considerarse hombre a Hamlet. Y yo, Yorick, acto quinto, el bufón: «Conocíle, Horacio», primera escena; yo, que en todos los escenarios del mundo —«¡Ay, pobre Yorick!»— presto mi calavera a Hamlet, a fin de que un Gründgens o un Sir Laurence Olivier cualquiera pueda emitir a su propósito, en el papel de Hamlet, sus reflexiones: «¿Dónde quedan tus chistes, tus ocurrencias?», yo tenía en mi pala del Servicio de Trabajo del Reich los dedos de Hamlet, y plantado en el suelo firme de la cuenca carbonífera del Bajo Rin, entre unas tumbas de mineros, campesinos y sus familiares, miraba abajo los tejados de pizarra de la aldea de Oberaussem, tomaba el cementerio rural por centro del universo y la central Fortuna Norte por una imponente semi—divinidad que se me enfrentaba; aquellos campos se me hacían los campos de Dinamarca, el Erft era mi Belt, y toda aquella pudrición pudriase en el reino de los

daneses. Yo, Yorick, exaltado, tenso, crepitante, cantando arriba de mí mismo; pero eran los ángeles de la alta tensión los que cantaban en columnas de tres en fondo, hacia el horizonte, donde quedaban Colonia y su Estación Central junto al monstruo gótico, al que proveían de corriente, volando sobre campos de nabos, en tanto que la tierra suministraba carbón y el cadáver no de Yorick, sino de Hamlet. Los demás, en cambio, que nada tenían que ver con el teatro, tenían que quedarse abajo —«Los que habían llegado hasta allí. Lo demás es silencio»— y se les ponían losas encima, lo mismo que nosotros imponíamos a la familia Flies la triple lápida de diabasa. En cuanto a mí, sin embargo, en cuanto a Óscar Matzerath, Bronski y Yorick, empezaba para mí una nueva época y, consciente apenas de ello, contemplaba yo rápidamente, antes de que pasara, los dedos momificados del Príncipe Hamlet en mi pala: «Está demasiado gordo y respira con dificultad.» Dejaba, acto tercero, que Gründgens se preguntara en la primera escena a propósito del ser o no ser, y rechazaba este planteamiento estúpido por cosas mucho más concretas: mi hijo y las piedras de encendedor de mi hijo, mis presuntos padres terrenales y celestiales, las cuatro faldas de mi abuela, la belleza imperecedera en las fotos de mi pobre mamá, el laberinto de cicatrices en la espalda de Heriberto Truczinski, los cestos de cartas chupadores de sangre del edificio del Correo polaco, América —pero, ¿qué es América, comparada con la línea del tranvía número 9 de Brösen?—, opuse el olor de vainilla de María, perceptible todavía en ocasiones, a la locura de la cara triangular de Lucía Rennwand, rogué a aquel señor Fajngold que desinfectaba aun la muerte que buscara en la tráquea de Matzerath la insignia del Partido imposible de hallar, y le dije a Korneff o, más bien, a los postes de la alta tensión —próximo ya a llegar a la decisión pero sintiendo, con todo, la necesidad de encontrar una fórmula teatral que pusiera a Hamlet en solfa e hiciera de mí, Yorick, un verdadero ciudadano— díjele pues a Korneff, cuando éste me llamó porque había que afirmar las juntas del pedestal con la lápida de diabasa —díjele, bajando más la voz y animado del deseo de poder convertirme finalmente en ciudadano, e imitando superficialmente a Gründgens, aunque éste no era para el papel de Yorick— díjele por encima de la pala: —Casarme o no casarme, ésa es la cuestión.

A partir de aquel cambio en el cementerio, frente a Fortuna Norte, dejé de concurrir al dancing del Castillo del León llamado Wedig y rompí toda relación con las muchachas de la central de larga distancia, cuya ventaja principal había consistido precisamente en poder establecer rápida y satisfactoriamente la conexión.

En mayo compré para María y para mí entradas para el cine. Después de la sesión fuimos a un restaurant, comimos relativamente bien y conversamos; María estaba preocupada porque la mina de las piedras de encendedor del pequeño Kurt se había agotado, porque el negocio de la miel artificial aflojaba y porque yo con mis pobres fuerzas —así lo dijo— hacía ya meses que sostenía a toda la familia. La tranquilicé, le dije que Óscar lo hacía de buena gana, que nada le era tan grato como llevar una gran responsabilidad, le hice al propio tiempo unos cumplidos a propósito de su aspecto y me atreví finalmente a hacerle mi proposición de matrimonio.

Ella solicitó tiempo para pensarlo. Mi pregunta a la Yorick no fue contestada en absoluto por espacio de varias semanas o sólo lo fue en forma evasiva, hasta que finalmente vino a contestarla la reforma monetaria.

María me enumeró una cantidad de razones, acariciándome al tiempo la manga, me llamó «querido Óscar», dijo también que yo era demasiado bueno para este mundo, y me rogó que me hiciera cargo y que le conservara de todos modos mi amistad; deseóme toda

clase de suerte en mi oficio de marmolista y, preguntada una vez más en forma apremiante, se negó a casarse conmigo.

Y así, pues, Yorick no se convirtió en ciudadano, sino en Hamlet, un loco.

Madona 49

La reforma monetaria vino demasiado pronto, hizo de mí un loco y me obligó a reformar asimismo el sistema monetario de Óscar. En adelante, me vi obligado a buscar en mi joroba, ya que no un capital, sí al menos mis medios de subsistencia.

Y sin embargo, yo hubiera sido un excelente ciudadano. La época que siguió a la reforma, que —según estamos viendo— comportaba todas las premisas del refinamiento burgués que luego floreció, hubiera también podido favorecer los rasgos burgueses de Óscar. En cuanto esposo y hombre de bien, habría participado en la reconstrucción, poseería ahora una empresa mediana de marmolista, daría pan y trabajo a treinta oficiales, aprendices y ayudantes, sería el encargado de conferir cierto decoro a todos esos inmuebles comerciales y palacios de seguros de nueva construcción mediante los adornos tan populares de caliza conchífera y de mármol travertino; en una palabra, sería un hombre de negocios, un buen burgués y un esposo. Pero María me dio calabazas.

Así pues, Óscar se acordó de su joroba y se consagró al arte. Antes de que me despidiera Korneff, cuya existencia fundada en las piedras sepulcrales quedaba asimismo en vilo por virtud de la reforma monetaria, despedíme yo mismo y me encontré en la calle, cuando no permanecía haciendo girar los pulgares en la cocina del piso de Gusta Köster. Poco a poco iba gastando mi elegante traje a la medida y haciéndome negligente. Nada de discusiones con María, claro está; pero, por si acaso, las más de las veces dejaba la habitación de Bilk apenas entrada la mañana, visitaba primero a los cines de la Plaza Graf Adolf y luego a los del Hofgarten y me quedaba sentado en el parque, pequeño y meditabundo, pero en ningún modo amargado, enfrente casi de la Oficina del Trabajo y de la Academia de Bellas Artes, que en Düsseldorf son vecinas.

Cuando uno se queda así sentado horas enteras en uno de esos bancos del parque, acaba por sentirse como de madera y necesita alguna forma de expansión. Ancianos sujetos a las condiciones atmosféricas, mujeres de edad avanzada que lentamente se van convirtiendo de nuevo en muchachitas locuaces, la estación en curso, cisnes negros, niños que se persiguen chillando, y parejas amorosas que a uno le gustaría observar hasta el momento fácil de adivinar en que han de separarse. Los hay que tiran algún papel. Flota por un momento y se arrastra luego por el suelo hasta que un hombre con gorra, pagado por la ciudad, lo pica con su bastón en punta.

Óscar sabía permanecer sentado, cuidando de que las rodilleras de su pantalón siguieran un proceso idéntico. Sin duda, los dos muchachos flacos con la muchacha de anteojos me habían llamado la atención ya antes de que la gorda, que llevaba un abrigo de piel ceñido con un antiguo cinturón de la Wehrmacht, me dirigiera la palabra. La idea de hablarme provenía sin duda de los dos muchachos, que vestían de negro y parecían anarquistas. Pero, por muy peligrosos que parecieran, no se atrevían a hablarme directamente y sin rodeos, a mí, un jorobado, en el que se adivinaba cierta grandeza oculta. Convencieron pues a la gorda del abrigo: se me acercó, se quedó plantada sobre las columnas separadas de sus piernas y empezó a tartamudear, hasta que yo la invité a tomar asiento. Se sentó, tenía los cristales de los anteojos empañados, porque había bruma y casi

niebla del lado del Rin, y empezó a hablar y hablar, hasta que yo la rogué que se limpiara primero los anteojos y formulara luego su demanda en forma que también yo pudiera comprenderla. Acto seguido hizo una seña a los dos jóvenes tenebrosos, y éstos se me presentaron en seguida y sin yo pedírselo como artistas, artistas pintores, dibujantes, escultores en busca de un modelo. Finalmente me dieron a entender, no sin vehemencia, que creían ver en mí a un modelo y, comoquiera que yo hiciera con el pulgar y el índice unos movimientos rápidos, sacaron en el acto a relucir las posibilidades de ganancia de un modelo de academia: la de Bellas Artes pagaba un marco ochenta la hora, y para un desnudo —aunque en mi caso no había que pensar en eso, dijo la gorda— hasta dos marcos.

¿Por qué dijo Óscar que sí? ¿Atraíame el arte? ¿Atraíame la ganancia? Arte y ganancia me atraían a la vez y le permitieron a Oscar decir que sí. Me levanté, dejé tras de mí el banco del parque y las posibilidades de una existencia en el banco del parque para siempre, seguí a la muchacha de anteojos, que iba marcando el paso, y a los dos muchachos que andaban algo encorvados como si llevaran su genio a cuestas, pasamos junto a la Oficina del Trabajo, doblamos en la calle de Éiskellerberg y entramos en el edificio en parte destruido de la Academia de Bellas Artes.

También el profesor Kuchen —barba negra, ojos de carbón, sombrero negro de ala audaz y bordes negros en las uñas: me recordaba el aparador negro de mi infancia— vio en mí al mismo excelente modelo que sus discípulos habían visto en el hombre del banco del parque.

Me contempló por algún tiempo desde todos los lados, moviendo sus ojos de carbón en círculo y de un lado para otro, resopló de modo que le salió un polvo negro de las aletas de la nariz, y dijo, estrangulando con sus uñas negras a un enemigo invisible: — ¡El arte es acusación, expresión, pasión! ¡El arte es como el carboncillo negro que se hace polvo sobre el papel blanco!

Serví, pues, de modelo a este arte que se hace polvo. El profesor Kuchen me introdujo en el taller de sus alumnos, me subió con sus propias manos sobre la plataforma giratoria y la hizo girar, no para marearme, sino para exhibir las proporciones de Óscar desde todos los ángulos. Dieciséis caballetes se acercaron al perfil de Óscar, otra pequeña conferencia del profesor, que resoplaba polvo de carboncillo. Expresión, era lo que pedía: la palabreja se le había pegado y hablaba, por ejemplo, de expresión desesperadamente negra, y sostenía que yo, Óscar, expresaba la figura destrozada del hombre en forma acusadora, provocadora, intemporal y expresiva, con todo, de la locura de nuestro siglo, fulminando finalmente por encima de los caballetes: — ¡No lo dibujéis, ese engendro: sacrificadlo, crucificadlo, clavadlo con carboncillo en el papel!

Esto debía ser la señal del comienzo, porque dieciséis veces crujió detrás de los caballetes el carboncillo, chilló al hacerse polvo, se estrelló en mi expresión —léase en mi joroba—, la hizo negra, la ennegreció y la dibujó; porque todos los alumnos del profesor Kuchen andaban tras mi expresión con tanta espesa negrura, que inevitablemente caían en la exageración, sobreestimando las dimensiones de mi joroba; habían de recurrir a hojas cada vez mayores y, con todo, no acertaban a llevarla al papel.

Entonces el profesor Kuchen dio a los dieciséis despilfarradores de carboncillo el consejo acertado de no empezar con el perfil de mi joroba demasiado expresiva —que por lo visto rompía todos los formatos—, sino de esbozar primero mi cabeza en el quinto superior de la hoja, lo más a la izquierda posible.

Tengo un hermoso pelo castaño oscuro y brillante, pero hicieron de mí un gitano con mechones. A ninguno de los dieciséis apóstoles del arte llamó la atención que Óscar tuviera los ojos azules. Cuando en el curso de una pausa —porque todo modelo tiene derecho a un cuarto de hora de descanso después de tres cuartos de hora de posar— examiné los quintos superiores izquierdos de las dieciséis hojas, sorprendiéndome, sin duda, frente a cada caballete, lo que de acusación social había en mi cara acongojada; pero eché en falta, ligeramente molesto, el brillo de mis ojos azules: allí donde hubieran debido brillar claros y seductores, unos trazos del más negro de los carboncillos rodaban, se fruncían, se desmenuzaban y me apuñalaban.

Teniendo en consideración la libertad del arte, decíame a mí mismo: los jóvenes hijos de las musas y las muchachas enredadas en el arte han reconocido sin duda en ti a Rasputín, pero quién sabe si algún día sabrán descubrir y despertar a aquel Goethe que dormita en ti y llevarlo al papel, no tanto con expresión como con un argénteo lápiz medido. Ni los dieciséis alumnos, por muy dotados que fueran, ni el profesor Kuchen, por muy inconfundible que se dijera ser su trazo de carboncillo, lograron legar a la Posteridad un retrato definitivo de Óscar. Pero de todos modos yo ganaba bastante, se me trataba con respeto, me pasaba seis horas diarias sobre la plataforma giratoria, con la cara vuelta ya hacia el lavabo permanentemente obstruido, ya hacia las ventanas grises, azul celestes y ligeramente nubladas del taller, ya mirando a un biombo, e irradiando expresión a razón de un marco ochenta por hora.

Después de algunas semanas, los alumnos lograron hacer dibujos bastante aceptables. Lo que significa que se habían moderado algo en el esbozo de la expresión, ya no exageraban mis dimensiones hasta lo desmesurado y me trasladaban ocasionalmente al papel de la cabeza a los pies y desde los botones de mi chaqueta hasta aquel lugar donde la tela de mi vestido, tendida al máximo, limitaba mi joroba. En muchas de las hojas de dibujo quedaba inclusive sitio para un fondo. Pese a la reforma monetaria, aquellos jóvenes seguían mostrándose impresionados todavía por la guerra y construían detrás de mí ruinas con ventanas desmanteladas acusadoramente negras, o me colocaban cual un refugiado desnutrido y desesperado entre troncos de árboles segados por los obuses, o extendían a mi alrededor, con suma aplicación de carboncillo, alambradas de púas exageradamente grandes, haciéndome vigilar desde torres que amenazaban asimismo desde el fondo; otras veces me ponían con una escudilla de hojalata en la mano, delante o debajo de unas ventanas con barrotes que servían de aliciente gráfico, y dentro de una indumentaria de presidiario, todo ello, por supuesto, en nombre de la expresión artística.

Comoquiera, sin embargo, que todo eso se me aplicaba como a un moreno Óscar gitano, y comoquiera que se me dejaba contemplar toda esa miseria no con ojos azules, sino negros, manteníame yo quieto en mi calidad de modelo, sabiendo que no se puede dibujar el alambre de púas; de todos modos me sentí contento cuando los escultores, que como es sabido han de arreglárselas sin escenario, me tomaron por modelo, por modelo para desnudo.

Esta vez no me buscó ningún alumno, sino el propio maestro. El profesor Maruhn era amigo de mi profesor de carboncillo, el maestro Kuchen. Al posar yo en una ocasión en el taller particular de Kuchen, un local sombrío lleno de manchas de carboncillo enmarcadas, para que aquel barbudo locuaz me fijara con su trazo inconfundible en el papel, vino a verlo el profesor Maruhn, un quincuagenario fornido y rechoncho, el cual, a no ser por la boina que atestiguaba su condición de artista, no se hubiera distinguido mucho, con su bata blanca de escultor, de un cirujano.

Pude darme cuenta en el acto de que Maruhn, amante de las formas clásicas, me miraba con hostilidad, a causa de mis proporciones. Preguntó en son de mofa a su amigo si no le bastaban aquellos modelos gitanos a los que había ennegrecido hasta ahí y a los que debía en los círculos artísticos su apodo de Gitanazo. ¿Quería probar ahora su talento con los deformes? ¿Se proponía, después de aquel período de éxito artístico y comercial de los gitanos, probar fortuna con un período más ventajoso todavía, artística y comercialmente, de enanos?

El profesor Kuchen convirtió la broma de su amigo en trazos de carboncillo furioso y negro como la noche: ése fue sin duda el retrato más negro que jamás hiciera de Óscar; en realidad era todo negro, con excepción de unos pocos claros en mis pómulos, mi nariz, la frente y las manos, que Kuchen me hacía siempre demasiado grandes, exhibiéndolas provistas de nudosidades reumáticas, de mucha fuerza expresiva, en el centro de sus orgías de carboncillo. De todos modos, en ese dibujo, que más adelante había de causar sensación en una exposición, tengo ojos azules, es decir: unos ojos claros, sin el menor brillo siniestro. Óscar atribuye este hecho a la influencia del escultor Maruhn, que no era en modo alguno un furibundo adepto al carbón, sino un clásico para el que mis ojos brillaban con una claridad goethiana. Hubo de ser sin duda la mirada de Óscar la que indujo al escultor Maruhn, que en el fondo no amaba sino las proporciones regulares, a ver en mí un modelo, su modelo de escultor.

El taller de Maruhn era claro y polvoriento; estaba casi vacío y no exhibía ni una sola obra terminada. Por todas partes se veían armazones de esculturas en proyecto, las cuales estaban tan perfectamente concebidas que el alambre, el hierro y los tubos curvados anunciaban ya, aun sin la arcilla de modelar, futuras formas llenas de armonía.

Posaba yo cinco horas diarias para el escultor como modelo de desnudo, y cobraba dos marcos por hora. Él marcaba con tiza un punto en la plataforma giratoria indicándome en dónde había de enraizarse en adelante mi pierna derecha que me servía de apoyo. Una vertical trazada desde el tobillo interno de la pierna de apoyo había de tocar exactamente, arriba, mi cuello entre las dos clavículas. La pierna izquierda era la pierna libre, pero esta expresión es equívoca, porque aunque había de ponerla ligeramente doblada y en forma descuidada a un lado, no podía, con todo, desplazarla ni moverla a mi antojo: también la pierna libre quedaba arraigada a la plataforma por medio de un trazo marcado con tiza.

Durante las semanas en que estuve sirviendo de modelo al escultor Maruhn, éste no logró hallar para mis brazos una postura equiparable a la de las piernas e inmovible. Tan pronto me hacía dejar colgado el brazo izquierdo, y formar con el derecho un ángulo sobre mi cabeza, como me pedía que cruzara ambos brazos sobre el pecho o bajo mi joroba, o que los apoyara en las caderas; dábanse mil posibilidades, y el escultor las ensayó todas conmigo y con las armazones de tubo flexible.

Cuando finalmente, después de un mes de búsqueda activa de una actitud adecuada, se decidió a convertirme en arcilla, ya fuese con las manos cruzadas detrás de la nuca o prescindiendo en absoluto de los brazos, como torso, habíase agotado en la construcción y la reconstrucción de la armazón a tal punto que, apenas había echado mano a la arcilla de la caja, volvió a arrojar el material informe, con un chasquido apagado, se sentó mirándome a mí y a la armazón y empezaron a temblarle desesperadamente los dedos: ¡la armazón era demasiado perfecta!

Suspirando con resignación y simulando una jaqueca, pero sin mostrar el menor resentimiento para con Óscar, renunció a la empresa y puso en el rincón, junto a todas las demás armazones precozmente terminadas, la armazón gibosa, comprendidas las piernas

libres y de apoyo, con los brazos de tubo levantados y los dedos de alambre que se cruzaban tras la nuca de hierro. Suavemente, sin sarcasmo, antes bien conscientes de su propia inutilidad, bamboleaban en mi vasta armazón gibosa los barrotes de madera, llamados también mariposas, que hubieran debido soportar la carga de arcilla.

A continuación tomamos té y charlamos como cosa de una hora, que el escultor me pagó de todos modos como hora de trabajo. Habléme de tiempos pretéritos en los que, cual joven Miguel Ángel, colgaba él la arcilla por quintales y sin reparo en las armazones y ejecutaba esculturas que, en su mayor parte, habían sido destruidas durante la guerra. Y yo, por mi parte, le hablé de las actividades de Óscar como marmolista y grabador de inscripciones. Conversamos un poco de los respectivos oficios, hasta que él me llevó a sus alumnos, para que vieran en mí el modelo escultural y construyeran armazones adecuadas a las proporciones de Óscar.

Si el cabello largo ha de considerarse como indicativo del sexo, de los diez alumnos del profesor Maruhn seis tendrían que designarse como muchachas. Cuatro de ellas eran feas y competentes. Las otras dos eran lindas, locuaces y verdaderas muchachas. Nunca me he sentido cohibido para posar desnudo. Y aun diría que Óscar saboreó la sorpresa de las dos lindas y locuaces muchachas escultoras cuando éstas me contemplaron por vez primera sobre la plataforma giratoria y comprobaron con cierta irritación que, pese a la joroba y pese a su talla exigua, Óscar ostentaba unos órganos genitales que, dado el caso, hubieran podido compararse con cualquier otro atributo viril de los llamados normales.

Con los alumnos del maestro Maruhn la cosa era distinta que con éste. A los dos días habían levantado ya sus armazones, se comportaban como genios y, poseídos de una urgencia genial, empezaron a hacer chasquear la arcilla entre los tubos de plomo fijados con apresuramiento y poca ciencia: probablemente habían colocado demasiado pocas mariposas en la armazón de mi joroba, porque, apenas el peso de la arcilla húmeda trabajaba el soporte, confiriéndole a Óscar un aspecto ferozmente desgarrado, ya el Óscar de formación reciente oscilaba multiplicado por diez, la cabeza se me caía entre los pies, la arcilla se desprendía de los tubos y la joroba se me deslizaba hasta las corvas. Allí pude apreciar la pericia del maestro Maruhn, constructor tan excelente de armazones que ni siquiera necesitaba recubrir el esqueleto con materia barata.

Hasta las lágrimas se les saltaban a las escultoras feas pero competentes al ver que el Óscar de arcilla se desprendía del Óscar—armazón. En cambio, las dos muchachas lindas y locuaces se rieron de buena gana cuando, en forma casi simbólica, la carne se me desprendió de los huesos. Mas comoquiera que al cabo de algunas semanas los aprendices de escultor lograron sacar adelante algunos buenos modelos, primero en arcilla y luego en escayola pulida para su exposición semestral, tuve yo reiteradamente ocasión de establecer comparaciones entre las muchachas feas y competentes y las bonitas y locuaces. En tanto que las feas copiaban con esmero mi cabeza, mis miembros y mi joroba, y, movidas por un curioso sentido del pudor, omitían o estilizaban neciamente mis partes genitales, las dos bonitas, en cambio, cuyos grandes ojos y bellos dedos no les daban ninguna habilidad, dedicaban poca atención a las proporciones articuladas de mi cuerpo y ponían todo su interés en la reproducción lo más exacta posible de mis partes respetables. Y para no olvidar en esta conexión a los cuatro jóvenes adictos a la escultura, quede dicho que me abstraían, me reducían a simples planos con sus planchitas acanaladas y, con su árida comprensión masculina, dejaban erigirse cual viga cuadrangular sobre dos cubos iguales, a la manera del órgano fálico ávido de perpetuarse del rey de una caja de construcciones,

aquello mismo que las muchachas feas omitían y las bonitas dejaban florecer en toda su carnosa naturaleza.

Sea ello debido a mis ojos azules o a las lámparas de luz cenital que los escultores disponían a mi alrededor en torno al Óscar desnudo, es el caso que unos jóvenes pintores que visitaban a las dos lindas esculturas descubrieron, ya fuese en el azul de mis ojos o en el rojo cangrejo de mi piel irradiada, un aliciente pictórico. Arrebatándome al taller de escultura y artes gráficas de la planta baja me llevaron a los pisos superiores del edificio y empezaron en seguida a mezclar los colores en sus paletas a imagen de los míos.

Al principio los pintores se mostraron demasiado impresionados por mi mirada azul. A tal punto parecía yo mirarlos con ojos azules, que el pincel del pintor me pintaba todo en dicho color. La carne robusta de Óscar, su pelo castaño ondulado y su boca fresca y sanguínea marchitábanse y se apagaban en unos tonos macabramente azules y, para acelerar todavía más la putrefacción, introducíanse aquí y allá, entre mis carnes azules, algo de verde agónico y de amarillo bilioso.

Óscar no pudo lograr otros colores hasta que, llegado el carnaval, que se celebró por espacio de una semana en los sótanos de la Academia, descubrió a Ulla y la llevó en calidad de musa a los pintores.

¿Fue el lunes de carnaval? Sí, fue el lunes de carnaval cuando me decidí a participar en la fiesta, a disfrazarme y a mezclar entre la muchedumbre a un Óscar disfrazado.

Al verme ante el espejo, María dijo: —Quédate en casa, Óscar. Te van a pisotear. —Pero luego me ayudó a disfrazarme, recortó retazos de tela, y su hermana Gusta los cosió inmediatamente, con aguja locuaz, para proporcionarme un traje de bufón. Al principio pensaba yo en algo por el estilo de Velázquez. Me hubiera también gustado verme de Narses, o tal vez de Príncipe Eugenio. Y cuando finalmente pude contemplarme en el espejo grande, al que los incidentes de la guerra habían deparado una grieta diagonal que deformaba ligeramente la imagen; cuando tuve la visión de aquel material coloreado, hinchado, rasgado en tiras y adornado con cascabeles, y vi a mi hijo Kurt presa de un ataque de risa y de tos, me dije para mis adentros, no precisamente feliz: Ahora es Yorick el bufón. Pero, ¿dónde encontrarás un rey a quien entretener, Óscar?

Ya en el tranvía que me llevaba a la Puerta de Rating, junto a la Academia, pude darme cuenta de que no sólo no provocaba yo risa alguna entre la gente, entre todos aquellos que disfrazados de cowboy o de andaluza trataban de olvidar el escritorio y el mostrador, sino que más bien la asustaba. Se mantenían a distancia, y así, no obstante que el tranvía iba repleto, logré de todos modos un asiento. Frente a la Academia, los policías agitaban sus porras auténticas, que nada tenían de disfraz. El «Charco de las Musas» —tal era el nombre de la fiesta de los discípulos del arte— estaba lleno a rebosar, pese a lo cual la gente quería asaltar el edificio y discutía con los policías en tono muy subido de color —léase sangre.

Cuando Óscar hizo sonar el cascabel que le pendía de la manga izquierda, la multitud se apartó; un policía, que por razón de su oficio reconoció mi grandeza, me saludó desde arriba, me preguntó qué deseaba y, agitando su porra me acompañó hasta los sótanos en que se celebraba la fiesta. Allí la carne hervía, pero no estaba a punto todavía.

Ahora, nadie debe imaginarse que una fiesta de artistas sea una fiesta en la que los artistas celebran una fiesta. La mayoría de los estudiantes de la Academia permanecía con caras serias y tensas, aunque pintadas, detrás de mostradores ingeniosos pero inestables, y vendían cerveza, champaña, salchichas vienasas y copitas mal servidas, tratando de

procurarse unos ingresos complementarios. La verdadera fiesta de artistas la celebraban los burgueses, que una vez al año echan la casa por la ventana y quieren vivir y festejarse como artistas.

Después de que durante cosa de una hora hube asustado por la escalera, en los rincones y bajo las mesas a unas parejitas que se disponían a sacar provecho de la incomodidad, hice amistad con dos chinitas que debían de tener sangre griega en sus venas, pues practicaban un amor por el estilo del que hace siglos fue cantado en la isla de Lesbos. Aunque ambas se atacaran con ardor y abundancia de dedos, no llegaron a propasarse en los momentos culminantes, ofreciéndome un espectáculo en parte muy divertido, y luego bebieron conmigo un champaña demasiado caliente y, con mi permiso, probaron la resistencia del punto extremo de mi joroba, lo que sin duda les traería suerte y confirmó una vez más mi tesis de que una joroba trae suerte a las mujeres.

Sin embargo, cuanto más se prolongaba, más triste me ponía este comercio con mujeres. Asaltábame una serie de pensamientos, la política me inspiraba preocupaciones; dibujé con champaña en la bandeja de la mesa el bloqueo de Berlín, esbozando el puente aéreo, desesperé, en presencia de aquellas dos chinitas que no podían unirse, de la reunificación de Alemania, e hice lo que en otras circunstancias no hice nunca: Óscar—Yorick buscó el sentido de la vida.

Cuando mis dos damas no encontraron ya nada más que enseñarme y se pusieron a llorar, lo que ponía en sus caras pintadas unas huellas acusadoras, me levanté yo, rasgado, hinchado y agitando los cascabeles; mis dos tercios me empujaban a casa, y el tercero buscaba otra pequeña aventura carnalesca, cuando vi —no, fue él el que me dirigió la palabra— al cabo Lankes.

¿Se acuerdan ustedes? Nos encontramos en el muro del Atlántico el verano del cuarenta y cuatro. Él vigilaba allí el cemento y se fumaba los cigarrillos de mi maestro Bebra.

Quería yo subir por la escalera en la que estaba sentada una multitud espesa y apretujada, y sacaba ya fuerzas para ello, cuando sentí que me tocaban y un cabo de la última guerra me interpeló: —Oye, chiquitín, ¿no tienes un cigarrillo que me regales?

No es extraño que, gracias a tales palabras y debido también a que su disfraz era de color gris campaña, lo reconociera en el acto. Y, sin embargo, no hubiera yo renovado esta relación, a no ser porque el cabo y pintor de cemento tenía sobre sus rodillas gris campaña a la musa en persona.

Permítanme ustedes que hable primero con el pintor y que pase después a describir a la musa. No sólo le regalé el cigarrillo, sino que hice funcionar asimismo mi encendedor y, mientras él empezaba a echar humo, le dije: —¿No me recuerda usted, cabo Lankes? ¿El Teatro de Campaña de Bebra? ¿Místico, Bárbaro, Aburrido?

Al hablarle yo en esta forma el pintor se llevó un susto morrocotudo y dejó caer, no el cigarrillo, pero sí a la musa que tenía sobre las rodillas. Yo recogí a la niña, que estaba completamente borracha y tenía las piernas largas, y se la devolví. Mientras los dos, Lankes y Óscar, hablábamos acerca del teniente Herzog, al que Lankes trataba de loco, y recordábamos a mi maestro Bebra y a las monjas que en aquel tiempo buscaban cangrejos entre los espárragos rommelones, admirábame yo del aspecto de la musa. Había venido de ángel, llevaba un sombrero de cartón prensado, por el estilo del que se emplea para embalar los huevos de exportación y, a pesar de toda su borrachera y de sus alas tristemente plegadas, reflejaba la gracia de una criatura celeste.

—Ésta es Ulla —me explicó el pintor Lankes—. En realidad es modista, pero ahora le ha dado por el arte, cosa que a mí no me convence, porque con la costura gana algo, y con el arte nada.

A esto, Óscar, que ganaba con el arte su buen dinero, se ofreció a introducir a la modista Ulla cual modelo y musa entre los pintores de la Academia de Bellas Artes. Lankes se mostró tan entusiasmado con mi proposición, que sacó de mi cajetilla tres cigarrillos a la vez, a cambio de lo cual, sin embargo, nos invitó a su taller, siempre que yo —dijo, dando a su invitación las proporciones justas— pagara el taxi.

Nos fuimos inmediatamente, dejamos el carnaval atrás, yo pagué el taxi, y Lankes, que tenía su taller en la Sittardstrasse, preparó con una lamparita de alcohol un café que reanimó a la musa. Y después de que, con ayuda de mi índice derecho, ésta se hubo provocado un vómito, su aspecto era casi sobrio.

No fue hasta entonces cuando pude darme cuenta de que sus ojos azul claro se movían en perpetuo asombro; logré asimismo oír su voz, un poco chillona y metálica, es cierto, pero no sin encanto. Cuando el pintor Lankes le sometió mi proposición y le ordenó más que le propuso actuar de modelo en la Academia de Bellas Artes, negóse ella al principio y no quería ser ni modelo ni musa, sino sólo pertenecer al pintor Lankes.

Mas éste, en forma seca y sin decir palabra, tal como les gusta hacerlo a los pintores de talento, le administró con la palma de la mano varios bofetones, volvió a preguntarle y volvió a reír bonachonamente cuando ella, sollozando lo mismo que un ángel, se declaró dispuesta a hacer de modelo y eventualmente de musa para los pintores de la Academia de Bellas Artes.

Hay que tener en cuenta que Ulla mide aproximadamente un metro setenta y ocho, es esbelta, graciosa y frágil y hace pensar a un tiempo en Botticelli y en Cranach. Posamos para el doble desnudo. La carne de langosta recuerda algo el color de su carne alargada y lisa, que recubre un vello delicadamente infantil. Sus cabellos son algo ralos, pero largos y de un rubio pajizo. El pelo del pubis, rojizo y rizado, sólo cubre un pequeño triángulo. Semanalmente se afeita las axilas.

Como era de esperar, los alumnos corrientes de la Academia no supieron ver todas las posibilidades que nosotros les brindábamos; le hacían a ella unos brazos demasiado largos y a mí una cabeza demasiado grande, y cayeron en el defecto de todos los principiantes, o sea que no acertaban a darnos las proporciones adecuadas.

Únicamente cuando nos descubrieron Ziege y Raskolnikoff surgieron cuadros que hicieron justicia a nuestras respectivas figuras de musa y de Óscar.

Ella durmiendo y yo asustándola: Fauno y Ninfa.

Yo acurrucado y ella, con unos senos pequeños siempre algo temblorosos, inclinándose sobre mí y acariciándome el cabello: La Bella y la Bestia.

Ella tendida y yo jugando con sus largas piernas con una máscara de caballo cornudo: La Dama y el Unicornio.

Todo esto en el estilo de Ziege o de Raskolnikoff, unas veces en colores y otras en tonos grises distinguidos; ya en detalle de fina pincelada, ya a la manera de Ziege, con el color simplemente echado sobre la tela con espátula genial; otras veces era apenas la insinuación del hábito de misterio alrededor de Ulla y Óscar, luego fue Raskolnikoff el que con nuestra ayuda halló el camino del surrealismo. La cara de Óscar se convertía en un

cuadrante color de miel, como el que en un tiempo ostentara nuestro reloj de pie; en mi joroba florecían unas rosas que se emparraban mecánicamente y que Ulla tenía que coger; sentado, veíame yo hojeando un libro de estampas, entre el bazo y el hígado en el vientre abierto de Ulla, que arriba sonreía y abajo mostraba sus piernas largas. También le gustaba encajarnos en toda clase de disfraces, y hacer de Ulla una colombina y de mí un triste mimo con la cara enharinada. Finalmente estábale reservado a Raskolnikoff —a quien llamaban así porque hablaba siempre de crimen y castigo— pintar el cuadro verdaderamente grande: Yo sentado —desnudo, un niño deforme— sobre el muslo ligeramente veloso de Ulla; ella era la Madona y yo representaba al niño Jesús.

Este cuadro circuló luego por muchas exposiciones con el nombre de Madona 49, y surtió igualmente cierto efecto en forma de cartel, con lo que vino a ojos de mi buena burguesita de María y provocó un escándalo doméstico, pese a lo cual fue comprado en dinero sonante por un industrial de la región del Rin y sigue posiblemente colgado hoy todavía en la sala de conferencias de alguna oficina matriz, ejerciendo su influencia sobre los miembros del consejo de administración.

Aquellas travesuras artísticas que cometían con mi joroba y mis proporciones me divertían. Añádase a ello que a Ulla y a mí, que éramos muy solicitados, nos pagaban dos marcos cincuenta por hora de doble desnudo. También Ulla sentíase bien de modelo. El pintor Lankes, el de las grandes manos propensas al bofetón, la trataba mejor desde que le llevaba regularmente dinero a casa, y ya no la pegaba más que cuando sus abstracciones geniales exigían de él una mano colérica. Así que también para este pintor que ópticamente nunca la utilizó como modelo era en cierto sentido una musa, ya que sólo aquellos bofetones que le administraba conferían a su mano el poder realmente creador.

Sin duda, también a mí podía Ulla irritarme con su fragilidad lacrimógena, que en el fondo no era más que la tenacidad de un ángel; sin embargo, siempre logré dominarme y, cuando sentía desos de recurrir al látigo, invitábala a un salón de té, o, con cierto esnobismo adquirido en mi contacto con los artistas, llevábala a pasear, cual una planta rara y estirada en contraste con mis proporciones, por el Paseo del Rey, animado y lleno de mirones, y le compraba medias color lila y guantes rosas.

La cosa era distinta con el pintor Raskolnikoff, el cual, sin acercársele, mantenía con Ulla unas relaciones de las más íntimas. Hacíala posar sobre la plataforma giratoria con las piernas bien abiertas, pero no pintaba, sino que se sentaba a algunos pasos de distancia en un taburete y, musitando insistentemente más palabras relacionadas con el crimen y el castigo, miraba fijamente en aquella dirección, hasta que el sexo de la musa se humedecía y se entreabría, con lo que también Raskolnikoff llegaba mediante el mero hablar y mirar a un resultado satisfactorio, se levantaba de un salto del taburete y atacábase sobre el caballete y con grandiosas pinceladas a la Madona 49.

También a mí me miraba a veces Raskolnikoff con la misma fijeza, aunque por motivos diferentes. Decía que me faltaba algo. Hablaba de un vacío entre mis manos y me fue poniendo sucesivamente entre los dedos los más divertidos objetos que le inspiraba su abundante fantasía surrealista. Así, armó a Óscar con una pistola: Jesús apuntaba a la Madona. Tuve también que sostener frente a ella un reloj de arena y un espejo que la desfiguraba atrozmente, porque era convexo. Sostuve, con ambas manos, tijeras espinas de peces, auriculares de teléfono, calaveras, avioncitos, tanques de guerra, barcos transatlánticos, sin llegar con todo —Raskolnikoff lo veía en seguida— a llenar el vacío.

Óscar tenía terror al día en que el pintor acertara con el objeto que era el único destinado a ser sostenido por mí. Y cuando finalmente vino con el tambor, grité: —¡No!

Raskolnikoff: —¡Toma el tambor, Óscar, te he reconocido!

Yo, temblando: —¡Nunca más! ¡Eso ya pasó!

Él, tético: —¡Nada pasa, todo vuelve; crimen, castigo, y nuevamente crimen!

Yo, con el último resto de mis fuerzas: —¡Óscar ya expió, hacedle gracia del tambor, lo aguantaré todo, pero no el tambor!

Ya estaba llorando cuando la musa Ulla se inclinó sobre mí y, cegado como me hallaba por las lágrimas, no pude evitar que me besara, que la musa me besara terriblemente. Todos aquellos de ustedes que hayan probado alguna vez el beso de una musa comprenderán sin más que Óscar volviera a tomar, inmediatamente después del beso, aquel tambor que había apartado de sí hacía años enterrándolo en la arena del cementerio de Saspe.

Pero no lo toqué. No hice más que posar y, por lamentable que parezca, fui pintado cual Jesús tocando el tambor sobre el muslo izquierdo desnudo de la Madona 49.

Así me vio María en el cartel artístico que anunciaba una exposición de pinturas. Visitó sin yo saberlo dicha exposición y hubo de detenerse por largo rato y acumulando su cólera frente al cuadro, porque al pedirme explicaciones me pegó con la regla escolar de mi hijo Kurt. Ella, que desde hacía algunos meses había encontrado un trabajo bien remunerado en un negocio de comestibles finos de cierta importancia, primero como vendedora y luego, gracias a su actividad, como cajera, presentábase ahora cual una persona que se había adaptado perfectamente al occidente, ya no era una refugiada oriental que practicara el mercado negro y estaba en condiciones, por consiguiente, de llamarme, con bastante autoridad, obsceno, prostituto y degenerado, y gritó asimismo que ya no quería ver nada del sucio dinero que yo ganaba con aquella porquería, ni quería verme más a mí mismo.

Aunque María no tardara en retirar esta última frase y unos quince días después volviera a añadir al presupuesto doméstico una parte no mezquina de mi dinero de modelo, decidí renunciar a la comunidad de habitación con ella, con su hermana Gusta y con mi hijo Kurt; en el fondo quería irme muy lejos, tal vez a Hamburgo y, posiblemente, otra vez al mar; pero María, que se conformó sin tardanza con el cambio que tenía yo proyectado, me convenció, secundada por su hermana Gusta, de que tomara un cuarto no lejos de ella y de Kurt, y en todo caso en el mismo Düsseldorf.

El Erizo

Construido, talado, extirpado, admitido, borrado, comprendido: sólo en calidad de subarrendatario aprendió Óscar el arte de evocar el pasado con el tambor. No fueron sólo el cuarto, el Erizo, el depósito de ataúdes del patio y el señor Münzer los que me ayudaron a ello; la señorita Dorotea se me ofreció asimismo cual estímulo.

¿Conocen ustedes el Parsifal? Tampoco yo lo conozco muy bien. Lo único que de él he retenido es la historia de las tres gotas de sangre en la nieve. Y esta historia es verídica, porque podría ser la mía. Es posible que pudiera ser la de cualquiera que tenga una idea. Pero Óscar escribe acerca de sí mismo; de ahí que yo la lleve escrita sobre el cuerpo en forma casi sospechosa.

Seguía yo sirviendo al arte y dejándome pintar en azul, en verde, en amarillo y en color de tierra; me dejaba también dibujar al carboncillo y poner ante los distintos fondos. Por espacio de un semestre de invierno fecundé, acompañado de la musa Ulla, la Academia de Bellas Artes —dimos también nuestra inspirada bendición al semestre siguiente—; pero entonces había ya caído la nieve que chupara aquellas tres gotas de sangre que fijaron mi mirada, lo mismo que la del loco Parsifal, de quien el loco Óscar sabe tan poco que puede identificarse con él en forma natural.

Mi torpe imagen les resultará sin embargo lo suficientemente clara: la nieve es el uniforme de una enfermera; la Cruz Roja, que la mayoría de las enfermeras —así también la señorita Dorotea— llevan en el centro del broche que cierra el cuello de sus capas, brillaba a mis ojos en lugar de las tres gotas de sangre. Y heme ahí sentado, sin poder apartar la mirada.

Pero antes de sentarme en el cuarto de baño de la antigua vivienda de Zeidler, hubo que buscar dicho cuarto. El semestre de invierno tocaba a su fin, y los estudiantes desalojaban en parte sus cuartos, se iban por Pascua a sus casas y luego volvían, o no volvían. Mi colega, la musa Ulla, me ayudó a buscar un cuarto y me acompañó a la oficina del servicio estudiantil. Allí me facilitaron varias direcciones y me proveyeron con un escrito de recomendación de la Academia de Bellas Artes.

Antes de empezar a visitar los alojamientos, fui a ver de nuevo, después de mucho tiempo de no hacerlo, al marmolista Korneff en su taller de Bittweg. Movióme a ello el afecto, y además el deseo de encontrar trabajo durante las vacaciones de verano, ya que las pocas horas que había de posar con y sin Ulla como modelo particular apenas alcanzaban a mantenerme las seis semanas siguientes. Por otra parte, necesitaba también reunir el alquiler para una habitación amueblada.

Korneff no había cambiado y lo encontré, con dos furúnculos casi curados en la nuca y otro aún por madurar, inclinado sobre una losa de granito belga que ya había desbastado y que ahora iba cincelandos golpe a golpe. Hablamos un poco, yo jugué en forma alusiva con algunos buriles para inscripciones y eché una ojeada en busca de losas ya dispuestas sobre caballetes y que, esmeriladas y pulidas, aguardaran los epitafios. Dos lápidas de a metro de caliza conchífera y un mármol de Silesia para una sepultura doble parecían estar vendidos y esperar sólo a un hábil grabador de inscripciones. Me alegré de ello por el marmolista, el cual, después de la reforma monetaria, había atravesado una temporada difícil. Pero ya entonces hubimos de consolarnos con la reflexión de que inclusive una reforma monetaria tan optimista como aquélla no podía, con todo, impedir que la gente se muriera y que encargara piedras funerarias.

Así había ocurrido, efectivamente. La gente seguía muriéndose y comprando. Además había encargos que no se daban antes de la reforma: las carnicerías dejaban revestir sus fachadas e inclusive su interior con mármol coloreado de Lahn, y en la arenisca y la toba de varios bancos y grandes almacenes dañados por las bombas había que vaciar y volver a rellenar unos cuadrados más o menos grandes, para que dichos bancos y almacenes recobraran su decoro en obsequio de cuentahabientes y compradores.

Yo alabé la actividad de Korneff y le pregunté si podía él sólo con tanto trabajo. Al principio me contestó evasivamente, pero confesó luego que a veces deseaba tener cuatro manos, y acabó por proponerme que le grabara inscripciones por medias jornadas; pagaba cuarenta y cinco pfennigs por cada letra hueca en piedra calcárea, cincuenta y cinco pfennigs en granito y diabasa y, en cuanto a las letras en relieve, las pagaba a setenta y cinco pfennigs.

Puse en el acto manos a la obra con una caliza conchífera, no tardé en recobrar mi habilidad y grabé en letra hueca: Aloys Küfer — nacido el 3—9—1887 — fallecido el 10—6—1946. Terminé las letras y las cifras en cuatro horas escasas y recibí, al irme, conforme a la tarifa, trece marcos cincuenta.

Esto representaba un tercio del alquiler mensual que yo me había propuesto. No quería pagar más de cuarenta marcos, porque Óscar se había impuesto el deber de seguir contribuyendo, aunque en forma modesta, al presupuesto doméstico de María, el muchacho y Gusta Köster.

De las cuatro direcciones que me había proporcionado amablemente la gente de la oficina estudiantil di preferencia a la de Zeidler, Jülicherstrasse número 7, porque quedaba cerca de la Academia de Bellas Artes.

Principios de mayo. Era un día caluroso, brumoso y renano; con dinero suficiente en el bolsillo me puse en camino. María me había arreglado el traje y mi aspecto era decoroso. La casa en la que Zeidler ocupaba un alojamiento de tres cuartos en el segundo piso levantábase, con su revoque que se desconchaba, detrás de un castaño polvoriento. Comoquiera que la mitad de la Jülicherstrasse no era más que ruinas, resultaba difícil hablar de casas contiguas o de enfrente. A la izquierda, una montaña erizada de hierros en T, cubierta de verdura y de dientes de león, dejaba adivinar la existencia anterior de un edificio de cuatro pisos contiguo a la casa de Zeidler. A la derecha, habíase logrado restaurar hasta el segundo piso un inmueble parcialmente destruido. Pero probablemente los medios no habían alcanzado por completo, porque quedaba por reparar la fachada de granito sueco negro pulido, agrietada y llena de agujeros. A la inscripción «Pompas Fúnebres Schoermann» faltábanle varias letras, no recuerdo cuáles. Afortunadamente, las dos hojas de palmera excavadas que seguían mostrando el granito impecablemente pulido estaban intactas, contribuyendo en esta forma a conferir a la empresa dañada un aspecto hasta cierto punto piadoso.

El depósito de ataúdes de esta empresa, que existía desde hacía ya setenta y cinco años, se hallaba en el patio y había de proporcionarme materia de contemplación más que suficiente desde la ventana de mi cuarto, que daba atrás. Veía yo a los trabajadores que, cuando el tiempo era bueno, sacaban algunos ataúdes, rodándolos sobre polines, del cobertizo, los ponían sobre caballetes de madera y se servían de mil procedimientos para refrescar el pulido de estas cajas, las cuales, en la forma que me era familiar, se afinaban todas hacia el pie.

El propio Zeidler vino a abrirme después que hube tocado el timbre. Allí estaba, pequeño, rechoncho, asmático, igualito a un erizo, con unos anteojos de gruesos cristales, ocultando la mitad inferior de la cara bajo una coposa espuma de jabón y, con la derecha, aplicándose la brocha a la mejilla: parecía alcohólico y, a juzgar por su habla, de Westfalia.

—Si el cuarto no le gusta, dígalo usted en seguida. Me estoy afeitando y tengo que lavarme todavía los pies.

Zeidler no era amigo de cumplidos. Examiné el cuarto. No podía gustarme, porque era un cuarto de baño fuera de servicio, revestido en una buena mitad de losetas verde turquesa y, en cuanto al resto, de un papel bastante chillón. Sin embargo, no dije que el cuarto no podía gustarme. Sin preocuparme por la espuma jabonosa que se le iba secando a Zeidler en la cara, ni por sus pies sin lavar, golpeé con los nudillos la bañera y pregunté si no se podría prescindir de ella, ya que de todos modos tampoco tenía tubo de desagüe.

Zeidler sacudió sonriendo su cabeza de erizo y trató inútilmente de sacarle espuma a la brocha. Ésa fue toda su respuesta. En vista de ello, me declaré dispuesto a alquilarle el cuarto, incluyendo la bañera, por la suma de cuarenta marcos mensuales.

Cuando estábamos de nuevo en el corredor, especie de tubo mal iluminado al que daban varias habitaciones con sus puertas diversamente pintadas y en parte con vidrios, pregunté quién más vivía en el piso.

—Mi mujer y unos inquilinos.

Toqué una puerta de vidrio esmerilado en el centro del corredor a la que podía accederse, desde la del piso, con un solo paso.

—Aquí se aloja la enfermera. Pero para usted es igual. De todos modos no llegará usted a verla, porque sólo viene a dormir, y eso no siempre.

No voy a decir que al oír la palabra «enfermera» Óscar se estremeciera. Asintió con la cabeza, no se atrevió a preguntar más acerca de los otros inquilinos y se dio por enterado respecto a su cuarto con bañera; éste quedaba a la derecha y, con el ancho de su puerta, cerraba el paso del corredor.

Zeidler me tocó la solapa: —Si dispone de un infiernillo de alcohol, puede usted cocinar en su cuarto. Por mi parte tampoco tengo inconveniente en que lo haga en la cocina, si el fogón no le queda demasiado alto.

Era su primera insinuación a propósito de la talla de Óscar. El escrito de recomendación de la Academia de Bellas Artes, al que había echado un rápido vistazo, produjo su efecto, pues iba firmado por el director, profesor Reuser. Dije que sí y amén a todas sus recomendaciones, tomé nota de que la cocina quedaba a la izquierda, junto a mi cuarto, y le prometí que daría mi ropa a lavar afuera, porque él temía que el vapor pudiera estropear el empapelado del cuarto de baño; eso podía prometérselo con alguna seguridad, pues María se había declarado dispuesta a lavarme mi ropa.

Aquí hubiera yo debido irme, llevar mi equipaje y llenar los formularios del cambio de domicilio. Pero Óscar no hizo nada de eso. No se decidía a separarse del alojamiento. Sin motivo alguno para ello, rogó al futuro arrendador que le indicara el excusado. Con el pulgar señaló éste una puerta de madera recién terciada que recordaba los años de guerra y los años inmediatamente posteriores. Al disponerse Óscar a servirse al instante del lugar, Zeidler, al que el jabón se le secaba en la cara y le escocía, le encendió la luz.

Ya dentro, comencé a irritarme, porque Óscar no sentía ninguna necesidad. Esperé de todos modos con obstinación a soltar algo de agua, lo que, dada la poca presión de la vejiga, me costó bastante trabajo, y además, como estaba demasiado cerca del asiento de madera, tuve que esforzarme por no mojarlo, ni tampoco las baldosas. Con el pañuelo eliminé las trazas en el asiento desgastado, y las suelas de Óscar tuvieron que borrar unas gotas desafortunadas que habían caído en las baldosas.

Pese al jabón que se le endurecía desagradablemente en la cara, Zeidler no había recurrido durante mi ausencia al espejo ni al agua caliente, sino que me esperaba en el corredor y, habiendo sin duda olfateado en mí al bufón, dijo: —¡Qué hombre más raro es usted! ¡Ni siquiera ha firmado el contrato y ya va al excusado!

Acercóseme con su brocha fría y encostrada, con ánimo sin duda de soltar algún chiste tonto, pero luego, sin molestarme, abrió la puerta del piso. Al escabullirse Óscar reculando junto al Erizo hacia la caja de la escalera, y en parte sin perderlo de vista,

observé que la puerta del excusado quedaba entre la de la cocina y aquella otra de vidrio esmerilado, detrás de la cual tenía su cuartel nocturno ocasional, o sea irregular, una enfermera.

Cuando, al atardecer, provisto de su equipaje del que colgaba el nuevo tambor regalo de Raskolnikoff, Óscar volvió a tocar el timbre del piso de Zeidler exhibiendo los formularios del cambio de domicilio, el Erizo, ya afeitado y probablemente con los pies lavados, me introdujo en su sala de estar.

Olía ésta a humo de cigarros enfriados, a cigarros varias veces encendidos. Añádanse a ello las emanaciones de una porción de alfombras, posiblemente valiosas, enrolladas y apiladas en los rincones del cuarto. Olía también a viejos calendarios, pero no vi ninguno: lo que así olía eran las alfombras. En cambio, cosa rara, los cómodos sillones forrados de piel no emitían olor alguno. Eso me decepcionó, porque Óscar, que nunca se había sentado todavía en un sillón de piel, poseía una idea tan real del olor de dicha piel, que sospechó inmediatamente de los recubrimientos de los sillones y las sillas de Zeidler y los tuvo por cuero artificial.

En uno de estos sillones lisos, inodoros y, según había de resultar más adelante, de piel auténtica, hallábase sentada la señora Zeidler. Llevaba un traje sastre gris sport que le sentaba más o menos bien. La falda se le había arremangado sobre las rodillas y dejaba ver unos tres dedos de ropa interior. Comoquiera que ella no se alargara la falda y —según Óscar creyó observarlo— tenía los ojos llorosos, no me atreví a iniciar una conversación de presentación y saludo. Mi inclinación fue muda y volvióse nuevamente, en su fase final, hacia Zeidler, quien me había presentado a su esposa con un movimiento del pulgar y carraspeando.

La habitación era espaciosa y cuadrangular. El castaño que se levantaba frente a la casa la oscurecía, la agrandaba y la reducía a la vez. Dejé la maleta y el tambor junto a la puerta y me acerqué con los formularios a Zeidler, que se hallaba sentado entre las ventanas. Óscar no percibió el ruido de sus propios pasos, porque —según había de establecerse más adelante— pisaba sobre cuatro alfombras, dispuestas una sobre otra en dimensiones decrecientes, las cuales, con sus bordes desigualmente coloreados, con fleco o sin él, formaban una escalera multicolor cuyo último peldaño, pardo rojizo, arrancaba junto a las paredes, en tanto que el siguiente, de color verde, desaparecía en gran parte debajo de los muebles, cual el pesado aparador, la vitrina, llena de copitas para licor que se contaban por docenas, y la espaciosa cama de matrimonio. El borde de la tercera alfombra, que era azul con un dibujo, percibíase ya por completo de un extremo a otro. En cuanto a la cuarta, que era de un terciopelo rojo vinoso, tenía por misión soportar la mesa redonda, extensible y provista de un hule protector, y cuatro sillas, de asiento y respaldo de piel, con remaches metálicos a intervalos regulares.

Como además colgaban de la pared otras alfombras que en realidad no eran tapices, y las había también enrolladas en las esquinas, Óscar supuso que, antes de la reforma monetaria, el Erizo se habría dedicado al negocio de alfombras y que después de la reforma se habría quedado con algunos saldos.

Por todo cuadro colgaba de la pared de las ventanas, entre saltos de cama de estilo oriental, un retrato con cristal del Príncipe Bismarck. El Erizo llenaba por completo un sillón debajo del Canciller y tenía con éste un parecido familiar. Al tomarme de la mano el formulario del cambio de domicilio y examinarlo con ojo despierto, crítico e impaciente, su mujer le preguntó en voz baja que si algo no estaba en orden, y la pregunta le produjo un acceso de cólera que lo hizo más parecido todavía al Canciller de Hierro. Hizo erupción

en el sillón. De pie sobre las cuatro alfombras, con el formulario en la mano, hincháronse él y su chaqueta de aire y arremetió contra su esposa, que entretanto se había inclinado sobre su labor, con una frase por el estilo de: ¡quienhablaaquícuandonoselepreguntaynadatienequedecirsoyyoyaysóloyo!
¡Niunapalabramás!

Comoquiera que la señora Zeidler se mantuvo quieta y no chistó, sino que siguió cosiendo en su labor, el problema para el Erizo, impotente sobre las alfombras, consistió en hacer resonar y dejar apagarse su cólera en forma plausible. De una zancada se puso frente a la vitrina, la abrió haciéndola tintinear, tomó con precaución y con los dedos separados ocho de las copitas de licor, retiró las manos sobrecargadas de la vitrina sin romper nada, avanzó con pasos contados, cual un anfitrión que se dispone a divertirse a sí mismo y a sus siete invitados con una demostración de habilidad en dirección de la estufa de losetas verdes y, deponiendo allí toda precaución, lanzó con violencia la frágil carga contra la fría puerta de hierro colado de la estufa.

Lo sorprendente fue que durante esta escena, que requería sin duda cierta puntería, el Erizo conservó en el campo visual de sus anteojos a su esposa, que se había levantado y trataba, junto a la ventana de la derecha, de enhebrar su aguja, cosa que consiguió, revelando una mano segura, un segundo después del estropicio. A continuación, la señora Zeidler volvió a su sillón, caliente todavía, y se sentó en forma que se le arremangara nuevamente la falda y volviera a enseñar tres dedos de enaguas rosadas.

El Erizo había observado el desplazamiento de su esposa hacia la ventana, el acto de enhebrar y el regreso al sillón con ojo malévolo, aunque sumiso. Y apenas estuvo ella sentada nuevamente, alargó la mano por detrás de la estufa, halló allí la pala para la basura y una escobilla, barrió los cascotes y los recogió en un papel de periódico medio lleno ya de cascotes de copitas y que hubiera resultado insuficiente para un tercer destrozo vitricida.

Si ahora el lector imagina que Óscar se vio a sí mismo en el Erizo destructor de vidrio y reconoció en éste al Óscar que por espacio de años lo rompiera con su canto, no puedo negar que el lector tiene algo de razón. También yo, en mis tiempos, complacíame en convertir mi cólera en cascotes de vidrio; pero nadie me vio nunca echar mano del recogedor ni de la escobilla.

Cuando Zeidler hubo eliminado las huellas de su cólera, tornó a su sillón. Nuevamente tendióle Óscar el formulario que el Erizo hubo de dejar caer al meter las dos manos en la vitrina.

Zeidler firmó el formulario y me dio a entender que en su casa había de imperar el orden, de otro modo, dónde iríamos a parar; después de todo, hacía ya quince años que él era vendedor, por supuesto que de maquinillas de cortar el pelo; ¿sabía yo lo que era una maquinilla de cortar el pelo?

Óscar lo sabía, y practicó unos movimientos descriptivos en el aire de la habitación, por lo que Zeidler pudo deducir que en materia de maquinillas de cortar el pelo estaba yo al corriente. Su pelo bien cortado estilo cepillo permitía reconocer a un buen vendedor. Después de explicarme su método de trabajo —viajaba siempre una semana y permanecía luego dos días en casa—, perdió todo interés en Óscar, empezó a mecerse a la manera de un erizo en la piel pardo claro que crujía, lanzó una serie de rayos con los vidrios de sus anteojos y, con o sin motivo, dijo: yayayayaya. —Ya era hora de que me fuera.

Primero se despidió Óscar de la señora Zeidler. La señora tenía una mano fría y blanda, pero seca. El Erizo me hizo un gesto de adiós desde su sillón, señalando en

dirección de la puerta donde se hallaba el equipaje de Óscar. Tenía yo ya las dos manos ocupadas, cuando me alcanzó su voz: —¿Qué es eso que cuelga ahí de su maleta?

—Es mi tambor de hojalata.

—¿Y usted se propone tocar aquí el tambor?

—No necesariamente. Antes sí, tocaba mucho.

—Lo que es por mí, no veo inconveniente. De todos modos no estoy nunca en casa.

—Hay pocas posibilidades de que vuelva yo a tocar el tambor.

—¿Y cómo es que se ha quedado usted tan pequeño?

—Una caída desgraciada frenó mi crecimiento.

—¿Con tal que no me cree usted dificultades, con ataques y cosas por el estilo!

—En estos últimos años, mi estado de salud ha ido mejorando progresivamente. Vea usted, si no, cuan ágil soy —aquí Óscar ejecutó para el señor y la señora Zeidler algunos saltos y unos ejercicios casi acrobáticos que había aprendido durante su temporada del Teatro de Campaña, lo que hizo que la señora se riera discretamente y que él, como un auténtico erizo, se diera todavía palmadas en los muslos cuando yo estaba ya en el corredor, y, pasando frente a la puerta de vidrio esmerilado de la enfermera, la del excusado y la de la cocina, llegué con mi equipaje y el tambor a mi cuarto.

Esto ocurría a principios de mayo. A partir de aquel día me tentó, me invadió y me conquistó el misterio de la enfermera. Las enfermeras me ponían enfermo, incurablemente enfermo, probablemente porque aún hoy, cuando todo esto queda atrás, contradigo a mi enfermero Bruno, que sostiene categóricamente: Sólo los hombres pueden ser verdaderos enfermeros: la manía de los pacientes de hacerse cuidar por enfermeras no es más que un síntoma adicional de la enfermedad, pues en tanto que el enfermero cuida al paciente fatigosamente y a veces lo cura, la enfermera sigue el método femenino, es decir: a fuerza de seducción lleva al paciente a la curación o a la muerte, a la que impregna de un erotismo fácil y da cierto sabor.

Hasta aquí mi enfermero Bruno, al que no me gusta darle la razón. Aquel que como yo se ha hecho confirmar la vida cada dos o tres años por enfermeras, les conserva gratitud, y no permite fácilmente que un enfermero gruñón, aunque simpático, le enajene a sus hermanas sólo por celos profesionales.

La cosa empezó con mi caída de la escalera de la bodega, en ocasión de mi tercer aniversario. Creo que ella se llamaba señorita Lotte y era oriunda de Praust. A la señorita Inge, la del doctor Hollatz, la conservé por espacio de varios años. Después de la defensa del edificio del Correo polaco, caí en manos de varias enfermeras a la vez. De éstas sólo el nombre de una me ha quedado: se llamaba señorita Erni, o Berni. Enfermeras innominadas en Lüneburg, en la clínica de la Universidad de Hannover. Luego las enfermeras de los hospitales municipales de Düsseldorf, con la señorita Gertrudis en primer término. Y luego vino ésta, sin que hubiera necesidad de internarse en ningún hospital. En plena salud dio Óscar con una enfermera que, lo mismo que yo, era inquilina de los Zeidler. A partir de aquel día el mundo estuvo lleno de enfermeras para mí. Cuando salía muy de mañana a mi trabajo, a gravar inscripciones con Kornef f, mi parada de tranvía se llamaba Hospital de Santa María. Ante la entrada de ladrillo, en la explanada recargada de flores del hospital, siempre había enfermeras que iban o venían, esto es, enfermeras que tenían por hacer o ya hecho su agotador servicio. Luego llegaba el tranvía. A menudo no era posible evitar que

yo me topaba con alguna de estas enfermeras, que tenían un aire de tremenda fatiga, o de cansancio al menos, en el mismo remolque o en el mismo andén. Al principio me repugnaba su olor, pero pronto vine a buscarlo y me ponía a su lado y aun entre sus uniformes.

Luego venía el Bittweg. Si el tiempo era bueno grababa yo la inscripción afuera, entre las lápidas expuestas, y veía cómo venían, de dos en dos, de cuatro en cuatro, del brazo una de otra, en su hora libre, charlando y obligando a Óscar a levantar la mirada de su diabasa y a descuidar su trabajo, porque cada mirada me costaba veinte pfennigs.

Carteleras de cine: en Alemania ha habido siempre muchas películas de enfermeras. La atracción de María Schell me llevaba al cine. Vestía un uniforme de enfermera, reía, lloraba, cuidaba con espíritu de sacrificio, tocaba música seria sonriendo y sin quitarse la cofia, pero luego se desesperaba, llegaba casi a desgarrarse el camisón, sacrificaba después de un conato de suicidio su amor

—Borsche de médico— y se mantenía fiel a la profesión, fiel a la cofia y al broche de la cruz roja. En tanto que el cerebro y el cerebelo de Óscar reían y decían toda una serie de indecencias de la cinta, sus ojos lloraban lágrimas, y yo vagaba medio ciego por un desierto lleno de samaritanas anónimas vestidas de blanco, buscando a la señorita Dorotea, de la que sólo sabía que tenía alquilado el cuarto tras la puerta vidriera esmerilada del piso de los Zeidler.

A veces oía sus pasos cuando regresaba de su servicio nocturno. Oíala también hacia las nueve de la noche, cuando había terminado su servicio diurno y se recogía en su cuarto. No siempre permanecía Óscar sentado en su silla cuando oía a la enfermera en el corredor. No pocas veces manipulaba el picaporte. Porque, ¿quién se aguanta? ¿Quién no levanta la mirada cuando pasa algo que posiblemente pase para él? ¿Quién permanece sentado en su silla cuando cualquier ruido del cuarto contiguo parece no tener más objeto que el de hacerle saltar a uno de la silla?

Y hay algo peor: el silencio. Ya lo habíamos experimentado con aquel mascarón de proa, que sin embargo era una figura de madera, quieta y pasiva. Allí yacía el primer conserje del museo en su sangre. Se dijo: Níobe lo ha matado. Luego, el director buscó otro conserje, porque no era cosa de cerrar el museo. Cuando murió el segundo, la gente exclamó: Níobe lo ha matado. El director se vio en apuros para hallar un tercer conserje — ¿o andaba ya por el undécimo?—. Lo mismo daba el número. Un día, el conserje hallado con dificultad estaba muerto, igual de muerto. Todo el mundo gritaba: Níobe, Níobe la de verde, la de los ojos de ámbar, Níobe la de madera; desnuda, no se mueve, no tiritita, no suda, no respira, ni siquiera tenía carcoma, porque estaba inyectada contra la carcoma, porque era histórica y preciosa. Por su culpa hubo que quemar a una bruja; al escultor de la figura le cortaron la mano experta; hundíanse los barcos y ella se salvaba a nado. Era de madera y, sin embargo, a prueba de fuego: mataba y seguía siendo preciosa. Con su silencio redujo al silencio a bachilleres, estudiantes, a un viejo párroco y a un coro de conserjes de museo. Mi amigo Heriberto Truczinski la asaltó y pereció en la empresa; Níobe siguió seca, acrecentando su silencio.

Cuando muy de mañana, a eso de las seis, la enfermera dejaba su cuarto, el corredor y el piso, todo era presa del silencio, aunque ella, presente, no hiciera ningún ruido. Para poder resistirlo, Óscar tenía que hacer crujir su cama, mover alguna silla o hacer rodar una manzana hasta la bañera.

A eso de las ocho producíase un ruido. Era el cartero que por la rendija del buzón de la puerta echaba las cartas y las tarjetas postales. Además de Óscar, también la señora Zeidler esperaba este ruido. Ella sólo empezaba a las nueve con su trabajo de secretaria en la empresa Mannesmann, y dejaba que yo me adelantara. Así que Óscar era el primero que se guiaba por el ruido del cartero. Yo procuraba hacer el menor ruido posible, aun sabiendo que ella me oía; dejaba la puerta de mi cuarto abierta, para no tener que encender luz, recogía todo el correo de una vez, metíame en el bolsillo del pijama, si la había, la carta en que María me informaba pulcramente una vez por semana acerca de sí misma, de Kurt y de su hermana Gusta, y revisaba a continuación rápidamente el resto de la correspondencia. Todo lo que venía destinado a Zeidler o a un tal señor Münzer, que ocupaba el cuarto del otro extremo del corredor, dejábalo deslizarse nuevamente, antes de levantarme, sobre el piso; en cuanto a la correspondencia de la enfermera, en cambio, Óscar la examinaba, la oía, la palpaba, especulando muy principalmente respecto al remitente.

La señorita Dorotea recibía muy pocas cartas, aunque de todos modos más que yo. Su nombre completo era Dorotea Köngetter, pero yo sólo la llamaba señorita Dorotea, olvidándome de vez en cuando de su apellido, el cual, por lo demás, tratándose de una enfermera, no hace al caso. Recibía correo de su madre, que vivía en Hildesheim. Le llegaban también cartas y tarjetas postales de los más diversos hospitales de la Alemania occidental. Escribíanle enfermeras con las que había hecho sus estudios. Mantenía estas relaciones con sus colegas en forma negligente y fastidiosa a base sólo de postales, y recibía contestaciones totalmente necias e insulsas, según pudo apreciar Óscar superficialmente.

Con todo, algo saqué de la vida anterior de la señorita Dorotea gracias a estas tarjetas postales, las cuales exhibían en su mayoría, en la cara anterior, fachadas de hospitales emparadas con yedra: había trabajado por algún tiempo en el Hospital de San Vicente, de Colonia, en una clínica particular en Aquisgrán y también en Hildesheim, que era de donde le escribía su madre. Era pues oriunda de la Baja Sajonia, o bien, como en el caso de Óscar, una refugiada del este que había venido poco después de la guerra. Averigüé, además, que la señorita Dorotea trabajaba cerca de allí, en el Hospital de Santa María y que debía de tener mucha amistad con otra tal señorita Beata, pues muchas de las mencionadas tarjetas aludían a este hecho e incluían saludos para dicha Beata.

La tal amiga me tenía intranquilo. Óscar se hacía conjeturas a propósito de su existencia. Componía cartas dirigidas a la señorita Beata, pidiéndole su intercesión en una y omitiendo en la otra toda mención a la señorita Dorotea, pues deseaba ganarme primero su confianza y tratarle después el otro punto. Redacté cinco o seis de estas cartas, y algunas hasta las metí en los sobres y las llevé al correo, pero no llegué a echar ninguna.

Con todo, es muy posible que en mi locura hubiera acabado por mandar una de aquellas cartas a la señorita Beata, de no haber encontrado un lunes —fue cuando María empezó sus relaciones con su patrón, un tal Stenzel, cosa que me dejó curiosamente indiferente—, en el corredor, aquella carta que había de convertir en celos mi pasión, en la que no era amor lo que faltaba.

El membrete del remitente me revelaba que un tal doctor Erich Werner, del Hospital de Santa María, había escrito una carta a la señorita Dorotea. El martes llegó otra carta, y la tercera vino el jueves. ¿Qué pasó aquel jueves? Óscar se retiró a su cuarto, se dejó caer en una de las sillas de cocina que formaban parte del mobiliario, sacó del bolsillo de su pijama el informe semanal de María —a pesar de su nuevo pretendiente, María seguía escribiendo puntualmente, esmeradamente, sin omitir cosa alguna—, abrió inclusive

el sobre, leyó, pero sin leer, oyó a la señora Zeidler en el corredor y, a continuación, su voz: llamaba al señor Münzer, que no respondía, por más que debía de estar en su cuarto, porque la señora abrió la puerta del mismo y le entregó su correspondencia, sin parar de hablar un momento.

Mas yo dejé de oírla aun antes de que se hubiera callado. Me abandoné a la locura del papel pintado de la pared, a aquella locura vertical, horizontal y diagonal, y a sus innúmeras curvas; me vi cual Matzerath, comiendo con él el pan sospechoso y consentidor de todos los burlados y no me resultó difícil disfrazar a Jan Bronski de seductor barato, con un maquillaje satánico, y hacerlo aparecer unas veces metido en su abrigo tradicional con el cuello de terciopelo, otras en la bata blanca del doctor Hollatz y, finalmente, cual doctor Werner, para seducir, y corromper, y profanar, y ultrajar, y pegar, y atormentar— para hacer, en una palabra todo lo que a un seductor que se respete corresponde.

Hoy puedo sonreírme al recordar aquella ocurrencia que, entonces, puso lívido a Óscar y le contagió la locura del papel pintado: quería estudiar medicina lo más rápidamente posible. Quería ser médico, del Hospital de Santa María, por supuesto. Quería despedir a aquel doctor Werner, desenmascararlo y acusarlo de incuria y hasta de homicidio por negligencia en el curso de una operación de la laringe. Con ello se habría podido comprobar que aquel señor Werner nunca había estudiado medicina. Durante la guerra habría trabajado en un hospital de sangre, donde adquiriría algunos conocimientos empíricos: ¡fuera con el falsario! Y Óscar era nombrado médico jefe, tan joven y, sin embargo, en un puesto de tanta responsabilidad. Era ya un nuevo Sauerbruch que acompañado de la señorita Dorotea, su asistente en las operaciones, y rodeado de un enjambre de enfermeras vestidas de blanco, andaba por los sonoros corredores, efectuando sus visitas y decidiéndose sólo en el último momento por la operación. ¡Qué suerte que no llegara a rodarse esta película!

En el armario

Que nadie vaya a creer ahora que Óscar estaba sólo para hablar de enfermeras. Después de todo, yo tenía mi profesión. El semestre de verano de la Academia de Bellas Artes acababa de empezar, y tuve que abandonar aquel trabajo ocasional de grabador de inscripciones practicado durante las vacaciones porque, a cambio de un buen salario, Óscar tenía que estarse quieto, sirviendo como base para la confirmación de los viejos estilos y, junto con la musa Ulla, para la experimentación de los nuevos. Suprimían nuestra objetividad, rechazábamos, calumniábamos, echaban sobre tela y papel líneas, cuadrados y espirales, cosas hechas de memoria que hubieran servido en todo caso para el papel que usan los tapiceros, y daban a estos modelos, en los que había de todo menos Óscar y Ulla y, por lo mismo, todo menos misterio y tensión, títulos sensacionales como: Trenzado vertical — Himno al tiempo — Rojo en espacios nuevos.

Eso era lo que hacían sobre todo los nuevos alumnos, que ni siquiera sabían dibujar bien todavía. Mis viejos amigos de los talleres de los profesores Wuchen y Maruhn, y los alumnos—maestros Ziege y Raskolnikoff estaban demasiado sobrados de arabescos y curvas anémicas.

En cuanto a la musa Ulla, que cuando bajaba a tierra revelaba un gusto muy al día por todo lo relacionado con el arte, se entusiasmó a tal punto con las nuevas muestras de papel pintado que no tardó en olvidar al pintor Lankes, que la había dejado, y encontraba

bonitas, alegres, cómicas, fantásticas, colosales e inclusive elegantes las decoraciones que, en diversos tamaños, ejecutaba un pintor de cierta edad ya, de nombre Meitel. No hay que conceder demasiada importancia al hecho de que se prometiera en seguida con este artista, al que le gustaban las formas como las que tienen los empalagosos huevos de Pascua, ya que al correr del tiempo había de encontrar a menudo ocasión de prometerse de nuevo, y está actualmente —así me lo reveló anteayer en ocasión de una visita en la que nos trajo a mí y a Bruno unos bombones— en vísperas de un noviazgo serio, tal como suele decir siempre.

A principios del semestre, Ulla sólo quería servir de musa a las nuevas tendencias, tan ciegas, ¡ay!, y ella sin darse cuenta. Esta idea se la había inculcado su pintor de huevos pascuales, el tal Meitel, quien, a guisa de regalo de novios, le había transmitido un vocabulario que ella ensayaba hablando de arte conmigo. Hablaba de relaciones, de constelaciones, de acentos, de perspectivas, de estructuras fluidas, de procesos de fusión, de fenómenos de erosión. Y ella, que de día sólo comía plátanos y bebía jugo de tomate, me hablaba de células originarias, de átomos de color, los cuales, en rasante dinámica dentro de sus respectivos campos de energía, no sólo hallaban su posición natural, sino que además... Así me hablaba Ulla durante los descansos y también cuando ocasionalmente íbamos a tomarnos un café a Ratingerstrasse. E inclusive cuando su noviazgo con el dinámico pintor de huevos había llegado ya a su término y ella, después de un brevísimo episodio con una lesbiana, se entregó nuevamente a un alumno de Ruchen y, por ende, al mundo de la objetividad, entonces todavía siguió conservando aquel léxico que sometía su carita a tales esfuerzos que se le formaron dos pequeños pliegues agudos, algo fanáticos, alrededor de su boquita de musa.

Digamos aquí que no fue idea exclusiva de Raskolnikoff el pintar a la musa Ulla de enfermera al lado de Óscar. En efecto, después de la Madona 49, volvió a pintarnos como el «Rapto de Europa», en donde el toro era yo. Y a continuación del rapto, que fue algo discutido, vio la luz el cuadro: «El bufón cuidando a la enfermera».

Fue una idea mía la que encendió la fantasía de Raskolnikoff, Cavilaba éste sombríamente, pérfido y pelirrojo, lavando sus pinceles y hablando, mientras miraba fijamente a Ulla, de crimen y castigo. En esto yo le sugerí que me pusiera a mí de crimen y a Ulla de castigo: mi crimen era manifiesto; el castigo cabía perfectamente bien en un uniforme de enfermera.

La culpa de que aquel excelente cuadro recibiera otro título, un título desconcertante, fue exclusivamente de Raskolnikoff. Yo lo hubiera llamado «Tentación», porque mi mano derecha, pintada, aprieta en él un picaporte y abre un cuarto en el que la enfermera está de pie. También hubiera podido llamarse el cuadro de Raskolnikoff sencillamente «El picaporte», porque, si yo tuviera interés en dar otro nombre a la tentación, me atrevería a proponer el de picaporte, ya que dicho apéndice tangible está pidiendo que lo agarren, y así lo hacía yo todos los días con el de la puerta de cristal esmerilado cuando sabía que el Erizo estaba de viaje, la enfermera del hospital y la señora Zeidler en su oficina de la empresa Mannesmann.

Óscar dejaba entonces su cuarto con la bañera sin desagüe, salía al corredor del piso zeidleriano, deteníase frente al cuarto de la enfermera y asía el picaporte.

Hasta mediados de junio, como había tenido ocasión de comprobar casi todos los días, la puerta no quiso ceder. Disponíame ya a ver en la enfermera a una criatura acostumbrada de tal modo al orden como resultado de un trabajo lleno de responsabilidad, que parecía prudente abandonar toda esperanza fundada en una puerta dejada abierta por

descuido. Eso explica también aquella reacción necia y mecánica que me hizo volver a cerrar inmediatamente la puerta al encontrarla un día abierta.

Es evidente que Óscar sintió que todo el pellejo se le encogía en el corredor, y que estuvo así por espacio de varios minutos, dejándose asaltar a un tiempo por pensamientos tan diversos, que su corazón no atinaba a imprimir a dichos impulsos algo parecido a un plan.

Sólo hasta que logré encauzar mis pensamientos, y a mí mismo, por otros vericuetos, pensando en María y en su pretendiente: María tiene un pretendiente, el pretendiente acaba de regalarle una cafetera a María, el pretendiente y María van los sábados al Apolo, María sólo tutea al pretendiente fuera del establecimiento, porque dentro lo trata de usted, porque es el dueño —sólo hasta que hube pensado en María y en su pretendiente desde éstos y aquellos ángulos conseguí establecer en mi alocada cabeza un principio de método, y abrí la puerta de cristales.

Ya anteriormente me había yo representado el cuarto cual un cuarto sin ventanas, porque la parte superior de la puerta, de un vidrio vagamente transparente, nunca había revelado un rayo de luz diurna. Lo mismo exactamente que en mi cuarto, hallé el conmutador de la luz a mano derecha. Para iluminar esta cámara, demasiado pequeña para ser designada como cuarto, la bombilla de cuarenta vatios era más que suficiente. Me resultó molesto encontrarme inmediatamente con mi media figura plantada al otro lado del espejo. Pero Óscar no se arredró ante su imagen trastocada, que tan pocas novedades podía suministrarle, porque los objetos del tocador, que era del mismo ancho que el espejo, lo atrajeron con fuerza irresistible y le hicieron avanzar de puntillas.

El esmalte blanco de la palangana ostentaba unas marcas entre azules y negras. También la plancha de mármol del tocador, en la que la palangana se sumía hasta sus bordes sobresalientes, estaba algo dañada. Faltábale el ángulo izquierdo, delante del espejo, al que mostraba sus vetas. Trazas de un pegamento que se iba desconchando en la fractura revelaban un intento poco hábil de reparación. Sentí que un escozor recorría mis dedos de lapidario, y me acordé en el acto de la masilla para mármol que Korneff preparaba él mismo y con la que hasta el mármol del Lahn más quebradizo se convertía en aquellas placas resistentes que se pegaban a las fachadas de las carnicerías.

Luego que mi familiaridad con la piedra calcárea me hizo olvidar aquella imagen mía mal reflejada por el mísero espejo, logré identificar también aquel olor que ya al entrar había llamado especialmente la atención de Óscar.

Olía a vinagre. Más adelante, y hasta hace sólo unas cuantas semanas, disculpaba yo aquel olor inoportuno, suponiendo que la enfermera se habría lavado la cabeza el día anterior; era vinagre que mezclaba al agua antes de enjuagarse el cabello. Ciertamente que sobre el tocador no había botella alguna de vinagre. Tampoco en otros recipientes con etiqueta pude identificar el menor rastro de vinagre, y no hacía más que repetirme una y otra vez que la señorita Dorotea, que podía disponer en el Hospital de Santa María de los cuartos de baño más modernos, no iba a ir a calentarse agua en la cocina de los Zeidler, solicitando previamente permiso para ello, para luego lavarse la cabeza en su cuarto en forma asaz complicada. Pero cabía suponer que una prohibición general, o de la enfermera jefe, impidiera a las enfermeras el uso de determinadas instalaciones higiénicas del hospital y que, por ello, la señorita Dorotea se viera obligada a lavarse la cabeza en aquella palangana y ante un espejo impreciso.

Pero, si bien no había sobre el tocador ninguna botellita de vinagre, no faltaban los frascos y cajitas sobre el frío mármol. Un paquete de algodón hidrófilo y otro medio vacío de toallas higiénicas quitáronle en aquella ocasión a Óscar el valor de examinar el contenido de las diversas cajitas. Pero a la fecha sigo convencido de que no había en ellas otra cosa que productos cosméticos o, a lo sumo, algún ungüento inofensivo.

El peine de la enfermera estaba plantado en el cepillo. Tuve que hacerme alguna violencia para extraerlo de las cerdas y examinarlo con detalle. Fue bueno que lo hiciera, porque en el mismo momento hizo Óscar su descubrimiento más importante: la enfermera tenía el pelo rubio, tal vez rubio ceniza, aunque resulta difícil extraer conclusiones decisivas de un pelo muerto arrancado por el peine. Permítaseme, pues, que siga simplemente: la señorita Dorotea tenía el pelo rubio.

La carga sospechosamente abundante del peine revelaba además que a la señorita Dorotea se le caía el cabello. La culpa de esta enfermedad, penosa y amarga, sin duda, para el alma de una mujer, debía atribuirse indudablemente a las cofias, pese a lo cual no las acusé, porque es evidente que no se puede prescindir de las cofias en un hospital que se respete.

Por encima de lo desagradable que fuera para Óscar el olor a vinagre, el hecho de que a la señorita Dorotea se le cayera el pelo no hizo sino suscitar en mí un amor endulzado de compasión. Es característico de mi estado de ánimo que me vinieran inmediatamente a la mente varios remedios contra la calvicie, pregonados como seguros, que me proponía comunicar a la enfermera en cuanto se ofreciera la ocasión. Y ya con el pensamiento en este encuentro —Óscar se lo representaba bajo un cielo caluroso y tranquilo de verano, entre trigales—, quité del peine los cabellos sueltos, formé con ellos un pequeño haz, los anudé unos con otros, soplé para quitarle algo del polvo y de la caspa y me los metí con precaución en uno de los compartimientos de la cartera, que desalojé rápidamente al objeto.

Cuando tuve el botín a buen recaudo dentro de mi cartera y mi bolsillo, volví a coger el peine, que, a fin de poder manipular mejor la cartera, había depositado sobre la plancha de mármol. Lo miré a contraluz de la bombilla, carente de tulipa, seguí con la mirada las dos series de púas de diverso grueso, comprobé que faltaban dos de ellas entre las más delgadas, y no pude resistir la tentación de hacer zumbiar la uña de mi índice izquierdo a lo largo de las puntas de las púas mayores, con lo que pudo alegremente Óscar verificar durante esta pequeña diversión el brillo de algunos cabellos que había dejado allí ex profeso, con objeto de no suscitar sospechas.

El peine volvió a sumirse definitivamente en el cepillo. Apárteme del tocador, que me informaba de modo demasiado unilateral. Al dirigirme a la cama de la enfermera, di con una silla de cocina de cuyo respaldo colgaba un sostén.

Sólo con sus puños podía Óscar llenar las dos formas negativas de aquel sostén, de bordes usados y descoloridos; pero los puños no las llenaban por completo, sino que se movían extraños, torpes, demasiado duros y demasiado nerviosos, en aquellas dos copas que de buena gana habría vaciado yo diariamente a cucharaditas, aun desconociendo la calidad del alimento y admitiendo inclusive una náusea pasajera, porque todo caldo da a veces ganas de vomitar, pero se hace luego dulce, demasiado dulce, o tan dulce, que la náusea resulta sabrosa y pone el verdadero amor a prueba.

Me acordé del doctor Werner y saqué los dos puños del sostén. Lo olvidé acto seguido, y pude plantarme ante la cama de la señorita Dorotea. ¡La cama de la señorita

Dorotea! ¡Cuántas veces la había visto Óscar con los ojos de su imaginación! Y ahora resultaba ser aquella misma horrenda armadura que ofrecía también a mi reposo y a mi insomnio ocasional su marco pintado de oscuro. Hubiérame yo deseado una cama metálica esmaltada en blanco, con bolas de latón y una leve baranda, y no ese armatoste totalmente desprovisto de gracia. Inmóvil, con la cabeza pesada, incapaz de pasión y hasta de celos, permanecí de pie por algún tiempo ante ese altar del sueño, cuya colcha lo mismo hubiera podido ser de granito, y me volví, sustrayéndome a esta deplorable visión. Nunca hubiera podido Óscar representarse a la señorita Dorotea y su sueño en esa tumba de aspecto tan odioso.

Hallábame ya de vuelta camino del tocador, con intención tal vez de abrir por fin las supuestas cajitas de ungüentos, cuando el armario me obligó a considerar sus dimensiones, a designar su pintura como pardo negruzca, a seguir el perfil de sus molduras y, finalmente, a abrirlo, porque todo armario reclama ser abierto.

Doblé hacia arriba el clavo que en lugar de cerradura mantenía juntas las puertas: inmediatamente, y sin que yo hiciera nada para ello, separáronse las hojas con un gemido y me ofrecieron una visión tal, que hube de retroceder unos pasos para poder contemplarla fríamente con los brazos cruzados. Óscar no quería ya extraviarse en detalles, como frente al tocador, ni quería tampoco, como frente a la cama, pronunciar un veredicto cargado de prejuicios; quería enfrentarse al armario con la espontaneidad del primer día, así como el armario lo recibía a él con los brazos abiertos.

Y sin embargo Óscar, el esteta empedernido, no pudo sustraerse por completo a la crítica: algún bárbaro había cortado las patas al armario, sacándole con las prisas algunas astillas, para que descansara directamente sobre el entarimado.

El orden interior del mueble era impecable. A la derecha apilábanse en tres profundos compartimientos la ropa interior y las blusas. El blanco y el rosa alternaban con un azul claro, a prueba indudablemente de lavado. Dos bolsas de hule, de cuadros rojos y verdes y unidas entre sí, colgaban cerca de los compartimientos de la ropa interior de la puerta posterior de la hoja derecha del armario, y guardaban arriba las medias zurcidas y, abajo, las que estaban pendientes de zurcir. Comparadas con las medias que María recibía regaladas de su jefe y admirador y se ponía, éstas se me antojaban no más groseras, pero sí más tupidas y resistentes. En la parte más espaciosa del armario colgaban de sendas perchas, a la izquierda, unos uniformes de enfermera, almidonados y de brillo mate. En el compartimiento de los sombreros mostraban su delicadeza y su repugnancia al contacto de manos inexpertas las cofias en su bella simplicidad. Me bastó una ojeada a los vestidos civiles, que estaban a la izquierda de los compartimientos de la ropa interior. El surtido, descuidado y barato, vino a confirmar mi interés moderado a dicha parte de su ajuar. Había también tres o cuatro sombreros en forma de maceta, colocados negligentemente uno encima de otro y apretándose mutuamente las respectivas y grotescas flores de imitación, en el compartimiento de sombreros al lado de las cofias; presentaban en conjunto el aspecto de un pastel malogrado. Apoyábanse asimismo en el compartimiento de sombreros una escasa docena de libros de lomos de colores contra una caja de zapatos llenas de restos de lana.

Óscar agachó la cabeza y tuvo que acercarse para poder leer los títulos. Sonriendo con indulgencia volví a enderezar la cabeza: la buena de la señorita Dorotea leía novelas policíacas. Pero dejemos ya la parte civil del armario, pues es el caso que, atraído por los libros, conservé la favorable posición ganada junto a él y, lo que es más, me asomé a su interior, sin poder resistir por más tiempo al deseo cada vez más vehemente de

pertenecerle, de formar parte de aquel armario al que la señorita Dorotea confiaba una parte no escasa de su aspecto exterior.

Ni siquiera necesité empujar a un lado los prácticos zapatos deportivos que, alineados con sus tacones bajos sobre la tabla inferior y pulcramente limpios, parecían esperar la salida. Porque, casi intencionadamente, el orden del armario estaba dispuesto de tal manera que, con las rodillas encogidas y sentado sobre sus tacones, Óscar encontraba en su interior y en el centro mismo, lugar y cobijo suficientes, sin necesidad de apretar vestido alguno. Me metí, pues, con las mayores esperanzas.

Sin embargo, no logré concentrarme de inmediato. Óscar se sentía observado por el mobiliario y por la bombilla del cuarto. Con objeto de conferir a mi estancia en el interior del armario mayor intimidad, traté de atraer hacia mí las puertas. No resultó tan fácil, porque los cantos de las puertas estaban gastados y las dejaban entreabiertas por arriba; entraba pues algo de luz, pero no tanta como para estorbarme. En cambio, el olor se hizo más fuerte, olía a viejo, a limpio, no a vinagre, sino, discretamente, a productos contra la polilla; era un olor agradable.

¿Qué hizo Óscar, sentado en el armario? Apoyó la frente contra el primer vestido profesional de la enfermera, un delantal con mangas que se cerraba a la altura del cuello, y en el acto vio abrirse las puertas de todas las salas de guardia de los hospitales. En esto, mi mano derecha, en busca tal vez de un apoyo, se tendió hacia atrás, más allá de los vestidos civiles, se extravió, perdió el equilibrio, se agarró, cogió algo liso que cedía, halló finalmente y sin soltar la cosa lisa un punto de apoyo y se deslizó a lo largo de un listón de refuerzo clavado horizontalmente, que nos prestaba soporte a la vez a mí y al fondo del armario. Y ya Óscar volvía a tener su mano derecha ante sí y hubiera podido darse por satisfecho, cuando se me ocurrió mostrarme lo que había cogido a mis espaldas.

Vi un cinturón de charol negro, pero vi al propio tiempo algo más que el cinturón de charol, porque, en aquella semioscuridad del armario, un cinturón de charol no tenía que ser sólo eso. Lo mismo hubiera podido ser también otra cosa, algo igualmente liso y alargado que había visto yo en la escollera de Neufahrwasser, cuando andaba con mi tambor y mis tres años: mi pobre mamá con su abrigo de primavera azul marino con adornos color frambuesa, Matzerath con su gabán, Jan Bronski con su cuello de terciopelo, y la gorra de marinerito de Óscar, con la inscripción «S.M.S. Seydlitz», formaban parte de la compañía, y el gabán y el cuello de terciopelo corrían delante de mí, en tanto que mamá, que por culpa de sus tacones altos no podía saltar de piedra en piedra, se iba tambaleando hasta el semáforo bajo el cual estaba sentado el pescador con la cuerda de tender y el saco de patatas lleno de sal y de movimiento. Y nosotros, al ver el saco y la cuerda, quisimos saber por qué el individuo del semáforo pescaba con una cuerda de tender, pero él, que era de Neufahrwasser o de Brösen o de donde fuera, no hizo más que soltar una carcajada y lanzar al agua un escupitajo pardo que estuvo meciéndose por algún tiempo junto a la escollera, hasta que vino una gaviota y se lo llevó, porque las gaviotas siempre se lo llevan todo y no tienen nada de las palomas delicadas, no digamos ya de las enfermeras. Sería demasiado sencillo si todo lo que va de blanco pudiera clasificarse bajo una misma etiqueta y meterse en un mismo armario, y lo propio podría decirse de lo negro; porque en aquel tiempo no temía yo todavía a la Bruja Negra, sino que permanecía sentado, sin temor alguno, en el armario, que a veces ya no era armario, y estaba asimismo de pie, sin temor, en la escollera de Neufahrwasser, y tenía en la mano algo que aquí era cinturón de charol y allí era algo negro y escurridizo también, pero no cinturón; y buscaba ahora, sentado en el armario, un término de comparación, porque los armarios nos obligan a buscar términos de

comparación. Y decía Bruja Negra, pero eso no me ponía todavía en aquel tiempo carne de gallina, y resultaba que era yo mucho más experto en materia de blanco, porque si bien apenas acertaba a distinguir entre una gaviota y la señorita Dorotea, rechazaba en cambio las palomas y otras necedades por el estilo, sobre todo porque no estábamos en Pentecostés, sino que fue un Viernes Santo cuando fuimos a Brösen y luego a Neufahrwasser, y tampoco había palomas arriba del semáforo bajo el cual estaba sentado aquel individuo de Neufahrwasser con la cuerda de tender y que escupía al agua. Y cuando aquel individuo de Brösen tiró de la cuerda hasta que se acabó, revelando por qué le había costado tanto halarla del agua salobre del Mottlau; cuando mi pobre mamá puso entonces la mano sobre el hombro y el cuello de terciopelo de Jan Bronski, porque se le había venido el queso a la cara y quería marcharse, y sin embargo tuvo que mirar cómo el individuo hacía rebotar la cabeza del caballo sobre las piedras y cómo las anguilas verdes más pequeñas salían por entre las crines, en tanto que las mayores, más oscuras, las extraía el otro del cadáver como si se tratara de tornillos; cuando alguien desgarró un edredón, quiero decir, cuando vinieron las gaviotas y atacaron, porque, cuando se juntan tres o más, fácilmente se llevan una anguila pequeña, en tanto que las mayores les dan más trabajo; en esto, pues, el individuo agarró al caballo por la boca y le introdujo un madero entre las quijadas, con lo que el caballo soltó también la carcajada, y metiéndole el otro su brazo hirsuto dentro, agarró con una mano y luego con la otra, lo mismo que agarraba yo con una y otra mano en el armario. Así hizo él y sacó afuera, lo mismo que yo, el cinturón de charol, sólo que dos a la vez, y las agitó en el aire y las golpeó contra las piedras, hasta que mi pobre mamá soltó el desayuno por la boca, y éste se componía de café con leche, clara de huevo y yema, así como de algo de mermelada y de pellas de pan blanco, y era tan abundante, que las gaviotas se tendieron en el acto, bajaron un piso y atacaron con las patas abiertas, sin hablar del chillido ni de que las gaviotas tienen ojos malignos, cosa que todo el mundo sabe, y no se dejaron ahuyentar. No por Jan Bronski, claro, porque éste les tenía miedo y se tapaba con las manos sus azules ojos asustados; tampoco hicieron caso a mi tambor; no hacían más que tragar, en tanto que yo golpeaba furiosamente mi tambor, e inclusive alcanzaba a sacarle algunos nuevos ritmos. Pero a mi pobre mamá todo aquello le era indiferente, porque ella sólo quería vomitar, y sólo vomitar; pero ya no salía nada más, porque no había comido mucho, ya que quería adelgazar, y por ello iba dos veces por semana a hacer ejercicios de gimnasia en la Organización Femenina, lo cual apenas le servía de nada, porque comía a escondidas y siempre hallaba algún pretexto. Así también aquel individuo de Neufahrwasser, el cual, contrariamente a toda teoría y cuando ya todos creían que no saldría nada más, sacóle todavía al caballo una anguila de la oreja. Y ésta estaba cubierta de una sémola blanca, porque había hurgado en el cerebro del caballo. Pero el tipo la agitó hasta que se le cayó la sémola y pudo mostrar su barniz, que brillaba como un cinturón de charol; porque lo que quiero decir es esto: cuando salía con carácter privado y no llevaba el broche de la Cruz Roja, la señorita Dorotea llevaba un cinturón muy parecido.

Pero nosotros nos fuimos a casa, pese a que Matzerath quería quedarse todavía, porque estaba entrando y levantando olas un finlandés de unas mil ochocientas toneladas. El tipo dejó la cabeza del caballo sobre la escollera. En el acto el caballo negro se hizo blanco y se puso a chillar. Pero no chillaba como suelen relinchar los caballos, sino más bien como chilla una nube blanca, sonora y hambrienta, que envuelve una cabeza de caballo. Lo que en el fondo resultó agradable, porque así ya no se veía al caballo aunque uno pudiera imaginarse fácilmente lo que había dentro de aquel tumulto. Pero también nos distrajo el finlandés, que llevaba un cargamento de madera y estaba todo lleno de herrumbre, lo mismo que la verja del cementerio de Saspe. Mi pobre mamá, en cambio, no

se volvió ni hacia el finlandés ni hacia las gaviotas. Tenía bastante. Y aunque antes no sólo tocara en nuestro piano, sino que cantara también aquello de «Gaviotita, vuela hacia Helgoland», ya nunca hubo de volverlo a cantar, ni eso ni ninguna otra canción, como al principio tampoco quería comer más pescado, y sin embargo empezó un buen día a comer tanto y tan graso, que luego ya no pudo más o, mejor dicho, no quiso, porque ya estaba harta, no sólo de la anguila, sino también de la vida y, en particular, de los hombres y tal vez también de Óscar, pues es el caso que ella, que antes no había sabido renunciar a nada, se volvió de repente frugal y abstigente y se hizo enterrar en Brenntau. Y es probable que de ella me venga esto de no poder por una parte renunciar a nada y de poder, por otra, renunciar a todo: de lo único que no puedo prescindir, por caras que sean, es de las anguilas ahumadas. Y esto se aplica también a la señorita Dorotea, a la que no había visto nunca y cuyo cinturón de charol sólo me gustaba con moderación, sin que, con todo, pudiera librarme de él, que no me dejaba y se iba multiplicando. Con la mano libre me desabroché la bragueta, para poder pensar de nuevo en la enfermera, que con todas aquellas charoladas y luego con el finlandés había estado a punto de perderseme.

Poco a poco, y con la ayuda de las gaviotas, Óscar, que se sentía arrastrado siempre hacia la escollera, logró volver al mundo de la señorita Dorotea, por lo menos en aquella mitad del armario que alojaba su ropa profesional, vacía y, con todo, atrayente. Cuando por fin llegué a verla claramente y creía yo percibir detalles de su cara, el pestillo resbaló por la miserable cerradura: rechinaron las puertas del armario, deslumbróme una claridad repentina, y Óscar se vio en aprietos para no mancillar las mangas del delantal de la señorita Dorotea, que eran las que le quedaban más cerca.

Sólo con ánimo de crear alguna transición y para terminar en forma juguetona la estancia en el interior del armario, que se me había hecho más pesada de lo que esperaba, me puse a tamborilear con los dedos —lo que no había hecho desde hacía ya varios años— algunos compases más o menos notables en el fondo seco del armario, del que salí acto continuo, examinando una vez más su estado de limpieza: realmente no tuve de qué reprocharme, ya que inclusive el cinturón de charol conservaba aún su brillo, con excepción de algún lugar que hubo de frotar, después de echarle el aliento, para que volviera a ser aquello que recordaba las anguilas que en los tiempos de mi primera infancia podían pescarse en la escollera de Neufahrwasser.

Yo, Óscar, abandoné el cuarto de la señorita Dorotea, después de apagar aquella bombilla de cuarenta vatios que me había observado durante todo el tiempo de mi visita.

Klepp

Heme ahí, pues, en el corredor, llevando en la cartera un mechón de pelo rubio descolorido. Por espacio de un segundo me esforcé por sentirlo a través de la piel de la cartera, a través del forro de la chaqueta, del chaleco, de la camisa y de la camiseta, pero estaba demasiado cansado y, dentro de mi malhumor, demasiado satisfecho para ver en el botín robado de la alcoba algo más que un desecho como el que suelen recoger los peines.

Sólo en ese punto hubo de confesarse Óscar que, en realidad, había buscado tesoros de muy distinta índole. Lo que había estado tratando de encontrar durante mi permanencia en la alcoba de la señorita Dorotea era algo que me permitiese identificar a aquel doctor Werner en algún lugar del cuarto, siquiera por uno de esos sobres que yo ya conocía. Pero es el caso que no encontré nada por el estilo. Ni sobre ni, menos aún, una hoja escrita.

Óscar confiesa que sacó del compartimiento de los sombreros las novelas policíacas de la señorita Dorotea una por una, que las abrió y las examinó en busca de alguna dedicatoria o de alguna señal, así como tal vez de alguna foto, pues Óscar conocía a todos los médicos del Hospital de Santa María, si no de nombre, por lo menos de vista; pero todo fue en vano, pues no apareció foto alguna del doctor Werner.

Este parecía no conocer el cuarto de la señorita Dorotea y, si lo había visitado alguna vez, había conseguido no dejar tras de sí la menor traza. Así pues, Óscar hubiera debido tener motivo de alegrarse. ¿No le llevaba yo al doctor una ventaja considerable? La ausencia de toda huella del médico, ¿no revelaba acaso que las relaciones entre él y la enfermera sólo existían en el hospital y eran, por consiguiente, de carácter meramente profesional y, si no profesional, por lo menos unilaterales?

Pero los celos de Óscar necesitaban de algún motivo. Por mucho que la más insignificante huella del doctor me hubiese afectado, no era menos cierto, por otro lado, que me hubiera proporcionado una satisfacción que no se dejaba comparar con la del minúsculo y breve resultado de la estancia en el armario.

No sé cómo volví a mi cuarto. Sólo recuerdo que, detrás de aquella puerta del otro extremo del corredor que cerraba el cuarto de un tal señor Münzer, oí una tos fingida que solicitaba atención. ¿Qué me importaba a mí aquel señor Münzer? ¿No tenía yo ya bastante con la inquilina del Erizo? ¿Necesitaba imponerme una carga a cuenta de aquel Münzer, que vaya usted a saber lo que tras ese nombre ocultaría? Óscar hizo pues caso omiso de aquella tos que lo invitaba, o, mejor dicho, sólo cuando me hallé en mi cuarto comprendí que aquel señor Münzer, al que no conocía y me era indiferente, había tosido para atraerme a mí, Óscar, a su cuarto.

Por algún tiempo sentí no haber reaccionado ante aquella tos, porque el cuarto se me hacía a la vez tan terriblemente estrecho y tan vasto, que una conversación con el señor Münzer que tosía, por molesta y forzada que hubiera sido, me habría hecho el efecto de un sedante. Sea como fuere, el caso es que no tuve el valor de restablecer tardíamente la comunicación, tal vez tosiendo a mi vez en el corredor, con el señor que estaba tras la puerta del otro extremo del mismo. Me abandoné sin voluntad al inexorable ángulo recto de la silla de cocina de mi cuarto, empecé, como siempre que me siento en alguna silla, a sentir síntomas de agitación, tomé de encima de la cama una obra médica de consulta, dejé caer el valioso libraco, que había adquirido con dinero penosamente ganado haciendo de modelo, de modo que se le formaron pliegues y cantos, cogí de la mesa el tambor que me había regalado Raskolnikof f, y me lo coloqué en posición, pero sin lograr darle ni con los palillos ni con las lágrimas que, de haberlas conseguido, hubieran caído sobre el blanco esmalte circular y hubieran podido proporcionarme un desahogo rítmico.

Esto podría ser el punto de partida para un tratado acerca de la inocencia perdida; podría colocarse aquí al Óscar con tambor, en sus tres años permanentes, al lado del Óscar jorobado, sin voz, sin lágrimas y sin tambor. Pero ello no correspondería a la realidad, porque ya en sus días de tambor Óscar había perdido la inocencia varias veces, si bien después había vuelto a hallarla o la había dejado crecer de nuevo, y que la inocencia se parece a una mala hierba de crecimiento rápido —piensen ustedes en todas esas inocentes abuelitas que fueron en su día unas miserables y rencorosas criaturitas. No, no fue el jueguito de culpa e inocencia lo que hizo levantarse a Óscar de la silla, sino que fue más bien el amor de la señorita Dorotea el que me obligó a dejar el tambor no tocado, a abandonar el cuarto, el corredor y el piso de los Zeidler, y a irme a la Academia de Bellas Artes, por más que el profesor Kuchen sólo me había citado para el atardecer.

Al dejar Óscar el cuarto con paso inseguro, al salir al corredor y abrir la puerta en forma intencionadamente complicada y ruidosa, tendí por espacio de unos momentos el oído hacia la puerta del señor Münzer. Pero éste no tosió, y yo, avergonzado, indignado, satisfecho y ávido, lleno de hastío y de anhelo de vida, tan pronto sonriendo como a punto de saltármeme las lágrimas, abandoné el piso y, finalmente, la casa de la Jülicherstrasse.

Pocos días después puse en ejecución un plan largamente premeditado, a cuyo propósito el hecho de rechazarlo reiteradamente había de revelarse como excelente método para prepararlo con todo detalle. Aquel día no tenía yo nada que hacer en toda la mañana. Sólo a las tres de la tarde tenía que posar con Ulla para el ingenioso pintor Raskolnikof f: yo como Ulises, que a su regreso obsequia a Penélope con su joroba. Fue en vano que yo tratara de disuadir al artista de esta idea. Por entonces él saqueaba con éxito los dioses y semidioses griegos, y Ulla se encontraba en la mitología como en su casa. Así que cedí y me dejé pintar de Vulcano, de Plutón con Proserpina y, finalmente, aquella tarde, de Ulises jorobado. Pero me interesa más la descripción de aquella mañana. Óscar pasa por alto el indicar a ustedes cómo estaba Ulla de Penélope y les dice sencillamente: en el piso de los Zeidler reinaba el silencio. El Erizo había salido con sus maquinillas de cortar el pelo en viaje de negocios, la señorita Dorotea tenía servicio de día, o sea que se hallaba fuera de la casa desde las seis, y la señora Zeidler estaba todavía en la cama cuando, al poco rato, llegó el correo.

Revisé inmediatamente la correspondencia y no encontré en ella nada para mí —la última carta de María la había recibido dos días antes—, pero descubrí en cambio, a primera vista, un sobre depositado en el correo de la ciudad que llevaba, inconfundiblemente, la escritura del doctor Werner.

Primero puse dicha carta con la demás correspondencia destinada al señor Münzer y a los Zeidler, me fui a mi cuarto y esperé a que la Zeidler hubiera salido al corredor y entregado al inquilino Münzer su carta, se fuera luego a la cocina, a continuación a su cuarto y, transcurridos unos diez minutos escasos, dejara el piso y la casa, pues en la oficina Mannesmann el trabajo empezaba a las nueve.

Para mayor seguridad, Óscar esperó todavía un rato, vistióse en forma exageradamente lenta, se limpió las uñas aparentemente tranquilo, y sólo entonces se decidió a actuar. Me fui a la cocina, coloqué una cacerola de aluminio a medio llenar con agua sobre la mayor de las tres llamas del horno de gas, dejé primero arder la llama grande hasta que el agua empezó a desprender vapores, bajé a continuación la llave hasta dejar la llama más pequeña y, guardando luego mis pensamientos y manteniéndolos lo más cerca posible de la acción, salí en dos pasos al corredor, frente a la alcoba de la señorita Dorotea, cogí la carta que la Zeidler había deslizado a medias bajo la puerta de cristal esmerilada, volví a la cocina y mantuve el reverso del sobre con toda precaución sobre el vapor, hasta que pude abrirlo sin dañarlo. Sobra decir que Óscar había apagado ya el gas antes de atreverse a poner la carta del doctor Werner sobre la cacerola de aluminio.

No leí la comunicación del médico en la cocina, sino tendido sobre mi cama. Primero me sentí decepcionado, porque ni la alocución inicial ni el floreo final revelaban nada acerca de las relaciones entre el médico y la enfermera. «¡Querida señorita Dorotea!», decía, y: «Su devoto Erich Werner».

Tampoco en la lectura del escrito mismo hallé una sola palabra marcadamente tierna. El doctor Werner sentía no haberle hablado la víspera a la señorita Dorotea, pese a que la había visto frente a la puerta de la Sección privada para Hombres. Sin embargo, por motivos que el doctor Werner no se explicaba, la señorita Dorotea había dado media vuelta

al sorprender al médico en conversación con la señorita Beata —esto es, con la amiga de Dorotea—. Y el doctor Werner sólo pedía una explicación, ya que su conversación con la señorita Beata había tenido un carácter exclusivamente profesional. Como la señorita Dorotea bien sabía —decía—, él se esforzaba siempre por mantener cierta distancia frente a dicha Beata, que no siempre se controlaba. Que esto no había siempre de resultarle fácil, ella, Dorotea, que conocía a Beata, debía de comprenderlo sin dificultad, ya que la señorita Beata solía manifestar sus sentimientos sin el menor reparo, sentimientos, sin embargo, a los que él, el doctor Werner, nunca correspondía. La última frase del escrito afirmaba: «Créame, se lo ruego, que puede usted hablarme en cualquier momento.» Pese al formalismo, a la frialdad y aun a la presunción de dichas líneas, no había de resultarme difícil desenmascarar finalmente el estilo del doctor Werner y de ver en la carta lo que efectivamente se proponía ser, es decir: una apasionada carta de amor.

Mecánicamente deslicé el papel dentro del sobre, prescindiendo de toda precaución, humedecí ahora con la lengua de Óscar el engomado que posiblemente humedeciera antes el doctor Werner con la suya, me eché a reír, me di entre risa y risa unas palmadas en la frente y la nuca, hasta que, en medio de este juego, logré llevar la mano de Óscar de su frente al picaporte de mi cuarto, abrir la puerta, salir al corredor y deslizar la carta del doctor Werner, a medias, bajo aquella puerta que, con su marco pintado de gris y su vidrio esmerilado, cerraba el dormitorio que yo ya conocía de la señorita Dorotea.

Permanecía yo todavía en cuclillas, con un dedo o posiblemente dos sobre la carta, cuando desde el cuarto del otro extremo del corredor oí la voz del señor Münzer. No perdí palabra del ruego que me dirigió, en forma lenta y como si dictara: —Mi querido señor, ¿no me haría usted el favor de traerme un poco de agua?

Me enderecé y pensé que el hombre estaría enfermo, pero en el mismo instante comprendí que el individuo de detrás de la puerta no estaba enfermo, y que Óscar sólo trataba de persuadirse de que podía estarlo para tener un motivo de llevarle el agua, porque una simple demanda, sin motivación alguna, nunca me hubiera atraído al cuarto de un sujeto al que no conocía en absoluto.

Primero me proponía llevarle el agua, tibia todavía, de la cazuela de aluminio que me había ayudado a abrir la carta del médico. Pero luego lo pensé mejor, vertí el agua usada en el fregadero, la dejé correr fresca en la cazuela y llevé ésta con el agua ante aquella puerta tras la cual había de hallarse aquella voz del señor Münzer que nos solicitaba a mí y al agua, o tal vez sólo a esta última.

Óscar llamó, entró y se topó en seguida con ese olor que es tan característico de Klepp. Si designo la emanación como acidulada, paso por alto su sustancia al propio tiempo dulzona. El aire alrededor de Klepp nada tenía que ver, por ejemplo, con la atmósfera acética de la señorita Dorotea. Sería asimismo inexacto designarla como agridulce. Aquel señor Münzer o Klepp, como le llamo hoy, era un flautista y clarinete de jazz, regordete y perezoso, pero no exento de movilidad, propenso siempre al sudor, supersticioso y sucio, pero sin llegar a la degeneración, arrebatado a cada rato de los brazos de la muerte y que exhalaba y exhala el olor de un cadáver que no cesara de fumar cigarrillos, de chupar bombones de menta y de oler a ajo. Así olía ya entonces y así sigue oliendo hoy cuando se inclina sobre mí los días de visita, esparciendo a su alrededor la alegría de vivir y el gusto de la muerte, y obliga a Bruno, inmediatamente después de su salida complicada y anunciadora del retorno, a abrir las ventanas y las puertas y a establecer una corriente de aire purificadora.

Hoy Óscar es quien guarda cama. Pero entonces, en la habitación de los Zeidler, hallé a Klepp en los restos de una cama. Pudríase con el mejor de los humores, mantenía al alcance de la mano un mechero de gas muy pasado de moda y de estilo harto barroco, una buena docena de paquetes de espaguetis, latas de sardinas, tubos de salsa de tomate, algo de sal gruesa en un papel de periódico y una caja de botellas de cerveza, la cual, como no había de tardar en comprobar, estaba tibia. Acostumbraba orinar acostado en las botellas vacías, cerraba luego, según había de informarme confidencialmente antes de que transcurriera una hora, los recipientes verdosos, llenos en su mayoría y adaptados a su capacidad, y los colocaba aparte, estrictamente separados de las botellas de cerveza propiamente dicha, a fin de evitar en caso de sed del encamado una posible confusión. Aunque tenía agua en el cuarto y, con un mínimo de iniciativa, habría podido perfectamente orinar en el lavabo, era demasiado perezoso o, mejor dicho, se hallaba demasiado impedido por sí mismo de levantarse, para dejar una cama adaptada con tanta fatiga a su cuerpo e ir a buscar agua en su cazuela de espaguetis.

Comoquiera que Klepp, en tanto que señor Münzer, cocía siempre con toda precaución sus pastas en la misma agua, o sea que guardaba como la pupila de sus ojos aquella agua varias veces hervida que se iba haciendo cada vez más espesa, lograba, gracias al depósito de botellas vacías, conservar a menudo hasta cuatro días consecutivos su posición adaptada a la cama. La emergencia presentábase cuando el caldo de los espaguetis quedaba reducido a un mero residuo salado y pegajoso. Cierto que Klepp hubiera podido abandonarse en este caso al hambre, pero para ello faltábanle entonces todavía las premisas ideológicas necesarias y, por lo demás, su ascetismo parecía también limitarse a períodos de cuatro o cinco días, ya que, en otro caso, bien la señora Zeidler, que le llevaba el correo, o bien una cazuela mayor y un depósito de agua más adecuado a su reserva de pastas hubieran podido hacerle más independiente todavía del medio exterior.

Cuando Óscar violó el secreto personal, hacía ya cinco días que Klepp yacía independiente en su cama: con lo que le quedaba de su agua de espaguetis hubiera podido pegar carteles en las carteleras. Pero en esto oyó en el corredor mis pasos indecisos, dedicados a la señorita Dorotea y a sus cartas. Después que la experiencia le hubo revelado que Óscar no reaccionaba a los accesos de tos fingida e invitadora, decidióse, el día en que yo leía la carta fríamente apasionada del doctor Werner, a forzar un poco su voz y a pedir: —Mi querido señor, ¿no me haría usted el favor de traerme un poco de agua?

Y yo cogí la cazuela, vertí el agua tibia, abrí el grifo, la dejé correr fresca hasta llenar la mitad de la cazuela y aun otro poco más, otro chorrito, y se la llevé: fui, pues, el querido señor que había supuesto en mí y me presenté a él como Matzerath, lapidario y grabador de inscripciones.

Él, con la misma cortesía, incorporó su torso en algunos grados y dijo llamarse Egon Münzer, músico de jazz, rogándome de todos modos que le llamara Klepp, puesto que su padre se llamaba también Münzer. Lo que yo comprendí tanto mejor cuanto que prefería también llamarme Koljaiczek o simplemente Óscar, no llevaba el apellido Matzerath más que por humildad y sólo raramente me decidía a llamarme Óscar Bronski. Así que no tuve dificultad alguna en llamar a aquel joven grueso y tendido —treinta años le calculaba yo, pero tenía menos—, sencilla y llanamente, Klepp. Él me llamó Óscar, porque el apellido Koljaiczek le resultaba demasiado difícil de pronunciar.

Empezamos a charlar, esforzándonos, sin embargo, al principio por ser naturales. Rozamos, charlando, los temas más ligeros: yo le pregunté si consideraba nuestro destino como inmutable, cosa que él afirmó. Preguntóle Óscar si creía que todos los hombres

habían de morir. También la muerte final de todos los individuos tenía él por segura, pero no estaba seguro de que todos hubieran debido nacer, y hablaba de sí mismo como de un nacimiento equivocado, en lo que Óscar volvió a sentir lo mucho que tenía con él en común. Creíamos también los dos en el cielo. Mas él, al decir cielo, dejó escapar una risa ligeramente indecente y se rascó bajo la colcha: diríase que ya en la vida el señor Klepp andaba planeando obscenidades que se proponía ejecutar luego en el cielo. Al llegar a la política, casi se apasionó y me citó más de trescientas casas principescas alemanas a las que quería conferir dignidad, la corona, el poder; la región de Hannover, en cambio, atribuía al Imperio Británico. Cuando le pregunté por la suerte de la otrora Ciudad Libre de Danzig, no sabía por desgracia hacia dónde quedaba, lo que no le impidió proponer para príncipe de aquella pequeña ciudad, que lamentaba no saber dónde quedaba, a un conde del país de Berg que, según él, descendía en línea directa de Wellen. Finalmente —nos aprestábamos ya a definir el concepto de verdad, en lo que hacíamos buenos progresos— yo logré enterarme, por medio de algunas preguntas incidentales hábiles, que hacía ya tres años que el señor Klepp venía pagando a Zeidler alquiler en calidad de inquilino. Lamentamos no habernos conocido antes. Yo achiqué la culpa de ello al Erizo, que no me había facilitado datos suficientes a propósito del encamado, lo mismo que tampoco se le había ocurrido confiarme más acerca de la enfermera que aquella mísera indicación: ahí, detrás de esa puerta de vidrio esmerilado, vive una enfermera.

Óscar no quiso molestar desde el principio al señor Münzer, o Klepp, con sus propias preocupaciones. No le pedí, pues, información alguna acerca de la enfermera, sino que me interesé ante todo por su salud: —Por lo que hace a la salud —intercalé—, ¿no se encuentra usted bien?

Klepp volvió a incorporar el torso algunos grados, pero, al ver que no lograba ponerse en ángulo recto, se dejó caer nuevamente y me informó que, en realidad, él guardaba cama para saber si se encontraba bien, regular o peor. Esperaba poder llegar dentro de algunas semanas a la conclusión de que iba tirando.

Y luego se produjo lo que yo había temido y estaba tratando de evitar por medio de una conversación prolongada y ramificada. —Mi querido señor, ¿le gustaría acompañarme a una ración de espaguetis? —Comimos, pues, unos espaguetis cocidos en el agua fresca que yo le había llevado. No me atreví a pedirle la pegajosa cazuela para someterla en el fregadero a un lavado concienzudo. Apoyado sobre un costado, Klepp se puso a cocinar sin decir palabra y con la seguridad de movimientos de un sonámbulo. Vertió el agua con precaución en una lata de conservas algo mayor, metió luego la mano bajo la cama, sin modificar con ello sensiblemente su posición, sacó un plato grasiento y encostrado con restos de salsa de tomate, pareció indeciso por una fracción de segundo, pero volvió a meter la mano bajo la cama, sacó a la luz del día una bola de papel de periódico amarillento, restregó con ella el plato, volvió a meter el papel bajo la cama, echó el aliento sobre el disco embadurnado, como si quisiera quitarle el último grano de polvo y, con ademán casi majestuoso, me alargó el más abominable de los platos, rogándome que me sirviera sin cumplidos.

Me resistí a hacerlo antes que él, y le rogué que empezara. Después que me hubo provisto con unos misérrimos cubiertos que se pegaban a los dedos, amontonó sobre mi plato, con una cuchara sopera y un tenedor, una buena parte de los espaguetis, apretó el tubo de salsa de tomate, con movimientos elegantes y haciendo salir en arabescos un largo gusano sobre el mondongo, añadióle un buen chorro de aceite de la lata, hizo lo mismo

para sí en la cazuela, esparció algo de pimienta sobre ambas raciones, removió su parte y me invitó con los ojos a hacer lo mismo con la mía.

—Perdone, mi querido señor, que no tenga parmesano en polvo en la casa. Pero de todos modos, deseo a usted un excelente provecho.

Óscar sigue todavía sin comprender cómo pudo encontrar fuerzas suficientes para servirse de la cuchara y el tenedor. Pero lo más curioso es que el plato me gustó. E inclusive estos espaguetis a la Klepp habían de convertirse para mí en un punto de referencia culinario con el que en adelante mediría yo todo menú que se me presentara.

Durante la comida tuve tiempo de examinar en detalle, sin aparentarlo, el cuarto del encamado. La atracción del lugar consistía en un agujero de chimenea, circular, abierto a ras mismo del techo y que respiraba negrura. Afuera, ante las dos ventanas, hacía viento. En todo caso, parecían ser ráfagas de viento las que de vez en cuando introducían nubes de hollín en el cuarto de Klepp por el agujero de la chimenea. Se iban depositando regularmente, en forma fúnebre, sobre los muebles. Comoquiera que todo el mobiliario consistía en la cama, colocada en el centro del cuarto, y en algunas alfombras enrolladas y envueltas en papel de embalaje de procedencia zeidleriana, podía afirmarse sin lugar a error que en aquel cuarto no había cosa alguna más ennegrecida que la sábana antaño blanca, la almohada bajo el cráneo de Klepp y una toalla que el encamado se echaba sobre la cara cada vez que alguna ráfaga mandaba al interior una nube de hollín.

Las dos ventanas del cuarto daban, lo mismo que las del salón y dormitorio de los Zeidler, a la Jülicherstrasse o, mejor dicho, al verde follaje de aquel castaño que se erguía frente a la fachada de la casa. Por todo cuadro colgaba entre las dos ventanas, fijado con chinches, el retrato, sacado probablemente de alguna revista ilustrada, de la reina Isabel de Inglaterra. Abajo del cuadro colgaba una gaita cuya procedencia escocesa llegaba todavía a percibirse bajo la capa de hollín. Mientras contemplaba yo aquella foto en colores, pensando menos en Isabel y en su Felipe que en la señorita Dorotea, que se hallaba entre Óscar y el doctor Werner y posiblemente se desesperara, explicóme Klepp que él era un fiel y entusiasta devoto de la casa real inglesa y que, por ello, había tomado clases de gaita entre los gaiteros de un regimiento escocés del ejército inglés de ocupación, sobre todo por cuanto dicho regimiento lo mandaba la reina Isabel en persona; él, Klepp, la había visto en unas actualidades, vestida de cuadros de arriba abajo, pasando revista al regimiento en cuestión.

En forma curiosa sentí que se me alborotaba el catolicismo. Expresé dudas de que Isabel entendiera lo más mínimo en materia de música de gaita, hice también algunas consideraciones acerca del fin lamentable de María Estuardo y, en una palabra, Óscar dio a entender a Klepp que consideraba a Isabel como carente de todo sentido musical.

En realidad, yo me esperaba un arrebato de cólera del monárquico. Pero éste se limitó a sonreír con aire de superioridad y me rogó que le diera una explicación de la que él pudiese colegir que yo, el pequeñito —así me llamó el gordo—, tenía algún criterio en materia de música.

Óscar se quedó mirando a Klepp por algún tiempo. Sin saberlo, había tocado en mí una fibra sensible. De la cabeza me pasó fulminantemente a la joroba. Aquello parecía el Día del Juicio de todos mis viejos tambores rotos y liquidados. Los mil tambores que había convertido yo en chatarra y aquel que había enterrado en Saspe se levantaban, volvían a nacer y celebraban, enteros y nuevecitos, su resurrección: resonaban, me invadían, me hacían levantar del lado de la cama, me obligaban a dejar el cuarto después de haberle

pedido a Klepp un momento de paciencia, me arrastraban pasando junto a la puerta de cristal esmerilada de la señorita Dorotea —el rectángulo de la carta seguía allí, visible a medias, sobre el entarimado—, me hacían penetrar a latigazos en mi cuarto y me llevaron hasta el tambor que el pintor Raskolnikoff me había regalado al pintar la Madona 49. Y yo agarré el tambor y los palillos, me volví, o aquello me volvió, dejé el cuarto, pasé corriendo junto a la maldita alcoba, entré cual un superviviente que regresa de una larga odisea en la cocina de espaguetis de Klepp, me senté sin cumplidos al borde de la cama, me coloqué el instrumento esmaltado en rojo y blanco en posición, jugueteé primero con los palillos en el aire— estaba yo probablemente algo cohibido todavía y fijaba la mirada más allá del Klepp atónito— y dejé luego caer, como casualmente, uno de los palillos sobre la lámina ¡ay! y la lámina respondió; y ya el segundo palillo atacaba a su vez; y empecé a tocar observando el orden: en el principio fue el principio. Y la mariposa entre las bombillas anunció sobre el tambor mi nacimiento; toqué luego la escalera de la bodega con sus diecinueve peldaños y mi caída de la misma, mientras los demás celebraban mi tercer aniversario; toqué, al derecho y al revés, el horario de la Escuela Pestalozzi; subí con el tambor a la Torre de la Ciudad, sentéme con él debajo de las tribunas políticas, toqué anguilas y gaviotas, el sacudir de las alfombras en Viernes Santo; toqué sentado sobre el ataúd que se afinaba hacia el pie de mi pobre mamá; tomé luego, en calidad de notas, la espalda surcada de cicatrices de Heriberto Truczinski y observé a distancia, cuando me hallaba en la defensa del edificio del Correo polaco de la Plaza Hevelius, un movimiento en la cabecera de aquella casa sobre la que estaba sentado; vi con el rabo del ojo a Klepp, medio incorporado, que sacaba de debajo de la almohada una flauta ridícula, se la aplicaba a la boca y le extraía unos sonidos tan delicados e inefables, que pude llevarlo conmigo al cementerio de Saspe, con Leo Schugger, y luego, cuando Leo Schugger hubo terminado su danza, pude evocar, ante él, para él y con él, la espuma de los polvos efervescentes de mi primer amor; inclusive a la selva de la señora Lina Greff pude llevarlo, hice zumbar asimismo la máquina tambor del verdulero Greff mantenida en equilibrio por un peso de setenta y cinco kilos, me llevé a Klepp al Teatro de Campaña de Bebra, dejé que Jesús tocara mi tambor, evoqué a Störtebeker y a todos los Curtidores saltando del trampolín —abajo estaba Lucía sentada—, hasta que las hormigas y los rusos ocuparon mi tambor; pero no lo conduje luego una vez más al cementerio de Saspe, en donde dejé que mi tambor siguiera a Matzerath, sino que me atacó al grandioso tema interminable: los campos de patatas cachubas, la llovizna oblicua de octubre y las cuatro faldas de mi abuela; y poco faltó para que el corazón de Óscar quedara allí petrificado al oír que de la flauta de Klepp caía, murmurando, la lluvia de octubre; que la flauta de Klepp descubría bajo la lluvia y las cuatro faldas a mi abuelo, el incendiario Koljaiczek, y que la misma flauta celebraba y confirmaba la concepción de mi pobre mamá.

Estuvimos tocando por espacio de varias horas. Cuando hubimos ejecutado variaciones suficientes sobre el tema de mi abuelo corriendo sobre las balsas, terminamos el concierto, agotados pero al propio tiempo felices, con el himno alusivo al salvamento posible y milagroso del incendiario desaparecido.

Con el último tono temblando todavía en la flauta, Klepp se levantó de un salto de la cama moldeada por su cuerpo. Siguiéronle unos olores de cadáver. Pero él abrió violentamente las ventanas, tapó con papel de periódico el agujero de la chimenea, hizo pedazos el retrato en colores de la reina Isabel, proclamó el fin de la era monárquica, dejó correr el agua del grifo por el lavabo, y empezó a lavarse: se lavó; Klepp empezó a lavarse. Y se puso a lavar todo; aquello ya no era un lavado, era una purificación. Y cuando el purificado dejó el agua y se plantó ante mí, grueso, goteante, desnudo y a punto de

reventar, con el sexo colgándole feamente de lado, tendió los brazos y me levantó, levantó a Óscar, ya que éste era y sigue siendo de muy poco peso; y cuando la risa reventó en él e hizo irrupción y rebotó en el techo, entonces comprendí que no sólo acababa de resucitar el tambor de Óscar, sino que también Klepp era un resucitado: y nos felicitamos mutuamente y nos besamos en las mejillas.

Ese mismo día —al atardecer salimos, bebimos cerveza y comimos morcilla con cebolla— me propuso Klepp fundar con él una orquesta de jazz. Claro que le pedí algún tiempo para pensarlo, pero ya Óscar estaba decidido a abandonar no sólo su oficio de marmolista y grabador de epitafios con Korneff, sino también el de modelo con la musa Ulla, y a convertirse en músico de batería en una banda de jazz.

Sobre la alfombra de coco

En esta forma proporcionó Óscar a su amigo Klepp motivos para levantarse. Pero, por más que él diera muestras de un entusiasmo irrefrenable al dejar sus sábanas mugrosas y se reconciliara inclusive con el agua, convirtiéndose por completo en ese hombre que dice «¡adelante!» y «¡el mundo es mío!», ahora que el encamado es Óscar, me entran ganas de afirmar: Klepp quiere vengarse de mí; quiere hacerme odiosa la cama con barrotos del sanatorio, porque yo le hice a él odiosa la cama de su cocina de espaguetis.

Una vez por semana he de soportar su visita, su optimista verborrea sobre el jazz y sus manifiestos comunistomusicales, porque él, que en su cama era un monárquico fiel y devoto de la casa real inglesa, convirtiéndose, apenas le hube yo quitado su cama y su gaita isabelina, en miembro cotizante del Partido Comunista Alemán, lo que sigue practicando todavía cual pasatiempo ilegal, al tiempo que bebe cerveza, devora morcillas y predica a unos bonachones inocentes, que se apoyan en los mostradores y estudian las etiquetas de las botellas, las felices analogías entre una banda de jazz que trabaja a pleno rendimiento y un koljós soviético.

Al soñador despabilado sólo le quedan hoy en día muy pocas posibilidades. Una vez reñido con la cama modelada por su cuerpo, Klepp pudo convertirse en camarada, inclusive ilegal, lo que aumentaba todavía el aliciente. La segunda religión que se le ofrecía era la manía del jazz y, como tercera posibilidad, él, que era protestante, hubiera podido convertirse y hacerse católico.

En esto hay que hacer justicia a Klepp: ha sabido mantenerse abiertas las vías de todas las confesiones. La prudencia, sus carnes pesadas y lustrosas y su humor, que vive del aplauso, le proporcionaron una receta según cuyas reglas socarronas las enseñanzas de Marx han de mezclarse con el mito del jazz. Si algún día se atravesara en su camino un cura algo izquierdista, el tipo del cura proletario, que poseyera además una discoteca con música a la Dixieland, veríase a partir de dicho día a un marxista fanático del jazz recibir los domingos los sacramentos y mezclar su olor corporal antes descrito con las emanaciones de una catedral neogótica.

¡Líbreme a mí de ello mi cama, de la que Klepp quiere arrancarme con promesas cálidas de vida! No cesa de presentar al tribunal escrito tras escrito, trabaja mano a mano con mi abogado y solicita la revisión del proceso: lo que persigue es una sentencia absolutoria para Óscar, la libertad de Óscar —¡sáquenlo ya del establecimiento!—; y todo eso sólo porque Klepp me envidia mi cama.

Y sin embargo, no lamento haber convertido, en calidad de inquilino de Zeidler, a un amigo yacente en un amigo andante, y aun, en ocasiones, en un amigo que corre. Con excepción de aquellas horas pesadas que dedicaba, caviloso, a la señorita Dorotea, tenía yo ahora una vida privada sin preocupaciones. —¡Hola, Klepp! —le dije, dándole una palmadita en la espalda—, fundemos una banda de jazz! —y él me acariciaba la joroba, a la que casi quería tanto como a su vientre—. ¡Óscar y yo! —anunció Klepp al mundo— creamos una banda de jazz! Sólo nos falta un guitarrista que sepa también tocar el banjo.

Efectivamente, el tambor y la flauta requieren además otro instrumento melódico. Tampoco un contrabajo, siquiera desde el punto de vista meramente óptico, hubiera estado mal, pero ya los contrabajos escaseaban en aquella época, de modo que nos pusimos activamente a buscar el guitarrista que nos faltaba. Íbamos mucho al cine, nos hacíamos fotografiar, según ya lo indiqué al principio, dos veces por semana y efectuábamos con las fotos de pasaporte, saboreando cerveza, morcilla y cebollas, toda clase de sandeces. Klepp conoció entonces a la pelirroja Use, le regaló imprecavidamente una foto, y es únicamente por ello por lo que hubo de hacerla su mujer; pero en cuanto al guitarrista, seguíamos sin hallarlo.

Aunque, por razón de mi actuación como modelo, el barrio viejo de Düsseldorf, con sus vidrieras de cristales abombados de colores, su mostaza sobre queso, su olor de cerveza y su bambolla renana me fuera relativamente conocido, sólo con Klepp llegué a conocerlo bien. Buscamos al guitarrista alrededor de la iglesia de San Lamberto, en todas las tabernas y, sobre todo, en la Ratingerstrasse, en el «Unicornio», porque allí tocaba Bobby, quien de vez en cuando nos dejaba colaborar con la flauta y el tambor y aplaudía mi actuación, pese a que él mismo era un excelente músico de batería al que por desgracia le faltaba un dedo de la mano derecha.

Y si en el «Unicornio» no encontramos al guitarrista, de todos modos adquiriré allí cierta rutina; contaba además con mi experiencia del Teatro de Campaña y me hubiera convertido en muy poco tiempo en un músico pasable de batería, a no ser por la señorita Dorotea, que de vez en cuando me estropeaba las entradas.

La mitad de mis pensamientos estaban siempre con ella, y esto hubiera sido soportable, si la otra mitad se hubiera mantenido por completo y punto por punto cerca de mi tambor. Pero es el caso que un pensamiento empezaba en el tambor y terminaba en el broche de la Cruz Roja de la señorita Dorotea. Klepp, que se las arreglaba admirablemente para tapar con su flauta mis ausencias, preocupábase cada vez que veía a Óscar medio sumido en cavilaciones. —¿Es que tienes apetito? ¿Quieres que pida morcilla?

Detrás de cada pena de este mundo olfateaba Klepp un apetito canino, y creía por consiguiente poder curar toda pena con una porción de morcilla. En aquel tiempo, Óscar comía mucha morcilla fresca con ruedas de cebolla y bebía la correspondiente cerveza, para hacer creer a su amigo Klepp que la pena de Óscar provenía del hambre y no de la señorita Dorotea.

Por lo regular salíamos muy temprano del piso de los Zeidler en la Jülicherstrasse y desayunábamos en el barrio viejo. A la Academia ya sólo iba yo cuando necesitábamos dinero para el cine. En cuanto a la musa Ulla, se había vuelto a prometer entretanto por tercera o cuarta vez con el pintor Lankes, del que no había manera de arrancarla, porque él consiguió en aquel entonces sus primeros grandes encargos industriales. Y el posar sin musa no le hacía a Óscar ninguna gracia. Volvían a dibujarlo, a ponerle terriblemente negro, y así acabé por entregarme por completo a mi amigo Klepp, porque tampoco junto a

María y Kurt hallaba yo reposo alguno: allí concurría noche tras noche el Stenzel de marras, que era su patrón y su admirador casado.

Cuando un día de principios de otoño del cuarenta y nueve Klepp y yo salimos de nuestros respectivos cuartos y nos hallábamos ya en el corredor aproximadamente a la altura de la puerta de cristal esmerilada disponiéndonos a salir provistos de nuestros instrumentos, Zeidler, que había dejado la puerta de su salón—dormitorio entreabierta, nos llamó.

Empujaba ante sí un rollo de alfombra, angosto pero grueso, en dirección de nosotros, y nos pidió que le ayudáramos a colocarla y fijarla. Tratábase de una alfombra de pasillo, de coco, que medía ocho metros y veinte centímetros. Mas comoquiera que el corredor del piso de los Zeidler sólo media siete metros y cuarenta y cinco centímetros, Klepp y yo tuvimos que cortarle los otros setenta y cinco centímetros. Lo hicimos sentados, ya que el corte de las fibras de coco se nos hacía pesado. La alfombra resultó dos centímetros demasiado corta. Como tenía exactamente el ancho del corredor, Zeidler, que por lo visto no podía agacharse, nos rogó que la claváramos, juntando para ello nuestras fuerzas, al entarimado. Fue ocurrencia de Óscar que estiráramos la alfombra al clavarla, con lo cual llegamos a recuperar, excepto en una insignificancia, los dos centímetros faltantes. Nos servimos en la operación de clavos de cabeza ancha y plana, ya que los de cabeza estrecha no hubieran proporcionado aguante suficiente a la alfombra de coco, que era de trenzado flojo. Ni Óscar ni Klepp se dieron en los pulgares, aunque sí torcieron algunos clavos; pero esto fue culpa de la mala calidad de los mismos, que procedían de la reserva de Zeidler, o sea de la época anterior a la reforma monetaria. Cuando tuvimos fijada la mitad de la alfombra sobre el entarimado, dejamos los martillos sobre el piso, en forma de cruz, y miramos al Erizo, que vigilaba nuestro trabajo, no con insistencia, pero sí con ojos expectantes. En vista de lo cual él desapareció en dirección de su salón—dormitorio y regresó al poco rato llevando tres copitas de su reserva y una botella de aguardiente de trigo. Bebimos a la salud de la longevidad de la alfombra de coco y volvimos a insinuar, sin insistencia, igualmente, pero, igualmente, con expectación: la fibra de coco da sed. Probablemente las copitas del Erizo se alegraron de que se las llenara varias veces consecutivas con aguardiente antes de que un ataque de cólera familiar las hiciera pedazos. Cuando por un descuido Klepp volcó una de las copitas vacías sobre la alfombra, la copita ni se rompió ni dejó oír el menor ruido. Todos alabamos la alfombra de coco. Pero cuando la señora Zeidler, que nos estaba contemplando desde el salón—dormitorio, loó a su vez la alfombra de coco, porque ésta había preservado a la copita de romperse, entonces el Erizo se enfureció. Pisoteó la parte no clavada todavía de la alfombra de coco, agarró las tres copitas vacías, desapareció con ellas en el salón—dormitorio, oímos tintinear la vitrina —sacó más copitas, ya que con tres no le bastaba— y acto seguido oyó Óscar una música que ya le era familiar: ante su ojo interior surgió la estufa zeidleriana de tipo continuo, ocho copitas de las de licor yacían hechas polvo al pie de la misma, y Zeidler se inclinaba para alcanzar el recogedor y la escobilla y barrer, en cuanto Zeidler, lo que como Erizo había roto. Y la señora Zeidler, en tanto que tras de ella el vidrio se rompía y saltaba en pedazos, no se movió de la puerta. Parecía interesarse mucho en nuestro trabajo, sobre todo por cuanto al enfurecerse el Erizo nosotros habíamos vuelto a nuestros martillos. Ya no regresó, pero había dejado junto a nosotros la botella del aguardiente. Al principio, al llevarnos alternativamente la botella a la boca, nos sentíamos todavía algo cohibidos a causa de la señora Zeidler. Pero ésta nos hacía con la cabeza unos signos amistosos, pese a los cuales no logramos decidimos a pasarle la botella y ofrecerle un trago. De todos modos trabajamos pulcramente y seguimos clavando la alfombra de

coco clavo tras clavo. Al clavar Óscar la alfombra frente a la habitación de la enfermera, los vidrios esmerilados vibraron a cada martillazo. Esto lo afectó dolorosamente y, por espacio de unos momentos penosos, hubo de dar reposo al martillo. Mas tan pronto como hubo dejado atrás la puerta de cristal esmerilada de la señorita Dorotea, él y su martillo volvieron a sentirse mejor. Y comoquiera que todo ha de terminar alguna vez, así terminó también el clavado de la alfombra de coco. De cabo a cabo iban los clavos de cabeza ancha, metidos en el entarimado hasta el cuello, pero manteniendo las cabezas a ras de las fibras de coco, ondulantes y alborotadas. Nos paseamos satisfechos por el corredor, saboreando el largo de la alfombra y elogiando nuestra labor, tanto más, según discretamente lo hicimos notar, que no era nada fácil estirar en ayunas una alfombra de coco y clavarla; con lo que finalmente logramos también que la señora Zeidler se aventurara a su vez sobre la alfombra nueva —casi diría virgen— de coco, se dirigiera sobre la misma a la cocina, nos sirviera café y nos friera un par de huevos en la sartén. Comimos en mi cuarto, y la Zeidler se largó, porque tenía que ir a la oficina de Mannesmann, en tanto que nosotros dejamos la puerta abierta y contemplábamos, mascando y ligeramente agotados, nuestra obra: la alfombra de coco semejante a un río.

¿Por qué dedicar tanta abundancia de palabras a una alfombra de coco barata, que a lo sumo poseería algún valor antes de la reforma monetaria? Óscar se hace cargo de esta legítima pregunta y la contesta anticipando algo: Porque sobre dicha alfombra me encontré la noche siguiente, por vez primera, con la señorita Dorotea.

Muy tarde, hacia la medianoche, regresaba yo a casa lleno de cerveza y de morcilla. A Klepp lo había dejado en el barrio viejo. Seguía buscando al guitarrista. Di, sin duda, con la cerradura del piso zeidleriano, hallé la alfombra de coco en el corredor, pasé junto al vidrio esmerilado en aquella hora oscuro, hallé el camino de mi cuarto y de mi cama, salí primero de mi ropa, pero no encontré mi pijama —se lo había mandado a María para lavar— y encontré, en cambio, aquel pedazo de setenta y cinco centímetros de largo que habíamos cortado de la alfombra de coco. Lo puse a un lado de la cama y me acosté, sin conseguir, con todo, conciliar el sueño.

No hay por qué referir a ustedes lo que Óscar pensó o barajó en su mente, sin pensarlo, mientras trataba de conciliar el sueño. Hoy creo haber descubierto la causa de mi insomnio de entonces. Antes de subir a la cama había estado unos momentos de pie, descalzo, sobre la antecama, o sea sobre aquel pedazo de alfombra de coco. Las fibras de éste se comunicaron a mis pies y, a través de la piel, me penetraron en la sangre, de modo que, inclusive cuando ya llevaba un rato tendido, me seguía sintiendo sobre las fibras de coco, y eso era lo que me impedía dormir, ya que no hay nada tan excitante, tan contrario al sueño y tan favorecedor de pensamientos como el estar de pie y descalzo sobre una alfombra de coco.

Mucho después de medianoche, hacia eso de las tres, Óscar seguía echado y de pie a un tiempo, pero sin conciliar el sueño, sobre la cama y en la estera a la vez, cuando oyó en el corredor primero una puerta y luego otra. Será Klepp, pensé, que vuelve sin guitarrista pero bien saturado de morcilla, aunque ya sabía que no era Klepp el que movía primero una puerta y luego otra. Igualmente pensé: de nada te sirve quedarte aquí acostado en la cama, sintiendo las fibras de coco en los pies; mejor será que dejes esta cama y te pongas decididamente de pie, y no sólo con la imaginación, sobre la antecama de coco. Eso hizo Óscar. Y tuvo consecuencias. Porque, apenas me sentí de pie sobre la estera, el pedazo de alfombra de setenta y cinco centímetros me traspasó las plantas de los pies y me hizo recordar su procedencia, a saber: la alfombra de siete metros y cuarenta y tres centímetros

del corredor. Sea, pues, que sintiera compasión por el trozo cortado de la alfombra, sea porque hubiera oído las puertas del corredor y creyera, sin creerlo, que se trataba del retorno de Klepp, el caso es que Óscar se agachó y, como no había encontrado su pijama al meterse en la cama, cogió con las manos dos puntas de la antecama de coco, separó las piernas hasta que sus pies ya no quedaron sobre la fibra sino sobre el entarimado, tiró de la estera entre sus piernas, la levantó en alto y puso los setenta y cinco centímetros ante su cuerpo desnudo, que medía un metro y veintiún centímetros, o sea tapando decorosamente su desnudez, con lo cual, sin embargo, venía a quedar expuesto a la influencia de las fibras de coco desde las clavículas hasta las rodillas. Influencia que se acrecentó al dejar Óscar su oscura habitación y salir detrás de su pantalla de fibra al oscuro corredor, y por ende al pisar la alfombra de coco.

¿Qué tiene de particular, pues, que bajo la incitación fibrosa de la alfombra del pasillo procediera yo a pasitos rápidos y quisiera sustraerme al influjo que actuaba bajo mis pies, tratara de salvarme y corriera hacia donde no había fibras de coco, es decir, hacia el excusado?

Pero éste estaba tan oscuro como el corredor y como el cuarto de Óscar y, sin embargo, estaba ocupado. Así me lo reveló un tenue grito femenino. También mi piel de fibra de coco topó con la rodilla de una persona sentada. Comoquiera que yo no daba señales de abandonar el excusado —porque allá afuera me esperaba la alfombra de coco—, la que estaba sentada allí delante trató de echarme: —¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¡Vayase! —decía frente a mí una voz que en ningún caso podía pertenecer a la señora Zeidler. Y con un tono compungido: —¿Quién es usted?

—¡A ver, señorita Dorotea, adivínelo usted! —arriesgué en son de broma, para atenuar un poco lo que nuestro encuentro tenía de penoso. Pero ella no trataba de adivinar, antes bien se levantó, alargó las manos hacia mí y trató de empujarme fuera del excusado y hacia la alfombra del corredor; pero no calculó la altura y dio con sus manos en el vacío, por encima de mi cabeza, buscó a continuación más abajo, y al topar sólo con mi delantal fibroso y con mi piel de coco volvió a gritar —eso es lo que hacen siempre las mujeres— confundíendome con alguna otra persona, porque se echó a temblar y susurró: —¡Dios mío, el diablo! —lo que me hizo soltar una risita ahogada, por supuesto que sin mala intención. Pero ella la tomó por la risa sarcástica del diablo. Como a mí esa palabreja de diablo no me hacía gracia, al preguntar ella una vez más, pero ya muy apocada: —¿Quién es usted? —contestóle Óscar: —¡Soy Satanás, que viene a ver a la señorita Dorotea! —Y ella: —¡Dios mío!, ¿pero por qué?

Y yo, adaptándome poco a poco al papel y sintiendo en mí a Satanás de apuntador: —Porque Satanás ama a la señorita Dorotea. —¡No, no, no, yo no quiero! —logró suspirar todavía, intentado escapar; mas topó nuevamente con las fibras satánicas de mi traje de coco —su camión debía de ser muy ligero— y sus diez dedos se enredaron con la jungla tentadora, lo que la hizo débil y vacilante. Fue sin duda una debilidad pasajera lo que la hizo abalanzarse a la señorita Dorotea hacia adelante. Con mi pelliza, que levanté apartándomela del cuerpo, la retuve cuando iba a caer y la sostuve todo el tiempo necesario para adoptar una decisión adecuada a mi papel de Satanás; permití luego, cediendo un poco, que se pusiera de rodillas, en lo que tuve buen cuidado, sin embargo, de que éstas no entraran en contacto con las frías baldosas del excusado, sino con la alfombra de coco del corredor; déjela luego resbalar en todo su largo hacia atrás, sobre la alfombra, con la cabeza en dirección oeste, o sea hacia el cuarto de Klepp, y la cubrí por delante, ya que la parte posterior de su cuerpo tocaba la fibra de coco por lo menos en un metro sesenta, con

el mismo material fibroso, aunque sólo disponía para ello de aquellos setenta y cinco centímetros; pero como le puse uno de los bordes casi pegado a la barbilla, el otro borde le quedaba algo demasiado abajo de las caderas, de modo que tuve que correr la estera unos diez centímetros más arriba, hasta su boca, dejándole no obstante libre la nariz, a fin de que la señorita Dorotea pudiera respirar sin dificultad. Y, efectivamente, cuando Óscar se tendió a su vez sobre su antecama, la oyó respirar activamente bajo el efecto de las mil fibras excitantes. De momento, Óscar no trató de establecer un contacto directo, sino que esperó a que la fibra de coco produjera su cabal efecto, iniciando a dicho fin con la señorita Dorotea, que seguía sintiéndose débil y murmurando «Dios mío, Dios mío» y preguntando el nombre y la procedencia de Óscar, una conversación que la hacía estremecerse, entre alfombra y estera, cada vez que yo me daba como Satanás. Siseaba yo dicho nombre en forma muy satánica y describía con palabras tajantes mi domicilio infernal; al propio tiempo agitábame a más y mejor sobre mi antecama, manteniéndola en movimiento, porque, poquito a poco, las fibras de coco iban comunicando a la señorita Dorotea una sensación análoga a la que años antes le transmitiera el polvo efervescente a mi amada María. Sólo que éste me proporcionaba antaño una satisfacción plena, completa y triunfante, en tanto que sobre la alfombra de coco debía de experimentar yo ahora una derrota ominosa. No logré echar el ancla. Aquello que en tiempos del polvo efervescente y en tantas otras ocasiones posteriores se había revelado rígido y agresivo, ahora, bajo el signo de la fibra de coco, inclinaba lamentablemente la cabeza y se mostraba desganado, mezquino, sin tratar de alcanzar el objetivo ni hacer el menor caso a las diversas exhortaciones, tanto a mis artes persuasivas puramente intelectuales como a los suspiros de la señorita Dorotea, que murmuraba, gemía, lloriqueaba: —¡Ven, Satanás, ven! —a lo que respondía yo, tratando de tranquilizarla y consolarla: —Satanás viene pronto, ya no le falta mucho. —Y mantenía al propio tiempo un diálogo con aquel Satanás que desde mi bautismo llevo dentro, increpándole: ¡No seas aguafiestas, Satanás!, suplicándole: ¡Por favor, Satanás, ahórrame esta humillación!, halagándole: Pero si tú no sueles ser así; acuérdate de María o, mejor aún, de la viuda Greff, o de los juegos que hacíamos los dos en París con la amable Rosvita. Pero él, poco dispuesto a cooperar y sin temor a repetirse, sólo me daba una respuesta: No tengo ganas, Óscar. Cuando Satanás no las tiene, triunfa la virtud. Al cabo, alguna vez tendría Satanás derecho a no tenerlas.

Negóme, pues, su apoyo, alegó ésta y otras sentencias de calendario por el estilo, en tanto que yo, desfalleciendo lentamente, seguía manteniendo la estera de coco en movimiento y torturaba y lastimaba la piel de la señorita Dorotea, hasta que finalmente respondía a su sediento: ¡Ven, Satanás, ven de una vez! con un ataque desesperado y necio, sin ningún fundamento, debajo de las fibras de coco: con una pistola descargada traté de dar en el blanco. Ella se dispuso a ayudar a Satanás, sacó los dos brazos de debajo de la estera, quiso abrazarse y me abrazó, encontró en eso mi joroba y mi cálida piel humana, que nada tenía de la fibra de coco, no se topó con su anhelado Satanás y cesó de balbucear aquel: ¡Ven, Satanás, ven!; carraspeó más bien, y volvió a plantear, en otro tono de voz, la pregunta inicial: —Por el amor de Dios, ¿quién es usted, qué quiere? —No tuve más remedio que rendirme y confesar que, según decían mis papeles, me llamaba Óscar Matzerath, era vecino suyo y amaba a la señorita Dorotea con un amor apasionado y fervoroso.

Si ahora algún espíritu malévolo cree que la señorita Dorotea me lanzó con un juramento y de un puñetazo sobre la alfombra de coco, puede Óscar informar, con melancolía por descontado, pero también con una leve satisfacción, que la señorita Dorotea sólo apartó de mi joroba sus manos y sus brazos lentamente, casi diría pensativamente, lo

que me hizo el efecto de una caricia infinitamente triste. Tampoco tuvieron nada de violento el lloro y los sollozos en que rompió acto seguido. Apenas me di cuenta de que se me escurría de debajo de la estera, se me escapaba, se me iba soltando, ni de cómo la alfombra iba absorbiendo sus pasos por el corredor. Oí abrirse una puerta, moverse una llave en la cerradura y, al instante, los seis cuadrados esmerilados de la alcoba de la señorita Dorotea se iluminaron por dentro y se hicieron reales.

Óscar permanecía tendido y cubriéndose con la estera, que conservaba todavía algún calor de aquel juego satánico. Mis ojos colgaban de los cuadrados iluminados. De vez en cuando deslizábase una sombra sobre el vidrio lechoso. Ahora va al armario, me decía, ahora a la cómoda. Óscar emprendió un último intento de tipo perruno. Me arrastré con la estera por la alfombra hasta la puerta, rasqué la madera y deslicé una mano suplicante sobre los dos vidrios inferiores. Pero la señorita Dorotea no abrió y siguió moviéndose, infatigable, entre el armario y la cómoda con el espejo. Lo sabía, aunque no quería confesármelo: la señorita Dorotea estaba haciendo sus maletas y huía, huía de mí.

Inclusive tuve que renunciar a la leve esperanza de que al dejar su alcoba me mostraría su cara iluminada eléctricamente. Primero se apagó la luz detrás del vidrio esmerilado, oí luego la llave, la puerta se abrió, sonaron unos pasos sobre la alfombra de coco. Yo alargué los brazos, me topé con una maleta, con una pantorrilla, y en esto diome en el pecho con uno de aquellos rudos zapatos de deporte que yo había visto en el armario, me echó sobre la alfombra y, cuando Óscar se levantó y suplicó una vez más: —Señorita Dorotea —ya la puerta del piso se cerraba: una mujer me había abandonado.

Ustedes y todos los que comprenden mi dolor dirán ahora: Vete a la cama, Óscar. ¿Qué andas buscando todavía por el corredor, después de este episodio humillante? Son las cuatro de la madrugada. Estás desnudo sobre una alfombra de coco y te cubres precariamente con una estera fibrosa. Tu corazón está sangrando, tu sexo te hace daño, tu vergüenza clama al cielo. Has despertado al señor Zeidler. Éste ha despertado a su mujer. Van a venir, abrirán la puerta de su salón—dormitorio y te verán. ¡Vete a la cama, Óscar, ya van a dar las cinco!

Éstos eran exactamente los consejos que yo mismo me daba mientras permanecía tirado allí sobre la alfombra. Estaba tiritando y sin embargo permanecía tendido. Trataba de evocar para mí el cuerpo de la señorita Dorotea. Pero no sentía más que las fibras de coco; las tenía inclusive entre los dientes. Luego, una franja de luz cayó sobre Óscar: la puerta del salón—dormitorio de los Zeidler se abrió cosa de un palmo y se asomó por ella la cabeza de erizo de Zeidler y, por encima de ésta, la cabeza llena de rizadores de la Zeidler. Me miraron estupefactos, él tosió y ella se rió por lo bajo, él me interpeló y yo no respondí, ella siguió riendo, él reclamó silencio, ella me preguntaba lo que me pasaba, él dijo que esto no podía ser, ella dijo que aquella era una casa honesta, él me amenazó con despedirme, pero yo callé, porque mi medida no estaba colmada todavía. En esto, los Zeidler abrieron de par en par la puerta y él prendió la luz del corredor. Y se me fueron acercando con unos ojos pequeños llenos de malquerencias, y él se proponía no descargar esta vez su furor contra las copitas de licor, y Óscar aguardaba el furor del Erizo; pero éste no tuvo ocasión de descargarlo, porque se oyó un ruido en la caja de la escalera, porque una llave insegura empezó a buscar y finalmente halló, y porque entró Klepp llevando consigo a alguien que estaba exactamente tan borracho como él: a Scholle, el guitarrista con que al fin había dado.

Entre los dos tranquilizaron a Zeidler y consorte, se inclinaron sobre Óscar, le hicieron preguntas, me cogieron y me llevaron, juntamente con aquel pedazo satánico de alfombra de coco, a mi cuarto.

Klepp me frotó hasta que me hizo reaccionar. El guitarrista trajo mi ropa. Entre los dos me vistieron y secaron mis lágrimas. Sollozos. Ante las ventanas tenía lugar la mañana. Gorriones. Klepp me colgó mi tambor y me mostró su pequeña flauta de madera. Sollozos. El guitarrista se echó al hombro la guitarra. Gorriones. Estaba entre amigos: me cogieron entre los dos y se llevaron a un Óscar sollozante, que no ofrecía resistencia, fuera del piso, fuera de la casa de la Jülicherstrasse, hacia los gorriones. Me sustrajeron a la influencia de la fibra de coco y me condujeron por las calles matinales a través del parque del Hofgarten frente al Planetario y hasta la orilla del Rin, que corría grisáceo hacia Holanda y llevaba barcazas sobre las que se veía flotar ropa tendida.

Desde las seis de la mañana hasta las nueve estuvimos sentados, aquel día brumoso de septiembre, el flautista Klepp, el guitarrista Scholle y el baterista Óscar, en la orilla derecha del Rin, haciendo música, ensayando, bebiendo de una botella y guiñándoles a los álamos de la otra orilla; dimos a unos barcos cargados de carbón que desde Duisburgo remontaban la corriente el acompañamiento de una música del Misisipí, ora rápida y alegre, ora lenta y triste, y buscamos un nombre para la banda de jazz que acababa de constituirse.

Cuando algo de sol coloreó la neblina y la música reveló deseos de un copioso desayuno, levantóse Óscar, que había interpuesto entre sí y la pasada noche a su tambor, sacó dinero del bolsillo de su chaqueta —lo que significaba desayuno— y anunció a sus amigos el nombre de la orquesta acabada de nacer: «The Rhine River Three» nos llamábamos, y fuimos en pos de nuestro desayuno.

El Bodegón de las Cebollas

Así como nosotros amábamos los prados a orillas del Rin, así amaba el fondista Ferdinand Schmuhe la orilla derecha, entre Düsseldorf y Kaiserswerth. Por lo regular, nosotros ensayábamos nuestra música arriba de Stockum. Schmuhe, en cambio, exploraba con su escopeta de caza los setos y las matas del declive de la orilla, en busca de gorriones. Éste era su pasatiempo favorito; con él se reponía. Cuando Schmuhe tenía contrariedades en el negocio, ordenaba a su mujer que se pusiera al volante del Mercedes, tomaban a lo largo de la orilla, dejaban el coche arriba de Stockum, y él se echaba a caminar a pie campo traviesa con sus pies ligeramente planos y su escopeta apuntando hacia abajo, arrastrando a su esposa, que hubiera preferido quedarse en el auto, la instalaba sobre alguna cómoda piedra de la orilla y desaparecía entre los setos. Nosotros tocábamos nuestro rag—time, en tanto que él hacía resonar los matorrales. Mientras nosotros cultivábamos la música, Schmuhe cazaba gorriones.

Scholle, que al igual de Klepp conocía a todos los fondistas del barrio viejo, decía, así que se oían los primeros disparos entre la verdura:

—Schmuhe anda cazando gorriones.

Comoquiera que Schmuhe ya no vive, puedo pronunciar mi oración fúnebre aquí mismo: Schmuhe era un buen cazador y, posiblemente también, un buen hombre; porque cuando Schmuhe cazaba gorriones, guardaba sin duda su munición de pequeño calibre en su

bolsillo izquierdo, pero su bolsillo derecho, en cambio, estaba lleno a reventar de alpiste que repartía con grandes movimientos generosos, y no antes de tirar, sino después, entre los gorriones. Por lo demás Schmuh no mataba nunca más de doce gorriones en una tarde.

Estando Schmuh en vida todavía, dirigiéosen una fresca mañana de noviembre del año cuarenta y nueve —hacía ya semanas que estábamos ensayando a la orilla del Rin—, y no en forma discreta, sino alzando la voz: —¿Cómo voy a poder tirar, si ustedes con su música me asustan a los pajaritos?

—¡Ah! —dijo Klepp en son de excusa, presentando su flauta a modo de fusil—, usted es el señor que anda tirando por los setos en forma tan sumamente musical y tan exactamente adaptada a nuestras melodías; ¡mis respetos, señor Schmuh!

A Schmuh le halagó que Klepp lo conociera por su nombre, pero le preguntó de todos modos que de dónde lo conocía. Klepp se hizo el sorprendido: Pero si todo el mundo conoce al señor Schmuh, ahí viene el señor Schmuh, ha visto usted al señor Schmuh, dónde está hoy el señor Schmuh, el señor Schmuh está cazando gorriones.

Convertido por la gracia de Klepp en un Schmuh de dominio público, Schmuh nos ofreció cigarrillos, nos preguntó nuestros nombres y nos rogó que le tocáramos algo de nuestro repertorio. Le ofrecimos un Tigerrag, al final del cual hizo señas a su esposa que estaba sentada con su abrigo de pieles sobre una piedra y dejaba volar sus pensamientos con las olas del Rin. Vino ella con su abrigo, y tuvimos nuevamente que tocar. Le dedicamos High Society y, cuando terminamos, exclamó la de las pieles: —¡Pero Ferdy, si esto es precisamente lo que andabas buscando para el negocio! —Él pareció ser de la misma opinión, y creyó seguramente que nos habría buscado y encontrado, pero tomándose tiempo para hacer bien sus cuentas, posiblemente, hizo rebotar algunos guijarros planos, no sin habilidad, sobre la superficie de las aguas del Rin, antes de hacernos la siguiente proposición: Música en el Bodegón de las Cebollas, de nueve de la noche a dos de la madrugada, diez marcos por cabeza; bueno, que sean doce. Klepp dijo diecisiete para que Schmuh pudiera decir quince, pero Schmuh dijo catorce cincuenta y cerramos el trato.

Visto desde la calle, el Bodegón de las Cebollas parecíase a muchos otros de esos pequeños restaurantes modernos que se distinguen de los más antiguos en que son más caros. La razón de los precios más altos podría buscarse en la extravagante decoración interior de los locales modernos, llamados locales de artistas, así como en los nombres que suelen ostentar, desde el discreto «Ravioli», pasando por el misterioso o existencialista «Tabú», hasta el fuerte y fogoso «Paprika» —o el Bodegón de las Cebollas, por ejemplo.

Con mano deliberadamente inhábil habían pintado el nombre de Bodegón de las Cebollas y la imagen expresivamente ingenua de una cebolla en un escudo de esmalte que, a la manera alemana antigua, colgaba frente a la fachada de una horca de hierro colado con muchos recovecos. Vidrios abombados de un verde color botella de cerveza vestían la única ventana. Ante la verja pintada al minio, que en los malos años pudo haber servido de puerta de un refugio antiaéreo, montaba guardia, revestido de una zamarra rústica, el portero. No todo el mundo podía entrar en el Bodegón de las Cebollas. Sobre todo los viernes, en que los sueldos semanales se convertían en cerveza, era cosa de negar la admisión a los cofrades del barrio viejo, para los que, por lo demás, el Bodegón de las Cebollas habría resultado demasiado caro. Pero el que podía entrar hallaba detrás de la verja de minio cinco gradas de cemento, bajábalas, hallábase en un descansillo de un metro por un metro —al que el cartel de una exposición de Picasso confería mayor categoría y originalidad—, bajaba otras gradas, cuatro esta vez, y se encontraba ante el guardarropa.

«¡Se ruega pagar después!», rezaba un letrero de cartón, y el joven de detrás del guardarropa —por lo regular un discípulo barbudo de la Academia de Bellas Artes— nunca aceptaba el dinero por adelantado, porque el Bodegón de las Cebollas era caro, sin duda, pero serio, eso sí.

El dueño recibía personalmente a cada uno de sus huéspedes, lo que hacía con cejas y gestos extremadamente móviles, como si se tratara de practicar con todo nuevo huésped una ceremonia de iniciación. Como ya sabemos, el dueño se llamaba Schmuu, cazaba ocasionalmente gorriones y poseía el sentido de aquella sociedad que, después de la reforma monetaria, vino a formarse en Düsseldorf con cierta rapidez, y en otros sitios con no tanta, pero de todos modos.

El Bodegón de las Cebollas propiamente dicho era —y en eso se aprecia la seriedad del local acreditado— una bodega auténtica, inclusive algo húmeda. Comparémosla con un tubo largo de pie plano, de unos cuatro metros por dieciocho, que habían de caldear dos estufas de tubos asimismo originales. Claro que, en realidad, la bodega no era tal bodega. Le habían quitado el techo, ampliándola arriba con la planta baja. Y así, la única ventana del Bodegón de las Cebollas tampoco era una ventana de bodega, sino la antigua ventana del local de la planta baja, lo que sin embargo sólo en forma insignificante afectaba a la seriedad del local acreditado. Comoquiera, sin embargo, que de no haber estado provista de vidrios abombados se hubiera podido ver por la ventana, y comoquiera que se había construido en la parte de la bodega ampliada hacia arriba una galería, a la que se podía subir por una escalera de gallinero de lo más original, bien puede designarse al Bodegón de las Cebollas como local serio, aunque no fuera propiamente una bodega; después de todo, ¿por qué había de serlo?

Se me estaba pasando indicar que tampoco la escalera de gallinero de la galería era en realidad una escalera de gallinero propiamente dicha, sino más bien una especie de escalerilla de barco, ya que, a derecha e izquierda de la escalera peligrosamente empinada, uno podía agarrarse a sendas cuerdas de tender de lo más originales también. Este conjunto oscilaba un poco, hacía pensar en un viaje por mar y encarecía en consecuencia el Bodegón de las Cebollas.

Unas lámparas de carburo, como las que suelen usar los mineros, iluminaban el Bodegón de las Cebollas, esparcían un olor a carburo —lo que daba ocasión a un nuevo aumento de los precios— y transportaban al huésped de pago del Bodegón de las Cebollas a las galerías de una mina, digamos de potasio, a novecientos cincuenta metros bajo tierra: mineros con los torsos desnudos que pican en la roca y atacan una vena, el raspador que recoge el mineral, las perforadoras que rugen, las vagonetas que se llenan; allá a lo lejos, donde la galería dobla hacia la sala Friedrich Dos, una luz que oscila: es el jefe de turno; se acerca, dice «¡buena suerte!» y mueve una lámpara de carburo exactamente igual que aquellas lámparas de carburo que colgaban de las paredes sin revoque, someramente enjalbegadas, del Bodegón de las Cebollas, iluminando, oliendo, aumentando los precios y esparciendo una atmósfera original.

Los asientos incómodos —unas cajas vulgares— estaban tapizados con sacos de cebollas, pero las mesas de madera, en cambio, brillaban bien pulidas y sacaban al parroquiano de la mina hacia unos apacibles comedores campestres, como suelen verse en el cine.

Eso era todo. ¿Y el mostrador? No había mostrador. ¡Camarero, la carta, por favor! Ni camarero, ni carta. Sólo falta nombrarnos a nosotros, «The Rhine River Three». Klepp, Scholle y Óscar sentábanse bajo la escalera de gallinero que era en realidad una escalera de

barco, llegaban a las nueve, sacaban sus instrumentos y empezaban a tocar a eso de las diez. Pero como ahora sólo son las nueve y cuarto, dejemos para después lo que a nosotros se refiere. Por lo pronto pongamos nuestra mira en SchmuH tal como SchmuH apuntaba con su escopeta a los gorriones.

Una vez que el Bodegón de las Cebollas se había llenado —medio lleno contaba como lleno—, SchmuH, el dueño, se ponía el jnandil. El mandil, de seda azul cobalto, era estampado, especialmente estampado, y se menciona porque el acto de ponérselo el dueño revestía importancia. El motivo estampado puede designarse como cebollas doradas. Y sólo cuando él se lo ponía podía decirse que el Bodegón estaba abierto.

Los parroquianos: comerciantes, médicos, abogados, artistas y actores, periodistas, gente del cine, deportistas conocidos, altos funcionarios del Estado o del Municipio y, en resumen, todos cuantos hoy en día se dicen intelectuales sentábanse allí con sus esposas, sus amigas, sus secretarias, sus decoradoras, así como también con amiguitas masculinas, sobre las cajas tapizadas de arpillera y, hasta tanto que SchmuH no se ponía el mandil con las cebollas doradas, hablaban en voz baja, en tono de cansancio y como cohibidos. Esforzábanse por iniciar una conversación, pero sin conseguirlo; los mejores propósitos naufragaban sin llegar a tocar los verdaderos problemas; de buena gana habríanse soltado, diciendo de una vez por todas la verdad, descargándose el hígado, el corazón, los pulmones, dejando de lado toda reflexión, para exponer la verdad sin tapujos y mostrarse al desnudo; pero no era posible. Aquí y allá se apuntan los contornos de una carrera frustrada, de un matrimonio desgraciado. Aquel señor de la cabeza maciza e inteligente y de manos blandas y casi delicadas parece tener dificultades con su hijo, que no quiere aceptar el pasado de su padre. Las dos damas de abrigo de visón, que a la luz del carburo no tienen mal aspecto, pretenden haber perdido la fe. ¿En qué? No se sabe. Tampoco se ha llegado a saber nada del pasado de aquel señor de la cabeza maciza, ni de cuáles pueden ser las dificultades que le crea el hijo al padre a propósito de su pasado; es, en conjunto —perdónesele a Óscar la comparación—, como antes de poner el huevo: esfuerzos, más esfuerzos...

Esforzábbase en vano el Bodegón de las Cebollas, hasta que el dueño SchmuH hacía una breve aparición con el mandil de marras, agradecía el «¡Ah!» con que se le acogía, desaparecía luego durante unos minutos detrás de un telón al final de la bodega, donde quedaban los excusados y un depósito, y salía de nuevo a escena.

Pero, ¿por qué acoge al patrón, al presentarse éste de nuevo ante sus huéspedes, otro «¡Ah!» más alegre todavía y casi de liberación? Veamos: el dueño de un acreditado local nocturno desaparece tras un telón, toma algo del depósito, regaña un poco en voz baja a la mujer de los lavabos que está sentada allí leyendo una revista ilustrada, sale de nuevo a escena y se le acoge como si fuera el Salvador o el tío millonario.

SchmuH avanzaba entre sus huéspedes con un pequeño cesto colgándole del brazo. Recubría el cestito un paño de cuadros azules y amarillos. Sobre el paño había unas tablitas de madera recortadas con figuras de puercos y de peces. El fondista SchmuH repartía entre sus huéspedes estas tablitas delicadamente pulidas. Hacía unas reverencias y unos cumplidos reveladores de que había pasado su juventud en Budapest y en Viena. La sonrisa de SchmuH parecíase a la copia que se hubiese sacado de una copia de la presunta Mona Lisa auténtica.

Los parroquianos tomaban las tablitas con la mayor ceremonia. Algunos las cambiaban entre sí. A uno le gustaba más la figura del puerco, otro —u otra, si se trataba de una dama— prefería al puerco doméstico ordinario la figura más misteriosa del pez.

Husmeaban las tablitas, las pasaban de un lado a otro, y el patrón SchmuH esperaba, después de haber servido asimismo a los clientes de la galería, hasta que todas las tablitas quedaran en reposo.

Luego —todos los corazones se mantenían expectantes—, luego apartaba, con un gesto parecido al de un mago, el paño que cubría el cesto: aparecía, recubriendo a éste, un segundo paño sobre el que se hallaban, difíciles de identificar a primera vista, los cuchillos de cocina.

Lo mismo que anteriormente, SchmuH distribuía ahora los cuchillos. Pero ahora procedía a su ronda con mayor rapidez, aumentando aquella tensión que le permitía a él aumentar los precios, y ya no hacía cumplidos ni permitía que se cambiaran los cuchillos de cocina, sino que imprimía a sus movimientos una premura bien dosificada y anunciaba en voz alta: —¡Preparados! ¡Listos! ¡Ya! —y, arrancando del cesto la segunda cubierta, metía la mano en él y distribuía, repartía, esparcía entre el pueblo; era el dispensador benévolo, el proveedor de sus clientes; y les daba cebollas, unas cebollas como las que, doradas y ligeramente estilizadas, ostentaba en su mandil: cebollas comunes y corrientes, bulbos, nada de bulbos de tulipanes, sino cebollas como las que compra el ama de casa, cebollas como las que vende la verdulera, cebollas como las que plantan y cosechan el campesino o la campesina o la sirvienta, como las que, más o menos bien reproducidas, pueden verse pintadas en los bodegones de los pequeños maestros holandeses. Éstas eran las cebollas que repartía el fondista SchmuH entre sus huéspedes, hasta que todos ellos las tenían y ya no se oía más que el ronronear de las estufas de tubos y el sisear de las lámparas de carburo: tal era el silencio que se producía después de la gran distribución de las cebollas. Y Ferdinand SchmuH exclamaba: —¡Cuando gusten, damas y caballeros! — echábase uno de los extremos del mandil sobre el hombro izquierdo, tal como lo hacen los esquiadores en el momento de lanzarse, y daba con ello la señal.

Procedíase a mondar las cebollas. Dícese de éstas que tienen siete pieles. Las damas y los caballeros mondaban las cebollas con los cuchillos de cocina. Les iban quitando la primera, la tercera piel rubia, dorada, pardo rojiza o, mejor dicho, la piel color de cebolla, e iban pelando hasta que la cebolla se hacía vitrea, verde, blancuzca, húmeda, acuosa, pegajosa, y olía, olía a cebolla; y luego procedían a cortar, tal como se cortan las cebollas, y cortaban, con mayor o menor habilidad, sobre unas tablitas que tenían figura de puercos y de peces, cortaban en éste y en el otro sentido, y el jugo saltaba en chorritos y se comunicaba a la atmósfera por encima de las cebollas. Los señores de cierta edad, poco expertos en materia de cuchillos de cocina, tenían que poner cuidado en no cortarse los dedos, lo que de todos modos hacían algunos sin darse cuenta; las damas, en cambio, eran mucho más hábiles, no todas, pero sí aquellas que en la casa eran buenas amas de casa y sabían cómo deben cortarse las cebollas para las patatas salteadas, digamos, o para el hígado frito con rizos de cebolla; pese a lo cual, en el Bodegón de las Cebollas de SchmuH nada servían de comer, y el que quería comer tenía que irse a algún otro sitio, al «Pescadito» por ejemplo, y no al Bodegón de las Cebollas, porque aquí sólo se cortaban cebollas. ¿Cómo así? Porque así se llamaba justamente, y, lo que es más, porque la cebolla, la cebolla cortada, si bien se mira adentro... no, los clientes de SchmuH ya no veían nada, o algunos ya no veían nada, porque les venían las lágrimas a los ojos. No porque se les desbordara el corazón, porque no se ha dicho que cuando el corazón se desborda los ojos hayan necesariamente de llorar; los hay que no lo logran nunca, sobre todo durante los últimos decenios pasados, y por ello algún día se designará a nuestro siglo como el siglo sin lágrimas, pese a todos los sufrimientos, y por ello también precisamente, por razón de esta falta de lágrimas, la gente que disponía de los medios para ello iba al Bodegón de las

Cebollas de Schmuh y se hacía servir por el dueño una tablita de picar —puerco o pescado— y un cuchillo de cocina por ochenta pf ennigs y, por doce marcos, una vulgar cebolla de cocina, de jardín o de campo, y la iban cortando en pedacitos cada vez más pequeños, hasta que el jugo lo lograba. ¿Qué lograba? Lograba eso que el mundo y el dolor de este mundo no lograban producir, a saber: la lágrima esférica y humana. Aquí sí se lloraba. Aquí, por fin, volvíase a llorar. Se lloraba discretamente, o sin reserva, abiertamente. Aquí corrían las lágrimas y ío lavaban todo. Aquí llovía, aquí caía el rocío. Óscar piensa en esclusas que se abren, en diques que se rompen en caso de inundación. ¿Cómo es el nombre de ese río que se sale todos los años de su cauce sin que el gobierno haga nada por evitarlo? Y después de aquel cataclismo natural por doce marcos ochenta, la humanidad, libre ya de sus lágrimas, hablaba. Vacilantes aún y sorprendidos por la novedad de su propio lenguaje escueto, los parroquianos del Bodegón de las Cebollas abandonábanse tras el banquete, sentados en incómodas cajas tapizadas de arpillera, los unos a los otros, y se dejaban preguntar y volver del revés como se vuelve un abrigo. Óscar, sin embargo, que estaba sentado con Klepp y Scholle, sin lágrimas, bajo aquella casi escalera de gallinero, quiere ser discreto, y de todas aquellas revelaciones, autoacusaciones, confesiones y declaraciones no contará más que la historia de aquella señorita Pioch que volvía siempre a perder a su señor Vollmer, lo que le endureció el corazón y le secó los ojos y hacía que tuviera siempre que volver al costoso Bodegón de las Cebollas de Schmuh.

Nos encontramos, decía la señorita Pioch después de haber llorado, en el tranvía. Yo volvía del negocio —posee y dirige una excelente librería—, el coche estaba repleto, y Willy —ése era el señor Vollmer— me pisó con rudeza el pie derecho. Yo no podía aguantarme de pie; fue un amor a primera vista. Mas como tampoco podía andar, él me ofreció su brazo y me acompañó, o, mejor dicho, me llevó a casa y, a partir de aquel día, cuidó tiernamente aquella uña del pie que con su pisotón se me había puesto azul negruzca. Pero también en lo demás se comportó con mucho cariño, hasta que la uña se me desprendió del dedo gordo derecho y nada se oponía ya al crecimiento de una uña nueva. A partir del día en que se me cayó la uña mala, su cariño empezó a enfriarse. Sufríamos los dos por efecto de aquel decaimiento. Y en esto me hizo Willy, porque seguía queriéndome y también porque los dos teníamos mucho en común, aquella espantosa proposición: Deja que te pise el dedo gordo izquierdo, hasta que la uña se ponga azul rojiza y luego azul negruzca. Yo accedí y él lo hizo. Instantáneamente volvía a entrar en posesión de su amor y pude saborearlo hasta que la uña del dedo gordo izquierdo se me cayó también cual hoja seca. Y nuevamente nuestro amor se hizo otoñal. Ahora quería Willy volver a pisarme el dedo gordo derecho, cuya uña había crecido entretanto, para poder seguir amándome de nuevo. Pero yo no lo permití y le dije: si tu amor es verdaderamente grande y sincero, ha de poder sobrevivir a una uña de dedo gordo. Pero él no me comprendió y me dejó. Después de varios meses, volvimos a encontrarnos en una sala de conciertos. Pasado el intermedio, y comoquiera que a mi lado había un lugar vacío, él se vino a sentar conmigo sin que yo se lo pidiera. Cuando durante la Novena Sinfonía empezó a cantar el coro, deslicé hacia los suyos mi pie derecho, del que previamente me había quitado el zapato. Él pisó y yo logré no perturbar el concierto. Después de siete semanas, Willy me abandonó de nuevo. Dos veces más pudimos todavía pertenecemos mutuamente por espacio de algunas semanas, porque en dos ocasiones le tendía una vez el dedo gordo izquierdo y luego el derecho. Hoy tengo los dos dedos hechos una lástima. Las uñas no quieren ya crecer. De vez en cuando Willy viene a visitarme, se sienta a mis pies sobre la alfombra y contempla conmovido y lleno de compasión para conmigo y para con él mismo, pero sin amor y sin lágrimas, las dos víctimas, desuñadas, de nuestro amor. A veces le digo: Ven, Willy,

vamos al Bodegón de las Cebollas de Schmuh y lloremos allí a moco tendido. Pero hasta el presente nunca ha querido acompañarme. El pobre no conoce el consuelo de las lágrimas.

Más adelante —y esto Óscar sólo lo revela para satisfacer la curiosidad que puedan haber sentido ustedes— vino también al Bodegón de las Cebollas el señor Vollmer, que por lo demás tenía un negocio de aparatos de radio. Lloraron juntos y, según me lo dijo ayer Klepp durante la hora de visita, parece que se han casado no hace mucho.

Aunque la tragedia de la existencia humana se manifestara así ampliamente de lunes a sábado —los domingos el Bodegón permanecía cerrado— después del consumo de cebollas, quedaba reservado a los clientes de los lunes proporcionar los llorones no más trágicos, pero sí más violentos. Los lunes era más barato. Schmuh ofrecía las cebollas a la juventud a mitad de precio. Las más de las veces venían estudiantes de medicina de ambos sexos, pero también los de la Academia de Bellas Artes, sobre todo los que más adelante querían ser profesores de dibujo, gastaban en cebollas parte de sus becas. Pero, ¿de dónde —me sigo hoy preguntando— sacaban los alumnos y las alumnas de bachillerato el dinero para sus cebollas?

La juventud llora de otro modo que la vejez. También los problemas de la juventud son muy distintos de los de ésta. No siempre son problemas de exámenes o de graduación. Sin duda que se discutían también en el Bodegón de las Cebollas historias de padres e hijos y de madres e hijas, pero, por más que la juventud se sintiera incomprendida, dicha incompreensión no lograba arrancarle muchas lágrimas. Alegrábase Óscar de que la juventud siguiera llorando por amor, lo mismo que antes, y no sólo por amor sexual. Gerardo y Gudrún: al principio se sentaban siempre abajo y sólo luego lloraban juntos en la galería.

Ella, grande, fuerte, una pelotari que estudiaba química. Se anudaba la abundante cabellera en la nuca. Gris y no obstante maternal, tal como antes del fin de la guerra pudo verse por espacio de varios años en los carteles de la Organización Femenina, su mirada era absolutamente limpia y, las más de las veces, directa. Por muy blanca, lisa y combada que fuera su frente, su rostro revelaba las trazas de su desgracia. De la nuez para arriba, sobre la fuerte barbilla redonda y comprendiendo ambas mejillas, una barba absolutamente masculina, que la infeliz trataba siempre de afeitarse, dejábale unas huellas horrorosas. Es probable que la piel delicada no soportara bien la hoja de afeitar. Gudrún lloraba su desgracia: una cara enrojecida, agrietada, llena de granos, en la que la barba nunca se cansaba de crecer. Gerardo sólo vino al Bodegón de las Cebollas algo más tarde. Se conocieron no en el tranvía, como la señorita Pioch y el señor Vollmer, sino en el tren. Estaban sentados frente a frente y regresaban de las vacaciones semestrales. El la quiso en seguida, con barba y todo. Ella, acomplejada de su barba, no se atrevía a quererlo, pero admiraba —justamente lo que a él lo hacía infeliz— la piel de la barbilla de Gerardo, lisa como la de las nalgas de un bebé, porque al mozo no le crecía la barba, y por eso era tímido con las muchachas. De todos modos, Gerardo le habló a Gudrún y, cuando bajaron del tren en la Estación Central de Düsseldorf, eran ya por lo menos amigos. A partir de aquel viaje, siguieron viéndose a diario. Hablaban de esto y de aquello, comunicábanse también una parte de sus pensamientos respectivos, pero salvando siempre aquello de la barba ausente y de la que no se cansaba de crecer. Además, Gerardo trataba a Gudrún con delicadeza y, a causa de su piel martirizada, no la besaba nunca. Y en esta forma, ambos se mantuvieron castos, aunque ni al uno ni a la otra les importara mucho la castidad, ya que, al cabo, ella estaba entregada a la química y él aspiraba a hacerse médico. Cuando en una ocasión un amigo común les aconsejó el Bodegón de las Cebollas, los dos, escépticos

como suelen serlo los químicos y los médicos, sonrieron al principio despectivamente. Pero de todos modos acabaron por ir, para practicar allí, según se lo aseguraban mutuamente, cierto tipo de estudios. Óscar ha visto raramente dos personas jóvenes llorar como lloraban ellos. Volvían una y otra vez, ahorraban los seis marcos cuarenta de sus alimentos y lloraban a causa de la barba ausente y de aquella que destrozaba la delicada piel de la muchacha. A veces trataban de evitar el Bodegón de las Cebollas y dejaban efectivamente de acudir un lunes, pero al siguiente volvían y revelaban llorando, desmenuzando entre los dedos los pedacitos de cebolla, que habían querido ahorrarse los seis marcos cuarenta. Habían probado la cosa en su covacha con una cebolla barata, pero no era lo mismo que en el Bodegón de las Cebollas. Hacía falta un auditorio. Era mucho más fácil llorar en compañía. Al sentimiento verdadero de comunidad sólo podía llegarse si a derecha e izquierda y arriba en la galería lloraban también los condiscípulos de esta o aquella facultad, los de la Academia de Bellas Artes y hasta los colegiales.

Pero en el caso de Gerardo y Gudrún fue produciéndose, después de las lágrimas, una curación progresiva. Es posible que el líquido lacrimal se llevara sus respectivos complejos. Llegaron, como suele decirse, a mayor intimidad. Él besaba la piel desollada de ella, y ella hallaba placer en la piel fina de él, hasta que un buen día dejaron de venir: ya no lo necesitaban. Óscar se los encontró meses más tarde y casi no los hubiera reconocido: él, el Gerardo barbilampiño, ostentaba una magnífica barba pelirroja, y ella, la Gudrún de piel martirizada, ya sólo dejaba ver un ligero vello oscuro, que la favorecía mucho, arriba del labio superior. Su barbilla y sus mejillas, en cambio, brillaban lisas y sin traza alguna de vegetación. Se casaron siendo estudiantes todavía. Óscar puede oírlos cincuenta años más tarde, rodeados de sus nietos. Ella, Gudrún: —Eso era cuando el abuelito no tenía barba todavía —y él, Gerardo: —Eso era cuando a la abuelita la atormentaba todavía su barba, y los dos íbamos los lunes al Bodegón de las Cebollas.

Pero, ¿por qué, preguntarán ustedes, siguen los tres músicos sentados bajo la escalera que podía ser de barco o de gallinero? ¿Es que, con todo aquel llorar, gemir y rechinar de dientes, aquella tienda de cebollas necesitaba además una orquesta auténtica y permanente?

Una vez que los clientes habían agotado sus lágrimas y vaciado sus corazones, nosotros echábamos mano de nuestros instrumentos y proporcionábamos la transición a la conversación normal, facilitando a los huéspedes la salida del Bodegón para que pudieran entrar otros. Klepp, Scholle y Óscar eran contrarios a las cebollas. Además, había en nuestro contrato con Schmuh una cláusula que nos prohibía a nosotros saborear las cebollas en la misma forma que los clientes. Pero tampoco las necesitábamos. Scholle, el guitarrista, no tenía motivo alguno de queja, pues siempre se le veía feliz y contento, aun cuando en medio de un rag—time se le rompieran dos cuerdas del banjo a la vez. Por lo que se refiere a mi amigo Klepp, las nociones de llorar y reír siguen trabucándosele totalmente todavía. Encuentra el llorar alegre; nunca lo he visto reír tanto como en ocasión del entierro de su tía que, antes de que él se casara, le lavaba las camisas y los calcetines. Pero, ¿qué pasaba con Óscar? Óscar sí hubiera tenido motivo suficiente para llorar. ¿No tenía que lavarse, a fuerza de lágrimas, la imagen de la señorita Dorotea y de aquella larga noche inútil sobre una alfombra de coco más larga todavía? Y mi María, ¿no me daba ya bastante motivo de queja? ¿No entraba y salía del piso de Bilk como le daba la gana su famoso jefe, el tal Stenzel? ¿Acaso mi hijo, el pequeño Kurt, no llamaba al negociante de comestibles finos y esporádicamente también de artículos de carnaval primero «tío Stenzel», y luego «papá Stenzel»? Y detrás de María, ¿no yacían allá lejos, bajo la arena suelta del cementerio de Saspe y bajo la arcilla del de Brenntau, mi pobre mamá, el

alocado dejan Bronski y el cocinero Matzerath, que sólo sabía expresar sus sentimientos en sopas? A todos hubiera tenido que llorarlos. Pero Óscar pertenecía al número reducido de los bienaventurados que para llorar no necesitan cebollas. Mi tambor me ayudaba en ello. Sólo se necesitaban unos cuantos compases determinados para que a Óscar le fluyeran lágrimas ni mejores ni peores que las costosas lágrimas del Bodegón de las Cebollas.

Tampoco el dueño Schmuh recurría nunca a las cebollas. Los gorriones que cazaba en setos y arboledas durante sus horas libres le proporcionaban un sustituto perfecto. ¿No ocurría con frecuencia que Schmuh, después de los tiros, alineara los doce pajarillos cazados sobre un papel de periódico, llorara a lágrima viva sobre los cuerpecitos emplumados, tibios todavía y, sin dejar de llorar, esparciera alpiste por los prados del Rin y sobre la grava de la orilla? Esto aparte, ofédasele además en el Bodegón de las Cebollas otra posibilidad de desahogar su dolor. Tenía por costumbre increpar una vez por semana a la mujer de los excusados, insultándola a veces con palabras anticuadas, como manceba, ramera, coima, alevosa, meretriz. —¡Fuera de aquí —oíasele gritar—, apártate de mi vista, infame! —y la despedía en el acto y contrataba a otra. Pero topó con dificultades, pues ya no había manera de encontrarlas nuevas, de modo que tenía que volver a confiar el puesto a mujeres que ya había despedido alguna vez. Ellas volvían de buena gana, primero porque no entendían la mayoría de los insultos que les dirigía Schmuh, y luego porque en el Bodegón de las Cebollas ganaban buen dinero. El llorar hacía que los huéspedes tuvieran que acudir a los toillettes con mayor frecuencia que en otros lugares y, además, el hombre que llora es más generoso que el de ojo seco. En particular eran los caballeros que «se excusaban un momento» los que, con caras encendidas, húmedas y congestionadas, se metían más profundamente y de buena gana la mano en el bolsillo. Además, las encargadas de los toillettes vendían a los parroquianos los célebres pañuelos de cebollas estampadas que llevaban atravesada la inscripción «Al Bodegón de las Cebollas». Dichos pañuelos eran bastante graciosos y se podían utilizar no sólo para secarse las lágrimas, sino también para ponérselos en la cabeza. Los clientes masculinos del Bodegón se mandaban hacer unos banderines triangulares con los cuadrados de colores y los colgaban en el cristal de atrás de sus autos, de modo que durante los meses de vacaciones llevaban el Bodegón de las Cebollas de Schmuh a París, a la Costa Azul, a Roma, Ravena, Rimini e inclusive a la remota España.

Correspondíanos además, a los músicos y a nuestra música, otra misión. De vez en cuando, sobre todo cuando algunos clientes habían cortado una a continuación de otra dos cebollas, producíanse en el Bodegón explosiones que fácilmente hubieran degenerado en orgías. Por una parte, esta falta de continencia no le gustaba a Schmuh, de modo que, en cuanto algunos señores empezaban a desanudarse las corbatas y algunas damas a manipularse las blusas, nos ordenaba hacer música, para contrarrestar con música la impudicia incipiente. Pero por otra parte era el propio Schmuh el que siempre volvía, hasta cierto punto, a abrir las puertas de la orgía, facilitando a los huéspedes más sensibles una segunda cebolla inmediatamente después de la primera.

Hasta donde llegan mis noticias, la explosión más fuerte que se produjo en el Bodegón de las Cebollas había de convertirse también para Óscar, si no en punto crítico de su existencia, sí por lo menos en acontecimiento decisivo. La esposa de Schmuh, la vivaracha Billy, no solía frecuentar mucho el Bodegón, pero cuando lo hacía, venía en compañía de unos amigos que a Schmuh no le gustaban. Una noche se presentó con el crítico musical Woode y el arquitecto fumador de pipa Wackerlei. Los dos señores formaban parte de los clientes habituales del Bodegón, pero el peso de sus cuitas era abrumador y fastidioso: Woode lloraba por motivos religiosos —quería convertirse, o se

había ya convertido, o estaba a punto de volver a convertirse—, en tanto que el fumador de pipa Wackerlei lloraba a cuenta de una cátedra que había sacrificado, en sus veintes, por una danesa extravagante, que luego se había casado con otro, un sudamericano con el que había tenido seis hijos; eso era lo que le molestaba a Wackerlei y hacía que la pipa se le apagara constantemente. Fue Woode, siempre malicioso, el que convenció a la señora Schmuhs de que cortara una cebolla. Así lo hizo ella, derramó lágrimas y empezó a desembuchar, poniendo al descubierto a Schmuhs, el dueño, y revelando cosas que Óscar, por discreción, no les dirá. Y sólo con el concurso de unos forzudos se pudo contener a Schmuhs cuando éste se abalanzó sobre su esposa, ya que, en definitiva, lo que sobraba allí eran cuchillos de cocina. Logróse, con todo, contener al enfurecido hasta que la insensata Billy pudo salir del ruedo con sus amigos Woode y Wackerlei.

Schmuhs estaba alterado y confuso. Yo se lo conocí en las manos agitadas, con las que a cada rato trataba de componer el mandil. Desapareció varias veces tras la cortina, increpó a la mujer de los lavabos y volvió finalmente con un cesto lleno, anunciando a sus parroquianos, con voz entrecortada y un júbilo fuera de toda proporción, que se sentía de humor dadivoso e iba a proceder a una ronda gratis de cebollas; acto seguido empezó a repartirlas.

El mismo Klepp, que en cualquier situación, por espinosa que fuera, veía siempre excelente motivo de broma, púsose en aquella ocasión, si no pensativo, sí en guardia por lo menos, manteniendo su flauta al alcance de la mano. Bien sabíamos lo peligroso que resultaba ofrecer a aquella sociedad sensible y refinada una segunda posibilidad inmediata de lágrimas liberadoras.

Schmuhs, viéndonos con los instrumentos a punto, nos prohibió hacer música. En las mesas, los cuchillos comenzaron la labor de desmenuzamiento. Las primeras pieles, tan bellas en su color palo de rosa, quedaron descartadas sin ningún miramiento. La carne vitrea de la cebolla, con sus estrías verde pálido, cayó bajo los cuchillos. En forma curiosa, los llantos no empezaron esta vez en las damas. Señores en la flor de su edad, como el propietario de una industria molinera, un fondista que estaba con su amigo ligeramente empolvado, un representante general de ascendencia nobiliaria, una mesa entera con fabricantes del ramo de la confección, que se hallaban de paso en la ciudad con motivo de una convención, y aquel actor calvo a quien entre nosotros llamábamos el Castañuelas, porque al llorar le castañeteaban siempre los dientes: ellos fueron los que empezaron a llorar, antes de que las damas cooperaran. Pero ni damas ni caballeros se abandonaron a ese llanto liberador que se producía después de la primera cebolla, sino que fueron presa de un llorar convulsivo. El Castañuelas castañeteaba en forma tan espantosa que, de haberlo hecho en cualquier teatro, hubiera arrastrado al público a castañetear con él; el molinero topaba una y otra vez con la cabeza canosa y bien cuidada contra la tabla de la mesa; el fondista fundía sus convulsiones lacrimales con las de su grácil amigo; Schmuhs, al pie de la escalera, dejaba colgar su mandil y contemplaba con ojos maliciosos y no exento de satisfacción a la sociedad ya medio desencadenada. Y luego, una dama de cierta edad se desgarró la blusa ante los ojos de su yerno. Y de repente el amigo del fondista, cuyo carácter algo exótico había llamado ya antes la atención, se plantó con su torso desnudo, de un bronceado natural, sobre una de las mesas y, a continuación sobre otra, y empezó a bailar como debe bailarse en el Oriente, anunciando con ello el principio de una orgía que, aunque había estallado con violencia, no merece, con todo, por falta de ocurrencias —o porque éstas sólo fueron necias— los honores de una descripción detallada.

Schmuh no fue el único en mostrarse decepcionado; también Óscar arqueó hastiado las cejas. No faltaron algunas escenas graciosas de desvestimiento: caballeros que se ponían prendas íntimas de señora, Amazonas que se lanzaban ávidamente sobre corbatas y tirantes, parejas que desaparecían aquí y allá bajo las mesas; en rigor, habría que mencionar al Castañuelas, que desgarró unos sostenes con los dientes, los mascó y en parte se los tragó probablemente.

Es de creer que ese espantoso barullo, esos «¡yuhú!» y «¡yuhá!» detrás de los cuales no había prácticamente nada, determinaran al decepcionado Schmuh, que posiblemente temía también a la policía, a abandonar su lugar junto a la escalera. Inclínose hacia nosotros, que permanecíamos sentados allí abajo, le dio primero a Klepp y luego a mí, y susurró: —¡Música! ¡Música digo, tocad! ¡Música, para acabar con este desenfreno!

Mas resultó que a Klepp, que no era muy difícil de contentar, aquello le divertía. Desternillábase de risa y no hallaba manera de llevarse la flauta a la boca. En cuanto a Scholle, que veía en Klepp a su maestro, lo imitaba en todo, y así también en lo de la risa. Sólo quedaba Óscar; pero Schmuh podía contar conmigo. Saqué el tambor de debajo del banco, encendí tranquilamente un cigarrillo y empecé a tocar.

No obstante no haberme trazado plan alguno, logré hacerme comprender con mi tambor. Me olvidé en aquellos momentos de toda música rutinaria de café. Óscar tampoco tocó nada de jazz. Por otra parte, tampoco me gustaba que la gente sólo viera en mí a un baterista desenfrenado, porque, aunque resultara un experto tamborista, no era ni mucho menos un incondicional del jazz. Claro que me gusta, lo mismo que me gusta el vals vienes. Podía tocar una y otra cosa, pero sentí que no era eso lo que debía tocar. Así que cuando Schmuh me rogó que atacara el tambor, no toqué lo que sabía, sino lo que sentía salirseme del corazón. Óscar logró poner los palillos en las manos del Óscar de tres años. Me fui, pues, por los viejos caminos, evoqué el mundo desde el punto de vista del niño de tres años, y empecé por meter en cintura a aquella sociedad de la posguerra incapaz de verdaderas orgías, lo que debe entenderse que la llevé al Posadowskiweg, al kindergarten de la señora Kauer, hasta que la fui dejando boquiabierta, cogida de las manos y con las puntas de los pies vueltas hacia adentro, esperándome a mí, su cazador de ratas. Y así abandoné mi lugar bajo la escalera de gallinero, me fui a lo alto, les di primero y a título de muestra a las damas y caballeros las «tortas, tortitas» y, una vez registrada con éxito la alegría infantil general, les coloqué sin transición un susto mayúsculo con la Bruja Negra, la misma que ya anteriormente me asustaba de cuando en cuando y hoy me espanta cada vez más, gigantesca, más negra que el carbón, y agitándose enfurecida por el Bodegón de las Cebollas, con lo que logré aquello que el fondista Schmuh sólo lograba con cebollas: que las damas y caballeros empezaran a derramar gruesas lágrimas, tuvieran miedo y solicitaran temblorosos mi compasión. Y así, para tranquilizarlos algo y para ayudarlos también a meterse en sus vestidos y en su ropa interior, en sus sedas y terciopelos, toqué «Verdes, verdes, verdes son todos mis vestidos», y luego «Azules, azules, azules...», «Amarillos, amarillos, amarillos...»; recorrí todos los colores y matices, hasta que volví a tener enfrente a una sociedad elegantemente vestida; formé luego el kindergarten para el desfile y me lo llevé a través del Bodegón de las Cebollas, como si aquello fuera el camino de Jeschkental, como si subiéramos al Erbsberg dando vuelta al detestable monumento a Gutenberg, como si allí en el Prado de San Juan florecieran auténticas margaritas que las damas y los caballeros pudieran recoger en medio de su regocijo infantil. Y luego, a fin de que todos los presentes y el propio Schmuh pudieran dejar un recuerdo de aquella tarde entre juegos de jardín de párvulos, les permití la satisfacción de una pequeña necesidad, y dije con mi tambor, a punto ya de entrar en el oscuro Desfiladero del Diablo: —Ahora

podéis, chiquitines —y todos se hicieron una pequeña necesidad: todos se la hicieron, las damas y los caballeros, y el propio Schmu y mis amigos Klepp y Scholle, y también la remota mujer de los lavabos; todos hicieron pispispis, mojándose sus calzoncitos, agachándose para ello y escuchándose los unos a los otros. Y cuando se hubo apagado esta música —Óscar sólo había acompañado a la orquesta infantil con un discreto redoble— pasé, mediante un golpe fuerte y directo, a la alegría desbordante. Con un desenvuelto:

*Vidrio, vidrio, vidrio roto,
Cerveza sin grano,
La bruja abre la ventana
Y toca el piano...*

llevé a aquella sociedad exultante, gozosa, riende y parlanchína, cual una bufanda de niños inocentes, primero al guardarropa, en donde un barbudo estudiante desconcertado proveía de abrigos a los infantiles parroquianos de Schmu, y luego, al son de la popular «Quién quiere ver a las lavanderitas», por la escalera de cemento arriba, junto al portero con zamarra, y a la calle. Bajo un cielo estrellado de cuento de hadas, que parecía hecho ex profeso, despedí aquella noche de primavera no exenta de frescor del año cincuenta a las damas y caballeros que, por algún rato todavía, siguieron ejecutando travesuras infantiles por el barrio viejo, sin hallar el camino de sus respectivos hogares, hasta que la vista de algún policía los reintegró a sus edades, a su decoro y al recuerdo de los números de sus teléfonos.

En cuanto a Óscar, que seguía riendo por lo bajo y acariciaba su tambor, volvió al Bodegón de las Cebollas, en donde Schmu continuaba aplaudiendo, al pie de la escalera, con el compás abierto y la entrepierna húmeda, y parecía sentirse tan contento en el kindergarten de la señorita Kauer como en los prados del Rin en los que, de mayor, cazaba gorriones.

Junto al muro del Atlántico: las casamatas se aferran al cemento.

Con eso yo sólo había querido ayudar a Schmu, el dueño del Bodegón de las Cebollas. Pero él no me perdonó nunca aquel solo de tambor, que había convertido a sus parroquianos de buena paga en niños balbucientes, sin complejos, que inclusive mojaban sus pantalones y, por ello, lloraban: lloraban sin cebollas.

Óscar se esfuerza por comprenderlo. ¿No era un legítimo temor a mi competencia, ya que a cada rato los clientes daban de lado las cebollas tradicionales y solicitaban a voces a Óscar y a su tambor, me solicitaban a mí, que podía evocar con mi instrumento la infancia de todos y cada uno de ellos, por muy de edad avanzada que fueran?

Schmu, que hasta entonces se había limitado a despedir sin previo aviso a las mujeres de los lavabos, nos despidió a nosotros, sus músicos, y contrató a un violinista que tocara entre los clientes, al que, con buena voluntad, podía tomarse por gitano.

Mas comoquiera que después de nuestro despido algunos de los parroquianos, y de los mejores, amenazaron con no volver, Schmu hubo de avenirse, apenas transcurridas unas cuantas semanas, a un compromiso: tres veces por semana tocaba el violinista, y tres veces tocábamos nosotros, para lo que de todos modos pedimos y obtuvimos unos

honorarios más elevados: veinte marcos por noche, y las propinas aflúan cada vez con mayor abundancia. Óscar abrió una libreta de ahorros y disfrutaba con los intereses.

Esta libreta de ahorros no había de tardar en serme de valiosa ayuda al ponerse la situación difícil, porque de pronto se apareció la muerte y se nos llevó a Ferdinand Schmu, privándonos de nuestro trabajo y de nuestra fuente de ingresos.

Ya dije anteriormente que Schmu cazaba gorriones. A veces, cuando iba a cazarlos, nos subía con él en su Mercedes y nos llevaba de espectadores. Pese a ocasionales disputas a propósito de mi tambor, a las que no eran ajenos Klepp y Scholle, mis fieles compañeros, las relaciones entre Schmu y sus músicos seguían siendo de amistad, hasta que, según se acaba de indicar, vino la muerte.

Subimos. La esposa de Schmu, como siempre, al volante. Klepp a su lado, y Schmu entre Óscar y Scholle. La escopeta de caza se la ponía sobre las rodillas y, de vez en cuando, la acariciaba. Fuimos hasta poco antes de Kaiserswerth. Bastidores de árboles a ambas orillas del Rin. La esposa de Schmu se quedó en el auto y desplegó un periódico. Klepp se había comprado poco antes unas pasas y se las iba comiendo regularmente. Scholle, que antes de nacerse guitarrista había estudiado algo, sabía recitar de memoria poesías sobre el Rin. Éste nos mostraba su aspecto poético. Pese a la época estival, llevaba, además de las acostumbradas barcazas, unas hojas otoñales que se metían en dirección a Duisburgo. Y a no ser por la escopeta de Schmu, que de vez en cuando se hacía audible, aquella tarde junto a Kaiserswerth hubiera podido designarse como apacible.

Cuando Klepp hubo terminado con sus pasas y se secó los dedos con la hierba, terminó también Schmu. A los once cuerpecitos emplumados y fríos sobre el papel de periódico juntó al duodécimo que, según él, se estremecía en convulsiones todavía. Ya el cazador estaba liando su botín —ya que, por razones impenetrables, Schmu se llevaba siempre lo que cazaba a casa—, cuando cerca de nosotros, sobre unas raíces traídas allí por la corriente, se posó un gorrión, y lo hizo en forma tan ostensible, era tan gris y un ejemplar tan bello de gorrión, que Schmu no pudo resistirlo, y él, que nunca cazaba más de doce gorriones en una misma tarde, le tiró, tiró al gorrión que hacía trece. No hubiera debido hacerlo.

Cuando Schmu hubo juntado el gorrión que hacía trece a los otros doce, emprendimos el regreso y hallamos a la esposa de Schmu dormida en el Mercedes negro. Primero subió Schmu delante. Luego subieron Scholle y Klepp detrás. Tocábame mi turno, pero yo no subí, sino que dije que quería pasear un poco todavía, que cogería luego el tranvía y que no se molestaran por mí. Y así se fueron sin Óscar, que había obrado prudentemente al no subirse, en dirección de Düsseldorf.

Yo los fui siguiendo desde lejos. No necesité andar mucho. Un poco más adelante había una desviación, a causa de unas reparaciones en la carretera; la desviación pasaba junto a una cantera de grava. Y en ésta, unos siete metros por debajo del nivel de la carretera, hallábase el Mercedes negro con las ruedas para arriba.

Unos trabajadores de la cantera habían extraído del coche a los tres heridos y el cadáver de Schmu. La ambulancia estaba ya en camino. Bajé por el talud a la cantera. Los zapatos no tardaron en llenarse de gravilla. Me ocupé un poco de los heridos, que pese a sus dolores me preguntaban, pero no les dije que Schmu estuviera muerto. Con los ojos inmóviles y sorprendidos miraba éste hacia el cielo, encapotado en sus tres cuartas partes. El periódico con su botín de la tarde había sido lanzado fuera del coche. Conté doce

gorriones, pero no logré hallar al que hacía trece, y seguía buscándolo todavía cuando ya la ambulancia bajaba con dificultad hacia la cantera.

La esposa de Schmuh, Klepp y Scholle habían sufrido heridas de poca importancia: contusiones y algunas costillas rotas. Cuando más adelante fui a ver a Klepp al hospital y le pregunté por la causa del accidente, me contó una historia extraordinaria: cuando pasaban lentamente junto a la cantera, debido a que la grava estaba muy suelta, un centenar de gorriones, si es que no fueron varios centenares, levantáronse de los setos, las matas y los árboles frutales, se arremolinaron ante el Mercedes, chocaron contra el parabrisas, asustaron a la esposa de Schmuh y, con su sola fuerza de gorriones, causaron el accidente y la muerte del fondista Schmuh.

Tómese el relato de Klepp como se quiera; Óscar se mantiene escéptico, tanto más cuanto que, al ser enterrado Schmuh en el cementerio del Sur, no había allí más gorriones que los que hubiera unos años antes, cuando él trabajaba todavía de marmolista y grabador de inscripciones. En cambio, mientras caminaba entre el cortejo fúnebre con un sombrero de copa prestado, detrás del ataúd, vi en la sección nueve al marmolista Korneff que, con un ayudante al que yo no conocía, estaba colocando allí una lápida de diabasa para una sepultura de dos plazas. Al pasar el ataúd con el fondista Schmuh junto al marmolista para ser llevado a la sección diez, de nueva instalación, quitóse aquél la gorra, conforme al reglamento del cementerio, pero, posiblemente a causa del sombrero de copa, no me reconoció, sino que se limitó a frotarse la nuca, lo que constituía un indicio de furúnculos maduros o a punto de reventar.

¡Entierros! He llevado ya a ustedes a muchos cementerios y he dicho también, en algún otro lugar, que los entierros recuerdan siempre otros entierros; por ello no quiero hablar ahora del entierro de Schmuh ni de los pensamientos retrospectivos de Óscar durante el mismo. Schmuh volvió a la tierra en forma normal, sin que se produjera nada extraordinario. No quiero sin embargo ocultarles que, después del entierro —nos dispersamos libremente, puesto que la viuda estaba en el hospital—, se me acercó un señor que dijo llamarse doctor Dösch.

El doctor Dösch era director de una agencia de conciertos, la cual, sin embargo, no le pertenecía; pero, por otra parte, el doctor Dösch resultó ser un antiguo cliente del Bodegón de las Cebollas. A mí nunca me había llamado la atención. Parece ser, con todo, que él estaba presente en aquella ocasión en que yo había convertido a los huéspedes de Schmuh en niños balbucientes y felices. Es más, según él mismo me lo confesó confidencialmente, el propio Dösch había vuelto a su más tierna infancia bajo la evocación de mi tambor, y se proponía ahora lanzarnos, a mí y a mi «gran truco» —así lo llamaba— en gran escala. Estaba autorizado, me dijo, para someterme un contrato, un contrato fantástico; lo único que tenía que hacer yo era firmarlo. Y frente al crematorio, en donde Leo Schugger, que en Düsseldorf se llamaba Guillermo Babas, esperaba con sus guantes blancos al cortejo fúnebre, sacó un papel que, a cambio de cantidades fabulosas de dinero, había de obligarme en cuanto «Óscar, el Tambor» a dar en grandes salas conciertos de solista ante dos o tres mil personas. Al no firmárselo en el acto, Dösch se mostró inconsolable. Yo me excusé con la muerte de Schmuh y dije que, comoquiera que, en vida, él y yo habíamos estado muy unidos, no me parecía apropiado buscarme, allí mismo en el cementerio, un nuevo patrón. De todos modos, prometí pensarlo; tal vez emprendería de momento un pequeño viaje, pero luego iría a visitarle yo a él, al doctor Dösch, y posiblemente me decidiría a firmar lo que él llamaba un contrato de trabajo.

Y aunque en el cementerio no firmara yo contrato alguno, Óscar viose obligado, a causa de su situación financiera insegura, a aceptar y embolsar un anticipo que aquel doctor Dösch me ofreció fuera del cementerio, a la entrada del mismo, donde le aguardaba su coche, y que me entregó discretamente dentro de un sobre, juntamente con su tarjeta.

Y efectué el viaje, encontrando inclusive un compañero para el mismo. En realidad, hubiera preferido hacerlo con Klepp. Pero éste se hallaba en el hospital y no podía reír, porque se había roto cuatro costillas. También me hubiera gustado ir con María. Por otra parte, como las vacaciones de verano no habían terminado todavía, también hubiera podido llevarme al pequeño Kurt. Pero ella seguía con su jefe, aquel Stenzel, que se dejaba llamar «papá Stenzel» por mi hijo.

Así pues, partí con el pintor Lankes. Ustedes ya conocen a Lankes como cabo Lankes y también como prometido temporal de la musa Ulla. Cuando con el anticipo y mi libreta de ahorros en el bolsillo me fui a ver al pintor Lankes en la Sittardstrasse, donde él tenía su taller, esperaba encontrarme allí a mi antigua colega Ulla, porque yo quería hacer el viaje con ella.

Y allí estaba Ulla. Hace ya quince días, me reveló en el umbral mismo de la puerta que nos hemos prometido. Con Háschen Krages la cosa no marchaba, y ella había tenido que descompro meterse; me preguntó si conocía yo a Háschen Krages.

Óscar no conocía al último prometido de Ulla, lo que sentía mucho, y formuló a continuación su generoso ofrecimiento de viaje, pero hubo de sufrir que, antes de que Ulla pudiera aceptar, el pintor Lankes, juntándoseles en aquel momento, se nombrara a sí mismo compañero de viaje de Óscar y tratara a la musa, a la musa de las piernas largas, a bofetones, porque ella no quería quedarse en casa, lo que la hizo llorar.

¿Por qué, pues, Óscar no se defendió? ¿Por qué, si quería viajar con la musa, no tomó el partido de la musa? Por muy bonito que me representara yo el viaje al lado de la Ulla esbelta y de vello delicado, no dejaba de experimentar cierto temor a una convivencia demasiado íntima con una musa. Con las musas, decíame, hay que conservar cierta distancia, pues en otro caso el beso de la musa se convierte en costumbre doméstica y cotidiana. Prefiero, por consiguiente, hacer el viaje con el pintor Lankes, que le pega a la musa cuando ésta quiere besarlo.

En cuanto al objetivo de nuestro viaje, no hubo discusión alguna. No podía ser otro que Normandía. Queríamos visitar las casamatas entre Caen y Cabourg, ya que allí nos habíamos conocido durante la guerra. La única dificultad consistía en procurarse los visados, pero a éstos no cree Óscar que valga la pena dedicarles una sola palabra.

Lankes es un avaro. Cuanto más derrocha sobre sus telas mal preparadas colores, baratos por demás o inclusive prestados, tanto más se muestra tacaño en materia de dinero, ya sea en papel o amonedado. Jamás compra cigarrillos, lo que no le impide fumar constantemente. Para comprender mejor el carácter sistemático de su avaricia, sépase que, cuando alguien le ofrece un cigarrillo, él se saca del bolsillo izquierdo del pantalón una moneda de diez pf ennigs, la expone unos instantes al aire y se la pasa luego al bolsillo derecho, donde, según la hora del día, se junta a una menor cantidad de monedas idénticas. Y como fuma horrores, en un momento de buen humor me reveló que, día con día, llegaba a veces a ahorrarse hasta dos marcos de tabaco.

Ese terreno en ruinas que Lankes se compró hace un año en Wersten lo adquirió o, mejor dicho, empezó por fumárselo con los cigarrillos de sus conocidos, próximos o lejanos.

Así que con ese Lankes me fui a Normandía. Tomamos un tren directo. Lankes hubiera preferido el auto—stop, pero como el que pagaba e invitaba era yo, tuvo que resignarse. De Caen a Cabourg tomamos el autobús. Pasamos entre álamos tras los cuales se extendían prados limitados por setos. Las vacas blancas con manchas pardas daban al paisaje el aspecto de un cartel de propaganda de alguna marca de chocolate con leche. A condición, es claro, de eliminar del papel brillante los destrozos de la guerra, visibles todavía, que marcaban y afeaban todas las aldeas, comprendida la de Bavent, en la que perdiera yo a mi Rosvita.

De Cabourg seguimos a pie por la playa, hacia la desembocadura del Orne. No llovía. Antes de llegar a Le Home, dijo Lankes: —¡Ya llegamos, muchacho! Dame un cigarrillo —y mientras se pasaba la moneda de un bolsillo a otro, su perfil de lobo, proyectado siempre hacia adelante, señalaba una de las casamatas indemnes entre las dunas. Puso en acción sus largos brazos, cogió el morral, el caballete de campo y la docena de bastidores con el izquierdo, cogióme a mí con el derecho y me llevó hacia el cemento. Una maletita y el tambor eran todo el equipo de Óscar.

El tercer día de nuestra estancia en la costa del Atlántico —habíamos vaciado entretanto el interior de la casamata Dora siete de la arena allí acumulada por el viento, eliminando las odiosas huellas de las parejas amorosas en busca de refugio y hecho el local habitable mediante una caja y nuestros sacos de dormir—, Lankes trajo de la playa un soberbio bacalao. Se lo habían dado unos pescadores. Él les había pintado un cuadro de su barca, y ellos le habían endosado el bacalao.

Comoquiera que seguíamos llamando a la casamata Dora siete, nada tiene de particular que, mientras limpiaba el pez, Óscar dedicara sus pensamientos a la señorita Dorotea. El hígado y el bazo del pescado se le escurrieron entre las manos. Le quité las escamas cara al sol, lo que proporcionó a Lankes ocasión para una acuarela improvisada. Estábamos sentados, protegidos del viento, por la casamata. El sol de agosto caía a plomo sobre la cúpula de cemento. Empecé a condimentar el pescado con unos dientes de ajo. El hueco dejado por el bazo, el hígado y los intestinos lo rellené con cebollas, queso y tomillo, pero sin desechar por ello el bazo y el hígado, sino que coloqué antes bien estas dos golosinas en la boca del animal, que abrí sirviéndome de un limón. Lankes husmeaba la región. Con aire de propietario desapareció en Dora cuatro, Dora tres y en otras casamatas más alejadas. Volvió cargado de tablas y con la madera alimentó el fuego.

Durante todo el día mantuvimos el fuego sin mayores trabajos, porque toda la playa estaba erizada de maderos de deriva, ligeros como una pluma y secos, que proyectaban sombras diversas. Puse un fragmento de barandilla, que Lankes había arrancado de una casa abandonada de la playa, sobre las brasas que ya estaban en plena madurez. Froté el pescado con aceite de oliva y lo coloqué sobre la parrilla caliente, previamente aceitada asimismo. Coloqué unos limones sobre el crujiente bacalao y esperé —porque no hay que forzar el pescado— a que llegara lentamente a su punto.

Armamos la mesa con unos baldes vacíos, sobre los que pusimos, en forma que sobresalieran los lados, un cartón alquitranado plegado varias veces. Llevábamos con nosotros tenedores y platos de metal. Para distraer a Lankes —pues cual una gaviota hambrienta daba vueltas alrededor del pescado que se iba cociendo poco a poco— saqué de la casamata mi tambor. Lo asenté en la arena y, de cara al viento y superando el ruido del oleaje y de la pleamar, le fui arrancando con los palillos todo un tema con variaciones: El teatro de Campaña de Bebra visita el frente. Nostalgia cachuba en Normandía. Félix y Kitty, los dos acróbatas, se anudaban y desanudaban sobre la casamata y recitaban cara al

viento —igual que estaba tocando Óscar— una poesía cuyo estribillo anunciaba en plena guerra la proximidad de una época feliz y burguesa: «...los viernes el pescado suculento: nos acercamos al Refinamiento», declamaba Kitty con su acento sajón; y Bebra, mi prudente Bebra, el capitán de la Compañía de Propaganda, asentía con la cabeza; y Rosvita, mi Raguna mediterránea, levantaba la cesta de las provisiones y tendía el mantel sobre el cemento de Dora siete; también el cabo. Lankes comía pan blanco, bebía chocolate y se fumaba los cigarrillos del capitán Bebra...

—¡Caramba, Óscar! —gritóme el pintor Lankes, volviéndome a la realidad—, ojalá pudiera yo pintar como tú tocas el tambor; ¡dame un cigarrillo! —dejé el tambor, suministré un cigarrillo a mi compañero de viaje, examiné el pescado y vi que estaba bien: los ojos se le salían, tiernos, blancos y delicados. Lentamente, sin olvidar lugar alguno, exprimí un último limón sobre la piel en parte dorada y en parte agrietada del bacalao.

—¡Tengo hambre! —dijo Lankes. Mostró sus largos dientes, amarillos y puntiagudos, y se golpeó el pecho con ambos puños, lo mismo que un mono, bajo su camisa de cuadros.

—¿Cabeza o cola? —dile a reflexionar, mientras pasaba el pescado a un papel de pergamino que recubría, haciendo las veces de mantel, el cartón alquitranado.

—¿Qué me aconsejas? —preguntó Lankes apagando el cigarrillo y guardándose la colilla.

—En plan de amigo, te diría: toma la cola; pero como cocinero sólo puedo aconsejarte la cabeza. Mi mamá, que fue una comedora de pescado, diría seguramente: Tome usted la cola, señor Lankes, pues con ella sabe usted por lo menos lo que tiene. A mi padre, en cambio, aconsejábale el médico...

—Del médico no quiero saber nada —pronuncióse Lankes, desconfiado.

—El doctor Hollatz solía aconsejar a mi padre que del bacalao, o de la merluza, como la llamamos en casa, sólo comiera la cabeza.

—En ese caso, me quedo con la cola. Tú tratas de engañarme. ¡No faltaba más! —exclamó Lankes, que seguía desconfiando.

—Mejor para mí. A Óscar le gusta la cabeza.

—Entonces, mejor me quedo con la cabeza, si tú la aprecias a tal punto.

—Te complicas la cosa, Lankes —y para poner fin al diálogo—: Toma tú la cabeza y yo me quedo con la cola.

—¡Correcto, muchachito! Te gané, ¿eh?

Óscar admitió que Lankes le había ganado. Sabía de sobra que el pescado sólo podía gustarle si, junto con él, tenía al propio tiempo entre los dientes la seguridad de haberme ganado. Le dije que se las sabía todas, que era un hombre de suerte y un tipo formidable, y la emprendimos con el bacalao.

El se sirvió la cabeza y yo exprimí el resto del limón sobre la carne blanca y que se deshacía de la cola, de la que se iban desprendiendo los pedacitos de ajo, tiernos como mantequilla.

Lankes, con espinas entre los dientes, no nos quitaba el ojo, ni a mí ni al pedazo de la cola: —A ver, déjame probar un poquito de tu cola —consentí, la probó, y siguió sin

saber a qué atenerse, hasta que Óscar probó a su vez la cabeza y le aseguró una vez más que, como siempre, se había llevado lo mejor.

Con el pescado bebimos un Burdeos tinto, lo que lamenté, porque más me hubiera gustado tener un vino blanco en nuestras tazas de café. Pero Lankes me quitó el pesar, contándome que en sus tiempos de cabo, en Dora siete, siempre estaba bebiendo vino tinto, hasta que empezó la invasión: —¡Mi madre! ¡Cómo estábamos, cuando empezó la cosa! Kowalski, Scherbach y el pequeño Leuthold, que ahora yacen atrás de Cabourg en el mismo cementerio, ni siquiera se dieron cuenta que empezaba. Allí, por Arromanches, los ingleses, y aquí en nuestro sector montones y montones de canadienses. No acabábamos de ponernos los tirantes y ya estaban aquí, diciendo: How are you?

Y luego, agitando el tenedor en el aire y escupiendo las espinas: —Figúrate que hoy he visto en Cabourg nada menos que a Herzog, aquel loco que tú ya conoces de vuestra visita de inspección. Entonces era primer teniente.

Por supuesto que Óscar se acordaba perfectamente del teniente Herzog. Por encima del pescado, Lankes me contó que Herzog volvía cada año a Cabourg, llevando una serie de mapas e instrumentos de medición, porque las casamatas no le dejaban conciliar el sueño. Iba a pasar también por allí, por Dora siete, para tomar medidas.

Mientras estábamos todavía en el pescado —que iba mostrando poco a poco sus gruesas espinas— vino el primer teniente Herzog. Llevaba unos zapatos de tenis y un pantalón corto color caqui, que dejaba ver sus robustas pantorrillas; de la camisa de lino desabrochada le salía un vello entre gris y castaño. Naturalmente, permanecimos sentados. Lankes me presentó como su amigo y compañero Óscar, y decía Herzog: teniente en reserva.

El teniente en reserva empezó en seguida a inspeccionar a Dora siete, pero empezó por la parte de fuera del cemento, lo que Lankes le permitió. Llenaba unos cuadros y llevaba también colgando unos prismáticos, con los que importunaba el paisaje y la pleamar. Acarició las aspilleras de Dora seis, junto a nosotros, con tanta ternura como si quisiera dar gusto a una mujer. Cuando se disponía ya a entrar en Dora siete, nuestra casita de vacaciones, Lankes se lo prohibió: —¡Hombre, Herzog, no entiendo qué es lo que anda usted buscando aquí en el cemento! ¡Lo que entonces fue actual hace ya tiempo que es passé!

Passé es una de las palabras favoritas de Lankes. Para él, el mundo se divide en actual y passé. Pero el teniente en reserva consideraba que nada es passé, que la cuenta no estaba saldada todavía, que más adelante y siempre hay que volver a responsabilizarse ante la Historia, y que ahora él quería examinar a Dora siete por dentro: —¿Enterados, Lankes?

Ya proyectaba Herzog su sombra sobre nuestra mesa y nuestro pescado. Pretendía pasarnos por alto e introducirse en aquella casamata en cuyo dintel unos adornos de cemento seguían revelando la mano creadora del cabo Lankes.

Herzog no llegó hasta la mesa. Desde abajo, con el tenedor en el puño pero sin servirse de él, Lankes agarró al teniente en reserva Herzog y lo tumbó en la arena de la playa. Sacudiendo la cabeza y lamentando la interrupción de nuestro banquete de pescado, Lankes se levantó, agarró con la izquierda la camisa de lino del teniente a la altura del pecho, lo arrastró a un lado, dejando en la arena una huella regular, y lo arrojó de la duna, de modo que ya no podíamos verlo, aunque lo oyéramos. Herzog recogió sus instrumentos de medición, que Lankes le había echado encima, y se alejó jurando y conjurando a todos aquellos espíritus de la Historia que Lankes acababa de designar como passé.

—Después de todo, tampoco anda tan desencaminado ese Herzog, aunque la falte un tornillo; porque si en aquella ocasión no hubiéramos estado tan borrachos, cuando empezó la cosa, quién sabe lo que habría sido de aquellos canadienses.

Ni hice sino asentir con la cabeza, porque no más lejos que el día anterior había encontrado entre las conchas, al bajar la marea, el botón de un uniforme canadiense. Óscar se guardó dicho botón en la cartera, y estaba tan contento con él como si hubiera hallado alguna rara moneda etrusca.

La visita del teniente Herzog, por breve que hubiese sido, avivó los recuerdos: —¿Te acuerdas todavía, Lankes, cuando con el Teatro de Campaña vinimos a inspeccionar vuestro cemento? Estábamos almorzando sobre la casamata y corría un vientecillo como el de hoy y, de repente, salieron seis o siete monjas buscando cangrejos entre los espárragos rommelones, y tú, por orden de Herzog, tuviste que despejar la playa, echando mano de una mortífera ametralladora.

Lankes se acordaba, chupaba las espinas y se sabía hasta los nombres; mencionó a sor Escolástica y a sor Agneta y me describió a la novicia: una carita sonrosada, con mucho negro alrededor. Tan a lo vivo la pintó, que su imagen, si bien no llegó a eliminar por completo aquella de mi Dorotea terrenal que tengo siempre presente en el espíritu, alcanzó a recubrirla en parte. Y este sentimiento se reforzó más todavía cuando unos minutos después de la descripción vimos flotar sobre las dunas viniendo de Cabourg a una monjita inconfundiblemente sonrosada, con mucho negro alrededor. El hecho ya no me sorprendió tanto como para atribuirlo a un milagro.

Llevaba abierto un paraguas negro, como los que usan los señores de cierta edad para protegerse del sol. Sobre sus ojos se combaba una visera de celuloide de un verde intenso, parecida a la protección ocular utilizada por la gente del cine en Hollywood. Desde las dunas la llamaban. Parecía haber otras monjas en el paraje. —¡Agneta, sor Agneta! —llamaban—. ¿Dónde estás?

Y sor Agneta, por encima de nuestras espinas de bacalao cada vez más visibles, respondía—: ¡Aquí, madre Escolástica! ¡Aquí, al abrigo del viento!

Lankes sonreía irónicamente y movía complacido su cráneo de lobo, como si aquella movilización católica la hubiera encargado él de antemano, como si nada hubiera que pudiese sorprenderlo.

La monjita nos percibió y se detuvo del lado izquierdo de la casamata. Su carita sonrosada, en la que había dos orificios nasales perfectamente circulares, dijo entre unos dientes algo saltones, pero por lo demás impecabíes:—¡Oh!

Lankes volvió el cuello y la cabeza, pero sin mover el torso: —Conque, ¿de paseo, hermana?

La respuesta no se hizo esperar: —Todos los años venimos una vez al mar. Pero ésta es la primera vez que lo veo. ¡Qué grande es!

Esto no había manera de negarlo. Y hasta la fecha esa descripción del mar sigue pareciéndome la única descripción adecuada.

Lankes se sintió hospitalario, picó algo de mi porción y se lo ofreció: —¿Quiere probar un bocadito de pescado, hermana? Está caliente todavía.

La soltura de su francés me sorprendió, y Óscar se aventuró asimismo a servirse del idioma extranjero: —No se preocupe, hermana. Hoy es viernes.

Pero ni esta alusión a la severa regla monástica logró decidir a la muchacha, que se disimulaba hábilmente bajo el hábito, a participar de nuestra comida.

—¿Viven ustedes siempre aquí? —le hizo preguntar su curiosidad. Encontró nuestra casamata bonita y un tanto extravagante. Pero en esto introdujéronse por desgracia en el cuadro, arriba de las dunas, la madre superiora y otras cinco monjas con paraguas y viseras verdes de reporteros. Agneta se fue corriendo y, por lo que pude comprobar de la verborrea rizada por el viento del Este, la reprendieron severamente y la colocaron en la fila.

Lankes soñaba. Estaba mordiendo el tenedor por el mango, miraba fijamente el grupo que flotaba sobre la duna y decía: —Eso no son monjas: son veleros.

—Los veleros son blancos —sugerí.

—Éstos son negros —¡con Lankes no se podía discutir!—. La de la extrema izquierda es el barco almirante. Y Agneta, la corbeta ligera. Viento favorable: formación en columna, del foque al codaste, el palo de mesana, el mayor, el foque, las velas a todo trapo, proa al horizonte, hacia Inglaterra. Imagínate: de madrugada despiertan los tommies, miran por la ventana y, ¿qué ven?: veinticinco mil monjas empavesadas hasta los juanetes, y ¡zas! la primera andanada...

—¡Una nueva guerra de religión! —completé—. El barco almirante debería llamarse María Estuardo, o De Valera o, mejor aún, Donjuán. Una nueva Armada, más móvil, se venga de Trafalgar. «¡Mueran los puritanos!», gritaríamos, y esta vez los ingleses no tendrían a un Nelson en reserva. La invasión podía empezar: ¡Inglaterra ha dejado de ser una isla!

A Lankes la conversación se le hizo demasiado política. —Ahora avanzan a todo vapor las monjas —anunció.

—A toda vela —rectifiqué.

Fuese a todo vapor o a toda vela, es el caso que se alejaban en dirección de Cabourg. Protegíanse del sol con sus paraguas. Una sola se mantenía rezagada, agachábase a cada paso, levantaba algo y a continuación lo dejaba caer. En cuanto al resto de la flota —para no salimos de la imagen—, iba dando bandazos hacia las ruinas incendiadas del Hotel de la Playa.

—Ésa no ha logrado levar el ancla, o tiene averiado el timón— dijo Lankes, insistiendo en los términos náuticos—. ¿No será la corbeta ligera, sor Agneta?

Fuese corbeta o fragata, es el caso que era efectivamente la novicia Agneta la que se nos acercaba recogiendo conchas o desechándolas.

—¿Qué anda usted recogiendo ahí, hermana? —preguntó Lankes, por más que podía verlo perfectamente.

—¡Conchas! —dijo la otra, con mucho retintín, y volvió a agacharse.

—¿Cómo la dejan? Son bienes terrenales.

Acudí en apoyo de la novicia Agneta: —Estás equivocado, Lankes. Las conchas no son nunca bienes terrenales.

—Entonces serán bienes mostrencos, pero bienes, de todos modos, y las monjas no pueden tener nada. Pobreza, pobreza y más pobreza. ¿Verdad, hermana?

Sor Agneta sonrió mostrando sus dientes saltones: —Sólo recojo unas cuantas. Son para nuestro jardín de infancia. ¡A los niños les gusta tanto jugar con ellas! Los pobres todavía no conocen el mar.

Agneta se encontraba frente a la entrada de la casamata y lanzó al interior una mirada de monja.

—¿Qué le parece la casita? —pregunté yo, para que se fuera familiarizando con nosotros. Lankes fue más directo: —Entre usted a verla. ¡Mirar no cuesta nada, hermana!

La interpelada escarbaba con sus zapatos puntiagudos bajo la espesa tela. Levantaba inclusive algo de arena, con la que el viento salpicaba nuestro pescado. Algo más insegura, y ya con ojos visiblemente morenos, nos examinó a los dos y nuestra mesa. —Seguramente no es correcto —dijo, como para provocar nuestra réplica.

—¡Eso faltaba, hermana! —Lankes barrió con todos los obstáculos y se levantó—. La casamata tiene una vista magnífica. A través de las aspilleras se ve la playa en toda su extensión.

La otra seguía vacilando y tenía ya posiblemente los zapatos llenos de arena. Lankes tendió la mano en dirección de la entrada de la casamata. Sus adornos de cemento proyectaban fuertes sombras ornamentales. —Además, está muy limpio.

Tal vez fuera el gesto de invitación del pintor el que llevó a la monja al interior de la casamata. —Pero un minuto nada más —dijo, tajante. Y se metió en seguida, precediendo a Lankes. Este se frotó las manos en los pantalones —típico movimiento de pintor— y, antes de desaparecer, me conminó: —¡Cuidado con comerte mi pescado!

Pero Óscar estaba ya harto de pescado. Me aparté de la mesa y me quedé expuesto al viento removedor de arena y a los ruidos exagerados de la marea incesante. Con el pie atraje hacia mí el tambor y me puse a tocarlo, buscando liberarme de todo aquel paisaje de cemento, de aquel mundo de casamatas y de aquella verdura rommelona.

Primero, y con poco éxito, probé con el amor. También yo había amado a una hermana de la caridad. No tanto monja como enfermera. Vivía en el piso de los Zeidler tras una puerta de cristal esmerilado. Era bellísima, aunque no logré verla. Una alfombra de coco se interponía entre nosotros. El corredor de los Zeidler estaba demasiado oscuro. Así pues, sentía más las fibras de coco que el cuerpo de mi Dorotea.

Al desembocar este tema tan bruscamente en la alfombra de coco, traté de resolver rítmicamente mi antiguo amor por María y de plantarlo cual una enredadera contra la pared de cemento. Pero la señorita Dorotea interponíase de nuevo en mi camino hacia María: del mar llegaba un olor a ácido fénico, las gaviotas me hacían señas en uniformes de enfermeras, el sol brillaba como un broche de la Cruz Roja.

En realidad, Óscar se alegró de que interrumpieran su tamboreo. Sor Escolástica, la madre superiora, se presentó de nuevo con sus cinco monjas. El cansancio se reflejaba en sus rostros; la desesperación, en sus paraguas. —¿No ha visto usted a una monjita joven, a una novicia? ¡Tan niña todavía! Es la primera vez que viene al mar. Ha de haberse perdido. ¡Agneta, sor Agneta!

No tuve más remedio que enviar a toda la flotilla ahora con el viento en popa, en dirección de la desembocadura del Orne, hacia Arromanches y Port Winston, donde alguna vez los ingleses habían ganado al mar su puerto artificial. Todas juntas no hubieran cabido en la casamata. Claro que, por espacio de unos instantes, me sentí tentado a obsequiar al

pintor Lankes con la sorpresa de aquella visita. Pero en el acto la amistad, el mismo hastío y la malicia me obligaron a un tiempo a tender el pulgar en dirección de la desembocadura del Orne. Las monjas siguieron la indicación de mi pulgar y se fueron convirtiendo sobre la cresta de las dunas en seis agujeros negros y cada vez más diminutos. También el plañidero «¡Agneta, sor Agneta!» íbase convirtiendo cada vez más en soplo, hasta que finalmente se perdió en la arena.

Lankes fue el primero en salir de la casamata. Movimiento típico del pintor: se frotó las manos en las piernas de los pantalones, se repantigó al sol, me pidió un cigarrillo, se lo metió en el bolsillo de la camisa y se precipitó sobre el pescado frío. —Esto da apetito —explicó en forma alusiva, y saqueó la cola que me había correspondido.

—A estas horas debe sentirse desgraciada —le eché en cara a Lankes, recalcando con fruición la palabra desgraciada.

—¿Por qué? No tiene por qué sentirse desgraciada.

Lankes no podía imaginar que su peculiar manera de comportarse pudiera hacer desgraciado a nadie.

—¿Y qué está haciendo ahora? —pregunté, cuando en realidad hubiese querido preguntar otra cosa.

—Está cosiendo —explicó Lankes, accionando con el tenedor—. Se le ha estropeado un poco el hábito y le está dando unas puntadas.

La costurera salió de la casamata. Volvió a abrir inmediatamente el paraguas y musitó apenas, denotando, según me pareció observar, cierto cansancio: —La vista desde dentro es realmente preciosa. Se ve toda la playa, y el mar.

Se quedó mirando los restos de nuestro pescado.

—¿Puedo?

Asentimiento general.

—El aire del mar abre el apetito —añadí, estimulándola, y ella asintió a su vez y, con manos enrojecidas, agrietadas, que hacían sentir las arduas tareas del convento, cogió nuestro pescado, se llevó un pedazo a la boca y comió con aire grave, esforzado y pensativo, como si con el pescado estuviera mascando otra cosa que hubiera saboreado previamente.

La miré bajo la cofia. Había olvidado en la casamata la visera verde de reportero. Unas perlititas de sudor, todas iguales, se le alineaban en la frente lisa que, en su marco blanco almidonado, tenía algo de madona. Lankes me pidió otro cigarrillo, pese a que no se había fumado todavía el anterior. Le lancé la cajetilla entera. Y mientras se metía tres pitillos en el bolsillo de la camisa y se ponía otro entre los labios, sor Agneta giró sobre sí misma, lanzó el paraguas a lo lejos y echó a correr —sólo entonces me di cuenta de que andaba descalza—, remontó la duna y desapareció hacia el oleaje.

—Déjala —pronunció Lankes como un oráculo—. Si vuelve, bien, y si no, también.

Sólo pude aguantarme unos instantes contemplando el cigarrillo del pintor. Trepé a la casamata y examiné la playa que la marea nos había ido acortando.

—¿Qué ves? —me preguntó Lankes.

—Se está desnudando —no consiguió sacarme más detalles—. Probablemente se va a dar un baño para refrescarse.

La cosa se me antojaba peligrosa, a causa de la marea y también porque hacía tan poco que había comido. Estaba ya metida hasta las rodillas, se iba hundiendo cada vez más y enseñaba su espalda redonda. El agua, que a fines de agosto no debía de estar seguramente demasiado caliente, no parecía asustarla: nadaba, nadaba diestramente, ensayaba diversos estilos de natación y cortaba las olas sumergiéndose en ellas.

—¡Déjala que nade y bájate de ahí! —me volví y vi a Lankes tendido, echando humo. La blanca espina del bacalao brillaba al sol y se enseñoreaba de la mesa.

Cuando me descolgué de la casamata, Lankes abrió sus ojos de pintor y dijo: —De aquí va a salir un cuadro fantástico: Marea de monjas, o monjas en pleamar.

—¡Monstruo! —grité—. ¿Y si se ahoga?

Lankes cerró los ojos y dijo: —Entonces el cuadro se llamará: Monjas ahogadas.

—¿Y si vuelve y se te arroja a los pies?

El pintor pronunció su sentencia con los ojos abiertos: —Entonces habrá que llamarla, a ella y al cuadro: Monja caída.

Para él no existían los términos medios: cabeza o cola, ahogada o caída. A mí me quitaba los cigarrillos, al teniente lo había echado de la duna, comía de mi pescado y había enseñado el interior de nuestra casamata a una niña que en realidad estaba consagrada al cielo y, mientras ella seguía nadando en el mar abierto, él, con su pie grosero y abultado, dibujaba imágenes en el aire indicando hasta los formatos y los títulos: Marea de monjas. Monjas en pleamar. Monjas ahogadas. Monja caída. Veinticinco mil monjas. Apaisado: Monjas a la altura de Trafalgar. De pie: Triunfo de las monjas sobre Nelson. Monjas viento en popa. Monjas a toda vela. Monjas al paio. Negro, mucho negro, blanco exánime y azul sobre hielo: La Invasión, o bien: Místico, Bárbaro, Aburrido —su antiguo título para el cemento de los tiempos de guerra. Y todos estos cuadros, de pie o apaisados, los pintó Lankes al regreso; ejecutó series completas de monjas, halló un marchante entusiasta de los cuadros de monjas, expuso cuarenta y tres de ellos, vendió diecisiete a coleccionistas, industriales y museos, inclusive uno a un americano, y dio lugar a que la crítica lo comparara a él, Lankes, con Picasso. Su éxito me decidió también a mí a buscar la tarjeta de aquel empresario doctor Dösch, porque no era sólo su arte el que clamaba por el pan, sino también el mío. Había llegado el momento de capitalizar las experiencias adquiridas por Óscar, plantado en sus tres años y en su tambor durante la preguerra y la guerra misma, y de cambiar la hojalata por el oro puro y sonante de la posguerra.

El anular

—Conque —decía Zeidler— ustedes ya no quieren trabajar —le sacaba de quicio que Klepp y Óscar permanecieran sentados, ya fuera en el cuarto de aquél o en el de éste, y no hicieran prácticamente nada. Cierto que con el resto del anticipo que el doctor Dösch me había dado en el cementerio del Sur en ocasión del entierro de Schmuha había yo pagado la renta de octubre de los dos cuartos, pero ya noviembre se acercaba y amenazaba con ser un mes igualmente sombrío desde el punto de vista financiero.

Y, sin embargo, no nos faltaban las ofertas. Hubiéramos podido tocar jazz en algún dancing o en algún local nocturno. Pero Óscar ya no quería volver a tocar jazz. Klepp y yo

estábamos de uñas. Él pretendía que mi nueva manera de tocar el tambor ya nada tenía que ver con el jazz. Yo no le contradecía, y esto lo llevaba a él a llamarle traidor a la idea del jazz.

Sólo cuando a principios de noviembre consiguió Klepp un nuevo baterista — Bobby, del «Unicornio», un muchacho entusiasta— y, juntamente con él, un nuevo contrato en el barrio viejo, volvimos a ser amigos, pese a que en dicha época Klepp empezara más bien a hablar que a pensar conforme a la línea del Partido Comunista Alemán.

A mí sólo me quedaba ya abierta la puertecita de la agencia de conciertos del doctor Dösch. Con María no podía ni quería volver, sobre todo por cuanto su admirador, aquel Stenzel, quería divorciarse, para convertir luego a mi María en una María Stenzel. De vez en cuando grababa con Korneff algún epitafio en el Bittweg, o hacía una que otra aparición en la Academia de Bellas Artes y me dejaba poner negro y abstraer por apóstoles aplicados del arte; visitaba también con frecuencia, pero sin intención alguna, a la musa Ulla, que poco después de nuestro viaje al Muro del Atlántico hubo de romper su compromiso con el pintor Lankes, porque éste ya sólo quería pintar cuadros caros de monjas y ni siquiera la vapuleaba.

De todos modos, la tarjeta del doctor Dösch seguía, muda y apremiante, sobre la mesita de mi cuarto, al lado de la bañera. Cuando en una ocasión la rompí y tiré los pedazos, porque no quería tener nada que ver con aquel doctor Dösch, comprobé con horror que me había aprendido el número de teléfono y la dirección completa de memoria, como si fuera una poesía. Estuve así tres días, y comoquiera que el número de teléfono no me dejara dormir, al cuarto día me metí en una cabina telefónica, conseguí a Dösch al aparato, y éste me rogó que pasara por la agencia aquella misma tarde, pues quería presentarme al jefe: el jefe esperaba al señor Matzerath.

La agencia de conciertos «Oeste» se hallaba en el octavo piso de un inmueble de oficinas. Antes de tomar el ascensor pregúnteme si detrás del nombre de la agencia no se escondería algún tenebroso propósito político. Si hay una agencia de conciertos que se llama «Oeste», ha de haber también sin duda en algún otro inmueble una agencia llamada «Este». El nombre no estaba mal escogido, porque inmediatamente di yo mi preferencia a la agencia «Oeste» y, al abandonar el ascensor en el octavo piso, tenía ya la impresión de haberme decidido por la elección correcta. Alfombras, mucho latón, iluminación indirecta, todo a prueba de ruidos, armoniosa distribución de puertas, secretarías de piernas largas que transportaban en un crujir de seda el olor de los cigarros de sus jefes: estuve en un tris de salir corriendo de las oficinas de la agencia «Oeste».

El doctor Dösch me recibió con los brazos abiertos. Óscar se alegró de que no le apretara contra su pecho. Al entrar yo, la máquina de escribir de una muchacha de chaleco verde se calló, pero recuperó en seguida el tiempo que mi entrada le había hecho perder. Dösch me anunció al jefe. Óscar tomó asiento en el borde izquierdo anterior de un gran sillón tapizado en rojo inglés. Abrióse una puerta de dos batientes, la máquina de escribir contuvo el aliento, una corriente me aspiró en cierto modo del asiento, las puertas se cerraron tras de mí, y una alfombra que corría a través de una sala iluminada me llevó hasta un mueble de acero que me dijo: Óscar está ya frente al escritorio del jefe. ¿Cuántos quintales pesará? Levanté mis ojos azules, busqué al jefe detrás de la inmensa placa de roble vacía de la mesa y encontré, en una silla de ruedas que podía subirse y bajarse y orientarse lo mismo que una silla de dentista, paralítico y con vida sólo en los ojos y las puntas de los dedos, a mi amigo y mentor Bebra.

Y, por supuesto, también su voz. De lo hondo de Bebra llegó hasta mí: —Una vez más volvemos a encontrarnos, señor Matzerath. ¿No os dije yo hace ya varios años, cuando preferíais enfrentaros al mundo con vuestros tres años de edad: la gente como nosotros no se pierde? Compruebo únicamente, y me duelo de ello, que habéis modificado vuestras proporciones en forma exageradamente pronunciada y desventajosa. ¿No medíais en aquel tiempo a lo sumo noventa y cuatro centímetros?

Asentí, casi a punto de romper a llorar. En la pared, detrás de la silla de ruedas accionada por un motor eléctrico de ronroneo regular, colgaba por todo cuadro la imagen enmarcada, de tamaño natural y de busto, de mi Rosvita, la gran Raguna. Sin seguir mi mirada, pero conociendo perfectamente la meta de mis ojos, dijo Bebra: —Sí, ¡la pobre Rosvita! ¿Habríale gustado el nuevo Óscar? Lo dudo. Era muy diferente al Óscar que ella amaba: un Óscar de tres años, mofletudo y, con todo, muy enamorado. Lo adoraba, según me lo anunció, más que confesármelo. Pero ese Óscar, un día, no quiso ir a buscarle café, y entonces fue ella misma, y pasó a mejor vida. Que yo sepa, no es éste el único crimen cometido por aquel Óscar mofletudo. ¿No fue él, en efecto, el que con su tambor llevó a su pobre mamá a la tumba?

Asentí, logré verter, gracias a Dios, algunas lágrimas y mantuve los ojos fijos en Rosvita. Pero ya Bebra se aprestaba a asestarme otro golpe: —¿Y cómo fue aquello del funcionario del Correo, Jan Bronski, al que el Óscar de tres años acostumbraba llamar su presunto padre? Lo entregó a los esbirros. Éstos le atravesaron el pecho a balazos. ¿Podríais decirme acaso, señor Óscar Matzerath, que así os atrevéis a presentaros bajo otra figura, podríais decirme qué fuera del segundo presunto padre del tambor de tres años, de aquel negociante en ultramarinos Matzerath?

Confesé el nuevo crimen, admití haberme librado de Matzerath, describí su muerte por asfixia provocada por mí y dejé de esconderme detrás de aquella pistola ametralladora rusa, diciendo: —Fui yo, maestro Bebra. Hice eso y aquello, y provoqué esta muerte, y tampoco soy inocente de la otra. ¡Piedad! —Bebra se echó a reír. No podría decir con qué rió. Su silla de ruedas temblaba, un soplo de aire agitaba su canoso pelo de gnomo sobre aquellas infinitas arrugas que surcaban su cara.

Nuevamente volví a implorar misericordia. Di a mi voz una dulzura de la que yo sabía que producía su efecto; me llevé las manos, de las que sabía también que eran bellas e impresionaban, a la cara: —¡Compadeceos de mí, querido maestro Bebra, tenedme compasión!

Él, convertido en mi juez y representando admirablemente su papel, apretó entonces uno de los botones de aquella tablita de color marfil que tenía entre los dedos y las rodillas.

La alfombra trajo a la muchacha del chaleco verde. Venía con un cartapacio y lo extendió sobre aquella tabla de roble que, apoyada en un armazón de tubos de acero, quedaba aproximadamente a la altura de mis clavículas y no me permitía ver lo que estaba dejando en ella la muchacha. Luego me tendió una pluma estilográfica: tratábase de obtener la compasión de Bebra al precio de mi firma.

Me atreví, sin embargo, a formular en dirección de la silla de ruedas unas preguntas. Se me hacía difícil estampar a ciegas mi firma en el lugar que una uña barnizada me señalaba.

—Es un contrato de trabajo —me informó Bebra—. Se requiere el nombre completo. Escriba usted Óscar Matzerath, para que sepamos con quién tratamos.

Inmediatamente después que hube firmado, el zumbido del motor eléctrico se quintuplicó; levanté la mirada de la estilográfica y alcancé todavía a ver que una silla de ruedas, que se desplazaba rápidamente haciéndose más pequeña a medida que se alejaba, se plegaba y, siguiendo el entarimado, desaparecía por una puerta lateral.

No faltará quien crea ahora que aquel contrato que firmé en dos ejemplares me compraba el alma o me obligaba a hechos abominables. ¡Todo lo contrario! Cuando, con la ayuda del doctor Dösch, leí en la antesala el texto del contrato, comprendí muy pronto y sin mayor dificultad que la obligación de Óscar consistía en tocar él solo, con su tambor, ante el público, y que había de tocar tal como lo había hecho a los tres años de edad y, más adelante, una noche en el Bodegón de las Cebollas de Schmu. La agencia de conciertos se comprometía por su parte a preparar mis giras y, antes de que apareciera «Óscar, el Tambor», a tocar ella el tambor de la propaganda.

Mientras se procedía a ésta, viví de un segundo munífico anticipo que me concedió la agencia de conciertos «Oeste». De vez en cuando iba al inmueble de oficinas, hablaba con los periodistas y dejaba que me hicieran fotos, y una vez inclusive me extravié en aquel edificio que olía, se veía y tocaba por todas partes cual algo sumamente indecente que hubieran recubierto con un preservativo aislante e infinitamente extensible. El doctor Dösch y la muchacha del chaleco me trataban con toda clase de consideraciones, pero al maestro Bebra ya no volví a verlo.

En realidad, ya después de la primera gira me hubiera podido permitir una habitación mejor. Pero, a causa de Klepp, me quedé con los Zeidler y busqué una reconciliación con el amigo que me tomaba tan a mal mi trato con los empresarios; pese a ello, no cedí, ni fui ya más con él al barrio viejo, ni volví a beber cerveza ni a comer morcilla fresca con cebollas, sino que, preparándome ya para mis futuros viajes, comía en los excelentes restaurantes de las estaciones del ferrocarril.

Óscar no encuentra aquí lugar para narrar en detalle sus éxitos. Una semana antes de iniciar mi gira, hicieron su aparición aquellos carteles escandalosamente eficaces que preparaban mi triunfo y anunciaban mi presentación como la de un mago, de un curandero o de un Mesías. Primero hube de causar estragos en las ciudades de la región del Ruhr. Las salas en las que me exhibía eran para mil quinientas o más de dos mil personas. Yo me sentaba ante un telón de terciopelo negro, completamente solo. Un proyector me señalaba con su dedo. Vestía de smoking. Aunque tocara el tambor, mis admiradores no eran los fanáticos juveniles del jazz. Eran más bien los adultos de cuarenta y cinco años para arriba los que venían a oírme y a aplaudirme. Para ser más preciso, debería decir que los adultos entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco años constituían aproximadamente la cuarta parte de mi público. Eran mis admiradores más jóvenes. Otra cuarta parte eran personas entre los cincuenta y cinco y los setenta años. Los ancianos y las ancianas constituían más de la mitad, y desde luego la más agradecida de mis oyentes. Dirigíame a gente de edad proveya, y cuando hacía hablar a mi tambor de los tres años, ellos me contestaban, no permanecían callados y manifestaban su alegría no ciertamente en el lenguaje de los ancianos, sino con un balbucear y un tartamudear infantiles, y así, tan pronto como Óscar les tocaba algo de la vida maravillosa del maravilloso Rasputín, respondía a coro con un «Rachu, Rachu, Rachu». Pero, más que con Rasputín, que a la mayoría de los oyentes les resultaba ya demasiado complicado, alcanzaba mis mejores éxitos con aquellos temas que, sin acción alguna particular, sólo describían determinados estados a los que yo daba títulos por el estilo de: Los primeros dientes de leche — La

terrible tosferina — Las medias largas de lana pican — Quien juega con fuego, moja la cama.

Eso era lo que más les gustaba a los viejitos; eso los entusiasmaba. Sufrían con los primeros dientes. Dos mil ancianos se agitaban convulsos cuando yo esparcía la tosferina. ¡Ay, cómo se rascaban con las medias largas de lana! ¡Cuánta dama, cuánto señor anciano mojaban su ropa interior y los asientos, cuando yo dejaba jugar con fuego a los niños! Ya no recuerdo si fue en Wuppertal o en Bochum; no, fue en Recklinghausen: tocaba yo ante un auditorio de viejos mineros; el sindicato subvencionaba el concierto, y me dijo que aquellos viejos camaradas bien podrían soportar un pequeño susto negro, ya que por espacio de tantos años habían manipulado el negro carbón. Óscar les tocó, pues, «La Bruja Negra» y pudo comprobar que mil quinientos camaradas que tenían en su haber explosiones de grisú, galerías inundadas, huelgas y períodos de paro forzoso, prorrumpieron en un clamor tan grande —por eso lo menciono— a causa de la perversa Bruja Negra, que detrás de los tupidos telones se rompieron algunos vidrios de la sala. Y así, por medio de este rodeo, volvía a hallar mi voz vitricida, aunque sólo hice de ella un uso muy discreto, porque no quería estropear el negocio.

Porque es el caso que mi gira era todo un negocio. Cuando regresé e hice cuentas con el doctor Dösch, resultó que mi tambor de hojalata era una mina de oro.

Sin haber preguntado por el maestro Bebra —había ya perdido la esperanza de volver a verlo— el doctor Dösch me anunció que Bebra me esperaba.

Mi segunda visita al maestro fue bastante distinta de la primera. Óscar ya no tuvo que estar de pie ante el muelle de acero, sino que encontró para sí una silla de ruedas accionada por un electromotor, dirigible, colocada frente a la silla del maestro. Por mucho tiempo estuvimos sentados, sin decir palabra, escuchando noticias y comentarios de prensa a propósito del arte tamborístico de Óscar, que el doctor Dösch había tomado en cinta magnetofónica y ahora nos pasaba. Bebra parecía estar satisfecho. A mí, en cambio, la verborrea de los periodistas más bien me molestaba. Me convertían en objeto de culto, en un ídolo, y nos atribuían a mí y a mi tambor curas milagrosas. Decían que lográbamos eliminar la pérdida de la memoria, y allí sonó por vez primera el término ése de «Oscarismo», que más tarde había de convertirse en consigna.

A continuación la muchacha del chaleco me sirvió una taza de té. El maestro se puso dos pildoras sobre la lengua. Charlamos. Esta vez ya no me acusó. Era más bien como antaño, cuando estábamos sentados en el Café de las Cuatro Estaciones, con la diferencia, sin embargo, de que faltaba la signora, nuestra Rosvita. Cuando pude observar que, durante mis profusas descripciones del pasado de Óscar, Bebra se había dormido, jugué primero como cosa de un cuarto de hora todavía con mi silla eléctrica de ruedas, la hice ronronear y dispararse sobre el entarimado, le di vuelta a la derecha y luego a la izquierda, la dejé crecer y encogerse y me costó trabajo, en una palabra, separarme de aquel mueble universal que, con sus infinitas posibilidades, se me ofrecía cual vicio inocente.

Mi segunda gira cayó en el Adviento. Combiné pues en consecuencia mi programa y pude registrar los elogios tanto de la prensa católica como de la protestante. En efecto, logré convertir a unos viejos pecadores empedernidos en niños que, con sus vocécitas delgadas y conmovidas, cantaban canciones navideñas. «Jesús, por ti vivo, Jesús, por ti muero» cantaron dos mil quinientas personas a las cuales, en edad tan avanzada, nadie habría creído capaces de un fervor religioso tan infantil.

En forma parecida procedí en mi tercera gira, que cayó en los días del carnaval. En ninguno de los llamados carnavales infantiles hubiera podido darse un espectáculo tan alegre y espontáneo como en ocasión de mis conciertos, que convertían a toda abuelita temblorosa y todo abuelito tambaleante en una cómica o ingenua novia de bandido o en un capitán de bandoleros haciendo peng—peng.

Después del carnaval firmé los contratos con las compañías grabadoras de discos. Las impresiones las hice en unos estudios al alto vacío y experimenté al principio alguna dificultad a causa de aquella atmósfera excesivamente esterilizada; pero luego me hice colgar de las paredes del estudio fotografías gigantescas de ancianitos como los que se ven en los asilos o en los bancos de los parques, con lo que logré tocar el tambor lo mismo que durante los conciertos en las salas caldeadas por el público.

Los discos se vendieron como pan caliente, y Óscar se hizo rico. ¿Dejé acaso por ello mi mísero cuarto de baño del piso de los Zeidler? No, no lo dejé, porque allí seguía mi amigo Klepp y también la puerta vidriera esmerilada tras la cual había vivido antaño la señorita Dorotea. ¿Qué hizo, pues, Óscar con el dinero? Le hizo a María, a su María, una proposición.

Le dije: mira, si le das a Stenzel el pasaporte y no sólo no te casas con él, sino que lo pones sencillamente de patitas en la calle, te compro una moderna tienda de comestibles finos en el mejor centro comercial; a fin de cuentas, tú has nacido, querida María, para el negocio y no para el primer señor Stenzel que se te presente.

Con María no me había equivocado. Dejó plantado a Stenzel y, con mi dinero, abrió una tienda de comestibles finos de primera en la Friedrichstrasse, de la que, según me lo comunicó ayer María contenta y no sin agradecimiento, pudimos abrir la semana pasada, a tres años de distancia, una sucursal en Oberkassel.

¿Volvía yo de mi séptima o de mi octava gira? Era durante el caluroso mes de julio. En la Estación Central llamé un taxi y me hice llevar directamente al edificio comercial. Lo mismo que junto a la estación, esperábanme también allí los molestos cazadores de autógrafos, en su mayoría hombres pensionados y abuelas que hubieran hecho mejor en cuidar de sus nietos. Pedí que me anunciaran inmediatamente al jefe y hallé efectivamente abiertos los batientes de la puerta y la alfombra que conducía al mueble de acero, pero, detrás del escritorio no estaba sentado el maestro, ni me esperaba a mí mi silla de ruedas, sino la sonrisa del doctor Dösch.

Bebra había muerto. Hacía ya varias semanas que el maestro Bebra había dejado de existir. A petición suya no se me había informado a mí de su deceso. Nada, ni siquiera su muerte, había de interrumpir mi gira. Poco después, al abrirse su testamento, heredé una fortuna apreciable y el retrato de Rosvita, pero experimenté sensibles pérdidas financieras, porque suspendí sin aviso previo dos giras ya contratadas por el sur de Alemania y en Suiza y tuve que hacer frente a una demanda por incumplimiento de contrato.

Descontando algunos miles de marcos, la muerte de Bebra me afectó profundamente y por algún tiempo. Encerré mi tambor y apenas lograban sacarme de mi cuarto. Añadióse a esto que, por aquellos días, se casó mi amigo Klepp, haciendo su esposa a una vendedora pelirroja de cigarrillos, porque en una ocasión le había regalado una de sus fotos. Poco antes del casamiento, al que no me invitaron, Klepp dejó su cuarto, se trasladó a Stockum, y Óscar se quedó como único inquilino de Zeidler.

Mi relación con el Erizo había variado algo. Después de que casi todos los periódicos hubieran publicado mi nombre en letras de molde, tratábame con respeto y, a

cambio de cierta cantidad de dinero, me entregó también la llave del cuarto vacío de la señorita Dorotea, que más tarde alquilé yo mismo, para que él no pudiera realquilarlo.

En esta forma, mi tristeza tenía un proyecto claramente definido. Abría yo las puertas de los dos cuartos y me iba de la bañera del mío a la alcoba de Dorotea siguiendo la alfombra de coco, me extasiaba allí ante el armario vacío, dejaba que el espejo de la cómoda hiciera mofa de mí, desesperábame ante la pesada cama sin ropa, huía al corredor y de éste a mi cuarto, que también se me hacía insoportable.

Contando probablemente como clientes con las personas solitarias, un prusiano oriental muy listo para los negocios, que había perdido una heredad en Masuria, abrió cerca de la Jülicherstrasse un negocio que, en forma sencilla y apropiada, se designaba como «Instituto de alquiler de perros».

Allí alquilé yo a Lux, un rottweiler negro de pelo brillante, fuerte y tal vez un poco demasiado gordo. Salía con él de paseo, para no tener que correr en el piso de los Zeidler de mi bañera al armario vacío de la señorita Dorotea y viceversa.

El perro Lux me conducía a menudo a orillas del Rin. Allí ladraba a los barcos. El perro Lux me conducía a menudo a Rath, al bosque de Grafenberg, donde ladraba a las parejas de enamorados. A fines de julio del cincuenta y uno, el perro Lux me llevó a Gerresheim, un suburbio de Düsseldorf, que sólo a duras penas lograba disimular su origen aldeano rural mediante unas pocas industrias y una fábrica de vidrio de cierta importancia. Inmediatamente después de Gerresheim había unos huertecillos y, entre ellos y por todos lados, unos pastos delimitados por cercos y campos en los que los cereales —creo que se trataba de centeno— ondulaban al viento.

¿He dicho ya que fue un día caluroso cuando el perro Lux me llevó a Gerresheim y desde allí, por entre los huertecillos, hacia los campos de cereales? No solté a Lux hasta que hubimos dejado atrás las últimas casas del suburbio. Y, sin embargo, no se movió de mi lado, porque era un perro fiel, un perro particularmente fiel, ya que, en cuanto perro de un instituto de alquiler de perros, había de ser fiel a muchos amos.

En otras palabras; el rottweiler Lux me obedecía, era todo lo contrario de un salchicha. Esta obediencia canina se me hacía exagerada, y hubiera preferido verlo correr, y hasta llegué a darle algún puntapié para que lo hiciera; pero él se agachaba, como si no tuviera limpia la conciencia, y no cesaba de volver hacia mí su negro cuello lustroso y de mirarme con ojos proverbialmente caninos.

—¡Corre, Lux! —le gritaba—. ¡Corre!

Lux obedeció varias veces, pero en forma tan breve, que hubo de sorprenderme agradablemente al ver que, una de ellas, tardaba algo más y desaparecía en el trigal que aquí era centeno y se mecía al viento. Bueno, mecerse no: el aire estaba inmóvil y amenazaba una tormenta.

Estará persiguiendo un conejo, pensaba yo. O tal vez sólo experimenté la necesidad de estar solo y de poder ser perro, lo mismo que Óscar, antes del perro, hubiese deseado ser hombre.

No prestaba yo la menor atención a mis alrededores. Ni los huertecillos, ni Gerresheim, ni la ciudad que se extendía atrás envuelta en la neblina a ras del suelo atraían mi mirada. Me senté sobre un rodete de cable vacío y herrumbroso, que ahora no puedo menos que designar como tambor de cable, porque apenas Óscar se hubo sentado sobre la herrumbre, empezó a tamborilear en ella con los nudillos. Hacía calor, la ropa me pesaba,

no era lo suficientemente estival. Lux se había ido y no volvía. Por supuesto, el tambor de cable no reemplazaba mi tambor de hojalata, pero en fin, lentamente me fui deslizado hacia el pasado y, cuando ya no podía seguir, cuando volvían siempre a interponerse las imágenes de los últimos años llenas de ambiente de hospitales, cogí dos palos secos y me dije: Ahora verás, Óscar. Ahora vamos a ver lo que eres y de dónde vienes. Y ya las dos bombillas de sesenta vatios de mi nacimiento se encendían. La mariposa nocturna daba alternativamente contra una y otra. A lo lejos, una tormenta se desplazaba con estrépito de carro de mudanzas. Y yo oía hablar a Matzerath y, a continuación, a mamá. Él me prometía el negocio, en tanto que mamá me prometía el juguete: a los tres años me darían el tambor. Así pues, esforzose Óscar por pasar aquellos tres primeros años lo más rápidamente posible: comía, bebía, devolvía, aumentaba, me dejaba pesar, envolver en pañales, bañar, cepillar, empolvar, vacunar, admirar, dejaba que me llamaran por mi nombre, echaba sonrisitas cuando me las pedían, me ponía contento para darles gusto, me dormía a mi hora, me despertaba puntualmente y ponía durante el sueño eso que los adultos llaman carita de ángel. Varias veces tuve diarrea, me resfrié a menudo, contraí la tosferina, la retuve por algún tiempo y no la solté hasta que hube comprendido su ritmo y me lo hube fijado para siempre en las muñecas; porque, como ya sabemos, el numerito «Tosferina» formaba parte de mi repertorio, y cuando Óscar evocaba con su tambor la tosferina ante dos mil personas, dos mil viejitos y viejitas tosían al unísono.

Junto a mí, Lux gimoteaba y se me restregaba contra las rodillas. ¡Qué perro éste del instituto de alquiler de perros que mi soledad me había hecho adoptar! Ahí estaba, sobre sus cuatro patas y moviendo la cola; un perro que tenía la mirada canina y exhibía algo en su hocico babeante: un palo, una piedra, o cualquier otra cosa de las que suelen ser preciosas a los perros.

Poco a poco mi edad temprana, tan importante, se me fue escabullendo. Cedió el dolor de las encías que me anunciaba los primeros dientes de leche, y, cansado, me recliné buscando apoyo: un adulto, un jorobado elegantemente vestido, aunque con ropa demasiado calurosa, con su reloj de pulsera, su tarjeta de identidad y un fajo de billetes en la cartera. Tenía ya un cigarrillo entre los labios, una cerilla lista, y me disponía a dejar que el tabaco fuera eliminando de mi boca aquel gusto infantil tan característico.

¿Y Lux? Lux se frotaba contra mis piernas. Lo rechacé, le eché al hocico el humo del cigarrillo. Eso no le gustaba, pero se quedó de todos modos y siguió restregándose contra mí. Me lamía con los ojos. Eché un vistazo a los alambres tendidos entre los primeros postes telegráficos en busca de golondrinas, pues quería servirme de ellas cual medio contra perros molestos. Pero no había golondrinas y Lux seguía en sus trece. Su hocico se me metió entre las piernas del pantalón y halló el lugar con tanta seguridad como si el alquilador de perros de la Prusia Oriental lo hubiese amaestrado expresamente a tal objeto.

Le di dos veces con el tacón. Apartose algo, pero seguía allí, temblando sobre sus cuatro patas, tendiéndome su hocico con el palo, la piedra o lo que fuera, en forma tan insistente, como si en lugar de un palo o una piedra me estuviese mostrando mi cartera, que palpaba yo en mi chaqueta, o el reloj, que seguía haciéndome tic tac en la muñeca.

¿Qué es, pues, lo que me tendía? ¿Qué era aquello tan importante y tan digno de mostrar?

Metí los dedos entre sus dientes cálidos, lo sentí inmediatamente en la mano, reconocí en el acto lo que tenía y, sin embargo, hice como si buscara la palabra que designara aquel hallazgo que Lux me había traído del campo de centeno.

Hay partes del cuerpo humano que, una vez desprendidas y separadas del centro, se dejan contemplar más fácilmente y examinar mejor. Aquello era un dedo. Un dedo de mujer. Un dedo anular. Un dedo anular femenino. El dedo se había dejado cortar entre el metacarpo y la primera falange, unos dos centímetros abajo del anillo. Un segmento limpio y claramente visible conservaba el tendón del músculo extensor.

Era un dedo bello y móvil. La piedra del anillo, sostenida por seis garras de oro, era una aguamarina, según me pareció entonces y había de revelarse más adelante. El anillo mismo se veía tan usado en un lugar, delgado hasta casi el punto de romperse, que lo tuve por una alhaja de familia. Aunque bajo la uña la basura o, mejor dicho, la tierra dibujara un borde, como si el dedo hubiera tenido que raspar o excavar tierra, el corte y la comisura de la uña daban la impresión de un dedo bien cuidado. En cuanto a lo demás, una vez extraído de la boca cálida del perro, el dedo se sentía frío, lo que confirmaba asimismo su palidez peculiar.

Desde hacía ya varios meses, Óscar llevaba en el bolsillo pectoral de su chaqueta un pañuelo de caballero que le salía en triángulo. Sacó el pedazo de seda, lo extendió, envolvió en él el anular y apreció que la cara interior del dedo exhibía hasta la altura de la tercera falange unas líneas que indicaban aplicación, tenacidad y una obstinación ambiciosa.

Una vez que hube guardado el dedo en el pañuelo, me puse en pie, acaricié el cuello del perro Lux y me eché a andar con el pañuelo y el dedo envuelto en éste en la mano derecha. Quería regresar a Gerresheim y a casa, proponiéndome hacer con el hallazgo esto o aquello, y llegué inclusive hasta el primer cerco de un huertecito, cuando sentí que alguien me interpelaba y vi a Vittlar, que estaba encaramado en una de las ramas de la horcadura de un manzano y nos había observado a mí, al perro y a su descubrimiento.

El último tranvía, o adoración de un tarro

Su sola voz: aquel tono gangoso, pretenciosamente amanerado. Estaba encaramado en la horcadura del manzano, y dijo: —¡Tiene usted un perro muy inteligente, señor mío!

Yo, un poco desconcertado: —¿Qué está usted haciendo ahí, en el manzano? — adoptó un tono afectado y estiró su largo torso: —No son más que manzanas para compota; no tenga miedo, se lo ruego.

Lo corté en seco: —¿Y a mí qué me importan sus manzanas y sus compotas? ¿Y de qué podría yo tener miedo?

—Bueno —murmuró—, podría usted tomarme por la serpiente del Paraíso, por lo de las manzanas.

Yo, furioso: —¡Verborrea alegórica!

Él, sutil: —¿Cree usted, por ventura, que sólo la fruta de mesa vale la pena de pecar?

Me disponía yo a marcharme. En aquellos momentos nada me hubiera sido tan insoportable como una discusión acerca de las clases de fruta del Paraíso. Pero él saltó con agilidad de la horcadura y, alto y expuesto al viento junto al cerco, me espetó a boca de jarro: —¿Qué fue lo que el perro le trajo del centeno?

No sé por qué le dije: —Me trajo una piedra.

Aquello se convirtió en un interrogatorio: —¿Y usted se ha metido la piedra en el bolsillo?

—Me gusta llevar piedras en el bolsillo.

—A mí, lo que el perro le trajo me pareció más bien un palito.

—Mantengo lo de la piedra, aunque fuera o pudiera ser diez veces un palito.

—¡Ah! ¿Conque era un palito?

—Igual me da, palo o piedra, manzanas de compota o fruta de mesa...

—¿Un palito móvil?

—El perro quiere ya volver a casa. ¡Buenas tardes!

—¿Un palito de color carne?

—¡Haría usted mejor en cuidar de sus manzanas! ¡Vamos, Lux!

—¿Un palito móvil, de color carne, con un anillo?

—¿Qué pretende usted? Yo soy un paseante que ha alquilado un perro.

—Pues mire usted, a mí también me gustaría tomar prestado algo. ¿Me permitiría usted pasarme al meñique, por un segundo, el bello anillo que brillaba en su palito y hacía del palito un dedo anular? Mi nombre es Vittlar, Godofredo Vittlar, el último de mi linaje.

Así fue como vine a conocer a Vittlar, y ya el mismo día hice amistad con él, y aún hoy le sigo dando el título de amigo. Y por eso mismo le decía hace sólo unos días, cuando vino a visitarme: —Me alegro, querido Vittlar, que fueras tú, mi amigo, el que en aquella ocasión presentara la denuncia a la policía, y no otra persona cualquiera.

Si hay ángeles, éstos han de parecerse a Vittlar: Largos, aéreos, vivaces, plegables, más dispuestos a abrazar el más infecundo de los faroles callejeros que a una muchacha tierna y efusiva.

A Vittlar no se le percibe en seguida. Mostrando alternativamente aspectos diversos de su persona, puede, según el ambiente, convertirse en hilo, en espantajo, en perchero, en horcadura de árbol. De ahí que no me llamara la atención cuando estaba yo sentado en el tambor del cable y él estaba encaramado en el manzano. Y tampoco el perro le ladró, porque los perros ni olisquean ni ladran a los ángeles.

—Hazme un favor, querido Godofredo —le dije anteayer—, mándame una copia de la denuncia que presentaste hace unos dos años y que inició mi proceso.

Aquí la tengo, y le cedo ahora la palabra a él, que fue mi acusador ante el tribunal:

Yo, Godofredo von Vittlar, me hallaba aquel día encaramado en la horcadura de un manzano que, en el huerto de mi madre, da año tras año tantas manzanas de compota como compota de manzana pueden contener los siete tarros que poseemos a dicho efecto. Me hallaba tendido en la horcadura, o sea de lado, con el iliaco izquierdo apoyado en el punto más profundo, algo musgoso, de aquélla. Mis pies apuntaban en dirección de la fábrica de vidrio de Gerresheim. Miraba —¿hacia dónde?—, miraba fijamente hacia adelante, esperando que algo surgiera en mi campo visual.

El acusado, que es hoy mi amigo, se introdujo en mi campo visual. Lo acompañaba un perro, que describía vueltas a su alrededor, se comportaba como suelen comportarse los perros y se llamaba, según se le escapó al acusado, Lux: era un rottweiler que podía conseguirse en alquiler en un instituto de alquiler de perros, cerca de la iglesia de San Roque.

El acusado se sentó sobre el tambor vacío de cable que desde fines de la guerra se encuentra junto al huerto de mi madre, Alicia von Vittlar. Como es del dominio del Tribunal, la talla del acusado ha de designarse como pequeña e inclusive deforme. Esto me llamó la atención. Pero más me la llamó todavía el comportamiento del pequeño señor elegantemente vestido. En efecto, con dos ramas secas se puso a tocar el tambor sobre la herrumbre del tambor del cable. Ahora, si se considera que el acusado es un profesional del tambor y que, según se ha demostrado, ejerce dicha profesión dondequiera que vaya, así como, por otra parte, que el tambor del cable —no en vano se le llama así— puede inducir a tamborilear a cualquiera, inclusive a un profano, habrá que convenir que el acusado Matzerath tomó asiento un día bochornoso de verano sobre aquel tambor de cable que quedaba frente al huerto de la señora Alicia von Vittlar y entonó, con dos ramas secas de sauce desiguales, ruidos rítmicamente ordenados.

Declaro asimismo que el perro Lux desapareció por algún tiempo en un campo de centeno a punto de cortar. Si se me preguntara que por cuánto tiempo, no sabría qué responder, porque, tan pronto como me tiendo en la horcadura de nuestro manzano, pierdo toda noción del tiempo. Si digo, sin embargo, que el perro desapareció por algún tiempo, esto quiere decir que lo echaba de menos, porque su piel negra y sus orejas caídas me gustaban.

El acusado, en cambio —así creo poder afirmarlo—, no parecía echar de menos al perro.

Cuando éste regresó del campo de centeno maduro, llevaba algo en el hocico. No quiero decir con esto, sin embargo, que lograra identificar lo que llevaba. Pensé más bien en un palito, en una piedra, menos en una lata y mucho menos todavía en una cuchara de metal. Pero sólo cuando el acusado sacó del hocico del perro el corpus delicti pude darme cuenta de lo que se trataba. Sin embargo, desde el momento en que el perro frotó su hocico, cargado todavía, contra la pierna del pantalón del acusado —creo que fue la izquierda— hasta aquel, desgraciadamente imposible de precisar, en que el acusado metió la mano para apoderarse del objeto, transcurrieron —con la debida reserva— varios minutos.

Por mucho que el perro se esforzara en atraer la atención de su amo de alquiler, éste seguía tamborileando, sin interrupción, a la manera monótonamente característica y, con todo, desconcertante en que suelen hacerlo los niños. No fue hasta que el perro recurrió a un procedimiento dudoso y metió su morro húmedo entre las piernas del acusado, cuando éste dejó las ramas de sauce y le dio a aquél con la pierna derecha —lo recuerdo exactamente— un puntapié. El perro describió aquí una semicircunferencia, volvió a acercársele temblando, como lo hacen los perros, y le presentó nuevamente el hocico.

Sin levantarse, o sea pues, sentado, el acusado le metió al perro la mano —esta vez fue la izquierda— entre los dientes. Liberado de su hallazgo, el perro reuló algunos metros. El acusado, en cambio, permaneció sentado; tenía el hallazgo en la mano, la cerró, la volvió a abrir, la cerró una vez más y, al abrirla de nuevo, dejó que algo reluciera. Cuando el acusado se hubo acostumbrado a la vista del hallazgo, lo levantó, con el índice y el pulgar, aproximadamente a la altura de la vista.

Sólo en ese momento di al hallazgo el nombre de dedo y, ampliando el concepto a causa de aquel brillo, me dije: dedo anular, con lo que, sin darme cuenta de ello, bauticé uno de los procesos más interesantes de la posguerra. En efecto, ahora me llaman Godofredo Vittlar, el testigo más importante del proceso del Anular.

Comoquiera que el acusado se mantuvo quieto, permanecí quieto yo también. Y cuando él envolvió cuidadosamente el dedo con el anillo en ese pañuelito que llevara antes, a la manera de un caballero, en el bolsillo de su chaqueta, sentí simpatía por aquel individuo del tambor del cable: he aquí un caballero pulcro, me dije: me gustaría conocerlo.

Así pues, cuando se disponía a marcharse con el perro en dirección de Gerresheim, lo llamé. Pero, al principio, él reaccionó en forma irritada, casi arrogante. Aún hoy no acierto a comprender por qué el interpelado, por el solo hecho de hallarme yo encaramado en un manzano, persistiera en ver en mí el símbolo de una serpiente. Y sus sospechas se hicieron extensivas a las manzanas de compota de mi madre, de las que dijo que eran sin duda de naturaleza paradisíaca.

Admito, por mi parte, que entre las costumbres del Maligno figure la de apostarse de preferencia en las horcaduras de las grandes ramas. Pero debo hacer constar que lo único que me movía a buscar varias veces por semana un asiento en el manzano era un aburrimiento fácil y en mí habitual. Aunque, ¿quién sabe si el aburrimiento no es ya en sí mismo lo maligno? De todos modos y sea ello como fuere, ¿qué es lo que llevaba el acusado a las afueras de la ciudad de Düsseldorf? A él, según me lo confesó más adelante, lo empujaba la soledad. ¿Es que la soledad no es por ventura ya el nombre de pila del aburrimiento? Expongo estas consideraciones con objeto de explicar al acusado, en modo alguno para inculparlo. Como que fue precisamente su manera de jugar con el Maligno, su tamboreo, que disolvía al Maligno, lo que me lo hizo simpático hasta el punto de buscar luego su amistad. Lo mismo que esa denuncia que nos cita a mí como testigo y a él como acusado ante el alto Tribunal no es más que un juego inventado por nosotros: un medio más para disipar y nutrir nuestro aburrimiento y nuestra soledad.

Cediendo a mi ruego, el acusado sacó después de algunas vacilaciones el anillo, que se dejaba sacar fácilmente, del anular y me lo puso en el meñique. Me quedaba a la medida, de lo que me alegré. Por supuesto, antes de la prueba del anillo, yo había ya abandonado la horcadura de mi árbol. Nos hallábamos a uno y otro lado del cerco, nos presentamos con nuestros respectivos nombres, iniciamos la conversación tocando de paso algunos temas políticos, y él me entregó el anillo. El dedo, en cambio, lo conservó y lo trataba con cuidado. Estuvimos de acuerdo en que se trataba de un dedo de mujer. Mientras yo llevaba el anillo y lo exponía a la luz, empezó el acusado, con su mano izquierda libre, a arrancarle al cerco un ritmo de bailable, alegre y animado. Bien; el cerco de madera del huerto de mi madre es tan inconsistente, que respondía a los deseos tamborísticos del acusado castañeteando y vibrando en forma línea. No recuerdo por cuánto tiempo estuvimos así; nos entendíamos con la mirada. Nos hallábamos sumidos en este juego anodino, cuando un avión a media altura dejó oír sus motores. Probablemente se proponía aterrizar en Lohhausen. Aunque a los dos nos interesara saber si el avión aterrizaba con dos o con cuatro motores, no por eso dejamos de mirarnos, ni hicimos mayor caso del avión y, más adelante, cuando de vez en cuando hallamos ocasión de practicarle, llamamos a este juego el Ascetismo de Leo Schugger, ya que el acusado pretende haber tenido hace algunos años un amigo con el que solía practicarle, de preferencia en los cementerios.

Después que el avión hubo aterrizado —no puedo realmente decir si se trataba de un aparato bimotor o de un tetramotor— le devolví el anillo. El acusado lo puso en el anular, sirvióse nuevamente de su pañuelo para envolverlo, y me invitó a acompañarlo.

Esto era el siete de julio de mil novecientos cincuenta y uno. En Gerresheim, junto a la terminal del tranvía, no tomamos éste, sino un taxi. También más adelante había el acusado de tener múltiples ocasiones de mostrarse generoso conmigo. Fuimos a la ciudad, dejamos el taxi frente la instituto para el alquiler de perros junto a la iglesia de San Roque, entregamos el perro Lux, volvimos al taxi, y éste nos llevó a través de la ciudad, por Bilk y Oberbilk, al cementerio de Wersten; aquí el señor Matzerath hubo de pagar por encima de doce marcos, y luego visitamos el taller de lápidas funerarias del marmolista Korneff.

Allí todo era suciedad, así que me alegré cuando el marmolista hubo ejecutado el encargo de mi amigo en una hora. Mientras mi amigo me iba explicando en forma detallada y amable los utensilios y las distintas calidades de piedra, el señor Korneff, sin malgastar palabra alguna a propósito del dedo, hizo de éste, sin anillo, un modelo en yeso. Durante la operación sólo miré con el rabo del ojo, ya que el dedo había que tratarlo previamente: lo untaron con grasa, pusieron un hilo a lo largo de su perfil, y sólo después aplicaron el yeso; y antes de que éste se pusiera duro, separaron la forma con el hilo. Sin duda, por cuanto soy decorador de oficio, la preparación de un molde de yeso no es nada nuevo para mí; de todos modos, tan pronto como el marmolista lo tomó en sus manos, el dedo adquirió un aspecto feo, que sólo volvió a desaparecer cuando el acusado, una vez vertido el molde con éxito, lo tomó, lo limpió de la grasa y lo envolvió de nuevo en su pañuelo. Mi amigo pagó al marmolista por su trabajo. Al principio, el otro no quería cobrar nada, ya que consideraba al señor Matzerath como colega. Dijo también que el señor Matzerath le había exprimido en su tiempo los furúnculos sin cobrarle por ello. Cuando el molde se hubo endurecido, el marmolista separó la forma, entregó la reproducción conforme al original, prometió sacar en los próximos días nuevas reproducciones de la forma, y nos acompañó a través de su exposición de lápidas funerarias hasta el Bittweg.

Otra carrera en taxi nos llevó a la Estación Central. Allí el acusado me invitó a una abundante cena en el excelente restaurante de la estación. Hablaba él con el camarero en plan de familiaridad, lo que me dio a entender que el señor Matzerath había de ser un cliente habitual del restaurante de la estación. Comimos pecho de buey con rábanos frescos, salmón del Rin y, finalmente, queso, a continuación de lo cual nos bebimos una botellita de champaña. Cuando la conversación vino a recaer nuevamente en el dedo y yo aconsejé al acusado considerarlo como propiedad ajena y entregarlo, sobre todo por cuanto ya poseía ahora un modelo en yeso, me declaró él en forma categórica y decidida que se consideraba como legítimo propietario del mismo, ya que le había sido prometido en ocasión de su nacimiento, si bien en forma enigmática y con el nombre de palillo de tambor. Podía alegar también las cicatrices de la espalda de su amigo Heriberto Truczinski, las cuales, largas de un dedo, se lo habían profetizado asimismo. Y, a mayor abundamiento, aquel casquillo de bala hallado en el cementerio de Saspe, igualmente con la medida y el significado de un futuro anular.

Aunque al principio la demostración de mi nuevo amigo me hiciera sonreír, he de confesar de todos modos que para un hombre inteligente no ha de ser difícil establecer la serie palillo de tambor — cicatriz — casquillo — anular.

Un tercer taxi me llevó después de la cena a mi casa. Nos dimos cita, y cuando conforme a la misma visité a los tres días al acusado, éste me había preparado una sorpresa.

Primero me mostró su habitación, es decir, su cuarto, porque el señor Matzerath vivía allí en calidad de subarrendatario. Al principio sólo tenía un cuarto muy mezquino, que era un antiguo cuarto de baño, pero luego, cuando su arte tamborístico le reportó fama y dinero, pagaba además un alquiler suplementario por una alcoba sin ventanas que él llamaba la cámara de la señorita Dorotea; tampoco rehuía pagar un precio exagerado por un tercer cuarto, ocupado anteriormente por un tal señor Münzer, músico y colega del acusado, ya que el señor Zeidler, inquilino principal del piso, conociendo la buena situación financiera del señor Matzerath, aumentaba los alquileres en forma desvergonzada.

La sorpresa me la tenía preparada el acusado en la cámara llamada de la señorita Dorotea. Allí, en efecto, sobre la plancha de mármol de una cómoda—tocador con espejo, había un tarro como los que mi madre, Alicia von Vittlar, utiliza para elaborar la compota de manzana de nuestras manzanas de compota. En ése, sin embargo, flotaba en alcohol el anular. Con satisfacción me mostró el acusado varios gruesos libros científicos que le habían guiado en la conservación del dedo. Por mi parte, hojeé los volúmenes superficialmente, deteniéndome apenas en los grabados, pero confesé que el acusado había logrado preservar el aspecto del dedo y que, ante el espejo, el tarro con su contenido quedaba bonito y decorativamente interesante, en lo que yo, en mi calidad de decorador, no tenía más remedio que convenir.

Cuando el acusado observó que ya me había familiarizado con la vista del tarro, me reveló que ocasionalmente él lo adoraba. Curioso e inclusive algo insolente, le rogué en seguida que me ofreciera una muestra de su plegaria. Él me pidió a su vez otro favor: me proveyó con papel y lápiz y me rogó que escribiera su plegaria y que, si se me antojaba durante ésta formular alguna pregunta acerca del dedo, él trataría de contestarla a su mejor conocimiento.

Cito a continuación en testimonio palabras del acusado, mis preguntas y sus respuestas. La adoración de un tarro: Yo adoro. ¿Cuál yo? ¿Óscar o yo? Yo, con fervor; Óscar, distraídamente. Yo, fervorosamente, sin temor a flaquezas ni repeticiones. Yo, vidente, porque carezco de memoria. Óscar, vidente, porque está lleno de recuerdos. Frío, ardiente, caliente, yo. Culpable a petición. Inocente sin demanda. Culpable por haber sucumbido porque, me hice culpable aun cuando, me disculpé de, sacudí en, me abrí paso a mordiscos a través de entre, me mantuve libre de, me reí de sobre, lloré para antes sin, blasfemé de palabra, me callé blasfemando, no hablo, no callo, oro. Adoro. ¿Qué? El vidrio. ¿Qué vidrio? El tarro. ¿Qué conserva el tarro? El tarro conserva el dedo. ¿Qué dedo? El anular. ¿De quién? De una rubia. ¿Qué rubia? Estatura mediana. ¿Mide un metro sesenta? Mide un metro sesenta y tres. ¿Señas particulares? Una peca. ¿Dónde? Antebrazo interior. ¿Derecho, izquierdo? Derecho. ¿Cuál anular? Izquierdo. ¿Prometida? Sí, pero soltera. ¿Confesión? Protestante. ¿Virgen? Virgen. ¿Nacimiento? No sé. ¿Cuándo? En Hannover. ¿Cuándo? En diciembre. ¿Sagitario o Capricornio? Sagitario. ¿Y el carácter? Tímido. ¿Voluntad? Aplicada, también gárrula. ¿Seria? Ahorradora, sobria, alegre. ¿Temerosa? Golosa, sincera y beata. Pálida, suele soñar en viajes. Menstruación irregular, perezosa, le gusta sufrir y hablar de ello, un poco sin ingenio, pasiva, a lo que venga, escucha atentamente, asiente con la cabeza, cruza los brazos, al hablar baja los párpados, cuando se le habla abre los ojos muy grandes, gris claro con pardo cerca de la pupila, anillo regalado por su superior, casado, al principio no quiso, luego aceptó, aventura horripilante, fibrosa, Satanás, mucho blanco, se fue, se mudó, volvió, no puede dejar de, celos infundados, enfermedad pero no ella misma, muerte pero no ella misma, sí, no, no sé, no

quiero, cogía amapolas, en esto vino, no, ya la acompañaba antes, no puedo más... ¿Amén? Amén.

Yo, Godofredo von Vittlar, sólo añadido a mi declaración ante el Tribunal esta plegaria escrita, porque, por muy confusa que parezca, contiene datos acerca de la propietaria del anular que coinciden en su mayor parte con los datos judiciales acerca de la interfecta, la enfermera Dorotea Köngetter. No es de mi incumbencia poner aquí en duda la declaración del acusado de que ni ha asesinado a la enfermera ni la ha visto nunca cara a cara.

Es digno de notarse, y me parece hoy todavía que habla en favor del acusado, el fervor con que mi amigo se arrodilló en aquella ocasión ante el tarro, que había colocado sobre una silla, y trabajó su tambor, que tenía apretado entre las rodillas.

En el curso de más de un año he vuelto a menudo a tener ocasión de oír rezar y tocar el tambor al acusado, ya que, con un sueldo considerable, hizo de mí el compañero de sus viajes y me llevó con él en sus giras, que había interrumpido por algún tiempo pero reemprendió poco después del hallazgo del anular. Viajamos por toda la Alemania Occidental, recibimos ofertas asimismo de la zona oriental e inclusive del extranjero. Pero el señor Matzerath no quería salir de las fronteras de la Federación ni, según sus propias palabras, verse arrastrado en el jaleo de los viajes de conciertos habituales. Nunca lo vi rezar y adorar el tarro antes de sus conciertos. Sólo después de sus sesiones y de cenas muy prolongadas nos reuníamos en su cuarto del hotel: él tocaba el tambor y rezaba, y yo le hacía preguntas y anotaba, y luego comparábamos la oración con las oraciones de los días y las semanas anteriores. Hay, por supuesto, oraciones más largas y otras más cortas. Ocurre también que las palabras salgan un día premiosas y fluyan al siguiente casi contemplativas y en períodos largos. Con todo, todas las oraciones recogidas por mí, que remito por el presente al Tribunal, no dicen más que aquella primera copia que adjunté a mi declaración.

Durante ese año de viajes tuve ocasión de conocer superficialmente a algunos conocidos y parientes del señor Matzerath. Así me presentó, por ejemplo, entre otros, a su madrastra, la señora María Matzerath, a la que el acusado venera, pero con recato. Aquella tarde me saludó asimismo el medio hermano del acusado, Kurt Matzerath, un estudiante de liceo, de once años de edad y bien educado. Me causó también una excelente impresión la señora Augusta Köster, hermana de la señora María Matzerath. Según me lo confesó el acusado, sus relaciones familiares se habían visto durante los primeros años de la posguerra más que enturbiadas. Sólo cuando el señor Matzerath instaló a su madrastra un gran negocio de comestibles finos, que tiene también frutas del Mediterráneo, volviendo a ayudar con sus medios siempre que el negocio atravesaba dificultades, se llegó entre madrastra y ahijado al lazo realmente amistoso que existe en la actualidad.

Asimismo me presentó el señor Matzerath a algunos de sus antiguos colegas, en su mayor parte músicos de jazz. Por jovial y correcto que me pareciera el señor Münzer, al que el acusado llama familiarmente Klepp, hasta el presente no he hallado ni el valor ni la voluntad de seguir cultivando dichos contactos.

Aunque gracias a la munificencia del acusado no haya tenido yo necesidad de seguir ejerciendo mi oficio de decorador, de todos modos, así que regresábamos de alguna gira, me encargaba, por amor del oficio, de la decoración de algunos escaparates. También el acusado se interesaba amablemente por mi profesión y, con frecuencia, permanecía hasta muy avanzada la noche en la calle, en calidad de espectador de mi modesto arte. En ocasiones, una vez terminado el trabajo, deambulábamos todavía por el Düsseldorf

nocturno, pero evitando siempre el barrio viejo, ya que el acusado no puede sufrir ni los vidrios abombados de colores ni los antiguos escudos alemanes de las fondas. Uno de estos paseos de después de medianoche —y llego así al final de mi declaración— nos llevó en una ocasión a través del Unterrath nocturno ante la cochera de los tranvías.

Estábamos allí, de pie y perfectamente concordes, y contemplábamos la llegada, conforme al horario, de los últimos tranvías. Es un espectáculo bonito. Alrededor, la ciudad oscura. A lo lejos hace escándalo, porque estamos en viernes, un albañil borracho. Por lo demás, silencio, ya que los últimos tranvías que van llegando, aunque toquen sus campanillas y hagan rechinar los rieles en las curvas, no hacen ruido. La mayoría de los tranvías iban directamente al depósito. Algunos de ellos, sin embargo, permanecían en las vías, un poco en todas direcciones, vacíos pero iluminados como para una fiesta. ¿De quién fue idea? Nuestra, pero fui yo el que dije: —Bueno, querido amigo, ¿qué te parece? —el señor Matzerath asintió con la cabeza, subimos sin prisa alguna, yo me metí en la cabina del conductor, y me sentí en seguida como en casa: arranqué suavemente, fui ganando velocidad y me revelé cual buen conductor de tranvía, lo que el señor Matzerath me confirmó amablemente —habíamos dejado ya atrás la claridad del depósito— diciendo: —Sin duda alguna eres un católico bautizado, Godofredo, porque de lo contrario no conducirías tan bien.

Y efectivamente, dicho pequeño trabajo de ocasión me proporcionaba una gran alegría. En el depósito parecían no haberse dado cuenta de nuestra salida, ya que nadie nos perseguía y, además, con quitar la corriente hubieran podido parar nuestro vehículo sin la menor dificultad. Conduje el coche en dirección de Flingern, atravesamos Flingern, y yo estaba pensando si en Haniel tomaría a la izquierda, hacia Rath y arriba hasta Ratingen, cuando el señor Matzerath me rogó que tomara la línea de Grafenberg—Gerresheim. Pese a que temía yo la subida al pie del dancing llamado Castillo del León, cedí al deseo del acusado, logré la subida, y ya habíamos dejado atrás el dancing cuando tuve que dar un frenazo, porque había allí tres hombres en la vía que más bien me obligaron que me invitaron a parar.

Ya poco después de Haniel, el señor Matzerath se había metido en el interior del tranvía para fumar un cigarrillo. Así pues, en mi calidad de conductor hube de gritar: —¡Suban, por favor! —Me llamó la atención que el tercer hombre, que no llevaba sombrero y al que los otros dos, provistos de sombreros verdes con cinta negra, tenían en medio, fallara varias veces el estribo al subir, sea por falta de habilidad o por falta de vista. En forma bastante brutal sus acompañantes o guardianes lo subieron a mi cabina y, a continuación, se lo llevaron al interior del tranvía.

Había yo arrancado ya de nuevo cuando detrás de mí, en el interior del coche, oí primero unos gemidos plañideros y, a continuación, un ruido, como si alguien estuviera repartiendo bofetones; pero luego, para mi tranquilidad, reconocí la voz firme del señor Matzerath, que reprendía a los nuevos pasajeros y los exhortaba a no pegar a un pobre hombre herido, medio ciego, que había perdido sus anteojos.

—¡Usted no se meta en lo que no le importa! —oí gritar a uno de los sombreros verdes—. ¡Éste verá hoy lo que es bueno! ¡Ya era hora de que lo pescáramos!

Mi amigo, el señor Matzerath, preguntó, mientras yo me dirigía lentamente hacia Gerresheim, de qué crimen se acusaba a aquel pobre miope. La conversación tomó acto seguido un giro extraño. Bastó un par de frases para remontarnos a plena época de guerra o, mejor dicho, al primero de septiembre del año treinta y nueve, al iniciarse aquélla, y al cegato se le motejaba de guerrillero que habría defendido, contrariamente a la ley, el

edificio del Correo polaco. Lo formidable era que el señor Matzerath, que a la sazón contaría a lo sumo quince años, estaba al corriente y reconoció inclusive al miope, al que llamó Víctor Weluhn, un pobre cartero de giros postales que durante la refriega había perdido sus anteojos, huyó sin ellos y escapó de los esbirros, los cuales, sin embargo, no cejaron, sino que siguieron persiguiéndolo hasta el final de la guerra y aun después de ésta, exhibiendo un papel, una orden de fusilamiento extendida en el año treinta y nueve. ¡Al fin lo tenemos!, gritaba uno de los sombreros verdes, y el otro aseguraba que celebraba que la cosa hubiese llegado finalmente a término. Había tenido que sacrificar todo su tiempo libre, decía, inclusive sus vacaciones, para dar cumplimiento a una orden de fusilamiento que databa del año treinta y nueve; al fin y al cabo, él tenía otro oficio, era viajante y también su compañero tenía los problemas típicos de todo refugiado del este; había tenido que volver a empezar de nuevo, en tanto que en el este había sido propietario de un buen negocio de sastrería; pero ahora todo había terminado, y aquella misma noche, por fin, iba a ejecutarse la sentencia, con lo que el pasado quedaba definitivamente atrás —¡menos mal que hemos alcanzado todavía el último tranvía!

Así pues, me vi convertido contra mi voluntad en un conductor de tranvía que llevaba a un condenado a muerte y a sus dos verdugos, provistos de una orden de fusilamiento, a Gerresheim. Al llegar a la Plaza del Mercado del suburbio, desierta y ligeramente inclinada, tomé a la derecha, proponiéndome llevar el coche hasta la terminal, junto a la fábrica de vidrio, para descargar allí a los dos sombreros verdes y al Víctor miope y emprender con mi amigo el viaje de regreso. Tres paradas antes de la terminal, el señor Matzerath dejó el interior del coche y puso su cartera de negocios —en la que yo sabía que llevaba, en posición vertical, el tarro— allí donde aproximadamente los tranviarios profesionales suelen poner sus fiambreras.

—Hemos de salvarlo. ¡Es Víctor, el pobre Víctor! —al señor Matzerath se le veía manifiestamente agitado.

—¡No ha logrado todavía encontrar unos anteojos adecuados! ¡Es muy miope, lo fusilarán y él ni siquiera mirará en la dirección debida! —yo creía que los verdugos no llevaban armas. Pero al señor Matzerath las chaquetas rígidamente abultadas de los dos sombreros verdes le habían llamado la atención.

—Era cartero de giros postales en el Correo polaco de Danzig. Ahora ejerce el mismo oficio en el Correo federal. Pero después del cierre lo siguen persiguiendo, porque existe todavía la orden de fusilamiento.

Aunque por mi parte no comprendiera yo enteramente los razonamientos del señor Matzerath, le prometí, con todo, acompañarle en el fusilamiento y, de ser ello posible, evitarlo.

Detrás de la fábrica de vidrio, poco antes de los primeros huertos —de haber habido luna hubiera podido verse el jardín de mi madre con el manzano—, frené el tranvía y grité a los de dentro: —¡Terminal! ¡Todos abajo! —y los otros se dispusieron en seguida a obedecerme, con sus sombreros verdes de cinta negra. El miope volvió a tener dificultades con el estribo. Luego bajó el señor Matzerath, se sacó el tambor de debajo de la chaqueta y me rogó, al bajar, que tomara su cartera de negocios con el tarro.

Dejamos atrás el tranvía, que nos siguió iluminando por un buen trecho, y fuimos tras los pasos de los verdugos y la víctima.

Seguíamos los cercos de los huertos, y eso me fatigaba. Cuando los tres se detuvieron delante de nosotros, observé que habían escogido como lugar para la ejecución

el huerto de mi madre. El señor Matzerath no fue el único en protestar, sino que yo también lo secundé. Pero no nos hicieron el menor caso: derribaron el cerco, que por lo demás ya estaba carcomido, ataron al miope, al que el señor Matzerath llamaba el pobre Víctor, al manzano, debajo de mi horcadura, y, viendo que seguíamos protestando, volvieron a mostrarnos a la luz de sus lámparas de bolsillo la orden toda arrugada de fusilamiento firmada por un inspector de justicia en campaña llamado Zelewski. La fecha indicaba, según creo, Zoppot, 5 de octubre del treinta y nueve, y también los sellos concordaban, así que prácticamente nada podía hacerse. Ello no obstante, seguimos hablando de las Naciones Unidas, de la democracia, de la culpabilidad colectiva, de Adenauer, etcétera. Pero uno de los sombreros verde atajó todas nuestras objeciones diciendo que aquello no nos concernía, que no se había firmado todavía ningún tratado de paz, que él votaba lo mismo que nosotros por Adenauer, pero que, en cuanto a la orden, seguía conservando su validez; que ellos se habían dirigido con el papel a las instancias superiores y habían pedido consejo, y que no hacían, en fin de cuentas, más que cumplir con su maldito deber; que lo mejor que podíamos hacer era largarnos.

Pero no nos fuimos. Antes bien, cuando los sombreros verdes se desabrocharon sus gabardinas y sacaron las pistolas ametralladoras, el señor Matzerath se adaptó el tambor — en aquel momento, una luna casi llena, sólo ligeramente abollada, partió las nubes iluminando sus contornos como si fueran los bordes angulosos y metálicos de una lata de conservas— y sobre una lámina de hojalata parecida, aunque indemne, el señor Matzerath empezó a manejar los palillos en forma desesperada. Aquello sonaba extraño y, sin embargo, me parecía conocerlo. Sin cesar volvía a redondearse la letra O: ¡todo perdido, aún no perdido, no está perdido todo todavía. Polonia no está perdida todavía! Pero ésta era ya la voz del pobre Víctor, que se sabía el texto del ritmo del señor Matzerath: Mientras nos quede vida, Polonia no está perdida todavía. Y también los sombreros verdes parecían conocerlo, porque se estremecieron detrás de sus partes metálicas iluminadas por la luna, ya que aquella marcha que el señor Matzerath y el pobre Víctor entonaron en el huerto de mi madre hizo entrar en escena a la caballería polaca. Es posible que la luna contribuyera a ello, que el tambor, la luna y la voz quebrada del miope Víctor hicieran surgir del suelo tantos corceles y jinetes: retumbaban los cascos, resoplaban los ollares, tintineaban las espuelas, los potros relinchaban, ¡husa! ¡heisa!... mas no era nada: nada retumbaba, resoplaba, tintineaba, relinchaba, ni gritaba ¡husa! o ¡heisa!, sino que todo se iba deslizado en silencio sobre los campos cosechados de detrás de Gerresheim y era, sin embargo, un escuadrón de ulanos polacos, porque las banderolas de las lanzas ondeaban en rojo y blanco, como el tambor esmaltado del señor Matzerath; pero no ondeaban, sino que flotaban, lo mismo que el escuadrón entero, bajo la luna; venían posiblemente de ésta, flotaban, operaban una conversión a la izquierda, hacia nuestro huerto, flotando; aquello no parecía ser carne ni sangre: flotaba, fantasmagórico, como de juguete, comparable tal vez a aquellos monigotes que el enfermero del señor Matzerath anuda con cordeles. Una caballería polaca anudada, sin ruido y, sin embargo, retumbante; sin carne, sin sangre y, no obstante, polaca y a galope tendido hacia nosotros, que nos echamos al suelo y dejamos pasar sobre nosotros la luna y el escuadrón polaco; y cayeron también sobre el huerto de mi madre y sobre todos los demás huertos bien cuidados, pero sin arrasar nada, sino que sólo se llevaron al pobre Víctor y a los dos verdugos, y se perdieron a campo abierto bajo la luna —perdidos, aún no perdidos, cabalgando hacia el este, hacia Polonia, tras la luna.

Esperamos, jadeantes, hasta que la noche se calmara, hasta que el cielo se cerrara y suprimiera aquella luz, sola capaz de convencer para un supremo ataque a aquella caballería desde hacía tanto putrefacta. Me levanté primero y felicité al señor Matzerath,

aunque no subestimara la influencia de la luna, por su gran éxito. Pero él hizo con la mano, fatigado y deprimido, un ademán desdeñoso: —¿Éxito, querido Godofredo? Ya estoy saturado de éxito. Me gustaría por una vez no tenerlo. Pero eso es difícil y requiere un tremendo esfuerzo.

A mí este comentario no me gustó, porque soy hombre laborioso y nunca tengo éxito. El señor Matzerath me pareció desagradecido, y así se lo dije: —¡Eres presuntuoso, Óscar! —me atreví a decirle, porque entonces ya nos tuteábamos—. Todos los periódicos están llenos de ti. Te has hecho un nombre. Y más vale no hablar del dinero. Pero, ¿crees tú acaso que sea fácil para mí, al que ningún periódico nombra, aguantar a tu lado, al lado del que todo el mundo celebra? ¡Cuánto daría por realizar alguna vez, una sola vez y completamente solo, una hazaña única, como ésta que tú acabas de realizar ahora y que llevara mi nombre, en letras de molde, a los periódicos: Ésto lo ha hecho Godofredo Vittlar!

La carcajada del señor Matzerath me molestó. Estaba tendido boca arriba, escarbaba en la tierra suelta un lecho para su joroba, arrancaba la hierba con ambas manos, echaba los puñados al aire y se reía cual un dios inhumano que todo lo puede: —¡Mi querido amigo, nada más fácil! ¡Toma, aquí tienes mi cartera de negocios! Fue un milagro que no cayera bajo los cascos de la caballería polaca. Te la regalo, y ya sabes que contiene el tarro con el anular. ¡Tómalo todo y ve corriendo a Gerresheim, allí está parado todavía el tranvía iluminado, sube y condúctete a ti y mi regalo a la Jefatura de Policía, en dirección del Fürstenwall, presenta la denuncia y ya mañana verás tu nombre deletreado en todos los periódicos!

Al principio rechacé la proposición, alegando que sin duda él no podría vivir sin el dedo del tarro. Pero él me tranquilizó, diciendo que, en el fondo, toda aquella historia del dedo ya le causaba náuseas y que, por lo demás, poseía varios modelos en yeso e inclusive había encargado que le hicieran uno de oro; que me decidiera, pues, de una vez a tomar la cartera, me fuera al tranvía y presentara la denuncia a la policía.

Me fui, pues, y por mucho rato seguí oyendo reír al señor mientras yo me dirigía hacia la ciudad tocando la campanilla del tranvía, él quería someterse a la influencia de la noche, arrancar la hierba y seguir riendo. A mí, en cambio, gracias a la bondad del señor Matzerath, la denuncia —no la presenté hasta la mañana siguiente— me ha llevado varias veces a los periódicos.

Por mi parte, yo, el bondadoso señor Matzerath, estuve tendido toda la noche, riendo a carcajadas, en la hierba oscura detrás de Gerresheim; me revolqué muerto de risa bajo las pocas severas estrellas visibles, escarbé para mi joroba un lecho tibio en la madre tierra, y me decía: Duerme, Óscar, duerme una horita, antes de que despierte la policía. Ya nunca más volverás a estar tendido tan libremente bajo la luna.

Y cuando desperté, observé, antes de que pudiera observar nada, que era de día y que algo, alguien, me lamía la cara: era algo tibio, rugoso, regular y húmedo.

¿Sería ya la policía, avisada por Vittlar, que había venido y me estaba despertando a lametones? De todos modos, no quise abrir los ojos inmediatamente, sino que dejé que aquella cosa tibia, rugosa, regular y húmeda me fuera lamiendo y dándome placer, siéndome por lo demás indiferente quién me lamiera: será la policía, conjeturaba Óscar, o una vaca. Y fue sólo entonces cuando abrí mis ojos azules.

Era negra con manchas blancas, estaba tendida a mi lado y respiraba y me lamía hasta que abrí los ojos. Ya había abierto plenamente el día, de nublado a sereno, y me dije: Óscar, no te quedes aquí con esta vaca, por muy celestial que sea su mirada y por mucho que, con su lengua rugosa, tranquilice y reduzca tu memoria. Ya es de día, las moscas zumban y tú tienes que emprender la fuga. Vittlar te denuncia y, por consiguiente, tienes que huir. Una denuncia auténtica necesita una fuga auténtica. Deja mugir la vaca y huye. Te alcanzarán aquí o allá, pero eso no te importa.

Empecé pues la fuga, lamido, lavado y peinado por una vaca. A los pocos pasos me dio un ataque de risa matutino y transparente. Dejé mi tambor junto a la vaca, que permaneció tendida y mugiendo, y me fugué sin contener la risa.

Treinta

¡Ah, sí, la fuga! Es lo que me queda por contar. Huí para reforzar el valor de la denuncia de Vittlar. No hay fuga sin objetivo fijo, me dije. ¿A dónde piensas huir, Óscar?, me pregunté. Las condiciones políticas, el llamado Telón de Acero, me impedían una fuga hacia el este. Así pues, hube de borrar de la lista de objetivos las cuatro faldas de mi abuela Ana Koljaiczek, que aun hoy siguen hinchándose protectoras en los campos de patatas cachubas, pese a que me dijera que la única fuga con probabilidades de éxito era —si es que de fuga se trataba— la fuga en dirección de las faldas de mi abuela.

Dicho sea de paso, celebro hoy mi trigésimo aniversario. A los treinta está uno obligado a hablar del tema fuga como un hombre y no como un mozalbeta. María, al traerme el pastel con las treinta velas, me ha dicho: —Ya tienes treinta años, Óscar. Es hora de que vayas entrando en razón.

Klepp, mi amigo Klepp, me ha regalado, como siempre, discos de música de jazz, y ha necesitado cinco cerillas para encender las treinta velas de mi pastel de cumpleaños: — ¡La vida empieza a los treinta! —ha dicho. Él sólo cuenta veintinueve.

Vittlar, en cambio, mi amigo Godofredo, que es el que me queda más cerca del corazón, me ha regalado dulces e, inclinándose sobre la barandilla de mi cama, me ha dicho con su voz gangosa: —Cuando Jesús cumplió treinta años, se puso en marcha y se rodeó de discípulos.

A Vittlar siempre le ha gustado confundirme. Tengo que abandonar mi cama y buscar discípulos, sólo porque he cumplido treinta años. Luego ha venido mi abogado, agitando un papel, me ha felicitado con su voz de trombón, ha colgado su sombrero de nylon al pie de la cama y nos ha anunciado, a mí y a todos mis invitados: —Esto es lo que llamo yo una feliz coincidencia. Mi cliente celebra su trigésimo aniversario y, precisamente, el día de su trigésimo aniversario recibo la noticia de que se va a revisar el proceso del anular, pues se ha encontrado una nueva pista, aquella señorita Beata, saben ustedes...

Así, lo que he venido temiendo desde hace años, lo que temo desde mi huida, se anuncia hoy, en que cumplo treinta años; se da con el verdadero culpable, se empieza de nuevo el proceso, se me absuelve, se me da de alta del sanatorio, se me arrebatan mi dulce cama, se me pone en la calle, fría y expuesta a todos los vientos, y se obliga a un Óscar de treinta años a juntar discípulos en torno a él y su tambor.

Así que fue la señorita Beata la que, amarilla de celos, hubo de asesinar a mi señorita Dorotea.

Tal vez ustedes lo recuerden todavía. Había allí un doctor Werner, el cual, como suele ocurrir tan a menudo en el cine y en la vida, se hallaba entre las dos enfermeras. Una fea historia: Beata estaba enamorada de Werner, pero Werner estaba enamorado de Dorotea, en tanto que Dorotea, por su parte, no estaba enamorada de nadie o, a lo sumo, en secreto, del pequeño Óscar. En esto Werner cayó enfermo. Dorotea lo cuidaba, porque estaba en su sección. Pero como esto no podía contemplarlo ni tolerarlo Beata, habría invitado a Dorotea a un paseo y, en un campo de centeno cerca de Gerresheim, hubo de matarla o, mejor dicho, de eliminarla. Ahora Beata podía cuidar sin estorbo a Werner. Parece ser, sin embargo, que lo cuidó de tal modo que no sólo no se curó, sino al contrario. Es posible que la enfermera enamorada se dijera: Mientras siga enfermo, me pertenece. ¿Dióle acaso demasiadas medicinas? ¿Dióle medicinas contraindicadas? El caso es que, fuesen muchas o impropias, el doctor Werner falleció. Pero ante el tribunal Beata no confesó que hubiesen sido demasiadas ni impropias, ni tampoco aquel paseo al campo de centeno que había de ser el último paseo de la señorita Dorotea. En cuanto a Óscar, que tampoco confesó nada pero poseía un pequeño dedo acusador dentro de un tarro, lo condenaron a causa del campo de centeno; sin embargo, considerando que no estaba en sus cabales, lo internaron, para su observación, en un sanatorio. No obstante, antes de que lo condenaran e internaran, Óscar huyó, porque con mi fuga quería yo reforzar considerablemente el valor de la denuncia presentada por mi amigo Godofredo.

Cuando huí contaba yo veintiocho años. Y hace sólo unas pocas horas ardían todavía en torno de mi pastel de cumpleaños treinta velas que se iban derritiendo gota a gota. También entonces, cuando huí, estábamos en septiembre. Nací bajo el signo de la Virgen. Pero no me propongo hablar aquí de mi nacimiento bajo las bombillas, sino de mi fuga.

Puesto que, como ya queda dicho, el camino del este y de mi abuela me estaba vedado, me vi obligado, como le ocurre ahora a todo el mundo, a huir en dirección oeste. Si por causa de la alta política no puedes huir hacia tu abuela, Óscar, entonces huye hacia tu abuelo, que vive en Buffalo, en los Estados Unidos: veamos hasta dónde llegas.

Lo de mi abuelo Koljaiczek en América ocurrióseme ya mientras la vaca me lamía en aquel prado detrás de Gerresheim y yo no abría los ojos todavía. Eso debió de ser hacia las siete de la mañana, así que me dije: a las ocho abren los comercios. Me fui riendo, dejé el tambor junto a la vaca y me dije: Godofredo estaba cansado; es posible que no presente la denuncia hasta las ocho o las ocho y media; aprovecha esta ventajilla. Necesité diez minutos para encontrar un teléfono y llamar un taxi desde el suburbio soñoliento de Gerresheim. El taxi me llevó a la Estación Central. Durante el trayecto conté mi dinero, pero me equivoqué varias veces, porque siempre volvía sobre mí la risa matutina y transparente. Luego hojeé mi pasaporte y, gracias a la previsión de la agencia de conciertos «Oeste», encontré en él un visado válido para Francia y uno para los Estados Unidos. Siempre había sido el deseo predilecto del doctor Dösch regalar a dichos países con una gira del tambor Óscar.

Voilà, me dije, huyamos a París: eso está bien, se oye bien y podría ocurrir en una película con Gabin, que me persigue fumando bonachonamente la pipa. Pero, ¿quién representaría mi papel? ¿Chaplin? ¿Picasso? Riendo y excitado por estos pensamientos de fuga, seguía yo dándome con la mano en el pantalón ligeramente ajado cuando el taxista me pedía ya siete marcos. Pagué y desayuné en el restaurant de la estación. Al lado del huevo pasado por agua tenía yo el horario de los Ferrocarriles Federales, encontré un tren favorable, tuve tiempo todavía después del desayuno de proveerme de divisas, me compré

asimismo una maletita de piel fina, llénela, pues temía el retorno a la Jülicherstrasse, con camisas caras pero mal adaptadas a mi figura, metí además un pijama verde pálido, un cepillo de dientes y un dentífrico y, comoquiera que no necesitaba ahorrar, tomé un billete de primera, y al poco tiempo instalábame cómodamente en un asiento acojinado junto a la ventanilla. Huía, pero sin prisas. Los cojines favorecían mis reflexiones. Tan pronto como el tren partió, salió de la estación y comenzó la fuga, Óscar se puso a pensar en algo que pudiera asustarlo, ya que no hay fuga sin temor. Pero, ¿qué puedes ya temer tú, Óscar, y qué puede inducirte a huir, si la propia policía no te provoca otra cosa que una risa matutina y transparente?

Hoy tengo treinta años; la fuga y el proceso quedan atrás. Pero el miedo que durante la fuga yo mismo me inculqué sigue subsistiendo.

¿Fue el zumbar de los rieles o fue la tonadilla del tren? La letra se me pegaba monótona, hasta que me di cuenta poco antes de llegar a Aquisgrán; se apoderó de mí, que me hallaba sumido en los cojines de primera clase, y subsistió después de Aquisgrán — pasamos la frontera aproximadamente a las diez y media— en forma cada vez más clara y terrible, a tal punto que me alegré cuando los aduaneros vinieron a distraerme. Mostraron más interés por mi joroba que por mi nombre o por mi pasaporte, y yo me dije: ¡ese Vittlar, qué dormilón! Son casi las once y no ha ido todavía con el tarro a la policía, en tanto que, por su causa, yo me encuentro desde muy temprano en plan de fuga y me estoy inculcando miedo, para que la fuga tenga también un motor. ¡Qué miedo me entró en Bélgica, cuando el tren iba cantando: ¿Está la Bruja Negra ahí? ¡Sí, sí, sí! ¿Está la Bruja Negra ahí? ¡Sí, sí, sí!

Hoy tengo treinta años, y ahora, por virtud de la revisión del proceso y de la probable sentencia absolutoria, voy a tener que viajar y exponerme en trenes y tranvías a la letra: ¿Está la Bruja Negra ahí? ¡sí, sí, sí!

Sin embargo, y prescindiendo de mi miedo a una Bruja Negra cuya terrible aparición esperaba yo en cada estación, el viaje fue bonito. Me quedé solo en mi compartimiento —tal vez ella estaba sentada en el contiguo—, conocía a aduaneros belgas y luego franceses, me dormía de vez en cuando por unos minutos, despertaba a continuación con un grito, hojeaba —para no estar sólo a merced de la Bruja Negra— el último número del *Spiegel*, que había comprado todavía en Düsseldorf desde la ventanilla; admirábame una vez más de los vastos conocimientos de los periodistas, hallé inclusive un comentario acerca de mi empresario, el doctor Dösch de la agencia «Oeste», y vi confirmado allí lo que ya sabía, o sea: que la agencia de Dösch contaba con un solo pilar, el Tambor Óscar —una excelente foto mía. Y así, hasta poco antes de llegar a París, el pilar Óscar se representó el hundimiento de la agencia de conciertos «Oeste», que mi detención y la aparición terrible de la Bruja Negra habían necesariamente de acarrear.

Nunca en mi vida había temido yo a la Bruja Negra. No fue sino durante la fuga, cuando yo mismo quise meterme miedo, cuando se me metió bajo la piel y allí se me fijó, aunque durmiendo por lo regular, hasta el día de hoy, en que celebro mi trigésimo aniversario, y adopta figuras diversas. Así, por ejemplo, puede ser la palabra Goethe la que me haga gritar y meterme temeroso bajo la colcha. Por mucho que ya de pequeño estudiara yo al príncipe de los poetas, su serenidad olímpica siempre me inspiró cierto miedo. Y si hoy, disfrazado de negro y de bruja, y no ya claro y clásico, sino más tenebroso que Rasputín, se presenta ante mi cama de barrotes y en ocasión de mi trigésimo aniversario me pregunta: —¿Está la Bruja Negra ahí? —me invade un gran miedo.

¡Sí, sí, sí!, iba cantando el tren que llevaba al fugitivo Óscar hacia París. En realidad, yo esperaba ya encontrarme a los funcionarios de la policía internacional en la Estación del Norte —en la Gare du Nord, como dicen los franceses—, pero el único que allí me interpelló fue un mozo de cuerda con un olor tan fuerte a vino tinto, que ni con la mejor voluntad pude yo tomarlo por la Bruja Negra. Le entregué mi maletita con toda confianza y dejé que me la llevara hasta cerca de la barrera de control. Pensaba: los funcionarios y la Bruja Negra se habrán querido ahorrar el billete de andén y te esperan y te detendrán al otro lado de la barrera. Harás bien, pues, en cargar tú mismo con tu maletita antes de llegar al control. Y en esta forma hube de arrastrarla yo mismo hasta el metro, porque ni siquiera los funcionarios estaban allí para descargarme de mi equipaje.

No voy a extenderme en comentarios acerca del olor, mundialmente conocido, del metro de París. Este perfume, según lo he leído últimamente, está a la venta, y uno puede rociarse con él. Lo que me llamó la atención fue, primero, que el metro, lo mismo que el tren, aunque con distinto ritmo, preguntara por la Bruja Negra y, segundo, que todos los pasajeros parecieran conocer y temer, como yo, a la bruja, porque a mi alrededor todos ellos respiraban igualmente pánico y angustia. Mi plan era llegar en el metro hasta la Puerta de Italia y tomar allí un taxi que me llevara al aeropuerto de Orly; la detención, ya que no había tenido lugar en la Estación del Norte, se me antojaba particularmente graciosa y original en el famoso aeropuerto de Orly, con la bruja de stewardess. Tuve que hacer un trasbordo, me alegré que mi maleta fuera ligera. Luego me dejé llevar por el metro en dirección del sur, e iba pensando: ¿dónde vas a bajarte, Óscar? ¡Dios mío, cuántas cosas pueden ocurrir en un solo día! Esta mañana estabas todavía algo atrás de Gerresheim, una vaca te lamía, tú estabas alegre y contento, y he aquí que ahora estás en París. ¿Dónde vas a bajarte, dónde te va a salir al encuentro, negra y terrible? ¿En la Plaza de Italia o en la Puerta?

Me bajé una estación antes de la Puerta, en Maison Blanche, porque me decía: ellos piensan, naturalmente, que tú piensas que ellos estarán en la Puerta. Pero la bruja, en cambio, sabe perfectamente lo que yo pienso y lo que piensan ellos. Por otra parte ya estaba yo hartado. La fuga y el fatigoso mantenimiento del miedo me cansaban. Y Óscar ya no quería ir al aeropuerto de Orly, sino que Maison Blanche le parecía mucho más original, lo que los hechos habían de confirmar; porque dicha estación cuenta con una escalera mecánica que había de encenderme el ánimo y recordarme, con su traqueteo, lo de: ¿Está la Bruja Negra ahí? ¡Sí, sí, sí!

Óscar experimenta cierto embarazo. Su huida se acerca a su término y con ella termina también su relato: ¿será la escalera mecánica de la estación del metro de Maison Blanche lo bastante alta, empinada y simbólica para proporcionar un adecuado cuadro final a sus descripciones?

Recurro aquí de nuevo a la fecha que hoy celebro. A título de final, puedo ofrecer mi trigésimo aniversario a todos aquellos a los que la escalera mecánica les resulta demasiado ruidosa y a los que la Bruja Negra no les inspira miedo alguno. Porque, ¿no es acaso el trigésimo aniversario el más significativo de todos los aniversarios? Contiene el tres y permite adivinar los sesenta, aunque los hace superfluos. Mientras esta mañana las treinta velas ardían alrededor de mi pastel de aniversario, hubiera podido llorar de alegría y entusiasmo, pero me he contenido por causa de María: porque a los treinta años ya no se debe llorar.

Cuando me vi arrastrado por el primer peldaño de la escalera mecánica —suponiendo que en el caso de una escalera mecánica pueda hablarse de un primer

peldaño—, rompí a reír. A pesar del miedo, o quizá por el miedo. Iba subiendo empinada y lentamente; y ellos estaban arriba. Daba tiempo todavía para medio cigarrillo. Dos peldaños más arriba, una pareja desenvuelta se besuqueaba. Un peldaño más abajo, una señora anciana, de la que al principio sospeché sin motivo que podría ser la Bruja Negra. Llevaba un sombrero cuyos adornos representaban frutos. Mientras fumaba, se me iban ocurriendo —esforzábame en tal sentido— toda clase de pensamientos relacionados con la escalera mecánica: Primero, Óscar representa el papel de Dante que regresa del Infierno, y arriba, allí donde termina la escalera, lo esperan los corresponsales permanentes del *Spiegel* y le preguntan: —Bueno, Dante, ¿y qué tal, allá abajo? —El mismo juego lo repetí cual Goethe, el príncipe de los poetas, y dejé que la gente del *Spiegel* me preguntara cómo me había ido, allá abajo, con las Madres. Finalmente ya tenía bastante de poetas y me dije: allá arriba no están los corresponsales del *Spiegel* ni aquellos señores con las chapas de metal en los bolsillos; quien está ahí es la Bruja Negra; la escalera mecánica traquetea: ¿Está la Bruja Negra ahí?, y Óscar respondió: —¡Sí, sí, sí!

Al lado de la escalera mecánica había además la escalera normal. Ésta llevaba a la estación del metro, hacia abajo, a los peatones de la calle. Afuera debía de estar lloviendo. La gente iba mojada. Esto me preocupó, porque en Düsseldorf ya no me había dado tiempo de comprarme un impermeable. Sin embargo, con una mirada hacia arriba Óscar vio que aquellos señores de las caras llamativas que no querían llamar la atención llevaban todos paraguas de paisano —lo que, sin embargo, no ponía en modo alguno en cuestión la existencia de la Bruja Negra.

¿Cómo voy a dirigirme a ellos?, preocupábame yo, mientras saboreaba el lento fumar de un cigarrillo sobre una escalera mecánica que iba elevando lentamente los sentimientos y enriqueciendo la experiencia: sobre una escalera mecánica uno se hace más joven; sobre una escalera mecánica uno envejece más. Quedábame la elección entre dejar la escalera como rapaz de tres años o cual sexagenario, entre presentarme a la policía internacional como niño pequeño o cual anciano, entre temer a la Bruja Negra en aquella o en esta edad.

Debe de ser ya muy tarde. Mi cama metálica parece muy fatigada. Y también mi enfermero Bruno ha aplicado ya dos veces su ojo castaño preocupado a la mirilla. Aquí, bajo la acuarela de las anémonas, queda el pastel intacto con las treinta velas. Probablemente María está ya durmiendo. Alguien, creo que Gusta, la hermana de María, me ha deseado felicidad en los próximos treinta años. María goza de un sueño envidiable. Pero, ¿qué fue lo que me deseó mi hijo Kurt, estudiante del Instituto, alumno modelo y primero de su clase, en mi aniversario? Cuando María duerme, duermen también los muebles a su alrededor. ¡Ah, ya sé!: el pequeño Kurt me ha deseado que me alivie. Y yo, por mi parte me deseo una rebanada del sueño de María, porque estoy cansado y apenas encuentro las palabras. La joven esposa de Klepp ha compuesto a cuenta de mi joroba un pequeño poema natalicio tan tonto como bien intencionado. También el Príncipe Eugenio era deforme, lo que no le impidió conquistar la ciudad y la fortaleza de Belgrado. María habría de comprender finalmente que una joroba trae suerte. También el Príncipe Eugenio tenía dos padres. Ahora tengo treinta años, pero mi joroba es más joven. Luis XIV fue uno de los presuntos padres del Príncipe Eugenio. Antes, ocurría con frecuencia que bellas mujeres me tocaran la joroba en la calle, porque eso trae suerte. El Príncipe Eugenio era deforme y por ello murió de muerte natural. Si Jesús hubiera sido jorobado, difícilmente lo habrían crucificado. ¿Debo ahora realmente, sólo porque tengo treinta años, salir al mundo y rodearme de discípulos?

Y sin embargo, todo aquello no era más que una ocurrencia inspirada por la escalera mecánica. Ésta me iba llevando cada vez más arriba. Delante y arriba de mí, la pareja desenfadada. Detrás y más abajo, la señora anciana con su sombrero. Afuera llovía, y arriba, muy arriba, estaban los señores de la policía internacional. Listones de madera recubrían los peldaños de la escalera mecánica. Cuando se está sobre una escalera mecánica, hay que volver a pensarlo todo: ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Qué quieres? Sentíame invadir de olores: la vainilla de María en su juventud; el aceite de las sardinas que mi pobre mamá calentó y se bebió caliente hasta que ella misma se enfrió y fue a dar con su cuerpo bajo tierra; Jan Bronski, que derrochaba agua de Colonia y, ello no obstante, en todos sus trajes exhalaba siempre un olor de muerte precoz; la bodega del verdulero Greff, que olía a patatas de invierno, y, nuevamente, el olor de las esponjas secas de las pizarras de los alumnos de primer año. Y mi Rosvita, que olía a canela y nuez moscada. Cuando el señor Fajngold esparcía sobre mi fiebre sus desinfectantes, nadaba yo en una nube de ácido fénico. ¡Ah!, y el catolicismo de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, todos aquellos vestidos sin airear, el polvo frío, y yo, ante el altar lateral izquierdo, prestando mi tambor, ¿a quién?

Y sin embargo, todo aquello no era más que una ocurrencia inspirada por la escalera mecánica. Hoy quieren clavarme, y me dicen: Tienes treinta años. Por consiguiente, has de buscar discípulos. Acuérdate de lo que dijiste cuando te detuvieron. Cuenta las velas alrededor de tu pastel de aniversario, abandona tu cama y reúne tus discípulos. ¡Por lo demás, los treinta años ofrecen tantas posibilidades! Así, por ejemplo, en caso de que realmente me expulsen del sanatorio, podría yo hacerle a María una nueva proposición de matrimonio. Hoy cuento decididamente con más probabilidades para ello. Óscar le ha montado el negocio, ya se sabe, y sigue además ganando buen dinero con sus discos; por otra parte, ha madurado y se ha hecho más hombre en este tiempo. ¡Treinta años es una buena edad para casarse! O bien puedo permanecer soltero, elijo uno de mis oficios, me compro una buena cantera de caliza conchífera, contrato marmolistas y sirvo directamente, de la cantera al edificio. ¡Treinta años es una buena edad para labrarse un porvenir! O bien —en caso de que a la larga las piezas prefabricadas para las fachadas lleguen a fastidiarme—, voy a buscar a la musa Ulla y sirvo con ella y a su lado de modelo inspirador de las bellas artes. Y aun es posible que algún día me case con ella, con la musa que tan a menudo y tan brevemente se promete. ¡Treinta años es una buena edad para casarse! O bien, si me canso de Europa, emigro: América, Buffalo, mi sueño de siempre, y busco a mi abuelo, el millonario y ex incendiario Joe Colchic, antes José Koljaiczek. ¡Treinta años es una buena edad para hacerse sedentario! O bien cedo, me dejo clavar, me lanzo al mundo, sólo porque tengo treinta años, imito para ellos al Mesías que se empeñan en ver en mí y, contra mi propia convicción, hago de mi tambor más de lo que representa: lo convierto en símbolo y fundo una secta, un partido o cuando menos una logia.

Pese a la pareja amorosa de delante y a la señora con sombrero de detrás, estas ideas se me ocurrieron en la escalera mecánica. ¿Dije ya que la pareja estaba dos peldaños, no uno, arriba de mí y que en el peldaño de en medio coloqué yo mi maletita? La gente joven es en Francia muy peculiar. Así, por ejemplo, mientras la escalera mecánica nos iba llevando a todos hacia arriba, ella le desabrochó la chaqueta de piel y luego la camisa y empezó a manosearle su piel masculina de dieciocho años. Y procedía en ello con tanta solicitud y con unos movimientos tan prácticos y tan totalmente desprovistos de todo erotismo, que hubo de asaltarme la sospecha de que aquella pareja estaba oficialmente subvencionada para exhibir en plena calle el ardor amoroso, a fin de que la metrópoli francesa no pierda su reputación. Pero cuando vi que, pese a todo, la pareja se besaba,

entonces mi sospecha se desvaneció: él estuvo a punto de asfixiarse con la lengua de la muchacha y, cuando yo apagué mi cigarrillo para no presentarme fumando a los funcionarios judiciales, él seguía presa de un ataque convulsivo de tos. En cuanto a la señora anciana abajo de mí y de su sombrero —quiero decir que el sombrero quedaba a mi altura, porque mi talla compensaba la diferencia de los dos peldaños de la escalera—, no hacía nada de particular, aunque murmurara un poco y refunfuñara, lo que, después de todo, hacen muchos viejos en París. El pasamanos de la escalera mecánica iba subiendo con nosotros. Podía ponerse la mano encima y dejarla subir con uno. Es lo que habría hecho, si en ocasión del viaje hubiera llevado unos guantes conmigo. Los azulejos de la caja de la escalera reflejaban cada uno una gotita de luz eléctrica. Unos tubos y unos haces de cables ventrudos acompañaban, en color crema, nuestra ascensión. Y no porque la escalera hiciera un ruido de todos los demonios; pese a su carácter mecánico, se comportaba más bien campechanamente. No obstante el renqueante estribillo de la terrible Bruja Negra, la estación del metro de Maison Blanche se me antojaba familiar y casi comfortable. Me sentía en aquella escalera mecánica como en mi propia casa y, por encima del miedo y del terror infantil, me hubiera considerado feliz si la escalera hubiera llevado conmigo, hacia arriba, en lugar de toda aquella gente que me era totalmente ajena, a mis amigos y parientes vivos y muertos: a mi pobre mamá entre Matzerath y Jan Bronski, al ratón con canas, mamá Truczinski, con sus hijos Heriberto, Gusta, Fritz y María, al verdulero Greff y su Lina desaseada y, naturalmente también, al maestro Bebra y a la grácil Rosvita: a todos los que enmarcaban mi existencia dudosa o habían naufragado en ella. En tanto que allá arriba, allá donde a la escalera se le acababa el aliento, hubiera yo preferido encontrar, en lugar de los agentes de la policía criminal, lo contrario de la terrible Bruja Negra, a saber: a mi abuela Ana Koljaiczek esperándome como una montaña en reposo y tomándonos, a mí y a mi escolta, bajo sus faldas, y acogiéndonos en la montaña después de una feliz ascensión.

Pero es el caso que lo que había allí eran dos señores que no llevaban faldas acampanadas, sino unos impermeables de corte americano. También hube de confesarme hacia el final de la ascensión, sonriendo con los diez dedos de los pies en mis zapatos, que la pareja amorosa desenvuelta, arriba de mí, y la vieja señora rezongona, más abajo, no eran sino simples agentes de la policía.

¿Qué más diré? Nací bajo bombillas, interrumpí deliberadamente el crecimiento a los tres años, recibí un tambor, rompí vidrio con la voz, olfateé vainilla, tosí en iglesias, nutrí a Lucía, observé hormigas, decidí crecer, enterré el tambor, huí a Occidente, perdí el Oriente, aprendí el oficio de marmolista, posé como modelo, volví al tambor e inspeccioné cemento, gané dinero y guardé un dedo, regalé el dedo y huí riendo; ascendí, fui detenido, condenado, internado, saldré absuelto; y hoy celebro mi trigésimo aniversario y me sigue asustando la Bruja Negra. —Amén.

Dejé caer el cigarrillo apagado. Fue a parar a las planchas de la escalera eléctrica. Después de haber ascendido por algún tiempo en dirección del cielo en un ángulo de pendiente de cuarenta y cinco grados, Óscar fue llevado todavía, en sentido horizontal, cosa de unos tres pasitos más allá y, después de la desenvuelta pareja amorosa policíaca y antes de la abuela—policía, se dejó empujar de la parrilla de madera de la escalera ascendente a una parrilla fija de hierro, y, cuando los agentes de policía criminal se hubieron identificado y le hubieron llamado Matzerath, dijo, siguiendo aquella ocurrencia de la escalera mecánica, primero en alemán: «Ich bin Jesús!». Luego, como se hallaba en presencia de la policía internacional, lo repitió en francés y, finalmente, en inglés: «I am Jesús!»

A pesar de ello, me arrestaron en calidad de Óscar Matzerath. Sin oponer resistencia me confié a la custodia y, comoquiera que afuera, en la Avenida de Italia, llovía, a los paraguas de la policía criminal, sin por ello dejar de mirar intranquilo a mi alrededor, buscando a la Bruja Negra, a la que inclusive vi varias veces —esto entra en sus tácticas— entre la muchedumbre de la avenida y, con su mirada terriblemente tranquila, en el apiñamiento del coche de la policía.

Ahora ya no me quedan palabras y, sin embargo, he de reflexionar todavía acerca de lo que Óscar piensa hacer una vez que lo hayan dado de alta del sanatorio, lo que parece inevitable. ¿Casarse? ¿Seguir soltero? ¿Emigrar? ¿Comprar una cantera? ¿Buscar discípulos? ¿Fundar una secta?

Todas estas posibilidades, que son las que hoy en día se le ofrecen a uno a los treinta años, merecen ser examinadas. Pero, ¿examinadas con qué, si no con mi tambor? Así pues, voy a ejecutar con mi tambor esa cancioncilla que se me va haciendo cada vez más viva y angustiosa y voy a invocar y consultar a la Bruja Negra, para poder anunciarle mañana a mi enfermero Bruno la clase de existencia que Óscar piensa llevar en adelante, a la sombra de su miedo infantil que se le va haciendo cada vez más negro. Porque lo que antaño me asustaba en las escaleras, lo que en la bodega al ir a buscar el carbón hacía ¡buh! —¡me daba risa!—, había estado siempre presente: hablando con los dedos, tosiendo a través del ojo de la cerradura, suspirando en la estufa, chirriando con la puerta, saliendo en nubes por las chimeneas; cuando los barcos hacían sonar la sirena en la niebla o cuando una mosca se iba muriendo por espacio de varias horas entre los vidrios dobles de la ventana, o también cuando las anguilas tenían ganas de mi mamá y mi pobre mamá de las anguilas, cuando el sol desaparecía tras el cerro de la torre y vivía para sí —¡ámbar! ¿En quién pensaba Heriberto cuando asaltó la madera? Y también tras el altar mayor— ¿qué sería, en efecto, el catolicismo sin la bruja que ennegrece todos los confesonarios? Ella es la que proyectaba su sombra cuando se rompía el juguete de Segismundo Markus; y los rapaces del patio del edificio de alquiler, Axel Mischke y Nuchy Eyke, Susi Kater y el pequeño Hans Kollin, ellos lo decían y lo contaban, al cocer su sopa de ladrillos: «¿Está la Bruja Negra ahí? ¡Sí, sí, sí!» La culpa es tuya y nada más que tuya. ¿Está la Bruja Negra ahí?... Desde siempre había estado ahí, inclusive en el polvo efervescente Waldmeister, por muy inocente que fuera su verde espuma; en todos los armarios en que entonces me acurrucaba, acurrucábase ella también, y más adelante tomó prestada la cara triangular de raposa de Lucía Rennwand y devoraba emparedados de salchicha y llevó a los Curtidores al trampolín —no quedó más que Óscar, que contemplaba las hormigas y sabía: ésta es su sombra, que se ha multiplicado y busca el azúcar. Y todas aquellas palabras: bendita, dolorosa, bienaventurada, virgen entre vírgenes... y todas aquellas piedras: basalto, toba, diabasa, nidos en la caliza conchífera, alabastro, tan blando... y todo el vidrio roto con la voz, vidrio transparente, vidrio fino como el aliento... y los comestibles: harina y azúcar en cucuruchos de a libra y media libra. Más adelante, cuatro gatos, uno de los cuales se llamaba Bismarck, el muro que hubo que enjalbegar de nuevo, los polacos empeñados en morir, así como los comunicados especiales, quién hundía y qué, las patatas que caían rodando de la báscula, lo que se afina hacia el pie, los cementerios en los que estuve, las baldosas sobre las que me arrodillé, las fibras de coco sobre las que me tendí... todo lo vertido en el cemento, el jugo de las cebollas que arranca lágrimas, el anillo en el dedo y la vaca que me lamió... ¡No preguntéis a Óscar quién es! Ya no le quedan palabras. Porque lo que antaño se sentaba en mi espalda y besó mi joroba, ahora se me aparece por delante y para siempre:

Negra, la Bruja Negra estuvo siempre detrás de mí.

*Ahora también se me aparece por delante ¡negra!
Vuelve al revés el manto y la palabra ¡negra!
Me paga con dinero negro ¡negra!
Mientras los niños cantan y no cantan:
¿Está la Bruja Negra ahí? ¡Sí, sí, sí!*

Günter Grass

OJEADA RETROSPECTIVA A *EL TAMBOR DE HOJALATA*
O EL AUTOR COMO TESTIGO DUDOSO



En la primavera y el verano de 1952 hice un viaje en auto-stop por toda Francia. Vivía del aire, dibujaba en papel de envolver y escribía incesantemente: me había entrado la diarrea del lenguaje. Además de unos cantos bastante imitativos —creo— sobre el difunto timonel Palinuro, surgió un poema largo y proliferante, en el que Óscar Matzerath, antes de que se llamara así, aparecía como santo estilista.

Un joven, existencialista, como imponía la moda de entonces. Albañil de profesión. Vivía en nuestra época. Rebelde e instruido más bien al azar, no escatimaba las citas. Antes incluso de que el bienestar llegara, estaba harto de tanto bienestar: totalmente enamorado de su propio asco. Por eso levantaba en medio de su pequeña ciudad (que quedaba innominada) una columna, sobre la que tomaba posiciones encadenado. Con una larga pértiga, su refunfuñona madre le daba de comer en una tartera. Sus intentos de seducirlo para que bajara eran apoyados por un coro de muchachas peinadas al estilo mitológico. Alrededor de la columna circulaba el tráfico de la pequeña ciudad, se reunían amigos y enemigos y, finalmente, una congregación de papanatas. El, el estilista, apartado de todo, los miraba desde las alturas, se apoyaba tranquila y alternativamente en un pie y en otro, había encontrado su perspectiva y reaccionaba cargado de metáforas.

Aquella larga poesía no estaba lograda, se quedó en algún lado y únicamente he conservado algunos fragmentos que muestran tan sólo lo influido que estaba yo entonces, simultáneamente, por Trakl y Apollinaire, Ringelnatz y Rilke, y detestables traducciones de Lorca. Únicamente era interesante la búsqueda de una perspectiva distante: el punto de vista elevado del estilista resultaba demasiado estático. Sólo la altura de los tres años de Óscar Matzerath ofrecería a un tiempo movilidad y distancia. Si se quiere, Óscar Matzerath es un estilista al revés.

A finales del verano de aquel mismo año, cuando, viniendo del sur de Francia, me dirigía por Suiza hacia Dusseldorf, no sólo encontré por primera vez a Anna, sino que también, por contemplación pura, fue derrocado el estilista. En una ocasión sin importancia, por la tarde, vi entre adultos que tomaban su café a un chico de tres años que llevaba colgado un tambor de hojalata. Me llamó la atención y se me quedó grabado: el ensimismamiento absorto de aquel chico de tres años con su instrumento, y también la forma en que, al mismo tiempo, hacía caso omiso del mundo de los adultos (bebedores de café que conversaban en la tarde).

Durante sus buenos tres años, aquel «hallazgo» quedó sepultado. Me mudé de Dusseldorf a Berlín, cambié de profesor de escultura, volví a encontrar a Anna, me casé al año siguiente; saqué a mi hermana, que se había emperrado, de un convento católico; dibujé y modelé figuras aviformes, saltamontes y gallinas afiligranadas; fracasé en un primer intento en prosa de más vuelo, que se llamaba *La barrera* y tomaba prestado de Kafka el modelo y de los primeros expresionistas el aparato de metáforas, y sólo entonces escribí, porque estaba menos tenso, las primeras poesías relajadas de circunstancias, imágenes puestas a prueba en el dibujo que se apartaban de su autor y cobraban esa independencia que permite la publicación: *Las ventajitas de las gallinas de viento*, mi primer libro.

Con ese bagaje —material acumulado, proyectos vagos y ambiciones más concretas: yo quería escribir mi novela, Anna buscaba una disciplina de ballet más estricta— dejamos Berlín a principios de 1956, sin recursos pero despreocupados, y nos fuimos a París. En las proximidades de la Place Pigalle, Anna encontró en madame Nora una severa nodriza balletística rusa; yo, mientras pulía aún mi pieza teatral *Los malvados cocineros*, comencé la pri-

mera redacción de una novela, que llevó títulos de trabajo cambiantes: «Óscar el tamborilero», «El tamborilero», «El tambor de hojalata». Y ahí, precisamente, se me resiste la memoria. Sé, desde luego, que tracé gráficamente varios planes, que condensaban todo el material narrativo, y los llené de palabras clave, pero esos planes se anularon a sí mismos y, al avanzar el trabajo, quedaron sin valor.

Sin embargo, también los manuscritos de la primera y la segunda versión, y finalmente de la tercera, alimentaron la estufa de mi cuarto de trabajo, del que todavía tengo que hablar aquí.

Con la primera frase: «Pues sí: soy huésped de un sanatorio», cayó la barrera, se precipitó el lenguaje, corrieron a su antojo la capacidad de recuerdo y la fantasía, el placer lúdico y la obsesión por los detalles, brotaron capítulos de capítulos, salté cuando los agujeros estorbaban al río del relato, acudí a mi encuentro la historia ofreciéndome productos locales, se abrieron de golpe cajitas liberando olores, adquirí una familia que creció desenfrenadamente, me peleé con Óscar Matzerath y sus compinches por los tranvías y su trazado, por acontecimientos simultáneos y la absurda coacción de la cronología, por el derecho de Óscar a hablar en primera o tercera persona, por su pretensión de engendrar un hijo, por sus deudas auténticas y su culpa fingida.

Así, mi intento de darle a él, el individualista, una hermanita perversa, fracasó por la oposición de Óscar; es posible que esa hermana frustrada insistiera luego en tener existencia literaria como Tulla Pokriefke.

Mucho mejor que del proceso de la escritura me acuerdo de mi cuarto de trabajo: un cuchitril húmedo en la planta baja, que me servía de taller para trabajos de escultura comenzados pero que, desde que empecé la redacción de *El tambor de hojalata*, se estaban desmoronando. Mi cuarto de trabajo era al mismo tiempo sótano de calefacción de nuestro diminuto piso de dos habitaciones, situado encima. Con el proceso de escritura engranaba mi actividad como calefactor. Cuando mis trabajos en el manuscrito se atascaban, iba con dos cubos a traer coque de un cobertizo de la parte delantera de la casa. Mi cuarto de trabajo olía a paredes mohosas y, nostálgicamente, a gas. Aquellas paredes chorreantes alimentaban el río de mi imaginación. Es posible que la humedad del cuarto favoreciera el ingenio de Óscar Matzerath.

Una vez al año, durante los meses de verano, podía escribir unas semanas al aire libre en Tesina, porque Anna es suiza. Allí me sentaba en una mesa de piedra bajo una pérgola, contemplaba el centelleante paisaje de bambalinas de la región meridional y describía, sudando, el Báltico helado.

A veces, para cambiar de aires, emborrionaba proyectos de capítulos en los bistrós de París, tal como se han conservado en las películas: entre parejas de enamorados trágicamente enlazadas, ancianas embutidas en sus abrigos, paredes de espejos y adornos *art nouveau*, algo sobre afinidades electivas: Goethe y Rasputín.

Y, sin embargo, durante esa época, debí de vivir vigorosamente, cocinar con cariño y bailar de alegría por las bailarinas piernas de Anna en toda ocasión propicia, porque en septiembre de 1957 —estaba en mitad de la segunda versión— nacieron nuestros gemelos Franz y Raoul. No eran un problema de escritura, sólo financiero. Al fin y al cabo, vivíamos con trescientos marcos al mes exactamente administrados, que yo ganaba como de pasada. A veces creo que el

hecho simple, pero que afligía a mi padre y mi madre, de no haber hecho el bachillerato me protegió. Porque con el bachillerato hubiera recibido sin duda ofertas de trabajo, me hubiera convertido en redactor del programa de noche, hubiera guardado mi manuscrito comenzado en un cajón y, como escritor fracasado, hubiera acumulado un rencor creciente hacia todos los que se expresaban escribiendo libremente a su aire, mientras el Padre celestial los alimentaba.

El trabajo en la versión final del capítulo sobre la defensa de los correos polacos de Danzig hizo necesario, en la primavera de 1958, un viaje a Polonia. Hóllerer medió, Andrzej Wirth escribió la invitación y fui a Gdansk pasando por Varsovia. Sospechando que pudiera haber todavía antiguos defensores supervivientes de los correos polacos, me informé en el Ministerio del Interior, que mantenía una oficina en la que se acumulaban los documentos sobre los crímenes de guerra alemanes en Polonia. Me dieron la dirección de tres ex funcionarios de correos (las últimas señas eran del 49), pero me dijeron también que aquellos supuestos supervivientes no habían sido reconocidos por el sindicato polaco de trabajadores de correos (ni tampoco de otra forma oficial), porque en el otoño de 1939, según la versión alemana y polaca, se dijo públicamente que todos habían muerto: pasados por las armas. Por eso habían grabado todos los nombres en las lápidas conmemorativas, y quien está grabado en piedra no vive ya.

En Gdansk buscaba a Danzig, pero encontré a dos de los antiguos funcionarios de correos polacos, que entretanto habían encontrado trabajo en los astilleros, ganaban allí más que en correos y, en realidad, estaban contentos con su situación no reconocida. Sin embargo, los hijos querían que sus padres fueran héroes y se esforzaban (infructuosamente) para que los reconocieran: como luchadores de la resistencia. De los dos funcionarios (uno de ellos había sido distribuidor de giros postales) obtuve descripciones detalladas de lo que pasó en los correos polacos durante la defensa. No hubiera sabido inventar sus huidas.

En Gdansk recorrí los caminos de mi colegio de Danzig, hablé en cementerios con nostálgicas losas sepulcrales, me senté (como me había sentado de colegial) en la sala de lectura de la biblioteca pública, hojeando tomos de *El Mensajero de Danzig*, y oí el Mottlau y el Radaune. En Gdansk era un extraño y, sin embargo, lo encontré otra vez todo en fragmentos: baños públicos, caminos del bosque, gótico de ladrillo y aquella gran casa de vecindad del Labesweg, entre la plaza Max-Halbe y el Mercado Nuevo; también visité otra vez (por consejo de Óscar) la iglesia del Sagrado Corazón: el viciado aire católico seguía en pie.

Y entonces me encontré en la cocina-comedor de mi tía abuela cachuba Anna. Hasta que no le enseñé mi pasaporte no me creyó: «Vaya, Guinterín, t'as hecho gandote.» Allí me quedé algún tiempo escuchando. Su hijo Franz, en otro tiempo empleado de los correos polacos, fue fusilado realmente después de la capitulación de los defensores. Grabado en piedra, encontré su nombre en la placa conmemorativa, reconocido.

Cuando en la primavera de 1959 había terminado el manuscrito, corregido las pruebas de imprenta y decidido la composición, me concedieron una beca de cuatro meses. Hóllerer había mediado una vez más. Yo tenía que ir a los Estados Unidos y responder de vez en cuando a preguntas de los estudiantes. Pero no pude. En aquella época, para obtener un visado, había que pasar un riguroso examen médico. Lo hice y me enteré de que, en distintos puntos, mis pulmones mostraban tuberculomas, formaciones nodulosas: cuando los tuberculomas revientan, hacen agujeros.

Por eso, y también porque, entretanto, De Gaulle había subido al poder en Francia y, tras una noche de detención policíaca francesa sentí franca nostalgia de la policía de la Alemania federal,

dejamos París, poco después de haber aparecido como libro (y haberme dejado) *El tambor de hojalata*, y nos fuimos otra vez a Berlín. Allí tuve que dormir la siesta, renunciar al alcohol, pasar periódicamente reconocimientos médicos, beber nata y tragar tres veces al día unas pastillitas blancas que, según creo, se llamaban Neoteben: con lo que me puse gordo y colorado.

Sin embargo, todavía en París empecé los primeros trabajos para la novela *Años de perro*, que al principio se llamó «Mondas de patata» y fue mal planteada en sus comienzos. Sólo la novela corta *El gato y el ratón* quebró aquella concepción de corto aliento. No obstante, en aquella época era ya famoso y no tenía que alimentar la calefacción con coque mientras escribía. Desde entonces escribir me resulta más difícil.

Günter Grass 1973

(Publicado en *Aufsätze zur Literatur*, Darmstadt, Luchterhand Verlag, 1980; traducción de Miguel Sáenz.)

VIDA Y OBRA DE GÜNTER GRASS

«Como sabéis, nació en la Ciudad Libre de Danzig, la cual fue separada del Reich Alemán después de la primera guerra mundial y sometida a los municipios colindantes, al control de la Sociedad de Naciones. El artículo 73 de la Constitución rezaba: "Todos los súbditos de la Ciudad Libre de Danzig son iguales ante la ley. Las leyes de excepción son ilícitas." El artículo 96 rezaba: "Existe completa libertad de cultos y de conciencia."»

Un sentimiento que no puede simplificarse con el concepto nostalgia, y que en modo alguno guarda relación con un supuesto o efectivo infantilismo, caracteriza la memoria personal de Günter Grass cuando escribe acerca de su tierra natal, Danzig. Corredor geográfico, accidente natural, comunidad que resulta de la integración paulatina de pueblos, de costumbres, religiones, etnias, culturas e idiomas distintos, región de tránsito, localidad independiente, Grass vería en ella la primera luz el 16 de octubre de 1927. Y ya desde niño, ese escenario destinado a sufrir contradicciones y contrastes llenaría su recuerdo como apremiándole al retorno.

De una u otra forma, Grass aludirá siempre en sus escritos a esa infancia apenas vislumbrada en la realidad. Es así, sobre la reflexión en perspectiva, sobre la emotividad y la intención literaria, como el nombre de la ciudad adquiere la condición de una contraseña mágica. Desde los catorce años el adolescente habrá de sumar a la distorsión comprobable de los rasgos ciertos de su mundo próximo el factor de la distancia y de lo mudable, pues ha de incorporarse a las organizaciones de las juventudes del III Reich: La *Jungevolk*, la Juventud hitleriana a renglón seguido, y poco más tarde, la Luftwaffe, donde interviene como auxiliar, y por fin una compañía de carros que alcanzara el armisticio con sus efectivos mermados, luego de combatir en los últimos meses de la contienda a pie firme. Grass será herido en las proximidades de un Berlín asediado y en ruinas.

Resulta sencillo deducir que el escamoteo de la atmósfera de la infancia provoca un anhelo de regreso a las raíces y de motivaciones tan profundas como las que unen a Grass con Danzig. El autor de *El tambor de hojalata* cuenta diecinueve años escasos cuando es liberado, tras la convalecencia en el hospital militar de Marienbad y el campo de concentración en Baviera, regidos por el ejército norteamericano. Sus compañeros de cautiverio tienen edades comprendidas entre los diecisiete y los diecinueve años, y casi todos ellos se han entregado a tropas aliadas huyendo del avance soviético.

Fueron nueve meses de encarcelamiento que no estuvieron exentos de riesgo. Con la imagen poderosa de Danzig, el propio Grass ha recordado que el hecho de llevar incrustados en la espalda fragmentos de metralla le libró del traslado forzoso a Gran Bretaña que sufrieron casi todos sus camaradas de prisión militar, incorporados en un país extranjero a los duros trabajos de las minas. Gracias a uno de sus amigos extrañados, Grass tendría un lugar al que dirigirse confiado cuando fuese liberado, en 1946: Colonia. Desconoce el paradero de su familia, y sus esfuerzos de aquella época se orientarán en la búsqueda de un trabajo. Se inicia también por entonces su vocación viajera, dado que la subsistencia entraña dificultades insalvables allá donde se dirige. Colonia, Gotinga, el Sarre..., y empleos de auxiliar de granja, albañil, minero, indican las etapas de su difícil desplazamiento a Danzig, donde en 1947 se reunirá de nuevo con sus parientes.

Ese período de «hambre casi total» no ha concluido. Tampoco se cerrará en los años siguientes. Pero importa más que en Danzig, prevaleciendo sobre otras preocupaciones, y considerada inútil la tentativa de continuar los estudios de bachillerato —interrumpidos por la guerra—, Grass

opta por viajar a Dusseldorf. Su objetivo se concreta en la Academia de Arte. Si en el seno de la Juventud del Pueblo halló espacio para dar curso a su creatividad, y publicó poemas y cuentos en boletines como *Ayuda y Participa*, aspira ahora a realizar su propósito de convertirse en escultor. Debe costearse sus estudios, sin embargo, en una época en que predomina la demanda de lápidas. Su trabajo como cantero acentúa esa voluntad de disociar el arte del «sudor» de lo corriente y monótono. Los profesores Sepp Mages y Otto Pankok, prestigiosos por mantener criterios evolutivos dentro de la creación plástica moderna, guiarán los esfuerzos de Grass en este terreno.

Se perfila al mismo tiempo el carácter polifacético que distinguirá la personalidad del futuro escritor. En ese aspecto, Dusseldorf representa un ámbito donde, a la manera de la picaresca española, con la que Grass detecta un parentesco que trasciende la literatura y que ha dilucidado y exaltado en su obra, la supervivencia se confunde a menudo con el humor. Cantero, obrero en los veranos, forma parte de un trío de jazz «con precios para ricos»; flauta, banjo y tabla de lavar son los instrumentos del conjunto. Grass prueba su virtuosismo como maestro de la tabla, protagonizando por anticipado algunos capítulos donde habrá de manifestarse el ingenio de Óscar para conciliar la lucha cotidiana contra el hambre y su ironía aristocrática.

Los años que siguen favorecen ya una visión del escritor en ciernes, en consecuencia. Danzig queda, en apariencia, en un segundo plano, quizá poseída por las brumas del recuerdo que disimulan las iniciativas literarias de Grass niño y uniformado, cuando publica sus primeras historias, poemas tímidos, y hasta se atreve a preparar una novela, *Los cachubas*, inconclusa. ¿Brumas, segundo plano, recuerdo? En 1951 Grass «busca el sur». Viaja por el continente y vuelve a caer en el desafío de otra novela, esta vez inspirada en un acontecimiento real ocurrido en Alemania en 1910. El artista en período de formación, en tránsito por algunas de las capitales del arte de Europa, busca compaginar sus afanes expresivos por caminos disímiles. Repite una indagación, y la fortuna no le prodiga sus favores. *Los nazarenos*, título que habría llevado la obra —de concluirse— refería la aventura de un grupo de sabios que resuelven alejarse de lo mundano para situar su refugio en un convento medieval abandonado. El contraste de imágenes como las enunciadas con los juicios del filósofo Ortega respecto a la era de las masas, en un siglo de convulsiones multitudinarias, resulta significativo.

En 1955, implantados y sólidos los vínculos personales con el Grupo 47, formación que auspicia una actitud crítica de entendimiento y apertura dentro del panorama intelectual en lengua alemana —frente a las tesis de formaciones de realismo social o socialista militante, y a las prosas testimoniales de la literatura de las ruinas—, Grass se atreve ya a presentar sus textos en público, como realizaciones acabadas, maduras. Sus trabajos se resumen en colecciones de relatos breves que abordan la contienda —y, por ende, la realidad— al margen de una postura política definida o partidaria. La captación de la naturaleza, la atención global que retrata al ser humano, el desarrollo de un lenguaje de resistencia al propagandismo imperioso de los vencedores —en lo fundamental, de habla sajona; no debe olvidarse que esta influencia determina los hábitos sociales de la Europa de la segunda posguerra mundial—, y la inquietud por cimentar actitudes renovadoras en las diversas áreas de la escritura y del arte, reflejan puntos cruciales del credo del Grupo 47. Todos ellos, postulados que tienden hacia la ecuanimidad como medio idóneo para superar beligerancias domésticas.

Con todo, tras el intenso estímulo derivado de un apoyo de naturaleza generacional, *El tambor de hojalata* no se publicará hasta 1959. En casi un lustro, a la par que da satisfacción a sus ambiciones plásticas, Grass contrae matrimonio con Anna Schwartz; se traslada con su

esposa a París, donde tendrá ocasión de relacionarse con creadores franceses, suizos, alemanes e italianos; se responsabiliza de dos gemelos; gana premios y menciones a sus poemas y relatos, compuestos como colaboraciones radiofónicas; cambia varias veces de domicilio; elabora libretos para ballet; completa obras teatrales, que estrena; publica relatos en revistas alemanas como *Akzente*; viaja a España («al saber que yo era alemán, los españoles me saludaban brazo en alto»); esculpe, pinta, dibuja, y vende sus trabajos a los amigos... Escribe en el sótano de la avenida Italia, escribe. Y para finalizar su proyecto se desplaza a varias ciudades de Polonia, contemplando, curioseando en los escenarios intuidos por su memoria y su imaginación. El fruto se titula *El tambor de hojalata*, cuya aparición en las librerías no resulta incompatible con una muestra del trabajo plástico de su autor. Grass no quiere renunciar tampoco, en lo personal, a sus peculiares orígenes artísticos. Su vida supone un desafío constante y laborioso al tiempo de los relojes. Las múltiples facetas de su personalidad, entre las que se cuenta la paciencia metódica, parecen responder no obstante a un impulso único.

En particular con motivo de la publicación en Alemania Federal de *El tambor de hojalata*, que desencadena la «Trilogía de Danzig», por incorporación de los volúmenes *El gato y el ratón* (1961) y *Años de perro* (1963), donde también asomará, aunque de modo casual, casi subrepticio, Óscar Matzerath. En particular, por reforzar un sentido imaginativo y mítico de la vida, que no ignora las lecciones históricas. La novela no aparecería en España hasta 1978: un somero análisis de la misma desvela una explicación comprensible acerca de prohibición tan prolongada.

Un hecho fantástico, la decisión de Óscar de frenar por propia voluntad su crecimiento a los tres años de edad, tronca con una de las líneas clásicas de las letras germanas. En esa corriente se hallan, entre otros, Grimmelshausen, Von Chamisso, Goethe, Hesse, Thomas Mann o Alfred Dóblin. Sin embargo, el propósito de Grass no cristaliza en una fundamentación verosímil o creíble de la realidad que fluye —o se estanca— en *paralelo* con la fábula. Lo que Grass establece en sus obras es un código simbólico propio, estremecedor. Esta concepción narrativa transforma *El tambor de hojalata*, y con posterioridad los sucesivos títulos de producción, en creaciones susceptibles de lecturas múltiples.

Acaso una de las excepciones se encuentre en *Anestesia local* (1969), inspirada en *Davor*, pieza dramática estrenada bajo la influencia ambiental que desencadena la campaña presidencial del líder del SPD, Willy Brandt, en la que Grass participa. En *Anestesia local* se advierte una réplica a lo inmediato que adquiere rasgos protagónicos, además de periodísticos, y que años después tendrá su lugar adecuado, como un factor literario de relevancia menor. *Partos mentales o los alemanes se extinguen* (1980) recogería esta enseñanza con el pretexto de un relato de viajes por países como China o India, afectados por su expansión demográfica. Al margen de estos casos, el resto de las ficciones de Grass plantea esa variedad de registros formales, inquietudes y conflictos de fondo que le han elevado a la condición de artífice de metáforas inclasificables, donde se celebra —desde un sentido riguroso de la escritura, rayando en lo artesanal— la libertad creadora del autor, cual una premisa inamovible.

Todo ello sustenta —a pesar de las distancias y fronteras que denuncian las fechas— una rebelión fatal contra el entorno, resorte sorprendente, vital y mágico en *El tambor de hojalata*. Óscar encarna esa faceta consciente que se nutre del Mal, de un modo activo. Es el estilista, el juez supremo por «demasiado humano», el verdugo impune; obra desde las alturas y asimismo desde la inocencia. Nunca deja de ser un niño.

Surge, por tanto, un nuevo arquetipo. Surge una búsqueda pícaro e inocente a la par que se alimenta del infierno de la infancia, en expresión de Milán Kundera. Y un fenómeno similar puede verificarse en las dudas exploratorias de los niños y en la conducta de los mayores, en las obras que siguen a *El tambor...*, en concreto en *El gato y el ratón*, y con tintes más ambiciosos, estructuras renovadoras y sugerencias crueles, en *Años de perro*. Más adelante Grass regresará a esas obsesiones, conjugando géneros narrativos, episodios históricos o experiencias personales. Así se aprecia, en una evolución lenta, detallista, pero incesante: *Diario de un caracol* (1972), entre la crónica, la crítica histórica y la fábula, eludiendo el lirismo; en *El rodaballo* (1977), que suscita furiosas reacciones, la resurrección de la guerra de los sexos, junto a otros espectros, hogueras feministas y condenas; en la simbología de fácil traducción literaria que se despliega en *Encuentro en Telgte* (1979), y en *La ratesa* (1986), narración compleja que vuelve a señalar las vicisitudes del Tercer Mundo como foco ilustrativo para las civilizaciones post-industriales, acogida con frialdad, cuando no con menosprecio. Grass parte de la comprobación del infierno real, que plasma con una intensidad poética, para festejar el absoluto del arte y la vida.

Esta investigación cobra formas corrientes en otros títulos de su producción, ya en piezas dramáticas, como en *Tío, tío* (1957), o *Inundación* (1957) o *Los plebeyos ensayan la rebelión* (1966), y en otros ámbitos expresivos, como el de la poesía, el dibujo, el grabado y —en un retorno comprensible— la escultura. En esta parte del trabajo de Grass los hechos son reconocibles, ya sea mediante una óptica ligada al absurdo o al sentido del compromiso político e histórico.

En esa búsqueda, Grass refleja la propia vida.

Tal vez estos factores dionisiacos, presentes en *El tambor de hojalata*, sosteniendo esa creencia de Grass que identifica el arte auténtico con una actividad «a la contra», hayan desplazado a segundo término libros como *Cartas a través de la frontera* (1967), *Evidencias políticas* (1968), *El burgués y su voz* (1974), el ya mencionado *Partos mentales*, *La carrera de las utopías* (1979) o *En el patio trasero* (1982). Desde 1965 resulta extraño reconocer a Grass en lo alto de un estrado o encima de una camioneta, apoyando los postulados de la socialdemocracia, altavoz o micrófono en mano, a la vez que sus artículos provocan complejas controversias cuando sus críticas se centran en la evolución del mundo en las últimas décadas. Produce mayor inquietud distinguir en él a una figura que no teoriza, sino que reproduce a viva voz o por escrito sus experiencias, y que busca refugio en la India cuando estima *irrespirable* el ambiente político de su país.

Circunstancias semejantes empujaron al escritor de prestigio al ruedo de la discusión política. Renacían fantasmas vinculados al autoritarismo de uno u otro signo —formaciones juveniles que promovían la lucha armada, asociaciones herederas del nacionalsocialismo; folletínismo vigilante en sectores influyentes de la prensa, cultivado con el pretexto de salvaguardar la honorabilidad del sistema democrático...—, enardeciendo pendencias y resentimientos superados en apariencia. Ese clima, descrito por Grass desde esa época hasta nuestros días, vuelve a dotar de actualidad el sustrato, común en sus novelas, que hermana la épica con un tratamiento lírico del lenguaje, la mitología con el periodismo, y la pesada marcha del caracol con el progreso. Los mecanismos de poder omnímodo empleados por el nazismo quedan desvelados en *El tambor de hojalata*, pero a ellos —idénticos a los instrumentados por otras ideologías institucionalizadas, por poderes de orientación diferente, de áreas distintas de implantación— corresponde una realidad. En la existencia de Günter Grass esa realidad *evocada*, memorizada, por la que sólo siente añoranza, tiene el nombre de Danzig, el ámbito

de sus raíces que arrebataran litigios como los que se enuncian, con el tono en que se relatan los cuentos de hadas a los niños, en el fragmento que encabeza esta comprimida biografía, perteneciente a *Diario de un caracol*.

Al leer y releer la producción de Grass, que abarca con obstinación más de treinta años de convulsiones mediante una escritura mágica constante, no puede sorprender que el joven autor encerrado en un sótano parisino que compusiera *El tambor de hojalata* halle, como en un tropiezo, la polémica como sinónimo de su destino. A partir de *El rodaballo* (1977) y hasta *La ratesa* (1986) esta cita reiterada, interrumpida en contadas oportunidades, cobrará connotaciones amargas. Si a finales de los setenta Grass era blanco de creadores malditos como Rainer Werner Fassbinder, en las postrimerías de los ochenta se le reprocha el retrato que ofrecen sus libros de los conflictos sociales en el Tercer Mundo.

Éste será el conflicto de las discusiones de la XLIX asamblea del PEN Club Internacional, que en 1986 se reúne en Hamburgo, donde Grass mantiene acalorados debates con Mario Vargas Llosa, Saúl Bellow y Gay Tálese, a propósito de la dimensión política del trabajo intelectual. Los países menos favorecidos en el plano económico, que aspiran con dificultad a una democracia política, centran la esgrima argumental de los autores. Grass, al igual que quienes sostienen una postura contraria a la suya, cuenta lo que ha visto, con veinte años de trayectoria crítica en defensa de la democracia en la RFA y en el mundo. Y sus temores, que se enfrentan al conservadurismo de maneras liberales como al socialismo de actitudes stalinistas, vuelven a recordar lo insustancial de las fórmulas políticas frente al imperio de la fuerza. En resumen, que una tierra que ya no existe con su nombre genuino, Danzig, y que parece aludir a un mundo imaginario, vivió la historia como una ciudad libre, donde la conciencia y los credos de los demás eran respetados... En la sala, curiosamente, no se dejó oír el redoble de ningún tambor.

Francisco J. Satué Junio 1987

BIBLIOGRAFÍA

- 1956 *Die Vorzüge der Windhüner*, carpeta de poemas y dibujos. *Hochwasser* («Inundación»), teatro.
Onde, onde («Tío, tío»), teatro.
- 1959 *El tambor de hojalata*, novela.
Noch zehn Minuten bis Buffalo («Aún faltan diez minutos hasta Búfalo»), teatro.
Goldmdulchen («Boquita de oro»), teatro.
- 1960 *Gleisdreieck* («Triángulo de vías»), poemas.
- 1961 *El gato y el ratón*, novela.
Die bösen Köche («Los cocineros perversos»), teatro. 1963 *Años de perro*, novela.
- 1966 *Los plebeyos ensayan la rebelión*, teatro.
- 1967 *Ausgefregt* («Sonsacado»), poemas y dibujos.
- 1968 *Evidencias políticas*, artículos, cartas, conferencias, etc.
Cartas a través de la frontera, correspondencia con el escritor checo Pavel Kohout.
- 1969 *Anestesia local*, narrativa.
Davor («Delante de»), teatro.
- 1971 *Gesammelte Gedichte* («Poemas reunidos»), poemas.
- 1973 *Diario de un caracol*, novela.
Mariazuehren. Homageámarie. Inmarypraise («Homenajearmaría»), poemas.
- 1974 *El burgués y su voz*, ensayo.
- 1977 *El rodaballo*, novela.
- 1979 *Encuentro en Telgte*, relato.
La carrera de las utopías, ensayo.
- 1980 *Partos mentales o los alemanes se extinguen*, novela.
- 1982 *En el patio trasero*, reportaje.
- 1986 *La ratesa*, novela.

F. J. S.

ÍNDICE

Mario Vargas Llosa — REDOBLE DE TAMBOR	2
--	---

LIBRO PRIMERO

Las cuatro faldas	12
Bajo la balsa	19
La mariposa y la bombilla	28
El álbum de fotos	36
Vidrio, vidrio, vidrio roto	44
El horario	52
Rasputín y el ABC	60
Canto de acción a distancia desde la torre de la ciudad	68
La tribuna	77
Escaparates	88
Falla el milagro	95
Comida de Viernes Santo	103
Afinado hacia el pie	112
La espalda de Heriberto Truczinski	119
Níobe	129
Fe Esperanza Amor	139

LIBRO SEGUNDO

Chatarra	147
El correo polaco	156
El castillo de naipes	166
Yace en Saspe	172
María	181
Polvo efervescente	189
Comunicados especiales	197
Ofrenda de la impotencia a la señora Greff	205
Setenta y cinco kilos	215
El teatro de campaña de Bebra	223
Inspección del cemento,	231
o místico, bárbaro, aburrido	231
La sucesión de Jesucristo	244
Los Curtidores	253
El nacimiento	260
El camino de las hormigas	268
¿Debo o no debo?	277
Desinfectantes	285
Crecimiento en el vagón de mercancías	292

LIBRO TERCERO

Piedras de encendedor y piedras funerarias	300
Fortuna Norte	310

Madona 49	319
El Erizo	328
En el armario	337
Klepp	344
Sobre la alfombra de coco	352
El Bodegón de las Cebollas	359
Junto al muro del Atlántico: las casamatas se aferran al cemento.....	370
OJEADA RETROSPECTIVA A <i>EL TAMBOR DE HOJALATA</i> O EL AUTOR COMO TESTIGO DUDOSO	409
VIDA Y OBRA DE GÜNTER GRASS	415
BIBLIOGRAFÍA	421

Título del original alemán: *Die Blechtrommel*. Traducción: Carlos Gerhard.
ISBN 84-226-2332-3